INSTRUCCIÓN
Y
ESCALA ESPIRITUAL



Imprenta Moderna de Guinart y Pujolar, Bruch, 63, Barcelona

INSTRUCCIÓN
PARA ENSEÑAR LA VIRTUD
Á LOS PRINCIPIANTES
Y
ESCALA ESPIRITUAL
PARA LA PERFECCIÓN EVANGÉLICA

COMPUESTAS POR EL

Padre Fray Diego Murillo

DE LA

ORDEN DEL SERÁFICO PADRE SAN FRANCISCO
LECTOR DE SANTA TEOLOGÍA
PREDICADOR Y DEFINIDOR DE LA PROVINCIA DE ARAGÓN

SÁCALAS NUEVAMENTE Á LUZ EL

PADRE FRAY JAIME SALA

DE LA MISMA ORDEN

SEGÚN LA EDICIÓN DE ZARAGOZA IMPRESA POR LORENZO DE ROBLES
EN EL AÑO 1598

TOMO PRIMERO

(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS)



BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR
Calle Universidad, 45
MCMVII

VICARÍA GENERAL

DE LA

ORDEN DE F. F. MENORES

EN ESPAÑA

En virtud de las presentes y por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para que pueda reimprimirse *La Instrucción y Escala Espiritual* del Padre Murillo, según la ha preparado V. R. conforme á la edición antigua, ya revisada y aprobada, con tal de que obtenga también el beneplácito del Ordinario de la Diócesis donde se imprima. Recomendamos también la adquisición de esta obra á todos nuestros Religiosos y Religiosas.

Madrid 29 de Julio de 1905.

Fr. Serafín Linares, Vic. Gen.

Al R. P. Fr. Jaime Sala, O. F. M.

IMPRÍMASE:

Barcelona 16 Enero de 1907.

EL VICARIO GENERAL,

Ricardo, *Obispo de Eudoxia.*

Por mandado de Su Señoría,

LIC. JOSÉ M.ª DE ROS, PBRO.,

Scrio. Can.

INTRODUCCIÓN

El P. Murillo: Apuntes para su biografía.—Su fama póstuma
Recuento y examen de sus obras
Juicio de su «Instrucción» y «Escala espiritual»
Las familias franciscanas de enhorabuena

I

Aunque pudiéramos lamentarnos de nuevo, al trazar la biografía de nuestro esclarecido hermano, que mereció en el campo de las letras tanto respeto y admiración como el pintor Murillo en el de las artes bellas, ahogamos nuestras quejas y detenemos su corriente al llanto, porque, si bien no tenemos cuantas noticias deseamos, vemos que el famoso escritor zaragozano no fué tan desgraciado como otras lumbreras de nuestra Orden. Gracias á las fatigas de sus compatriotas, y especialmente del laborioso catedrático de Literatura, el doctor D. Vicente Bardavíu (1), tenemos los datos más indispensables para distinguir la propia silueta del P. Murillo entre los gigantes de la ciencia y santidad que honraron á su patria en el dorado siglo XVI.

En la noble y heroica ciudad de Zaragoza, por Mayo de 1555, vino al mundo este escritor, en una casa de la calle que guarda todavía el nombre de quien tanto había de enaltecerla. Fué hijo de padres nobles, ricos y excelentes cristianos, habiendo recibido de ellos y de los maestros que le buscaron una educación esmerada cual convenía á su clase. De algunas expresiones que se le escapan en sus obras y aun de la prontitud con que le dedicaron en la Orden al Lectorado de Teología (2), deducimos que estudió, siendo joven, Lenguas, Filosofía y Jurisprudencia, conocimientos que podían abrirle paso para el desempeño de los cargos más honrosos de su ciudad. No desaparecieron en sus estudios las centellas de piedad que sus padres encendieran en su alma; pero llegado á los diez y nueve años, en aquella edad de ilusiones y dorados ensueños, resbaló algún tanto en la senda del deber, y tal vez hubiera llegado á ser piedra de escándalo en Zaragoza sin una intervención visible de la divina Providencia. Enamoróse

(1) Véase su *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1901 á 1902,* en el Seminario Central Pontificio de Zaragoza. (Andrés hermanos, Zaragoza, 1901.)

(2) El *Caballero assisio,* del P. Mata, lleva la aprobación del P. Murillo, Lector de Teología, fechada en Zaragoza, Septiembre de 1588.

nuestro Diego de una doncella noble y hermosa, que conoció en la representación de unas comedias, y cuyo nombre de Aurora era ya un embeleso para su imaginación juvenil y fogoso corazón. Estudió largos meses el modo de interesarla á favor suyo y agotó en regalos, obsequios, billetes amorosos y canciones eróticas todos los esfuerzos de su ingenio sin recibir la más pequeña correspondencia. Es más: una noche en que había redoblado las energías para conquistar aquel corazón que tanto le subyugaba, llevóse en recambio mayores y más sensibles desprecios. Aquel día, último de sus devaneos, desfalleció su espíritu en una lucha de encontrados afectos; su apenada alma sintióse necesitada de consuelo y desahogo, y como los amigos que debían aliviar sus cuitas le zaherían en sus desengaños con horrible sarcasmo, Dios, que velaba por aquel hijo de sus entrañas, lo quiso arrebatar al mundo para aplicarle á altos y nobles destinos. Vivía Aurora en una casa contigua al Hospital de Nuestra Señora de Gracia, en el lugar que hoy ocupa la Fonda de Europa, y por tanto próxima al entonces renombrado convento de San Francisco; y cuando nuestro mancebo acabó sus serenatas, con el pecho abrumado de una pesadumbre mortal, ya tañían los frailes á Maitines, y parte por satisfacer su curiosidad, parte por poner un paréntesis á su amarga tristeza, se sentó en el portal de la iglesia del mencionado convento para observar lo que á aquellas horas hacían los religiosos Franciscanos. Era aquella mañana el principio de un día solemne en que las Comunidades religiosas despliegan toda la pompa y magnificencia del culto en el adorno del altar, en los cantos sonoros y nutridos y en el majestuoso acompañamiento del órgano. Empezaron los Maitines, y al oir Diego aquellas sublimes melodías y la efusión y santo entusiasmo con que las interpretaban los religiosos, sintióse interiormente conmovido, y penetrando en su alma una ráfaga de luz celestial, conoció su liviandad, ponderó sus extravíos, y con lágrimas y sollozos hizo nuevo acompañamiento al devoto salmear de los Franciscanos. La obra de la conversión estaba realizada; se había renovado en Murillo lo que de sí confesaba San Agustín, impresionado por las sagradas funciones, á saber: «que el suave canto nos conmovía fuertemente y nos excitaba á devoción y ternura». Como el B. Raymundo Lulio y el B. Jacopone de Todi, había recibido D. Diego, envuelto en las ondulaciones de los himnos sagrados que percibieron sus oídos, un efluvio de esa gracia eficaz que trueca los perseguidores en apóstoles y de vasos de ira hace vasos de misericordia. No sin fundamento creemos que fué extraordinaria esta gracia por los efectos que la siguieron, pues aquella mañana mismo se presentó nuestro gallardo mancebo en la portería del convento de Jesús, y con humildes instancias pidió á su Guardián la gracia de ser admitido á la Orden Seráfica, como se le concedió pasados algunos días de prueba para refinar su vocación y vencer las dificultades que en su casa le oponían.

En aquel convento de Jesús vistió el santo hábito el año 1576; en él hizo su profesión solemne, perfeccionó sus estudios, se ordenó de sacerdote y se preparó con oración, ejercicio de virtudes y constante progreso en la ciencia para el desempeño de los cargos de Lector de Teología y Sagrada Escritura, Guardián en muchos trienios, Defini-

dor, Ministro provincial y Padre perpetuo de su provincia, que más tarde se le confiaron. Aquel convento fué casi el único teatro de su vida y el glorioso palenque de sus hazañas. En aquel retiro, cuyo torreón y muros arruinados despiertan sentimientos de melancolía en quienes los visitan, concibió y llevó á feliz término las obras monumentales que nos dejó escritas y en él recibió el premio de sus trabajos, cerrando con una muerte de santo los cincuenta y nueve años de su vida penitente y sacrificada por amor de la Iglesia, de su religión y de su patria. Sucedió ésta el día 13 de Agosto de 1616, y las Corporaciones civiles, el Claustro de la Universidad, los Cabildos de la Seo y del Pilar, las Órdenes religiosas y la ciudad entera se asociaron al llanto y dolor profundo que sintieron los Franciscanos cuando les arrebató la muerte á su padre y maestro, á su luz y esplendor y á la joya más preciosa de su casa.

II

La estimación y respeto que tenían al P. Murillo sus hermanos y conciudadanos se echaron de ver mejor después de su muerte que durante su vida. Dice uno de sus panegiristas, que nunca se conoció manifestación más general de duelo que la del entierro de este santo y sabio religioso. Espontáneamente se ofrecieron los Cabildos y Cleros de las parroquias á honrar sus exequias con su presencia; las Comunidades religiosas rivalizaron en el deseo de acompañar su cadáver; los personajes más distinguidos se disputaban la honra de conducir el féretro, y la nobleza y las autoridades y las Cofradías dieron un aspecto tan imponente á su entierro, que pocos, ni antes ni después, alcanzaron tamaña exaltación. Pero los que más se distinguieron en estas manifestaciones fueron sus hijos y hermanos los religiosos de San Francisco. Como aun no habían salido los decretos de Urbano VIII sobre la honra que prohibe hacer á los finados antes que la Iglesia falle sobre su vida y virtudes, y ellos tenían reconocidas como heroicas las de tan buen Padre, se desquitaron de la pena en que los embargó la muerte del mismo, poniendo su imagen en un lugar preferente del coro principal, donde se conservó hasta los vandálicos despojos y atropellos de que fueron víctimas los religiosos en el siglo pasado. Por otra parte, el pueblo, que había admirado sus ejemplos y había gozado de su fervorosa predicación, le invocó como protector en sus tribulaciones y calamidades, mereciendo recibir por su medio beneficios y favores especiales, y hasta el Justicia de la ciudad mandó colocar su imagen en la Galería de hombres ilustres que habían enaltecido á Zaragoza. Cual fuese la fama de santidad que dejase el P. Murillo entre los suyos, á falta de otros datos, nos lo declaran y pregonan los escritores que al citarlo le llaman *Venerable*, y especialmente el P. Fr. Antonio Arbiol, que siempre que alega sus textos (y los alega muchas veces) le da este título de *Venerable*, y de ordinario por duplicado, esto es, en el texto y en la margen. Esto nos induce á creer que llegó á formarse proceso de beatificación para acreditar las virtudes heroicas de este religioso. Pero ¿qué mayores testimonios podemos desear acerca de su virtud y méritos que los que

nos prestan sus obras espirituales, y especialmente los capítulos de su *Instrucción* y *Escala?* Si, según San Pedro de Alcántara (1), «no tiene uno ordinariamente *más conciencia* ni buen sentimiento *de cuanto bien obra*», ¿cómo podía enseñar con tanto calor y eficacia el P. Murillo si no hubiese practicado antes todo cuanto platica en sus obras? ¿Cómo resolvería con tanta soberanía y precisión los casos más enmarañados de conciencia y de discernimiento de espíritus sin esos dones sobrenaturales que Dios sólo suele comunicar á los muy amigos? Léase esta obra y se verán saltar de su pluma tales destellos de fe y alientos de esperanza y chispazos de divina caridad, que no solamente quedará el lector impresionado dulcemente, pero se le pegará también la devota unción del escritor y conocerá, mejor que con ponderaciones retóricas, que tales páginas no podía dictarlas sino un hombre todo de Dios. Además, el hecho de haber perseverado cerca de cuarenta años en un mismo convento sin queja (2) y cada vez más amado de sus súbditos y compañeros, ¿no es un elogio que recomienda sus bellas prendas y extraordinarias virtudes?

III

Pues ¿qué diremos de sus obras escritas? ¡Ah! Si no temiéramos alargar esta introducción, ¡con qué gusto nos espaciaríamos en este párrafo donde abunda la materia y do nadie podría alegar recelos ni incertidumbres de exageración! Tan grandioso es el P. Murillo como escritor, que se hace necesario estudiarlo por partes para poderlo abarcar; porque es orador, como Granada y Avila; historiador, como Zurita y Mariana; poeta, como Herrera y Fr. Luis de León; teólogo, como Medina y Melchor Cano, y asceta y místico, como sus hermanos y coetáneos San Pascual Bailón y el B. Nicolás Factor.

Las prendas oratorias que le adornaban fueron las primeras que en él despuntaron al nombrarlo sus Prelados Lector de Teología. El mundo empezó á conocerlas en las Cuaresmas notables que predicó en la Seo y en el Pilar, según él mismo indica en el prólogo de sus *Discursos;* y muy admirados y suspensos debieron quedar sus oyentes cuando en los tiempos de Granada y León le encomendaron el elogio fúnebre para las exequias reales del gran Felipe II (13 de Septiembre de 1598). Este discurso fué el heraldo que le introdujo en todas las naciones y el motivo que tuvieron sus Prelados para mandarle que diese á la estampa sus discursos, como lo hizo, con tal aceptación que apenas salían de la imprenta eran traducidos al portugués, francés é italiano; y en nuestra patria en menos de doce años se hicieron cuatro ediciones en castellano, lo cual supone un éxito extraordinario en libros que contaban reducido número de lectores (3). Mas ¿quién dirá la avidez con que se los procuraban aun antes que

(1) Carta á Santa Teresa de Jesús; fecha, Ávila 14 Abril 1562.

(2) «Non est parvum, *in monasteriis vel in congregatione habitare et inibi sine querela conversari et usque ad mortem fidelis perseverare.*» (*De imit. Christi*, lib. I, cap. XVII, núm. 1.)

(3) Tenemos en la Biblioteca un ejemplar de esta edición 1603, y por lo que dice en el prólogo sabemos que era la *cuarta*, pues no acostumbraban á imprimirlo en la portada.

los acabasen de editar? Léase el prólogo de sus *Discursos* y se verá como tuvo que tomar providencias especiales para que no le robasen sus obras ó se las editaran sin él conocerlo, hasta el extremo de no reconocer por suyos sino los volúmenes que llevasen en la portada su misma firma autógrafa. Preguntarán los lectores: ¿de dónde nacía la preponderancia de los discursos del P. Murillo? Conteste por nosotros el Sr. Bardavíu: «Su elocuencia busca el principal apoyo en la inter»pretación de las Santas Escrituras y en la Doctrina de los Padres de »la Iglesia; pero no desdeña los conocimientos profanos y, sin alarde, »hace ostentacion de la gran suma de conocimientos clásicos que »poseía; no sigue el camino monótono y pesado, aunque lleno de »unción, del venerable Obispo D. Jerónimo Bautista de Lanuza, »sino que ensaya los altos vuelos de los grandes oradores franceses, »que pronto recogieron el fruto de sus esfuerzos; y... tengo la firme »convicción, hija de mis estudios sobre unos y otros textos, de que »estos genios franceses de la elocuencia le conocieron, estudiaron á »fondo y hasta se dejaron influir de los elementos de gran riqueza »oratoria encerrados en sus sermones tan elocuentes como poco co»nocidos.» Otro dato nos ha quedado del aprecio con que distinguían en Zaragoza á nuestro orador: el año 1614, cuando España celebró con júbilo las fiestas por la beatificación de Santa Teresa, los Padres Carmelitas escogieron para panegirista al P. Murillo, que cumplió á satisfacción de todos su honroso cometido.

No fué menos recomendable como historiador. Además de otros opúsculos de menos importancia, *La fundación milagrosa de la Capilla Angélica y excelencias de Zaragoza,* acredita y eleva á grande altura su nombre como historiador eclesiástico, pues dice el autor antes citado: «Aparece exacto y brillante en sus descripciones; »enamorado del asunto que maneja, llega á la grandilocuencia, y si »bien decae en ocasiones, y en otras aparece difuso, fácilmente se »levanta, y luego vuelve á su habitual claridad.» Y, sin embargo, no es esta obra de la que más se precia el autor, sino de su *Vida y excelencias de la Virgen María*, en la cual *puso especial empeño en que saliese acabada* (1). En ella supo unir la claridad de la narración con la sublimidad de la exposición, y hermanar los elogios con los hechos, con tal arte que la aridez de la historia sirva de chapín á la elocuencia del panegirista.

Sólo faltaba una perla para que la corona del sabio quedase más brillante y hermoseada: que supiera manejar el habla castellana en verso con tanta galanura como lo hacía en prosa, y acerca de esto hemos dicho que podía codearse nuestro Murillo con los Herreras, Argensolas y Luises de León. Y en efecto, merece estar con ellos en un mismo coro, porque pulsó su lira al mismo son y le arrancó tan suaves y armoniosos acentos como ellos, y aun nos atrevemos á decir que se cansó menos que ellos de cantar y tañer, pues prolonga más que éstos sus canciones, hasta que su corazón queda satisfecho y los lectores complacidos. Ya sabemos que el mundo literario no le ha tributado los honores que le correspondían como á tal; pero día ven-

(1) Véase el prólogo en la primera parte, que se editó en 1610. La segunda, en 1616.

drá, y Dios quiera no se retarde mucho, en el que el P. Murillo salga de su obscuridad con su tomo de versos, y entonces se verán cuántos hurtos literarios se le han hecho en los siglos pasados en que sus preciosas poesías, por la rareza de los ejemplares, eran poco conocidas (1). El mismo P. Murillo envolvió su numen poético con el manto de la humildad, pues aunque publicó algunas odas y sonetos, especialmente en la historia de la Virgen del Pilar, los apuntó con el disfraz del pseudónimo para que no supieran que eran suyos; mas cuando falleció, y el P. Pedro Calderón, su Guardián, revolviendo los papeles de su celda halló que eran partos de su ingenio, y que yacían desperdigados en sus cajones otros muchos poemitas excelentes, no pudo contenerse, y el mismo año en que bajó á la tumba dió á la imprenta una colección de versos con el epígrafe hiperbólico de *Divina, dulce y provechosa poesía.* Y á los que hayan tenido la fortuna de saborearla les preguntamos si han visto, aun entre los clásicos maestros, poemas de tan bello realismo cristiano como el que respiran *La conversión de Magdalena* y la *Institución de la Eucaristía.* En el ínterin debemos agradecer, y nos complacemos en hacerlo público, que el Sr. D. Miguel Mir haya empezado á darnos muestras del desconocido vate en su Devocionario poético *Al pie del altar.*

Pero ¿de qué le hubieran servido á Murillo la fama de orador y los créditos de biógrafo y los lauros de poeta, si en el siglo de los santos y místicos no hubiera escrito también sus tratados espirituales? Por esto, aunque su humildad lo rehusaba, Dios le proporcionó ocasión de hacerlo con un mandamiento expreso del Rmo. P. General Fr. Buenaventura de Calatagirona, que le intimó redactar una obra que sirviera de texto en los Noviciados y de lectura en los Refectorios, y bien pudo quedar satisfecho del trabajo del P. Murillo, que vino á aumentar las riquezas literarias y ascético-místicas de su Orden.

IV

No nos creemos bastante competentes para juzgarla nosotros, y nos remitimos al dictamen que de ella dieron los que entonces la examinaron. Dice el Calificador del Santo Oficio, Fr. Pedro Manrique, que la *Instrucción* y *Escala* contiene: «Doctrina importantísima para »todos los fieles y en especial para los religiosos: porque en ella está »recogido con mucha claridad y destreza lo más puro y necesario que »acerca desto han escrito los autores antiguos y modernos. Cum»pliendo tan diestramente con el espíritu y disimulando con tal arte

(1) Ya el Sr. Bardavíu indica que Pedro de Espinosa, en su colección de Valladolid, 1605, con el título de *Flores de poetas*, Hs. folios 177, pone una de las más encantadoras silvas de nuestro autor, que comienza:

«Deja ya musa el amoroso canto,
Que todo es vanidad, todo locura...»

atribuyéndola á N. Morilla; induciendo al eminente crítico D. Marcelino Menéndez Pelayo, á que en su ya riquísima y estimable *Antología* cometa la misma explicable inexactitud. Y nosotros advertimos otra más notable en la *Conversión* y *arrepentimiento*, atribuído á Fr. Jerónimo Torres, publicado en New-York, tipografía de Vinne, por el Sr. Archer M. Huntington. Principia:

«Metido andaba en vanas alegrías.»

Pues evidentemente es de Murillo.

»todo lo que es curiosidad, que juntamente deleita el entendimiento »y mueve con eficacia la voluntad.» Aun levanta más de punto los encomios de esta obra el doctísimo Fr. Juan Culla; pues dice que el P. Murillo sigue en el modo de escribir á nuestro seráfico Dr. San Buenaventura, al devotísimo San Bernardo y á San Vicente Ferrer. Y el sabio P. Fr. Antonio Arbiol, en el capítulo XIV, del libro III, de sus *Desengaños místicos,* recomienda esta obra de un modo especial, diciendo: «Lean los Padres Directores lo que escribe de las revela»ciones particulares el Venerable y juicioso P. Murillo (1), principal»mente de las que son contrarias ó favorables á terceras personas, »que parece no hay más que decir para el santo despego con que se »deben mirar.»

Entre los modernos, ha dicho recientemente el P. Juan Mir, S. J., hablando de esta obra y de otras, que no merecen el olvido en que las tiene la Real Academia, las siguientes palabras en boca del Sr. Geroncio (2): «Estos ignotos autores (de consuno con los conocidos »Leones, Granadas, Mendozas, Marianas, Sigüenzas, Rivadeneiras), »dotados de esclarecido ingenio para penetrar la correspondencia de »las palabras con las ideas, dueños de sensible corazón para experi»mentar las condiciones de los humanos sentimientos, adornaron su »locución de ideas y palabras, de conceptos y modismos muy á propó»sito para representar cuanto de ideal y de afectuoso pueden ofrecer »los accidentes de la próspera ó adversa fortuna.»

En efecto; es esta obra lo mejor que en ascética y mística publicó la Observancia en el siglo XVI. Su estilo terso y limado, su frase correcta y galana, en los últimos años de aquel siglo venturoso, es su más bella recomendación; mas, ver junto con la nitidez de frase la belleza de forma y la sujeción de método, que era con frecuencia descuidado en los autores de aquel tiempo, es pasar de un placer á una sorpresa, para quedar luego admirados en la prodigiosa multitud de autores y citas que recrean al erudito, solazan al filósofo, embelesan al teólogo y enfervorizan al lector pío y religioso. Allí, los Santos Padres prestan al P. Murillo su autoridad, los místicos su elevación y fervor, los historiógrafos su juicio y experiencia, y la antigüedad pagana un azote con cuyos chasquidos aviva y espolea á seguir el camino del deber á los más lerdos y perezosos. Pues ¿cómo ponderar la maestría y acierto con que usa la Sagrada Escritura, de la cual hace un mosaico bellísimo en su *Instrucción*, y los peldaños más firmes de su *Escala?* No conocemos libro más útil que éste para religiosos y religiosas y aun para fervorosos seglares, pues tiene tratados de mérito tan singular, que afirmamos que la falta de esta obra no se puede suplir con ninguna otra de las muchas que en aquel siglo y aun en los siguientes se escribieron. Y si no, dígasenos: ¿dónde encontrarán seglares y religiosos un tratado del modo de cantar las divinas alabanzas en el coro, tan completo é interesante como el que escribe Murillo en el libro III de su obra, desde el capítulo V hasta el capítulo XIII? Si hay alguien que nos crea exagerados, lea uno de esos primeros capítulos y sentirá por sí mismo lo que no puede expre-

(1) *V. P. Murill. in Scal. Spiritu;* t. 2, a cap. II.
(2) *El Centenario Quijotesco,* por el P. Juan Mir y Noguera.—Madrid, 1905.

sarse con palabras, aunque llegara á decir que los ángeles movían su pluma cuando escribía aquellas páginas. Esta obra resulta, además, completa en su clase, pues no se contenta con instruir á los principiantes con tantas menudencias que habrá alguno que las tildará de ociosas, pero suministra también materia abundante para los maestros, indicándoles, en los muchos autores y obras que cita, donde han de buscar las corrientes manantiales para henchir su pecho de sana doctrina. Aquí hay un curso completo de educación religiosa, y está escrito con tal unción y suavidad que luego que el P. Murillo toma al candidato bajo su dirección, ya no necesita el principiante más pedagogos ni maestros, porque éste lo instruye teórica y prácticamente, lo lleva como de su mano por el convento, le hace visitar todas las oficinas, le pinta todos los modales de los bien enseñados y ridiculiza los defectos de los tibios y flojos, enséñale á ir por el mundo sin enlodar sus pies con la inmundicia que salpica su suelo, y cuando ya conoce el discípulo la belleza de la Religión, lo enamora de otro convento y de otros claustros más deliciosos que los que habita con sus hermanos; le descubre por escotillón el Cielo y la facilidad con que puede subirse á los alcázares de la Gloria, mediante la escala que él le traza para que pueda llegar á unirse con su mismo Criador. Esto es instruir con provecho, esto es escribir con utilidad y ventaja universal. ¿Y quién no querrá pasar meses y aun años en tan dulce y regalado magisterio?

V

Pero si todos pueden disfrutar los tesoros de celestial enseñanza que atesora esta obra, alcanza en primer lugar á las Familias Franciscanas el gozar de sus bienes, y por eso merecen mil plácemes y enhorabuenas. Sabemos que tanto los religiosos como las religiosas, especialmente los de Cataluña y Aragón, esperaban la reaparición del libro, porque la rareza de sus ejemplares no les permitía lograrlo (1). Sabemos que hace próximamente diez y seis años, el director del *Eco Franciscano* indicó la oportunidad y necesidad de su publicación, de la cual se desistió porque no hubo un alma generosa que se prestase á adelantar los gastos de su impresión. Sabemos también por cartas, que no pocos religiosos beneméritos anhelan la impresión de esta obra para hacerla más asequible á las muchas personas que quieren poseerla. Por esto esperamos que les servirá de gran consuelo el saber que, con poco coste, podrán hacerse con ella aun los conventos y familias más pobres, y que pronto nuestros religiosos y religiosas darán de mano á otros libros para dar lugar á la lectura del P. Murillo, que ha tantos años desean conocer, y que ahora va á visitarlos con nuevo y más lindo ropaje. Piensen los Franciscanos que este es su propio *Rodríguez,* que el espíritu seráfico que desean adquirir, destila aquí con una fluidez que no hallarán en otros libros; que en él abundan los ejemplos de nuestras Crónicas, que se engarzan las tradiciones de nuestra Orden con la enseñanza de las virtudes y

(1) Un sacerdote de Zaragoza nos aseguró que había ofrecido 100 pesetas por esta obra y 500 pesetas por un ejemplar de sus *Poesías* y no pudo con todo esto hacerse con ellas. Tan raras han venido á ser las obras de Murillo.

que deben estimarlo tanto como nuestros antepasados, que apenas sabían dejarlo de la mano. Piensen, en fin, que el dispendio que hace el editor D. Gustavo Gili, publicándoles generosamente este arsenal religioso de su ascética, lo han de hacer, ellos sobre todo, tan llevadero y gustoso, que se anime á sacarnos de la obscuridad los filones de mística que aun yacen olvidados en las bibliotecas. ¿Quedarán fallidas nuestras esperanzas?... No lo podemos temer ni de su generosidad ni de su amor y celo por las glorias de la Orden.

FR. JAIME SALA, O. F. M.

Benisa, Convento de la Purísima Concepción, Agosto 1905.

Á NUESTRO REVERENDÍSIMO PADRE

Fray Buenaventura de Calatagirona

MINISTRO GENERAL DE TODA LA ORDEN

DE NUESTRO SERÁFICO PADRE SAN FRANCISCO

Movido de la inclinación natural que todas las cosas tienen de volver á sus principios, vuelve este libro á V. P. R. como á principio suyo, cuya voluntad ha sido la causa principal de que tenga ser. Porque, aunque es parto de mi corto ingenio, nunca yo llegara á concebille, si el haberme descubierto con afecto de padre y con autoridad de Prelado, ser esta su voluntad, no me hubiera movido á emprendello. Y así es razón, que, pues en ella tuvo principio su ser y no le tuviera sin ella, se precie más de apellidarse hijo suyo, que de serlo de mi entendimiento; y que como á padre acuda á ella para que le ampare y favoresca, saliendo á luz debajo de su protección. Oficio es y obligación natural de los padres, amparar á los hijos: y tengo por cierto que no se dedignara V. P. R. de hacer este oficio, honrando con esto al libro; pues, con la autoridad de su mandamiento, puso en esta necesidad al autor. Plazerá á Dios, que por ser obra de obediencia, tenga el efecto deseado; y sin duda alguna lo tuviera, si llegara el caudal de mi ingenio donde llega el afecto de mi voluntad. La de Dios enriquezca á V. P. R. de bienes del Cielo, para provecho de toda su Iglesia y gloria de nuestra Seráfica Religión.

Indigno hijo y menor súbdito de V. P. R.,

Fray Diego Murillo.

AL BENÉVOLO Y CRISTIANO LECTOR

PRÓLOGO

Aunque la caridad me había solicitado algunas veces y despertado en mí un vehemente deseo de hacer algún servicio á la Iglesia, en beneficio de las Religiones sagradas, enseñando á los maestros de los novicios el modo que han de tener en criarlos, confieso que, considerando la dificultad de la empresa, de tal manera me acobardaba el temor, que no me atreviera á emprendella si con la caridad que me andaba solicitando no se juntara el imperio de la obediencia. Ésta pudo mucho conmigo, porque, demás de la fuerza que tiene para compeler á los religiosos, vi que también la tenía para poder excusarme de parecer temerario á los que me viesen emprender tan grave carga con fuerzas tan desiguales. Bien conocí la insuficiencia de mi sujeto para empresa tan ardua; mas, cuando vi ser ésta la voluntad de mi Prelado, menos fuerzas sentí para poder resistir á su mandamiento que para poder llevar la carga que me imponían, con ser tan pesada. Eché de ver que el mandarme hacer una Instrucción para los maestros enseñándoles en ella el modo de criar los principiantes, era mandarme ser maestro de los que tienen por oficio el serlo; y volviendo á mirarme, hallé que no tenía caudal ni aun para ser buen discípulo. Al fin, viendo que el obedecer me era forzoso, parecióme que el medio más acertado para suplir mi falta, era trabajar en la lección de los Doctores sagrados y enseñar con palabras suyas lo que pide la obligación de tan importante y esencial magisterio. Persuadíme que con esto saldría más autorizada la obra, y que lo que podía perder de crédito, por el poco que el autor tiene, lo cobraría por la autoridad de los Santos que van citados en ella; no contentándome con citar sus nombres en la contextura de lo que escribo, sino procurando también señalar los lugares de su doctrina en la margen. He trabajado cuanto me ha sido posible por citarlos fielmente; mas como las impresiones son varias, y tan diferentes las modernas de las antiguas, acaecerá algunas veces lo que á mí me ha acaecido muchas (y por eso me ha parecido advertillo), que es no hallar la doctrina en el lugar citado. Lo cual nace de que en diversas impresiones suele ser diferente la división de los libros y de los capítulos; y así, aunque vaya fielmente

citado el lugar, será posible no hallarle el que le busca, si es diferente la impresión que tiene de la que el autor tenía. Para reparo deste defecto, que también suele ser descuido de los impresores, es bien que se advierta que los libros de los Santos que yo he tenido son de las impresiones antiguas, y sé cierto que, según ellas, saqué con fidelidad los lugares, guardando en la traducción el rigor de la letra cuanto me ha sido posible.

La necesidad de lo que se trata en estos libros ninguno de los que algo saben la ignora, pues todos confiesan ser verdad lo que solía decir muchas veces el Santo Pontífice Pío V: que la mala educación y crianza de la gente moza en las Religiones es una de las principales causas por donde han venido á declinar del fervor de espíritu y alteza de perfección en que fueron fundadas. Esto mismo sienten y esto lloran todos los celosos del estado monástico; y por sentirlo así nuestro Padre Reverendísimo General, le pareció que el tratar del reparo desto, instruyendo á los maestros en lo que deben hacer para saber enseñar la virtud á los principiantes, sería sustentar gran parte del edificio espiritual de la Iglesia, confirmando sus columnas que son las Religiones sagradas. Con este fin, digno del celo santo que ha puesto Dios en su pecho, quiso que yo tomase á mi cargo este trabajo; no sé si fué por haber conocido en mí el mismo celo, ó por probar lo que puede obrar el mérito de la obediencia en un sujeto tan flaco. Bien sé que he procurado cumplir con lo que promete el título del libro, y que si acaso he acertado á salir con ello, es grande gloria de la obediencia haberme dado fuerzas para salir con empresa tan desigual á las mías, cumpliéndose con esto la promesa que el Espíritu Santo hace al varón obediente (1). Echará de ver quien lo considerare que, para cumplir con sólo lo que el título promete, ha sido forzoso trabajar por juntar en uno todas las cosas necesarias para llegar á la cumbre de la perfección evangélica; porque de todas ellas ha de tener bastante noticia el maestro para saberlas enseñar á sus discípulos. De suerte, que en solo este libro se han vaciado innumerables libros que tratan de esta materia, y en sólo él se hallará junto lo que está derramado en todos ellos, dando á los maestros suficiente materia y modo para enseñar las virtudes, y á los discípulos bastante doctrina para poder aprendellas. Unos libros enseñan á mortificar las pasiones, otros ponderan la gravedad de los vicios, otros exageran la excelencia de las virtudes, y algunas veces tan especulativamente, que contentándose con haber enseñado al entendimiento, se dejan ayuna la voluntad. Otros hay que procurando movella con eficaces razones, se contentan con dejarla movida y aficionada al ejercicio de la virtud: mas como no enseñan los medios con que han de alcanzalla ni el modo del ponerla en ejecución, queda el alma con sólo el deseo de la virtud, sin osar emprendella, ó ya que la emprenda, medra poco en mucho tiempo, porque ignora los medios y el modo con que ha de medrar. Aquí se enseñan todas estas cosas juntas, y, al parecer de algunas personas doctas y pías, se cumple con todas ellas con grandísima claridad.

(1) Prover, 21. *Vir obediens loquetur victoriam.*

He partido la obra en dos tomos, por parecerme que de esta suerte procederá con mayor distinción. El primero va dividido en tres libros, donde por orden se trata, así de lo que pertenece á la institución de la persona del maestro, como de la doctrina que ha de enseñar á sus discípulos. Guardando este orden, en el primero libro trato de instruir á los maestros acerca de lo que toca á sus personas, enseñándoles las partes que han de tener para saber enseñar la virtud á los que vienen del siglo á las religiones. Y aunque procuro especificar más en particular lo que pertenece á nuestra Religión que á las otras, de tal manera he procurado disponer la doctrina, que no sólo pueda servir para los maestros de nuestra Religión y familia, sino también á los de todas las otras, y aun á todos aquellos cuyo oficio trae vinculado consigo algún género de magisterio: como son los Prelados, los Gobernadores de las Repúblicas, los predicadores y confesores y aun hasta los padres de familia, que también han de ser maestros, en respecto de los que están sujetos á su dominio. Todos éstos hallarán en el primero libro del primer tomo maravillosos documentos, y atrévome á llamarlos maravillosos, por ser sacados de la divina Escritura y de los Doctores sagrados, cuya doctrina es en todo maravillosa, y especialmente en este particular. Y no puedo dejar de advertir, que como mi intento en el primero libro es hacer un maestro perfectísimo, cual es necesario para enseñar la perfección evangélica á los que aspiran á ella, he procurado que sea tan perfecto el dechado que les pongo delante para imitar, que apenas se podrá hallar quien tenga todas las partes que allí les pido: imitando en esto al divino Platón y al padre de la elocuencia latina, que el uno para enseñar cuál ha de ser una buena República, y el otro para formar un perfecto orador, pintan en sus obras con tal perfección lo uno y lo otro, que jamás se ha visto ni se verá tal República cual es la que Platón nos pinta, ni tal orador cual el que allí nos propone Cicerón. Pero ninguno de los que bien sienten debe poner falta en esto, porque en razón de perfecto dechado, tanto se ha de tener por mejor una pintura, cuanto por estar más bien acabada, se hallan menos que lleguen á poderla igualar. Y cuando sea tal que ninguno pueda llegar á sacarla igualmente perfecta, ¿qué perderá porque siempre haya en ella nuevas cosas que poder imitar? Cierto, á mi parecer, ninguna cosa puede tener mejor que ésta, para que los que tratan de saber imitalla, siempre trabajen de nuevo, viendo que siempre tienen de nuevo que imitar. Tal, pues, deseamos que sea el dechado que aquí ponemos á los maestros, que poniendo los ojos en él, y considerando la perfección que en él pedimos, á lo menos los haga trabajar por pasar adelante viendo cuán cortos quedan: y al fin, aunque nunca lleguen á darle alcance, tanto serán mejores maestros, cuanto más partes tuvieren de las que pide el dechado.

Lo restante del primer tomo, que pertenece á la doctrina que ha de enseñar el maestro, se divide en dos libros. En el uno dellos se trata de lo que ha de enseñarles el año del noviciado, especificando los ejercicios particulares en que aquel año los ha de ocupar: y en el otro, de los que les ha de enseñar para después de profesos, especialmente en lo que toca á la composición exterior y disciplina monástica,

porque de las virtudes interiores no se trata en el primero tomo, sino es de paso, y sólo aquello que no se puede excusar. Y acerca desto es razón que se advierta, que aunque las cosas que en el II y III libro se tratan van en particular dirigidas á los religiosos, muchas hay que son utilísimas é importantes para cualquier condición de gente que trata de aspirar á la perfección. Y si algunas hay que son proprias del estado monástico, en el título que se pone al principio de los capítulos se podrá echar de ver, para que el lector elija el detenerse ó pasar adelante, según el fin de lo que pretende. Aunque puedo asegurar que hay pocos capítulos, aun de los que son muy proprios para los religiosos, en que no se mezcle alguna cosa importante para los que no lo son: lo cual se ha hecho con particular advertencia para que fuese la doctrina más universal.

En el II tomo se trata, principalmente, de las cosas que pertenecen á la composición del hombre interior: haciendo de todas ellas una escala por la cual pueda el alma subir á la cumbre de la perfección. Y de tal manera he procurado descender á lo muy menudo de cada cosa, que no ha llegado á mi noticia cosa que sea de alguna importancia para hacer á un hombre perfecto, que no la trate muy en particular. Y no me detengo tanto en enseñar las esencias de las cosas para informar el entendimiento, ni en descubrir las excelencias de las virtudes para aficionar á la voluntad, aunque procuro hacer lo uno y lo otro, cuanto en enseñar los medios con qué se alcanzan y el modo cómo se deben ejercitar: que esto es lo más dificultoso en el ejercicio dellas y lo que muy pocos han acertado á enseñar. Y porque temo que á algunos parecerá que quiero hacer á los hombres estoicos, estrechando sobradamente lo perfecto de las virtudes y apretando mucho los cordeles en materia de mortificación, será razón que adviertan, que como el estado monástico es de gente que aspira á la perfección, es cosa forzosa que la doctrina que para ella se escribe sea más estrecha que la que de ordinario se enseña á los demás cristianos. Y es bien que consideren cuán angosta es la puerta del Cielo y cuán estrecha la senda de la perfección, y que se acuerden de lo que hicieron los Santos para llegar á ser perfectos, y verán que es poco todo lo que pedimos, según es mucho lo que ellos hicieron, y que sólo enseñamos lo que ellos enseñaron y obraron, aunque por ser poco usado parecerá nuevo, y, por ser los hombres tan amigos de anchura, parecerá que los queremos mucho estrechar.

Finalmente se advierta, que como mi intento principal ha sido atender á lo práctico de las virtudes, de tal manera he procurado en él declarar los lugares de la Sagrada Escritura, hurtar el cuerpo á la curiosidad, por ser ella la que suele quitar el espíritu á lo que se va diciendo, que de industria he dejado muchas veces las subtilezas que pudiera haber ingerido en algunos lugares, por no impedir la eficacia de la razón, entreteniendo el entendimiento en cosas de menos importancia. Verdad es, que donde el desentrañar con curiosidad la Escritura ha podido servir de medio para persuadir lo que voy enseñando, lo he procurado hacer con mucho cuidado, declarando muy de propósito los lugares della que se han ofrecido, porque siempre me ha parecido mal el ver traella sin ponderalla, como si fuese doctrina de

algún autor profano, que se trae por solo adorno ó por hacer ostentación de vana curiosidad. Supuesto, pues, que es mi modo de proceder este, claro está que la doctrina que aquí se enseña requiere lectores devotos y no curiosos, porque así como al Santo Evangelio ha sido siempre contraria la curiosidad, así es también forzoso que lo sea á cualquier doctrina que con sinceridad y llaneza enseña la perfección evangélica.

LIBRO PRIMERO

De la necesidad grande que hay en las Repúblicas, y en especial en las Religiones, de la buena educación de los mozos. Y de las partes que han de concurrir en los Maestros que los han de criar.

CAPÍTULO PRIMERO

De cuanta importancia sea en las Repúblicas la buena educación de los mozos

Entre todas las cosas que la experiencia de largos años y profunda consideración de varones prudentes y celadores del bien político han enseñado ser importantes para el aumento y conservación de las Repúblicas, ninguna, á mi parecer, es de mayor importancia que la buena institución y crianza de la gente moza: comenzando á ejercitarla en la virtud y criándola en el temor santo de Dios, desde los tiernos años. Y aunque son muchas las razones que me convencen á tener esta verdad por certísima, pero la que más eficazmente me la persuade, es ver que aquel Soberano Señor á cuyo cargo está el gobierno de la República universal del mundo, por ser tan importante en sus ministros el conocimiento desta verdad para el acierto de ese mismo gobierno, quiso dejarla confirmada con el testimonio de cuatro cosas gravísimas, que son: el dictamen de la razón natural, la experiencia ordinaria de tiempos inmemorables, el común sentimiento de los que más han sabido en la buena Filosofía, y el testimonio infalible de la divina Escritura. Estos son los testigos que me convencen y los que, si no me engaño, tienen autoridad y eficacia para convencer al entendimiento más acendrado. Porque ¿quién podrá resistir á la fuerza de la razón natural? ¿Quién osará negar lo que la ordinaria experiencia confirma? ¿Quién dejará de admitir lo que admite y prueba la buena Filosofía?; ó ¿quién, finalmente, se atreverá á impugnar lo que enseña la divina Escritura? Y si cualquier destos testimonios por sí solo basta para rendir las fuerzas del más buen ingenio, ¿quién podrá resistir á las de todos los cuatro juntos? Cierto,

inexcusable será la culpa de los Gobernadores de las Repúblicas, que en este particular quisieren alegar ignorancia; porque imposible cosa es ignorar lo que por tantos caminos y tan claros es manifiesto, si ya la ignorancia no les procede de no querer atender á la obligación de su oficio. Mas porque no parezca encarecimiento el haber afirmado que concurren las cuatro cosas susodichas á la confirmación desta verdad, será bien que lo probemos en este capítulo, para que la doctrina que aquí enseñamos, tanto sea de mayor eficacia, cuanto la prueba della dejare el entendimiento más convencido.

I. Comenzando, pues, del testimonio de la luz natural, digo que es dictamen suyo el conocimiento de lo que vamos diciendo. Porque doctrina es común de los filósofos, que los conceptos en quien todas las naciones convienen, son dictámenes de la razón natural, y rayos de aquella luz que afirma David haber sellado Dios en nuestros corazones (1), la cual, como es una misma en todos, á todos dicta y descubre unas mismas verdades. Y, según esto, no sin justa causa dijimos ser dictamen de la razón natural este conocimiento. Porque entre todas las naciones que no degeneraron de la naturaleza de hombres, viviendo como bestias silvestres en los desiertos, sinoque, como animales sociables trataron de vivir congregados en uno, no sé yo que ni en los siglos pasados ni en los presentes haya habido nación tan bárbara, ni entendimiento tan inculto y agreste, que no haya sido ilustrado con la luz de este conocimiento. Testigo es de esta verdad el cuidado y solicitud con que universalmente todos los pueblos han procurado siempre celar este bien universal de la buena educación de los mozos. Sólo en nuestros tiempos miserables va creciendo el descuido en esto, porque crece la malicia del enemigo que lo solicita. Esto celaron los Persas tan cuidadosamente que, según dice Jenofonte, señalaron doce varones, los mejores y más principales de su República, para la ejecución de este magisterio. Los cuales, como afirma Alejandro (2), enseñaban á los mozuelos desde niños, y después en todas las edades, á amar la justicia y aborrecer todo lo que era injusto; industriándolos juntamente en ejercicios de guerra y reglas de crianza, y otras cosas particulares que allí refiere el sobredicho Autor. Y Aristóteles dice (3), que los Lacedemonios constituyeron un Magistrado particular para este propósito, porque lo tenían por cosa tan importante y necesaria, que sin ella juzgaban ser las demás de poco provecho. En cuya confirmación refiere Plutarco (4), que habiéndolos vencido Antipatro, y pidiéndoles en rehenes cincuenta muchachos de su República, siguiendo el parecer de Ethocles, que era entonces gobernador, le respondieron, que si querían viejos y mujeres se los darían doblados, pero muchachos de ninguna manera se los darían. Porque criándose fuera de su República con libertad y sin disciplina, después, cuando volviesen á su patria, tenían por cierto que serían indóciles y echarían á perder á los otros con sus ruines costumbres. Y persistiendo en su demanda

(1) *Signatum est super nos lumen vultus tui Domine.* (Psal. 4.)
(2) *Alexander ab Alexandro*, lib. 2, *noctium*.
(3) Arist. 6. *Polyt.* c. 1.
(4) Plutarchus, *in laconicis*.

Antipatro, y haciéndoles amenazas terribles, jamás pudo alcanzar dellos lo que pedía, antes le respondieron con gran libertad, que primero padecerían mil muertes que tal permitiesen: pareciéndoles menor mal ver perdida su República por manos de un tirano extranjero, que no verla después destruída por las malas costumbres de sus propios hijos si se criaban mal.

Pues ¿qué diré de los Bracmanes habitadores de la India Meridional? Alejandre de Alejandro refiere dellos (1), que celaban con tantas veras la buena institución de sus hijos, que luego en naciendo les daban un maestro y curador público, que, desde entonces, en todas las edades les fuesen enseñando letras y buenas costumbres, conforme á la capacidad que tenían, según la edad y disposición del sujeto. Ni se descuidaron en esto los Atenienses, los de Tebas, los Griegos y los Romanos, antes lo tuvieron por uno de los negocios más graves de sus Repúblicas: tanto que los de Atenas hicieron ley, que á los padres que eran descuidados en esto, no tuviesen los hijos obligación de sustentarlos en la vejez, para obligarlos con esto á que tuviesen cuidado de doctrinarlos bien (2). Y aun los Padres de nuestra primitiva Iglesia, por parecerles cosa tan necesaria esta prevención y cuidado, ordenaron, como lo refiere el divino Dionisio (3), que el sacramento santo del Baptismo se diese á los niños luego en naciendo, y padrinos que desde entonces comenzasen á catequizallos: para que recibiendo tan de atrás la luz de la fe, y mamando con la leche la cristiandad, se acostumbrasen desde los tiernos años á la obediencia de los mandamientos divinos y observancia de las ceremonias santas. Teniendo por cierto que, por medio desta prevención tan prudente, después en la edad adulta perseverarían con más constancia en lo que les era casi connatural, por haberlo aprendido desde su nacimiento. Finalmente, ha sido tan común el conocimiento de lo mucho que importa este cuidado, cuanto es común la misma naturaleza. Y si, como arriba dijimos, los conceptos que son comunes á todas las naciones, son dictámenes de la razón natural, probado queda bastantemente que éste lo es, pues, como consta de lo que habemos dicho, ha sido y es universalísimo á todas.

II. ¿Qué diremos, pues, de lo que acerca desto tiene enseñado la ordinaria experiencia? No sé yo ciertamente que ninguna cosa esté más experimentada que ésta. Porque cada día podemos echar de ver si atendemos á ello, que aquéllos, comunmente hablando, salen más aventajados en cualquier género de disciplina, que comienzan más con tiempo á ejercitarse en ella: porque el comenzar temprano facilita la naturaleza al ejercicio, y el uso y continuación saca maestros á los que trabajan por aprendella. ¿De dónde nació la solicitud que tuvieron los Atenienses (4) en ejercitar á sus hijos desde niños en ejercicios de ligereza y agilidad, para que saliesen ágiles y ligeros, y los Lacedemonios en cosas difíciles y trabajosas para que saliesen

(1) Alexander, *ubi supra,* c. 25.
(2) Elianus, lib. 9, c. 1., y Plutarchus, *in vita Solonis.*
(3) Dionisius, *de [illegible]* c. ultim.
(4) Cicer. 2. lib. *Tuscul. [illegible]* Strabo. [illegible] lib. *Geographiae*. Isidorus. 18. lib. *Etimol.*

fuertes y sufridores, y los Baleares en tirar diestramente la honda para que saliesen diestros en ella, y los Turcos, á los genízaros, en ejercitar las armas para que saliesen valientes, sino de haberles enseñado la experiencia de muchos años, que el instruillos desde pequeños, cada cual en su género de ejercicio, es medio eficacísimo para salir más aprovechados en menos tiempo? Léanse los historiadores antiguos, reconózcanse las memorias de los siglos pasados, considérese lo que pasa en los tiempos presentes, y echarse ha de ver claramente que es experiencia de inmemorables años, continuada hasta la era de ahora, que todas aquellas Repúblicas vinieron á ser florentísimas (cada cual en el instituto á que se aplicaba), cuyos gobernadores fueron más solícitos y cuidadosos en ejercitar sus mancebos desde la tierna edad en el tal instituto. Por este camino se aventajaron los Griegos en letras, los Romanos en armas, los Lacedemonios en la tolerancia de los trabajos, los Persas en la observancia de la justicia, y otras provincias en otros géneros de ejercicios. ¡Oh ceguedad digna de ser llorada, que baste la experiencia que desto tenían los pueblos infieles á persuadirles la importancia de la buena educación de sus mozos comenzada temprano, para salir con sus vanos intentos, y que no baste la experiencia que aquéllos tuvieron, y la que cada día tenemos desta verdad, para enseñar al pueblo cristiano que es también necesaria la buena institución y crianza de los mancebos para salir virtuosos y, por consiguiente, para el bien y conservación de nuestras Repúblicas! Abra Dios los ojos á los gobernadores dellas, para que conociendo esta verdad, cuya maestra es la experiencia, traten de remediar tan pernicioso descuido.

Y si no quieren rendirse á la experiencia de tantos años, oigan y atiendan á lo que enseña la buena Filosofía: escuchen las sentencias de los filosófos, y por ventura, convencidos de sus razones, darán en la cuenta del daño que causa su negligencia. Sócrates, maestro de Platón, y padre de la Filosofía moral, dijo, que no es menos necesaria á los mozos la buena educación y crianza que al caballo brioso el freno para domar sus bríos. Y su discípulo Platón (1), á quien por su mucha sabiduría llamaron divino, por parecerle esta verdad tan importante la tomó por fundamento y base de su doctrina, probando que la buena institución de la juventud es la fuente y origen de donde nace todo el buen gobierno de las Repúblicas. Y pruébalo con tanta evidencia, que cuando fuera menos su autoridad, la fuerza de su razón es bastante á convencer cualquier buen ingenio. Porque no hay cosa más importante en cualquiera República, dice Platón, que tener buenos gobernadores cuya prudencia y solicitud dé vida á las leyes, las cuales, por justas y santas que sean, faltando quien las declare y ponga en ejecución, son como muertas. Y para haber buenos gobernadores, ningún medio hay más eficaz que procurar, por medio de la buena educación y crianza, que haya buenos mancebos. Y la razón es clara, porque éstos han de venir después á ser ciudadanos, y de los ciudadanos han de elegir los gobernadores del pueblo, y es cosa muy cierta, que, regularmente hablando, cuales

(1) Platón, lib. 2. *De Rep.*, y lib. 7. *De legi.*

hubieren sido en su mocedad, tales serán entonces, y cuales fueren sus costumbres, tales cosas enseñarán. Porque aunque les dicte otra cosa el conocimiento de la verdad y la verdadera inteligencia de las buenas leyes, la mala conciencia que, como dice San Gregorio (1), quita la libertad á la lengua, les hará que las tuerzan, ó que no se atrevan á ejecutar lo que sienten ser necesario por no condenar con su buen gobierno en los otros, las malas costumbres que ven en sí. Siendo, pues, verdadera, como lo es, esta doctrina de Platón, no sin causa dijo Aristóteles (2), que va mucho en acostumbrarse los mozos de una manera ó de otra desde pequeños. Porque la costumbre que entonces se toma dificultosamente se deja, y así conviene mucho que desde entonces tomen buenas costumbres por medio de la buena instrucción. Ponderó mucho esto el príncipe de la elocuencia latina, pues dijo, que ningún beneficio se puede hacer, ni mayor ni mejor, á una República, que instruir bien los mozos della, especialmente cuando las costumbres se van depravando. Y Plutarco, grave filósofo, y maestro del Emperador Trajano, por parecerle este negocio tan necesario, hizo un libro entero deste argumento, donde con particular sentimiento y lástima llora el descuido que ordinariamente se tiene en cosa tan importante. Y porque sería nunca acabar querer referir aquí todo lo que los filósofos dicen acerca desta materia, concluyámosla con decir, que es imposible haber República bien concertada donde hay descuido en este particular. Porque como el buen concierto de una República consista en el buen gobierno de los superiores y pronta obediencia de los inferiores, acertando los unos á mandar lo que es justo, y obedeciendo los otros como es razón, claro está que donde falta cualquiera destas dos cosas es imposible haber concierto. Pues como sea verdad que los mozos criados sin disciplina y mal instruídos ninguna cosa aborrecen más que humillar la cerviz al yugo de la obediencia por ser esto tan contrario á la libertad con que se han criado, ¿cómo es posible que haya obediencia en los mozos, donde hay falta de disciplina y de buena instrucción? Y no habiendo obediencia en ellos, ¿cómo puede haber República bien concertada? Cierto, ó es cosa imposible, ó sumamente dificultosa.

III. Pero razón es ya que dé lugar la doctrina de los filósofos á lo que enseña la Divina Escritura. Y antes de pasar adelante, querría averiguar primero, ¿de dónde nace el haber tenido Dios tan particular cuidado en muchos lugares della, de encomendar la buena instrucción de los mozos con tanto encarecimiento? Cierto, la causa principal desto, á mi juicio, no es otra, sino haber echado de ver su sabiduría eterna lo mucho que importa este cuidado para tener bien concertada esta República del universo. Que como el gobierno della está, como arriba dijimos, á cargo de su divina providencia, parece que está también á su cargo el advertir á los gobernadores de las Repúblicas particulares, que en su lugar tienen el cetro y gobierno dellas, todo aquello, que, para el acierto deste mismo gobierno, sabe su Majestad ser importante. Para que entiendan que el día de la estrecha cuenta, cuando el Dios de los dioses y Juez supremo de los

(1) In Pastorali
(2) Aristóteles, 2. *Ethic.*

jueces, vendrá á tomarles residencia universal, se la tomará estrechísima deste particular, y tendrán tanto menos disculpa de su descuido, cuanto han sido más avisados dello y menos solícitos en procurarlo observar. Lean la Escritura Sagrada, así del viejo como del nuevo Testamento, y en particular el libro del Eclesiástico y Proverbios, y verán el encarecimiento con que encomienda la diligencia y solicitud acerca deste negocio, y esto podrá bastarles para que echen de ver cuánto importa. Pero bien será referir aquí algunos lugares, aunque pocos en comparación de los que se pudieran traer. Y sea el primero aquel del Eclesiástico á los siete capítulos, donde dice (1): «¿Tienes hijos? pues dóblalos desde la niñez al yugo de la obediencia, y no apartes dellos la disciplina, porque si así lo hicieres librarás su alma del infierno.» Y en otro lugar (2), comparando los bríos de la gente moza con los del caballo orgulloso, dice: Que así como el caballo que en los principios no le domaron, es cosa forzosa salir duro, intratable y demasiadamente brioso, así el mozo que en su juventud es criado remisamente, de necesidad ha de salir rebelde, atrevido y precipitado. Pues siendo esto así, ¿qué otra cosa son las Repúblicas donde los mozos se crían con flojedad y descuido, sino ejércitos donde hay copia de caballos indómitos y desbocados, que no aprovechando con ellos la rienda, el freno, ni la industria del caballero que los gobierna, rompen con todo, perdiéndose á sí y al que trabaja por gobernallos? Esto hace la falta de la disciplina en los mancebos; y así el mismo Eclesiástico (3), después de haber señalado el peligro que hay en criallos remisamente, pone luego el remedio, diciendo: «Dobla la cerviz del mozo en su juventud, y hiere sus lados mientras es infante, porque si se endurece, por ventura no te dará crédito, y será cuchillo de dolor que te atraviese el alma.» Y es mucho de ponderar, que así en este lugar como en casi todos los otros, donde el Espíritu Santo encomienda la buena institución de los mancebos, amonesta mucho se haga desde la edad pueril, para que, con esta advertencia suya, echen de ver los hombres cuánto importa instruir muy con tiempo á los mozos para que, con menos trabajo, salgan aprovechados en la virtud. Son los mancebos semejantes á la vara, que siendo delgada y tierna se inclina con facilidad á la parte que quieren doblalla, pero si se llega á crecer, y se endurece, antes vendrá á romperse que pueda doblarse. Bien pudiera traer otros muchos lugares de la Escritura á este propósito, mas para quien tiene fe, y sabe que es infalible lo que ella dice, uno sólo es bastante, y así será razón contentarnos con estos pocos, para que conste por ellos ser verdad sacada de las divinas letras la que vamos probando en este capítulo.

IV. Pudiéramos también, á más de los testimonios susodichos, probar esta verdad con la doctrina y autoridad de los doctores sagrados (4), que en diversos lugares de sus escritos tratan della y la pon-

(1) *Filii tibi sunt? erudi illos: et curva eos a pueritia eorum.*

(2) *Equus indomitus evadit durus, et filius remissus evadet preceps.* . Ecl. 30.

(3) *Curva cervicem eius in iuventute, et tunde latera eius dum infans est: ne forte induret, et non credat tibi, et erit tibi dolor animae.* Ibidem.

(4) Aug. in. Psal. 117. Chrysosto. hom. 9. in. 1. Thimo. cap. 2. Hier. *ad Gaudentium.* Ba-

deran con extraño encarecimiento. Y no menos pudiéramos confirmarla con el decreto de algunos Concilios que tratan desta materia exagerándola con palabras de grandísima autoridad y peso. Mas porque en cosa tan clara, sería multiplicar testigos no necesarios, particularmente habiendo precedido testimonios tan eficaces, solamente referiré, para conclusión de todo lo dicho, las palabras del sacrosanto Concilio de Trento. El cual, después de haber mandado encarecidamente á los Prelados que instituyan Colegios y hagan Seminarios donde se críen los mozos en el temor santo de Dios desde la tierna edad, dice estas palabras: «Porque como la edad de los mancebos, si no es bien instruída, sea inclinada á seguir los deleites del mundo, nunca perseverará perfectamente en la disciplina eclesiástica, sin algún grande y casi singular auxilio de Dios, si no son informados desde los tiernos años en la piedad y religión, antes que el hábito de los vicios los posea.» Hasta aquí son palabras del santo Concilio. Acerca de las cuales se ha de considerar el peso y gravedad del término con que pondera la dificultad que hay en los mozos para perseverar en las buenas costumbres, cuando no son bien instruídos desde pequeños, pues afirma, que sin muy grande y casi singular auxilio de Dios, no podrán perseverar. Que no se contentó con decir que era necesario particular auxilio, sino que, con mucho acuerdo y advertencia, para ponderar más el negocio, dijo: casi singular auxilio. Y verdaderamente con grande razón usó de un término tan grave para ponderallo, porque sin duda alguna es necesario tal auxilio, como el que allí dice, para que los mozos perseveren en la virtud, habiéndoles faltado la buena educación en la tierna edad. Y á mi juicio, cuando no hubiera otro argumento para probar la importancia deste negocio, sino sólo haber tratado de él con tantas veras y con palabras tan significantes todos los Padres de la Iglesia congregados en un tan grave Concilio, éste sólo era eficacísimo para persuadir ser de grande importancia en la Iglesia de Dios, cuanto más concurriendo con éste los otros cuatro testimonios que arriba dijimos.

V. Pues si el dictamen de la razón natural, si la ordinaria experiencia, si la buena Filosofía, si la divina Escritura, si los doctores sagrados y los santos Concilios confirman esta verdad, y tratan della con tan grande ponderación y eficacia, ¿dónde está el seso y el afecto natural de los padres? ¿Dónde el juicio de los gobernadores de las Repúblicas, así eclesiásticas como seglares, que tratan deste negocio con tan grande negligencia y descuido? Dichosa República la que se desvela en cosa tan necesaria, y desdichada la que en esto fuere remisa, porque con razón puede temer aquel terrible castigo con que amenaza Dios á su pueblo por Jeremías (1), dando su palabra de que ha de entregar cierta ciudad á los Caldeos y Babilonios, para que la destruyan á fuego y á sangre; porque los mozos della, por haber sido mal instruídos, se acostumbraron desde su juventud á obrar mal en la presencia de Dios. De manera que la mala institu-

sil. In regul. brev. q. 92. Concilio Lateran. sub Alexan. p. 1. cap. 18. y sub Inno. 3. cap. 11. y Concilium Trid. ses. 23. cap. 28. *ubi multa concilia citantur in margine.*

(1) *Ecce ego tradam civitatem istam in manus caldeorum, etc., erant enim filii Israel, et fili Iuda iugiter facientes malum ab adolescentia sua.* Cap. 32.

ción de los mozos fué la causa motiva de que Dios enviase sobre ellos tan terrible castigo. ¡Oh ceguedad de los mortales! ¿Cómo no temen el mismo castigo las Repúblicas que tienen la misma falta, siendo el mismo el Juez que las ha de juzgar? Alumbre Dios el entendimiento de los gobernadores dellas, para que, ó traten de remediar tanto daño, ó no vivan en tan falsa seguridad.

CAPÍTULO II

En que se enseña de dónde nace la necesidad que los mozos tienen de la buena educación, y cuál es el medio más eficaz para reparo desta necesidad

Pues en el capítulo precedente habemos suficientemente probado la necesidad que tienen los mozos de ser instruídos desde los tiernos años, razón será que en éste mostremos el origen de donde procede, reduciéndola á su primero principio, para que, conocida la causa del daño, se pueda buscar con mayor eficacia el remedio. Digo, pues, que consultando, como es razón, las divinas letras para sacar esto en limpio, hallaremos en ellas declarada la causa original deste mal y de otros innumerables que de él proceden. Porque en el libro del Génesis dice el Espíritu Santo, que el pensamiento y sentidos del corazón humano son inclinados al mal desde su juventud. Que no es otra cosa sino decirnos, que después de haber quedado la naturaleza depravada por el primer pecado, y deshecho aquel admirable concierto y conformidad que Dios había puesto entre la parte inferior y la superior del alma, quedó en la sensualidad entrañada una inclinación tan perversa é indómita, que la lleva casi forzada y como al retortero á obrar contra el dictamen de la razón. De tal manera que hablando de ella dijo el apóstol San Pablo (1): No obro el bien que quiero sino el mal que aborrezco, y la causa es, porque no obro yo en mí, sino el pecado que vive en mí, el cual me lleva captivo y casi por fuerza á obedecer á la ley del pecado. Y llama ley del pecado á la mala inclinación natural, porque como si fuese ley, quiere obligar á la sensualidad á ejecutar lo que ella manda. Y aunque los filósofos no alcanzaron la causa destas malas inclinaciones, pero bien echaron de ver que nacían los hombres con ellas y que estaban unidas y como vinculadas á la naturaleza humana. Así lo confiesa el príncipe de la elocuencia latina, pues dice en una de sus cuestiones Tusculanas, que aunque es verdad que en nuestros ingenios hay unas como semillas naturales de las virtudes, las cuales si creciesen y llegasen á colmo, nos llevarían á la vida bienaventurada; pero también es cierto que al punto que salimos á la luz del mundo, luego nos hallamos

(1) *Non enim quod volo bonum hoc ago sed quod odi malum illud facio. Nunc autem iam non ego operor illud se quod habitat in me peccatum. Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in lege peccati.* Ad Rom. cap. 7.

metidos en medio de la maldad, y en una suma perversidad de opiniones tan ajenas á la razón, que parece que mamamos los errores con la leche en los pechos de nuestras madres. Toda esta doctrina es de Cicerón. Y confiesa en ella las dos enfermedades que quedaron en la naturaleza por el pecado, que son, ignorancia en el entendimiento y mala inclinación en la voluntad. Y Plutarco dice (1), que así como al escorpión le es cosa natural el aguijón, y á la víbora el veneno, así al hombre desde el principio de su nacimiento le es connatural la maldad, aunque no se descubre hasta que con el discurso del tiempo se ofrecen las ocasiones de ejercitar los actos á que le inclina la naturaleza estragada. Y el glorioso San Agustín afirma (2), que aun antes de su conversión experimentaba en sí esta verdad, y que echaba de ver los desórdenes y siniestros de la naturaleza corrupta; pero que no atinaba quién podía ser la causa de tan gran desconcierto y desorden. Porque como veía que ya en la niñez comenzaba á descubrirse este daño, no hallaba quien le pudiese causar sino el autor de la misma naturaleza: porque aun no entendía el secreto del pecado original. Pero bien echaba de ver, que Dios, siendo la suma bondad, no era posible ser causa de una inclinación tan perversa. De manera que aunque este Santo ignoraba el origen de las malas inclinaciones antes de convertirse á la fe, no ignoraba serle connaturales al hombre, y ser principio de todos los otros daños y el enemigo más poderoso de todos los que tenemos. De aquí nace, pues, la necesidad que los mozos tienen de la buena educación y crianza. Y para que conste más claramente, es necesario inquirir primero, de qué medio habemos de usar para vencer un contrario tan fuerte, tan solapado, tan mañoso y tan importuno, porque en esto consiste el punto de lo que vamos tratando.

I. Digo, pues, que siendo verdad la doctrina de los filosófos enseñada por Aristóteles en muchos lugares (3), que ninguna cosa puede ser vencida sino de su contraria, claro está que para vencer el desorden y mala inclinación de la naturaleza, ningún medio, de los que puede inventar la industria humana, será tan eficaz como valernos de la ayuda y favor de algún contrario suyo, que iguale en fuerzas á la misma naturaleza. ¿Y quién será, veamos, el que puede tener fortaleza tan grande? ¿Quién tendrá valor para contrastar enemigo tan fuerte? Cierto, la sola costumbre comenzada desde los tiernos años, es la que puede salir con victoria de tan dificultosa empresa. Porque aunque es verdad lo que Tulio dice (4), que el repugnar á la naturaleza y el andar luchando con ella, es como pelear con los dioses, á semejanza de los gigantes que quisieron hacerles guerra. Pero no es menos verdad lo que dijo Filón Judío (5), que la costumbre de largos años muchas veces puede tanto como la misma naturaleza. ¿Qué cosa hay (6), dice San Bernardo, que no la pueda trocar la costumbre? ¿Qué puede haber en el mundo que no se haga firme y durable con ella? ¿Qué

(1) Plutar. *De sera numinis vindicta.*
(2) August., lib. 7. *Confes.*
(3) Aristóteles in lib. *Phys.* y in lib. *de Ortu, et inter.*
(4) Cicerón, libr. *de Senect.*
(5) Philo Judæus lib. *de Abra.*
(6) Bernardus, *de consideratione*, lib. 1. cap. 2.

puede ser fuerte, que no dé lugar al uso de largos años? Por la costumbre, como dice Séneca (1), viene el marinero á perder el miedo á los peligros del mar, y el soldado á los de la guerra. Y con ser verdad que es cosa natural el temor de la muerte, éstos vienen á perder el miedo, por la costumbre de andar luchando con ella, el uno entre las olas y borrascas del mar, y el otro entre las picas y arcabuzazos de la guerra.

Esta fuerza de la costumbre probó ingeniosamente el legislador de los Lacedemonios, Lycurgo, con un ensayo maravilloso que refiere Plutarco (2). Tomó dos galgos hermanos, nacidos de un mismo parto, y crió el uno dellos en su posada, acostumbrándole á comer migas y otros manjares caseros, y el otro hizo criar en el campo y acostumbrarle á la caza. Y cuando le pareció que estaban ya criados, hizo juntar un día gran parte del pueblo en un lugar espacioso, y que llevasen los galgos, poniéndolos en lugar eminente donde todos pudiesen verlos. Y estando todos esperando el suceso, hizo poner entre ellos una vasija de migas y juntamente soltar una liebre, de tal manera, que entrambos galgos pudiesen ver lo uno y lo otro. Cosa maravillosa, que con ser la inclinación natural del galgo seguir la liebre, pudo tanto la costumbre en el galgo casero, que con haberla visto, y á su hermano correr tras ella, olvidando su inclinación siguió su costumbre, acudiendo á comer de las migas. ¿Veis, dijo entonces Lycurgo, como puede más la costumbre que el ímpetu de la naturaleza? ¿Veis como aunque las cosas que os mandan os parezcan contrarias á vuestra inclinación natural, las podréis alcanzar si ponéis diligencia en acostumbraros á ellas? Y verdaderamente dijo muy bien Lycurgo, porque si es verdad lo que refiere Avicena (3), que con ser la ponzoña enemiga y destruidora de la naturaleza humana, hubo una mujer, que acostumbrándose desde niña á comer arañas ponzoñosas, vino con la costumbre á sustentarse con ellas y á gustar de comer un tan asqueroso mantenimiento; acomodándose la naturaleza por la fuerza de la costumbre á lo que le es tan contrario, ¿quién duda sino que podrá la misma costumbre, en cualquier género de ejercicio, hacer que guste la naturaleza de lo que le es desabrido, y abrace y tenga por leve lo que le parece pesado? La fuerza de la costumbre, dice el divino Crisóstomo (4), así en el bien como en el mal, puede mucho, y cuando ella nos lleva á poner en ejecución alguna cosa, no tenemos necesidad de trabajar, porque el uso todo lo facilita. Y de aquí vinieron á decir los filósofos, que no hay pasión en las cosas acostumbradas (5). Síguese, pues, de todo lo dicho, que el medio más eficaz para vencer la naturaleza mal inclinada, es valerse de la buena costumbre, porque éste es el enemigo más poderoso que tiene.

II. Mas para que esta victoria se alcance con menos dificultad, es cosa muy importante no dilatar la pelea, sino emprenderla con

(1) Séneca, lib. *de providentia.*
(2) Pluthareus in Lycurgo.
(3) Avicena, *et idem fere refert Rodiginus*, lib. 2. cap. 13.
(4) Chrysosto. hom 36. *ad populum.*
(5) *Ab assuetis non fit passio.*

tiempo, comenzando á hacer hábito en la virtud desde la tierna edad. Porque si á la naturaleza corrupta, que es de suyo tan poderosa, se llega el hábito de la mala costumbre, que, como queda probado, es más valiente que la misma naturaleza, ¿quién podrá, si entrambos se aunan, no digo vencellos, pero ni aun resistillos? Cierto será cosa casi imposible porque, como afirma un Profeta (1), no es menos dificultoso el poder obrar bien, habiéndose acostumbrado á obrar mal, que mudar color el negro de Etiopía, ó perder el tigre las manchas que le dió la naturaleza. Ayuda á lo que vamos diciendo, el ver que la experiencia nos ha enseñado ser la edad juvenil más acomodada para cualquier género de disciplina; tanto que viendo Platón la grande facilidad con que los muchachos aprenden lo que se les enseña, vino á decir, que no parecía aprenderlo de nuevo, sino acordarse entonces de lo que ya sabían (2). Y Fabio Quintiliano dice (3), que sin duda alguna se imprime más fácilmente á los mozos lo que en la tierna edad les enseñan y habituados en ello con mayor dificultad lo dejan. Lo cual afirma también el Espíritu Santo, en los Proverbios, diciendo (4): «El mancebo que en la niñez se arrimare á un camino, aun después de viejo no le sabrá dejar.» Esto mismo enseña el doctísimo Filón (5), conformándose con el poeta Horacio, y diciendo: que así como el vaso conserva mucho tiempo el olor bueno, ó malo, del licor que estuvo en él siendo nuevo; así también los ánimos de los niños tan tenazmente conservan las primeras formas que concibieron en su imaginación que apenas es posible borrallas. Todo lo cual dijo admirablemente el gran Basilio, por estas palabras (6): «El ánimo que á manera de cera, mientras es tierno, recibe en sí con facilidad las formas que se le imprimen, luego desde el principio debe ser instruído en el ejercicio de todo lo que es bueno para que después juntándose el uso de la razón con la buena costumbre, hecho hábito en ella, corra más ligeramente por el camino de la virtud, enseñándole la razón que es lo que conviene, y facilitándole la costumbre la ejecución de lo que la razón le enseña.» Hasta aquí son palabras de San Basilio. De las cuales y de todo lo susodicho consta bastantemente la fuerza de la costumbre, cuando echó sus raíces en la niñez. Pero quien lo ponderó con más extraño encarecimiento fué el Santo Job, el cual hablando de los pecados y malas costumbres de los mancebos, dice estas palabras (7): «Henchirse han sus huesos de los vicios de su juventud, y dormirán con él en la sepultura; porque habiéndole sabido el mal dulcemente, escóndele debajo de la lengua, y no le quiere tragar, antes le encubre allá dentro de su garganta.» Usa aquí el Santo Job, según declara nuestro devotísimo Padre Titelman, de la metáfora de aquellos que

(1) *Si mutare potest Aethiops pellem suam, aut pardus varietates suas, et vos poteritis benefacere cum didiceritis malum*. Hierem. 13.
(2) Platón, lib. 4, *De virtute*, y lib. 26, *De Pulchro*.
(3) Quintiliano, lib 1, *Instit*. c, 12. y D. Th. *Quod*. 4, art. 23.
(4) *Proverbios*, 22.
(5) *Philo lib. quod omnis probus sit liber*. y Horatius lib. 1, *Episto. ad Tulium*.
(6) *Basilius in regul. fusius disp. interro*. 15.
(7) *Ossa eius replebuntur vitiis adolescentiae suae, et cum eo in pulvere dormient. Cum enim dulce fuerit malum in ore eius, abscondet illud sub lingua sua: parcet illi, et non derelinquet illud, et celabit in gutture suo*; c. 20.

comen alcorza, ó alguna otra conserva de azúcar, en cuyo gusto hallan mucho deleite. Y dice, que así como el que come alguna conserva delicada, por el mucho gusto que halla en ella, la va deteniendo de industria en la boca, para que se vaya poco á poco deshaciendo, y no le osa echar el diente, ni tragarla como los otros manjares, antes la esconde debajo de la lengua y la va muy despacio lamiendo para que, conservando de esta suerte el gusto della, dure más tiempo el deleite; así también los mozos, por el mucho deleite que hallan en los vicios de su juventud, se van relamiendo en ellos, y entreteniéndose; procurando escondellos debajo de la lengua con excusas y palabras fingidas, para que desta suerte ocultando sus culpas, puedan hacer hábito en ellas, y no les sea forzoso dejarlas. Y de aquí nace, que como por estar los sentidos de los mancebos tan en su punto, es mayor el deleite que en los vicios hallan y crece el gusto con la costumbre de ellos: van poco á poco penetrando hasta lo interior de los huesos, como lo dijo David en un salmo (1), hablando de los pecados de Judas, y endureciéndose juntamente con ellos perseveran, hasta que van en los huesos á la sepultura. Y aun allá estando en ella, después de convertidas las carnes en polvo, mientras se conservan los huesos en el sepulcro, se conservan también los vicios que estaban metidos en ellos, ó á lo menos el apetito de volver á ponerlos en ejecución; que esto quiere decir el santo Job cuando dice: que los vicios de la juventud, dormirán con el que los comete aun estando en el polvo. Y la razón desto es, porque, como apuntó Séneca en una de sus epístolas, en el viejo acostumbrado á pecar, aunque con la vejez, por haberse acabado las fuerzas, se acaba el poder para ejecutar el pecado, no por eso se acaba el apetito de volver á pecar; antes con la memoria del deleite que hallaba en el vicio, y la privación de poder volver á gustallo, crece y cobra nuevas fuerzas el apetito. Y como la voluntad se reputa por obra delante de Dios, cuando falta poder para ejecutalla, de aquí es que el deseo del viejo que, por estar mal habituado, muere con este apetito, se llama vicio que va con él á la sepultura, y allí en el polvo parece que está bullendo y apeteciendo el salir por volver á pecar. ¿Puede decirse más de la fuerza de la mala costumbre? ¿Puede ponderarse más su potencia?

III. Bien la entendieron algunos tiranos perseguidores de la Iglesia de Dios, pues para destruir y asolar de todo punto á la Cristiandad, después de haber intentado otros medios terribles, escogieron éste como más eficaz que los otros. De este usó Maximino, emperador cruelísimo, el cual, según refiere Eusebio Cesariense (2), para desarraigar de los corazones humanos el nombre de Cristo, hizo componer un libro en que se contenían innumerables blasfemias y abominaciones contra Jesucristo Redentor nuestro: y mandó que los maestros de escuela lo leyesen á los niños, y procurasen aficionallos á él, y tomarlo de memoria; pareciéndole que si se acostumbraban desde niños á aborrecer el nombre de Cristo, criándose con esta leche, quedarían imposibilitados para dejarle después de aborrecer.

(1) Ps. 108. *Et intravit sicut aqua in interiora eius, et sicut oleum in ossibus eius.*
(2) Eusebius, lib. 9, c. 5.

Y de la misma industria dicen que usó Juliano el Apóstata y otros tiranos, y della se han valido muchos herejes en Alemania y en Francia. Y la experiencia del daño que de esta invención se ha seguido, ha mostrado con evidencia, cuan poderosa sea la mala costumbre, entrañada desde los tiernos años en la naturaleza mal inclinada. Y así para atajar este daño, es menester prevenirla con la buena instrucción, para que cuando el mozuelo venga á reconocerse, tenga menos contrarios con quien pelear, y pueda más fácilmente alcanzar victoria de los que tuviere; que no le será dificultoso, si desde niño se habituare al ejercicio de las virtudes.

CAPÍTULO III

En que se prosigue la misma materia, y se muestra cuán eficaz sea la buena costumbre para vencer las malas inclinaciones

Sería posible que alguno se persuada, viendo lo que habemos dicho del poder de la mala costumbre, ser menos poderosa la buena, por parecerle que aquélla tiene en la naturaleza algo que le favorezca y abrace, y ésta no tiene cosa alguna que no la contradiga y resista. Pues para quitar la ocasión de este engaño, que podría ser muy dañoso, será bien probar en este capítulo, no ser menos poderosa la buena costumbre favorecida de la divina gracia, que la mala ayudada de la naturaleza corrupta, antes mucho más valerosa y más fuerte. Y aunque no es necesario trabajar mucho para persuadir esto á los que saben cuanto más poderosa es la gracia que la naturaleza, pero será razón procurar darlo á entender á los ignorantes, para que facilitándoles con esto la empresa, y descubriendo los frutos que della se sacan, se animen á acometella con tanto denuedo y brío que salgan victoriosos y triunfadores. Adviertan, pues, los que en esta materia son inexpertos, que aquel soberano Señor cuya providencia no se olvida aún de las cosas mínimas, habiéndonos criado para que con nuestras propias obras hechas en su gracia mereciésemos la gloria; de tal manera juntó para provecho nuestro, en el ejercicio de las virtudes, la dificultad con el gusto, que ni quiso fuese todo suave, porque no faltase materia de merecimiento, ni todo difícil, porque no viniésemos á desmayar en la empresa. Lo que ordenó fué, que hubiese de uno y de otro, para que lo difícil de la virtud nos hiciese merecer la corona, y lo gustoso nos aligerase el trabajo: juntándose desta suerte en este ejercicio las dos cosas que Cristo dijo en el Evangelio, que son: yugo suave y carga ligera (1). Y aun aquella parte de dificultad que la virtud trae consigo, quiso que pudiese hacerse gustosa y fácil, poniendo los hombres de su parte cuidado en acostumbrarse á ella, y Dios de la suya, el favor de su gracia que todo lo facilita.

(1) *Iugum meum suave est, et onus meum leve.* Mat. 11.

Esta, como dice Isaías (1), á los que confían el Señor hace que muden la fortaleza, ésta les da alas como de águila con que puedan volar sin trabajo: y ésta, como dijo el otro Profeta (2), les comunica pies ligeros como de ciervo, para que puedan correr sin cansancio, hasta ponerlos á la alteza de la perfección. Y si con ésta se junta la buena costumbre, ¿qué enemigo no vencerán? ¿Qué dificultades no allanarán? ¿Qué empresa podrán acometer que no salgan della con victoria? Cierto, estas dos juntas admirables efectos obran, y tanto más admirables, cuanto más con tiempo comienza á valerse el hombre de la buena costumbre, para que haga lado á la gracia. Estas dos suelen hacer las vigilias fáciles; los manjares desabridos, gustosos; los ásperos cilicios, suaves; las rigurosas disciplinas, sufribles; los menosprecios y denuestos, amables; la pobreza, apacible; las mortificaciones y asperezas, deleitables; y, finalmente, éstas vencen y facilitan todas las dificultades por graves que sean.

I. Pero dejando aparte, para otra ocasión, el tratar de lo que puede la gracia, tratemos ahora solamente de lo que puede la buena costumbre. Y presupongamos que para llegar el hombre á gozar de los frutos que nacen della, es necesario que á los principios trabaje, haciendo fuerza y violencia á las malas inclinaciones. Doctrina es esta del glorioso padre San Agustín (3) declarando aquella sentencia que fulminó la divina Justicia, contra nuestra madre Eva, condenándola á que pariese en dolor los hijos (4). Verdadero es, dice este santo Doctor, el sacramento desta sentencia. Porque imposible es privarse el hombre de algún deleite carnal, sin que en el principio se padezca, hasta que la costumbre incline la naturaleza á la mejor parte. Que entonces, cuando la costumbre facilita la obra, es como parir hijo. Y no nace esta costumbre sin dolor, pues para que ella nazca, es necesario, primeramente, luchar el alma con las malas inclinaciones y vencellas. Todo esto es de San Agustín. Y en ello quiere enseñarnos, que la maldición de parir con dolor no solamente alcanzó á las mujeres en respecto de la generación carnal de los hijos, sino también á las almas, en orden á la generación espiritual de las buenas costumbres. Porque ya no obra el bien con la facilidad y deleite que le obrara en el estado de la inocencia, sino que le ha de costar dolor este parto, venciendo primero los siniestros de la naturaleza depravada para engendrar los hábitos de las virtudes acostumbrándose en ellas, lo cual no se alcanza sin grandes dificultades. Pero si considera los grandes provechos que nacen desto, y los privilegios que se alcanzan por la buena costumbre, cualquier trabajo por excesivo que sea le parecerá pequeño, y cualquier diligencia, bien empleada, por alcanzar tan preciosa joya. Recopiló brevemente el profeta Jeremías (5) los frutos que se sacan de la buena costumbre comenzada desde los tiernos años, y díjolos por estas palabras: Bueno

(1) *Qui sperant in Domino mutabunt fortitudinem, assument pennas sicut aquilæ.* Isai. 40.

(2) *Ponet pedes meos quasi cervorum.* Abacu. 3; y *Qui perfecit pedes meos quasi cervorum, super excelsa statuent me.* Ps. 27.

(3) Augusti. *De Genesi contr. Manich.*, lib. 2.

(4) *In dolore paries filios.* Gen. 3.

(5) Treno. 3.

es para el hombre, acostumbrarse al yugo desde la juventud, sentarse ha el que así lo hiciere, y callará, porque se levantará sobre sí. Pondrá en el polvo su rostro por ver si hay esperanza, ofrecerá la mejilla al que se la quisiere herir y verse ha saciado de oprobios. Hasta aquí son palabras del Profeta, dignísimas de ser declaradas. Bueno es, dice (1), y provechoso para el hombre, tomar el yugo de la ley de Dios sobre sus hombros desde la tierna edad. Y no solamente es bueno, sino muy bueno. Porque, según sentencia de Horacio y de Filón Judío, la mitad del negocio tiene hecho, quien supo acertar á comenzalle (2). Á los buenos principios suele atribuir la Sagrada Escritura los valerosos hechos de las otras edades, para mostrar cuanto importa comenzar bien. Y así vemos, que tratando de la paciencia del santo viejo Tobías, atribuye el Espíritu Santo la virtud della á la loable institución de los buenos principios de su niñez. Porque como siempre hubiese temido á Dios, dice el Sagrado Texto (3), y guardado sus mandamientos desde su niñez, no se entristeció contra Dios, por haberle privado de la luz de los ojos. Como quien dice, entienda el mundo que la paciencia que tuvo siendo viejo le procedió del temor de Dios y del haber tomado á cuestas el yugo de su ley siendo niño. Y de aquel famoso y venerable anciano Eleázaro, dice la divina Escritura (4), que para animarse á padecer con ánimo valeroso los tormentos con que el tirano le amenazaba, entre otras cosas que hizo, puso los ojos de la consideración en los buenos principios y santa conversación de su niñez, como avergonzándose de temer la muerte habiendo tenido tales principios. Luego si de la buena institución de tierna edad nacen tan generosa vergüenza y tan valerosos deseos, bien dice, y con razón afirma el Profeta, ser cosa muy acertada y provechosa tomar el yugo de la ley Divina sobre los hombros desde la edad juvenil.

II. ¿Pues qué será si se consideran otros admirables frutos que en este lugar refiere el Profeta? El primero dellos dice que es *hallar descanso en la soledad:* que eso quieren decir aquellas palabras, *sentarse ha solitario; sedebit solitarius,* porque el que se asienta, es cosa clara que descansa, y así decir que se asentará solitario, es decir que descansará en la soledad. Raro efecto por cierto y desproporcionado á las fuerzas y costumbres de la inquieta y bulliciosa juventud, y ajeno no solamente de los mozos, pero aun repugnante á la condición natural de los hombres. Porque por ser el hombre, según su naturaleza, animal sociable, es tan amigo naturalmente de compañía, que le pareció al filósofo haber de ser Dios ó bestia el hombre que halla gusto en soledad: Dios, que, por tener infinita suficiencia en sí mismo, basta para sí sólo, sin tener necesidad de mendigar fuera de sí el contento y bienaventuranza, ó bestia, que por ser incapaz de comunicación, no siente la falta de compañía. Pues esta soledad tan sobre la natural inclinación de los hombres, amará y hallará en ella

(1) *Bonum est homini, cum portaverit iugum ab adolescentia sua.*

(2) Horatius, lib. 1. Epístola, 2. *Philo Judeus, quis rerum divin. hæres.*

(3) *Nam cum ab infantia semper Deum timuerit, non est contristatus contra Deum,* etcétera. Tob. 2.

(4) 2. Mach. 6. *At ille cogitare cœpit ætatis ac senectutis suæ eminentiam. Atque a puero optimæ conversationis actus.*

descanso el que desde pequeño se acostumbrare al yugo de la virtud. No por ser bestia, sino porque la fuerza de la buena costumbre le hará más que hombre, haciéndole Dios por participación mediante la divina gracia: y así como quien participa de aquella inmensa suficiencia de Dios, vendrá á vivir contento aunque sólo, y á decir con David (1): ¿Qué tengo yo Señor en el Cielo? y fuera de vos, ¿qué quiero sobre la tierra? Como quien dice, no hago caso Señor de otra compañía teniéndoos á vos, porque vos sólo sois suficientísimo aunque todo lo demás me falte, para tenerme contento. El segundo fruto dice que será alcanzar la virtud del silencio, lo cual se significa en aquella palabra: Y callará. *Et tacebit.* Y no es menos admirable este fruto que el precedente. Porque, si bien se advierte, hay un apetito tan vehemente en los mozos de manifestar sus conceptos, que á los más dellos les están, como al otro amigo de Job (2), bullendo las razones en el pecho, reventando por dar su parecer en todas las cosas. Que aun allí advierte la Escritura, que era mozo, y confiesa de sí, que estaba lleno hasta los ojos de palabras, y que el aliento no le cabía en el pecho, antes le estaba congojando, en tanta manera, que así como la tinaja llena de mosto cuando está hirviendo viene casi á quebrarse por la grande fuerza que pone el mosto por salir fuera, así él estaba á pique de reventar por decir las razones, ó por mejor decir, sinrazones que habia concebido en su pecho. Esto confiesa de sí aquel mozo soberbio, y creo que podrían casi todos los mozos confesar lo mismo. Y así parece cosa sobre sus fuerzas de tener el ímpetu del apetito de hablar, sin venir á prorrumpir en palabras. ¿Quién podrá, preguntó otro de los amigos de Job (3), detener la plática que está concebida en la mente? Como quien dice, de pocos es salir con tan dificultosa empresa. Pero aquí nos dice el profeta que el mozo acostumbrado al yugo de la ley de Dios, podrá salir con ella, porque asentado en la soledad callará. El tercer fruto será venirse á levantar sobre sí: *Quia levabit se supra se.* Y aunque al parecer la carga del yugo es más proporcionada para hacer pesado á un hombre que para levantalle, con todo eso dice que le levantará sobre sí, porque esta carga como es espiritual no oprime sino que aligera. Es como la carga de la pluma á las aves, que aunque realmente es carga, no solamente no las apesga, pero aun las hace levantar más el vuelo. Y si bien se consideran estas palabras, hallarse ha en ellas que dicen más de lo que parece. Porque el que se levanta sobre alguna cosa, en sólo un acto hace dos efectos diversos que son, abatir la cosa poniéndola debajo de sí, y levantarse á sí, poniéndose á sí sobre ella. Y según esto, decir el Profeta que el mozo acostumbrado al yugo de la ley de Dios se levantará sobre sí, es decirnos que el tal será humilde, abatiéndose y menospreciándose á sí mismo, y teniéndose en tan poco como las cosas que trae debajo de sus pies. Y que allende desto será tan levantado en las acciones que hiciere, que parecerá exceder sus efectos á lo que pueden sus fuerzas acometiendo empresas difíciles,

(1) *Quid mihi est in cœlo et a te quid volui super terram?* Ps. 74.

(2) *Plenus sum sermonibus, et coarctat me spiritus uteri mei, et venter meus quasi mustum absque spiraculo, quod lagunculas novas disrumpit.* Job, c. 32.

(3) *Conceptum sermonem tenere quis poterit?* Job, 4.

venciendo batallas peligrosas y alcanzando victorias al parecer imposibles. El cuarto fruto de la buena costumbre será darse á la profunda consideración de la bajeza de su principio, que eso quiere decir pondrá en el polvo su rostro: *ponet in pulvere os suum,* esto es, considerará muy de cerca el bajo solar de donde desciende. Pensamiento por cierto harto contrario de los que suele criar en los mozos la insolencia y soberbia de la edad juvenil. Y prueba cierta de que quien esto alcanza en su juventud, llega ya á levantarse sobre sí mismo, excediéndose á sí en las acciones que hace. Será el quinto fruto, andar buscando si hay por ventura esperanza: *si forte sit spes.* Y lo que de aquí sacará, es un claro conocimiento de que no la puede haber firme en las cosas de acá de la tierra. Porque habiéndose conocido á sí mismo, y en sí, la instabilidad y bajeza de todo lo que el mundo tiene, que es menos que el hombre y el hombre polvo, echará de ver que no hay que esperar en cosas tan caducas y transitorias. Y de aquí le nacerá un generoso deseo de las eternas y una viva esperanza en solo aquél que nunca puede faltar, que es Dios. Concluyendo, pues, con el último de los frutos de la buena costumbre, dice el Profeta, que el mozo que se abrazare con ella desde pequeño dará voluntariamente la mejilla á quien se la quisiere herir, y se hartará de oprobios: *dabit percutienti se maxillam, saturabitur opprobriis.* Significando en esto, que alcanzará un menosprecio grande de lo que el mundo llama injurias, teniendo en tan poco los oprobios y afrentas que entre los hombres se ofrecen, que de buena gana sufrirá el ser herido en el rostro. Cosa en cuya venganza suelen los mozos aventurar las haciendas, poner en peligro las vidas, y, lo que más es, perder muchas veces las almas. Pero quien llegó á conocer que era polvo, no es mucho que tenga en poco los menosprecios del mundo, pues echa de ver que ninguna cosa le está más bien al polvo que ser hollado de los pies de los hombres, y que en ningún lugar está menos seguro que en los honrosos y altos; donde, como dijo el Poeta (1), soplan de ordinario los vientos, que son los que suelen disipalle y deshacelle. ¿Quién creyera que á tal perfección pudiera llegar un mozo y que tales empresas pudiera acometer y salir con ellas? Cosa fuera increíble sino la afirmara el mesmo Dios cuyo testimonio es de infalible verdad. Y pues él nos dice que puede tanto como esto en el mozo, el acostumbrarse desde pequeño al yugo de la divina Ley, y nos consta que contra la mala inclinación no hay poder tan fuerte como el de la buena costumbre, abrácense con ella los mozos desde los tiernos años, porque si algún mal hábito, aunándose con la naturaleza mal inclinada, llega á apoderarse del alma y á encastillarse en la parte suprema, vendrá á hacerse tan inexpugnable la fuerza del vicio, que no baste á contrastalle y vencelle todo el poder natural.

(1) *Perflant altissima venti.*

CAPÍTULO IV

Que los mancebos para quedar bien habituados en el ejercicio de las virtudes, tienen necesidad de maestro

Si el camino de la virtud fuera tan fácil que no hubiera en él donde poder errar, ó la naturaleza de los hombres tan bien compuesta que no tuviera faltas que corregir, pudieran los mozos emprender por sí mismos, sin necesidad de maestros, el ejercicio de las virtudes. Pero siendo verdad que el camino dellas es muy difícil, y la naturaleza dellos descompuesta y mal inclinada, es cosa indubitable que tienen necesidad de guía que los adiestre en lo dificultoso del camino, y de ayo que los gobierne y reprima en los desconciertos de la naturaleza desordenada. Para confirmación desta doctrina entiendan los mozos, que todos los hombres doctos, cuyos ingenios algún tiempo se emplearon en escribir ó decir algo de la virtud, afirmaron con muchas veras ser muy difícil y trabajoso el camino por donde se llega á su dichosa morada. Así lo enseñó Cristo cuando dijo que el camino del cielo, que es el de la virtud, es estrecho y angosta la puerta por donde se entra en él (1). Y lo mismo quiso significar cuando llamó cruz la vida de los cristianos. Platón en uno de sus Diálogos dice, que todas las cosas hermosas tienen dificultad, y tanto mayor cuanto es mayor su hermosura, y como la virtud sea la más hermosa de todas, síguese que será la más difícil y trabajosa. Lo mismo afirma su discípulo Aristóteles en el segundo de sus Éticas. Donde con eficaces razones enseña esta verdad y la causa de donde nace la dificultad que la virtud trae consigo. Aquel camino que á Hércules fué mostrado, sembrado de cardos y espinas en el principio, y en el medio tan lleno de dificultades, cuyo término era deleitosísimo ¿qué quiso significar sino el camino de la virtud? Así lo enseñan las fábulas antiguas y lo refiere el gran Padre Basilio (2). Pero quien con mayor destreza, á mi juicio, supo significar esta dificultad entre los autores profanos, fué Quincio, filósofo griego (3), el cual para dar á entender la naturaleza de la virtud, la dificultad de su camino y los trabajos que se ofrecen para haber de alcanzalla, hizo pintar una palma sobre un monte altísimo y escabroso, y en lo mas alto della, entre los racimos de los dátiles que allí había, hizo poner la virtud asentada, significando en la escabrosidad del monte, la gran dificultad que hay en acertar el camino, en la altura del, el gran trabajo que ha de costar el andalle, caminando siempre cuesta arriba contra el ímpetu de las malas inclinaciones. En la palma, que es el que entre todos los árboles tarda más en dar fruto, quiso significar la longanimi-

(1) *Quam angusta porta et arcta via est quae ducit ad vitam.* Mat. 7, y *Tollat crucem suam et sequatur me.* Mat. 16.
(2) Basilius. *De utilitate capienda ex gentilium libris.*
(3) Quintiliano. *Graecus Piacrius*, lib. 50.

dad que es menester para esperar el fruto de tanto trabajo. Y en el asentar la virtud acullarriba entre los dátiles de la palma, significó ser los fines de la virtud dulcísimos, aunque los principios y medios son escabrosos. De manera que della se puede decir con mucha razón lo que el filósofo dijo hablando de las ciencias, que tiene las raíces amargas pero los frutos suavísimos. Y cierto, si todas las cosas preciosas las ha escondido la naturaleza y puesto en lugares difíciles, donde no se puede llegar sin grande trabajo, como nos consta del oro, plata y piedras preciosas, ¿qué mucho que la virtud, siendo la más preciosa de todas, la haya puesto el autor de la naturaleza en la dificultad? Y si no se estima sino lo que cuesta caro, y lo que se alcanza por medios difíciles y trabajosos, cierto, razón era que la virtud costase muy cara, y se alcanzase con mucho trabajo para que fuese tenida en mucho, pues ella es tan digna de ser estimada.

Pues si el camino de la virtud es difícil, como queda probado, ¿cómo le acertará sin guía el que nunca le anduvo? Si es trabajoso y arduo, ¿cómo le andará sin tener quien le anime, el que, naturalmente, aborrece el trabajo? Y si requiere longanimidad para la perseverancia, ¿cómo la tendrá un mozo tierno, mudable, inconstante y leve, si en tan dificultosa empresa no tiene acicate de disciplina que le haga pasar adelante cuando quisiere volver atrás? Luego necesidad tienen los mozos de guía, de compañía y de espuela en el camino de la virtud, y de todo esto le ha de servir el maestro. Y allende desto es cosa clara que la virtud, como dice el filósofo, tiene un cierto medio en que consiste, y dos extremos en que, por exceso ó defecto, se puede errar: tiene también cosas arduas que acometer, cosas adversas que sufrir, y largos discursos en el aprovechamiento della donde poderse cansar. Pues ¿cómo podrá emprendella á solas un mozo inexperto, que ni tiene prudencia para atinar el medio, ni sabiduría para huir el extremo, ni fortaleza para acometer lo arduo, ni paciencia para sufrir lo adverso, ni constancia para perseverar en el discurso largo y prolijo? Necesidad tiene, sin duda, de quien supla todos estos defectos, y le enseñe los medios con que han de suplirse. Y aun si parase el daño en solas las dificultades que tiene la virtud de su parte, sería negocio más tolerable para pasarse sin compañía; pero añádese á esto el atravesarse los demonios en el camino, parando, como dice el divino Gregorio (1), acechanzas como ladroncillos, y armando tropiezos para hacer caer á los descuidados. Advirtiónos esto divinamente el gran Patriarca Jacob, hablando con su hijo Dan, y señalando en él al demonio, por estas palabras (2): «Hacerse ha Dan culebra en el camino, y cerastes en la senda, para morder el caballo en la uña y dar con el caballero en tierra.» Para cuyo entendimiento debe advertirse que es costumbre en la Sagrada Escritura llamar caminos á los mandamientos de Dios y sendas á los consejos evangélicos. Y entrambas cosas deseaba saber andar el santo Da-

(1) Greg. *homil.*, 12.
(2) *Fiat Dan coluber in via, cerastes in semita: mordens ungulam equi, ut cadat ascensor ejus retro.* Gen. 49.

vid, cuando dijo (1): «Mostradme, Señor, vuestros caminos y enseñadme vuestras sendas.» Y presupóngase allende desto que la culebra, aunque es animal ponzoñoso, no lo es tanto, ni tan artera como el animalejo llamado cerastes, el cual es una serpiente pequeña que tiene tres cornezuelos ponzoñosísimos en la cabeza, con los cuales, escondiéndose con cautela entre la arena, pica al que pasa cerca della, y aunque vaya á caballo, con sólo picar en la uña á la cabalgadura, la empozoña y da con ella y con el caballero en el suelo. Presupuesta, pues, esta doctrina, entendida queda la Profecía del santo Patriarca Jacob. Porque decirnos que su hijo Dan, en el cual, como dijimos, es significado el demonio, se haría culebra en el camino y cerastes en la senda, fué darnos á entender que el demonio á todos había de armar acechanzas en la jornada del cielo, así á los seglares que andan por el camino de los mandamientos, como á los religiosos que caminan por las sendas de la perfección evangélica. Pero de diferente manera dice que se había de haber con los unos que con los otros, porque en el camino había de ser como culebra, significando en esto que para con los seglares, que son menos perfectos, usa de menos malicia y derrama menos ponzoña. Pero en la senda había de ser como cerastes, dando á entender que á los religiosos, que son más perfectos, más encubiertamente y con mayor malicia y ponzoña los procura vencer. De suerte que á los unos y á los otros procura impedir el camino del cielo; tal es la ojeriza que este adversario tiene con todos los hombres, envidioso de ver que pueden llegar á gozar de la gloria que él, por su soberbia, perdió. Siendo, pues, verdad que á más de ser el camino de la virtud difícil, escabroso y prolijo, está el demonio en él armando acechanzas á los que por él caminan, y tanto mayores, cuanto los caminantes aspiran á mayor perfección, ¿cómo es posible que un mozo inexperto acierte á andar tan peligroso camino sin llevar consigo un adalid experimentado que le sepa descubrir los lugares donde el enemigo le tiene armadas las acechanzas para guardarle dellas? Este adalid, pues, ha de ser el maestro, cuyo oficio, entre otras obligaciones que tiene, es descubrir á los nuevos en la virtud las celadas, embustes y estratagemas con que el demonio procura impedir á los principiantes la ejecución de sus buenos deseos. Mas, porque quede esta verdad más ponderada, demos por caso que el camino de la virtud es fácil y que en él no hay tropiezos ni acechanzas de enemigos para estorballo, sino consideremos tan solamente la naturaleza estragada de los mancebos, y echaremos de ver que por sola ella tienen necesidad de gobierno para perseverar en el camino de la virtud. Colígese esta verdad de aquellas palabras del Sabio (2), que por ser tan misteriosas, suelen darles diferentes sentidos. Tres cosas, dice, hallo para mí dificultosas, pero la cuarta de todo punto la ignoro, que son: el camino del águila cuando vuela hacia el cielo, el de la nave cuando anda por medio del mar, el de la culebra cuando camina por sobre la piedra, y el del mancebo en los años de su juventud. Este cuarto es el que confiesa Salomón que

(1) *Vias tuas Domine demonstra mihi, et semitas tuas edoce me.* Psal. 24.

(2) *Tria sunt difficilia mihi, et quartum poenitus ignoro. Viam aquilæ in cœlo, viam colubri super terram, viam navis in medio mari, et viam viri in adolescentia.* Prov. 30.

ignora del todo, y si bien se considera, nadie se admirará de que le ignore. Porque el camino del hombre en su adolescencia es tan incierto en el comenzar, tan inconstante en el proseguir y tan mudable en el modo del proceder, que parece imposible poder atinar cuál es su propio camino y adonde le lleva su natural inclinación. Vuela ligero como el águila á la presa de su apetito, corre apresurado como la nave al puerto de sus varios deseos, y no hay culebra que tan presta se vuelva y revuelva, torciendo el cuerpo á una parte y á otra, como él en el discurso de sus caminos. Ya ama, ya aborrece, ya se aira, ya perdona, ya espera, ya desconfía, y, finalmente, no hay camaleón tan mudable y en quien tan fácilmente se impriman las especies de los colores que tiene cerca de sí, cuanto en él la diversidad de varios afectos, según la variedad de los objetos que se le ofrecen presentes. ¿Pues no está claro que una bestia de tantas cabezas y un monstruo de tan varios afectos, aunque el camino sea fácil y llano, no le podrá andar con perseverancia si no tiene quien sepa enfrenalle y tenga la rienda á sus desordenados afectos, para que, arrebatado del ímpetu dellos, no vaya á precipitarle dejando el camino llano? No uno, sino muchos frenos, dice Platón (1), ha menester el que es mozo, porque en los primeros ímpetus de su juventud no hay fiera tan intratable é indómita.

Queda, pues, averiguado de todo lo dicho que los mozos tienen necesidad de maestro que los gobierne en el ejercicio de las virtudes, no solamente por ser el camino dellas dificultoso, sino también por las acechanzas que tiene el demonio puestas en el camino y por la instabilidad, inconstancia y descompostura que la edad juvenil trae consigo. Y así, dijo admirablemente Gerson, que el mozo que por sí mismo quiere entrar en el cielo, aunque tenga el un pie dentro, le procuren sacar de allá, porque no es posible que acabe de entrar sin maestro que le anime y adiestre. En confirmación de lo cual, á Pablo, por ser mancebo recién convertido (2), después de haber sido arrebatado al tercero cielo y haber visto la esencia Divina, le mandaron salir de la gloria en que estaba y le dieron por maestro á Ananías para que le enseñase. Que sin maestro no quiso que atinase la entrada del Cristianismo y el camino de la virtud.

CAPÍTULO V

Que el magisterio de la educación de los mozos es uno de los más importantes en las Repúblicas

Dos diferencias de ser, dijeron los filósofos que hay en las cosas humanas, el uno llamaron natural, que consiste en las partes esenciales del hombre, y el otro moral, que consiste en las buenas costum-

(1) Platón, lib. 7, *Leg.*
(2) *Actorum*, 9.

bres. Y destas dos maneras de ser, comparadas entrambas en respecto del fin para que fueron los hombres criados, más principal es la segunda que la primera, porque más noble cosa es ser bueno que ser absolutamente. Lo cual es tan cierta verdad que el tener ser, sin ser bueno, es mucho mayor miseria que el no ser. Como se colige de aquellas palabras de Cristo á Judas la noche de su Pasión (1), que viéndole determinado ya de vendelle, le dijo: Buena suerte fuera para el que me ha de vender no haber nacido, porque es tan grave mal la culpa, que en comparación della, es tenido por buena suerte el no ser. Y siendo esto así, que es cosa más excelente el ser bueno que sólo el ser natural, en buena consecuencia se sigue que tanto será una cosa más importante en las Repúblicas, cuanto fuere más necesaria para alcanzar el buen ser. Y si creemos á los filósofos antiguos, que en materias morales son dignos de crédito, los Padres del buen ser son los maestros. Por lo cual dijo el gran Alejandro que más debía á su maestro Aristóteles que á su padre Filipo, porque si su padre le había dado el ser, su maestro le había dado el buen ser. No se puede negar que importa mucho para el bien de las Repúblicas el buen natural de los mozos; pero si no se cultiva con la buena doctrina del maestro, sin duda vendrá á perderse, como vemos que se pierden las tierras, por buenas que sean, no cultivándolas. El buen natural del mozo, dice Plutarco (2), es como la buena tierra, mas para coger della fruto, ¿qué aprovecha ser buena si falta el labrador que la cultive y la buena semilla para sembrarse en ella? Pues imaginad, dice el mismo filósofo, que en la cosecha de las virtudes la semilla es la buena doctrina, y el labrador es el maestro que la enseña; y, según esto, la buena ó mala cogida de virtuosas costumbres en las Repúblicas, másse debe al buen maestro que á la buena naturaleza del mozo; porque el buen maestro pone las tres cosas más principales, que son: el trabajo, la industria y la buena semilla, con las cuales, aun las malas tierras suelen hacerse fructíferas, y sin las cuales, aun las muy buenas suelen quedar estériles. Testigo es desta verdad lo que las historias humanas nos dicen del emperador Nerón, y las divinas del rey de Israel Joás (3), los cuales mientras tuvieron en su compañía, el uno á su maestro Séneca, y el otro á su ayo Joyadas, sacerdote, fueron dechado de virtud y clemencia, y gobernaron con mucha prudencia y suavidad, pero en faltándoles sus maestros, dieron muestra de lo que importaba al bien de sus reinos, tener tales maestros al lado. Y de otros emperadores pudiéramos hacer memoria, que con ser de naturaleza mansa y benigna, la crianza de los malos maestros los hizo crueles y de bestiales costumbres. Siendo, pues, verdad que tanto bien ó mal depende de los buenos ó malos maestros, ¿qué cosa puede haber á las Repúblicas más importante que velar mucho acerca de sus elecciones y hacer experiencia dellos antes de encomendalles ministerios tan importantes? ¿Y qué cosa

(1) *Vae homini illi per quem Filius hominis tradetur, bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille.* Mat. 26.

(2) *Plutarc. de instit. puerorum.*

(3) *Fecitque Joas rectum coram Domino, cunctis diebus quibus decuit eum Joiadas Sacerdos.* IV. Reg. 12.

puede haber más perniciosa que descuidarse en cosa tan necesaria? Buscan, dice Plutarco, los hombres con extraordinario cuidado, para la conservación y aumento de sus haciendas, las personas más hábiles y entendidas, y á medida de los talentos que tienen les encomiendan los cargos, y para encomendarles los hijos les parece que cualquiera les basta. ¿Qué es esto sino dar muestra de que aman menos á los hijos que á las haciendas? Faraón, rey de Egipto, dice la Sagrada Escritura (1), que para haber de encomendar sus ganados á los hermanos del santo José, á quien amaba y estimaba mucho, le advirtió primero que mirase si había entre ellos algunos industriosos en el arte de guardar ganado, y que si los había encomendase los suyos á los que lo fuesen; de manera que, aunque sean hermanos de José, no se han de encomendar ovejas sino á los que tengan industria para saber guardarlas y experiencia en el gobierno dellas. Levantarse ha, pues, Faraón en el juicio y condenará á los gobernadores descuidados en esta materia, porque él tuvo tanto cuidado y prudencia en el buscar pastores industriosos para la guarda de sus ovejas, y ellos le tienen tan poco en buscar quien apaciente y gobierne los corderillos de Cristo. Si pudiese un hombre subirse á lugar muy alto de donde todos le oyesen, decía Crates, filósofo, había de dar voces diciendo: ¿En qué pensáis, hombres, que ponéis tanto cuidado en adquirir riquezas y tenéis tan grande descuido en hacer criar bien los hijos á quienes habéis de dejallas? Es cosa digna de ser llorada ver la negligencia grande que hay comúnmente en esto, y cuán remisamente se mira la suficiencia de los maestros, siendo verdad que, como dice Platón (2), el magisterio de la educación de los mozos es el más principal en las Repúblicas, y para el cual debe ser elegido el mejor de los ciudadanos, como lo hacían los Persas y Lacedemonios, por ser ministerio sumamente necesario. Aristóteles, en el octavo de sus Políticas, afirma lo mismo, y Plutarco, habiendo de tratar desta materia, entra en ella diciendo que quiere hablar de la mayor y más principal de todas las cosas concernientes al estado político; y tuvo razón, porque realmente lo es, la que trata de magisterio tan importante. Y luego entra en ella reprendiendo á los padres que sin hacer prueba ni experiencia de los maestros, les encomiendan sus hijos, con ser verdad que no encomendarán sus bestias sino al que saben por experiencia que es buen albéitar. Pues ¿qué diré, dice este filósofo, de los que, por ruegos de sus amigos, toman para sus hijos maestros ignorantes? Son estos tales como el que estando enfermo su hijo, le pusiese por amor de su amigo en manos de un médico que le matase. Y aunque ésta es grande miseria, pero aun hay otra mucho mayor en las Repúblicas, y es que hay algunos padres tan sin afecto de padres, que amando más los dineros que los hijos, buscan no el mejor maestro, sino el que les cueste menos salario. Como el otro de quien refiere Brusonio (3), que llegándose un día al filósofo Aristipo le preguntó:—¿Qué salario quieres por criarme un solo hijo que tengo?

(1) *Quod si nosti in eis esse viros industrios, constitue illos magistros pecorum meorum.* Gén. 47.

(2) Platón, lib. 6, *de legibus*.

(3) Brusonius, lib. 3, c. 9. Erasmus, lib. 8, *apoteg.*

Y pidiéndole el filósofo mil reales, pareciéndole precio excesivo, le dijo: —Con mil reales podré yo comprar un esclavo.—Es verdad, dijo Aristipo, y tendrás dos si le compras, es, á saber, el que comprarás y tu hijo; dando á entender que un mozo mal enseñado, por rico y noble que sea, es esclavo. Respuesta por cierto digna de tal filósofo, y padre indigno de tener hijos el que mostraba preciar más tener un esclavo que un hijo bien industriado. Otro espíritu era el de Filipo, rey de Macedonia (1) cuando, habiéndole nacido su hijo Alejandro, dijo que no se alegraba tanto por haberle nacido heredero, cuanto por ver que le nacía en tiempo cuando podía darle tal maestro cual era Aristóteles. Y dijo admirablemente, porque no es materia tan digna de contento el tener hijos como el tener buenos hijos, y esto con ningún medio humano se alcanza tan eficazmente como con la instrucción de los buenos maestros, que, como arriba dijimos, son padres del buen ser.

Y porque concluyamos este capítulo con la doctrina que arriba propusimos, es bien que adviertan aquellos á quien incumbe la elección de maestros en la República, que así como el ser natural en sus principios tiene manjar proporcionado á la terneza de la edad infantil, que es la leche, así también el ser moral en los suyos tiene su leche con que se cría y aumenta, que es la doctrina de los maestros, que son como espirituales amas de los recién nacidos en la virtud. Y que la doctrina que se ha de enseñar á los principiantes se llame leche en la santa Escritura consta de muchos lugares della. Y en especial usan de esta metáfora aquellos divinos pechos de la Iglesia y príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo (2), diciendo el uno que *ha dado* á sus discípulos principiantes en ley evangélica, *leche,* y no manjar sólido, y el otro exhortando á los suyos á que, como niños tiernos, deseen la leche de la doctrina del Evangelio para crecer con ella gustando cuán dulce y suave es Dios. Siendo, pues, verdad que es leche la doctrina que á los mozos se enseña y que los pechos por donde ha de venir esta leche son los maestros, bien se echa de ver de cuánta importancia sean los que á los nuevos en la virtud administran esta leche divina. Porque si bien se considera, ¿qué cosa puede haber más importante para el ser natural que la buena leche dada en la tierna edad á los niños? Eslo tanto, que no solamente se comunican con ella las buenas ó malas disposiciones del cuerpo, pero aun las buenas ó malas costumbres, con ser efectos que pertenecen al alma. ¿De cuántos leemos en las historias humanas que vivieron siempre enfermizos por haberlos criado y dado leche algunas nodrizas malsanas? Uno dellos fué el emperador Tito, según refiere Lampridio y lo confirman otros autores dignos de crédito. ¿Y cuántos ha habido notados de algunos vicios, cuyas amas fueron notadas dellos? Bien se vió la experiencia desto en Tiberio César, pues por haber tenido por ama una mujer que solía tomarse del vino, mamó della esta costumbre en la leche. Y el haber salido Cayo Calígula (3) tan

(1) Aulus Gellus, lib. 9, cap. 3.

(2) *Lac potum dedi vobis non escam.* I. Cor. 7. *Quasi modo geniti infantes rationabiles sine dolo lac concupiscite, ut in eo crescatis in salutem*, etc. I. Pet. 2.

(3) Bion Caslo *in vita Caligu.*

cruel y amigo de sangre humana, ordinariamente lo atribuyen los historiadores á la falta del ama que le crió, que cuando había de darle el pecho solía untar los pezones con sangre para que, mamando leche sangrienta, viniese á tener después sangrientas costumbres.

Mas ¿de qué sirve el detenernos en testimonios de letras humanas, pues las divinas nos favorecen en esto? Porque decir Dios á su Iglesia, en el segundo capítulo de Oseas, que él mismo había de ser su nodriza dándole la leche de sus pechos, *Ecce ego lactabo eam,* no fué otra cosa sino prometerle que por medio de su doctrina, que era la leche con que había de regalalla, la comunicaría su espíritu y la haría de su condición y costumbres. De manera que por ser cosa tan cierta y ordinaria el comunicarse las costumbres con la leche, lo mismo es decir Dios á su Iglesia, yo te daré mi pecho, que decirla, yo te comunicaré mis costumbres y haré que tengas mis condiciones. Luego si esta doctrina es verdadera, como lo es, ¿qué argumento puede haber más eficaz para probar la importancia del magisterio de la educación de los mozos, que decirnos el Espíritu Santo que la doctrina es leche, y ver cuán importante es la buena leche para las buenas costumbres? Atiendan, pues, los que desean el bien de las Repúblicas y tienen á cargo el proveer maestros en ellas, cuánto importa el escogerlos buenos. Y echen de ver que si en la leche que dan las amas á los niños tiernos, con no ser aquella leche el sujeto de las buenas costumbres, les comunican con ella las condiciones y propiedades que ellas tienen, con mayor eficacia se hará este efecto con la leche de la doctrina, teniendo ésta tan grande afinidad con las costumbres del que la enseña. Viboreznos, dijo Cristo á los Fariseos (1), ¿cómo podéis hablar bien siendo malos? dando en esto á entender que es casi imposible hablar bien el que obra mal, porque de la abundancia del corazón habla la boca. Y en común proverbio se dijo un tiempo que cual es cada uno tales cosas habla (2). Y según esto, ¿cómo se puede esperar que enseñará buena doctrina el que es culpable en la vida? Cierto, grande ocasión hay para temer lo contrario, y por esta causa es mucha razón que se mire bien lo que se debe hacer en esto. Y cuando no corriera peligro de ser mala la doctrina que los ruines maestros enseñan, por sólo el que hay en que los discípulos imiten sus ruines costumbres, debiera haber grande cuidado en la elección de los buenos maestros. Porque la ordinaria experiencia nos tiene enseñado que los mozos suelen comúnmente imitar las costumbres de sus maestros y ayos. Y de aquí es que las historias griegas afirman, y lo refiere San Jerónimo escribiendo á Gaudencio, que Alejandro Magno, en el andar y costumbres, imitó siempre los vicios de su ayo Leonides. Y de los discípulos de Aristóteles dicen algunos autores que se les pegó el andar algo acorbados por tener esta falta su maestro á quien en todo imitaban. Luego de grande importancia es en las Repúblicas el buen acierto en un magisterio tan necesario.

(1) *Progenies viperarum quomodo potestis bona loqui cum sitis mali? ex abundantia enim cordis os loquitur.* Mat. 12. 34.

(2) *Qualis quisquis est, talia loquitur.*

CAPÍTULO VI

Prosíguese la materia del capítulo precedente, aplicándola en particular al estado monástico

Ya es razón que, pues nuestro principal intento es dirigir esta doctrina á los profesores de la perfección evangélica, que son los religiosos, tratemos en particular de acomodalla al estado monástico que ellos profesan. Porque aunque es verdad que por ser también las religiones repúblicas particulares les cuadra á ellas la doctrina común de las demás Repúblicas; pero no es cosa razonable contentarnos con esto, porque en materias morales tanto es la doctrina más eficaz y provechosa, cuanto desciende á tratar más señaladamente de las cosas particulares. Digo, pues, que siendo verdad lo que enseña Gerson en el tratado que hizo de *parvulis ad Christum tradendis*, que no hay cosa más perniciosa en las Repúblicas que poner impedimento á los pequeñuelos y serles causa de que no se lleguen á Dios, también lo será afirmar que ninguna cosa puede haber más importante ni de mayor provecho que quitalles los impedimentos y enseñarles el camino por donde se lleguen á él. Y siendo este el oficio de los maestros de la gente joven, bien se sigue que el ministerio suyo es de grande importancia y provecho, y, por consiguiente, digno de que las personas á quien se encarga sean elegidas desapasionadamente y con grande consideración. Esta es la fuente de donde, á mi parecer, procede todo el bien ó mal de las Repúblicas y en especial de las religiones. Y para mí tengo por cosa cierta y constante que la mayor parte de la miseria espiritual que las religiones padecen y el haber degenerado en parte del fervoroso espíritu en que fueron instituídas y, finalmente, el estar tan trocado aquel dorado siglo que los fundadores dellas gozaron en sus principios, todo ha nacido de la poca circunspección y cuidado que por la mayor parte suele haber en la elección deste magisterio. Lo que es la razón natural en respecto de las potencias y fuerzas inferiores, dice un filósofo (1), eso es el maestro en respecto de los mancebos que tiene á su cargo: porque así como el gobierno de aquellas potencias está pendiente del imperio y dictamen de la razón que las rige, así el gobierno de los discípulos tiene su dependencia de la doctrina y ejemplo del maestro que los enseña. De donde se infieren dos cosas, si no me engaño: la primera, que el buen acierto en la elección deste magisterio no es de menos importancia para el buen gobierno político, que el sano juicio de la razón natural para el buen gobierno de las potencias inferiores. Y la segunda es que así como los defectos destas potencias suelen atribuirse, en las acciones morales, á la razón, que es el principio de su gobierno, por lo cual vino á decir el filósofo que cualquiera que peca es ignorante, así los defectos de los mancebos deben en alguna

(1) Chryso. *Jabellus.*

manera imputarse al descuido del maestro que los tiene á su cargo Y de aquí es que viendo Diógenes en cierta ocasión un mozuelo algo descompuesto, alzando el báculo, dió con él al maestro del mozo, diciéndole:—¿Por qué le crías desta manera? Pareciéndole que la descompostura del discípulo, sin duda procedía de la negligencia y descuido de su maestro. Y los Fariseos (aunque para juzgar ser falta lo que no lo era les cegó su malicia), por parecerles tan verdadera y cierta esta doctrina, acudieron á reprender á Cristo cuando vieron que sus discípulos faltaban en la observancia de sus tradiciones supersticiosas (1). Como quien dice, tal descuido en los discípulos no es posible que no tenga su principio y origen en el maestro. Los Lacedemonios, por las faltas de los hijos solían castigar á los padres, pareciéndoles que el padre para el hijo ha de ser padre y maestro, comunicándole como padre el ser y como maestro el buen ser. Y así cuando veían que los hijos faltaban, tenían por cierto que la causa original de la falta del hijo era, sin duda alguna, la mala educación de su padre, y por eso le castigaban. Y aun por la misma causa castigó Dios al sacerdote Heli (2) tan gravemente por la culpa de sus dos hijos, porque como padre y maestro (especialmente siendo sacerdote, á cuyo oficio está anejo el del magisterio) debiera tenerlos bien instruídos, y pues su descuido en criallos fué causa del pecado dellos, era justo que con ellos pagase la pena de su pecado.

Infiero, pues, de todo lo dicho, que si la tibieza de espíritu á que lo común de las religiones ha llegado, nace de haber aflojado tanto el rigor de la disciplina monástica en la erudición de la gente moza, y esta flojedad, ó á lo menos gran parte della, debe imputarse á los maestros y padres espirituales que los crían remisamente, no es mucho llegar yo á persuadirme que el descuido de los maestros remisos es causa próxima de mucha parte del daño que las religiones padecen y que la poca circunspección que ordinariamente se tiene en la elección dellos, es la causa original y primera de donde nacen este y otros innumerables daños. Y si Plutarco, con tanta razón, lloraba el descuido que en este particular hay comúnmente en las Repúblicas profanas, como dijimos en el capítulo precedente, ¿qué hiciera si teniendo lumbre de fe, viera la misma falta, y por ventura mayor, en la más perfecta de todas las repúblicas, que es la cristiana, y en lo más perfecto della que son las religiones sagradas donde se profesa la perfección evangélica? Vemos por momentos nacer en ellas nuevos hijos engendrados espiritualmente por la virtud del llamamiento divino, y no sé si podemos alegrarnos con Filipo, rey de Macedonia, en el nacimiento del suyo, pues para tantos hijos hay tan pocos Aristóteles que les enseñen. Dichoso aquel, dice el santo David (3), que tuviere á Dios por maestro, y á quien el mismo Dios enseñare su santa ley. Y tiene razón de llamarle dichoso, porque entre todas las dichas, no sé si hay alguna mayor que tener buen maestro. Bien entendieron esta verdad aquellos antiguos filósofos, á quien alaba, y con razón, San Gerónimo, porque dejando sus

(1) *Quare discipuli tui transgrediuntur traditiones seniorum?*
(2) 1. *Regum*, 3 y 4.
(3) *Beatus homo, quam tu erudieris Domine, et de lege tua docueris eum.* Psal. 93.

propias tierras, peregrinaron por las ajenas, y aun navegaron mares peligrosísimos por hacèrse discípulos de algunos varones que en su tiempo fueron insignes. Platón salió de Grecia, y, rompiendo por mil peligros y dificultades, no paró hasta Sicilia, por llegar á tener por maestro al filósofo Archita. Pitágoras, por hacerse discípulo de los sacerdotes Memfíticos, peregrinó desde Atenas á Menfis, ciudad antiquísima. Y Apolonio Tianco atravesó todos los reinos de Asia, sin parar hasta la mayor India, por llegar á ser discípulo del gran filósofo Hiarcas. Esto hicieron un tiempo aquellos varones célebres, teniendo en poco cualquier trabajo por alcanzar tan gran dicha como es tener buen maestro, que sin duda alguna es grandísima. Y de aquí es, que los que tuvieron suerte de tenerlos muy buenos, se precian dello como de cosa de mucha estima. Alejandro se gloria de haber tenido por maestro á Aristóteles, Trajano á Plutarco, Aristóteles á Platón, y San Pablo se precia de discípulo de Gamaliel (1), San Dionisio de discípulo de San Pablo, y San Gerónimo de Gregorio Nacianceno. David, entre los singulares favores que recibió de la mano de Dios, cuenta el haberle tenido por maestro desde su juventud, y le ruega le quiera tener por discípulo hasta la vejez (2). Y no es mucho se precien éstos de haber tenido maestros aventajados, pues Dios, por particular privilegio, promete á su Iglesia darle en el tiempo de la ley de gracia un maestro singularísimo, diciendo (3): «Verán tus ojos á tu maestro, y tus orejas oirán la voz del que te andará tras las espaldas amonestando: y cuando gozares tan buena suerte, no declines á la diestra ni á la siniestra.» Esto promete Dios á su Iglesia por Isaías y me parece que basta, con lo demás que habemos dicho, para prueba de lo mucho que importa en las religiones el acertar en la elección de los buenos maestros.

Y debería bastar el conocer esta importancia para que los Prelados, si con el oficio de padres tienen algún afecto de amor paternal á los religiosos, cuiden con grandes veras y diligencia en cosa tan importante. Mas para que no solamente el amor que á la Religión deben, sino también la obligación que tienen por su oficio, los mueva con más eficacia á poner diligencia en este particular, es menester que adviertan que el magisterio de la instrucción y crianza de los mancebos no es distinto del oficio de padre, antes es una de las obligaciones concernientes al cuidado paternal. Así se colige de la Sagrada Escritura en muchos lugares, donde una de las cosas que encomienda Dios á los padres es la buena instrucción de los hijos, enseñándoles lo que importa al servicio de la Divina Majestad. Y el Apóstol, enseñando á los padres las obligaciones del oficio y cuidado paternal, les amonesta que críen á sus hijos en la disciplina y corrección del Señor (4). Esto es, que los enseñen y castiguen juntamente para que la corrección y castigo los haga retraer del mal, y la buena

(1) *Ego sum vir Judæus*, etc., *secus pedes Gamaliel eruditus.* Act. 22.

(2) *Deus docuisti me a iuventute mea, et usque in senectam, et senium ne derelinquas me.* Psal. 70.

(3) *Et erunt oculi tui videntes præceptorem tuum, et aures tuæ audient vocem post tergum monentis.* Psal. 30.

(4) *Et vos patres nolite ad iracundiam provocare filios vestros, sed educate illos in disciplina, et correptione Domini.* Eph. 6.

enseñanza los anime y haga ejercitar en el bien. Y en el capítulo IV, del Deuteronomio (1), manda que los padres enseñen á los hijos la ley de Dios y las mercedes que recibieron de su mano, para que no solamente sean padres de los cuerpos engendrándolos y dándoles sustento corporal, sino también en alguna manera, de los espíritus, informándolos y dándoles pasto espiritual. Y esto quisieron dar á entender los Egipcios cuando, para significar un buen padre, pintaban un oso. Porque de este animal se dice que engendra un pedazo de carne informe, y acabándola de parir la osa, dándole con la lengua por diversas partes del cuerpo, le viene á hacer tener verdadera forma de oso. Así, pues, los padres, porque en el ser de la virtud engendran á sus hijos informes, y aun con mil deformidades de inclinaciones bestiales, no se han de contentar con haberlos engendrado, sino que, imitando al oso, deben quitarles con la lengua aquellas deformidades, dándoles buenos consejos é instruyéndolos con la doctrina, hasta que queden con forma de hombres, viviendo según el ser racional. Y sin duda alguna habría de ser ello así, que los mismos padres fuesen los maestros y pedagogos de los hijos, porque el amor paternal ayudase á llevar las cargas del magisterio y á buscar invenciones para el aprovechamiento de sus costumbres. Pero consideradas las muchas distracciones que el sustento y gobierno de la familia trae consigo, así en el mundo como en las religiones, dispensa Dios con los padres, para que este cuidado puedan descargarlo de sí, cargándolo á otro, que es el maestro. No porque sea el menos importante, sino porque lo es tanto, que ha menester un hombre entero que ningún otro cuidado le distraiga, y sólo éste le ocupe de tal manera, que no atienda sino sólo al aprovechamiento de sus discípulos. Y si por descuido de los padres, así espirituales como corporales, no fuere el maestro tal cual la gravedad del oficio requiere, entiendan que en ellos castigará Dios principalmente las faltas de los hijos, nacidas de la negligencia de los maestros. Porque en negocio de tanta importancia, inexcusable es el descuido de aquellos que para descargarse de tan estrecha obligación fueron negligentes en mirar la suficiencia de la persona en quien la descargaban. Miren, pues, los Prelados con extraordinario cuidado lo que les importa tenerle en cosa tan ardua, pues allende del daño grande que hacen á las religiones descuidándose en esto, el que sus conciencias reciben es no pequeño, y grave la ofensa que hacen al riguroso Juez, que para bien de las religiones los puso en el supremo lugar.

CAPÍTULO VII

Que el oficio de maestro en las religiones trae consigo gran dificultad y trabajo

Para entender mejor la dificultad y trabajo que trae consigo el magisterio de la educación de los mozos, especialmente en las reli-

(1) *Docebis ea filios ac nepotes tuos, idem in quo stetisti coram Domino.*

giones, me parece medio proporcionado considerar el fin para que fué instituído; porque habiendo de haber proporción entre el fin y los medios, probando que el fin es arduo y dificultoso, quedará probado que los medios necesarios para alcanzalle no pueden carecer de dificultad, porque la experiencia nos tiene enseñado que con medios fáciles pocas veces se alcanzan fines dificultosos. Considerando, pues, el fin con que se instituyó este magisterio en las religiones, hallo que fué para enseñar nuevas costumbres á los que huyendo del incendio de la infernal Sodoma, como lo hizo Loth (1), vienen á ellas para ponerse en salvo en el monte alto de la perfección evangélica. Y porque no es posible al que nuevamente sale huyendo del mundo, habituarse en las costumbres de la vida monástica, sin dejar primero las de la vida seglar que son contrarias á ellas, de aquí es que el magisterio de instruir gente moza trae consigo dos trabajos de grande dificultad, que son, desarraigar de la naturaleza mal inclinada los hábitos viciosos que echaron raíces en ella, renunciando, como dijo San Pablo (2), la impiedad y los deseos seglares, y plantar en su lugar hábitos de virtudes contrarias á la inclinación depravada, viviendo, como el mismo Apóstol enseña, *sobriamente* en respecto de nosotros mismos, *con justicia* en respecto de nuestros prójimos, y *piamente* en respecto de Dios. Y verdaderamente, cuando en este magisterio no se ofreciera otro trabajo sino haber de enseñar costumbres del cielo á gente terrestre, sólo el hacer esto, fuera negocio de suma dificultad y cuidado. Pues ¿qué será juntándose con esto el haber de desarraigar costumbres viciosas, de naturaleza tan inclinada á los vicios? Sin duda alguna debe ser cosa más grave y pesada de lo que se puede ponderar con palabras. Solía decir Timoteo, músico griego (según refiere Teopompo), que los discípulos mal enseñados en cualquier género de disciplina, cuando eligen nuevo maestro, doblado sueldo le habían de pagar, por ser dos los trabajos que se padecen con ellos. Uno, en hacerles dejar el hábito vicioso de lo malo que saben, y otro en hacerles hacer hábito nuevo de lo bueno que ignoran. Y es tanto más trabajoso lo primero que lo segundo, cuanto es más fuerte contrario la mala costumbre que la ignorancia. Pues si en el magisterio de las artes y ciencias, donde no hay que pelear con la naturaleza por ser inclinada á ellas, sino con sola la ignorancia y mala costumbre, se ofrece tan grande trabajo para enseñarlas á los que tienen hecho mal hábito en sus principios, ¿qué tal será el que se ofrece en el enseñar las virtudes á los que tienen hecho hábito de costumbres viciosas, donde es la pelea, no sólo con la ignorancia y mala costumbre, sino también con la naturaleza mal inclinada?

Y aun si aquí parara la dificultad deste magisterio, fuera tolerable el trabajo, y la carga, aunque pesada, se pudiera llevar. Pero trae consigo otra dificultad de tan grande cuidado, que sola ella podría engendrar temor en cualquier pecho que no fuese temerario. Y es que para enseñar esta doctrina del ejercicio de las virtudes, aunque

(1) *Ne stes in omni circa regionem, sed in monte salvum te fac.* Gén. 19.

(2) *Abnegantes impietatem et sæcularia desideria, sobrie et juste et pie vivamus in hoc sæculo.* Tit., c. 2.

las virtudes son unas mismas en respecto de todos, pero los modos del enseñarlas son tan diversos, cuanto son diferentes las condiciones de aquellos á quien se han de enseñar. Ponderó admirablemente esta dificultad el glorioso Padre y doctor antiquísimo Gregorio Nacianceno en su primera oración Apologética, con una comparación dignísima de su ingenio. Considera, dice este santo Doctor, que un hombre tiene á su cargo un animal monstruoso de muchas cabezas, las cuales, por ser de naturalezas diversas, tienen necesidad, para sustentarse, de distintos mantenimientos, de tal manera que lo que sustenta y da vida á la una consume y mata á la otra. Y considera allende desto, que el dar de comer á todas ellas según la naturaleza de cada una, y el conservarlas con vida, es negocio de tan grande importancia, que va la del· que las tiene á su cargo en que ninguna dellas la pierda. Pues siendo las cabezas muchas, y las naturalezas dellas tan varias, y habiendo de ser tan diversos los mantenimientos, y yendo la vida en que se conserven todas con ella, ¿qué dificultad habría en el gobierno y conservación deste animal? ¿qué trabajo sería necesario para sustentarle? ¿y qué cuidado para que no se trocasen los mantenimientos? Sin duda alguna que sería negocio de grande dificultad, de sumo trabajo y de cuidado inmenso. Pues tal es el de todos aquellos á cuyo cargo está el gobierno de algunos súbditos y la enseñanza de algunos discípulos. Porque cualquiera congregación (especialmente de gente moza donde los pareceres y voluntades aun no están rendidas á la del superior), no es otra cosa sino un cuerpo místico, con tantas cabezas, cuantos son los súbditos que hay en ella. Y porque las condiciones y calidades son diferentes, han menester distinto modo de gobierno y diversos mantenimientos de doctrina. Notó esto prudentísimamente el gran Pontífice y doctor de la Iglesia, Gregorio, en el prólogo de la tercera parte de su Pastoral, citando, en confirmación de su doctrina, al otro Gregorio, maestro de San Gerónimo, de quien arriba hicimos memoria. La experiencia nos enseña, dice este sagrado doctor, que entre los animales, la hierba que hace provecho al uno suele matar al otro, y el silbo que amansa al caballo suele irritar al perro, y entre las medicinas, la que quita una enfermedad suele acrecentar otra diferente, y entre los manjares, el que da fuerza á los varones crecidos hace daño á los niños tiernos. De suerte que en todas estas cosas, para que no hagan algún efecto dañoso y sean útiles al que las recibe, es necesario considerar los sujetos á quien se aplican.

Así pues, los que á su cargo tienen el gobierno y enseñanza de algunos súbditos y discípulos, es necesario que, según la diversidad de los sujetos, apliquen la doctrina que enseñan, que es el mantenimiento con que se sustenta y recibe aumentos de virtudes el alma. De tal manera, que aunque las virtudes que enseñan en la substancia se hayan de enseñar unas mismas á todos, sea diverso el modo del enseñarlas. Habiéndose en este particular el maestro como el cocinero industrioso, que de un mismo manjar hace, para diversos gustos, diferentes guisados. Porque entre los que han de recibir el pasto de la doctrina, cuál ha menester ruegos, cuál amenazas, á éste le mueven promesas, al otro castigos, uno tiene necesidad de freno,

y otro de espuela. Y de aquí es que el Apóstol San Pablo, enseñando á su discípulo Timoteo (1) el modo de enseñar la doctrina evangélica, le amonesta que inste importunamente, cuando hubiere oportunidad, arguyendo, rogando y reprendiendo. Porque ingenios hay que quieren ser convencidos con razones, otros movidos con ruegos, y otros compelidos con reprensiones. Y el mismo Apóstol (2), para ganar á todos, dice que se hacía todas las cosas acomodándose á las condiciones de todos, las cuales por la mayor parte son tan diversas, que apenas hay dos entre ciento que puedan ser gobernadas y enseñadas de una misma manera. Y si no se le aplica á cada cual el gobierno y doctrina conforme su naturaleza lo pide, pasa peligro que les haga daño lo que se les enseña por su provecho. Y en acertar este modo, ó á lo menos en no erralle por culpa suya, va la vida del alma de los que enseñan, pues es precisa obligación de su oficio y el aprovechamiento ó pérdida de los que son enseñados. Pues ¿qué cosa puede haber más trabajosa ni de mayor dificultad que acertar á hacer esto? Y aunque esta dificultad es común á todos los que gobiernan, pero hela traído en particular para mostrar lo que hay en el magisterio y gobierno de la gente moza, por parecerme que en él es mayor esta dificultad por ser los mozos gente menos disciplinada y, por consiguiente, muy más difícil de gobernar.

Y no paran aquí los trabajos de los maestros, sino que, como también son padres espirituales, el afecto paternal con que desean ver á sus nuevos hijos apartados del mal hábito de los vicios y aprovechados en las virtudes, engendra en ellos un cuidado que les anda continuamente royendo las entrañas. Porque por la parte que desean verlos apartados del mal, el considerar en ellos la fuerza de la mala costumbre y depravada inclinación que traen del siglo, los hace andar cercados de mil temores, experimentando en sí aquellas ansias y sobresaltos con que andaba el Santo Job cuando, en la consideración de sus hijos, derramando lágrimas y arrancando suspiros, ofrecía á Dios (3) sacrificio por ellos, diciendo: ¿Si pecarán mis hijos? ¿Si entrará el espíritu de blasfemia en sus corazones? Desta manera, pues, será forzoso á los que son maestros, si acaso, lo que Dios no quiera, no les falta el afecto de padres, andar con un perpetuo temor y sobresalto, sintiendo en su corazón mil latidos, nacidos del recelo y sospecha de las faltas que puedan hacer sus novicios. Porque si los consideran juntos en el noviciado, temen que algún espíritu de ira no los inquiete por ocasión de algunas palabrillas inconsideradas; si en el coro rezando el oficio divino, temen los descuidos que pueden hacer y la turbación que con ellos pueden causar á los religiosos; si en la iglesia ayudando las misas, temen no llegue alguna persona seglar á inquietallos, apartándolos de sus buenos propósitos; si andando por el convento, temen no se escandalicen de ver alguna faltilla ó descuido en los religiosos profesos; de manera que no hay lugar que los asegure de los recelos que tienen. Pues por la parte que desean su

(1) *Argue, obsecra, increpa in omni pacientia et doctrina.* II. Tim. IV, 2.
(2) *Omnibus omnia factus sum ut omnes facerem salvos.* I. Cor. IX, 22.
(3) *Consurgens diluculo offerebat holocausta pro singulis. Dicebat enim, ne forte peccaverint filii mei.* Job. I, 5.

aprovechamiento en el bien, ¿quién puede decir las ansias que les aquejan? Aquí son aquellos dolores de parto con que perpetuamente andaba el Apóstol San Pablo (1). Aquel decir, hijuelos míos, á quien vuelvo á parir de nuevo, hasta que se forme Cristo en vosotros, ¿en qué entendéis? ¿Cómo no aprovecháis? ¿Si es por descuido mio, ó por tibieza y negligencia vuestra? Y por cualquier destas causas que sea el no aprovechar sus novicios, les atreviesa un cuchillo de dolor el alma. ¿Cuántas veces este cuidado quita á los maestros el sueño? ¿Cuántas veces les hace dejar el reposo de la oración? Y lo que más es de ponderar y con razón es, que si acaso carecen destos cuidados, eso es lo que se los ha de causar mayores, porque es argumento de que les falta el celo y amor paternal, que es una de las mayores faltas que puede tener un maestro. Pues ¿cómo es posible dejar de ser trabajoso un oficio sujeto á tantos temores y una vida tan llena de sobresaltos? Aun pudiera decir otras muchas dificultades que se ofrecen en este magisterio, pero solas éstas me parecen por ahora bastantes, para que en alguna manera pueda echarse de ver su mucha dificultad y trabajo. Y he querido tratar dellas en este capítulo, para que nadie presuma temerariamente entremeterse en ministerio tan grave y dificultoso. Y para que aquellos á quien los Prelados con grande madureza y consideración eligieren para ejercitalle, viendo la dificultad de lo que se les encarga, procuren suplir con la diligencia y cuidado lo que por ventura les falta de suficiencia, pues aun teniéndola y no descuidándose, apenas podrán cumplir debidamente con tan estrecha obligación.

CAPÍTULO VIII

Que los que tienen talento para doctrinar á otros en la Religión, no deben rehusar el oficio de maestros

Son comunmente los hombres tan amigos de su quietud y descanso y tan enemigos de todo lo que es trabajo y desasosiego, que después de haber ponderado en el capítulo precedente las grandes dificultades que trae consigo el magisterio de la instrucción de los mozos, con mucha razón se debe temer que los que lo hubieren leído quedarán temerosos y con grandes propósitos de no tomar tan grave carga sobre sus hombros. Especialmente que el oficio de maestro carece de aquel cebo con que suelen cubrirse los trabajos en los otros oficios de prelacías y dignidades, que es el gusto de mandar á los otros y tener el lugar más honroso, el cual es un cebo tan dulce, que al gusto de él acaece algunas veces tragarse los hombres el anzuelo y dejar en él las entrañas. Será, pues, razón para prevenir este inconveniente, mostrar que los que tienen partes para servir á Dios en este ministerio no deben huir la cara al trabajo en cosa que

(1) *Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis.* Gal. IV, 19.

tanto importa, y de donde tan gran provecho se les puede seguir á las religiones. Y porque el rehusar semejantes oficios los religiosos que tienen talento suele proceder de una de las causas que adelante diremos, será bien examinar si son tan justas cuanto tienen las apariencias, ó si traen consigo algún engaño encubierto, para que, descubierta la celada del enemigo, quede atajado este daño.

Digo, pues, que la primera causa por la cual suelen los religiosos beneméritos rehusar esta manera de oficios, es por el temor que tienen de perder la quietud y sosiego de que gozan en la oración y ejercicios espirituales, y por parecelles que cuanto más se divirtieren á tratar de aprovechar á los otros, tanto menos podrán tratar de su propio aprovechamiento. Y estos tales alegan en favor suyo aquella parábola del libro de los Jueces, cuando se juntaron los árboles á elegir príncipe que los gobernase. Donde dice la Sagrada Escritura (1), que el olivo, la vid y la higuera rehusaron el principado, por no perder la una su aceite, la otra el licor de su vino y la otra la dulzura y suavidad de sus higos. Y aceptó el gobierno la cambronera, que no tenía que perder sino espinas. Dicen, pues, éstos, que porque alaban los doctores el acuerdo de los tres árboles que rehusaron el principado, por no perder su propio provecho, deben ellos procurar imitalles en una cosa tan acertada. La segunda causa de rehusar los oficios suele ser la humildad del que los rehusa, que considerando las muchas partes que se requieren para ello y las pocas que ellos tienen, á su juicio, huyen de poner tal carga sobre sus hombros por no quedar oprimidos debajo della. Y alegan éstos en su defensa el ejemplo de algunos santos gravísimos, cuales fueron Basilio, Crisóstomo y el divino Gregorio, que con esta consideración huyeron á los desiertos por no tomar sobre sus espaldas la carga de las dignidades episcopales. Y para decir verdad, si en lo que éstos hacen no hay más mal de lo que las palabras suenan, y el aceptar el oficio se deja á la libre elección de aquellos á quien se ofrece, loable es el instituto de los unos y de los otros. Porque la quietud de espíritu y sosiego de la contemplación es cosa digna de ser conservada, y la humildad y conocimiento propio merece estimarse en mucho. Mas interviniendo la voluntad de los superiores, rehusar el trabajo con demasiada instancia, ó mostrar desconsuelo en la aceptación del oficio, para mudar por este camino la voluntad de los superiores, argumento es de mucho amor propio en los que le rehusan por no perder su sosiego, y de humildad indiscreta en los que porfían, juzgándose indignos.

Oigan los primeros lo que dice el divino Gregorio en el capítulo V de la primera parte de su Pastoral y entenderán el engaño en que viven. Testimonio es, dice este santo doctor, del amor que á Cristo se tiene, tomar á su cargo, por hacelle servicio, el cuidado de apacentar su rebaño. Porque á San Pedro, cuando afirmó que amaba á Cristo, en testimonio deste amor le pidió que tuviese cuidado de apacentar sus ovejas (2). Luego el que tiene partes para apacentar á sus prójimos con el pasto de la buena doctrina, por el mismo caso

(1) *Ierunt ligna ut ungerent super se regem,* etc. Jud. IX, 8.
(2) *Petre, amas me?* etc., *pasce oves meas.* Joan. XXI, 17.

que rehusa el trabajo, queda convencido de que no ama á Cristo. Cristo murió por dar á todos la vida, dice San Pablo (1), lo que resta es, que los que viven no quieran vivir para sí, sino para Cristo que murió por ellos. Como quien dice, si Cristo, por el provecho nuestro, se privó de su propio regalo suspendiendo la gloria que había de gozar la porción inferior por poder trabajar y morir por nosotros, razón es que los que tienen vida tan á costa de Cristo se priven de su regalo por trabajar para Cristo en la salud de sus prójimos. Y los que rehusan de hacello por no privarse del propio descanso, aunque sea espiritual, señal es de que se aman á sí mismos más que no á Cristo. Y acuérdense estos tales de la misma parábola que ellos alegan en su defensa, y verán que por no haber querido aceptar el gobierno aquellos tres árboles fructíferos, que eran beneméritos de tenelle, fué elegida la cambronera, de cuyas espinas salió un fuego terrible que fué causa de graves daños. Y si acaeciese (lo cual Dios no permita) que por no aceptar ellos el magisterio fuese elegido algún indigno, de cuya relajación y descuido saliese un fuego abrasador que destruyese la disciplina monástica, no enseñando á los novicios el rigor de la regular observancia, la mortificación de las propias pasiones, y el ejercicio de las virtudes y ceremonias santas, viniendo por su causa este daño á la Religión, ¿con qué podría satisfacelle? Ó ¿qué responderá al riguroso Juez, cuando deste daño le pida estrechísima cuenta? Esto adviertan aquellos que por no perder su sosiego huyen el cuerpo á tan honesto trabajo.

Y los que le rehusan por humildad, oigan lo que dice el mismo santo, y examinen con las reglas de su doctrina si es verdadera la humildad que los mueve. Entonces será, dice San Gregorio, verdadera delante de Dios la humildad del que rehusa la carga de algún oficio, cuando el que se juzga indigno y se tiene por insuficiente, no es pertinaz en dejar de hacer lo que se le manda. Porque ¿cómo puede ser humilde el que no es obediente? Debe, pues, el verdadero humilde rendirse de tal manera á la voluntad del Prelado, que el conocer su insuficiencia sea para huir de los cargos con el corazón y deseo, mas no para resistir á la ejecución de la obra, á lo que mandan los superiores. Desta manera será humilde, conociéndose indigno del oficio que acepta, y obediente aceptando la carga de que se juzga indigno. Quién vió á Isaías, dice el mismo Gregorio, ofrecerse voluntariamente al magisterio del pueblo, y á Jeremías rehusarle con muchas veras, y entrambos efectos nacían de una misma fuente de amor (2). Aquél se ofrecía por aprovechar á los prójimos con la vida activa, y este otro lo rehusaba por no perder el reposo de la contemplativa. Pero entrambos hicieron alguna cosa en que merecen ser alabados, aquél ofreciéndose voluntariamente, y este otro rehusándolo con instancia. Porque el que se ofrecía para ser maestro del pueblo, no ejecutó su oficio hasta que con fuego le purificaron los labios, recibiendo la suficiencia del cielo, en lo que fué humilde y prudente; y el que lo rehusaba no resistió con pertinacia

(1) *Pro omnibus mortuus est Christus: ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est.* II. Cor. V, 15.

(2) *Ecce ego, mitte me.* Isaiæ, VI, 8. *A, a, a, Domine Deus: ecce nescio loqui.* Ier. I, 6.

sino que lo aceptó prontamente cuando entendió ser la voluntad divina, en lo cual fué obediente y humilde.

Ejemplo fué de lo que debe hacerse en esto, aquel gran caudillo del pueblo Israelítico, cuando lo quiso Dios hacer capitán de su pueblo, porque con singular destreza acertó á ser humilde, rehusando el oficio y obedeciendo (1). Fuera soberbia emprender tan gran carga sin temer su flaqueza en cosa tan grave, y así fué humilde en rehusalla alegando su insuficiencia. Y también fuera soberbia el resistir pertinazmente al precepto de Dios que se lo mandaba, y así fué humilde en aceptalla, esperando las fuerzas de la mano de Aquél á cuyo mandamiento obedecía. Deben, pues, todos aquellos á quien los Prelados imponen la carga del magisterio, reconocer cuanto es de su parte que son indignos é insuficientes para un oficio tan grave, tan arduo y tan dificultoso; pero si manifestada al Prelado su insuficiencia, conocieren ser su voluntad que le acepten, humillen la cerviz al yugo de la obediencia. Y esperen de aquel Señor que nos manda obedecer en todas las cosas á los Prelados, que Su Majestad, pues lo puede hacer, les dará fuerzas para poder llevarla. Porque impiedad sería creer de un Dios tan bueno que, mandándonos obedecer á los superiores y viendo que lo hacemos por hacer lo que Él manda, nos ha de negar lo que es necesario para poner en ejecución la obediencia.

Pero adviertan que en el proponer á los Prelados su insuficiencia no deben usar de palabras de sobrado encarecimiento, ni decir que harán la obediencia con desconsuelo, ó cosa semejante á ésta, sino manifiesten lo que sienten de sí, con sinceridad y llaneza, resignando con indiferencia su voluntad en la de sus Prelados y haciéndolos jueces de su insuficiencia. Porque el usar los súbditos de exageraciones sobradas, y el ponderar mucho los desconsuelos que temen en la obediencia, es hacer cierto género de fuerza á los Prelados, los cuales muchas veces por no desconsolar á sus súbditos, dejan de mandalles lo que juzgan ser conveniente. Y sabe Dios cuántas veces ha estorbado el demonio, por este camino, grandes servicios suyos, con que las religiones se hubieran conservado en el rigor de la disciplina monástica, y aun aprovechado mucho en los ejercicios de la perfección evangélica. Miren, pues, los que con esta humildad, por ventura indiscreta, dejan de aceptar el oficio del magisterio, que, allende de ser infieles á su madre la Religión privándola de los bienes que podrían hacer en los nuevos hijos que renacen en ella, es muy posible que, por no ejercitar el talento que Dios les ha dado para un ministerio tan importante, les prive de él como á siervos inútiles, porque costumbre es de Dios, como dice el divino Gregorio, quitar los talentos que ha comunicado por el bien de los prójimos, cuando el que los posee no los emplea en hacer granjería de aquellos bienes, para los cuales le fueron comunicados. Así lo hizo con aquel siervo inútil del Evangelio que escondió en tierra el talento que había recibido. Y á su amigo Moysén, cuando le pidió

(1) *Quis sum ego ut vadam ad Pharaonem?* Exod. III, 11. *Item obsecro Domine, mitte quem missurus es.* Exod. IV, 13.

ayuda para el gobierno del pueblo, dice la Sagrada Escritura (1) que le quitó del espíritu que le había dado, para darle á los que él pedía por coadjutores; de manera, que tanto le quitaron del espíritu recibido cuanto el quiso quitarse de la carga del gobierno del pueblo. Y si tenemos un Dios tan severo y tan amigo de granjería, que quiere coger donde no ha sembrado, donde sembró algún talento para sacar de él ganancia y por la negligencia del que le tiene deja de sacarla, ¿con cuánta severidad le castigará? Ni les valdrá por excusa el ejemplo de los árboles que, por no perder el licor de su fruto, rehusaron el principado, ni el de los santos que se escondieron, juzgándose indignos de las dignidades episcopales, porque aquellos que lo rehusaron, no les forzó la obediencia, sino que el aceptar el gobierno lo dejaron á su elección, y así acertaron en no aceptalle. Y estos que huyeron, en conociendo ser voluntad de Dios el tomar sobre sus hombros la carga de quien huían, sujetaron la cerviz al yugo de la obediencia. Y si á esto responden que ellos también lo harían si supiesen que es la voluntad de Dios el hacello, digo que el mandárselo sus Prelados es evidente indicio de que Dios lo quiere, pues Él mismo dice en el Evangelio que quien obedece al Prelado á Dios obedece, y el que le menosprecia dejando de obedecelle, á Dios menosprecia. Y así no tienen los tales delante de Dios disculpa alguna, si constándoles de la voluntad del Prelado, dejaren de hacer la obediencia.

Pero ¿qué diremos de otros que dejan de aceptar este oficio por parecelles negocio de menos valer, y cosa indigna de hombres graves y doctos ocuparse en un magisterio el cual llaman ellos oficio de criar muchachos? Cierto, estos tales no han debido de leer, y es razón que lo lean para confusión suya, aquel memorable ejemplo de San Gregrorio del cual escribe Juan Diácono (2), que deseoso de reformar y perfeccionar el canto eclesiástico para ayudar con esto á levantar los corazones á Dios en los divinos oficios, hizo edificar dos casas, una junto á San Pedro, y otra cerca de San Juan de Letrán, para que á ellas acudiesen los muchachos á ejercitarse en el canto, asistiendo á este ejercicio personalmente el mismo Sumo Pontífice, y cantando con ellos. Y dice que tenía un azote en la mano con que los amenazaba cuando erraban. Lo cual hacía sin faltar un punto á la autoridad y gravedad de Pontífice, antes autorizándola mucho con tan raro ejemplo de caridad. ¡Oh gran confusión nuestra y argumento de la poca que tenemos con nuestros prójimos! ¿Por ventura importa menos en la Iglesia de Dios la oración que la música? ¿Y el llorar pecados, que el cantar himnos? No por cierto, sino mucho más. Pues si un Pontífice Sumo de la Iglesia tiene por cosa honrosa el enseñar á cantar á los niños, ¿por qué un religioso pobre, que por su profesión está obligado á la humildad y mortificación de sus gustos, ha de tener por negocio de menos valer enseñar la virtud y recogimiento, aunque fuese á los niños? Es cierto que no procede el rehusallo de ser el oficio humilde, sino de ser soberbios los que por esta

(1) *Auferam de spiritu tuo, tradamque eis, ut sustentent tecum onus populi.* Núm. XI, 17.

(2) Joan. Diaconus, lib. 2. *De vita huius Pontif.*

causa lo rehusan. Otros hay que dan por disculpa del no aceptallo, el poco favor que para ejercitalle debidamente dan los Prelados, entremetiéndose en las cosas de los novicios, no autorizando las penitencias que sus maestros les imponen, juzgando por invenciones las mortificaciones que les enseñan, y no proveyendo las necesidades que en el noviciado se ofrecen. Y si esto es así, no es mucho que rehusen la carga, porque sin duda es tan grande, que con dificultad la pueden llevar sin ser ayudados. Y el gobierno de los novicios ha de ser tan propio de los maestros que, sin tomar primero su parecer, no debe el Prelado ocuparlos en ministerio alguno. Porque solo el maestro, como quien de ordinario los trata y sabe sus interiores inclinaciones, puede echar de ver de quién se puede fiar el andar entre los profesos, el salir á la iglesia á ayudar las misas, el andar en la sacristía en ocasión de hablar con seglares, el servir á los viejos y enfermos y el hacer oficios de trabajo que han menester fuerzas y espíritu Solo él puede saber cuál tiene necesidad de ser ejercitado en particulares mortificaciones, cuál de ser probado con penitencias, y cuál de ser alabado ó reprendido, y así lo que toca á la disposición y gobierno de los novicios, siendo el maestro discreto, á él se ha de remitir de ordinario: y si alguna vez faltare indiscretamente, guárdense los Prelados de decírselo en presencia de los novicios, porque es dalles ocasión de que le pierdan el crédito y el respeto. Antes deben aprobar lo que hacen y alabar su celo cuando los novicios están presentes, dejando con prudencia para otra ocasión el advertille su falta. Ruego, pues, humildemente á todos los religiosos á quien Dios, para bien de las religiones, ha dado partes para ejercitar este oficio, que compadeciéndose dellas, se precien de aceptar esta carga por Cristo, el cual, por aliviar las nuestras, tomó sobre sus hombros las de nuestros pecados. Y á los Prelados suplico encarecidamente se precien de favorecer á los que se encargan della, para que, ayudándoles, puedan más fácilmente llevarla. Y á los que vieren ser idóneos, sin atender á su consuelo particular, los compelan al magisterio, porque la buena razón enseña que el bien común se ha de anteponer al consuelo particular, y teman mucho el ser remisos en esto.

CAPÍTULO IX

De las partes que han de concurrir en los maestros para ejercitar su oficio con la debida suficiencia

Vista la grande dificultad del oficio de los maestros y la estrecha obligación que hay de aceptalle, cuando aquellos á quienes se impone tienen las partes necesarias, razón es mostrar ya qué partes son las que se requieren, para que los Prelados echen de ver á quién deben imponer esta carga, y los súbditos puedan examinarse y mirar si tienen fuerzas para llevarla cuando se les impone. Debe, pues, advertirse que, cuando por ser nuestro lenguaje corto y limitado no tiene

término en sí tan cabal y significante que pueda declarar al justo la excelencia de alguna cosa, es costumbre de la santa Escritura usar de muchos términos para tratar della, supliendo con la muchedumbre dellos la cortedad de nuestro lenguaje. Y el que en las divinas letras estuviere algún poco versado, echará de ver que usan deste artificio para tratar del oficio de los maestros, lo cual, ni es argumento poco eficaz de la grande importancia y excelencia suya, ni será mal medio para poder inquirir lo que habemos propuesto en este capítulo. Hallo, pues, que en la Sagrada Escritura son muchos los nombres que el Espíritu Santo da á los que tienen oficio de doctrinar á otros. Porque allende de aquellos cuatro honrosos títulos que Cristo les dió en el Evangelio, llamándolos *sal de la tierra, luz del mundo, ciudad asentada en lo alto del monte* y *antorcha encendida puesta sobre el candelero* (1), en otras partes del viejo y nuevo Testamento les da título de pastores, de padres, de ángeles y de guías, y otros algunos nombres de los cuales sería nunca acabar querer aquí hacer expresa memoria. Y si todos los títulos que les da son para significar por ellos las propiedades que espiritualmente han de tener los maestros, comparándolos con estas cosas corporales, consideren los que han de proveer este oficio cuántas serán las partes que para él se requieren y cuán pocos hay que las tengan, para que con esta advertencia sean más circunspectos en las elecciones de los que han de tener tal cargo.

Y los maestros adviertan que han de ser sal, para saborear con su prudencia lo desabrido de las virtudes que á los principiantes les parecen desabridas y amargas. Y porque la sal no da sabor á las otras cosas sin que ella se deshaga primero, llamándolos sal se les significa que han de hacer este oficio muy á costa de su trabajo.

Han de ser luz, desterrando con el resplandor de su doctrina las tinieblas de la ignorancia de los entendimientos de sus discípulos, y descubriendo con la claridad de su sabiduría la hermosura de las virtudes y los tropiezos que en el camino dellas se ofrecen. Y porque la luz no admite mezcla de tinieblas consigo, llamándolos luz les enseña cuán libres han de estar de las tinieblas del pecado y de la ignorancia.

Han de ser ciudad, y no cualquiera, sino ciudad de refugio, para recoger en su seno, con entrañas de padre, á los que recién salidos del siglo, temerosos por sus pecados del rigor de la divina Justicia, acuden por amparo á ellos, queriéndose valer de sus oraciones para aplacar la ira de Dios, y de sus consejos para no volverle á ofender después de aplacado. Y porque no se contenta con darles nombre de ciudad, sino que los llama ciudad puesta sobre la cumbre del monte, dándoles este nombre les enseña que su perfección ha de ser tan alta y el menosprecio de todas las cosas del mundo tan grande, que lo más alto de todas ellas tengan debajo de los pies, para que desta suerte puedan enseñar á los otros el menosprecio del mundo.

Han de ser antorcha encendida, porque no se han de contentar con dar luz de doctrina á los otros, sino también arder en sí mismos con fuego de caridad, á imitación de aquel gran maestro de

(1) *Vos estis sal terrae, lux mundi, civitas supra montem posita, et lucerna super candelabrum,* etc. Mat. V, 13.

quien dijo Cristo que era candela ardiente y resplandeciente. Y porque dice que esta antorcha no ha de estar debajo del celemín, que es medida limitada, sino sobre el candelero donde dé luz á todos, dándoles este título, les enseña cuán universal y sin límite ha de ser el fuego de su caridad.

Han de ser padres (1) en el afecto, amando á sus discípulos tiernamente como el padre á sus hijos, y en la providencia, teniendo cuidado de que se les provea lo necesario, sanos y enfermos, porque los nuevos en la religión, por el mucho respeto que tienen á sus Prelados y maestros, es cosa ordinaria ser demasiadamente encogidos, y así no se atreven á manifestar sus necesidades, por lo cual es cosa forzosa haberlas de padecer muy grandes, si los maestros con el afecto y providencia paternal no tienen cuidado de procurar que sean proveídos.

Han de ser pastores (2) en la vigilancia y cuidado, velando continuamente sobre los tiernos corderillos de Cristo, dándoles pasto substancial de doctrina sólida, abrevándolos en la santa lición de libros devotos, y enseñándolos á pasar la siesta á la sombra de Cristo en la meditación de su vida, y procurando con gran diligencia no se pierda alguna res por negligencia suya, considerando la estrecha cuenta que ha de dar dellas al Sumo Pastor Cristo. Y reconociendo si hay alguna sarnosa para curarla con la saludable miera de sus consejos, ó apartarla de las demás porque no inficione todo el rebaño, aventurando en este cuidado, si es necesario, como buen pastor, á imitación de Cristo, la vida.

Han de ser ángeles (3), tratando de tal manera del aprovechamiento de sus discípulos, que así como los ángeles andando continuamente con los hombres y entendiendo en la guarda y gobierno de las almas que les están encomendadas, no por eso pierden un momento la vista de la cara de Dios, como lo notó Cristo en el Evangelio, así ellos, de tal manera asistan á las cosas de los novicios que tienen á cargo, que no pierdan á Dios de vista, antes le tengan presente en todas sus acciones no descuidándose de su propio aprovechamiento por el ajeno.

Finalmente, han de ser guías (4), porque su oficio propio es enseñar á sus discípulos y adiestralles en el camino del cielo, que es el de las virtudes. Y porque es imposible enseñar bien un camino el que nunca le ha andado, de aquí es que el buen maestro ha de ser práctico en el ejercicio de cualquier género de virtud. Porque de otra manera, será como aquellos Fariseos de quien dijo Cristo, que siendo ciegos, presumían de guiar á otros ciegos, y si en un camino escabroso donde hay muchos atolladeros un ciego guía á otro, es cosa necesaria haberse de quebrar entrambos los ojos. Ciego es el triste novicio que recién salido del siglo aun no tiene la luz espiritual que ha menester para andar á solas tan dificultoso camino, y si el maes-

(1) *Nam si decem millia pedagogorum habeatis in Christo, sed non multos patres.* I. Cor. IV, 15.

(2) *Propterea pastores audite verbum Dei.* Ezeq. XXXIV, 7.

(3) *Labia sacerdotis custodiunt scientiam, quia angelus Domini exercituum est.* Malach. II, 7.

(4) *Si autem caecus caeco ducatum praestet, ambo in foveam cadent.* Mat. XV, 14.

tro que le dan por guía carece también de ojos, por ser ignorante ó inexperto, entrambos se perderán. Deben, pues, los maestros para acertar á hacer el oficio de guías, tomar ejemplo de lo que hizo Dios con su pueblo cuando le sacó de Egipto, y quiso Él mismo ser su guía para llevalle á la tierra de promisión (1). Húbose Dios entonces con su pueblo, dice la Sagrada Escritura, como se suele haber el águila con sus pollos, cuando los provoca á volar, y vuela sobre ellos. Extendió sus alas y llevóle sobre sus hombros, y desta manera fué Dios su guía. Y verdaderamente que bien consideradas estas palabras tienen harto mayor dificultad de lo que parece. Porque dellas se siguen tres cosas, al parecer incompatibles, que son: andar Dios delante del pueblo, pues dice que le iba guiando; andar sobre él, pues dice que volaba sobre ellos como el águila sobre sus pollos; y andar debajo de él, pues dice que extendió sus alas y le puso sobre sus hombros. Pues ¿cómo es posible verificarse todo esto? Si Dios iba delante guiándolos ¿cómo es posible que fuese sobre su pueblo? Y si sobre él volaba, ¿cómo puede ser andar debajo de él, llevándole sobre sus hombros? Misterio es éste dificultoso, y en la dificultad que tiene se echa bien de ver la que se ofrece á los maestros para acertar á hacer el oficio de guías, pues han de hacer con sus novicios, para acertalle, todo aquello que dice la Escritura en este lugar haber hecho Dios con su pueblo. Dice que iba delante, como águila provocando á sus pollos al vuelo, para enseñar á los que son guías espirituales que, así como las águilas para sacar diestros en el volar á sus hijuelos tiernos se ponen delante y moviendo sus alas les enseñan con su ejemplo cómo las han de mover, así el que guía á otros en el vuelo de la virtud yendo delante, esto es, siendo el primero en el ejercicio della, ha de provocar y enseñar á los otros, con su ejemplo, el modo con que la han de ejercitar. Dice que volaba sobre su pueblo, para dar á entender que el que tiene oficio de guiar á otros en el camino del cielo ha de volar sobre todos ellos y ser más perfecto que todos, porque afrenta es del maestro no exceder á sus discípulos en aquello que les enseña. Y en decir que volaba de la manera que vuela el águila sobre sus pollos, quiso significar que así como el águila volando sobre ellos se pone entre ellos y el sol, recibiendo en sí el rigor de sus rayos para defendellos del excesivo calor y hacelles sombra, así el buen maestro se ha de poner entre Dios y sus discípulos cuando los ve faltar en alguna cosa, procurando aplacalle porque no lleguen los rayos de su Justicia á ellos, y recibir sobre sus espaldas alguna vez el trabajo porque ellos descansen. Y también usa desta semejanza para enseñarnos que así como los que vuelan más alto descubren más tierra y pueden mejor echar de ver si hay en el camino armada alguna asechanza ó escondida alguna celada del enemigo, así el maestro ha de tener la vista más larga y el entendimiento más perspicaz para echar de ver las asechanzas que el demonio suele armar á los principiantes en el camino de la virtud. Y en el decir que llevaba á su pueblo sobre sus hombros, quiso significar aquella compasión, nacida de caridad, que aconseja el Apóstol San

(1) *Et ipse tamquam aquila provocans ad volandum pullos suos, et super illos volitans, assumpsit eos, atque portavit in humeris suis.* Deut. XXXII, 11.

Pablo que tengamos en soportar los unos las cargas de los otros, la cual ley obliga más estrechamente á los maestros, porque á ellos los obliga por la persona y por el oficio, como á prójimos y como á maestros (1). Y es razón que entiendan que por el oficio que tienen han de sufrir las ignorancias, disimular las inadvertencias, sufrir los descuidos y soportar las negligencias de los discípulos en las ocasiones que la prudencia enseña, porque esto es llevarlos sobre sus hombros. Esto es ser guía espiritual y estas son las condiciones que están encubiertas debajo de solo este nombre. Pues ¿quién podrá declarar las que se encierran debajo del nombre de médico, de ayo, de ama y aun de dioses que les da la Sagrada Escritura? No hay palabras con que poderlo dignamente explicar. Y si con particular advertencia leyeren lo que los doctores sagrados sienten de la alteza y gravedad deste oficio, aun les parecerá que hasta ahora no es mucho lo que se ha dicho. Porque el doctísimo Gersón, exponiendo un lugar de San Pablo (2), en que manda que los que han de enseñar y corregir á los otros sean varones espirituales, declarando qué cosa sea ser espiritual, dice estas palabras: Dame tú alguno, y decir te he yo que es espiritual, el cual juzgue espiritualmente todas las cosas y que de la experiencia que tiene en los trabajos propios haya aprendido, á imitación de Cristo, á compadecerse de los ajenos. Un hombre que, como otro San Pablo, no busque sus propios intereses, sino el de Cristo, y á quien el espíritu de la caridad, humildad y clemencia haya llenado el alma para que en él no halle algún lugar la vanidad, ambición y codicia. Un hombre cuya conversación y trato, imitando al Apóstol (3), sea toda en el cielo, y que como uno de los ángeles de Dios, á ejemplo suyo, ni con la bendición ni con la maldición sea movido (4). Y á quien ni el ocuparse en ministerios inferiores le aparte de las cosas del cielo, ni del tratar en las cosas de la tierra se le apegue algún polvo. Y finalmente, un hombre tal que ni sea estimulado ni movido de alguna forma corpórea, sino que apartado y puesto sobre el alcázar de la razón trate solamente y se acuerde de lo que es puramente espiritual en las almas. Y á quien alguna destas cosas le faltare entienda que aun es carnal y no espiritual, y por consiguiente aun no es idóneo para enseñar á otro con espíritu de blandura. Hasta aquí son palabras de Gersón. Y aquel gran padre y maestro de la vida espiritual Laurencio Justiniano, hablando á este propósito, dice: Que quien tiene por oficio ser guía espiritual de los otros, ha de ser próvido en la discreción, probado en la experiencia, compuesto en las costumbres, maduro en la gravedad, honesto en sus acciones, no ignorante en la Sagrada Escritura, austero y riguroso contra sí, compasivo para con el prójimo, continuo en la oración, verdadero en las palabras, manso de corazón, y, si fuere posible, aprovechado en cualquier género de disciplina. Y en otra parte dice: Tal ha de ser el que es guía espiritual de las ánimas, que á

(1) *Induite vos viscera misericordiae,* etc., *supportantes invicem, et donantes vobis metipsis,* etc. Colos. III, 12-13.
(2) *Vos qui spirituales estis hujusmodi instruite in spiritu lenitatis,* etc. Gal. VI, 1.
(3) *Conversatio nostra in coelis est.* Phil. III, 20.
(4) *Sicut enim angelus Dei, sic est dominus meus rex, ut nec benedictione, nec maledictione moveatur.* II. Reg. XIV, 17.

ninguno de los que tiene á su cargo ponga tropiezo ó sea ocasión de pecar. Enseñe antes con la buena vida que con las palabras, sean sus costumbres documentos de bien vivir, vístase, como lo aconseja San Pablo, de entrañas de misericordia, no juzgue por el afecto sino por la razón, preceda siempre en sus juicios la deliberación de su entendimiento porque vencido de la pasión no caiga en algún juicio temerario. Reforme las faltas de los otros en su misma persona, temple los movimientos de su ánimo, y procure aprovechar á sí y á los otros en todas las cosas. Sea diligente examinador de sí mismo y no sea aceptador de personas, muéstrese padre y no señor, y guste más de ser amado que temido. Ruegue por los que tiene á su cargo, exhorte á los perezosos, corrija á los inquietos, apremie á los altivos, abrigue á los simples, enseñe á los ignorantes, consuele á los tristes, y abrace á todos con pío afecto de caridad. Sea modesto, sea grave y raro en sus palabras y nunca diga cosa de que no queden los oyentes edificados. Toda esta es doctrina de Laurencio Justiniano. Y el divino Gregorio quiere que los que rigen á otros en la virtud, sean los primeros y principales en el obrar, discretos en el silencio y provechosos en las palabras, de tal manera que ni callen lo que deben decir ni digan lo que deben callar. Sean compasivos para con todos, y más aventajados que todos en la contemplación, de tal suerte que ni apeteciendo las cosas altas menosprecien acudir á la necesidad de los prójimos, ni por acudir á ésta, dejen de aspirar á las cosas supremas. Sean por la virtud de la humildad, compañeros de los que obran bien, y por el celo de la justicia, briosos contra los que hacen mal. Para que aquéllos amen la llaneza y humanidad con que se les muestran iguales, y éstos teman el rigor del castigo reconociendo el imperio en que les son superiores. Sería nunca acabar referir aquí todo lo que los doctores sagrados dicen acerca desta materia, pero lo que habemos dicho es bastante para que se entienda cuán altamente sintieron deste oficio y cuán lejos están por la mayor parte los maestros de nuestros tiempos de la perfección y alteza de vida que su oficio requiere, no sé si es ó por la poca circunspección de aquellos que los eligen, ó por la temeridad de los que procuran ser elegidos con grande peligro de sus conciencias y daño universal de las religiones.

CAPÍTULO X

De la ciencia y bondad que han de tener los maestros

Para poner en práctica con la rectitud que conviene la ejecución de algún oficio dificultoso, es cosa averiguada que no basta la noticia universal de las partes que para él se requieren, sino que, demás desto, es necesario descender en particular al conocimiento de aquellas cosas cuya noticia y experiencia es importante para la debida ejecución del tal oficio. Y como nuestro intento sea enseñar á los maestros no tanto la teórica cuanto la práctica del magisterio que

les está encargado, no será razón que nos contentemos con haber tratado en general de las partes que para él se requieren, sino que ultra de lo que se ha dicho en el capítulo precedente, tratemos en particular de algunas, sin las cuales no es posible dejar de hacer muchos yerros. Habiendo, pues, de tratar destas partes, paréceme que le es debido el primer lugar á la ciencia, por ser tan neceseria para el ministerio del enseñar, que sin ella es imposible ejercitalle. Porque ¿de qué manera, ó qué puede enseñar á otros el que no sabe? Y hame parecido tratar juntamente en el mismo capítulo de la bondad que debe tener el maestro, porque, aunque hablando en todo rigor, no es precisamente necesaria la bondad para alcanzar la ciencia, pero hablando de la sabiduría que se requiere en los maestros, pienso que es imposible alcanzalla sin la bondad, y cuando fuera posible, no lo era enseñarla á los novicios con eficacia. Es la sabiduría que ellos principalmente han menester, una participación de aquella de quien dice el Espíritu Santo (1) que no entra en las almas maliciosas ni habita en el cuerpo sujeto á pecados. Y si, como dijo el filósofo, cualquiera que peca es ignorante, bien se sigue que es necesario dejar de pecar y ser bueno para saber.

Presupuesto, pues, como fundamento certísimo que para el oficio de maestro es necesaria la ciencia, razón es que declaremos á qué se ha de extender la ciencia que requiere este oficio, porque no es justo que le pidamos más de la que es necesaria precisamente. Y para que procedamos con distinción y claridad en cosa que tanto importa, digo que á tres cosas se pueden reducir todas las que ha de saber necesariamente un maestro, porque á tres se reducen las que ha de aprender un novicio para ser religioso perfecto. La primera, es una inteligencia perfecta de la regla que ha de prometer á Dios en la profesión; la segunda, las ceremonias santas que ha de guardar en la vida monástica, y la tercera, el ejercicio de la mortificación y virtudes con que se alcanza la perfección evangélica. Y según esto debe ante todas cosas el maestro de novicios tener clara noticia de los tres votos esenciales y de los demás preceptos que nuestra sagrada regla contiene. Y porque el perfecto conocimiento desto depende de la inteligencia de las declaraciones apostólicas que los Sumos Pontífices han hecho sobre ella, debe el maestro estar tan versado en ellas, que tenga por grave crimen cualquiera ignorancia en esta materia. Y en especial debe tener perfecto conocimiento de lo que toca al voto de la pobreza, porque en éste, particularmente, se distingue nuestro estado de todos los otros. Aunque también hay alguna diferencia, como lo notó el seráfico doctor San Buenaventura, de la obediencia y castidad que en nuestra religión se promete, á la que se promete en todas las otras. Porque algunas circunstancias prometemos los Frailes Menores acerca destos votos las cuales los hacen más estrechos en la nuestra que en las demás religiones.

Debe también el maestro en lo que toca á las ceremonias monásticas, ser tan inteligente y observante, que ni por ignorancia deje de enseñarlas á los novicios, ni por descuido falte en la observan-

(1) *In malevolam animam non introibit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis.* Sap. I, 4. *Omnis peccans est ignorans.* Arist.

cia dellas. Porque la ignorancia es madre de muchos yerros, y el descuido en ejercitarlas suele causar olvido y relajación en los religiosos. Y para este fin es razón que tenga noticia de las constituciones generales y provinciales de nuestra Orden y de su provincia, en las cuales, no solamente se contienen las ceremonias que pertenecen al trato común de la policía monástica, pero también otras muchas cosas importantísimas para la perfecta observancia de las cosas esenciales de nuestra regla. Ni le parezca ser cosa de poca importancia la inteligencia y observancia de las ceremonias santas, porque, como dice San Buenaventura (1), no es de poca importancia aquello sin lo cual no se puede alcanzar ni conservar lo muy importante. Y es cierto que las ceremonias en las religiones son como los accidentes en las substancias, ó como la corteza en las frutas, ó como los muros en las ciudades, que aunque no son de la substancia dellas, importan mucho para conservallas. Y no es menos dificultoso conservarse la religión menospreciadas las ceremonias, que la substancia sin accidentes, que la fruta sin la corteza y que la ciudad sin el muro, teniendo contrarios que la combatan.

Deben, finalmente, los maestros saber con grandes ventajas las naturalezas de las virtudes y las dificultades que pueden ofrecerse en el ejercicio dellas. Y porque, como dijo el filósofo (2), la disciplina de las cosas contrarias es una misma, tienen obligación de tener no menos noticia de los vicios que de las virtudes, porque no menos están obligados á enseñar á sus novicios cómo han de apartarse del mal que cómo han de aprovechar en el bien. Á esta ciencia pertenece el saber remedios para mortificar pasiones, para despertar buenos afectos y para contrastar el ímpetu de las ruines inclinaciones. Requiérese, allende desto, en los maestros, la ciencia que los doctores piden para el oficio de confesores, porque lo han de ser ellos de sus novicios. Y aunque hay algunos que piden aun más suficiencia que la que habemos dicho, pero, á mi parecer, el que tuviese perfecta noticia de las cosas susodichas podría, sin escrúpulo, ejercitar este ministerio, y aun debería hacerlo conociendo ser esta la voluntad del Prelado. De las demás cosas pertenecientes á la ciencia no trato, porque no es mi ánimo tratar en este particular de lo que sería adorno en los maestros, sino de sólo aquello que, ignorándolo, sería temeridad entremeterse en oficio tan necesario. Y si acaso fuese alguno compelido á tomar este cargo careciendo del conocimiento de las tres cosas que arriba dijimos, tiene obligación de manifestar distintamente su insuficiencia al superior, porque aceptándolo sin hacer esto, se pone en manifiesto peligro de perderse á sí mismo y á sus novicios. Y si todavía fuere forzado, tiene obligación, y es bien que lo adviertan porque algunos se engañan en esto, de disponerse para llegar á tener la inteligencia debida, preguntando, leyendo y pidiéndolo á Dios con muchas veras. Porque cuando el Prelado obliga á algún súbdito á ejercitarse en alguna obediencia, por el mismo caso queda el tal obligado á procurar con cuidado y diligencia todo aquello que es necesario para hacer la tal obediencia con la debida fidelidad.

(1) Bonavent. *In speculo noviciorum.*
(2) *Contrariorum eadem est disciplina.* Arist.

Esto baste haber dicho en lo que toca á la ciencia que se requiere en los maestros: resta ahora mostrar cuán necesaria es con la ciencia la bondad y cómo sin ellas no es posible alcanzar la verdadera sabiduría.

Para entender esto deben advertir los maestros de novicios que el modo de enseñar la virtud que ellos han de tener en las religiones, es muy distinto del que tuvieron los filósofos en escribir della. Porque como el intento dellos era principalmente informar el entendimiento, procuraron enseñar las esencias de las virtudes, disputando con sutileza de sus partes, de sus especies, de sus accidentes y propiedades. Y de aquí es que la ciencia que ellos habían menester no era necesario que se alcanzase con el ejercicio de las virtudes, porque el conocimiento especulativo dellas, sin este ejercicio se puede alcanzar. Pero como en las religiones, no tanto se atienda á informar el entendimiento de los novicios cuanto á moverles el afecto para que se aficionen á ejercitar las virtudes, lo que se ha de enseñar no es lo especulativo y sutil de la naturaleza dellas, sino el modo de ejercitallas. Y así la ciencia que los maestros han de tener ha de ser afectiva, no tanto de lo que son las virtudes cuanto de la práctica y ejercicios que se requiere para alcanzallas. Y esta manera de ciencia no se alcanza sino ejercitándolas, y por eso dijimos que la bondad (la cual consiste en este ejercicio) es necesaria para esta manera de ciencia. Especialmente que los maestros, como consta del capítulo precedente, han de ser sal, dando sabor á lo que parece desabrido y amargo en las virtudes, y esto se hace dando á entender á los que no las han gustado, la suavidad y dulzura que con el ejercicio se viene á hallar en ellas, y mal podrá dar á entender á los otros la suavidad deste gusto el que por experiencia nunca supo á qué sabe. Gustad y veréis cuán suave es el Señor, dijo el santo David (1), como quien dice, no podréis ver con el entendimiento la suavidad y dulzura de Dios si primero no la gustáis con la voluntad amándola, porque en las cosas divinas el conocimiento afectivo ha de entrar por el gusto. Y de aquella valerosa mujer de quien el sabio dice tantas grandezas en los Proverbios, se escribe que nunca echó de ver cuán buena era la negociación de la virtud hasta que la gustó. Gustóla, dice el Espíritu Santo (2), y gustada echó de ver que era buena, porque le entró por el gusto el conocimiento. Y así como gustando el maná en el desierto los hijos de Israel tuvieron más claro conocimiento de su naturaleza y calidades que el que tienen los muy doctos, por lo que han leído de él en la Sagrada Escritura, así el conocimiento que se alcanza de Dios y de las virtudes por el gusto y ejercicio dellas es mucho más claro que el que tienen los muy doctos teólogos. Y de aquí es que un religioso muy sabio solía decir á otro muy simple y gran siervo de Dios, después de haberle dicho grandes excelencias de las perfecciones de Dios y de las virtudes, esto:—Hermano mío: muy mejor que yo lo sabéis vos que lo habéis gustado. Por este camino vinieron á ser sapientísimos muchos santos idiotas y simples, uno de los cuales fué nuestro seráfico Padre San Francisco. Y des-

(1) *Gustate et videte quoniam suavis est Dominus.* Psal. XXXIII, 9.
(2) *Gustavit et vidit quoniam bona est negotiatio ejus.* Prov. XXXI, 18.

engáñense los maestros, que si no gustan de la virtud siendo buenos, ni la entenderán perfectamente, ni la sabrán enseñar.

Y cuando no fuera necesaria la bondad para el conocimiento de Dios y de las virtudes, es cosa clara que para enseñarlas con eficaz aprovechamiento es muy necesaria. Porque puesto caso que los que carecen della pueden hablar altamente de las virtudes y disputar con sutileza de sus esencias y propiedades, pero mover con eficacia el corazón del discípulo al ejercicio dellas, que es lo que aquí se pretende, raras veces pueden hacello los que no están en ellas ejercitados. Porque, como dice el divino Gregorio (1), inflamar á los oyentes al deseo de las cosas del cielo no pueden los que las tratan con corazón frío, porque las cosas que no tienen fuego en sí no pueden encender á las otras, y es cosa ordinaria carecer deste fuego los que carecen del ejercicio de las virtudes. Y no es fuera de propósito para confirmación desta doctrina de San Gregorio, un ejemplo acaecido en cierta ciudad á dos religiosos que predicaban en ella. Era el uno dellos muy docto, aunque poco ejercitado en cosas de espíritu, y el otro no lo era tanto, mas era muy dado á la oración y recogimiento; éste hacía gran fruto en sus oyentes, y el otro ninguno. Admirado desto un caballero de aquella ciudad y deseando saber la causa de tan varios efectos, fuese á la celda del que era más docto á preguntársela. El cual tomando un pequeño carbón encendido de los que en un brasero tenía, juntólo con otros que no lo estaban, y soplándolo un poco, vino en breve tiempo á encendellos. Tomó después un carbón grande de los que no estaban encendidos, y juntándole con otros que no lo estaban, sopló grande rato y al fin quedaron sin encenderse.—¿Qué es la causa, preguntó el predicador al caballero, que este carbón pequeño, en breve tiempo y soplándole poco, ha encendido los otros carbones, y este grande, en mucho tiempo y soplándole mucho, no ha podido encendellos?—La causa, á mi parecer, respondió el caballero, es porque el pequeño, como estaba encendido, tenía fuego y así pudo comunicalle á los otros, pero el grande, como no le tenía, no le pudo comunicar.—Sin duda alguna, señor, dijo el predicador al caballero, es esta la causa de lo que yo he preguntado, y con ella queda suficientemente respondido á lo que se me preguntó á mí. No es tan dificultoso el ejemplo que tenga necesidad de declaración.

Y pues hablo con gente que me puede entender, el que está obligado á tener orejas para oir, oiga y entienda cuánto importa la bondad para que tenga eficacia lo que se enseña. Porque aunque es verdad que, como enseñan los sagrados doctores, el mover los ánimos es particular efecto del Espíritu Santo, y que no está en la mano ni consiste en la virtud del que enseña, sino en tomar Dios su palabra por instrumento, por lo cual dijo San Pablo (2) que el efecto del aumento espiritual no es del que planta, ni del que riega, sino de Dios; mas como la Divina sabiduría tenga por blasón obrar las cosas fuertemente, disponiéndolas con suavidad (3), de aquí es que, regu-

(1) Greg., lib. 8, moral., cap. 29.
(2) *Itaque neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus.* I. Cor. III, 7.
(3) *Sapientia attingit a fine usque ad finem fortiter*, etc. Sap. VIII, 1.

larmente hablando, á los que mejor se disponen, que son los buenos, toma más de ordinario por instrumento para mover á obrar bien. A cuya causa, dijo el Espíritu Santo (1), que las palabras del sabio son como aguijones, y es cierto que á las palabras de los que no son sabios no les conviene esta propiedad. Para cuyo entendimiento se advierta que esta palabra *sapiens*, que en romance quiere decir *sabio*, se deriva y toma su origen desta palabra *sapientia*, que quiere decir sabiduría. Y si queremos inquirir la etimología de este nombre *sapientia*, vendremos á sacar en limpio que *sapientia* no es otra cosa sino *sapida scientia*, que quiere decir ciencia sabrosa que se alcanza por el gusto. Y según esta doctrina, aquél se llamará sabio en las cosas divinas, hablando en rigor, que gustando de Dios con afectos de amor, y de las virtudes, ejercitándolas, viene á tener clara noticia de lo uno y de lo otro. Y así decir el Espíritu Santo que las palabras del sabio son aguijones, es dar á entender que solamente tienen eficacia para mover á los perezosos, como el aguijón á las bestias lerdas, las palabras de aquellos que han llegado á gustar de Dios amándole y de la virtud obrándola antes que la enseñen á otros. David pide á Dios en un Salmo (2) que para hablar con labios de alegría espiritual le rellene primero el alma de grosura del cielo, pareciéndole que si de lo interior no proceden los sentimientos, dificultosamente se muestran con palabras. Y el sabio aconseja (3) que antes de comunicar á los otros los arroyos de la doctrina, beba primero de los manantiales della el que ha de comunicarlos, experimentando en sí sus efectos antes que los quiera obrar en los otros. Y el gallo que, según doctrina de San Gregorio, es símbolo en la Sagrada Escritura de los maestros y predicadores, antes se despierta á sí mismo, hiriéndose los lados con las alas, que dé voces para despertar á los otros. Enseñando en esto que los maestros, para que sus palabras sean eficaces y puedan mover á sus discípulos, es menester que se muevan primero á sí mismos, obrando antes que hablen. Y de aquí es que en la antigua gentilidad era costumbre que á los sacerdotes de la diosa Diana les fuesen constituídos tres tiempos, el primero para aprender lo especulativo de las ciencias, virtudes y ceremonias, el segundo para ejercitarlas, y el tercero para enseñarlas á otros. Porque el orden de las ciencias prácticas es éste: aprenderlas para ponerlas por obra, y obrarlas y saberlas para enseñarlas. Y si los sacerdotes de los falsos dioses, para enseñar ritos vanos y ceremonias supersticiosas, habían de ser primero sabios y virtuosos, los que en las religiones sagradas han de enseñar las verdaderas virtudes y ceremonias santas para el culto del verdadero Dios, ¿cuánta más razón es que sean primero sabios y santos? Y los que no lo son, ¿por qué han de ser elegidos? Y si lo fueren, ¿por qué no han de suplir con diligencia esta falta, procurando alcanzar con la oración, con la diligencia y trabajo, lo que habían de saber antes de ser elegidos?

(1) *Verba sapientum sicut stimuli, et quasi clavi in altum defixi.* Ecc. XII, 11.

(2) *Sicut adipe et pinguedine repleatur anima mea, et labiis exultationis laudabit os meum.* Ps. LXII, 6.

(3) *Bibe aquam de cisterna tua, et fluenta putei tui. Deriventur fontes tui foras*, etc Prov. V., 15.

CAPÍTULO XI

Que los maestros de novicios han de enseñar la virtud principalmente con el buen ejemplo

Después que Cristo, Redentor nuestro, instituyó los primeros maestros de la ley Evangélica y les enseñó la santidad y la sabiduría que habían de tener para instruir á los otros, llamándolos sal de la tierra, luz del mundo y los demás títulos de quien arriba hacemos memoria, la primera cosa que les encomendó fué que tuviesen solícito cuidado de dar buen ejemplo con la santidad de su vida, á los que habían de enseñar con la luz de su doctrina. Y según esto, habiendo tratado en el capítulo precedente de la bondad y ciencia que se requiere en los maestros, con justa causa, á imitación de Cristo, trataremos en éste de la obligación que tienen de dar buen ejemplo á sus discípulos, pues sin éste suele tener muy poca eficacia la doctrina, especialmente con gente nueva en el servicio de Dios. Y para fundar bien lo que se ha de decir en esta materia son muy á propósito las palabras que dijo Cristo á sus Apóstoles, luego en habiéndolos constituído maestros del cristianismo, que son éstas (1): De tal manera resplandezca vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras buenas obras y en ellas glorifiquen á vuestro Padre que está en los Cielos. Y advirtióles, no sin causa, que lo hiciesen así, porque como Cristo había exhortado tantas veces en sus sermones á los fieles que procurasen hacer sus buenas obras en grande secreto, fuera posible que los Apóstoles procuraran encubrir las suyas si Cristo no les advirtiera que las hiciesen en público donde fuesen vistas de todos. Decirles, pues, el soberano Maestro que obrasen bien donde los hombres viesen sus buenas obras, fué enseñarles que los maestros y personas públicas no son del número de aquellos que han de obrar las virtudes por los rincones, sino en lugares públicos donde acrediten lo que enseñan con lo que obran. Mientras soy Apóstol de los gentiles, decía el gran Pablo (2), honraré el ministerio que Dios me ha dado, esto es, acreditaré mi doctrina con el ejemplo de mis buenas obras y con la eficacia de los milagros que hago. Y esto no para gloria mía, sino para ver si podré mover con esto á mi gente, que son los hebreos, á una santa emulación de los gentiles que, movidos con el ejemplo de mi vida y milagros, reciben la doctrina evangélica. Ni admire á nadie el ver que dije que acreditaba el Apóstol su doctrina con la santidad de su vida, porque puesto caso que la doctrina del Evangelio es de suyo tan admirable, que cuanto es en sí no puede recibir autoridad de los hombres, pero en cuanto al juicio de esos

(1) *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona,* etc. Mat. V, 16.

(2) *Quamdiu quidem ego sum gentium Apostolus, ministerium meum honorificabo. Si quomodo ad æmulandum provocem carnem meam.* Rom. XI, 13-14.

mismos hombres no se puede negar que es tanto más estimada cuanto la persona que la predica tiene más crédito. Y en este sentido, lo que es más, absolutamente hablando, puede ser acreditado de lo que es menos, como lo fué la persona de Cristo de la del glorioso Bautista (1), que siendo solamente candela dió testimonio de la luz del Sol de justicia y la autorizó y acreditó con el pueblo Hebreo; tan poderoso es el ejemplo de una persona santa.

No hay palabras con que dignamente se pueda ponderar lo mucho que puede el buen ejemplo de los que enseñan para llevar poderosamente tras sí á los discípulos, y la admirable trabazón que hay entre el movimiento de los que guían á otros con su ejemplo y doctrina y el de los discípulos que son guiados. Pero podráse descubrir algún tanto, considerando aquella admirable y misteriosa visión que vió Ezequiel en la ribera del río Chobar, donde dice que vió cuatro animales llenos de ojos que llevaban tras sí cuatro ruedas, las cuales, sin duda alguna, aunque no lo dice expresamente el sagrado texto, debían ser de alguna carroza á que estaban uncidos los cuatro animales, como parece sentirlo el glorioso San Jerónimo en los Comentarios deste lugar, donde llama esta visión *cuadriga,* que quiere decir carro de cuatro ruedas, cuales son las carrozas. Y dice más el Profeta: que había tal trabazón entre los cuatro animales y las cuatro ruedas, que si los animales andaban ellas andaban, si ellos se levantaban en alto también se levantaban ellas, y, finalmente, adonde quiera que el espíritu de los animales se movía se movían también las ruedas (2). Y advierte más, que no sólo en los animales, sino también en las ruedas había espíritu de vida. Maravillosa visión, por cierto, y muy á propósito de lo que vamos tratando. Porque en los animales tan llenos de ojos que guiaban la misteriosa carroza, no sin gran propiedad, pueden ser entendidos todos aquellos á quien por su oficio pertenece ser guías espirituales de las almas redimidas con la sangre de Cristo, y porque este oficio requiere grande circunspección, dice que estaban los animales cercados de ojos. En las ruedas son significados los súbditos, porque así como las ruedas sustentan el peso de la carroza, así ellos, con el trabajo de sus ministerios, sustentan el peso de la comunidad significada en la carroza. Pues decir el Profeta que al movimiento de los animales se movían las ruedas, es dar á entender que para mover á los súbditos en cualquier género de acción no hay cosa más eficaz que el movimiento y ejemplo de los Prelados y guías espirituales. Y adviértase que, no las voces de los animales, sino el movimiento dellos era el que las hacía andar, para significarnos que no las palabras solas y doctrina, sino el ejemplo, es el que tiene virtud para causar movimientos en los súbditos y discípulos. Y en haber notado el Profeta que en las ruedas había espíritu de vida (3), y, por consiguiente, principio de movimiento para poder moverse por sí mismas, quiso dar á entender que no es necesaria, sino libre, la trabazón que hay entre el movimiento del Prelado y del súbdito, porque con el espí-

(1) *Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine.* Joan. I, 7.

(2) *Cumque ambularent animalia, ambulabant pariter, et rotæ juxta ea: et cum elevarentur,* etc. Ezechiel. I, 19.

(3) *Spiritus enim vitæ erat in rotis.* Ezechiel. I, 20.

ritu de vida que en sí tiene puede moverse aunque el Prelado se pare, y parar aunque el Prelado se mueva. Pero en decir que con tener espíritu de vida no se movían las ruedas sino al movimiento de los animales, quiso enseñarnos que aunque el movimiento del súbdito en el ejercicio de las virtudes es voluntario, con todo esto está tan pendiente del de su maestro y Prelado, que con una fuerza secreta es como arrebatado á seguille por el camino que le quisieren guiar. Y así miren los superiores, y pidan á Dios que los mueva su espíritu, sino quieren perder á sus súbditos. Si el espíritu de Dios los levanta á lo alto, también los súbditos se levantarán, y si el del mundo los abate á las cosas terrestres, también los súbditos se abatirán. Y habrán de dar estrechísima cuenta á Dios, no solamente de su caída, sino también de la de aquellos que hicieron caer con su mal ejemplo, y aun de lo que dejaron de pasar adelante sus súbditos por no haberlos ellos animado con su aprovechamiento.

Tienen, pues, obligación los maestros de procurar, ante todas cosas, mostrarse irreprensibles en presencia de sus discípulos, porque no les den ocasión de que tropiecen en su mal ejemplo. Y tanto es mayor esta obligación en los maestros de los novicios, cuanto por ser sus discípulos más tiernos en la virtud, se escandalizan con mayor facilidad de cualquier niñería. Guardaos no escandalicéis á uno destos pequeñuelos que creen en mí, dijo Cristo hablando con sus discípulos, y notó agudamente San Jerónimo que con particular advertencia dijo Cristo nos guardásemos de dar escándalos á los pequeñuelos. Porque éstos son los que se escandalizan con facilidad, que los aprovechados en la virtud de ninguna cosa se escandalizan, como lo afirmó David, diciendo (1): Mucha paz hay, Señor, para los que aman vuestra ley, y para éstos no puede haber escándalo porque, como gente que sabe por experiencia la inconstancia y fragilidad de los hombres, de ninguna cosa se escandalizan menos que de ver miserias en gente tan miserable. Pero los pequeñuelos, y especialmente aquellos que recién salidos del mundo vienen á la religión, como tienen formado concepto de que los religiosos son santos, no los consideran sujetos á las miserias humanas, y así cualquiera falta que vean que desdiga del concepto que ellos tienen formado, los escandaliza, y mucho más las que ven en sus propios maestros, porque los miran como á los más perfectos de las religiones y los consideran cuales sería razón que fuesen. Ni tengan esperanza los maestros de que ha de aprovechar su doctrina si los discípulos echan de ver que no corresponden sus obras á sus palabras, porque, como dijo Séneca (2), mucho más creen los hombres á los ojos que á los oídos, y así de poco provecho es decir grandes cosas de la virtud si con las obras las contradicen ó no corresponden á ellas. Y no solamente es de poco provecho la buena doctrina cuando por el descuido del que la enseña no va acompañada con obras, pero aun, como notó agudamente el divino Crisóstomo (3), mayor daño hace que provecho. Porque viendo el oyente que el que dice tantas grandezas de las virtudes huye de ejer-

(1) *Pax multa diligentibus legem tuam, et non est illis scandalum.* Ps. CXVIII, 165.
(2) Séneca, lib. 1, cap. 6.
(3) Crisóstomo, *in lib. de Sacerdotio.*

citarlas, ó tiene la doctrina por falsa, ó por imposible el ponerla por obra. Hay algunos, dice San Gregorio (1), que con diligencia escudriñan los preceptos espirituales de las virtudes, y lo que con el entendimiento penetran, con la vida lo huellan y menosprecian, y enseñan, no lo que aprendieron obrando, sino lo que llegaron á entender estudiando, de suerte que contradicen con las costumbres á lo que enseñan con las palabras. Y destos se queja Dios por Ezequiel, diciendo (2): ¡Ay de los pastores que bebiendo ellos el agua limpia lo restante della ensucian y revuelven con los pies, y las tristecillas ovejas beben el agua turbia que ellos revolvieron! Aquellos beben el agua limpia, dice San Gregorio, que leyendo en las divinas letras recrean su entendimiento en los purísimos manantiales de las verdades que en ellas se escriben. Y aquellos la revuelven con los pies y la enturbian, que con sus malos afectos, significados por los pies, obrando mal ensucian con su ruin vida la buena inteligencia de las verdades que estudiaron. Y como de ordinario son los hombres más inclinados á imitar lo que ven que á poner por obra la doctrina que oyen, de aquí es que los que se llegaron al maestro por beber agua pura de buenas costumbres, no beben sino cieno de malos ejemplos. Esto es el fruto que sacan los discípulos de los maestros incautos y descuidados, y así es razón que consideren cuán obligados están á mostrarse irreprensibles delante de ellos. Hasta aquí es doctrina de San Gregorio.

Pero no se han de contentar los maestros con no dar mal ejemplo á sus novicios, porque Cristo no se contenta con pedir eso á los que han de enseñar á otros, sino que han de procurar obrar bien en lugares y tiempos donde sus novicios los vean, siendo ellos los primeros en todos los ejercicios virtuosos. Para lo cual deben acordarse de aquella doctrina de Séneca, que arriba tocamos, que más enseña el vivo ejemplo que la voz, porque los hombres más creen á lo que ven que á lo que oyen, y es más breve el camino por las obras que por las palabras. Y dijo muy bien, porque así como el ver una imagen del Rey es más breve camino y más cierto para conocer su estatura y la disposición de su rostro y cuerpo, que no el oirle pintar con palabras, por muy compuestas y elocuentes que sean, así el ver un retrato vivo de la virtud en el buen ejemplo del maestro es medio más eficaz y compendioso para llegar á conocerla y ejercitarla que todas las palabras y documentos que escriben los que hablaron della más altamente. Esta misma doctrina enseñan San Gregorio, San Bernardo y otros muchos doctores.

Y cuando no la enseñaran los Santos, la tiene tan probada la experiencia, que para prueba della esto sólo bastara. De aquel santo Arzobispo de Valencia, D. Tomás de Villanueva, refiere el que escribió su vida que habiendo muchas veces exhortado y corregido con gran celo á un clérigo escandaloso súbdito suyo, y viendo que no aprovechaba, le envió á llamar secretamente, y metiéndole consigo en su oratorio le reprendió con alguna aspereza. Y concluyó la

(1) Gregorio, 1.ª part., *Pastoralis*, cap. 2.

(2) *Cum purissimam aquam biberitis, reliquam pedibus vestris turbabatis, et oves meæ his quæ conculcata pedibus vestris fuerant pascebantur*, etc. Ezech. XXXIV, 18-19.

reprensión diciendo: No tenéis vos la culpa, sino yo que he usado con vos de sobrada misericordia, y así será razón que, como culpado, haga yo también la penitencia. Y dicho esto se despojó las espaldas, y, puesto de rodillas delante de un Crucifijo, comenzó á disciplinarse ásperamente hasta derramar sangre, suplicando á Dios, con gran copia de lágrimas, se sirviese de perdonar aquella alma que por su culpa andaba perdida. Y fué tan eficaz este ejemplo, que no pudiendo el clérigo contener las lágrimas se arrojó á los pies del santo Arzobispo, suplicándole se sirviese de darle á él las disciplinas para hacer de sí justicia, pues como ingrato y desconocido había abusado de su misericordia. Y que él daba palabra delante de aquel santo Crucifijo de poner la enmienda en su vida, con grande edificación de todos los que le habían conocido. Y cumplió la promesa con tantas veras, que de allí adelante fué gran siervo de Dios, y ocasión de que otros lo fuesen. En este caso se echa bien de ver cuánto más poderoso es el ejemplo que las palabras, pues con ser las de aquel santo Prelado eficacísimas y dichas con grande espíritu, porque lo tenía singularísimo, no pudo con muchas exhortaciones lo que hizo con sólo un ejemplo. Otros muchos podría traer á este propósito, pero este solo me parece tan eficaz, que basta para prueba de lo que vamos aquí enseñando. Ninguna cosa encomiendan con más encarecimiento que ésta los sagrados doctores, porque ninguna es más importante á los maestros. Y así el divino Gregorio, hablando con ellos y con todos los Prelados, los exhorta á la observancia della por estas palabras: Sea, dice este santo doctor, el que rige á otros, el primero y principal en las buenas obras, para que, viviendo bien, anuncie á los que tiene á su cargo el camino de la verdadera vida, y la grey, que suele seguir la voz y los pasos de su pastor, andará mucho mejor por el camino de sus ejemplos que por el de sus palabras. Y entiendan todos aquellos, á quien la necesidad de su oficio compele á enseñar grandes cosas, que el mismo oficio los necesita á obrar cosas grandes, y que aquella voz penetra más poderosamente á los corazones de los oyentes, de quien la buena vida y costumbres dan testimonio loable. Porque los que enseñan obrando, cuando mandan hacer algo con las palabras, poniendo en ejecución lo que á los otros enseñan, les ayudan á hacer lo que mandan. Y aludiendo á esto San Bernardo, dice: Que la conformidad del ejemplo con la doctrina es causa de que más fácilmente se persuada lo que se enseña, porque ejecutándolo con las obras se muestra con evidencia ser cosa posible el poner por obra lo que se persuade con las palabras. Y si no me engaño, una de las causas porque es de grande importancia el buen ejemplo en los maestros, es la que aquí apuntan estos gloriosos santos. Lo cual se echará de ver fácilmente si se considera que una de las cosas que á los hombres hacen más daño y el demonio con más veras ha procurado persuadirles, y ha salido con ello, es que la virtud es una cosa de tan excesiva dificultad, que no hay fuerzas humanas poderosas para salir con ella. Y ha podido tanto esta persuasión en algunos, que por sola ella dejan de seguir la virtud como empresa que excede á sus fuerzas. Y de aquí viene que ninguna cosa pueden hacer de mayor provecho los que enseñan virtud y recogimiento, que deshacer en los hombres este

concepto, mostrando que no es tan bravo el león como le pintan, ni la virtud tan inaccesible cuanto ellos se persuaden. Y para esto no hay medio más poderoso que el buen ejemplo de los maestros, obrando primero y mostrando en sí mismos ser cosa posible y no sobradamente dificultosa la que quieren persuadir á los otros. Porque aunque es verdad que los ejemplos de los varones santos, referidos en las historias fidedignas, son de grande importancia para mover los corazones de los que leen sus vidas, pero no son, á mi parecer, tan eficaces para mover á los principiantes como los de aquellos con quien ellos de ordinario tratan y comunican. Y la razón es porque los nuevos en la virtud y recién salidos del siglo, cuando oyen decir ó leen alguna cosa de los santos antiguos, como no los conocieron, paréceles, considerando sus obras, que fueron más que hombres, y así lo que de ellos leen no es objeto tan proporcionado para moverlos á la imitación de sus virtudes, cuanto lo es el que ven con sus ojos en las personas con quien tienen ordinario trato y comunicación. Porque cuando echan de ver que un hombre mortal como ellos, hecho de la misma masa y sujeto á las mismas miserias, obra con suavidad y contento los ejercicios de las virtudes que ellos tenían por casi imposibles, conocen con evidencia que la imposibilidad que ellos creían haber en ellas era pura imaginación suya ó persuasión del demonio, y no cosa de verdadera existencia y realidad. Y de aquí vienen á perder el miedo á la dificultad, acometiendo y venciendo las empresas de las virtudes, cuya imaginación sola, antes de verla facilitada, los hacía temblar. Y por esta causa, los santos que arriba citamos afirman que el ejemplo de los maestros es prueba evidente de que no es imposible lo que persuaden. Y por ser cosa tan importante el facilitar por este camino las virtudes, lo encomienda mucho el Espíritu Santo en diversos lugares de la Escritura. Y en particular, el Apóstol San Pablo á su discípulo Tito (1), habiéndole dicho las cosas que había de enseñar á los otros, le encarga con grandes veras que en todas ellas se ponga á sí mismo por ejemplo. Y de sí mismo afirma que no osaba enseñar (2) sino sólo aquello que Cristo había obrado en él, porque sólo aquello le parecía que estaba facilitado con su ejemplo. Pero razón será que, pues vamos tratando de lo que puede el ejemplo para persuadir lo que se enseña, probemos con ejemplos y con algunas razones esto que vamos enseñando, para que desta suerte quede más persuadido.

CAPÍTULO XII

En que se confirma con razones y ejemplos la doctrina del capítulo precedente

Entre otros símbolos con que el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura nos significó la subida del cielo por el camino de las virtudes,

(1) *In omnibus te ipsum praebe exemplum bonorum operum.* Tit. II, 7.

(2) *Non enim audeo aliquid loqui eorum quae per me non efficit Christus in obedientiam gentium, verbo et factis.* Rom. XV, 18.

es admirable el de aquel rico trono que hizo para sí Salomón, de quien la misma Escritura afirma no haberse hecho obra semejante en todos los reinos del mundo (1). Y era razón que fuese tan extremada, pues había de ser símbolo del trono celestial de la gloria, en el cual se preció Dios de extremarse tanto. Dice que era todo de marfil, cubierto de planchas de oro, y que en el medio de él había un majestuoso asiento cuyo remate era redondo, labrado con sumo artificio, y que se subía á él por unas gradas en cuyos extremos, á una parte y á otra, había en cada una dellas dos leoncillos hechos de entalladura. Y si es verdad, como lo es, que Salomón fué figura de Cristo en muchas cosas, como lo afirman los sagrados doctores, no es mucho que digamos ser aquel trono símbolo del de la gloria, en cuyo medio, como Señor y repartidor della, tiene su asiento Cristo. Y viene muy á propósito decir que todo el trono estaba cubierto de oro y que su capitel y remate era redondo. Para que en el oro, que es el más precioso de los metales, se significase la preciosidad de la gloria, que es impreciable, y en la redondez del remate, que por ser de figura circular no tiene principio ni fin, fuese significada la perpetuidad de la misma gloria. En las gradas por donde se subía al trono eran significadas las virtudes, pues por ellas, como dice David (2), andando de una en otra, se sube á ver al Dios de los dioses en Sión. Y no carece de misterio el decir la Escritura que había dos leoncillos á una parte y á otra en los dos extremos de cada grada. Porque en ellos quiso dar á entender que en cada una de las virtudes se ofrecen dos dificultades que, como leoncillos puestos á los extremos dellas, parece que aterran á los que por ellas quieren subir. La una es un horror grande que, al tiempo de emprender la virtud, causa la consideración de haber de acometer empresa tan ardua, y este leoncillo se ofrece en el un extremo, que es luego al principio. La otra es un grave temor, causado del considerar el fin, esto es, de ver que hasta el fin de la vida se ha de perseverar en ella, y este es el otro leoncillo que se ofrece en el otro extremo de la virtud, de apariencias más bravas que el primero. Éstos suelen aterrar á los principiantes y hacerlos volver atrás. Y realmente lo yerran mucho, porque aunque parecen leones y tienen muestras de bravos, ni tienen vida, ni muerden, ni pueden hacer daño alguno á los que con ánimo valeroso y denodado los osan acometer, porque de verdaderos leones sólo tienen las apariencias. Pero aunque ello es así que en realidad de verdad no son leones, hay algunos hombres tan pusilánimes, que, como niños tiernos en la virtud, no sabiendo hacer distinción entre lo vivo y lo pintado, los tienen por verdaderos leones, juzgando por solas las apariencias, y con sola la fuerza de la imaginación se acobardan y espantan, como el otro perezoso de quien dice el Espíritu Santo, que por sólo imaginar que había un león en el camino, el cual le había de despedazar en las plazas, dejaba de salir de su casa á tratar de lo que le convenía (3). Presupuesto, pues, que hay hombres tan niños, que por

(1) *Fecit etiam Rex Salomon thronum de ebore grandem, etc., non est factum tale opus in universis regnis.* III. Reg. X, 18-20.

(2) *Ibunt de virtute in virtutem: videbitur Deus deorum in Sion.* Psal. LXXXIII, 8.

(3) *Dicit piger, leo est foris, in medio platearum occidendus sum.* Prov. XXII, 13.

el miedo destos leoncillos pintados se retiran de emprender la virtud, dejando por esta causa de subir al trono de la gloria para que fueron criados, ¿qué remedio para quitarles el miedo y animarles á una empresa que les importa tanto? Bien podrá ser que puedan algo para esto las buenas razones, pero si el que las dice se va retirando y no osa llegar adonde están los leoncillos, tengo por cierto que no solamente no serán de eficacia sus razones, pero aun serán causa que crezca en los otros la cobardía. Y así, á mi parecer, ningún medio puede haber para este propósito tan eficaz como llegar el que anima á los otros adonde están los leoncillos, y en presencia de los que se acobardan, tocarles las uñas, ponerles la mano en la boca, tirarles de las bedijas y abrazarse y burlarse con ellos. Desta manera perderían el miedo los pusilánimes y echarían de ver, con el ejemplo del que los animaba, ser figuras y no verdaderos leones los que ellos temían.

Esto, pues, á la letra es lo que hace el buen ejemplo, quitar el temor á los principiantes y darles ánimo para que emprendan las virtudes que ellos juzgaban ser excesivamente dificultosas por la consideración de los dos leoncillos. Porque cosa fácil es persuadirnos que podremos hacer todo aquello que otras personas flacas y deleznables como nosotros, vemos que hacen, particularmente en negocios de quien estamos ya persuadidos que nos importan mucho. Sean, pues, las palabras para persuadir á los principiantes lo mucho que les importa ser virtuosos; pero, para moverlos al ejercicio de las virtudes, más importa el ejemplo. Y así, vaya delante el maestro y ejercítese en ellas, considerando que sus novicios son niños tiernos en la virtud, y que, como tales, con facilidad se aterran de ver los leoncillos, y que no pasarán adelante para llegar á ellos si no hay quien les quite el temor. Cuántos he visto yo que, espantados de ver que han de dormir vestidos, no han osado llegar á la religión. Y cuántos, que la aspereza del andar sin camisa y de levantarse á maitines á media noche los ha aterrado. Y no son pocos los que, creyendo que no podrán sufrir el rigor de la disciplina, han dejado de ser religiosos.

Piensan que los ayunos quitan las fuerzas y la salud; imaginan que la disciplina acorta la vida; creen que las vigilias enflaquecen el cerebro hasta quitar el juicio, y persuádense que el acostarse vestidos y en cama dura quita totalmente el sueño. Pero llegados á la religión, y viendo que su maestro es el más riguroso en las disciplinas, el más abstinente y sobrio en el ayuno, el más perseverante en las vigilias y el de más aspereza en el vestido y cama, y que en medio de todo este rigor anda con el semblante alegre, luego pierden el temor y se animan á emprender estas cosas, ejercitándolas con tanto gusto que muchas veces es necesario irles á la mano en las penitencias que hacen para que no les haga daño el exceso, y entonces echan de ver no ser leones sino pintados los que temían.

Para animar el rey D. Juan, el segundo de Portugal, á un grande privado suyo á tomar una purga cuya vista y olor le causaban horror y ascos terribles, dicen los anales lusitanos que tomó el Rey el vaso de la purga y bebió parte della, y después le dió al enfermo, diciéndole con alegre semblante: Yo os doy mi palabra real que no es tan amarga como vos pensáis. Con esto perdió el enfermo el

temor á la purga y la tomó alegremente, lo cual fué causa de que cobrase salud. Esto debe hacer el maestro cuando viere al novicio que le causa horror el beber el cáliz de los trabajos: hacer él primero la salva, siendo en trabajar el primero para que el novicio pierda el temor. Así lo hizo Cristo con los hijos del Zebedeo cuando le pidieron los dos primeros asientos en su reino. ¿Podréis beber, dijo Cristo (1), el cáliz que yo bebo y bautizaros con el bautismo que yo soy bautizado? Donde notó admirablemente San Juan Crisóstomo (2), que el ponerse Cristo á sí mismo por ejemplo en la bebida del cáliz de sus trabajos y en el bautismo de sangre, fué para hacer perder el miedo y animarlos á los trabajos, viendo que él los padecía primero. Y así fué que de allí les nació aquel valeroso ánimo con que respondieron: Sí, Señor, que podemos. Como quien dice, siendo vos el primero que hacéis la salva al cáliz de los trabajos, ¿quién no los beberá? Y yendo vos delante en el recibir bautismo de sangre, ¿quién no se animará á ser bautizado en ella? Todo esto puede el ejemplo de un maestro con sus discípulos.

Pero deben mucho advertir los maestros de los novicios que, aunque es justa cosa, y muy según el espíritu de nuestro seráfico Padre San Francisco, que todos los religiosos anden con el semblante alegre, mostrando en el rostro una religiosa alegría, particularmente cuando andan ejercitándose actualmente en los trabajos de la vida monástica, mas en los maestros, tanto es más necesaria la muestra desta alegría, cuanto por su oficio están más obligados á ser el modelo donde sus discípulos han de poner los ojos para animarse á ejercitar la virtud y aspereza de vida. Porque claro está que los novicios tal consideran la virtud cual descubren la muestra en el semblante de su maestro, y si le ven triste, melancólico y encogido, piensan que el encogimiento, tristeza y melancolía es efecto de la virtud, y que el obrar bien y ejercitarse en cosas honestas y virtuosas debe ser cosa melancólica y triste. Y de aquí vienen á cobrar temor á las virtudes y á no osar emprendellas por no andar siempre encogidos y melancólicos, y á servirles de tropiezo lo que había de darles ánimo. Y cierto que si el rey D. Juan, de quien arriba hacemos memoria, cuando gustó la purga para animar al enfermo hiciera ascos ó mostrara tristeza ó desabrimiento en el rostro, no solamente no le animara el ver que la había gustado, pero aun fuera ocasión de que le creciera el miedo porque imaginara el enfermo que el disgusto y tristeza procedía de haber gustado la purga. Pues de la misma manera se ha de filosofar en los maestros que con su ejemplo hacen la salva en la virtud. Por lo cual, para atajar este inconveniente, deben, en medio de los trabajos, asperezas, ayunos y disciplinas, descubrir en el rostro una espiritual alegría para que, viendo los novicios el rostro de su maestro alegre en los trabajos, se les ensanche el ánimo, imaginando que los ejercicios de las virtudes son materia de contentamiento y gusto, como realmente lo son á los virtuosos. Y ensanchándoseles con esto el corazón, tanto con más contento y brío emprenderán las vir-

(1) *Potestis bibere calicem quem ego bibo, aut baptismo quo ego baptizor baptizari.* Marc. X, 38.
(2) Crisóstomo, *homil.* 66 in Matt.

tudes, cuanto ellas en su concepto traen consigo mayor suavidad y alegría.

Tiene, allende desto, otra excelencia el buen ejemplo de los maestros y superiores, y es que no solamente facilita y hace suave lo que parecía dificultoso, pero juntamente con esto causa una generosa vergüenza en los inferiores, con la cual, especialmente en las empresas humildes y trabajosas, viendo que los superiores, pudiendo eximirse dellas, son los primeros que las emprenden, se hallan como forzados á la imitación de su ejemplo. Cristo, según dice el Apóstol San Pedro (1), padeció por nosotros, dejando ejemplo á sus fieles con que animarnos á seguir sus pisadas. Y de aquí colige el Apóstol San Pablo (2), que pues el hijo de Dios encarnado quiso padecer fuera de las puertas del pueblo donde fuese visto de todos, no teniendo por afrenta morir por nuestro amor en la cruz, con ser muerte tan afrentosa, es razón que cada cual de nosotros, llevando consigo los improperios de su pasión, sin avergonzarnos dello, salgamos á los lugares públicos á padecer por él. Como quien dice, Cristo escogió como medio más eficaz para movernos á padecer afrentas por su amor, padecerlas él primero por el nuestro; pues ¿quién hay que no se avergüence de no seguirle? ¿Qué vasallo hay que no tenga por grande gloria seguir el ejemplo de su Rey en las deshonras y adversidades? ¿Y cuál soldado hay tan infame que no se corra de ver que su capitán le gane por la mano en las empresas humildes y trabajosas?

De Jenofonte, capitán valeroso, refieren las historias humanas, que viendo á sus soldados rehusar la subida de un monte escabroso, habiéndoles él mandado que ocupasen lo alto de él, para animallos á hacello, se arrojó del caballo, y poniéndose delante de todos comenzó á subir la cuesta, lo cual, visto por un soldado cobarde, que había murmurado del porque estando á caballo les mandaba subir á pie, quedó tan corrido, que postrado á los pies de su capitán le suplicó volviese á subir á caballo, prometiéndole que sería el primero en acometer la empresa, lo cual hizo animosamente, siguiéndole los demás. Crea el maestro, que si estando él ocioso manda trabajar á sus novicios, no faltará quien le murmure y rehuse emprender el trabajo; pero si dejado el ocio se pone á trabajar él primero, no faltará quien le siga y se avergüence de ver que él con su diligencia les hace ventaja. Y no es mucho que el ejemplo de los superiores tenga esta fuerza y cause en los inferiores esta honrosa vergüenza, pues aun el de los iguales, con ser menos poderoso, tiene esta misma virtud. Para cuya prueba es admirable ejemplo el de aquel soldado escandaloso que llegó á confesarse en León de Francia, predicando en aquella ciudad San Vicente Ferrer (3). Al cual, habiéndole dado por penitencia que se disciplinase en cierta procesión que se hacía, viendo el confesor que no la quería aceptar, le mandó que á lo menos acompañase la procesión, y fuese considerando que se disciplinaban y derra·

(1) *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus.* I. Petri., II, 21.

(2) *Propter quod et Jesus, ut sanctificaret per suum sanguinem populum, extra portam passus est, exeamus igitur ad eum extra castra improperium ejus portantes.* Hebr. XIII, 12-13.

(3) Vincentius Justinianus *in ejus vita.*

maban su sangre otros que lo merecían menos que él. Admitió el soldado esta penitencia, y viendo que los otros se disciplinaban y que él, siendo tan pecador, no lo hacía, vino á avergonzarse de tal manera, que tomando unas disciplinas comenzó á imitar á los otros y á herirse con ellas tan rigurosamente, que fué necesario quitárselas de las manos porque no viniese á perder la salud y la vida. ¡Oh, qué buen medio sería para animar y avergonzar al novicio, cuando ve el maestro que es flojo en la disciplina y que rehusa el hacella, irse con él á un lugar oculto, y con achaque de que le guarde la puerta para que no lleguen á estorballe, darse una áspera disciplina, de manera que pueda el novicio oilla, para que, avergonzado desta manera, pierda el miedo al azote y se mueva á la imitación de su ejemplo! ¡Oh, cuán acertado remedio y cuán eficaz sería, para quitar el asco que tiene de fregar y barrer el novicio, tomar el maestro la escoba primero y enseñarle por sí mismo, barriendo y fregando con mucho desenfado y contento, cómo lo ha de hacer! No se contentó con esto aquel ilustre duque, y más ilustre por la santidad que por el linaje, D. Francisco de Borja, siendo maestro de novicios en la casa de probación de Simancas, sino que viendo á un novicio que tenía asco de llegarse á fregar, después de haberlo él hecho con mucha alegría, bebió en su presencia del agua con que había fregado, y con este ejemplo le quitó el asco que antes tenía (1). Y yo sé de otro religioso que para el mismo efecto hizo lo mismo en otra materia harto más asquerosa. No sea delicado maestro el que ha de criar novicios, ni imite á los Fariseos, de quien dice Cristo (2) que imponían grandes cargas, y aun con el dedo no las querían tocar. Sea imitador de Elías, de quien dijo Eliseo que era carro y carretero del pueblo de Dios (3); carretero, guiando al pueblo con su doctrina, y carro, llevando juntamente con el pueblo la carga de la divina ley; que desta manera se enseña á perder el miedo al primer leoncillo que se ofrece en los principios de la virtud.

Mas para vencer el segundo, que es el temor de la dificultad que hay en la perseverancia, deben los maestros, con extraordinario cuidado y diligencia, procurar, aunque sea muy á costa de su trabajo, no aflojar un punto en el rigor de las asperezas, penitencias y disciplinas y en las demás mortificaciones y ejercicios espirituales, aunque hayan llegado á término en que la carne no tenga necesidad destas cosas para sujetarse al espíritu. Porque si los novicios echan de ver que ellos aflojan en esto, cáenseles las alas y pierden la confianza de poder ellos perseverar. ¡Oh, cuán importante es esto en las religiones y cuánto lo habían de procurar, no solamente los maestros, sino todos los otros religiosos antiguos! Acuérdense que una de las metáforas de que Dios más ha usado para declarar las excelencias de su Iglesia, es llamarla viña, y llamar á los fieles sarmientos (4). Y particularmente, hablando por el Profeta Oseas de los dichosos tiempos de la ley evangélica, dijo que habían de florecer y dar fruto sus

(1) Pedro Ribadeneira *in ejus vita*.
(2) *Alligant onera gravia et importabilia, et imponunt in humeros hominum, digito autem suo nolunt ea movere.* Matt. XXIII, 4.
(3) *Pater mi, currus Israel, et auriga ejus.* IV. Reg. II, 12.
(4) Isaías V, Jeremías II, *Cantic.* VIII, Matt. XX, *Et alibi.*

fieles de la manera que le dan las viñas (1). Y si lo consideran, echarán de ver que entre todos los árboles y plantas tiene la viña esta excelencia: que su fruto en todos los tiempos es provechoso; en agraz es bueno para la cólera; cuando está sazonado se saca de él un licor admirable para la melancolía, y cuando está pasado es utilísimo para mil cosas, porque las uvas pasas para muchos accidentes son medicina. Pues si esto pide Dios universalmente en su Iglesia, cuánta razón será que en las religiones se haga y que los antiguos en ellas sean como las uvas pasas, que entonces, cuando, al parecer, están más pasados, sean más provechosos, animando á los mozos con su santo ejemplo á la perseverancia. Cierto ello es así, que, como advirtió admirablemente el seráfico doctor San Buenaventura, una de las más principales causas de la relajación y tibieza de las religiones es la flojedad, remisión, excepciones y privilegios que ven usar á los religiosos antiguos los que de nuevo vienen á ellas. Porque viendo el ejemplo que de presente dan estos tales, no consideran lo que fueron un tiempo, ni el rigor de la penitencia y asperezas que en su juventud guardaron, sino lo que de presente son, y aquello imitan, y como ven aflojar en esto á los que tienen fama de haber sido santos, creen ser imposible la perseverancia en la virtud, mortificación y recogimiento, y con esto crecen los temores de emprender lo que no esperan poder llevar adelante. Y mucho más puede con ellos esta relajación y flojedad en sus maestros, porque más de ordinario los tratan y los tienen por el modelo á quien han de imitar. Á cuya causa es razón que procuren con diligencia y cuidado renovarse como el águila en la vejez, tomando el consejo de los dos Profetas David é Isaias (2), sacando fuerzas de flaqueza, no usando de privilegios, excepciones y libertades, sino trabajando con nuevos bríos para impedir este daño. Y acuérdense de nuestro seráfico Padre que, en medio de las enfermedades que padecía, con ser verdad que tenía ya perfectamente domada la carne, renovaba por esta causa las cargas de las asperezas y penitencias, diciendo que si él, á quien Dios había puesto en su religión por ejemplar de los demás religiosos, aflojaba en el rigor destas cosas, era cosa cierta haber de imitar los otros su relajación y flojedad.

CAPÍTULO XIII

De la obligación que tienen todos los religiosos de ser circunspectos en presencia de los novicios, y cuán gravemente pecan los que con su mal ejemplo les dan ocasión de escándalo

Aunque nuestro principal intento en este libro es tratar de las obligaciones que los maestros tienen y de las partes que deben tener para la buena ejecución de su oficio, no será fuera de propósito, des-

(1) *Convertentur sedentes in umbra ejus, vivent tritico, et germinabunt quasi vinea.* Ose. XIV, 8.

(2) *Renovabitur ut aquila juventus tua.* Psal. CII, 5. *Assument pennas sicut aquilæ.* Isa. XL, 31.

pués de haber tratado de la obligación que ellos tienen de dar buen ejemplo á sus novicios, mostrar en este capítulo á los demás religiosos cuán obligados están á hacer lo mismo para que, ayudando con su buen ejemplo al de los maestros y á su diligencia, consigan el fin que pretenden, que es el aprovechamiento espiritual y buena educación de los novicios. Porque verdaderamente ningún estorbo se puede ofrecer mayor para impedir este efecto que el mal ejemplo y poca circunspección de los religiosos. Si uno edifica y otro destruye, dice el Espíritu Santo (1), ¿qué provecho se puede seguir? Si el maestro, con su buena vida y doctrina, va edificando en el espíritu del novicio, sobre los fundamentos sólidos de la fe y humildad, edificios maravillosos de virtudes y perfecciones, y por otra parte los demás religiosos van destruyendo, con sus descuidos y malos ejemplos, lo que el maestro edifica, ¿cómo podrá llegar á perfección la fábrica? ¿Cómo llegarán á ser templos vivos del Espíritu Santo, dignos de que en ellos haga su habitación? Si el maestro predica silencio, y los novicios ven que no se guarda entre los religiosos profesos; si les enseña composición religiosa, y ve el novicio que los demás religiosos andan menos compuestos de lo que sería razón; si les exhorta á la mortificación de sus propias pasiones, y ve el novicio que los profesos no las tienen mortificadas; si les persuade llanto y penitencia, y ve el novicio que entre los religiosos hay risas vanas y conversaciones inútiles; si les amonesta que sean pacientes, y echan de ver los novicios que en los religiosos profesos está viva la pasión de la ira, enojándose por ocasiones leves, ¿á cuál dará crédito, á las palabras del maestro ó á los malos ejemplos de los religiosos descuidados y descompuestos? Ya dije en los capítulos precedentes que es más poderoso el ejemplo que las palabras, y ahora digo que el mal ejemplo es más poderoso que el bueno. No porque de su naturaleza lo sea, sino porque la nuestra, por estar estragada, se aplica con más facilidad á imitar lo malo que lo bueno. Y siendo esto así, como lo es, ¿qué eficacia podrá tener el ejemplo del maestro, por bueno que sea, siendo solo, si se le oponen muchos malos de algunos que, olvidados de la perfección que profesan, se descuidan y descomponen en presencia de los novicios? Un solo ejemplo malo de un ángel soberbio, opuesto á muchos buenos de los humildes ángeles, pudo tanto en el cielo, que llevó tras sí, según lo afirma San Juan en su Apocalipsis (2), la tercera parte de los espíritus angélicos; pues ¿qué podrán muchos malos opuestos á uno bueno en las religiones, donde los novicios no tienen fortaleza de ángeles, sino flaqueza de hombres, ó, por mejor decir, de niños tiernos en la virtud? De algunos novicios sabemos, que habiendo tomado el hábito con ruines intentos, viviendo algunos días entre los religiosos y viendo su santidad, mortificación, penitencia, modestia y composición, forzados del buen ejemplo que vieron, mudaron el ruin intento que traían y perseveraron en la religión con mucha edificación de todos. Dos destos ha habido en nuestros tiempos, que el uno tomó el hábito por hurtar la plata de la sacristía, y el otro por saber algunas faltas de los religiosos, para descubrirlas en público y desacreditarlos. Y al fin

(1) *Unus aedificans, et unus destruens quid prodest illis nisi labor?* Eccl. XXXIV, 28.
(2) *Et cauda ejus trahebat tertiam partem stellarum.* Apoc. XII, 4.

los cazó Dios por este camino, quedando hecho sacristán y guarda de la plata el que vino á hurtarla, y el otro hecho cronista de la santidad y modestia que había visto en los religiosos.

Mas para estos dos que la admirable providencia y misericordia de Dios, por medio del buen ejemplo de los religiosos, sacó de las uñas del demonio, sabe Dios, y aun por ventura saben los hombres, haber habido muchos que por la poca circunspección y mucho descuido que vieron en los conventos donde tomaron el hábito, se volvieron al siglo, sacándolos el demonio por este camino de las manos de Dios. Porque viendo en los religiosos, por su poco recato, tan pocas muestras del recogimiento, aspereza, mortificación, llanto, penitencia y devoción que ellos vienen á buscar en las religiones, pareciéndoles que todo es uno, lo que acá hallan y lo que en el siglo dejan, determinan de volverse allá donde estas cosas, ya que se carezca dellas, es menos culpa y parecen menos mal. Y aunque por la misericordia de Dios no ven entre los religiosos pecados mortales, porque éstos no hay religión tan relajada que los permita, pero como tienen formado tan alto concepto de la vida monástica, más los escandaliza una risa vana, una conversación jocosa, una desenvoltura liviana, un enojo leve, un ademán descompuesto, un hablar con voz algo desentonada, y cosas semejantes en los conventos, que ver en el siglo murmuraciones, iras, distracciones, enemistades, hurtos y otros pecados deste jaez.

Y no imaginen los religiosos ser leve pecado hacer volver atrás con su ruin ejemplo á los tristecillos novicios, porque sin duda alguna es pecado gravísimo, y no de los que menos dificultosamente perdona Dios. Que sea gravísimo pecado, echarlo han de ver fácilmente si consideran aquellas palabras tan significantes y de tanto peso con que la Sagrada Escritura pondera la culpa de aquellos dos mozuelos hijos del sacerdote Helí. Su pecado era que, cuando algunos venían al templo á ofrecer sacrificio, al tiempo que querían cocer la carne que se había de dar al sacerdote, se la quitaban de las manos y no la querían recibir cocida sino cruda, lo cual era causa de que enojándose por esta ocasión con los mozuelos los que venían á sacrificar, se retrajesen de ofrecer á Dios sacrificio. Y realmente que parece cosa de risa parar mucho en esto, porque presupuesto que aquella parte que los mozuelos tomaban, se había de dar al sacerdote ¿qué se le daba á Dios más de que se le diese cocida que cruda? Con todo eso, dice el sagrado Texto, que era el pecado de los muchachos grande en grande manera (1). Y cierto que es cosa digna de admiración, que con hacerse en la Sagrada Escritura mención de muchos pecados gravísimos, apenas se hallará otro alguno que se escriba con términos de tanta ponderación. Y es cosa clara que no se pondera por lo que ello era en sí, sino por el efecto que se seguía de él, que era retraer los hombres del sacrificio, dando ocasión de que por no amohinarse con los mozuelos, llegasen menos veces á ofrecer á Dios sacrificio. Esta razón da el sagrado Texto para ponderar su pecado. De suerte que cualquier género de pecado, por leve

(1) *Erat ergo peccatum puerorum grande nimis coram Domino: quia detrahebant homines a sacrificio Domini.* I. Reg. II, 17.

que sea, el cual da ocasión de que se retraigan los hombres del sacrificio que querían ofrecer, le llama el Espíritu Santo pecado grande en grande manera. Y tales son los de aquellos religiosos que, por no ser cautos delante de los novicios, les dan ocasión con sus descuidos para que vuelvan atrás. Diga lo que quisiere el religioso y desengáñese, que si una risa vana, si una palabra jocosa, si un hablar con voz descompuesta y desentonada, si un enojo leve, ó cualquiera otra falta aunque sea más ligera que éstas, escandaliza al novicio y le retrae del sacrificio que quería hacer á Dios de su persona en la Religión, pecado es grande en grande manera, y como tal será castigado en el juicio de Dios.

Y si quisiere saber con cuanta dificultad perdona Dios este género de pecados, lea el capítulo I de las Profecías de Amós, y en particular aquella amenaza que hace á los amonitas, y echará de ver si es pecado éste digno de ser temido (1). Convertirme he á perdonar á los hijos de Amón, dice Dios, en tres géneros de maldades gravísimas que cometieron, pero en el cuarto no me convertiré á usar con ellos de misericordia. Palabras por cierto dignas de ser consideradas y entendidas, y así será razón que veamos qué crímenes son estos de quien hace mención el Profeta, y particularmente el cuarto, para el cual dice que no ha de haber perdón. Digo, pues, que á lo que yo puedo colegir de las divinas letras, cuatro son los principales crímenes que cometieron los amonitas, y destos se hace aquí memoria. El primero fué, que yendo el pueblo de Dios caminando á la tierra de promisión, y viéndose en necesidad acosados de la hambre, pidieron socorro á los Amonitas, y no quisieron ayudarles en esta necesidad (2). El cual crimen fué tan grande en el acatamiento de Dios, que en castigo de él les puso entredicho, mandando que no pudiesen entrar en el templo hasta pasada la décima generación. El segundo crimen fué, que viéndose acosados los de Jabes de Galaad de los amonitas, y queriendo confederarse con ellos, no lo quisieron hacer de ninguna manera sin que permitiesen que les fuesen sacados los ojos derechos. Pacto inicuo y contra toda caridad, cuya venganza tomó á su cargo Saul, como se escribe en el capítulo II del primer libro de los Reyes. El tercero fué (3), que enviándoles el rey David embajadores para darles el pésame del Rey muerto, ofreciéndoles su amistad, siendo esta obra digna de ser agradecida, fueron tan descorteses, persuadiéndose que los embajadores eran espías, que les rayeron las barbas y, después de haberles cortado las faldas por lugar vergonzoso, los enviaron desta manera á su señor. La cual ingratitud y desvergüenza sintió tanto David, que en castigo de su atrevimiento hizo en ellos uno de los más horrendos castigos que se lee haber hecho ninguno de los tiranos que ha tenido el mundo (4). El cuarto crimen, declara el Profeta con palabras expresas diciendo que no los perdonará, porque á las mujeres preñadas de Galaad las

(1) *Super tribus sceleribus filiorum Amon et super quartum non convertam*, etcétera, Amos. II, 1.
(2) Deut. XXIII.
(3) II. Reg. X.
(4) II. Reg. XXII.

abrieron por medio y les sacaron de las entrañas las criaturas, no dejando llegar los partos á luz, porque el pueblo de Dios no se dilatase: crimen por cierto atroz y digno de ser castigado sin misericordia. Pero desentrañando esta letra y sacando della el espíritu que tiene encubierto, pues, como dice San Pablo (1), todas las cosas se escribieron para nuestra doctrina, digo que es grave crimen dejar de socorrer á los siervos de Dios que van caminando á la verdadera tierra de promisión (que es el cielo), viendo que padecen necesidades, como lo hicieron los amonitas con los hijos de Israel, en el primer crimen. Y que es también grave culpa no querer perdonar sino con inicuas condiciones á los que se humillan y quieren nuestra amistad, como lo hicieron los amonitas, en el crimen segundo, con los de Jabes de Galaad. Y no es pecado menos grave, á los embajadores de Dios que son los Prelados, predicadores y maestros que de su parte nos anuncian la paz, cortarles las faldas, como lo hicieron los amonitas con los embajadores de David, en el tercer crimen, descubriendo sus defectos y echando sus faltas en la calle. Pero con ser tan enormes y graves estas culpas, dice Dios que las perdonará. Mas á los que son causa de que no salga á luz lo que está concebido, haciendo abortar á las mujeres preñadas, dice Dios que para éstos no hay misericordia, ni les concederá perdón. Y si alguno quisiere saber quiénes son estos que hacen tal género de crueldad, digo con San Jerónimo y San Gregorio (2), que son aquellos que con palabras ó mal ejemplo ó de otra cualquier manera son causa de que no se pongan en ejecución los buenos propósitos que las almas inspiradas de Dios han concebido. Hay almas preñadas que por virtud del Espíritu Santo concibieron buenos propósitos, y andan con dolores de parto deseosas de ponerlos por obra, cuales eran aquellas que decían en el capítulo XXVI de Isaías (3). De tu temor, Dios mío, concebimos y andamos como pariendo el espíritu de salud. Y destas son las de los novicios, que viendo cuán dificultosos son estos partos en el mundo, se acogen al monte alto de la Religión á sacarlos á luz en ella, como lo hacían las galaaditas, que se salían á parir á los montes. Pues todas las veces que el religioso, con su mal ejemplo ó descuido, da ocasión al novicio para que vuelva atrás y deje de sacar á luz los buenos propósitos que tenía, no poniéndolos por obra, imita el cuarto crimen de los amonitas, haciendo abortar aquella alma preñada y siendo ocasión de que no se dilate el pueblo de Dios, porque todos aquellos tiene Dios menos en su pueblo escogido, que se vuelven de la Religión al mundo. Pues ¡oh religiosos consagrados á Dios, cuyas ansias han de ser procurar por todas las vías posibles que se aumente su divino servicio! ¿qué os ha hecho para que con vuestros descuidos andéis estorbando la dilatación del término de su pueblo? Mirad que es este un crimen que afirma el mismo Dios que no se convertirá á perdonallo. No porque le falte misericordia para ello, sino porque como los que le cometen ofenden grandemente al

(1) *Quaecumque scripta sunt ad nostram doctrinam scripta sunt.* Rom. XV, 4.
(2) Hieronymus, in c. 1 Amos. Greg. 3. p. pastor. *ad monitionem.* 25.
(3) *A facie tua Domine concepimus, et quasi parturivimus, et peperimus spiritum salutis.* Is. XXVI, 18.

Espíritu Santo, haciendo abortar los propósitos que por su virtud se habían concebido, los cuales eran como hijos suyos, ese mismo divino Espíritu, á quien se atribuye la remisión de los pecados, suele permitir en castigo de ese crimen que se endurezcan y no lo echen de ver los que le cometieron, y así vienen á hacerse como incapaces de que Dios los perdone, y por esto dice que no los perdonará. Pido, pues, por las entrañas de Cristo, á todos los religiosos que se guarden, pues les va tanto en ello, de cometer una culpa que tanto ofende á la Majestad de Dios, y acuérdense cuán gravemente castigó á los amalechitas el haber impedido al pueblo de Dios la entrada de la tierra de promisión, y crean que cometiendo ellos la misma falta espiritualmente, estorbando con su ruin ejemplo á los novicios la entrada de la Religión, el mismo y mayor castigo les dará, pues la culpa es tanto mayor cuanto es mayor el bien que impiden (1).

Y para reparo deste daño, si acaso alguna vez andando menos compuestos vieren de lejos algún novicio, procuren componerse, como es razón que siempre lo hagan los religiosos. Si se rieren vanamente, en viendo al novicio serenen el rostro y procuren mostrar gravedad. Y finalmente, en todos los lugares donde asiste la comunidad y los novicios en ella, y donde suelen acudir de ordinario, como es en la sacristía, lavatorio y enfermería, tengan vigilancia de estar siempre tan compuestos y mortificados, que aun descuidadamente no puedan echar de ver en ellos muestras de liviandad y descomposición. Miren que son como niños tiernos en la virtud, que se ofenden de cualquiera cosilla. En el reprenderles las faltas, si alguna hicieren ó en el coro ó ayudando las misas, ó en otras ocasiones semejantes á éstas, no los reprendan con palabras descorteses, ó con espíritu alborotado, dándoles empellones ó golpes, cosa que suele inquietallos y desconsolallos en grande extremo, sino con espíritu de blandura los corrijan, de manera que la corrección y castigo no parezca efecto de ira, sino efecto de caridad. Porque aunándose en el modo del proceder con el maestro y ayudándole todos con el buen ejemplo, teniendo el novicio muchos dechados á quien imitar, consiga el fin deseado y alcance la perfección que vino á buscar del siglo. Y acuérdense que dijo Cristo: *¡Ay de los que escandalizan á los pequeñuelos!;* y consideren que aquella interjección de dolor con que dijo estas palabras, nunca se pone en la Sagrada Escritura, sino en cosas gravísimas. Y es claro indicio y aun evidente argumento de lo que le llega al alma á Cristo este género de pecado, y cosa indigna de religiosos, querer ofendelle en cosa que siente tanto.

(1) *Recensui quaecumque fecit Amalech Israeli, quomodo restitit ei in via,* etc. *Nunc ergo vade, et percute Amalech, et demolire universa ejus, et non parcas ei.* I. Reg. XV, 2-3.

CAPÍTULO XIV

Del celo que han de tener los maestros y de la discreción con que le han de templar

No se persuadan los maestros de novicios que, con llegar á tener ciencia y bondad y enseñar á sus discípulos con ejemplo y doctrina todas las cosas concernientes á la observancia regular y disciplina monástica, han ya cumplido con la obligación de su oficio. Porque para el fin de lo que se pretende en las religiones, no basta enseñar á los otros con la buena doctrina y provocarlos con la buena vida y ejemplo al ejercicio de las virtudes, sino que ultra desto es necesario el castigo para refrenar á los descuidados y negligentes. Porque faltando éste, es cosa forzosa ir poco á poco desmoronándose la Religión hasta dar consigo en tierra, y para hacer esto como conviene, es necesario el celo. El cual no es otra cosa sino un afecto nacido de amor, con el cual apetece el que le tiene la venganza de las injurias hechas á la persona amada. Porque es muy ordinario en los amantes desear afectuosamente el servicio y honra de la persona á quien aman, y por consiguiente aborrecer y perseguir todo aquello que quiere impedir la ejecución de lo que es honra y servicio suyo. Y es tan agradable á Dios esta virtud, que muchos en la Sagrada Escritura son muy celebrados por ella (1), entre los cuales, Moysén, David, Elías, Fineés y Mathatías fueron varones célebres. Y en quien resplandeció con grande excelencia fué Cristo, de quien David dijo (2), que el celo le había de andar royendo las entrañas, como lo mostró cuando entrando en el templo, y haciendo un azote de los cordeles que en él halló, lanzó fuera de él los cambiadores, derribó las mesas, echó por tierra el dinero, y atropelló á los que estaban comprando y vendiendo. Y el que quisiere ver cuán provechosa y necesaria es esta virtud en la Iglesia de Dios, lea á San Ambrosio en el sermón 18, sobre el salmo 118, donde prueba que los sacerdotes, los profetas, los apóstoles, los ángeles, y aun hasta el mismo Dios, se apreciaron de ella. Y el seráfico doctor San Buenaventura, en uno de sus opúsculos afirma que esta es la primera ala de serafín de las que han de concurrir en los Prelados y maestros. Pero como esta virtud consiste, como las demás, en un medio, es cosa tan dificultosa el atinalle, y el demonio tan solícito en procurar que no se acierte por el mucho daño que se le sigue, que pocos hay que no lo yerren, ó por exceso, como San Pablo antes de su conversión, persiguiendo á los cristianos, ó por defecto, como el sacerdote Helí, cuya flojedad en castigar á sus hijos ofendió á Dios gravemente, como se echó bien de ver en el castigo que les dió, quitando á él la vida y dando la muerte á ellos. Hay algunos que, afectando indiscretamente la man-

(1) *Arripiensque vitulum quem fecerant, combussit et contrivit.* Exod. XXXII, 20. *Ecce do ei partem foederis mei*, etc., *quia zelatus est pro Deo suo.* Num. XXV, 13.
(2) *Tabescere me fecit zelus meus*, etc. Psal. CXVIII.

sedumbre, les parece que la santidad consiste en sufrirlo todo sin diferencia alguna, y otros que, amando afectuosamente el celo de la justicia, piensan que, en castigarlo todo sin disimular cosa alguna, consiste el verdadero gobierno, y no miran los unos ni los otros que Dios, en cuya imitación consiste la santidad y buen gobierno, ni lo castiga todo, ni lo disimula todo, sino que á veces castiga y á veces disimula, según que á su infinita sabiduría le parece ser más conveniente para nuestro bien.

De los que todo lo disimulan, dice el divino Crisóstomo (1), que son causa de grandes daños, porque la paciencia irracional siembra vicios, alimenta á la negligencia y provoca á pecar, no solamente á los malos, sino también á los buenos. Y verdaderamente habló discretamente este santo doctor en llamar paciencia irracional, que quiere decir paciencia de bestias, á la de aquellos que todo lo sufren. Porque de bestias es no discurrir en las acciones, para proceder en ellas según lo pide la diversidad de los fines. Y en decir que esta manera de mansedumbre indiscreta siembra vicios, dió á entender claramente que la semilla de donde nacen los vicios es la remisión en castigallos, y que á quien siembra ésta, le será tan cierto el cogellos, como el coger trigo, á quien siembra trigo. Y no es menos daño el que significa este santo cuando dice que la paciencia bestial alimenta la negligencia. Porque en esto quiso dar á entender, que así como el alimento es el que sustenta y conserva la vida del que le recibe, así esta paciencia irracional es la que sustenta y cría las negligencias. Y de aquí se sigue el último daño que apunta Crisóstomo cuando dice: que la mansedumbre indiscreta provoca á pecar, no solamente á los malos, sino también á los buenos; porque la mala inclinación que reside también en los buenos, viendo que no se castigan los viciosos, parece que se despierta y cobra ánimo para darse á los vicios. Colijan desta autoridad los Prelados y maestros remisos, de cuántos daños son causa en las religiones con su paciencia indiscreta. Y no son menos los que se siguen del imprudente celo de aquellos que todo lo riñen y castigan. Porque ultra de que la continuación del verlos siempre reñir, es ocasión de que se pierda el miedo á las reprensiones, teniéndolas por efecto de la mala condición del maestro ó Prelado y no de la razón que debe movellos, exaspéranse los ánimos de los reprendidos y castigados, y aborreciendo á la persona que los reprende y castiga, en vez de enmendarse, se irritan más con lo que había de ser medio para quedar enmendados, porque de los que no amamos, con dificultad recibimos la corrección. Y esta es la causa por qué aconsejan los sagrados doctores que los que tienen por oficio enseñar á otros, procuren primero ganarles la voluntad, porque ganada ésa, con facilidad podrán persuadir todo lo que quisieren, y mal la podrá ganar el que todo lo riñe y reprende. A este propósito amonesta San Gregorio (2) á los que han de regir á otros, que procuren agradarles y ganar crédito con ellos, no por codicia de ser amados, sino para traellos con la dulzura del amor

(1) *Patientia irrationalis vitia seminat, negligentiam nutrit, et non solum malos, sed etiam bonos ad peccandum allicit.* Chrysos. in Matt.
(2) Greg. 2. p. past. c. 8.

y buen crédito al afecto de la verdad, haciendo del amor un camino por donde con suavidad lleven los corazones de los oyentes á Dios. Y crean, dice Gregorio, que con dificultad será oído el que no es amado, y así el que quiere persuadir algo con su doctrina, procure ser amado para ser oído. Pero de tal manera lo procure, que no desee ser amado por sí mismo, sino por el provecho de sus oyentes.

Tienen, pues, obligación los maestros (según esta doctrina) de ser en el celo que tienen tan discretos, que no todo lo riñan, porque no se hagan aborrecibles, cobrando fama de mal acondicionados, ni todo lo disimulen, porque no relajen el rigor de la disciplina monástica, sino que miradas con prudencia las ocasiones, la gravedad de la culpa, la calidad del sujeto, las circunstancias del tiempo, del lugar y de la persona, reprenda ó disimule la falta según les pareciere convenir al provecho común ó particular. Mas porque esta doctrina tiene muchas dificultades, oigan los maestros y Prelados lo que acerca della enseña un gran maestro y Prelado, que es San Gregorio, en el capítulo décimo de la segunda parte de su Pastoral: Los vicios de los súbditos, dice este santo doctor, algunas veces se han de disimular con prudencia como si no se entendiesen; otras, se han de tolerar aunque averiguadamente se entiendan; otras, se han de escudriñar con sutileza hasta llegar á entendellos, otras, se han de reprender levemente después de entendidos; y otras, finalmente, se han de castigar con rigor. Declaremos esta doctrina más en particular, porque es de grande importancia. Digo, pues, que el maestro debe disimular las faltas del novicio, y el Prelado las del súbdito, en todas aquellas ocasiones cuando, del castigallas, se ha de seguir más daño que provecho, como suele acaecer cuando el delincuente está apasionado y no dispuesto para recibir el castigo, y se teme que de su impaciencia se ha de seguir escándalo á los demás. Y también se ha de disimular cuando del reprender ó castigar al culpado, viene á impedirse mayor bien que podría seguirse de la reprensión ó castigo. Como cuando se entendiese que el delincuente es vergonzoso y está de tal manera enmendado, que el disimularle la falta le ha de ser motivo de mayor aprovechamiento. Y, finalmente, se ha de disimular cuando el culpado piensa que es oculta su culpa, y los que la saben creen que no la entiende el Prelado ó maestro. Pero en tal caso, aconseja San Gregorio, que en viendo ocasión y disposición para ello, advierta el Prelado ó el maestro al delincuente á solas, que no dejó de castigar su culpa por no entendella, sino por parecerle mejor medio para su provecho el disimulalla y guardalle su honra. Por este camino, viendo el delincuente la caridad y paciencia de su Prelado ó maestro, se avergonzará de su culpa, y, aprovechándose de tan prudente y caritativa prudencia, se guardará de volver á cometella. Y deste remedio se ha de usar, particularmente con aquellos que tienen condición generosa, como se lee haberlo hecho Dios con su pueblo, en el capítulo 57 de Isaías, donde dice (1): Mentiste y no te acordaste de mí, ni consideraste en tu corazón que yo me había contigo como quien calla y no mira. De suerte que disimuló

(1) *Mentita es, et mei non es recordata, neque cogitasti in corde tuo, quia ego tacens, et quasi non videns.* Is. LVII, 11.

Dios, pues dice que se había con su pueblo como quien está callando y no viendo; pero después, eso mismo que había disimulado se lo manifestó, para obligalle con esto á la enmienda de sus descuidos. Las faltas que se han de tolerar aunque averiguadamente se entiendan, son aquellas, dice San Gregorio, que no hay oportunidad para reprendellas ó castigallas. Estas tales se han de sufrir por entonces, disimulándolas hasta que se ofrezca oportunidad de poderlas reprender ó castigar. Porque así como el abrir la llaga fuera de su ocasión y tiempo es causa de que se ulcere y crezca el daño, y así como las medicinas, aplicadas fuera de la sazón que conviene, pierden el oficio de curar, así también las reprensiones y castigos, que son medicinas para curar las culpas, cuando no se aguarda oportunidad para ellas, suelen exasperar y convertirse en ponzoña. El hombre que sabe sufrir á sus tiempos, dice el Espíritu Santo (1), sabrá gobernar su vida con mucha prudencia, mas el que no sabe sufrir, cuando no hay ocasión de castigar, no podrá dejar de hacer grandes locuras. Y de aquí queda reprendido el indiscreto celo de algunos maestros, que en presencia de los seglares, ó en lugares de gravedad y silencio, como son la iglesia y coro, reprenden las faltas de los novicios, perdiendo el decoro á la gravedad del lugar. Y no menos son reprensibles los que viendo á sus súbditos turbados de la pasión de la ira y cólera, los reprenden, añadiendo leña al fuego, y siéndoles causa de mayor turbación. Para observancia, pues, deste documento, deben considerar que, como dijo Séneca (2), ningún sabio castiga porque se cometió el pecado, sino porque no se cometa de allí adelante; de manera, que el fin del castigo no ha de ser la venganza de la culpa ya cometida, que esa ya no puede dejar de ser, sino la enmienda en lo que está por venir. Y esto quiso decir David, hablando del gobierno de Cristo, cuando dijo (3): La vara, Señor, de tu reino, es vara de encaminar. Como quien dice: tus castigos, Dios mío, todos van encaminados á reducir los hombres errados al camino de la virtud porque no se pierdan, como el cayado del pastor, que no es para perniquebrar las ovejas, sino para volverlas al hato cuando andan descarriadas ó en peligro de abarrancarse. Y, según esta doctrina importantísima, deben los maestros y Prelados tolerar las culpas de sus novicios y súbditos en todas aquellas ocasiones que, ó el lugar y tiempo no lo permite, ó la ocasión enseña que no será de provecho el castigallas entonces; porque, en semejantes casos, ha de dilatarse el castigo para el lugar y tiempo cuando prudentemente juzgaren haber de hacer más provecho.

Otras veces deben inquirirse las faltas sutilmente para llegar á entendellas y remediallas. Y esto se ha de hacer cuando por algún indicio exterior se juzga prudentemente que hay alguna falta oculta, de la cual probablemente se teme algún daño sino se ataja. Como es, si viese el maestro sobrada y particular familiaridad entre algunos novicios, que se andan recelando y recatando de los otros, lo

(1) *Qui patiens est, multa gubernatur prudentia: qui autem impatiens est, exaltat stultitiam suam.* Prov. XIV, 29.

(2) *Nemo sapiens punit quia peccatum est, sed ne peccetur. Res enim optima est, non sceleratos extirpare, sed scelera.* Séneca, lib. *de moribus.*

(3) *Virga directionis virga regni tui.* Psal. XLIV, 7.

cual suele ser causa de algunos inconvenientes, que si no se inquieren y previenen pueden causar escándalo. Ó si viese algún novicio con inquietud y tristeza desordenada, que son indicios de inquietud de espíritu, y de pesadumbre y fastidio de la vida monástica. En estos casos debería el maestro inquirir con prudencia lo que es necesario para llegar al cabo de entrambas cosas para atajar los daños que pueden seguirse, consolando á los afligidos y castigando á los particulares. Y miren los maestros que, por falta de providencia en semejantes casos, se han seguido algunos muy grandes daños.

Otras faltas hay que deben ser reprendidas ligeramente, y éstas son las que se cometen ó por ignorancia ó por flaqueza. Porque todos los que vivimos en este valle de miserias estamos sujetos á mil flaquezas y enfermedades de que está cercada esta nuestra naturaleza después del primer pecado, y así es imposible dejar de haber infinitas imperfecciones en esta vida. Y querer pedir que todas las cosas humanas estén asentadas por nivel, y que no se halle defecto en ellas, es imprudencia. Y así cada cual, como dijo el Espíritu Santo (1), debe colegir de sí mismo las cosas de su prójimo, para aprender á tratarse con él como querría ser tratado en sus faltas. Ni es bien que nadie quiera descarnar las llagas hasta el hueso, especialmente estando sujeto á padecer las mismas llagas. Esta doctrina es del Apóstol en los seis capítulos de la carta que escribió á los de Galacia, cuyas palabras son éstas (2): Hermanos míos, si fuere preocupado el hombre con algún delito, vosotros, que sois espirituales, instruídle con espíritu de blandura, considerándote á ti mismo para no ser tentado. Sobre las cuales palabras dice el angélico doctor Santo Tomás, que con particular advertencia usó el Apóstol San Pablo de aquel término, *hombre,* cuando dijo, si fuere preocupado el hombre en algún delito, para que poniendo luego los ojos en que es hombre el que peca, y peca como hombre, nos compadezcamos considerando las miserias de su naturaleza. Y en usar de aquel término, *preocupado,* que quiere decir hallarse embarazado sin saber cómo ó por dónde, enseña que cuando las culpas son por ocasiones precipitadas y no prevenidas, merecen más leve castigo que si se hicieran con acuerdo. Y en decir, *en algún delito,* y no en muchos, da á entender que no ha de haber frecuencia en las faltas cuando la reprensión ha de ser con blandura, porque las culpas frecuentadas, aunque sean leves, por ser disposición para otras más graves, merecen mayor castigo. Y aquella palabra, *delito,* quiere decir culpa cometida por omisión ó ignorancia, que son circunstancias que la hacen más leve. Todo esto nota Santo Tomás, y así, juntando lo que San Pablo dice, y lo que nota éste santo, digo: Que en solas aquellas faltas ha de ser la reprensión leve y con espíritu de blandura, que son de hombres y no de demonios, esto es, que son con conocimiento de la propia culpa y no con obstinación en ella, y no son frecuentes, sino pocas veces cometidas, y esas pocas no de

(1) *Intellige quae sunt proximi tui, ex teipso.* Eccll. XXXI, 18.
(2) *Fratres, et si praeoccupatus fuerit homo in aliquo delicto, vos qui spirituales estis, hujusmodi instruite in spiritu lenitatis, considerans teipsum, ne et tu tenteris.* Ad. Galat. VI, 1.

malicia, sino de ignorancia y flaqueza, porque á éstas están los hombres tan sujetos que apenas pueden librarse dellas, y así, ó no es hombre, ó á lo menos no lo considera el que no se compadece desta manera de culpas. Y por eso añade el Apóstol, que los varones espirituales, cuales han de ser los maestros á cuyo cargo está el castigarlas, se consideren para compadecerse dellas, si no quieren ser tentados; porque sin duda alguna es próxima disposición para que Dios deje á uno ser tentado, ver que se escandaliza y no se compadece de las caídas de sus hermanos, estando él sujeto á ellas, como leemos haberle acaecido á aquel monje viejo, de quien se lee en la vida de los Padres, que porque no se compadeció de una tentación deshonesta que padecía un mancebo, permitió Dios que él, con ser viejo, fuese gravemente tentado en la misma materia, y á pique de volverse al siglo. Y si Dios, como dice David (1), se acuerda y pone los ojos en la masa de que nos crió, y mira que somos polvo y heno para compadecerse de nosotros, razón es que un hombre, para compadecerse de otro, lo haga, pues á la misma materia está sujeto.

Mas porque no todas las culpas son de ignorancia ó flaqueza, concluye San Gregorio en sus documentos con decirnos, que hay faltas cuya gravedad debe ser reprendida con acedía y vehemencia; y son aquellas que ó el que las hizo no las tiene por tales, ó siendo graves le parecen ligeras, ó las cometió con malicia, ó fué muy frecuente en el cometerlas, habiéndole sido ya reprendidas; ó, finalmente, son faltas escandalosas cuyo castigo ha de ser ejemplar para escarmiento de otros. En éstas se ha de usar de reprensiones vehementes y de castigos algo más ásperos, para que la aspereza de la reprensión y castigo haga abrir los ojos al delincuente, porque escrito está que la vejación da entendimiento (2), y la experiencia tiene enseñado que los castigos y trabajos suelen ser medio eficaz para que los hombres conozcan sus culpas. Pero en este género de reprensiones corren grande peligro los maestros y Prelados celosos, y no sin causa les advirtió David (3), que se enojasen cuando la culpa obliga á ello, pero que se guardasen de pecar, excediendo en el enojo los límites de la razón. Y así será bien que para prevenir este daño, les advirtamos el modo que han de tener en este género de reprensiones, para que siendo el prójimo castigado, no sea Dios ofendido, y reprendiendo los Prelados y maestros faltas ajenas, no cometan ellos algunas por las cuales merezcan ser reprendidos.

(1) *Recordatus est, quoniam pulvis sumus: homo, sicut faenum dies ejus.* Psal. CII, 14.
(2) *Vexatio intellectum dabit.* Isai., XXVIII, 19.
(3) *Irascimini, et nolite peccare.* Psalm. IV, 5.

CAPÍTULO XV

De la dificultad grande que hay de templar el celo cuando las culpas que se cometen son graves, y de lo que han de hacer los maestros para acertar á templalle

Ninguna cosa, á mi parecer, es más dificultosa en los que tienen oficio de regir y enseñar á los otros, que saber templar los fervores del celo cuando las culpas, por ser graves, obligan á ser con severidad reprendidas. Porque como esta virtud despierta el afecto encendiendo el corazón en apetito de venganza de las faltas que se cometen contra Dios, apenas hay quien acierte á templalle de manera que no venga á exceder los límites de la razón, porque á veces hace que los hombres se pudran de sentimiento, como lo afirma David de sí mismo (1), y á veces se come los hombres transformándolos en sí, como la Sagrada Escritura lo afirma del celo de Cristo. Para mostrar, pues, el Redentor del mundo la dificultad que hay en templar el celo, llamó á los primeros maestros del Evangelio, como ya otras veces habemos dicho, sal de la tierra. Porque, como notó San Hilario, la sal es una cosa donde concurren dos elementos contrarios, que son el fuego y el agua, como se echa de ver en los efectos que hace. Porque sembrada sobre la hierba la esteriliza y abrasa, en lo cual descubre lo que tiene de fuego, y puesta en lugares húmedos, con grande facilidad se convierte en agua, en lo cual se demuestra lo que simboliza con ella y lo que participa de su naturaleza. Pues consideren aquellos á quien por oficio les pertenece el ser sal, para echar de ver la dificultad de lo que vamos diciendo, qué temple es menester para que se junten dos contrarios en un sujeto sin destruirse, y especialmente siendo el uno tan activo como es el fuego, y el otro tan pasivo como el agua, que por poco que exceda el uno al otro, corre peligro de destruille, y destruyéndole, perecer la cosa que se compone dellos. Si el fuego del celo que todo quiere abrasarlo es excesivo, consumirá la blandura del agua, esto es, de la mansedumbre que ha de templalle, y así la justicia habrá de parar en rigor puro que todo lo acabe y consuma, y si el agua de mansedumbre que todo quiere disimularlo, es sobrada, apagará el fuego del celo, y la clemencia parará en relajación y tibieza. Y así, para conservarse la sal, y en ella el fuego y el agua sin destruirse, es menester temple del cielo, que si de allá no viene es imposible acertar á templallos. La virtud de la discreción que es la que templa el rigor del celo, dice San Bernardo (2), sin el fervor de la caridad, es cosa caída y sin vigor alguno, y el fervor vehemente del celo, sin la templanza de la discreción, precipita; y así, es digno de alabanza aquel á quien

(3) *Tabescere me fecit zelus meus.* Psal. CXVIII, 139.
(4) Bernard., serm. 23., *in Canti.*

ninguna de las dos cosas falta, de tal manera, que el fervor de la caridad despierte y dé espíritu á la discreción y blandura, y la discreción temple y gobierne el fervor de la caridad. Y á este propósito, declara el mismo santo aquel lugar de los Cantares, en que la esposa, hablando del modo que la trataba su esposo, dice (1): Racimo de uvas de la isla de Chipre, es mi esposo para conmigo, en las viñas de Engadi. Chipre es una provincia isleña grande y rica, donde hay maravillosos vinos y de grande fortaleza, y Engadi es otra, donde hay abundancia de bálsamo, que porque se destila de unos arbolillos pequeños que están á manera de cepas, las llama viñas de Engadi. Pues decir la esposa, que su esposo para con ella es como racimo de uvas de Chipre, no á solas, sino puesto en las viñas de Engadi, es decir que su esposo, aunque en el modo de tratarse con ella, usaba de fortaleza, significada en el vino, por el celo con que reprendía sus faltas, pero no á solas sino usando juntamente de blandura y suavidad, significada en el bálsamo. De manera, que en el racimo de Chipre de donde se saca el vino fuerte, es entendido el celo, y en las viñas de Engadi, de donde se saca el bálsamo, es entendida la clemencia con que se templa. Y así, el celo del esposo para con su esposa era templado, como se echó bien de ver en aquella reprensión que le dió cuando dijo (2): Si á caso te ignoras, ¡oh tú, la más hermosa de todas las mujeres!, vete de casa y apacienta tus cabritos junto á las cabañas de los pastores. En decirla que se vaya de casa, que es palabra de grande aspereza, se echa de ver el fervor del celo, y en llamarla la más hermosa de las mujeres, descubre la blandura de su mansedumbre. Y entrambas cosas es necesario que tenga el maestro, como lo significó Cristo en la parábola del hombre que dió en manos de los ladrones, á quien el Samaritano, hallándole gravemente herido, le curó echándole vino y aceite en las llagas. Si tú tienes estas dos cosas, dice San Bernardo, fervor de celo, figurado en la acrimonia del vino, y suavidad de mansedumbre, significada en la blandura del aceite, llega seguro á curar las llagas de tu hermano. Y si quieres saber de dónde has de sacar estas dos cosas, digo, que el fervor del celo se ha de sacar del amor de Dios, porque quien le ama siente sus ofensas, y celando su honra procura impedillas, como lo hicieron Elías, Moisés y Matías, y la suavidad de la mansedumbre se ha de sacar del amor del prójimo, porque quien le ama, compadécese de sus miserias y procura remediarlas con suavidad, como lo hacía el Apóstol San Pablo, según se colige de muchos lugares de sus Epístolas. Y así, el maestro que no tiene celo fervoroso para castigar las ofensas divinas, queda convencido de que no ama á Dios, y el que de tal manera las castiga, que no templa el castigo con mansedumbre y blandura, indicios da de que no ama á su prójimo. Y cualquier destos dos amores que le falte, ha de faltar en uno de los dos extremos, y, por consiguiente, no es bueno para enseñar á los otros. Pero ya que la miseria de la ignorancia humana le sea impedimento para acertar

(1) *Botrus Cypri dilectus meus mihi, in vineis Engaddi.* Cant. I, 13.
(2) *Si ignoras te, oh pulcherrima inter mulieres, egredere, et abi post vestigia gregum tuorum.* Cant. I, 7.

tan dificultoso medio, habiendo de exceder en uno de los dos extremos, debe procurar inclinarse más al extremo de la clemencia y blandura. Porque ésta hace á los hombres amables, lo cual es importante á los maestros, según que en el capítulo precedente dijimos, y como dijo Cicerón (1), ninguna cosa importa más al que gobierna á otros, que ser amado, y ninguna cosa menos, que ser temido. Y del rey D. Alonso el Sabio se escribe, que viendo su mucha humanidad y clemencia, llegó un privado suyo á decille que no se humanase tanto, porque sería causa de que sus vasallos le perdiesen el respeto (2). Y el prudentísimo rey respondió: Que más quería aventurar por la mucha clemencia y humanidad que algunos le perdiesen el respeto, amándole muchos, que no poniéndose á riesgo de que por la mucha severidad le perdiesen el amor, temiéndole todos. Y cuando no hubiese de por medio este motivo, deben los maestros ser más clementes que rigurosos, porque, como dijo el divino Crisóstomo (3), más vale dar á Dios cuenta de la misericordia que de la crueldad; y es cierto que los que faltan por este extremo tienen disculpa, porque pueden responder á Dios, que por imitalle en la clemencia como ministros suyos, se han inclinado más á usar della; pero si faltaren por el extremo de rigor indiscreto, ¿qué responderán siendo ministros de un Dios tan misericordioso?

Esto deben hacer en caso que no acierten á atinar el medio en las reprensiones, aunque con los protervos la experiencia ha enseñado ser cosa más acertada y provechosa inclinarse más al rigor del castigo. Como también lo han de hacer, según la doctrina de San Gregorio, en todas aquellas faltas cuya gravedad, ó por malicia, ó por escándalo, ó por la frecuencia, piden castigo ejemplar ó reprensión grave y rígida, como leemos haberlo hecho Cristo en algunas ocasiones urgentes. Pero estén advertidos los que hubieren de usar destas reprensiones, que corren grande peligro de que con el celo y fervor, viendo la gravedad de la culpa y la razón que hay para ponderalla, excedan en las palabras, diciendo algunos términos de pesadumbre con que exasperen el ánimo del reprendido, como lo notó el divino Gregorio por unas palabras equivalentes á éstas (4). Cuando el afecto del que reprende (dice este santo) se enciende fervorosamente para reprender con vehemencia las faltas, exasperándose por la gravedad de la culpa, es cosa muy difícil que alguna vez no prorrumpa la lengua en alguna palabra que no debiera decirse. Con lo cual, por el término descortés y pesado, el corazón del delincuente, en vez de quedar enmendado, queda exasperado y endurecido, y aun algunas veces desesperado. Pues ¿qué remedio para atajar este peligro, que con ser gravísimo, es más usado de lo que sería justo? Digo, que debe el Prelado ó maestro en tal caso, pues el celo y aborrecimiento ha de ser contra la culpa y no contra la persona del delincuente, encaminar la reprensión á la culpa y no al culpado, imitando en esto á David, de quien dice la Sagrada Escri-

(1) *Nihil magis principem decet quam amari, nihil minus quam timeri.*
(2) Panorm. lib. II. *de rebus Alfonsi gestis.*
(3) Chryso. in Matt. *homil.* 43.
(4) Grego. 2, *parte pastor.* c. X.

tura, que cuando salió en campo con el gigante, derribó con la piedra el vano contento y arrogancia que el soberbio jayán tenía (1). No dice que derribó al gigante, sino á su vana alegría, como dando á entender que el enojo de David, no era contra su persona, sino contra su arrogancia y soberbia; y así el tiro, más iba encaminado á derribar su insolencia y jactancia, que su persona. Esto, pues, han de hacer los discretos Prelados y maestros en sus reprensiones. Lo cual harán, cuando compadeciéndose del delincuente y enojándose contra la culpa, enderezaren á ella las palabras ponderándola gravemente, exagerando y descubriendo la malicia della, sin tocar con término descortés la persona. Y después de haberla bien ponderado podrán concluir la reprensión con decir al delincuente: Esta culpa tan grave, es, hijo mío, la que habéis cometido; ¡ved cuán gravemente habéis ofendido á la Majestad de Dios, y en cuánta obligación habéis puesto á los que tenemos oficio de celar su honra y de volver por ella! Él sabe lo que me pesa de estar obligado á haber de castigaros; pero habrélo de hacer por cumplir con la obligación que tengo, no por lastimaros á vos, que esto me llega al alma, sino para enmienda vuestra y escarmiento de los demás. Y así querría mucho, hijo mío, que recibiendo el castigo con paciencia, y reconociendo la gravedad de la culpa, satisfagáis á Dios por la ofensa que habéis cometido, y os guardéis de aquí adelante de ofender á quien es tan digno de ser servido. Desta manera de proceder usaba aquel ilustre fundador de la Compañía de Jesús, Ignacio de Loyola; al cual, con ser gran celador de la honra de Dios y severo en castigar sus ofensas, jamás le oyeron decir término descortés á ningún religioso culpado, aun en las muy ásperas reprensiones (2). Y de aquí procedía que viendo la gravedad de su culpa el delincuente, y, por otra parte, su término cortés y entrañas parternales, recibía con paciencia el castigo conociendo ser digno de él, y aborrecía la culpa cuya gravedad había echado de ver en la ponderación con que se la habían exagerado. Esta modestia en el hablar enseña la caridad, y los que la tienen en su punto, no tienen necesidad de otro maestro que se la enseñe. Porque la caridad paciente es y benigna, como dice San Pablo (3). Y el mismo, enseñando á su discípulo Timoteo el modo que había de tener en las reprensiones, le dice que convenza al culpado con razones para que conozca su culpa, que esto quiere decir aquella palabra, *argue;* y convencido, que le ruegue y si es necesario le reprenda con severidad y acedía, que este es el sentido de aquella palabra, *increpa;* pero adviértele que cuando se haya de llegar á este término, sea *cum omni patientia et doctrina.* Para que la paciencia modere el ánimo, porque la lengua no diga término descortés y pesado, y la doctrina enseñe al delincuente á reconocer su culpa. Este modo de proceder es provechoso en las reprensiones. Pero usar de términos descorteses y pesados, como son llamar al reo, bellaco, tacaño, desvergonzado, bestia, ó cosa semejante, que en el mundo son palabras tenidas por afrentosas, ó darle en rostro con algunas faltas naturales, como es

(1) *In tollendo manum, in saxo fundae dejecit exultationem Goliae.* Eccli. XLVII, 5.
(2) Ribaden., lib. 5. c. 6.
(3) *Charitas patiens est, benigna est.* I. Cor. XIII, 4.

decirle que no tenía qué comer en el mundo, y que vino á la religión á matar el hambre; ó que siendo de gente baja, vino á engreirse á la Orden; es tan pesada manera de reprender, que ni la caridad lo sufre, ni la religión lo permite, ni orejas cristianas sin gran sentimiento lo pueden oir. Porque no sirven semejantes términos sino de exasperar al delincuente, y de hacer que aparte el entendimiento de la gravedad de su culpa, poniéndole en el mal término y poca caridad del maestro ó Prelado. Y como el fin de la reprensión sea quedar el delincuente conocido y enmendado, queda por este camino tan lejos de enmendarse y conocerse, cuan cerca de cometer nuevas culpas, aborreciendo á quien tan mal término tuvo en reprender las ya cometidas. Algunos he visto yo, por esta causa, exasperados y endurecidos, pareciéndoles que los castigan más por aborrecer su persona que por merecerlo su culpa, y otros que, escandalizados de oir tan descorteses y pesados términos, han vuelto atrás en el camino de la virtud. Y no es mucho que tan vehementes vientos arranquen á los arbolillos recién plantados, pues aun á los que tienen echadas fuertes raíces, suelen hacer bambolear y aun arrancarlos de cuajo.

Sea, pues, el celo, como dice Bernardo, de tal condición, que le inflame la caridad, que le informe la ciencia, y la constancia le confirme (1). Sea fervoroso, sea circunspecto, y sea invencible. Porque inflamado de la caridad, no sea tibio y flojo, de manera que cause relajación; informado de la ciencia, no sea indiscreto en reprender fuera de tiempo y con palabras pesadas; y confirmado de la constancia, no sea tímido, dejando de castigar las culpas que merecen castigo. Y nuestro seráfico doctor y padre San Buenaventura quiere que los maestros sean padres en el celo y madres en la dulzura, porque más severos han de ser en el juicio, que rigurosos en el término de las reprensiones. Y presupuesto que, como dice Séneca (2), no se ha de castigar la culpa por vengarla, sino por corregirla, huirá el que es discreto, de todo lo que tiene apariencia de espíritu de venganza, como son los términos pesados y descorteses, porque éstos impiden la consecución del fin de las reprensiones, que es la enmienda del delincuente. Sea, pues, la conclusión de todo lo dicho, que los maestros, en sus reprensiones, nunca quiten al novicio el nombre de hijo, para que el reprendido, conociendo en la dulzura del nombre el afecto de padre, la reciba con espíritu de hijo, y reverenciando en el buen término con que le reprende el celo del maestro, consiga el fin de la corrección, que es la enmienda.

Y porque en esta materia no quede alguna cosa importante por advertir, digo, que dos documentos son de gran importancia para acertar á templar con prudencia el celo. El primero es, que así como los buenos médicos no aplican más fuertes remedios de los que bastan para curar al enfermo, de tal manera, que si basta sola abstinencia, no aplican sangría, y siendo suficiente una sangría sola, no aplican otros remedios más fuertes; así el buen maestro no ha de aplicar más fuerte reprensión ó castigo del que es necesario para la corrección de la culpa y enmienda del delincuente. Si basta corre-

(1) Serm. 20. *in Cant.*
(2) Séneca, lib. *de moribus.*

girla en secreto, no la reprenda en público; si sólo el ruego basta, no hay para qué reprendella; si es suficiente la reprensión, no se alargue en dar otra penitencia, y entre las penitencias, si una ligera basta, no la imponga pesada; porque como dijo Hipócrates en un aforismo, sólo á las enfermedades extremas se han de aplicar los extremos remedios, y mandamiento es de Dios, que según la medida del delito, sea el modo de la penitencia (1). Y de aquí queda reprendida la indiscreción de algunos maestros, que, como dice San Buenaventura (2), con mayor acedía reprenden el haber errado una humillación en el coro, ó un verso, ó una ceremonia, que una murmuración del prójimo ó el quebrantamiento de un mandamiento divino ó eclesiástico.

El segundo documento (el cual encomienda mucho el abad Esayas en la oración 27) es, que estando enojado el maestro, de ninguna manera castigue ó reprenda. Porque como la ira y enojo (según dijo Séneca) sea una breve locura, imposible es que mientras dura pueda la razón hacer su oficio debidamente, atinando el medio en la reprensión, porque esto requiere un juicio claro y desapasionado. Ni es mucho que pidamos esto á los maestros de la perfección, pues leemos de Diógenes, filósofo gentil, que no quiso castigar á un criado suyo cierta falta, por verse enojado, sino que se contentó con decille, yo te castigara si el enojo que tengo no me hubiera turbado. Sean pues, los maestros imitadores de Dios, de quien en la Sagrada Escritura se dice que juzga con suma tranquilidad (3). Y si faltaren en esto, córranse de ver que un filósofo sin luz de fe les haga ventaja.

CAPÍTULO XVI

De la prudencia con que han de proceder los maestros en la enseñanza y aprovechamiento de sus discípulos

Entre todas las virtudes morales que deben resplandecer mucho en los que enseñan y gobiernan á otros, la prudencia es digna del más principal asiento. Porque ésta es una virtud que enseña á hacer distinción, no solamente entre lo bueno y lo malo, para saber conocer cuál es malo y cuál es bueno; pero aun entre las cosas buenas, enseñando cuál es mejor, y entre las malas, mostrando cuál es la menos mala. Ésta enseña qué es lo que se ha de hacer, y el tiempo y el modo con que se ha de hacer. Ésta, después de hecho el juicio de las cosas, inclina el afecto á huir las malas y seguir las buenas. Esta enseña á enderezar los medios al debido fin, y buscar los tales que sean proporcionados á ese mismo fin. Y ésta, finalmente, es la que tiene el cetro y gobierno de las demás virtudes, y sin la cual, como San Bernardo dice, todas ellas degeneran de sus propias

(1) *Pro mensura peccati, erit et plagarum modus.* Deut. XXV, 2.
(2) Bonav. opuscul., *de Sex alis Seraph.* c. III.
(3) *Tu autem dominator virtutis, cum tranquillitate iudicas.* Sap., XII, 18.

naturalezas y vienen á parar en ser vicios. Por lo cual, con grande instancia, deben los maestros pedir á Dios esta virtud, sin la cual ni pueden saberse regir á sí ni á los otros. Habiendo, pues, tratado en los capítulos precedentes del celo discreto con que los maestros han de reprender y castigar las faltas de sus novicios, atajando el mal que por su descuido puede venir á la religión, viene muy á propósito tratar en éste de la prudencia con que los han de amonestar para animarlos al bien y hacerlos aprovechar en todo género de virtudes. Porque la perfecta justicia no se contenta en estorbar el mal, lo cual hace el celo, sino que procura el aprovechamiento en el bien, lo cual hace la caridad, por medio de la prudencia. Y porque el querer tratar en particular de todos los oficios concernientes á esta virtud sería hacer un volumen inmenso, solamente trataremos de las cosas que más ordinariamente ocurren en esta materia, proponiendo algunos documentos necesarios para que dellos, como de principios universales, colija el prudente maestro las conclusiones necesarias para las demás que pueden ocurrir.

La primera cosa, pues, que ha de hacer el maestro para la enseñanza y aprovechamiento de sus novicios, es procurar conocerlos interior y exteriormente, como lo aconseja divinamente el prudentísimo Laurencio Justiniano, por estas palabras (1): Debe el maestro de los principiantes, ante todas cosas, tener perfecta noticia de la vida pasada de sus discípulos, para de allí prevenir lo futuro; de la salud y complexión corporal, para medir las cargas con sus fuerzas; de su ordinario ejercicio, para ver en qué yerra, en qué acierta, en qué aprovecha y en qué vuelve atrás. No se le ha de encubrir qué tales sean sus pensamientos, para ver si los tiene bien ocupados; qué tentaciones padecen, para enseñarles el modo de resistillas; y en qué devociones hallan más gusto, para animarles en ellas siguiendo su espíritu. Y finalmente, todos los actos y afectos interiores y exteriores de los novicios ha de conocer tan claramente como los suyos propios. Porque si menospreciare saber estas cosas, tenga por cierto que trabajará en vano, y nunca será posible que sus discípulos, por medio de su doctrina, lleguen á ser perfectos en la virtud. Hasta aquí es doctrina de Justiniano. Y si acaso ignora el maestro la causa por qué debe con tanto cuidado procurar el perfecto conocimiento destas cosas, oiga lo que dice el divino Gregorio, y aprenda de la prudencia serpentina del demonio la que él debe tener sobre este particular, para que por el mismo camino por donde él procura enlazar las almas, procure el maestro sacárselas de entre las manos. Anda mirando el enemigo del género humano (dice Gregorio) las costumbres de cada uno, á qué vicio son más propincuas, y aquellas cosas le ofrece y pone delante, á las cuales conoce que más fácilmente se inclinará; de tal manera, que á los que son de condición blanda y alegre les propone ocasiones de sensualidad y de vanagloria, porque la complexión alegre con más facilidad se inclina á estos vicios. Y á los que son de condición triste, áspera y dura les ofrece ocasiones de ira, de soberbia y de crueldad, que son vicios muy allegados á

(1) Laurentius Justinianus, lib. *de obedientia*, c. XX.

la condición triste y áspera. De manera, que allí arma el lazo donde echa de ver la senda por donde es inclinado á andar el entendimiento. Como lo hizo con David, el cual se queja de que en el camino por donde solía andar le armaron el lazo los soberbios, que son los demonios (1). Y aunque las inclinaciones y pensamientos del alma no puede el demonio echarlas de ver, penetrando lo interior y secreto dellas; pero échalas de ver por los movimientos y señales exteriores, haciendo dellas ciertísimas conjeturas. Lo cual podrá también servir al maestro de documento para conocer las inclinaciones de sus novicios. Hace el demonio lo que se dice hacer el turco para criar sus genízaros y sacarlos diestros en cosas de guerra. Tiene en una sala muchas diferencias de armas; en una parte lanzas, en otra arcabuces, en otra arcos, en otra espadas y rodelas, y, finalmente, en otras partes de la sala, varias diferencias de armas. Y para echar de ver á qué género dellas son inclinados los niños genízaros, hácelos sacar á la sala y dejarlos en medio della para que cada uno acuda á la que más le agradare, teniendo por cierto que la naturaleza les hará echar mano á la arma á que tiene más inclinación. Y visto á cuál se aficiona cada uno, por aquella señal exterior echan de ver á cuál dellas es cada cual inclinado. Y en aquélla le hacen que se acostumbre y sea enseñado desde pequeño, para que, juntándose la natural inclinación con el arte y con la costumbre, salgan más diestros, como realmente le salen. Así, pues, el demonio, por las muestras del exterior, mirando á qué cosas echa cada cual mano más frecuentemente, conoce á qué es inclinado, y por aquel camino le lleva al amor del agua, y allí le ofrece las ocasiones. Y lo mismo hace Dios, como lo declaró el Espíritu Santo cuando dijo (2) que el corazón del Rey, que es el más libre, está en la mano del Señor, así como las divisiones de las aguas en manos del regador. Quiere decir, que así como el que riega para llevar el agua adonde quiere y dividilla, no la hace fuerza llevándola á palos, ni cuesta arriba, sino abriéndola camino y dejándola ir cuesta abajo según su natural inclinación; así Dios lleva los corazones adonde quiere, abriéndoles camino por la parte de la virtud á que son ellos más inclinados. Así llevó á la Magdalena amando, y á San Pablo celando su ley, y á San Pedro pescando, y á San Mateo encomendándole el libro de su Evangelio, porque á esas mismas cosas habían sido ellos aficionados antes de su conversión. Y esto han de hacer los maestros, acomodar á cada uno de los novicios á aquellas cosas para las cuales sienten en ellos buena inclinación. Al caritativo y misericordioso, ejercitarlo en la enfermería; al devoto, en la escuela del coro; al mortificado y modesto, en las cosas donde se ofrece más tratar con seglares y religiosos profesos, porque allí hay más ocasiones de ejercitar la modestia; y al que tiene fuerzas, en las cosas de trabajo, para que, caminando según sus inclinaciones buenas, aprovechen más en menos tiempo y con mayor facilidad, porque lo que se hace con natural repugnancia es trabajoso y es cosa imposible que pueda durar. Y lo mismo digo en los ejercicios de

(1) *In via hac qua ambulabam, absconderunt superbi laqueum mihi.* Psal. CXXXIX, 6.
(2) *Sicut divisiones aquarum, ita cor regis in manu Domini; quocumque voluerit, inclinabit illud.* Prov. XXI, 1.

oración: que al que más aprovecha y con más facilidad en la consideración de la gloria, no le pongan en la meditación de cosas de pena. Y el que se siente medrar más con la consideración del infierno, déjenle andar por aquel camino, y lo mismo digo en las demás meditaciones. En lo cual yerran grandemente algunos maestros, que porque ellos hallan provecho en ciertos ejercicios de oración, quieren compeler á sus novicios que anden por el mismo camino, atando el espíritu de los otros al suyo, no considerando que es verdad lo que dice Platón, que no durará más el bien de una República de cuanto durare en ella seguir cada uno aquel arte ó ministerio á que es inclinado, porque lo demás es como violento, y, por consiguiente, no puede permanecer.

Sirve también el conocimiento de las inclinaciones de los novicios para que, por la misma senda, por donde el demonio les anda armando lazos y parando asechanzas, el maestro les vaya descubriendo las celadas del enemigo, previniéndoles con remedios y mortificándoles las pasiones, plantando en sus almas las virtudes contrarias á los vicios en que el demonio pretende derriballos. Porque allí han menester más socorro, donde los enemigos les han de armar más asechanzas para darles más batería y hacerles más guerra. Imitando en esto á Dios supremo maestro, que viendo que los demonios nos habían de dar más batería en el camino de nuestras propias inclinaciones, quiso darnos ángeles que nos ayudasen y guardasen particularmente en esos mismos caminos. Como lo advirtió David cuando dijo: á sus ángeles mandó que te guardasen en todos tus caminos (1). Usando, pues, desta industria y cautela el prudente maestro, enseñe al novicio á vencer al enemigo con las mismas artes é industrias de que él quería aprovecharse, que es un género de victoria honrosísimo. Para lo cual es necesario que conozca, no solamente las pasiones, inclinaciones y afectos de sus novicios, sino también los vicios más propicios y que simbolizan más con las tales inclinaciones. Para que, pues por allí ha de acudir el enemigo á hacer la presa, allí mismo tengan con prudencia prevenido el daño.

Es también documento de prudencia que no trate el maestro de enseñar las virtudes á los novicios hasta que haya desarraigado los vicios contrarios. Porque, según la doctrina de los sagrados doctores, primero es la vía purgativa, que trata de arrancar los vicios del alma y limpiarla de las manchas de los pecados, que no la iluminativa, que enseña el conocimiento y práctica de las virtudes. Y de aquí es que cuando Dios constituyó maestro de su pueblo á Jeremías, primero le mandó que arrancase y destruyese los vicios y después que plantase y edificase las virtudes (2). Y San Pablo dice que apareció la benignidad de Cristo para que, negando la impiedad y deseos seglares, que pertenece al dejar de hacer mal, vivamos con sobriedad de justicia y piedad en este mundo, en lo cual consiste el obrar bien (3). É Isaías, primero dijo que nos lavásemos y quitásemos el mal

(1) *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.* Psal. XC, 11.
(2) *Ut evellas, et destruas, et disperdas, et dissipes, et aedifices, et plantes.* Ier. I, 10.
(3) *Apparuit benignitas Salvatoris nostri Dei, ut abnegantes impietatem, et saecularia desideria, sobriè, iustè, et piè vivamus in hoc saeculo.* Tit. II, 12.

de nuestros pensamientos, y después que aprendiésemos á hacer bien. De donde queda reprendida la imprudencia de algunos maestros, que sin tratar primero de enseñar á llorar pecados, á mortificar pasiones y á negar la propia voluntad y malas inclinaciones, ponen á los novicios en ejercicios perfectos de meditación y contemplación y de otras virtudes heroicas.

Y no es de menos importancia otro documento en que de ordinario suelen los maestros faltar. Y es que cuando enseñan á sus novicios la mortificación de las pasiones y pelea contra los vicios, no les advierten que para salir victoriosos en estas empresas no han de acometer juntamente muchos vicios. Porque la experiencia y la filosofía enseñan que la virtud, cuanto está más unida, tanto es más fuerte que cuando está derramada (1). Y de aquí es que los principiantes que juntamente acometen y quieren vencer muchos vicios, como la virtud que tienen es poca y ésa la dividen en muchas partes, es mucho menos el conato que ponen en cada una. Como lo experimentamos en el que quiere ver muchas cosas juntamente, que ninguna dellas ve bien, porque, como dijo el filósofo (2), el sentido que en un mismo tiempo atiende á muchas cosas, menor eficacia tiene en cada una dellas. Así, pues, les acaece á los inexpertos novicios, que por pelear con muchos contrarios á un mismo tiempo, de ninguno pueden alcanzar victoria. Y así el maestro prudente debe advertilles que para salir con lo que pretenden en la mortificación de sus pasiones y vencimiento de sus malas costumbres, han de hacer lo que cuentan las historias romanas haber hecho aquel valeroso romano llamado Oracio, que habiéndole muerto á sus dos compañeros y quedado él solo en el campo con tres contrarios, viendo que no bastaban sus fuerzas para combatir y vencer á los tres juntos, usó de un ardid admirable. Y fué que fingió que huía, y viendo que el uno de los contrarios se adelantó y apartó de los otros por seguille, volvió sobre él, y cogiéndole á solas le quitó la vida. Y usando del mismo ardid con los dos que quedaban, vino de uno en uno á vencellos. De manera que peleando con cada uno por sí alcanzó victoria de todos, que quizá si peleara con todos juntos no la alcanzara de solo uno. Esto, pues, debe advertir el maestro á sus discípulos, avisándoles juntamente que no basta acometer los vicios de uno en uno, si no tienen orden en el acometellos. Porque hay unos que proceden de otros, como la ambición y jactancia de la soberbia, y la locuacidad y lascivia de la gula. Y habiendo de acometer semejantes vicios, la guerra ha de ser primero con los capitales de donde los otros proceden, porque no haciéndolo desta manera, aunque se corten los otros, luego vuelven á renacer. Como suele acaecer en los árboles, que cortando un renuevo y quedándose la raíz, luego renacen los otros; pero arrancando la raíz de cuajo, todo lo que de ella procede se marchita, y lo mismo acaece en los otros vicios.

Es también documento de grande importancia en esta materia, que no quiera el maestro que sus novicios salgan perfectos en un punto, en lo cual he visto faltar algunos maestros, que luego quieren

(1) *Virtus unita fortior est seipsa dispersa.*
(2) *Pluribus intentus minor fit ad singula sensus.*

hacerles que lleguen á la cumbre de la perfección y que sigan el rigor de las asperezas, vigilias, oración y abstinencias, y sean tan mortificados en todo como ellos lo son después de muchos años de religión y continuación de trabajos. Y suele ser causa esto de que, represando el ímpetu de sus inclinaciones con sobrada violencia, como el fundamento de sus virtudes no es sólido, acabado el año del noviciado, soltándose la represa que estaba violentada, salen las avenidas de las pasiones con tanto ímpetu, que rompiendo con todo vienen á ser más disolutos y relajados que si nunca hubieran tratado de virtud. Y destos he visto yo algunos que fueron discípulos de varones muy consumados, aunque en esto indiscretos. Para remedio, pues, deste desorden, acuérdense los maestros que dice la esposa en los Cantares, que las manos de su esposo eran de oro, pero no eran vaciadas, sino hechas á torno (1). Porque las cosas vaciadas salen del molde acabadas y perfectas en un punto; pero las que se hacen á torno poco á poco llegan á perfección, torneándolas y puliéndolas y engalanándolas hasta que desta manera vienen á quedar tersas y lisas y á alcanzar su debida forma y última perfección. Pues si las manos del esposo, en las cuales son significadas las obras, son torneadas y llegaron á perfección poco á poco, ¿por qué ha de querer el maestro que las de sus discípulos sean vaciadas, hechas en un momento? La senda del justo, dice el Espíritu Santo, es como la luz resplandeciente, que va andando poco á poco y creciendo hasta llegar al perfecto día (2). Y tal ha de ser la de los que vienen á la religión á ser justos. Porque esta jornada es de las que decía el emperador Tito que se habían de andar apriesa despacio, poniendo priesa en la diligencia y despacio en la madureza de alcanzar las virtudes, andando de una en otra sin volver un punto atrás con mucha longanimidad y paciencia.

Concluyamos, pues, este capítulo con un documento no menos necesario que todos los otros. Y es que procuren los maestros tener siempre en la memoria lo que dijimos en el capítulo séptimo, probando con doctrina de los dos Gregorios cuán necesario es ser varios los maestros en el modo del enseñar las virtudes. Porque ni todos los estómagos sufren unos mismos manjares, ni, puesto caso que los sufran, los quieren guisados de una misma manera. Á unos agrada lo dulce, á otros lo agrio; unos gustan de los manjares delicados y otros de los groseros, y, finalmente, tantas son las diferencias de los gustos, cuanta es la diversidad de las complexiones. Y así, el prudente maestro ha de ser, según arriba dijimos, como el buen cocinero, que para diversos gustos guisa un mismo manjar de diferentes maneras; y como el buen médico, que una misma enfermedad, en diversos sujetos, la cura con diferentes remedios. Deudor soy, decía el Apóstol San Pablo, á sabios y á ignorantes, porque soy maestro de todos (3). Y así como deudor de todos, se hacía todas las cosas á todos. Á unos daba leche, á otros manjar sólido; á unos rogaba, á otros reñía, y, finalmente, como un espiritual Proteo, tantas formas

(1) *Manus illius tornatiles aureae.* Cantic. V, 14.

(2) *Justorum autem semita quasi lux splendens, procedit et crescit usque ad perfectam diem.* Prov. IV. 18.

(3) *Graecis ac Barbaris, sapientibus et insipientibus debitor sum.* Rom. I, 14.

tomaba cuantas eran necesarias para que sus discípulos aprovechasen. Y esta es una de las cosas para la cual es necesario el conocimiento de las condiciones de los novicios, porque ¿cómo podrá acertar á aplicar la medicina si no conoce la complexión del enfermo? ¿Y cómo sabrá el modo con que le ha de tratar si ignora la calidad del sujeto? Y aunque para acertar en esto, es el medio más eficaz pedir este don al Espíritu Santo, del cual dice la Sagrada Escritura que siendo uno es vario (1) y sabe obrar lo mismo en aquellos en quien reside; pero no será de poco provecho, para ayudar á los maestros en cosa tan dificultosa, poner aquí algunos documentos donde muy en particular puedan echar de ver lo que deben hacer en esto.

CAPÍTULO XVII

En que se prosigue la materia comenzada y se dan algunos documentos acerca del modo de amonestar á los novicios

Parecióle tan necesaria al divino Gregorio la materia de que habemos de tratar en este capítulo, que de sola ella escribió treinta y seis admoniciones, que son como advertencias y documentos, en la tercera parte de su Pastoral. Porque tuvo por cierto que en negocio tan grave y dificultoso no bastaba haber advertido que el modo de amonestar ha de ser tan vario como los mismos sujetos, si no enseñaba en particular el modo que se ha de tener en amonestar á cada uno. Recogiendo, pues, yo de la doctrina deste santo Doctor lo que me pareciere más importante para nuestro propósito, diré brevemente lo que se ha de observar en esto.

Y presupuesto que entre los novicios, unos son de condición alegre y otros de triste, distinto ha de ser el modo con que el maestro ha de amonestar á los unos que á los otros. Porque á los tristes de condición, dice San Gregorio, se les han de proponer, para animallos, las promesas alegres de la eterna felicidad que los buenos gozan allá en el cielo, como lo hizo Cristo cuando dijo (2): Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; y David, en un Psalmo, donde dijo (3) que los que sembraban lágrimas, cogerían en alegría. Y á los alegres se les han de proponer cosas tristes, como son la memoria de la muerte y del infierno y juicio, á imitación de Cristo que, hablando con ellos, dijo (4): ¡Ay de los que reís, porque lloraréis en algún tiempo! Y la razón desta diversidad en el amonestallos es porque la condición triste es inclinada, según su naturaleza, á desconsuelos, pusilanimidades y desesperaciones, y así han menester los tristes ser animados con esperanza y consolados con la memoria de la

(1) *Est enim spiritus intelligentiae sanctus, unicus, multiplex, subtilis, dissertus.* Sap. VII, 22.
(2) *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.* Matt. V, 5.
(3) *Qui seminant in lacrymis in exultatione metent.* Psal. CXXV, 5.
(4) *Vae vobis qui ridetis nunc: quia lugebitis, et flebitis.* Luc. VI, 25.

felicidad perpetua para que no desesperen. Y la condición alegre es propinqua á la disolución y desenvoltura, y así es bien reprimilla con amenazas y templalla con cosas tristes, porque los alegres no se derramen y descompongan. Y así, los maestros deben mostrar á los que son tristes rostro alegre y afable para desencogellos y animallos, y á los que son alegres deben de ordinario mostrarles el semblante severo y grave para que no se hagan atrevidos y licenciosos.

Hay también entre los novicios, unos que son de ingenio agudo y otros tardos de ingenio, y cada cual destos requiere diversa manera de proceder en el trato. Porque á los de agudo ingenio, dice San Gregorio, es menester convencerlos algunas veces con razones eficaces y doctas, para que así convencidos, se persuadan que saben menos de lo que piensan. Háseles de amonestar que olviden las bachillerías de la sabiduría seglar, porque San Pablo dice que la ciencia del siglo es enemiga de Dios (1). Y el mismo Dios dice que destruirá la sabiduría de los sabios del mundo y reprobará la prudencia de los prudentes. Y haciendo esto, los que eran sabios en sus ojos vituperablemente, vendrán á ser loablemente ignorantes. Pero á los de ingenio tosco, más se les ha de amonestar con ejemplos que con razones, porque éstos suelen mover más á la gente tosca y sencilla. Y háseles de exhortar que procuren de aprender lo que ignoran para que, desterrada la ignorancia, que es causa de innumerables males, vengan, ya que son simples, á ser prudentes. Y así se remediarán los unos y los otros, aquéllos alcanzando la simplicidad de la paloma, y éstos procurando la prudencia de la serpiente. Con los que son de agudo ingenio ha de procurar el maestro mortificarles el entendimiento, haciéndoles negar su propio parecer y juicio, y sujetándolos á tomar parecer, no solamente de los doctos, pero aun de los que saben menos. Y mandándoles hacer cosas repugnantes á la razón natural, como lo hizo nuestro seráfico Padre con aquel novicio á quien mandó plantar las lechugas del revés. Pero con los que son simples ha de procurar encenderles el afecto al amor de la verdadera sabiduría, mostrándoles los daños que hace la ignorancia, y exhortarlos al gusto de las cosas eternas y ejercicio de las virtudes para que la experiencia y gusto despierten la noticia del bien en su entendimiento.

Hay también algunos que son presuntuosos y confiados, y otros desconfiados y pusilánimes, y la prudencia enseña que el modo de exhortarlos ha de ser diferente. Porque aquéllos, dice San Gregorio, piensan que todo lo saben y que lo que ellos hacen es lo más acertado, y éstos piensan que todo lo ignoran y que cuanto hacen es cosa desacertada. Y así á aquéllos debe el maestro sutilmente darles en rostro con las faltas que hacen y mostrarles que desagradan á Dios en lo que á sí mismos agradan, para que por este camino vengan á tener confusión de lo que antes tenían contento y complacencia. Y si acaso se excusan, dice el mismo Santo, háseles de zaherir con alguna falta que en otro tiempo hicieron y excusaron, para que, viendo que no pueden defender aquello de que se excusan, conozcan que excusaban contra razón la falta que defendían. Así lo hizo el Apóstol

(1) *Sapientia carnis, inimica est Deo.* Rom. VIII, 7. *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo.* I Cor. I, 19.

con los de Corinthio, como se colige de lo que les escribe en el capítulo V de la primera carta (1). Que porque estaban muy gloriosos y confiados, les da en rostro con una notable falta que hacían, permitiendo en su República un fornicario incestuoso. Para que con el conocimiento desta falta que no podían negar, conociesen la que hacían en estar gloriosos y confiados sin causa. Pero los desconfiados y pusilánimes han de ser reducidos á la virtud, mezclando con la reprensión de la falta que han cometido la alabanza de alguna cosa buena que hicieron, para que desta suerte la flaqueza de su pusilanimidad se sustente por una parte con la alabanza y la reprensión corrija por otra parte la culpa cometida. De lo cual nos dió ejemplo Cristo en algunas de aquellas reprensiones de los capítulos II y III del Apocalipsis. Donde á los Obispos de Efeso, Pergamo, Tiatira y Filadelfia, primero les alaba sus buenas obras, y después les dice sus faltas (2). Para que, confirmados y enfortalecidos con la alabanza, no desfalleciesen ni desmayasen con la reprensión, antes la recibiesen con mucho aprovechamiento y gusto.

También hay entre los novicios, unos que fueron ricos ó nobles en el siglo, y otros que fueron pobres y de baja condición. Y es cosa clara que el modo del tratallos ha de ser diferente. Porque á los ricos de ordinario les persuade el demonio que, por lo que en el mundo dejaron, merecen ser tenidos en más que los otros y que se les deben conceder algunas excepciones. Y por este camino procura levantarles el pensamiento para que tengan á los otros en poco. Y no sin causa (antes por echar de ver esto), el Apóstol San Pablo, escribiendo á su discípulo Timoteo, le dijo (3): Cuando exhortares á los ricos mándales que no sean altivos ni se levanten á mayores, porque realmente este peligro corren los ricos. Y es mucho de considerar que, como notó admirablemente San Gregorio, no dijo el Apóstol á Timoteo que les rogase, sino que les mandase, para enseñar á los maestros que aunque á la flaqueza se debe piedad, no se debe respeto á la arrogancia. Y así con los tales no deben los maestros usar ordinariamente de ruegos, ni de palabras más corteses que con los otros, porque les persuade el demonio que este respeto y cortesía no es por condescender con su flaqueza, sino porque se debe á la nobleza de su persona, lo cual es ocasión que debajo de hábito humilde se vayan alimentando y creciendo los pensamientos de soberbia. A cuya causa éstos, más ordinariamente que los otros, han de ser ocupados en ejercicios bajos y de humildad, como son: fregar, barrer y coger las inmundicias del convento y otras cosas semejantes á éstas. Háseles de persuadir cuán bajo, caduco y vano es lo que dejaron en el mundo, pues el Espíritu Santo dice (4) que es la misma vanidad, y que es todo sombra, viento, cosas soñadas y mentiras aparentes, y por haber

(1) *Auditur inter vos fornicatio, et talis fornicatio qualis nec inter gentes, etc., et vos inflati estis.* I Cor. V, 1-2.

(2) *Scio opera tua, et patientiam, et laborem, etc., sed habeo adversum te pauca. Item novi opera tua, et fidem, et charitatem, etc., sed habeo adversum te pauca.* Apoc. II y III.

(3) *Divitibus hujus saeculi praecipe non sublime sapere.* I. Tim. VI; 17.

(4) *Vanitas vanitatum dixit Ecclesiastes, et omnia vanitas.* Eccles. I, 2. *Quasi qui apprehendit umbram, et sequitur ventum, sic qui attendit ad visa mendacia.* Eccli. XXXIV, 2.

dejado una vanidad, la cual necesariamente habían de dejar algún día, no deben engreirse, ni querer que les tengan respeto los otros. Particularmente, que del haber ellos dejado en el mundo lo que tenían, el provecho ha sido de los herederos y no de la religión; y, así, pretender por esta causa que en ella les tengan respeto, es cosa sin fundamento y ajena de ánimo religioso. Enséñenles que en la casa de Dios no hay otra nobleza sino la virtud; porque el mismo Dios dice que honrará y tendrá por nobles á los que le sirven, y que los descuidados en su servicio serán gente baja y sin nobleza (1), y en la religión las cosas no se pesan con el peso del mundo, sino con el del santuario.

Verdad es que, en lo que toca al trabajo y asperezas corporales, la caridad enseña que se ha de usar con éstos de alguna remisión é indulgencia, hasta que poco á poco se vayan haciendo á los trabajos de la religión. Porque de ordinario estos tales, como se criaron con regalos y blanduras, son delicados de complexión, y el haber sido ricos no los ha de privar de la condescendencia caritativa que se debe á la flaqueza humana, en tanto que la costumbre, poco á poco introducida, les trueca la naturaleza flaca en robusta, como suele acaecer muchas veces. Desta prudencia leemos haber usado el Padre Francisco de Borja, siendo maestro de novicios en la Compañía de Jesús (2). El cual, á un caballero que le espantaba el no mudarse camisa limpia cada día, le permitió que se la mudase siempre que él quisiese; y á otro, que sentía mucho el carecer de paje, le dió un hermano que le sirviese deste oficio; y á otro, que le daba notable pena el tener celda pobre y estrecha, le dió la mejor del convento. Y ayudando esta condescendencia con sus exhortaciones, y con el santo ejemplo y asperezas que vieron en los demás, el uno trocó las camisas en cilicio; el otro pidió un aposento el más pobre, y el otro, sirviendo con mucha humildad, á todos les besaba los pies y quería descalzarlos, haciéndose paje de todos. Todo esto pudo la discreta compasión del maestro y ejemplo de los demás condiscípulos. Verdad es que si ellos no se aprovechasen en algún tiempo acomodado desta misericordia, habrían de ser privados della, aunque corriese peligro de volverse al siglo, porque no se introdujese en la Orden, so especie de caridad, semejante relajación.

A los que fueron pobres y de gente ordinaria en el mundo, ya se ha de tratar de otra suerte, porque éstos, especialmente si son de naturaleza encogida, si no los tratan con afabilidad y amor, persuádeles el demonio que lo hacen por menosprecio, y que por ser hijos de gente pobre y ordinaria los tienen en poco, y por este camino vienen á desconsolarse. Y así es razón que á estos tales anime el maestro, dándoles á entender cómo las religiones son de la condición de Dios, que mira, no el efecto de las cosas que por Él se dejan, sino el afecto con que se dejaran si las tuvieran. Y que no dejó poco el que dejó de buena gana lo que tenía y el afecto de lo que podía tener, como lo notó San Gregorio (3). Y que no se mira en la Orden lo que

(1) *Quicumque honorificaverit me, glorificabo eum: qui autem contemnunt me, erunt ignobiles.* I. Reg. II, 30.
(2) Pater Rivadeneira *in ejus vita.*
(3) Gregorio, *homil.* V, *in Evang.*

fueron en el mundo los religiosos, sino lo que procuran ser virtuosos en la religión, estimando en más á los mejores. Pero adviertan los maestros que este modo de proceder se ha de guardar cuando el que fué rico y noble es altivo, y el que fué pobre es humilde y pusilánime. Porque, como dijo discretamente el mismo San Gregorio, muchas veces la cualidad de las costumbres muda el orden de las personas, y si acaeciese que el pobre fuese insolente y altivo, y el rico humilde y devoto, tanto con más rigor ha de ser reprendida la soberbia en el pobre, y la humildad tanto más alabada en el rico, cuanto el pobre, teniendo ocasión de humillarse, es más soberbio, y el rico, con ocasión de ensoberbecerse, es más humilde. Que no es menos digna de vituperio la soberbia en el pobre, que de alabanza la humildad en el rico.

Hay también entre los novicios, unos que son naturalmente irascibles y poco pacientes, y otros que son pacientes y mansos (1), y el tratar á los unos de la manera que á los otros, sería imprudencia y podría ser ocasión de algún daño. Porque los unos, como fuertes rocas, perseveran inmóviles y constantes en medio de las olas y borrascas de los vituperios é injurias, y los otros, de cualquier soplillo de viento, esto es, cualquier palabrilla, por leve que sea, los conturba y altera. Y así el maestro, compadeciéndose de la flaqueza de los unos y deseando el aprovechamiento de los otros, debe considerar que lo que al manso y paciente es causa de corona, al impaciente puede ser ocasión de caída. Digo, pues, que, aunque es verdadera aquella doctrina tan olvidada cuanto importante del gran Padre San Juan Clímaco (2), en que enseña á los Prelados y maestros que han de dar cuenta estrecha á Dios de lo que dejaron de hacer merecer á sus súbditos y discípulos, ejercitándolos en abyecciones, injurias y penitencias impuestas sin culpa, y especialmente el año del noviciado que por esta causa se llama año de probación. Aunque sea verdad, como digo, lo que este santo enseña, pero presupuesto que estas probaciones se han de hacer para el aprovechamiento espiritual del novicio, la buena razón enseña que no con todos se ha de hacer esto de una manera. Porque para ejercitar al paciente y manso cualquier ocasión es buena, pues en todo tiempo goza de una estable y fija tranquilidad, en medio de cualesquier injurias y menosprecios. Pero al que es impaciente hásele de buscar la ocasión, no dándole penitencias en tiempo que esté turbado, y procurando prevenirle con algunas consideraciones saludables cuando se le hayan de dar para que, hallándose prevenido, le sea menos dificultoso el tener sosiego y paz interior en medio de las penitencias y mortificaciones. Yo conocí un maestro, varón prudente y gran religioso, que cuando se determinaba de ejercitar á sus novicios dándoles penitencia sin culpa, ó con otro género de mortificaciones, la noche antes los prevenía exhortándolos á que anduviesen siempre prevenidos para lo que podía ofrecerse. Porque así como Dios suele tentar á sus amigos para proballos, como lo hizo con Abraham (3), con Tobias (4) y con otros algunos, así en las religio-

(1) Gregorio, *ubi supra ad monit.* 17
(2) Joan Clima. *de obedientia*, cap. IV, par. II.
(3) *Tentavit Deus Abraham, et dixit ad eum, tolle*, etc., Gen. XXII, 1.
(4) *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.* Tob. XII, 13.

nes suelen probar á los religiosos, y especialmente en el año del noviciado. Poníales delante los provechos grandes que saca el alma deste género de ejercicios. Decíales que considerasen que eran soldados, y que era gran falta en la milicia no tener preparadas las armas hasta el mismo tiempo de la pelea. Y con esto se armaban los novicios de algunas consideraciones, y tenían por cierto que al otro día habían de ser probados, y con esto sacaban grande aprovechamiento para su espíritu. Y de otros maestros sé que, por no usar destas prevenciones, fueron ocasión de grandes caídas. Este es un modo de proceder provechoso para con todos y necesario para con los que están muy sujetos á la pasión de la ira, y así acertarán mucho los maestros en usar de él muy de ordinario. Y la prudencia ha enseñado ser buen medio para con éstos que, cuando se da penitencia de probación á los otros, se les mande á ellos que no hagan tal penitencia, dándoles á entender que su poca mortificación é impaciencia los hace incapaces de aquel género de merecimiento. Y alguna vez se ha visto que, avergonzados con esto y estimulados con el ejemplo de la paciencia y mortificación de los otros, ellos, voluntariamente, piden con humildad ser admitidos al ejercicio de probación que los otros hacen, y tratan de allí adelante de mortificar con más veras la pasión que los priva de tanto merecimiento.

También hay entre los novicios, unos que son perezosos y tibios, y otros precipitados y fervorosos. Estos, sin medir las cosas que emprenden, acometen más de lo que pueden vencer. Y se les podría decir lo que dijo el otro filósofo á un hijo suyo que emprendía cosas sobre sus fuerzas (1). Hola, mancebo, ó añadid fuerzas, ó quitad del ánimo. Los otros, con una indiscreta prudencia miden de tal manera sus fuerzas, que pareciéndoles que es nada lo que pueden, todo lo dejan de acometer. Estos han menester espuela, y aquéllos freno, y entrambos extremos corren mucho peligro, y suelen venir los muy fervorosos á morir del mal de los perezosos. Porque acometiendo empresas que exceden sus fuerzas, vienen poco á poco á faltalles y á cobrar miedo á las cosas que no pudieron vencer, y á caérseles el corazón y desmayar de tal suerte, que los que todo lo acometían, ya todo lo temen como los perezosos. Con los tibios y flojos se ha de usar de amenazas y severidad, diciéndoles que consideren que por huir de los trabajos temporales, darán en los eternos, porque como dice el Espíritu Santo, al que teme el rocío, caerá sobre él abundancia de nieve (2). Han de ocupar á estos tales, de ordinario, en trabajos no excesivos, porque éstos, como dice San Juan Clímaco, suelen despertar y aun engendrar la pereza; sino moderados, que expelan la ociosidad y no opriman las fuerzas (3). Han de exhortarlos á obras penales y de aspereza, dándoles con facilidad licencia para hacer penitencias con que desterrar la tibieza y flojedad y traer acosada la negligencia. Y por el contrario, á los fervorosos y precipitados se les ha de poner tasa en estas cosas, mandándoles que no hagan

(1) *Heus, iuvenis, aut viribus adde, aut animis adime.* Plutharcus, *in laconicis.* Brusonius, lib. II, cap. XXIII.

(2) *Qui timet pruinam irruet super eum nix.* Job. VI, 16.

(3) Joan Climacus, cap. I, *de accidia.*

penitencia alguna extraordinaria, sin particular licencia de sus maestros. Y esto háseles de mandar con tal prudencia y cautela, que no entiendan ellos que se les prohibe por ser fervorosos en sus acciones, sino por ser indiscretos, porque no haciéndolo así podría ser que, por amortiguar el fervor, se despertase la vanagloria. No les dejen á éstos leer libros donde se contienen penitencias extraordinarias, ni cuenten en su presencia hechos heroicos de hombres de peregrino espíritu, porque los principiantes que son demasiadamente fervientes, como no saben hacer distinción entre los hechos admirables y los que son imitables, todo lo quieren imitar. Pero á los perezosos es cosa muy saludable proponerles frecuentemente esta manera de ejemplos, para que, comparando el defecto de su espíritu con el exceso del de los santos, queden confusos y avergonzados, y se muevan á imitallos en algo y á ser menos tibios y negligentes.

CAPÍTULO XVIII

En que se dan algunos otros documentos acerca de la materia del capítulo precedente

No es posible dejar de alargarnos en esta materia por ser tan necesaria y dificultosa. Y aunque pudiera tratar en particular del modo de enseñar la virtud á los que tienen otras diferencias de condiciones (como lo hace San Gregorio), porque se ofrecerá tratar desto en otros lugares, me ha parecido acerca deste particular, no alargarme más, remitiéndolo al cuarto libro, donde trataremos de la mortificación de las pasiones y ejercicio de las virtudes. Solamente resta advertir dos cosas, que las pondera mucho y con grande razón el mismo Gregorio, por ser dificultosísimas y muy necesarias (1). Para cuyo entendimiento se advierta, que todo lo que en el capítulo precedente habemos dicho, solamente va encaminado al modo de amonestar que se ha de tener en particular con cada uno, atendiendo á la condición del sujeto y á la pasión que más reina en él. Pero acaece algunas veces, y han de ser muchas, que los maestros han de exhortar en común á sus novicios, animándoles á la virtud, recogimiento y mortificación. Y como los novicios sean muchos y cada cual de su condición, y entre ellos haya inclinaciones contrarias y pasiones diversas que han menester contrarios remedios, es cosa sumamente dificultosa, en una misma exhortación, acudir á las necesidades de todos, de tal manera, que haciendo provecho á los unos, no se haga daño á los que tienen pasiones contrarias y necesidad de contrarios remedios. Quiere un maestro, para animar á los tímidos y alentarles sus esperanzas caídas, ponderar la divina Bondad y Clemencia, y la facilidad que tiene en perdonar pecados y en abrazar pecadores, y otras cosas semejantes á éstas que son á propósito para ensanchar el

(1) Gregorio, *ubi supra*, cap. II y III.

corazón de los tímidos, y de aquí toman ocasión los muy confiados para aumentar su vana confianza y descuido. Y si, por el contrario, quiere contar ejemplos rigurosos de la divina justicia, y castigos exorbitantes para reprimir el desenfrenamiento de los muy confiados, corren peligro los tímidos de venir á desesperar y perderse, y lo mismo se ha de entender en otras exhortaciones semejantes. Porque si para desfogar las ansias del escrupuloso, quiere el maestro ponderar cuánto importa la libertad de conciencia, y cuánto daño hace el parar en niñerías y vanos temores, toma ocasión el que es flojo de no parar en algunas cosas que son de importancia, aunque él las juzga por niñerías, porque las mira con ánimo relajado. Y si para estrechar á éste la conciencia, quiere exagerar lo que importa hacer caso de cosas pequeñas para no dar en otras mayores, pues dice el Espíritu Santo que quien menosprecia lo poco, vendrá por sus pasos contados á caer en lo mucho (1), es poner al escrupuloso en ocasión de que en todo piense que peca, y venga á parar en un desasosiego que le consuma y acabe. De manera, que advirtió con mucha razón San Gregorio el peligro que había en esto. Y para reparallo, dice este glorioso Pontífice, debe el maestro templar sus palabras de tal manera, que usando de la palabra de Dios como de espada de dos cortes (que así la llama el Apóstol San Pablo (2), y no sin misterio), juegue della á una parte y á otra, con tal artificio, que siendo una la exhortación, sea acomodada á diversas pasiones, y corte poderosamente los desórdenes de los pensamientos carnales. Persuadiendo con tal moderación la humildad al soberbio, que no sea ocasión de aumentar el miedo al que es tímido, y dando de tal manera autoridad á los tímidos, que en el soberbio no crezca el desenfrenamiento. Procurando persuadir al perezoso con tal prudencia, solicitud y cuidado, que no tome de allí ocasión el inquieto para licenciarse inmoderadamente en sus acciones, y de tal suerte poniendo modo al inquieto, que no le parezca segura su flojedad al perezoso. Templando con tanta discreción la ira al que es impaciente, que á los remisos no les crezca la negligencia, y encendiendo con tal templanza los mansos al celo, que los iracundos no sean provocados al incendio. Hasta aquí son palabras de San Gregorio, en las cuales enseña que siempre que el maestro en sus exhortaciones, dijere alguna cosa con la cual haciendo provecho á unos, viere que puede hacer daño á otros, debe revolver sobre la parte contraria para reparar aquel daño. Declaremos esto con un ejemplo. Tiene el maestro, entre sus novicios, algunos remisos y perezosos, y después de haber ponderado la severidad de Dios con que castiga á los tales, hasta venir á vomitallos (como pondera San Juan en su Apocalipsis) (3), trae por ejemplo para confundillos, el rigor con que trató su persona el glorioso Padre Santo Domingo, no durmiendo jamás en cama, abriendo todas las noches sus espaldas con la disciplina hasta derramar sangre, nunca comiendo carne, y otras cosas semejantes á éstas. Ha de considerar el maestro, que

(1) *Qui spernit modica paulatim decidet.* Eccli. XIX, 1.
(2) *Et penetrabilior omni gladio ancipiti.* Hebr. VI, 12.
(3) *Quia tepidus es, et nec frigidus nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo* Apoc. III, 16.

deste ejemplo de virtud admirable se puede seguir que algún novicio indiscreto, con el fervor de espíritu que tiene, quiera dejar de dormir en cama y disciplinarse todas las noches hasta verter sangre por Cristo, y hacer las demás cosas que oyó contar que hacía aquel santo, no teniendo fuerzas para poder hacellas. Para reparar este daño, ha de prevenille diciendo, que no todos los ejemplos de los santos han de ser imitados, sino sólo aquellos que las fuerzas de cada uno, ayudadas de la divina gracia, pueden llevar sin notable daño de la persona. Y que de la suficiencia de las fuerzas no ha de juzgar él mismo, porque corre peligro de engañarse, sino los superiores, manifestándoles cada cual su espíritu y complexión corporal. Y que Dios puso en su Iglesia, con maravillosa providencia, santos extraordinarios cuyos ejemplos raros y penitencias rigurosas sirviesen de testimonios de lo que puede su divina gracia, y de confusión contra nuestra tibieza, que teniendo tales ejemplos, no se enciende para servir con calor y diligencia á un Dios que está siempre aparejado para dar la misma gracia á los que se disponen. Desta manera queda confundida la tibieza de los perezosos, por una parte, y por otra, prevenido el daño que se podía seguir del indiscreto fervor de los inexpertos. Esto es jugar la palabra de Dios á dos manos, y aprovecharse de entrambos cortes, como dice San Gregorio.

Y hallaremos que el Apóstol San Pablo usa deste artificio en muchas partes de sus Epístolas, particularmente en los capítulos V y VI de la Carta que escribió á los romanos (1), después de haber encarecido la misericordia de Dios en haber hecho que sobreabundase la gracia donde había abundado el delito, parecióle que esto podía ser ocasión de que alguno se atreviese á pecar, diciendo (2): Quiero pecar, para que abunde la gracia en mí. Y así, para prevenir este daño, dice luego: ¿Será, pues, razón que pequemos para que abunde la gracia en nosotros? Dios nos libre, que tal hiciésemos. Y da luego la razón por qué no se debe hacer. Y en la misma Carta, en el capítulo II, después de haber ponderado la merced que Dios había hecho á los gentiles, ingiriéndolos en su pueblo, habiendo cortado de él las ramas inútiles del pueblo hebreo, parecióle que esto podía ser ocasión para que se ensoberbeciesen los gentiles, y así, volviendo sobre ellos, y previniendo el daño que podía seguírseles, concluye diciendo (3): Mirad la clemencia y juntamente la severidad de nuestro Señor Jesucristo. La clemencia en vosotros, que os escogió por pueblo suyo sin merecerlo, y la severidad en el pueblo hebreo, que lo reprobó por sus pecados; y considerad que si á las ramas naturales no perdonó, sino que las cortó por sus pecados, á vosotros, que sois ingertos bastardos, mucho mejor os cortará sino perseveráis en el bien. De manera, que el daño que se podía seguir de lo que había dicho, lo reparó luego volviendo sobre ello. Y esto

(1) *Ubi abundavit delictum, superabundavit et gratia.* Rom. V, 20.
(2) *Permanebimus in peccato, ut gratia abundet? Absit.* Rom. VI, 1.
(3) *Vide ergo bonitatem, et severitatem Dei: in eos quidem qui ceciderunt, severitatem, in te autem bonitatem Dei,* etc. *Quod si aliqui ex ramis fracti sunt, tu autem cum oleaster esses, insertus es in illis* etc., *si enim Deus naturalibus ramis nom pepercit: ne forte nec tibi parcat.* Rom. XI, 22-24.

deben hacer y considerar los maestros en sus exhortaciones, si no quieren hacer daño á unos, para aprovechar á otros.

La segunda cosa en que han de estar muy advertidos los maestros por ser en extremo dificultosa, es: Que acaece algunas veces concurrir, en un mismo novicio, dos pasiones contrarias, ó ser tentados de dos vicios, que para huir del uno está á peligro de dar en las manos del otro. Pongamos ejemplos para que mejor se entienda lo que decimos. Hay algunos que de su condición son demasiadamente alegres, pero cuando vienen á entristecerse son melancólicos en extremo; y otros que son muy tímidos para emprender cualquier ejercicio honesto, pero si le emprenden son tan precipitados, que ni saben guardar medio ni ocasión en las cosas. Estos tales tienen pasiones contrarias. Otros hay que son gravemente tentados contra la castidad, y juntamente los combate mucho la vanagloria; y de aquí se sigue que, si quieren mortificar la carne con abstinencias, de tal manera se ven acosados del vicio de la vanagloria, que les parece y se persuaden que se les lleva el fruto de sus ayunos, y así cobra fuerzas este segundo vicio, donde las pierde el primero. ¿Qué hará, pues, el maestro para remediar con sus consejos y amonestaciones á los unos y á los otros, con tanta prudencia, que por remediar la una pasión no haga daño á la otra, y por mortificar la tentación de un vicio que le combate al novicio, no fomente y dé fuerzas al otro que le acomete?

Para curar los primeros, que son los que tienen pasiones contrarias, dice el divino Gregorio que debe imitar el maestro á lo que suele hacer el buen médico en ocasiones semejantes. Acaece que un enfermo tiene una enfermedad tan grave, que para curalla son necesarios remedios muy fuertes. Y por otra parte tiene la naturaleza tan decaída y las fuerzas del cuerpo tan débiles, que siendo muy fuertes las medicinas, es muy probable que ha de quedar oprimido dellas. Otras veces acaece que tienen enfermedad juntamente en dos miembros de cualidades y temperamentos contrarios, como son, el hígado, sobradamente encendido, y el bazo, demasiadamente opilado; el uno ha menester remedios fríos, y el otro calientes, y á cualquiera de los dos que se acuda corre peligro el otro. En tales casos suele el prudente médico templar las medicinas de tal manera y darles tal medio, que ocurriendo en parte á la malicia de la enfermedad para que no se aumente, se ayuda á la flaqueza del cuerpo para que no desfallezca, y socorriendo á un miembro, no haga daño al otro. De suerte, que los remedios que en las enfermedades simples fueran muy fuertes, los templan en las enfermedades mixtas y complicadas, porque menos mal es que ninguno de los miembros quede perfectamente curado, que no hacer notable daño en el uno, para curar al otro, ó destruir la naturaleza por quitarle totalmente la enfermedad. Y según esto, cuando al maestro se le ofreciere haber de remediar con sus consejos y exhortaciones á algún novicio que tenga pasiones contrarias, ó dos enfermedades, que la una impide la aplicación del remedio á la otra, no sea vehemente en aplicar remedios exorbitantes á la una de las pasiones, porque la experiencia ha enseñado seguirse algunos daños por este camino. Como le acaeció á un confe-

sor, que para curar á una mujer de una pasión que tenía de reirse sobradamente por cualquier cosilla (la cual mujer era á ratos muy melancólica), le dió por remedio que todas las noches, cuando se acostase, estando en la cama tendida, juntos los pies, y las manos cogidas, pensase un rato profundamente en que se estaba muriendo. Con lo cual vino á crecer en ella en tanto extremo la melancolía, que la tristeza grande le iba consumiendo las carnes y secando los huesos, de suerte que estuvo á pique de perder el juicio, y fué más dificultosa de curar después la pasión de la tristeza, que lo había sido antes la de la sobrada alegría. Y si el confesor supiera templar el remedio diciéndole que cuando sintiese en sí sobrada alegría se acordase de la muerte, del infierno, ó juicio; y que si estas cosas la afligían sobradamente se acordase de algunas cosas de alegría y contento (como es la bondad de Dios y su gloria), fuera el remedio templado, que ya que no remediara las pasiones perfectamente, á lo menos no hiciera daño y pudiera hacer algún provecho. Y lo mismo se ha de mirar cuando concurren dos enfermedades que la una es impedimento para curar la otra. Como si tuviese alguno flaca complexión y fuese vehementemente tentado de deshonestidad, aconsejarle á éste que hiciese grandes abstinencias, que se vistiese cilicio, que frecuentase las disciplinas, sería destruirle la naturaleza. Y así, templando el rigor destas cosas, debería el maestro aconsejarle que hiciese de cada una lo que buenamente pudiese llevar el sujeto, y que lo demás supliese con huir las ocasiones por mínimas que fuesen, con humillarse ante Dios, y otras cosas que cuando tratemos de la mortificación desta pasión las diremos difusamente; que aquí más pretendemos dar á los maestros reglas de prudencia, haciéndolos advertidos, que dar remedios particulares contra los vicios y pasiones desordenadas.

Para curar los otros á quien combaten tentaciones de diversos vicios, tomando fuerzas el uno donde comienza á perdellas el otro, deben, ante todas cosas, atender los maestros y poner los ojos en la gravedad de los vicios, considerando cuál es el más peligroso, y resolver en que aquél se remedie, aunque el otro no quede remediado. Porque regla de prudencia es permitir el menor mal para atajar el mayor, y atajado éste, menos dificultoso es poner con eficacia remedio en el otro. Este modo de proceder parece haber guardado el Apóstol (como lo notó San Gregorio) en la Carta que escribió á los romanos, donde, para exhortarlos á que tuviesen el debido respeto á los Reyes y magistrados del pueblo, que él allí llama potestades, dice (1): Si no queréis temer la potestad, obrad bien y seréis alabados della. Y claro está, dice San Gregorio, que no se ha de obrar bien ni por temer á la potestad, ni por ser alabado della. Pero viendo el Apóstol que los romanos no habían llegado á tal término de perfección, que quisiesen obrar bien menospreciando el temor y la alabanza, condescendiendo con su flaqueza les permitió el menor mal, que era el apetito de la alabanza, por evitar el mayor, que era el dejar de obrar bien. Y según esto, al que se viese tentado de vanagloria y

(1) *Vis autem non timere potestatem? Bonum fac: et habebis laudem ex illa.* Rom. XIII. 3.

juntamente de deshonestidad, se le habría de aconsejar que no dejase los ayunos, asperezas y disciplinas para mortificar la carne, aunque en esto se mezclase algo de vanagloria, porque aquella tentación es más peligrosa que ésta, y vencida aquélla, con más facilidad se podrá ésta vencer. Estos son documentos de San Gregorio, dignos de su prudencia, y de que los maestros estén muy previstos en ellos. Y porque en los remedios templados que dijimos se han de dar contra las pasiones contrarias, es muy fácil cosa exceder del medio y declinar á uno de los extremos, sea regla general que, cuando se temiere el exceso, incline siempre á aquella parte de la cual se puede seguir menos mal. Para lo cual debe el maestro conocer los dos vicios que son extremos en cada una de las virtudes, y saber cuál dellos es más dañoso, para que, con este conocimiento, esté diestro en conocer á qué parte se ha de inclinar. La avaricia y prodigalidad son vicios opuestos, y es cosa clara que es más dañosa la avaricia, porque la prodigalidad aprovecha á los otros, ya que hace daño al pródigo; pero la avaricia hace daño al avaro y á ninguno aprovecha, y así menos mal es inclinarse á ser pródigo. Ser escrupuloso y ser relajado son extremos; pero menos dañoso, regularmente hablando, es ser escrupuloso, porque el relajado está propincuo á ser escandaloso, y así, habiendo de inclinarse á uno destos, menor daño es ser escrupuloso, y, en competencia del otro extremo, éste ha de ser elegido. Y lo mismo digo del indiscreto silencio, y de la locuacidad, de la pereza y del fervor indiscreto y de los demás vicios en que se falta por exceso ó por defecto, de los cuales en sus lugares trataremos más en particular. Bien conozco ser de grande importancia para dar luz á la prudencia humana, estos documentos de San Gregorio y los demás que en los capítulos precedentes referimos; pero confieso que para acertar en un negocio de tanta dificultad, todo es poco si alguna luz sobrenatural no alumbra el entendimiento de los maestros, porque como dice el Espíritu Santo (1), *Sapien. 9,* los pensamientos de los mortales son tímidos, y nuestras providencias inciertas. Y si Platón alcanzó y dijo, que ninguna República podía ser bien regida hasta que el regidor della, con la potencia de su ánima, se juntase con Dios, haciéndose hombre divino y superior á todos los que gobierna, ¿qué mucho es que yo confiese lo mismo en el gobierno de gente moza? Y así deben los maestros, conociendo humildemente su insuficiencia, acudir como lo hicieron Moisés (2) y Salomón (3) á Dios, pidiéndole en la oración, luz del cielo, y espíritu doblado, para acertar tan dificultoso gobierno y llevar tan pesada carga. Que quien no lo negó á ellos poniendo los ojos en su humildad y en la necesidad del pueblo, tampoco lo negará á los maestros que con humildad se lo pidieren, pues la necesidad es tan grande.

(1) *Cogitationes enim mortalium timidae, et incertae providentiae nostrae.* Sap. IX, 14.

(2) *Non possum sustinere solus omnem hunc populum, quia gravis est mihi.* Núm. XI, 14.

(3) *Tu regnare fecisti servum tuum,* etc., *dabis ergo servo tuo cor docile, ut populum tuum judicare possit.* III. *Regum.* III. 7.

CAPÍTULO XIX

De otras algunas partes que han de tener los maestros para ser perfectamente prudentes

Ya dije en los capítulos precedentes que ninguna virtud es tan necesaria para los que tienen oficio de maestros, que la prudencia, y así no es razón que parezca prolijidad alargarme en cosa tan necesaria. Porque cuando no se sacase otro provecho de lo que en este libro se escribe, sino dejar bien enseñados á los maestros en esta materia, sería un trabajo muy bien empleado. Entiendan, pues, los maestros, que tiene tres partes la virtud de la prudencia, sin las cuales es imposible que ningún hombre sea verdaderamente prudente. Porque, como enseñan los filósofos, esta virtud tiene tan larga vista, y brazos tan extendidos, que no solamente mira y abraza las cosas presentes, sino también las pasadas y por venir. De donde se sigue, que, como dice Séneca (1), á ella pertenece acordarse de las cosas pasadas, y, según esta consideración, es una parte de la prudencia la memoria. También pertenece á ella ordenar las cosas presentes, y, según este oficio, tiene otra parte que se llama inteligencia, á la cual pertenece la discreción. Y, finalmente, es también oficio suyo prevenir las cosas futuras, para lo cual sirve la providencia, que es la tercera parte desta virtud. Para que sea, pues, perfectamente prudente el maestro, se ha de valer mucho de la memoria, acordándose de los sucesos pasados que ha visto, oído y leído. Porque si es verdad, como lo es, lo que dice el Espíritu Santo, que no hay en la tierra cosa nueva, sino que lo que ha sido en los tiempos pasados, eso es en los presentes y será en los por venir (2), cosa clara es que la memoria de las cosas pasadas es de grande importancia para ordenar las presentes y prevenir las futuras. Y aun por esta causa, como dice el divino Gregorio (3), se escribieron las cosas prósperas y adversas de los tiempos pasados, para que la noticia dellas nos enseñe á disponer la vida en lo presente y por venir, escarmentando en las caídas de los que nos precedieron, cobrando esperanza y tomando ejemplo en sus buenos sucesos. Y para esto será de grande importancia á los maestros estar muy versados en la lección de las vidas de los santos, y aunque todas ellas son de grande provecho, pues, como dijo San Pablo, todas se escribieron para enseñanza nuestra, pero en particular se han de preciar de saber las de los santos de nuestra sagrada religión; porque como es costumbre de la divina Providencia, comunicar el espíritu á cada uno de los santos, proporcionado al fin de su llamamiento y profesión, de creer es, que á los que profesaron nuestro instituto, les comunicaría un fin muy con-

(1) Séneca, IV, *de virtutibus*.
(2) *Nihil sub sole novum. Quid est quod fuit? ipsum quod futurum est*. Eccles. I, 10.
(3) Gregorio, lib. II, *Moral*, cap. I.

forme á él, y por consiguiente son más propio dechado para ser imitado de los profesores de nuestra Regla. Y esto baste para lo que toca á la memoria.

La otra parte de la prudencia, que es la discreción, es tan alabada y encomendada de los sagrados doctores, que sólo para referir lo que della dicen y los oficios que le atribuyen, sería menester un libro entero. Alberto Magno (1) dice que esta virtud enseña cuánta reverencia se debe al superior, cuánta compasión y clemencia al inferior, y cuánta igualdad al compañero. Esta enseña, cómo y en qué habemos de imitar á los predecesores, cómo habemos de aprovechar á los presentes, y qué ejemplo habemos de dejar á los sucesores. Esta enseña el *cómo*, el *qué*, y el *cuánto* en el comer, en el beber, en el dormir y en los demás ejercicios; distingue entre los tiempos del callar y del hablar, y llegado el tiempo, enseña las circunstancias de las materias, de los lugares y de las personas. Esta enseña á hacer aquella división entre el alma y el espíritu, y entre las junturas y médulas del corazón, que el Apóstol San Pablo atribuye á la palabra de Dios (2). Hace distinción entre la gracia y la naturaleza, entre la diversidad de espíritus, y entre el ángel de luz y el de tinieblas. Es maestra de todas las virtudes, poniéndoles tasa y dándoles el orden con que lo deben ser, porque donde no hay discreción (dice el grande Alberto), la caridad no guarda orden, ni sabe lo que es lo primero, ni qué lo postrero que se ha de amar, ni qué es lo que se ha de amar más y qué menos. La humildad sin discreción es desordenada, porque, según sentencia del glorioso San Agustín, cuando el superior demasiadamente se humilla, viene á perder de su autoridad. También la obediencia sin discreción puede faltar, pensando que se ha de obedecer en las cosas ilícitas. Y al fin, sin ella, la liberalidad se convierte en prodigalidad, el temor en desesperación, la esperanza en presunción, la justicia en rigor, la mansedumbre en flojedad y relajación. Para alcanzar esta virtud es buen medio la lección de los buenos libros, y el trato de los hombres discretos. Y aunque la experiencia suele aprovechar mucho para alcanzalla, pero cosas hay en que si Dios no la comunica, todos los medios son insuficientes y faltos, y así el más eficaz es pedirla á Dios con humilde oración, pues vemos que varones muy doctos y santos se han engañado en algunos juicios que pertenecen á esta virtud. Y porque mi intento en este libro no es instruir á los maestros, en cuanto son personas particulares, sino solamente en las cosas de su magisterio, advertiré aquí solamente algunas que, para acertar bien su oficio en lo que toca á esta virtud, son de mucha importancia, allende de las que ya quedan atrás advertidas.

Presupuesto, pues, que la vida del religioso es andar perpetuamente aspirando y anhelando á la perfección, y que della particularmente se entiende lo que dice San Bernardo, que en el camino del cielo el no pasar adelante es volver atrás, es cosa averiguada que todas las ansias del maestro han de ser las que tenían los hermanos

(1) Lib. *De parad. animae*, cap. LIV.

(2) *Vivus est sermo Dei, et efficax*, etc., *pertingens usque ad divisionem animae ac spiritus, compagum quoque ac medullarum.* Hebr. IV, 12.

de la esposa, en los Cantares, cuando decían: Nuestra hermana es pequeña y no tiene pechos, ¿qué haremos á nuestra hermana cuando llegue el día de su casamiento? (1). Así el maestro, todo su negocio ha de ser cuidar mucho qué hará con cualquiera de sus novicios para que estén aprovechados el día en que por medio de su profesión se desposen con Cristo. Y para que estas ansias y cuidados tengan efecto, han de examinar muchas veces el aprovechamiento de sus novicios, mirando qué vicios han vencido, qué pasiones han mortificado y qué virtudes han adquirido después que tomaron el hábito. Y miren mucho que para hacer debidamente este examen, es muy necesaria la discreción, porque á los que no la tienen, muchas veces se les trasluce una cosa por otra, juzgando por gracia lo que es naturaleza. Para lo cual adviertan que, como arriba dijimos, es necesario al maestro conocer las complexiones y naturalezas de cada uno. Porque hay algunos que de su natural complexión son mansos y sufridores, otros que son compuestos y vergonzosos, otros que son modestos en sus acciones, y otros que nunca querrían hablar. Y, por el contrario, hay otros que son naturalmente coléricos, otros inquietos y descompuestos, otros habladores, y otros presuntuosos y arrogantes. Pues si el maestro no está advertido en esto, parecerle ha que la modestia, la mansedumbre, la composición y el silencio de aquellos que naturalmente tienen estas cosas, son virtudes que han adquirido, y así los tendrá por muy aprovechados, juzgando indiscretamente por dones de gracia los que son de naturaleza, en los cuales no hay más merecimiento que en ser uno hermoso ó feo, si no se perfeccionan con particulares actos de consideración, levantando con ellos de punto lo que es natural. Y en el que es colérico, ó hablador, ó tiene otra falta natural para examinar su aprovechamiento, no tanto ha de mirar las veces que pierde la paciencia y el silencio, ó comete la tal falta, cuanto las veces que se va á la mano en estas cosas y se vence á sí mismo. Porque mayor aprovechamiento es un colérico ó hablador el irse á la mano algunas veces, aunque otras caiga, que en el que tiene natural mansedumbre y silencio nunca enojarse ó nunca hablar. Así que para tantear el aprovechamiento hase de dejar á una parte lo que es natural y mirar lo gratuito, porque cuanto más desto se alcanza por las continuas peleas, tanto el aprovechamiento es mayor, y así lo enseñó el prudentísimo Padre Ignacio de Loyola á un maestro de novicios que se engañaba en esto.

También se engañan algunos en tantear el aprovechamiento de los novicios, midiéndolo con los gustos espirituales que Dios les comunica en la oración, creyendo que el que goza de mayores dulzuras y el que tiene más lágrimas y sentimientos es el más aprovechado. Y cierto se engañan mucho en esto, porque muchas veces estos gustos son argumento de que están más atrasados en la virtud. Porque como la condición de Dios es acomodarse con nuestra flaqueza, suele á los principiantes, para aficionallos á la virtud, darles algunos destos sentimientos, y á los aprovechados tratallos con sequedad y hacerles que coman el pan con corteza. El Apóstol San Pablo se dolía de que tenía

(1) *Soror nostra parva est, et ubera non habet: quid faciemus sorori nostrae in die quando alloquenda est.* Cant. VIII, 8.

algunos discípulos á quien no podía dar manjar sólido, sino leche como á niños (1), y ¿querrá el maestro juzgar por más aprovechados á los que Dios da leche, por ventura por ser más pequeños? No es esta la medida del aprovechamiento, sino la humildad, el vencimiento de los vicios, la mortificación de las pasiones y el ejercicio de las virtudes que cuestan trabajo, y, sobre todo, el sufrir trabajos y deshonras de buena gana por Cristo y el padecer sequedad cuando él lo quiere. Y, finalmente, todo lo que es cruz es la regla más cierta, porque, como dijo el autor del *Contemptus mundi,* el camino de la cruz es, entre los altos, el más alto, y entre los bajos, el más seguro. Pero desta materia en otro lugar trataremos más largamente, y también de lo que toca á la discreción de espíritus para conocer cuáles son del demonio y cuáles de Dios, con otras cosas que pertenecen á esto.

Resta que digamos alguna cosa de la tercera parte de la prudencia, cuyo oficio es prevenir las cosas futuras, la cual se llama providencia, virtud no menos importante que las demás de quien habemos tratado. La providencia, según sentencia de Cicerón, no es otra cosa sino una virtud con la cual se ven las cosas por venir, antes que sean (2). Cuyo oficio es, como dice San Agustín (3), pesar las cosas venideras por las pasadas y armarse contra la adversidad que puede venir. Y es tan necesaria esta virtud que, según dice el mismo santo, donde ella está todos los contrarios quedan burlados, y donde ella falta todos se enseñorean. De ésta alaba el esposo á su esposa cuando le dice que tiene una nariz larga y bien hecha como la torre del monte Líbano (4), que fué decirle que le daba mucho contento por ver que era próvida oliendo las cosas muy de lejos. En esta virtud particularmente se diferencia el prudente del necio, porque aquél considera los sucesos que pueden venir antes que lleguen, y así cuando viene el golpe no le espanta porque se halla prevenido; pero el necio no considera lo que le puede suceder hasta que le ha dado el golpe, y así lo siente el doble porque le coge desapercibido. Séneca afirma de sí que nunca entró en la mar sin que primero hubiese padecido tormenta, dando á entender que siempre entraba en los negocios prevenido del daño que le podía suceder en ellos, porque de discretos es prepararse para lo peor y esperar de Dios lo mejor. Y no hay palabra que más mal le esté al prudente que decir, *no pensaba que podía suceder tal cosa*. Á aprender esta virtud, por ser tan necesaria, nos envía el Espíritu Santo á las hormigas, que se previenen de un año para otro del sustento necesario, armándose contra el hambre venidera, y por falta della suele el perezoso verse en grandes trabajos (5). Para que aprendan, pues, los maestros esta virtud en lo que toca al gobierno de sus novicios, previniendo con ella los daños que les pueden venir, pondré aquí solas las advertencias necesarias, dejando algunas otras para sus lugares.

(1) *Tamquam parvulis in Christo lac vobis potum dedi, non escam, nondum enim poteratis, sed nec nunc quidem potestis, adhuc enim carnales estis.* I. Cor. III, 2.
(2) Cicerón., *in rethor.*
(3) Aug. lib. *De spiritu et anima.* Lib. *De singularitate clericorum.*
(4) *Nasus tuus sicut turris Libani, quae respicit contra Damascum.* Cant. VII, 4.
(5) *Vade ad formicam o piger, et considera vias ejus, et disce sapientiam: quae cum non habeat ducem nec praeceptorem, nec principem, parat in aestate cibum sibi, et congergat in messe quod comedat.* Prov. VI, 6-8.

La primera es que consideren que una de las cosas que más impiden la providencia de los daños futuros, es la simplicidad columbina cuando no está mezclada con la prudencia de la serpiente. Porque los que son puros, simples y sin mezcla de prudencia todo lo creen y de nadie sospechan mal, y de aquí les procede que no se preparan para ningún mal suceso, porque de nadie temen que les ha de hacer mal. Y para mostrar Cristo á sus discípulos que no es de su gusto esta simplicidad, les mandó que mezclasen la simplicidad de la paloma con la prudencia de la serpiente (1). Y esto les mandó Cristo, dice San Gregorio, para hacerlos verdaderamente sabios, porque la prudencia en ellos aguzase la simplicidad y ésta templase la agudeza de la prudencia, y así resultase un medio que participase de entrambas virtudes (2). Y en otra parte (3) dice el mismo santo: No quiso el Señor amonestar á sus discípulos con el ejemplo de la serpiente sin la paloma, ni con el de la paloma sin la serpiente, para enseñarles con esto ser necesario que la astucia de la serpiente se avive, y encienda la simplicidad de la paloma para que no se gaste y llegue á ser bobería, y que la simplicidad de la paloma temple la astucia de la serpiente para que no venga á parar en malicia. Y de aquí es, dice San Gregorio, que el Apóstol San Pablo juntó entrambas cosas escribiendo á los corintios, cuando les dijo (4): No queráis ser niños en los sentidos, en las cuales palabras pide la prudencia de la serpiente; pero sed niños en la malicia, en lo cual pide la simplicidad de la paloma. Porque el simple sin prudencia es bobo, y el prudente sin simplicidad es malicioso. Y aun por esta misma causa, dice que apareció el Espíritu Santo una vez en forma de fuego y otra en figura de paloma, para dar á entender que á aquellos en quien el divino Espíritu reside les comunica el fervor del celo con la prudencia, y la rectitud de la mansedumbre con la simplicidad. Y según esta doctrina, dignos son de ser reprendidos unos maestros cuya simplicidad es tan indiscreta que no saben sospechar mal de nadie, y así dejan de prevenir con una discreta providencia algunos daños de cuyo suceso debieran prudentemente tener sospecha y temor para prevenillos. Y no son menos dignos de reprensión otros que de todos sospechan mal, por donde, con prevenciones indiscretas, inquietan los ánimos de los que andan con simplicidad y llaneza, y aun suelen despertallos con esto á imaginar algunas malicias que no les pasaban por el pensamiento. Guardando, pues, un medio entre estos extremos, deben los maestros sospechar mal, sin hacer juicio determinado, en solas aquellas cosas en las cuales la experiencia ha enseñado seguirse dellas ruines sucesos, como son las amistades particulares y confabulaciones de los novicios en lugares cautos y sospechosos; la frecuencia cuidadosa y solícita de acudir á la iglesia ó sacristía, aunque sea con apariencia de devoción, de oir ó ayudar á las misas, y el ir á las celdas de los profesos, aunque sea con muestras de querer hacerles algún servicio caritativo, porque la experiencia y memoria de lo que acerca desto

(1) *Estote prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbae.* Matt. X. 16.
(2) Gregorio 3, par. *ad monit.* 12.
(3) Idem. Gregorio, *homil* 30, *in Evang.*
(4) *Fratres, nolite pueri effici sensibus, sed malitia parvuli estote; sensibus autem perfecti estote.* I. Cor. XIV, 20.

ha pasado enseña haberse seguido de cosas semejantes á éstas algunos graves inconvenientes. Y esta sospecha hace próvidos y solícitos á los maestros en la prevención destos daños, poniendo espías y acudiendo á sus tiempos á ver lo que pasa, cogiendo descuidados á los novicios. Pero en otras cosas donde no corre este peligro, es razón que con llaneza los traten, desechando sospechas y haciendo dellos confianza con ánimo sencillo para obligarlos con esto á obrar según la confianza que dellos tienen. Porque para obligar los ánimos generosos ninguna cosa es más eficaz que hacer dellos confianza.

Sea la segunda advertencia que se guarden los maestros, como ya en otro lugar queda notado, de proponer á los novicios ejemplos extraordinarios de hombres de peregrino espíritu, de hablar delante dellos de raptos, instintos, revelaciones y cosas deste jaez. Ni les deben dejar tener libros que traten desto, sino fuere á alguno de cuya prudencia se puede confiar, porque desta suerte se previenen algunos peligros, que si se cae en ellos son dificultosos de remediar, sino procúrenlos fundar en mortificación y en humildad que es camino seguro. Y porque desta materia habemos ya advertido algunas cosas en los capítulos precedentes, y más adelante se han de advertir otras en sus ocasiones particulares, bastará, en general, advertilles que, valiéndose de la memoria de las cosas pasadas que hubieren visto, oído ó leído, y considerando los sucesos dellas, prevengan las por venir, como dijimos en el principio deste capítulo, pues para este fin ha permitido Dios mil malos sucesos en su Iglesia, y sería gran mal no valernos de lo que con daño ajeno, y aun con ofensa suya, permitió Dios para provecho nuestro.

CAPÍTULO XX

De la edad y experiencia que han de tener los maestros

La vejez digna de ser venerada, dice el divino Gregorio, no se debe medir con la cantidad del tiempo, sino con la madureza de las costumbres. Porque, como dice el Sabio, justos hay que siendo consumados en breve, hicieron obras con que pudieron henchir muchos tiempos; y la vejez venerable no es la que se cuenta con largo número de años, porque las canas han de estar en los sentidos, y la edad de la senectud es la vida inculpable (1). Y según esto, tratar de la edad del maestro parece cosa superflua, pues en la poca edad se pueden hallar muchas canas de las que dice el Espíritu Santo, y en la mucha, se ve algunas veces grande falta dellas. Pero con todo eso me parece (y es parecer de los que tienen voto en esto) que en los maestros, cuyas personas por la importancia del oficio que tienen deben ser por todas partes calificadas, es razón que concurra, si fuere posi-

(1) *Consummatus in brevi explevit tempora multa. Senectus enim venerabilis est non diuturna neque annorum numero computata. Cani autem sunt sensus hominis: et aetas senectutis vita immaculata.* Sap. IV, 8-13.

ble, con la gravedad de las costumbres, la madureza de la edad venerable. Porque á más de que ésta, para el magisterio de la instrucción de los mozos, es un ornato admirable, que puesto en la persona de los maestros engendra particular respeto y veneración en los ánimos de los discípulos, trae particularmente consigo, en los que se han criado religiosamente, algunas condiciones que son de grande importancia para el magisterio. Y verdaderamente los que hubieren leído con atención lo que las divinas letras y doctores sagrados dicen hablando de los bienes que trae consigo la senectud, ninguna duda podrán poner en esta doctrina. Porque no se puede negar ser verdad lo que dijo Marco Antonio Sabelico, que la vejez es el puerto adonde se recogen las virtudes á descansar, seguras de la tormenta que padecieron en la prolija navegación de la juventud (1). Porque las virtudes en los mancebos, ya que no padezcan naufragio haciéndose pedazos y pereciendo el navío, á bien librar no se puede escapar de borrasca y andar en perpetua tormenta, según son grandes las olas que se levantan de la misma naturaleza briosa, ayudada de los vientos y tempestades de las ocasiones externas. Pero en la vejez, ya que está cascado el navío y los bríos de la carne domados, gozan las virtudes, como en seguro puerto, de una tranquilidad suave, libres, ó á lo menos no tan sujetas á los contrastes pasados de la juventud rebelde. Y esta suave tranquilidad es de grande importancia en los maestros para que, con ánimo quieto y sosegado, puedan enseñar á sus discípulos el modo que han de tener para pasar sin anegarse en los peligros de la tormenta que los mozos padecen. Pues ¿qué diré si se añade á esto lo que de la senectud dice el divino Ambrosio? (2). El cual afirma que en ella son más dulces las buenas costumbres, así porque el hábito que está hecho en ellas las facilita, como por ser menos la contradicción que hay de parte de las pasiones. Dice también que la senectud es más sutil en los consejos porque la experiencia que con ella se alcanza es gran maestra de enseñar medios con que alcanzar los fines, para lo cual es necesario el consejo. Es allende desto más pronta para sufrir trabajos y muerte, porque á los viejos les resta menos que perder de vida, y, finalmente, es más fuerte para reprimir los ímpetus de los deleites ilícitos, porque, como dijo el Apóstol, cuanto la carne está más débil y flaca, tanto cobra mayores fuerzas el espíritu (3). Y San Jerónimo (4) dice que con la edad crece la sabiduría en los viejos, y que ésta es la Sunamite, que faltando al santo David el calor natural y las fuerzas, pudo calentarle y conservalle la vida, porque cuando todo falta á los viejos, sola la sabiduría entretiene y fomenta su espíritu, haciéndole inseparable compañía. La senectud de aquellos que en su mocedad se acostumbraron al temor de Dios y ejercicios honestos, dice este santo, con la edad se hace más docta, con el uso más cierta y con el discurso del tiempo más sabia, porque en ella se cogen los dulces frutos de los trabajos pasados. Y San Isidoro, aludiendo á lo que arriba dijimos, dice que la vejez pone

(1) Sabelicus, lib. I. cap. VI.
(2) Ambrosio, lib. I. *Examcron*.
(3) *Cum enim infirmor tunc potens sum*. II. Cor. XII, 10.
(4) Epístola, *ad Nepotianum*.

modo á los deleites, rompe el ímpetu de los apetitos ilícitos, acrecienta la sabiduría y aprueba los mejores consejos, y al fin, como afirma Sabélico, la piedad, la madureza y consejo suelen de ordinario acompañar á la senectud. Lo cual parece confirmar la divina Escritura, pues en un lugar dice que en los antiguos se halla la sabiduría y en el mucho tiempo la prudencia (1); y en otro lugar (2) afirma que el consejo y el sano juicio son ornato y hermosura de los viejos. Y lo mismo sintieron los antiguos filósofos, atribuyendo á la senectud la sabiduría, el consejo y la prudencia. Por la cual algunos dellos hicieron leyes que no pudiesen proveerse los magistrados á gente moza, y llamaban mozos á los que no llegaban á cincuenta años. Colijo, pues, de todo lo dicho que si á la madura edad acompañan, como dicen los santos y los filósofos y aun la Sagrada Escritura, la tranquilidad del ánimo, la gravedad, la prudencia, la sabiduría, la providencia y el buen consejo, todas las cuales cosas son necesarísimas á los maestros de novicios, no va poco en procurar que los que son promovidos á este cargo sean de edad madura. Aunque si estas partes concurriesen en alguno que no fuese viejo, no por eso habría de ser excluído del magisterio. Pues de Salomón, con ser tan sabio, dicen las divinas letras que constituyó presidente á Jeroboam, con ser mancebo, porque le vió industrioso y de buena crianza (3). Y así, no deben ser desechados absolutamente los mozos, por serlo, si ya no lo fuesen en tanto grado, que la poca edad hiciese menos venerable su persona, lo cual es cosa dañosísima en cualquier género de magisterio.

Y aunque es verdad que, por todas las razones susodichas, debe procurarse la madura edad en los maestros, yo confieso que, á mi parecer, hay otra que, bien considerada, pesa no menos que todas ellas, y es la grande necesidad que los maestros espirituales tienen de ser experimentados en las cosas de espíritu, y es cosa clara que en los mozos no puede haber mucha experiencia, porque ésta se alcanza con el uso de la variedad de las cosas que el tiempo ofrece, y en poca edad no puede haber ofrecido el tiempo uso de muchas cosas. Por lo cual dijo Aristóteles que los mozos no podían ser muy prudentes, porque no podían ser muy experimentados. Y como la prudencia haya de prevenir las cosas futuras por la experiencia de las pasadas, poco próvido puede ser el que ha visto y experimentado poco. Y de aquí nace que los mozos de ordinario son precipitados en acometer empresas difíciles y en ponerse en diversos peligros, porque ignoran qué cosa es padecer naufragios, y así no saben en qué ocasiones deben temellos. De los experimentados, como dice el común proverbio, se levantan los arteros, porque la experiencia es madre de las artes, y el bien acuchillado, dice, que suele ser buen cirujano, porque en sus propias miserias aprende á compadecerse de las ajenas, y la experiencia de los remedios que le aplicaron le enseña á aplicar los mismos en semejantes enfermedades. Y si Cristo, con ser sabiduría del

(1) *In antiquis est sapientia et in multo tempore prudentia.* Job. XII, 12.

(2) *Quam speciosum canitiei judicium, et praesbyteris cognoscere concilium,* etc. Eccli. XXV, 6.

(3) *Erat autem Jeroboam vir fortis, et potens, vidensque Salomon adoslescentem bonae indolis, et industrium, constituerat eum praefectum super tributa universae domus Joseph.* III. Reg. XI. 28.

Padre, quiso experimentar nuestras enfermedades para compadecerse dellas, como dice San Pablo (1), siendo tentado en todas las cosas á semejanza nuestra, ¿quién podrá negar ser importante en los maestros haber experimentado en sí las enfermedades de sus discípulos para saberse compadecer cuando los viere tentados? De los babilonios, dice Herodoto, que no tenían médicos, y que para curar las enfermedades que se les ofrecían, acostumbraban á sacar á la plaza los convalecientes que las habían padecido, para que ellos, con la experiencia que tenían de lo que les había dado salud, les aplicasen el remedio con que habían curado, pareciéndoles que la experiencia es la que hace médicos y enseña más ciertas medicinas. Y aunque es verdad que ella sola no basta, pero no se puede negar ser cosa importantísima, pues dijo el padre de la buena medicina, Hipócrates, que el médico sin experiencia, aunque sea doctísimo, cojea de un pie. Dando á entender que apenas puede andar á derechas en las curas que hace el que no es experimentado, porque ya que acierte en la substancia del remedio por la ciencia que tiene, corre peligro de errar en la ocasión, en el tiempo y en el modo de aplicalle por la falta de la experiencia. Y si esto acaece en las enfermedades corporales, donde hay señales externas por donde se conoce la malicia del mal, ¿qué hará en las espirituales donde los males son más ocultos y no hay pulso que los descubra? Luego, pues, si los maestros han de ser médicos espirituales de sus novicios, razón es que tengan experiencia de las enfermedades espirituales á que están sujetos. El varón experimentado en varios sucesos, dice el Espíritu Santo (2), tendrá materia para su pensamiento en ellos, y el que aprendió muchas cosas experimentándolas, sabrá enseñar la debida inteligencia dellas. Pero el que no es experto pocas cosas conoce, y, por consiguiente, pocas puede enseñar. Esto dice el Espíritu Santo, y debería ser bastante para echar de ver cuán necesaria es la experiencia para el magisterio.

Y porque en este particular discurrió, á mi parecer, muy bien un varón religioso (3), gran maestro de la vida, quiero referir lo que él dice, cercenando algunas palabras é interponiendo solamente las que fueren necesarias para declarar y ponderar su doctrina. Si buscares maestro, dice este autor, procura saber por todas las maneras que lícitamente pudieres si es experimentado, si han pasado por él las cosas que te ha de enseñar, porque si no, aunque sepa todas las otras cosas y se haya dado á todos los otros ejercicios, debes dejallo y no darle parte deste negocio, porque mal dirá el cantar que no sabe. Y así como el que no sabe pintar, no te podrá sacar pintor, así el que no experimentó qué cosa es recogimiento, no te podrá enseñar á ser recogido, antes podrá dañarte enseñándote una cosa por otra. Y aunque hable mucho desta materia, es cierto que no hablando la boca de la abundancia del corazón, no podrá hablar á tu corazón, al cual es necesario que hable. Porque los maestros espirituales, en las dudas que á los discípulos principiantes se les ofrecen, que son muchas y

(1) *Tentatum per omnia pro similitudine absque peccato.* Hebr., IV, 15.
(2) *Vir in multis expertus cogitabit multa, et qui multa didicit enarrabit intellectum. Qui non est expertus pauca recognoscit.* Eccle., XXXIV, 9.
(3) Pat. Osuna in 3. p. *sui alphabeti.*

varias, y que apenas saben decillas, por ser para ellos nuevo lenguaje, más debe atender y aun responder al corazón del discípulo que á las palabras; más á lo que quiere decir que á lo que dice. Y si el discípulo, por ser nuevo, no acierta á preguntar, el maestro, por la experiencia que tiene, ha de atinar lo que quiere decir y enseñarle de qué manera lo ha de preguntar, declarando la diversidad de los modos con que suelen venir y sentirse semejantes efectos. Y como el médico experimentado, de solas algunas palabras mal articuladas que el niño pronuncia, mezcladas con algunas señas imperfectas, colige la enfermedad que tiene, porque sabe por experiencia las que suelen acaecer en aquella edad, así el maestro experto, en comenzando el novicio á decir, aunque mal dicho, lo que siente, ha de colegir el mal de que se queja y salirle al camino, contándole cosas semejantes que han acontecido á otros, para que, por la semejanza de aquéllas, diga el novicio si es de aquella manera la pasión ó enfermedad que él padece, ó la tentación que le aqueja. Para lo cual debe considerar el estado de la virtud en que está el novicio, si es de los principiantes ó de los que van aprovechando, ó de los ya aprovechados, porque cada uno destos estados tiene su manera de enfermedades propias, y padece propios modos de tentaciones, los cuales no es posible saberlos sin experiencia. Pues si se considera, por otra parte, la diversidad de sentimientos espirituales que se ofrecen en este camino, entre los cuales hay unos que son gratuitos y otros naturales, y tan parecidos que parecen hermanos de un mismo parto, ¿quién acertará á examinarlos y distinguirlos sin mucha experiencia? ¿Quién sabrá discernir sin ella la variedad de espíritus, conociendo cuáles son verdaderos y cuáles falsos, cuál es el ángel de Dios, y cuál de tinieblas, transformado en ángel de luz? Ciertamente que para este efecto es necesarísima la experiencia. Porque aunque, como dice San Pablo (1), es don del Espíritu Santo la discreción de espíritus, pero no se puede negar que la experiencia ayuda mucho para juzgar con prudencia en estas cosas, y así de ordinario aciertan más en ellas los más experimentados. Pues para descubrir las astucias del enemigo, para desenredar sus marañas, para desbaratar sus estratagemas y para atinar sus tretas, con que suele, como diestro esgrimidor, señalar el golpe á una parte para herir en otra, ¿qué experiencia es menester? Síguese también un gran provecho de la experiencia, y es, que, como dice el doctor Angélico (2), es madre de la esperanza; porque de los buenos sucesos pasados se viene á prometer y esperar el varón experto buen suceso en las ocasiones que son semejantes. Así lo hizo David cuando, huyendo de su hijo Absalón, decía que dormiría á buen sueño sin temor de sus perseguidores, porque tenía experiencia que Dios solía herir á los que le perseguían sin causa, y de la experiencia le nacía la esperanza de que haría entonces lo mismo (3). Desta esperanza, pues, que la experiencia engendra, nace á los maestros expertos asegurar á sus discípulos algunos sucesos buenos cuando los ven

(1) I. Cor. 12.
(2) D. Tho. 12. q. 40. art. V.
(3) *Ego dormivi et soporatus sum, et exurrexi*, etc., *quoniam tu percusisti omnes adversantes mihi sine causa.* Psal. III, 6-8.

desmayados en alguna pelea, y algunos regalos del cielo en los buenos ejercicios, cuando ven que van aflojando en ellos, y esto con tanta certidumbre lo aseguran como si lo viesen, porque tienen experiencia de lo que de ordinario suele hacer Dios en semejantes casos. Y á este propósito cuenta el susodicho autor, como testigo de vista, que una persona muy espiritual y experimentada, para animar á un su amigo á la virtud, le dijo, que estimaba más los bienes que había sacado del recogimiento, que todo lo restante del mundo, y que no tenía fe, sino experiencia de las cosas, que los santos acerca desto decían, y que le aseguraba que él diría otro tanto si lo probaba y perseveraba en ello. Esto sólo fué causa de que el amigo se recogiese, y dentro de pocos días volvió á él y le dijo: Padre, vos estáis ya libre de la palabra que me disteis: Dios ha cumplido en mí vuestras promesas; porque os aseguro que es tanto lo que Dios me ha dado en una sola hora de oración, que con eso solo me ha pagado bastantemente todo lo que he trabajado por su amor, y todo lo que podría trabajar de aquí al día del juicio sirviéndole con muchas veras. Estas maneras de promesas suelen hacer los experimentados á los principiantes, con que los animan, lo cual no osan prometer los que no tienen experiencia dello. Y así, de todo lo dicho se colige con evidencia cuán necesaria es la experiencia en los maestros, y, por consiguiente, la edad madura, sin lo cual es cosa dificultosa ser varones expertos.

CAPÍTULO XXI

De la madureza, gravedad y circunspección con que los maestros se han de tratar con sus discípulos

La mayor parte de lo que hasta ahora habemos dicho ser necesario á los maestros, son cosas que pertenecen á la composición interior, y aunque estando compuesto y recogido el hombre de adentro, no hay mucha necesidad de encomendar la composición del de afuera, porque naturalmente se sigue della, como los movimientos de la sombra siguen á los del cuerpo; pero con todo esto será cosa de mucho provecho decir algo acerca de este particular, por lo mucho que importa á los maestros andar advertidos en ello. Para lo cual deben advertir, que como el alma está encerrada debajo de las paredes del cuerpo, y los ojos corporales no pueden penetrar á lo interior que hay en ella, solamente juzgamos de lo interior de los hombres por lo que en el semblante y acciones exteriores se nos manifiesta. Ni es mucho que por lo exterior del cuerpo juzguemos lo que hay en el alma, pues dice el Espíritu Santo, que por la manera de la vista se conoce el hombre, y por la figura del rostro el que es cuerdo y sesudo (1). Y que así como en el agua resplandecen los rostros de los que

(1) *Ex visu cognoscitur vir, et ab occursu faciei cognoscitur sensatus.* Eccles. XIX, 26.

en ella se miran, así ven los prudentes en el semblante los corazones de los hombres (1). Porque nuestros ojos son unas como vidrieras, donde se traslucen mucho los afectos de los corazones. De aquí nace, que aunque para cumplir con Dios, que penetra lo íntimo del alma, basta el buen interior que es lo que principalmente él mira; pero los que viven en congregación y están en lugar eminente, puestos por blanco y dechado de algunos súbditos, no cumplen con tener alma pura y conciencia santa, sino que deben buen exterior á los que tienen puestos los ojos en ellos. Porque los súbditos que solamente ven lo de afuera, no juzgan por bueno sino al que lo muestra ser en las señales exteriores. Y según esto, muy obligados están los maestros á ser tan compuestos en presencia de sus novicios, que todos sus movimientos y acciones les sean un cierto argumento de su composición interior. Y porque acerca desto dijimos algunas cosas en el capítulo XI, donde tratamos del buen ejemplo que deben dar los maestros á sus novicios, aquí solamente trataremos de lo que toca al modo que deben guardar en el semblante y en el común modo de tratar con ellos.

Acerca de lo cual digo, que suele haber tres maneras de semblantes en los hombres. Unos, que con la gravedad tienen tanta severidad y aspereza, que engendran con ella en el ánimo de los que los miran un respeto servil desnudo de todo amor. Otros hay cuyo semblante es tan liviano y tan sin mezcla de autoridad y madureza, que por la liviandad que muestran y la facilidad con que se descomponen destierran el respeto y reverencia del ánimo de quien los mira. Pero hay otros en cuyo aspecto de tal suerte está mezclada la gravedad y composición, con la suavidad y blandura, que causan en el ánimo de quien los trata, juntamente amor y reverencia. Porque la blandura y suavidad los hace amables, y la compostura, acompañada de gravedad, venerables. Y esta manera de semblante es la que, á mi parecer, se requiere en los maestros de novicios, porque teniendo en su aspecto esta agradable mezcla, ni la mucha severidad los hará inaccesibles, quitando con ella el ánimo á los novicios para que, viéndose afligidos y tentados, no osen llegar á pedirles consejo y consuelo en sus aflicciones, ni la mucha llaneza y blandura, haciéndolos sobradamente afables, les dará ocasión para perderles el debido respeto. Y á lo que puede colegirse de lo que algunos historiadores graves afirman, de la manera que aquí habemos pintado era el semblante del rostro del soberano maestro Cristo. Porque Nicéforo Calixto dice, que en su divino y venerable aspecto resplandecía una admirable junta de gravedad y mansedumbre, libre de toda ira. Y cuando no hubiera historiadores que lo afirmaran, de lo que de él se escribe en el sacrosanto Evangelio pudiera colegirse. Porque ¿de dónde podía nacer aquella gran confianza y osadía con que los pobrecillos se le llegaban á pedirle misericordia en sus necesidades, sino de ver en su rostro tales señales de mansedumbre y blandura? ¿Y de dónde pudo proceder el cubrir su divino rostro con un velo los soldados que burlaban de él en casa de Caifás, sino de ver que era tan venerable su

(1) *Quomodo in aquis resplendet vultus prospicientium, sic corda hominum manifesta sunt prudentibus.* Prov. XXVII, 19.

aspecto, y los rayos que le salían del rostro tan dignos de reverencia, que, según sentencia de algunos (1), á no cubrirlo, no pudieran perderle el respeto?; tal era la composición y gravedad de su divino semblante. Razón es, pues, que los maestros de novicios parezcan en esto al maestro Cristo. Y si acaso por ser dificultoso el medio que se compone de gravedad y blandura, hubieren de declinar á uno de los dos extremos en el semblante, menos dañoso es el extremo de la suavidad y blandura, que el de la severidad y aspereza. Porque cuando por él se venga á perder algún tanto el respeto, con sólo un mirar severo viene á remediarse, según es grande el temor y encogimiento de los novicios. Pero del extremo contrario, que es cuando el maestro se muestra sobradamente grave y severo, suele nacer un temor dañosísimo, por el cual no osan llegar á manifestarle sus aflicciones, desconsuelos y tentaciones, por parecerles que es intratable é inaccesible. Imaginan que, ó no serán escuchados, ó si lo fueren, serán rígidamente reprendidos, y no se puede ponderar cuán grave daño sea éste para gente tan temerosa y encogida como son los novicios.

También en el reir han de guardar los maestros grande modestia (2): imitando, ó á Cristo, de quien dice San Agustín que jamás le vieron reir, tal era su compostura, ó al santo Job, de quien dice la Sagrada Escritura (3), que cuando alguna vez se reía, no creían que se reía de veras, por ser en él cosa tan rara el reirse, ó al divino Bernardo, de quien se escribe, que para reirse tenía más necesidad de espuela que de freno, porque lo hacía muy pocas veces, y esas pocas con tanta gravedad y modestia, que á los que con la alegría y serenidad de su semblante alegraba, con su madureza y gravedad los componía. Ni repugna esto, á lo que dijimos en los capítulos precedentes, que los maestros han de mostrar alegría en el rostro, porque entre los varones espirituales, cuales han de ser los maestros, bien se sabe cuán diferente cosa es la risa vana de la alegría. Cuanto más que no pretendemos aquí seguir la secta de los estoicos, quitando á los maestros la pasión de la risa, sino la disciplina de los religiosos, advirtiéndoles que ha de ser moderada.

En lo que toca al hablar han de ser tan moderados, que, fuera de las pláticas comunes y particulares con que han de animar á sus novicios á la pelea contra las pasiones y al ejercicio de las virtudes, sus conversaciones sean raras y breves; porque verdad es lo que dice el proverbio, que la mucha conversación es causa de menosprecio. Y sobre todo han de evitar con mucho cuidado las palabras de donaire y burla, porque, como dijo el Apóstol (4), las chocarrerías son impertinentes, y aun nombrarse no deben entre los cristianos, cuanto más entre los religiosos. Y la experiencia ha enseñado que cuando los maestros se descuidan en semejantes palabras, suelen los novicios, aun en presencia suya, tomarse licencia para decir otras tales. Y

(1) Bernardinus de Busti *in suo Mariali.* II, p., serm., IV et refert D. Hieron.
(2) August., serm. XXXV, de Sanctis.
(3) *Si quando ridebam ad eos, non credebant.* Job, XXIX. 24.
(4) *Fornicatio autem et omnis immunditia, aut avaritia, nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos, aut turpitudo aut stultiloquium aut scurrilitas, quae ad rem non pertinet.* Ephe., V, 3-4.

siendo defectuoso el maestro en aquella falta, no puede enseñar con imperio, como mandó San Pablo (1), lo contrario de lo que obra, pues, según sentencia de San Gregorio, sólo aquellos pueden hablar con imperio, que no se sienten culpados en lo que hablan.

Finalmente: entonces tendrá el maestro de novicios la gravedad y madureza que aquí le pedimos, cuando ni con risas vanas, ni con palabras ociosas, ni con vistas libres, ni con andar desenvuelto, ni con otro movimiento alguno descompuesto, provocare á sus discípulos á liviandad. Porque el aborrecer de corazón estas cosas, y el huir de cualquier ocasión donde se puede faltar en ellas, son prenda, como dice el gran Alberto (2), de gravedad y madureza. Y entiendan los maestros que esta madureza y gravedad no se alcanza totalmente con sólo el cuidado y solicitud de la composición de los miembros exteriores, atendiendo á la mortificación del hombre exterior, y teniendo cuidado de que no se descompongan los ojos, las manos, el semblante y las demás partes del cuerpo. Porque aunque es verdad que algún poco de tiempo puede durar esta compostura, poniendo particular cuidado en ella, pero en distrayéndose algún poco, que es cosa muy fácil con la presencia de los objetos que se ofrecen á los sentidos, luego se pierde y da en tierra, por ser tan leve el fundamento que tenía. Y así, para alcanzarla con perseverancia y perpetuidad, ha de comenzar del hombre interior, recogiendo todos los afectos y fuerzas del alma, y uniéndolas con Dios, atendiendo principalmente á la composición y recogimiento del corazón. Porque así como es imposible que la campana del reloj dé concertadamente las horas si el artificio interior de las ruedas anda desconcertado; y así como concertando la armonía interior, luego da la campana las horas concertadamente, así es imposible que los movimientos exteriores del cuerpo anden concertados y compuestos, á lo menos con perseverancia, si lo interior del alma no se concierta y compone; y en componiéndose ella, sin tener cuidado de la composición corporal, se alcanza perfectamente. Y para prueba desta doctrina, no quieran otro testimonio sino lo que experimentan en sí los que salen de una oración larga y profunda: que sin acordarse de que tienen ojos, ni lengua, ni algún otro miembro corporal, salen tan compuestos en todo el hombre exterior, como si todo su pensamiento y cuidado tuviesen puesto en cada uno de sus miembros. Y este documento deben advertir mucho los maestros, no sólo para ejercitarlo en sí mismos, sino también para enseñarlo á los otros.

Restan de advertir dos cosas acerca desta materia: la primera es, que aunque algunos varones de extraordinario espíritu, siendo maestros de novicios, se han tratado con ellos, haciendo mortificaciones particulares, en las cuales decían la culpa á alguno de sus novicios en presencia de los demás, y se hacían decir injurias, pisar la boca, escupir el rostro y dar disciplinas, y otras cosas semejantes á éstas, raras veces se debe imitar este ejemplo, y á solos aquellos será lícito imitarle, que alcanzaron de Dios tan profundo espíritu de humildad, que con el fervor de estos actos pueden imprimir en los pechos de sus

(1) *Praecipe haec, et doce cum omni imperio.* I. T. IV, 11.
(2) Albertus Magnus, lib. *de parad. animae,* cap. XXIX.

discípulos una participación del espíritu que los mueve, para que desta manera reverencien en lo interior la profunda humildad del maestro, á quien exteriormente están menospreciando. Porque hacer esto los que no tienen excelencia de espíritu, sólo porque lo hicieron los otros, podría ser cosa de menosprecio y ocasión de venganza en los novicios poco aprovechados, y en los mismos maestros incentivo de algún espíritu de vanagloria. Verdad es que en casos particulares, cuando la soberbia, impaciencia ó poca mortificación de algún novicio fuese tan excesiva que no bastasen los ordinarios medios para remediarla, podría ser medio eficaz para confundirla algún acto destos extraordinarios; pero usar comunmente deste modo de proceder, no lo tengo por acertado. Ni es mi intento condenar con esta doctrina lo que algunos varones de extraordinario espíritu hicieron; porque así como creo que los tales alcanzaron particular luz de Dios, con la cual les enseñaba el medio más acertado en sus acciones, así me persuado, que los que tienen menos espíritu y luz, no es razón que se atrevan á las cosas extraordinarias que ellos hicieron.

La segunda cosa que debe advertirse es, que procuren los maestros ser iguales con todos los novicios en el común modo de tratar con ellos. De tal manera que ni con las palabras ni con el semblante den muestra de amar á unos más que á otros, porque al tratar con más familiaridad á los unos que á los otros, suele despertar entre ellos envidias, de las cuales nacen odios y disensiones, como se vió entre los hermanos de José, que la causa porque le aborrecieron, dice la Escritura que fué porque echaron de ver que su padre le amaba más tiernamente que á ellos, y esto, aun entre hermanos, no se puede sufrir (1). Y tanto con más cuidado se ha de evitar esto entre los novicios cuanto son más tiernos en la virtud, porque, como dijo el santo Job, los pequeñuelos son á quien mata la envidia (2). Y aprendan esta doctrina del supremo maestro Cristo, el cual se trató con sus discípulos tan igualmente, que jamás pudieron atinar á cuál dellos había de hacer superior en su Iglesia. Y cuando hubo de entregar las llaves á San Pedro, no lo quiso hacer hasta que se aventajase á los otros en la confesión que hizo, porque el entregárselas no pareciese prenda de particular amor que Cristo le tenía, sino premio de la confesión en que á los otros se había aventajado. Y miren los maestros que este documento es de los que mucho importan. Y no les advierto cuán obligados están á no burlarse con los novicios, llegándoles con la mano á la cabeza, ó al rostro, ó cosa semejante, porque es tan gran liviandad que no es razón se presuma de quien tiene oficio tan grave. Y si es verdad que Párides, filósofo, reprendió á Sófocles, y con mucha razón, porque siendo pretor alabó á un mozuelo de hermoso, y le dijo que no era cosa lícita á los pretores tener los ojos incontinentes, claro está que el maestro que llegase á burlarse de manos con sus novicios, sería digno de muy grave reprensión.

(1) *Videntes autem fratres eius quòd à patre plus cunctis filiis amaretur, oderant eum, nec poterant ei quidquam pacificè loqui.* Gen., XXXVII, 4.
(2) *Parvulum occidit invidia.* Job. V, 2.

CAPÍTULO XXII

Del amor y caridad que el maestro ha de tener con sus novicios

En uno de los capítulos precedentes queda dicho algo del amor que los maestros deben tener á sus discípulos, y la Escritura enseña cuán grande ha de ser, pues en diversos lugares los llaman, no solamente padres, para mostrarles cuán sólido, cuán fuerte y cuán constante ha de ser el amor que les han de tener, sino también madres, para significarles que su amor, no sólo ha de ser firme y constante, sino también tierno, cual es el de las madres para con sus hijos. Estos dos nombres se dió á sí mismo el apóstol San Pablo (1), pues en un lugar de sus Epístolas dice á los Corintios, que como padre los engendró en Cristo por medio del Evangelio, y que bien puede ser que tengan diez mil ayos que los adiestren y tengan cuidado dellos, pero no muchos padres, porque ese nombre á él sólo se debía, pues él sólo los había engendrado en Cristo con la doctrina evangélica. Y en otro lugar les dice á los de Galacia, que como madre los andaba pariendo de nuevo con nuevos dolores (2). Y también afirma que les daba leche como madre, para descubrir con estos nombres las ansias y cuidado que como madre tenía en criarlos, y la terneza y constancia de amor con que los amaba, como padre que los había engendrado, como madre que los había parido. Y este amor no se ha de contentar el maestro con tenerlo interiormente, sino que lo ha de mostrar á sus novicios por obras, teniendo cuidado de las cosas de su consuelo, y providencia en sus necesidades; y por palabras, significándoles algunas veces lo mucho que los ama, y desea su aprovechamiento, y dándoles algunos títulos tiernos y significativos del amor interior que les tiene. De lo uno y de lo otro hallaremos admirable ejemplo en el maestro de los maestros, Cristo, el cual mostró por obras su amor á sus discípulos en lo que trabajó y padeció por ellos, y por palabras, en aquel regalado sermón que les hizo la noche de su Pasión, donde tantas veces y con tanta suavidad repitió el amor que les tenía. Y San Pablo, es cosa maravillosa ver los trabajos, las cárceles, los azotes, las persecuciones que padeció por manifestar por obras su amor á sus discípulos, afirmando que todas aquellas cosas sufría por amor de los escogidos, porque ellos alcanzasen la heredad que Dios les tiene aparejada (3). Y no contento con mostrar este amor con tantas obras, le quiso también descubrir por palabras, y así quien leyere sus cartas las hallará llenas de palabras regaladísimas, como se echa de ver en la segunda que escribió á los de Corinto, donde les

(1) *Non ut confundam vos haec scribo, sed ut filios meos charissimos moneo. Nam in Christo Jesu per Evangelium ego vos genui. Nam si decem millia paedagogorum habeatis in Christo, sed non multos patres.* I. Cor., IV, 14-15.

(2) *Filioli mei, quos iterùm parturio, donec formetur Christus in vobis.* Gal. IV, 19.

(3) *Ideo omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consequantur.* II. Tim. II, 10.

dice: De muy buena voluntad, oh Corintios, me entregaré y ofreceré de todo corazón por vosotros á la muerte, aunque amándoos yo más, sea de vosotros menos amado (1). Y escribiendo á los filipenses dice: Si yo fuere sacrificado y padeciere muerte por haberos predicado el Evangelio, en esto me gozaré y alegraré juntamente con vosotros, y vosotros también os alegrad conmigo, dándome el parabién desta gloria (2). Pues ¿quién puede ponderar el regalo y ternura de aquellas palabras que escribe á los de Tesalónica? Habémonos hecho como niños entre vosotros, dice el santo Apóstol, y como una ama que cría y regala sus hijos, amándoos con tan grande amor, que quisiéramos ofreceros, no sólo el Evangelio, sino también nuestras vidas, por la grandeza del amor que os tenemos. Ni son menos dulces y regalados aquellos amorosos títulos que da á los filipenses en el capítulo IV de la carta que les escribió, donde les dice (3): Hermanos en el Señor míos amantísimos, y muy deseados, gozo mío y corona mía; perseverad, carísimos míos, en el Señor. Pero donde mostró con grandes ventajas este amor, fué en la carta segunda que escribió á los de Corinto, donde con unos santos celos se queja de que no le correspondían con igual amor á la grandeza del que él les tenía. Nuestra boca está abierta, dice el divino Apóstol (4), para enseñar á vosotros los de Corinto, y nuestro corazón está dilatado y ensanchado con la caridad y amor que á todos vosotros tengo, y así todos cabéis en él holgadamente, mas vuestro corazón está para mí estrecho. Al fin sería prolijidad querer referir aquí todos los lugares en que el santo Apóstol da muestra de este amor con palabras tiernísimas. Y lo mismo es razón que hagan todos los maestros, no contentándose con tener entrañable amor á sus novicios, sino procurando mostrárselo con obras y con palabras; porque así del mostrarlo, como del tenerlo, se siguen innumerables provechos, de los cuales, para animar los maestros en una cosa tan importante, será bien hacer una breve suma en este capítulo.

El primer provecho que se sigue á los maestros, de amar tiernamente á sus novicios, es que los hace fuertes para sufrir con gusto los trabajos que se ofrecen en este magisterio, que son muchos y muy grandes. Porque, como dijo divinamente el melifluo Bernardo, donde hay amor, no hay trabajo, sino mucho gusto (5). Y de aquí es que el que trabaja por amor, ó no ama á la persona por quien trabaja, ó ama al mismo trabajo; y si le ama, no es posible que le sienta, porque en lo que se ama no puede haber trabajo. Y bien se echa de ver ser esta doctrina verdadera, pues con ser tan grandes los que se ofrecen por momentos en el oficio de Pastor, con todo eso, después de haberlos sufrido catorce años, le parecieron pocos al patriarca Jacob,

(1) *Ego autem libentissime impendam, et superimpendar,* etc. *Licet plus vos diligens, minus diligar.* II. Cor. XII, 15.

(2) *Sed et si immolor supra sacrificium, et obsequium fidei vestrae, gaudeo et congratulor omnibus vobis: idipsum autem et vos gaudete, et congratulamini mihi.* Philip. II, 17.

(3) *Fratres mei charissimi, et desideratissimi, gaudium meum et corona mea.* Philip. IV, 1.

(4) *Os nostrum patet ad vos o Corinthii, cor nostrum dilatatum est. Non angustiamini in nobis, angustiamini autem in visceribus vestris.* II Cor. VI, 11-12.

(5) Bernardo, sermo. LXXXV, *in Cantica.*

por la grandeza del amor que tenía á la hermosa Raquel (1). Todo lo sufre la caridad, dice el Apóstol (2), y la Esposa dijo que el amor es fuerte como la misma muerte (3). San Gregorio afirma, que cuando el amor se infunde en nuestros corazones, cualquier carga se hace ligera. Y San Agustín dice, que todas las cosas ásperas y graves hace suaves y ligeras el amor, tanto, que si sobre su yugo se pudiese poner el peso del infierno, llevado por amor sería suave, porque con amor no hay cosa pesada. Y cuando no hubiera tantos testigos, y tan abonados, que confirmaran esta verdad, la experiencia de lo que cada día vemos fuera suficiente confirmación della. Pues, dejados aparte los efectos que en este particular habemos visto, del gusto con que los amantes profanos padecen mil géneros de trabajos intolerables, hasta aventurar las vidas, las honras, y aun las almas, por sus vanos amores, ¿quién podrá decir lo que sufre un avaro por amor del dinero, las regiones que anda, los mares que surca, los peligros á que se expone, y otros mil géneros de trabajos que padece? Pues lo que sufre un padre y lo que padece una madre por el amor de sus hijos, y el gusto con que lo padecen, ¿quién podrá declararlo? Al fin es verdad lo que enseñan todos los que desto tratan, que una de las causas porque Dios entrañó con la misma naturaleza en los padres el amor de los hijos, y á los casados con el sacramento del matrimonio les comunica un entrañable amor, es porque con esta ayuda lleven suavemente, los unos, la pesadumbre y trabajos que se ofrecen en la crianza de los hijos, y los otros, la carga y yugo del matrimonio. Y aun es opinión de muchos doctores, que el haber Cristo encomendado con tanto encarecimiento á sus discípulos el amor recíproco entre sí y para con los prójimos, fué para que desta manera sufriesen con mayor gusto y paciencia los trabajos que en la predicación del Evangelio se les habían de ofrecer por la salvación de los fieles. Si quieren, pues, los maestros que no les sean pesados los trabajos, los desasosiegos, los disgustos, las aflicciones y los cuidados que se ofrecen en el magisterio que les está encomendado, procuren amar mucho á sus novicios, porque, como dice San Ambrosio, no es menor la fuerza del amor espiritual, antes mayor que la del carnal, porque más poderosa es la gracia que la naturaleza. Y si el amor carnal, á los padres corporales, aligera y hace suaves y dulces los trabajos que padecen por los hijos que corporalmente engendraron, ¿qué hará el amor espiritual en los que engendran hijos según el espíritu?

El segundo provecho que deste amor sacarán los maestros es, que los hará elocuentes para saber persuadir con eficacia lo que quisieren á sus discípulos. Y no trato de aquella elocuencia que estiman mucho los que saben poco, pensando que consiste en multiplicar palabras, y usar de algunos vocablos exquisitos entretejiendo algunas florecillas de metáforas, sino de aquella que alaba Quintiliano, que ni hace caso de tener cortadas las uñas, ni el cabello

(1) *Servivit ergo Jacob septem annis pro Rachel, et videbantur illi pauci dies prae amoris magnitudine.* Gen. XXIX, 20.
(2) *Charitas omnia suffert.* I Cor. XIII, 7.
(3) *Fortis est ut mors dilectio.* Cant. VIII, 6.

peinado; procurando solamente tener un cuerpo esforzado, valiente y nervioso, para persuadir lo que quiere con palabras sencillas y llanas. Y que sea verdad que enseña esto el amor, verse ha claramente en aquellas razones que refiere el divino Crisóstomo, que le dijo su madre para estorbarle la ida que quería hacer al desierto, que no las supieran decir tan eficaces Tulio ó Demóstenes (1). Y si no, imaginemos ahora cómo se dispondría una madre si viese que un solo hijo que tiene quiere ir á matarse con otro. ¿Qué haría? ¿qué diría? ¿con qué lágrimas, con qué ruegos, con qué razones procuraría revocarle de tan peligroso camino? ¿Qué ingeniosa y elocuente la haría el amor, aunque la naturaleza la hubiese hecho grosera? Pregúntenle al patriarca de los predicadores, Santo Domingo, que quién le enseñaba, en las pláticas que hacía al pueblo, la alteza de los conceptos y eficacia de las razones eficacísimas que decía. Y responderá lo que realmente respondió á los que se lo preguntaban, que todo lo aprendía en el librito de la caridad; todo se lo enseñaba el amor que tenía á sus prójimos. Y así, crea el maestro que si amare á sus novicios, como es razón, aunque sea balbuciente como Moisés, tendrá razones con que persuadirles lo que les importare. Porque este amor enseña á consolar los tristes, á esforzar los flacos, á animar los fuertes, á socorrer los tentados, á enseñar los ignorantes, á despertar los perezosos, y á levantar los caídos; y aun enseña el modo, la ocasión y el tiempo con que se ha de hacer. ¡Oh! cuán buena madre, dice San Bernardo, es la caridad: porque ahora abrigue á los enfermos, ora ejercite á los aprovechados, ora corrija á los inquietos, siempre ama como hijos á los unos y á los otros. Cuando te corrige es blanda, cuando te halaga es simple y sin doblez con piedad se enoja, sin engaño regala, sabe airarse pacientemente, y con humildad indignarse. Y pues todas estas cosas son tan importantes á los maestros, vean cuánto les importa procurar amar mucho á sus novicios.

El tercer provecho que sacarán deste amor es, que les enseñará á revestirse de los afectos de los novicios, que es una de las cosas más importantes para este magisterio. Y que el amor haga este efecto, es cosa clarísima, porque uno de sus efectos es transformar al amante en la persona amada; por lo cual dijo el glorioso Bernardo, que el ánima más está donde ama que donde anima (2). Y la razón es, porque como enseñan los teólogos, entre el amar y el entender hay esta diferencia: que para entender, es necesario que las cosas, en cuanto al ser inteligibles, se transformen en alguna manera y hagan semejantes con el ser de nuestro entendimiento, haciéndose una cosa con él; mas para amar es al contrario, porque como el amor es un impulso de la voluntad, sácala de sí y llévala á la cosa amada, transformándola en ella de tal manera, que osó decir San Agustín que los hombres son aquello que aman. Si aman tierra, son tierra; si cielo, son cielo: y si á Dios aman, son Dios. De aquí nace, que como el amor hace esta transformación maravillosa, de tal manera se reviste

(1) Crisóstomo, in lib. *de sacerdotio.*
(2) Bernardo, *de praecept. et dispens.*

el amante de los afectos de la cosa que ama, que participa de todos sus sentimientos: alegrándose cuando la ve alegre, y entristeciéndose, cuando la ve triste; porque no vive otra vida sino la de la cosa amada. Y así San Pablo, como verdadero amante de aquellos cuyo maestro era, les dice hablando á los de Corinto (1): ¿Quién está enfermo de vosotros, que yo juntamente con él no enferme? ¿Quién padece escándalo, que yo no me abrase? Y si le preguntáramos la causa, dijera que, como el amor que les tenía lo había transformado en ellos, no podía dejar de padecer dolor en sus enfermedades, y fuego que le abrasaba el alma en sus escándalos; y esto es de grande importancia para acertar á hacer, como conviene, el oficio de maestro. Porque si es verdad, que, como dijo el divino Crisólogo (2), el médico que no enferma con el enfermo no puede acertarle á curar, porque sin afecto y sin compasión no se trata con cuidado de la medicina; cosa es averiguada que el revestirse de sus afectos será importante, no sólo para compadecerse de los novicios en sus trabajos y procurarles con afecto el remedio, sino también para gozarse con ellos en su aprovechamiento y acudir á sus necesidades, como hombre que las padece juntamente con ellos. Para todo esto es provechoso y necesario el tenerles amor. Pero advierta el maestro, que el amor que ha de tener á sus novicios, para ser verdadero y constante, y para obrar los efectos que habemos dicho, ha de estar fundado en el de Cristo nuestro Señor. De tal manera, que la causa principal del amarlos no sea algún afecto natural de parecerle mejor los unos que los otros, porque no siendo una la causa del amor en todos, no puede ser igual el amor, y el no serlo es cosa dañosísima, como consta del capítulo precedente. Ni es sólo este daño el que se sigue, sino que, como todas las cosas naturales estén sujetas á mudanza, y padezcan sus menguantes y crecientes, en habiendo mudanza de parte del fundamento del amor, es cosa forzosa haberla en este mismo amor y en los afectos que de él proceden, porque decreciendo él, decrecen ellos. De lo cual se seguiría, que no siempre sufriría el maestro con igual ánimo los trabajos del oficio, ni se compadecería igualmente de las miserias de los novicios, ni acudiría con igual presteza al socorro de sus necesidades; todo lo cual está lleno de inconvenientes. Y de aquí es que cuando Cristo quiso encomendar sus ovejas á San Pedro para que les diese pasto de doctrina (que es el oficio propio de los pastores y maestros), no le preguntó si las amaba á ellas, sino *si le amaba á él;* ni le dijo apacienta tus ovejas, sino *apacienta las mías.* Para enseñarle, y en él á todos los que tienen su oficio, que el fundamento principal y el más eficaz motivo para emprenderle, ha de ser el amor de Cristo. Porque fundándose en éste, no se mudará el aspecto del pastor, aunque haya mudanza en las ovejas, pues la causa no se muda. Fundándose en éste, guardará, como apunta San Agustín (3), las ovejas como cosa de Cristo, y no como cosa suya propia; y así buscará la gloria de Cristo y el pro-

(1) *Quis infirmatur et ego non infirmor? quis scandalizatur et ego non uror?* II Cor. XI, 29.
(2) Crisólogo, serm. CL.
(3) Agustín, tract. CXXIII, *in Joan.*

vecho de sus ovejas, y no su propio provecho y gloria, como aquellos pastores de quien se queja Dios por Ezequiel en el capítulo XXXIV (1). Y finalmente, fundándose en éste, tendrá más cierta confianza del socorro de Cristo, porque viendo que guarda ovejas suyas, creerá fácilmente que ha de acudir con su divino favor á guardar su hacienda, y esta confianza aligera mucho el trabajo y alivia la carga del oficio. Así que el amar mucho á los novicios es cosa importante; pero ha de ser de manera que el amor que el maestro les tiene tenga su fundamento en el de Cristo.

Y no sin causa dije arriba que era también cosa necesaria el mostrar este amor, porque no hay cosa que con mayor fuerza conquiste el amor de los prójimos que el estar satisfechos de que los aman. Y esta es la causa por qué Séneca, escribiendo á un su amigo y hablando desta materia, le dice: Quiérote enseñar un remedio para ser amado, y será sin medicamento, sin hierba, sin hechicería y sin encantamiento alguno. No te canses en buscar hechizos: ¿quieres que te dé yo uno que es el más fuerte? Si quieres ser amado, ama, y haz que lo entienda la persona á quien amas. Y este espíritu parece que fué el del regalado San Juan, pues para movernos á que amásemos á Dios, no halló medio más eficaz que decirnos: Hermanos míos, amemos á Dios, porque él nos amó primero (2). Como quien dice: siquiera por vía de agradecimiento estáis obligados á amarle, porque os amó primero, y sería notable descortesía no pagarle este amor. Digo, pues, que el ganar la voluntad á los novicios y conquistarles los corazones por este camino importa tanto, que faltando esto, todo lo demás va perdido, porque de quien no amamos ni estamos satisfechos de que nos ama, ninguna cosa recibimos bien. La reprensión nos enfada, el ruego es de poca eficacia, la exhortación nos cansa, el castigo nos ofende, y finalmente, todo nos da en rostro. Y por el contrario, cuando estamos satisfechos del amor que nos tienen, adoramos el azote, estimamos el ruego, agradecemos la reprensión y obedecemos cualquier mandamiento por grave que sea. Y esta es la causa por qué los oradores famosos, cuando deseaban mucho persuadir alguna cosa á sus oyentes, la primera cosa que procuraban era captarles la benevolencia, porque les parecía que, teniendo ganada la voluntad, no les sería dificultoso persuadir lo que pretendiesen, y causar cualquier género de afecto y sentimiento en ellos. Colijan, pues, de aquí los maestros, cuánto les importa procurar satisfacer á sus discípulos del amor que les tienen, para que sus consejos, exhortaciones, ruegos, reprensiones y castigos sean eficaces, y sea todo lo dicho prueba de que el amor y caridad es una de las partes más necesarias para este oficio.

(1) *Vae pastoribus Israel, qui pascebant semetipssos: nonne greges à pastoribus pascuntur.* Ezech. XXXIV, 2.
(2) *Nos ergo diligamus Deum, quia Deus prior dilexit nos.* I Joan. IV, 19.

CAPÍTULO XXIII

Que los maestros por el celo de aprovechar á sus novicios, no deben olvidarse de su propio aprovechamiento

Uno de los favores de que más se precia la Esposa, entre todos los que recibió de su Esposo, es haberla metido en su retrete, y haberle allí enseñado el orden de la caridad (1). Y cierto, con gran razón estima en mucho la Esposa este favor, porque es de los más aventajados que Dios suele hacer en esta vida á sus siervos: enseñarles á quién han de dar el primer lugar en el amor y á quién el postrero; qué es lo que han de amar más y qué menos; y otras delicadezas particulares, que ordinariamente suelen tropezar en ellas aun los más doctos, si no son enseñados de Dios. Por la ignorancia, pues, deste orden, hay algunos que anteponen el aprovechamiento de los prójimos al suyo propio, no considerando que el Soberano Señor que nos mandó amar al prójimo como á nosotros mismos, por el mismo caso que hizo nuestro amor regla del de los prójimos, ordenó que el nuestro fuese primero, porque la regla primero ha de ser que lo que se mide con ella. Y según esta doctrina, muy errados van todos aquellos que por celar indiscretamente el provecho ajeno, de tal manera se olvidan del suyo propio, como si no estuvieran obligados á amarse á sí mismos. No acordándose del consejo del Apóstol, que escribiendo á los de Corinto, les dice: Que sean discretos en el dar la limosna, ordenándola de tal suerte, que no sea para ellos tribulación lo que es alivio á los que la reciben, sino que haya igualdad, dando algo, y quedándose con algo, para que los otros remedien su necesidad con lo que reciben, y ellos la suya con lo que les queda (2). Y cierto, el consejo es admirable, porque aunque la caridad, como enseña el mismo Apóstol (3), no busca sus propios intereses, pero si es discreta procura evitar sus daños. Y el Espíritu Santo está muy bien con los que hacen participantes á otros del agua de su doctrina, pero de tal manera, que no se queden ellos muertos de sed (4). Bebe tú primero del agua de tu cisterna, dice el Espíritu Santo, y de los manantiales de tu pozo, y después derívense tus fuentes á los de fuera. Contra este consejo hacen todos aquellos que con el celo indiscreto de enseñar á otros lo poco que saben, precipitan la caridad, queriendo acelerar el vuelo antes de haber bien salido del cascarón. Y acaéceles lo que á los pájaros que quieren volar antes de tener

(1) *Introduxit me rex in cellam vinariam, et ordinavit in me charitatem.* Cant. II, 4.

(2) *Si voluntas prompta est, secundum id quod habet, accepta est, non secundum id quod non habet. Non enim ut aliis sit remissio vobis autem tribulatio, sed ex aequalitate. In praesenti tempore vestra abundantia illorum inopiam suppleat: ut et illorum abundantia vestrae inopiae sit supplementum, ut fiat aequalitas.* II Cor. VIII, 12-13-14.

(3) *Charitas non quaerit quae sua sunt.* I Cor. XIII, 5.

(4) *Bibe aquam de cisterna tua et fluenta putei tui: deriventur fontes tui foras, et in plateis aquas tuas divide.* Prov. V. 15.

duras las alas, que dan consigo en tierra y pierden la quietud de su nido. Y también se apartan deste consejo aquellos que, sin aun haber gustado con ejercicio de obra la sabiduría que tienen, por ocuparse con excesivo cuidado en encaminar el agua de su doctrina á los otros, se quedan hechos un voluntario Tántalo, metidos hasta los labios en la fuente de la sabiduría, sin quererla gustar. Y sería razón que estos tales considerasen que este negocio, de aprovechar á los otros, ha de ser sin daño propio. Así lo amonesta el Eclesiástico diciendo: Trabaja por recobrar á tu prójimo según tus fuerzas, pero mira que tú no caigas (1). Y San Pablo aconseja á su discípulo Timoteo que atienda á sí mismo y al provecho de sus ovejas, mas primero le dice que atienda á su provecho, que al de ellas (2). Y así lo hacía el mismo Apóstol, que por predicar á los otros no se olvidaba de castigar á su cuerpo, sujetándole al espíritu, por no quedar reprobado, atendiendo sobradamente al provecho ajeno (3).

Y según esto, deben imitar los maestros discretos (si no quieren faltar al orden de la caridad) á la discreta Ruth, que aunque tuvo caridad para hacer participante á Noemi de los relieves de la mesa de Booz, pero dice la Escritura, que primero se hartó ella, y después le llevó de las sobras (4). Y así es que la caridad de enseñar á los otros no ha de ser de lo necesario, sino de lo que sobra, como lo suelen hacer las amas, que sustentan al niño de la leche que á ellas les es superflua. Y por ventura por esta causa llama la Escritura amas á los maestros: porque aprendan dellas á no dar sino lo que no ha de hacerles falta, que quitarse la comida necesaria para darla al niño, no sería cordura. Esto es lo que tanto encomienda San Bernardo á Eugenio, Papa, diciéndole que si quiere ser de todos, á imitación de aquel que, por salvar á todos, se hacía todas las cosas para todos, le parece muy bien, con tal condición que esta caridad sea cumplida. Y entonces lo será cuando el que la hace, pues también es hombre como los otros, no quedáre excluído della, porque razón es que abrace á sí mismo el seno que á todos abraza. Todos te poseen, dice San Bernardo, y es justa causa que tú también seas uno de los poseedores, porque no es razón que tú sólo carezcas de ti mismo, y que teniendo todos los otros su vez en ti, tú sólo entre todos ellos no la tengas para gozar de ti. Todos beben de esa fuente pública, ¿y tú sólo estarás al rincón pereciendo de sed? Concedámoste que corran tus aguas afuera, y que las dividas y repartas por las plazas, y que des también de beber á los camellos de Abrahán, pero entre todos estos, bebe tú también de la fuente de tu pozo. Sólo el extranjero, dice la Escritura, que no beba della, y pues tú no lo eres, no es razón que della te prives. ¿Para quién eres si para tí no eres? es cierto que el que para sí es malo, para nadie puede ser bueno. Todo esto es de San Bernardo, y debe ser cosa importantísima, pues con tanto encarecimiento la escribe á un Sumo Pontífice. Piensan algunos

(1) *Recupera proximum secundum virtutem tuam, et attende tibi ne incidas.* Eccli. XXIX, 27.

(2) *Attende tibi, et doctrinae.* I. Timot. IV, 16.

(3) *Castigo corpus meum et in servitutem redigo: ne forte cum aliis praedicaverim ipse reprobus efficiar.* I. Cor. IX, 27.

(4) *Dedit ei de reliquiis cibi sui, quo saturata fuerat.* Ruth. II, 18.

maestros que esto del recogimiento es como lo de las otras ciencias, en las cuales el que sabe poco, enseñándolo á otros se hace más docto; pero engáñanse mucho, dice un varón muy experimentado (1), porque la experiencia ha enseñado que los poco aprovechados en el recogimiento, tanto más daño se hacen á sí cuanto más se quieren entrometer en aprovechar á los otros. Porque como han menester cuidado para enseñar lo poco que tienen, repartiendo este cuidado y dando la mayor parte al aprovechamiento ajeno, viene á faltarles el necesario para el suyo propio, y así hacen daño á sí mismos, y poco provecho á los otros.

¿Qué harán, pues, los maestros para remediar este daño? El medio á mi parecer más eficaz es doblar la diligencia y cuidado para que los que se ponen en aprovechar á los otros, no hagan falta á ellos mismos. Y si no me engaño, esto significó admirablemente el Esposo, cuando alabando los dientes de su Esposa, que son los maestros, cuyo oficio es repartir el mantenimiento espiritual para que sustenten los otros miembros del cuerpo místico de la Iglesia, dice que han de ser como las ovejas trasquiladas que suben del baño, entre las cuales no hay ninguna estéril, antes cada una tiene dos crias (2). Cosa es averiguada, que la oveja, por ser naturalmente mansa y paciente, es símbolo de la mansedumbre y blandura, y por ser animal tan provechoso á los otros, es símbolo de la caridad con los prójimos. Y así, decir el Esposo que los dientes de su Esposa han de ser como ovejas, es dar á entender que los maestros de la Iglesia han de ser pacientes en los trabajos que se ofrecen en el magisterio; mansos, en llevar con tranquilidad de ánimo las faltas de sus discípulos; y caritativos, en procurar su aprovechamiento. Mas porque el cuidado de aprovechar á los otros suele ser causa de distracción en el propio aprovechamiento, y por limpiar las manchas ajenas, suelen algunas veces pegarse algunas imperfecciones, advierte el Esposo que no se han de contentar los maestros con ser ovejas como quiera, sino que han de procurar ser como las que suben del baño, blancas y recién trasquiladas. Significando en esto, que han de cortar y apartar de sí todo lo que es regalo y blandura; han de procurar ir siempre subiendo en la perfección y conservar la pureza que en el baño del bautismo les fué comunicada, ó á lo menos lo que se alcanza en la penitencia con el baño de lágrimas, para lo cual bien se echa de ver si es necesario el cuidado. Y en decir que cada oveja ha de tener dos crías, les enseña que no han de ser los maestros como los otros religiosos, que son ovejas de una sola cría, teniendo cuidado del pasto de sola su ánima, sino como las que tienen dos crías, que han de tomar sustento doblado para poder sustentarlas. Colijan de aquí los maestros una verdad importante, y es, que así como las amas cuando crían juntamente dos criaturas, tienen necesidad de tomar sustento doblado, si no quieren que se les sequen los pechos, viniendo sobradamente á enflaquecerse ellas y las criaturas que crían, así el maestro, si no toma doblada porción de sustento

(1) Osuna. III. *p. alfabeti.*

(2) *Dentes tui sicut greges tonsarum, quae ascenderunt de lavacro, omnes gemellis foetibus, et sterilis non est inter eas.* Cant. IV, 2.

espiritual cuando se ve constituído en este oficio, le será forzoso andar continuamente con sequedad de espíritu, flaco y macilento interiormente, sin poder él lucir, ni tener á sus novicios lucidos. Quiero decir, que si el maestro, antes que lo fuese, porque había de apacentar solamente su alma, se contentaba con una hora de oración, después que acepta el oficio, considerando que ha de apacentar su alma y las de sus novicios, doble la oración que tenía. Ni se contente con esto, sino que procure crecer también en las otras virtudes, siendo más penitente, más mortificado, más humilde y más fervoroso. Y lo que más le importa para conservar el recogimiento de espíritu, es acompañar de ordinario las acciones del magisterio con consideraciones particulares, de tal manera, que cuando enseña á sus novicios la virtud de la humildad, vuelva la consideración sobre sí, confundiéndose de ver la poca que tiene; cuando les enseña mortificación, córrase de verse tan mal mortificado, y lo mismo digo en las demás virtudes, porque de esta manera apacentará á los otros con la doctrina, y así mismo con la consideración. Cuando penitenciare á sus novicios por alguna falta, considere que merece él mayores penitencias por las que tiene; y cuando viere que algún novicio le hace ventaja en alguna virtud, avergüéncese y conózcase indigno del magisterio, pues es menos bueno que aquellos á quien enseña; y tiemble de ver que pone á peligro de que tengan por falta, por su negligencia, la sentencia del Salvador, en que dijo: Que no es el discípulo más que el maestro (1). También es buena consideración para conservar la humildad, aquella que aconseja el Padre Francisco de Borja (2), lleno de humildísimo espíritu, y es, que considere el maestro que aquellos á quien enseña tienen ángeles por maestros, pues realmente ello es así, que los ángeles custodios son maestros de aquellos que tienen en su custodia, y con esta consideración podrá confundirse de ver que osa enseñar á quien tiene tales maestros, y pedirles ha que suplan ellos con sus inspiraciones, lo que á él falta, ó por ignorancia, ó por negligencia. Y mire que, como dice el divino Bernardo, la lengua es el instrumento más apto para vaciar el corazón devoto, aun en las pláticas espirituales que van encaminadas al aprovechamiento ajeno, porque el conato que se pone en procurar aprovechar á los otros, distrae el ánimo y le saca del recogimiento que tenía en sí mismo. Y así, es cosa acertada que el maestro, á imitación de aquellos animales de Ezequiel, de quien la Sagrada Escritura dice que iban y se volvían á semejanza de relámpago resplandeciente, se recoja después de haber exhortado á sus novicios á la virtud, y, entrando en sí mismo, considere cuán lejos está su vida de su doctrina (3). Póstrese delante de Dios, y confúndase diciendo: ¡Oh santo Dios, y qué de sentencias he dado contra mí este día; cuán diferente es lo que hago de lo que enseño! ¡Oh atrevimiento grande, que ose hablar de perfección, el que tan lejos está de tenerla! ¡Que me atreva yo á tomar la palabra de Dios en mi boca, mandando él (4) que

(1) *Non est discipulus super Magistrum.* Matt. X, 24.
(2) Ribadeneira, *de ejus vita in modo concionandi, quem scripsit.*
(3) *Animalia ibant, et revertebantur in similitudinem fulguris coruscantis.* Ezech. I, 14.
(4) *Peccatori autem dixit Deus: quare tu enarras iustitias meas,* etc. Psal. XLIX, 16.

los pecadores no sean pregoneros de sus justicias! Perdonadme, Señor y Dios mío, y dadme gracia para que tenga eficacia en mí lo que he enseñado para aprovechamiento ajeno.

Si esto hiciere el maestro, no contentándose con que preceda oración en sus exhortaciones, sino acompañándolas con la consideración, y recogiéndose después dellas, tenga por cierto que aprovechará á sí y á los otros, haciendo singular beneficio á la religión, y á Dios particularísimo servicio. El premio que tendrán en el cielo será muy grande, porque allende del esencial, que consiste en ver á Dios, él tiene prometido que los que enseñan á los otros serán como el resplandor del firmamento, y los que instruyen á muchos para obrar la justicia, resplandecerán como estrellas en perpetuas eternidades (1). Y cierto que donde se espera tal premio ningún trabajo se debería rehusar, particularmente en negocio tan importante, y donde Dios es tan servido. Bien veo que la carga es grande, pero también sé que á los que la llevan por su amor, da Dios grande ayuda de costa para llevarla. Plegue á su Majestad se sirva de levantar espíritus, que armados de su santo celo y encendidos en caridad, emprendan este trabajo con muchas veras, para que, ayudando á los espíritus fervorosos de los que vienen de nuevo á la religión, impriman en ellos el espíritu primitivo de los que la fundaron, y por este medio se restituya á sus principios primeros, y veamos un nuevo retrato de aquel dorado siglo que entonces gozó la Iglesia con grande gloria de Dios, y provecho suyo.

(1) *Qui autem docti fuerint, fulgebunt quasi splendor firmamenti, et qui ad iustitiam erudiunt multos quasi stellae in perpetuas aeternitates.* Dan., XII, 3.

/

LIBRO SEGUNDO

Del modo de proceder que han de tener los maestros con los que vienen á tomar el hábito, y de los ejercicios en que los han de ocupar el año del noviciado

---

CAPÍTULO PRIMERO

De las condiciones que han de tener los que han de ser admitidos para tomar el hábito

Las Religiones sagradas, si bien se considera, no son otra cosa sino unas oficinas del cielo, donde para poblar el Divino Templo de la eterna Jerusalén, se labran figuras admirables, hechas á la imagen de Cristo nuestro Señor. Este es el fin de todas las Religiones; porque todo cuanto en ellas se hace, va encaminado á la perfecta imitación deste Soberano Señor, á cuya imagen, según afirma San Pablo (1), han de ser semejantes todos los que se han de salvar. Los principales entalladores destas figuras, son los maestros de novicios, cuyo propio oficio es desbastar en los que vienen del siglo, lo malo del viejo Adán, esculpiendo en ellos un vivo retrato del nuevo, que, como dice el Apóstol, fué criado según Dios (2). De la manera, pues, que en el siglo, la primera cosa que los escultores hacen, es mirar con curiosidad la materia con qué han de hacer la figura, porque si ésta no es apta para labrar en ella, no puede salir perfecta la obra por bueno que sea el artífice; así también en las religiones, lo que primeramente han de considerar los prelados y maestros en los que vienen á pedir el hábito, es la aptitud de la naturaleza y buena disposición que hay en ellos; porque según ésta fuere, tal será la figura que en ellos se labrará. Para ayudar, pues, á los maestros en el conocimiento que se requiere acerca de este particular, se note lo que diremos en estos dos primeros capítulos.

Y adviertan primeramente, que según afirma la Sagrada Escri-

(1) *Nam quos paerscivit et praedestinavit, conformes fieri imaginis Filii sui.* Rom. VIII, 29.

(2) *Deponite vos secundum pristinam conversationem veterem hominem,* etc. *Et induite novum hominem qui secundam Deum creatus est.* Ephes. IV, 24.

tura, todos aquellos que en el real palacio de Nabucodonosor habían de asistir ante su presencia para ser admitidos á tan honroso cargo, era necesario tener ciertas condiciones, referidas en el primer capítulo del libro de Daniel (1). Sean elegidos, dice el Sagrado Texto, de linaje real, ó á lo menos de gente noble. Sean mozos en cuya persona no haya falta ó defecto alguno. Sean hermosos de rostro y enseñados en toda sabiduría. Sean cautos en la ciencia, y doctos en cualquier género de disciplina. Y finalmente sean tales que puedan asistir ante el Rey en la casa real. Y es cosa digna de consideración, que no bastaba tener todas estas partes, sino que, ultra desto, antes de parecer en la presencia del Rey, habían de sustentarse tres años de los manjares de la mesa real, y beber de su vino, para que desta suerte al cabo de todo aquel tiempo, pareciesen más gruesos y lucidos en su presencia. Y cierto, con mucha razón se hacía toda esta diligencia, para admitir en palacio á los que habían de asistir delante de la majestad real. Porque la persona de un rey es tan grave y tan importante, y el asistirle requiere tanta fidelidad, tan grande composición y reverencia, que no es razón se fie sino de gente noble, que la sangre le obligue á ser fiel, y de gente sabia, que sepa conocer el respeto que se debe á la real persona; y de gente compuesta y de buen talle, porque en los que no le tienen, son de menos autoridad las otras partes, según precia el mundo las buenas apariencias. Pues si para asistir ante la majestad de un rey terreno, era necesario tener tantas partes, y dellas se hacía tan riguroso examen, razón será, que ya que á la majestad de Dios, rey eterno y universal, cuyas casas de recreo en la tierra son las religiones sagradas, no se puede proveer gente digna de su grandeza, á lo menos de lo que el mundo tiene, ya que todo es poco, sea elegido lo mejor, pues la mejor suerte que puede haber en él, es llegar á servirle en las religiones. Para mí, Señor, decía el Santo Rey David (2), yo escogería por mejor suerte ser menospreciado en vuestra casa, que habitar con grande majestad y grandeza en los tabernáculos de los pecadores. Y ello es así, que mayor honra es ser estropajo en la casa de Dios, que de los muy privados en los palacios reales. Luego, razón es mirar con mucha circunspección y cuidado, quien son los que se admiten para su servicio, ni es razón que sea inferior en esto la casa de Dios, á la de los reyes terrenos. Y verdaderamente, no hay cosa á mi parecer de mayor lástima, que ver que quiera el mundo hacer de la Religión, muladar, arrojando en ella lo más desaprovechado y que menos estima, siendo verdad que él había de ser el muladar de las religiones, para arrojar en él, lo que ellas desechan.

Proveido han para prevenir este daño las mismas religiones, ayudadas para ello de los sacros cánones y decretos pontificales, constituciones santas y estatutos bien ordenados, que si con rigor se guardan, son suficientes para que no se admitan sino sólos aquellos

(1) *Et ait rex Asphenez, ut introduceret de filiis Israel, et de semine regio et tyrannorum, pueros in quibus nulla esset macula, decoros forma, et eruditos omni sapientia, et doctos disciplina, et qui possent stare in palatio Regis, etc., ut enutriti tribus annis postea starent in conspectu Regis.* Dan. I, 3-5.

(2) *Elegi abiectus esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.* Psal. LXXXIII, 11.

cuyas buenas partes dan esperanza de aprovechamiento y perseverancia en lo que emprenden. Pero el aflojar en ésto por algunos respectos, es la total ruina de las religiones. Por lo cual deben los prelados ser celosísimos desto, y los maestros si vieren descuido en ello, deben clamar á los superiores no cesando de instar hasta que lo remedien, porque en el acierto desta primera elección va muy mucho. Ni se fien de que todo el año del noviciado hay tiempo para mirar bien en ello, porque admitido una vez el novicio y recibido el hábito, quien por respetos particulares de no afrontar al novicio y ofender á sus deudos; quien por indiscretas piedades de religiosos; quienes se compadecen de lo que no deberían, quienes por esperanzas vanas de que adelante será lo que en el año del noviciado no ha sido, quienes finalmente, por otras cosas semejantes á éstas, raras veces acaece, sino es por un grande escándalo, excluir al que una vez ha recibido el hábito. Por esta causa, pues, se debe hacer examen riguroso para la recepción primera, no permitiendo que las informaciones que según el decreto Apostólico han de hacerse de la persona y costumbres de los que piden el hábito, se hagan por orden suya ni de sus deudos. Porque la experiencia ha enseñado, que cuando ellos se buscan los testigos, hacen informaciones siniestras, cubriéndose faltas notables, con grande perjuicio de las religiones, porque buscan testigos que, ó las ignoren, ó si las saben las disimulen. Viniendo pues á las partes que han de tener los que han de ser admitidos á las religiones, digo: Que presupuesto que el ser religioso es dedicarse al servicio del Rey de los reyes, Cristo; para asistir en su presencia y servirle en ministerios honrosos, que lo son todos en la casa de Dios, habrían de concurrir en los tales á lo menos las partes que se pedían para ser admitidos en servicio de Nabucodonosor. Que aunque son muy pocas para servir á tan soberano Rey y Señor, Él es tal, que condescendiendo con nuestra flaqueza, con esas pocas se contenta, y para decir verdad, las más dellas se contienen en los estatutos y ordenaciones que para este fin tienen ordenadas las religiones.

Discurriendo, pues, brevemente por todas ellas, y presupuesto que la primera que se pedía era la limpieza del linaje, digo que es mucha razón se pida ésta á los que quieren ser religiosos. Porque como el alma está vestida desta carne y sangre del cuerpo, acaece algunas veces pegársele con la bajeza de la sangre, la de las costumbres. Y es lenguaje harto usado en la sagrada Escritura, para significar que una persona tiene ruines costumbres, decir que es hija de alguna gente que tuvo el mismo defecto. Como parece en el capítulo XVI de Ezequiel (1), que para decir Dios á su pueblo que era semejante á los Amorreos y á los Ceteos en las costumbres, le dice que su padre fué Amorreo y su madre Cetea; presuponiendo que las costumbres suelen comunicarse con la carne y sangre en la generación carnal. Y cuando ésto no fuese, tiene una cosa la buena sangre, que suele despertar generosos deseos y animar á nobles empresas, en cualquier género de ejercicio, y provocar, como dijo un filósofo, á los nobles á que huyan de hacer cosas bajas. Y así leemos del príncipe Antígono,

(1) *Pater tuus Amorhaeus, et mater tua Cethaea.* Ezech. XVI, 3.

que siendo convidado de unos caballeros mozos, para ir á cierto banquete indigno de su persona, llegando á pedir licencia para ello á su maestro Menedemo, le respondió: No te digo otra cosa sino que eres hijo del Rey. Y pudo tanto con traerle esto á la memoria, que le hizo volver atrás en su intento, pareciéndole ser cosa indecente para tan noble persona, andar en banquetes con gente moza. Y es cierto, que la consideración de linaje retrae á muchos de algunas cosas ilícitas, que si fueran gente común no dejaran de hacellas. Y aunque es verdad que este puntillo de honra tiene mucho de carne y sangre, pero suele venir á perfeccionarse en la religión, y elevarse de punto; y por este camino ser de mucho provecho para las cosas arduas. Y no sin causa dijo el Espíritu Santo (1), que le parecía muy hermosa la generación castiza y de buen linaje, con la claridad de las virtudes. Así que, con mucha razón paran las religiones en esto de la limpieza del linaje, porque puesto caso, que á la ley de Cristo es cosa muy justa ser admitidas todas las naciones indiferentemente, por ser necesaria para la salvación, de tal manera, que sin ella no se pueden salvar; y aunque, como dice el Apóstol (2), Dios no es aceptador de personas, ni hace distinción del Judio al Griego; más para la profesión del estado monástico, que no es necesario para salvarse, sino de sólo consejo y perfección, es justa cosa que no se admitan todos; porque los negocios graves, aun en el siglo, según buena prudencia, no suelen fiarse sino de personas calificadas y limpias.

La segunda condición que se pedía, es que los admitidos al servicio del Rey fuesen mozos sin mancha ó defecto alguno. *Pueros in quibus nulla esset macula.* En las cuales palabras se incluyen algunas condiciones, que también se piden, y con razón, á los que quieren tomar el hábito. Porque en decir que habían de ser mozos, son excluídos los viejos, que después de haber dado la flor al mundo, quieren dar las heces á Dios, recogiéndose á la religión. Y estos tales, si no hay alguna cosa urgente particular que obligue, como es ser hombres muy principales ó muy letrados, ó de muy aventajado espíritu y conocida virtud, de cuya recepción resulte grande edificación al pueblo, no deben ser admitidos, porque allende de que son comunmente cargosos á la religión, no son aptos para llevar las cargas della. Pero también se ha de mirar que no sean muy niños los que se reciben, y llamo niños á todos aquellos que, aunque tienen la edad que manda el Sacrosanto Concilio de Trento, carecen del juicio necesario para conocer y juzgar con prudencia entre el mal de los peligros que dejan y el bien de las ocasiones de servir á Dios que escogen. A todos los maestros de novicios que he tratado he oído ponderar mucho esto, y cierto no se puede negar ser de grande importancia, para que uno sea buen religioso, tener alguna experiencia de los peligros del mundo, porque los pocos experimentados que los ignoran, con facilidad se ponen en las ocasiones dellos, y con dificultad salen dellas sin mucha pérdida. Acaéceles lo que al niño que ignora qué cosa es fuego, que viendo relucir y resplandecer la llama, va con mucho contento á tocarla, y cuando llega á conocer el peligro, ya se ha

(1) *O quam pulchra est casta generatio cum claritate.* Sap. IV, 1.
(2) *Non enim est acceptio personarum apud Deum.* Rom. II, 11.

abrasado. Pero los que tienen experiencia de las cosas peligrosas, huyen de las ocasiones dellas por no dar de ojos en los peligros. Será, pues, razón que por esta causa se mire mucho en que no sean muy niños los que se reciben, lo cual se ha de juzgar atendiendo más al seso y asiento y á la disposición corporal de los que piden el hábito, que no á los años; porque el juicio para discernir lo bueno y las fuerzas para llevar los trabajos, en unos se aceleran, y en otros se detienen y tardan. Esto es lo que se significaba en decir que fuesen mozos los que se admitían al servicio del Rey. Y en decir que habían de ser sin mancha ó defecto alguno, se daba á entender que los tales no habían de ser notados de alguna infamia por algún crimen cometido, ni tener en su persona alguna enfermedad ó reliquias della, por lo cual dejasen de ser robustos y aptos para las cosas del servicio real. Y esto también se pide en las religiones, y con mucha razón, porque tan honrosa empresa no es para gente infame y criminosa, y tanto trabajo como en las religiones se ofrece no es para sujetos flacos y enfermos. Y aunque en todas las órdenes es muy bien que se consideren las fuerzas y sujeto de los que piden el hábito, pero en la nuestra es muy necesario, porque nos obligamos por voto á muchas cosas, cuya ejecución requiere sujeto robusto. Y mírese mucho que todas estas cosas, que son de tan grande dificultad y trabajo, indiferentemente las prometen á Dios todos los religiosos, así del coro como legos, y según esto, no solamente en los legos, como algunos piensan, sino también en los del coro, ha de ser considerado el sujeto y fuerzas, porque todos las han menester para profesar vida tan trabajosa. Y si acaeciere venir á pedir el hábito algunos que tienen otras buenas partes y les falta la complexión robusta para estos trabajos, remítanlos á otras religiones donde hay menos aspereza, y no les permitan prometer cosas que no han de poder cumplir. Y crean que es argumento de que no quiere Dios que le sirva en nuestra Religión, aquel á quien no ha dado fuerzas para los trabajos della. Y no ha de ser de menos contento para nosotros, el ver que los tales sujetos acuden á otras religiones á servir á Dios con las partes que tienen, que si quedasen en la nuestra, porque todos servimos á un mismo Señor y trabajamos en una viña, y la envidia en esto sería cosa indigna de pechos religiosos. Y pido con mucho encarecimiento á los prelados y á los maestros, que estén muy advertidos en esto, porque para mí tengo por cierto que el haber habido descuido en este particular, ha sido causa de haber aflojado tanto los mozos en la observancia regular, diciendo que no tienen sujeto para el rigor de las cosas que profesaron, como si no hubieran de mirar en ello los profesores y los que los admitieron á la profesión, antes que llegasen al punto de hacerla. Pero conocerán este yerro los unos y los otros, cuando se les pida estrechísima cuenta dello.

La tercera condición era que fuesen de buen talle y hermosos de rostro. *Decoros forma.* Y aunque esto es lo que menos se mira en las Religiones, por ver que la verdadera hermosura en que Dios tiene puestos los ojos, es la del alma, que la otra, como dice el Espíritu Santo (1), es vana, y la gracia engañosa; pero á lo menos es mucha

(1) *Fallax gratia, et vana est pulchritudo.* Prov. XXXI, 30.

razón se mire no tenga notable deformidad en el cuerpo ó rostro el que ha de tomar el hábito, porque aunque toda la gloria de la esposa del Rey es de adentro, como dice David (1), pero también quiere que en lo exterior tenga rapacejos de oro y cerco de variedad. Y allende de que, como dice San Ambrosio (2), la buena disposición del cuerpo es algunas veces cierto indicio de la del alma, es cosa llana que, como notó Boecio, menos estimada es la ciencia, la virtud y aun la religión en los que son notablemente deformes. Y me acuerdo haber leído que á un hijo de Timoteo, hombre principal, lo echaron de las escuelas por ser corcobado, pareciéndoles á los filósofos que lo hicieron, que las letras, en hombre de tan ruín talle, habían de ser ultrajadas. Y si esto miraban los filósofos para admitir un discípulo en sus escuelas, porque las letras no fuesen tenidas en poco, ¿qué será razón que se mire para admitir á uno en la escuela de Cristo? No hay hombre honrado, aunque sea un pobre hidalgo, que quiera recibir criado en su servicio que tenga notable deformidad, ¿y en las religiones han de ser recibidos los que son notablemente deformes? Cierto que se había de mirar mucho en ello, especialmente en los que son para el ministerio del altar, en los cuales, aun la Ley vieja, con ser el Sacerdocio en ella menos perfecto, mandaba que se mirase con cuidado no tuviesen falta notable en el cuerpo ó rostro (3). ¿Qué diré acerca desto, sino que aun en las imágenes de Cristo, el ver deformidades suele causar irrisión? Pues ¿qué hará en aquellos en quien no concurre tanta razón de ser venerados? No quiero decir que por sola esta falta hayan de ser desechados los que tienen otras partes aventajadas; pero digo que si no las tienen tales que con ellas se supla esta falta, no es justo que los admitan, presupuesto que el mundo estima en menos á los tales. Y no es razón que la casa de Dios sea de menos buena condición en esto, que la casa de un pobre hidalgo.

La cuarta condición que se les pedía era que fuesen sabios. *Eruditos omni sapientia.* Y es una condición muy necesaria en los que han de ser religiosos del coro. Porque aunque la Religión tiene cuidado de enseñar lo que es necesario para el ministerio de cada uno; pero no sin causa tiene ordenado que los que han de tomar el hábito tengan á lo menos noticia de la lengua latina, porque los que en ésta entran defectuosos, pocas veces la aprenden bien en la Religión, por atenderse en ella á otras facultades más graves y de más importancia. Y no puedo dejar de advertir en esta ocasión una cosa, aunque parece muy menuda, y es que miren mucho los examinadores que los que toman el hábito para el coro, sepan leer expedita, clara y distintamente, y aunque sean buenos gramáticos y fáciles en el hablar latín, no dejen de examinarlos en esto. Porque hay algunos que por haberse puesto á estudiar la gramática antes de tiempo, quedan muy cortos en el leer, y jamás he visto ninguno destos, que aunque fuese muy buen latino, haya podido enmendar esta falta. Y á más de que con

(1) *Omnis gloria eius filiae Regis ab intus, in fimbriis aureis, circumamicta varietatibus.* Psal. XLIV, 14.

(2) Ambr. I. lib. offic.

(3) *Si caecus fuerit, si claudus, si vel parvo vel grandi, vel torto naso, si fracto pede*, etc. *Omnis qui habuerit maculam de semine Aaron Sacerdotis, non accedet offere hostias Domino nec panes Deo suo.* Levi. XXI, 18-21.

dificultad pueden pagar el oficio divino, es irrisión grande y cosa muy notada de los seglares, ver, cuando llegan á ser Sacerdotes, cuán mal dicen una Misa, sin tener esta falta remedio, por estar casi imposibilitados para remediallo. Y lo que más lastima en este caso es que, por la mayor parte, son estos tales los más tentados por decir Misa en público, donde hay gran concurso de gente, y se desconsuelan notablemente si les prohiben, como es razón, que no la digan en presencia de los seglares. Acerca desta condición no hay cosa en que detenernos, sino sólo advertir que los que traen alguna habilidad particular que sea de provecho en el ministerio eclesiástico, como es el cantar, el tañer y el escribir libros de Iglesia, pueden ser recibidos con algo menos suficiencia de la que los estatutos piden, porque aun los señores Obispos, en el ordenar á estos tales, usan de menos rigor, atendiendo á lo que aquí va advertido.

La quinta condición que se pedía era que fuesen cautos en la ciencia y enseñados en toda disciplina. *Et doctos disciplina.* Que quiere decir, según lo declaran algunos doctores, coligiéndolo del texto hebreo, que tengan sagaz ingenio, naturaleza dócil y bien disciplinada. Y verdaderamente que á mi parecer ninguna condición hay más importante que ésta; porque algunos ingenios hay rudos, otros que aunque son sutiles, tienen mal natural, poco asiento y naturaleza indisciplinable; otros que aunque tienen suficiencia de letras, son torpes y atontados, y sobre todos estos asienta muy mal la disciplina monástica. Y así es razón que con particular atención y cuidado se mire el buen natural del que pide el hábito, y si el natural no es bueno, aunque tenga otras habilidades y buenas partes, no es bien que se admita. Porque la gracia, aunque perfecciona la naturaleza, no la muda, y así poca esperanza se puede tener de enmienda en los que no tienen buen natural, á más de que el trabajar contra la naturaleza, como es cosa violenta, es poco durable, y así los tales pocas veces son constantes en lo que emprenden. Y debajo del nombre de buen natural, entiendo que el que pide el hábito sea de buen juicio, asentado y cuerdo, y no liviano, tonto, inquieto ni desenvuelto. Y entre estas cosas, las que menos se pueden permitir son el poco juicio y tontería, porque estas son sin remedio. Todo esto se puede echar de ver en el modo de discurrir, en la madureza del responder y en las gesticulaciones del rostro y movimientos del cuerpo; que en los que tienen mal natural, aunque con artificio lo encubran algún poco espacio de tiempo, no puede dejar de traslucirse alguna vez. Y una de las causas porque es necesario no darles luego el hábito, sin haberlos tratado algunas veces, es ésta. Deben, pues, los examinadores prudentes y los maestros curiosos, mirar mucho la modestia y movimientos de los que piden el hábito, y particularmente las acciones del rostro, que es el sobrescrito del alma; porque, como dice San Ambrosio, estas cosas externas son cierta voz que descubre lo interior del espíritu. Y el mismo Santo dice de sí, que siendo muy importunado de un su grande amigo para que admitiese al estado clerical á un hijo suyo, jamás quiso hacerlo, porque en la fisonomía y movimiento del rostro le conoció tener el ánimo descompuesto. Y á un Clérigo mozo que había en su Iglesia, nunca le permitió que le acom-

pañase entre los otros Clérigos que iban en su compañía, porque en el mirar y en el modo de andar, echó de ver algunos presagios de lo que había de ser. Y no se engañó en el juicio que dellos hizo, porque entrambos vinieron después á ser herejes. Y de Gregorio Nacianceno se escribe que, viendo el rostro y movimiento de Juliano Apóstata, echó de ver, mucho antes que apostatase, lo que había de ser. Así que los varones prudentes, mirando con atención en esto, mucho pueden conocer del natural de cada uno. Por lo cual es necesario que los maestros y los examinadores lo sean, para que, mirando en esto con vigilancia, no admitan sino aquellos cuyo buen natural dé esperanzas de que serán de provecho en la Religión.

Estas son las condiciones que se pedían á los que habían de ser recibidos en el palacio de Nabucodonosor, y las que se requieren para ser admitidos en las Religiones sagradas. Resta ahora que declaremos el misterio del mandar que antes de aparecer en la presencia del Rey, se sustentasen tres años de los manjares de la mesa real. *Ut enutriti tribus annis postea starent in conspectu regis.* Digo, pues, que en esto se enseña á los maestros el cuidado que han de tener de que sus novicios, antes que se presenten á Dios en la profesión, que entonces es cuando se dedican para asistir ante su presencia, hayan gustado en la oración y ejercicios espirituales algo de los gustos del cielo. Y crean los maestros que el novicio que en el año del noviciado no ha gustado de oración y recogimiento, y de los regalos que suele Dios comunicar á los que se dan á la consideración de las cosas divinas, va perdido y será relajado. Porque como nuestra vida no pueda pasar sin algún entretenimiento de gustos, es cosa clara que el que no gusta de los gustos del cielo, necesariamente se ha de derramar por las criaturas, á buscar los de la tierra. Y, por el contrario, el que ha gustado de Dios, aunque alguna vez se descuide, no dejará de volverse á Él, acordándose de los gustos de su casa, como le acaeció al hijo pródigo, que la memoria del pan de casa de su padre le hizo volver á ella (1). Y la esposa dice que ella y las doncellitas se habían de alegrar en su esposo, acordándose que la suavidad de la leche de los regalos de sus divinos pechos, era mejor que el vino de los deleites del mundo (2). Y si no hubiera gustado de los regalos de Dios, es cosa cierta que no dejara por ellos el gusto de los deleites de la tierra.

Al fin, concluyamos este capítulo con asegurar que á los que se crían al calor y regalos de los pechos divinos, les acaece lo que afirma San Gerónimo y apunta Jeremías de las perdices, que después de haber robado los huevos la madre adulterina á la verdadera, y criado los polluelos, en oyendo la voz y reclamo de la verdadera y natural madre, cuyo primer calor recibieron, dejan la madre ladrona y se vuelven á la natural, llamados de un cierto cariño que tienen del primer calor que recibieron della. Hagan, pues, los maestros cuanto pudieren para que sus novicios reciban el primer calor del Espíritu Santo, dándose á la oración y recogimiento; que si después acaece,

(1) *Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame perco,* Lucae XV, 17.
(2) *Exultabimus, et laetabimur in te, memores uberum tuorum super vinum.* Cant. I, 3.

por la industria del demonio, apartarse dél, sin duda alguna que en oyendo el reclamo del Espíritu, que les dió el primer calor, volverán á él. Plega á Su Majestad se sirva de enseñar cuánto importa esto, para que se ponga en ejecución; porque sería grande vergüenza de los maestros, que al tiempo de la profesión pareciesen delante del Soberano Rey sus novicios, para haber de servirle, y que no saliesen gruesos y lucidos en el espíritu, sino flacos y macilentos, por no haberlos enseñado á gustar de los regalos de la mesa de Dios.

CAPÍTULO II

De otras algunas cosas que se han de considerar en los que quieren ser religiosos

Según es grande y honrosa la empresa de los que quieren sacrificarse á Dios en la Religión, cualquier diligencia es pequeña para examinar las partes de los que determinan poner el pecho al trabajo por emprendella. Y así, demás de las condiciones que en el capítulo precedente dijimos ser necesarias para esta empresa, es razón que se consideren algunas otras, que por la inadvertencia dellas acaece algunas veces á los admitidos para esta jornada, no llegar al término della. Adviertan, pues, aquellos á cuyo cargo está el examen de los que piden el hábito, que después de haber inquirido las condiciones que quedan dichas, para mayor seguridad de los que quieren ser religiosos, han de inquirir las cosas que en este capítulo van advertidas.

Y sea la primera preguntar la patria de los tales, porque si son extranjeros del reino donde piden el hábito, dificultosamente han de ser admitidos. Y no parecerá éste mucho rigor á los que consideraren lo que acerca desto ha enseñado la experiencia de largos años, y á los que saben la fuerza del amor de la patria, el cual es tan grande, que con ser Ulises de un pueblo estéril, pequeño y desventurado, y haber él andado ciudades tan insignes y populosas, afirmaba de sí que le parecía más claro el humo de su patria, que la luz de todo lo restante que había visto en la mayor parte del orbe. Es la patria para los hombres, como el lugar natural para las cosas inanimadas, del cual dicen los filósofos que tiene virtud atractiva en respecto dellas, y que hay en ellas en respecto dél, virtud impulsiva que las inclina naturalmente á él, porque allí se conservan más fácilmente, y no hay cosa que no apetezca su conservación. Y de aquí es que muy pocos religiosos extranjeros habemos visto, que después de criados en provincias extrañas, ó no estén inquietos por irse á ella, ó á lo menos no pidan licencia muchas veces para ir á visitar sus deudos, y así ellos viven como violentados y son molestos á sus prelados con la frecuencia de pedir licencia para ir á su patria. Y cierto que habemos visto esta imperfección aun en personas de mucha religión y santidad; tanto puede la fuerza de la naturaleza. Y así, para obviar este inconveniente, es muy justo que se inquiera esto en los que piden el hábito, y

mucho más en los que son más hábiles, porque en éstos predomina más el apetito de ir á mostrarse entre sus conterráneos y compatriotas, instigados algunas veces de sus deudos, que quieren honrarse con ellos. Como le acaeció á Cristo, cuando le daban prisa porque fuese á hacer en su patria los milagros que hacía en Cafarnaum, para que echasen de ver que tenían un deudo que obraba cosas maravillosas (1). A éstos, pues, no debe dárseles con facilidad el hábito, si ya no estuviesen casi connaturalizados en la provincia donde le piden. Pero háseles de aconsejar, para que sus deseos no queden frustrados, que le vayan á tomar á algún convento del reino donde son naturales, ayudándoles para esto, si fueren personas que lo merecen, con alguna carta en abono de su persona, porque todos los que dejan de admitirse se han de despedir de manera que vean caridad en los religiosos, y ellos no queden desconsolados.

También se ha de preguntar si han sido novicios en otro convento de la Orden, porque si lo han sido, no han de ser admitidos, sino que conste la causa porque dejaron ó les quitaron el hábito. Y, según fuere, se ha de proceder con madureza en el admitirlos ó dejarlos de admitir, porque á los que le dejaron por liviandad, no se les ha de dar sin que perseveren largo tiempo en pedillo, de tal manera, que la constancia y perseverancia presente asegure de la liviandad pasada. Si le dejaron por alguna vehemente tentación, y se conoce arrepentimiento y fervor en el que le pide, con mayor facilidad se ha de condescender con su petición. Y si no dejaron ellos el hábito, sino que se lo quitaron por algún defecto, no debe concedérseles, sino que conste por relación fidedigna que el tal defecto ha cesado. Y finalmente, en este caso de volver á dar el hábito al que una vez le dejó, ó se le quitaron, ni han de ser los examinadores fáciles, ni tampoco inexorables, porque cualquiera de los extremos es vicioso y puede ser causa de algunos inconvenientes. Pero habiendo de inclinarse á uno dellos, menos daño es ser algo fáciles en admitillos, que inexorables y ásperos en desechallos, porque, como dijo el gran padre Antonio, consultando con él si volverían á recibir un monje que se había ido: Decidme, hermanos, si una nave hubiese partido del puerto cargada de mercaderías, y después de haber andado perdida volviese sólo el casco sano al mismo puerto, ¿sería razón que fuese recibida, ó que la echasen á fondo? Claro está que la recibirían con mucho gusto y que sería esto razón. Pues si después de perdido viene nuestro hermano á salvarse al puerto de la Religión, ¿por qué dudais si ha de ser ó no recibido? Esto respondió aquel santo abad, y esto hizo el padre del hijo pródigo cuando, después de haber andado tanto tiempo perdido, le vió volver á su casa (2). Y esto se debe hacer en las Religiones, especialmente constando por indicios claros y manifiestos, que el volver á pedir el hábito es impulso de Dios, porque si se echase de ver que es liviandad el volver, como lo fué el irse, ó que sus deseos no tienen sólido fundamento, sino que es algún fervor que pasa ligeramente, no es bien que sean admitidos sin ser bien probados. Y para

(1) *Quanta audivimus facta in Cafarnaum, fac et hic in patria tua.* Luc. IV, 23.
(2) *Vidit illum pater ipsius et misericordia motus est, et accurrens cecidit super collum eius, et osculatus est eum.* Luc. XV, 20.

que respondan con pureza y verdad á lo que se les pregunta, adviértaseles que se hará información en el convento donde dejaron el hábito, y que si los hallan en mentira los excluirán, y así debe hacerse, porque de los que no tratan verdad en aquella ocasión, con razón puede temerse que no los mueve el espíritu de verdad.

También debe preguntarse si han tenido particular llamamiento para ser religiosos en otra Orden, y si han ido primero á pedir el hábito á otra Religión, y si dijeren que sí, pregúntenles la causa porque no los admitieron, ó porque mudaron de intento, y según fueren las causas de lo uno y de lo otro, se ha de proceder á darles ó negarles el hábito. Porque unos hay que por falta de habilidad, ó por otros defectos semejantes, dejan de admitillos en las otras órdenes, y estos no han de ser admitidos en la nuestra, porque lo que es causa justa en las otras para no admitillos, lo ha de ser también en la nuestra, y es bien que en esto resplandezca en todas las Religiones un mismo espíritu y celo. Otros, que porque no les dan luego el hábito, se can, san y mudan de propósito, y destos ha de temerse alguna mudanza- porque mudar de propósito por tan leve causa, indicio es de ánimo inconstante y argumento de espíritu no asentado, y así es razón que los entretengan y dilaten el darles el hábito hasta hacer experiencia de su constancia, dándoles á entender la grandeza del bien que pretenden y la razón que hay para no cansarse en tan alta demanda. Procure por este camino echar de ver en qué para aquel espíritu acelerado; porque aunque es verdad que aquellas ruedas que vió Ezequiel (1), en quien eran significados los justos, se movían según el ímpetu del espíritu de los animales, y alaban esto en ellos los Sagrados Doctores; pero también dice el texto que había espíritu de vida en las ruedas, y así ha de ser que los varones justos, ultra del espíritu impulsivo que los mueve como á empellones, han de tener espíritu de vida permaneciente, con el cual perseveren en lo bueno, después de pasado el fervor de espíritu que los impelía, porque los ímpetus fervorosos no son durables. Y por esta causa, para probar si hay en los tales este espíritu de vida permaneciente, se les ha de dilatar el cumplimiento de lo que piden, haciendo que consideren lo que pretenden, como diremos en el siguiente capítulo. Otras veces nace el mudar de propósito de considerar con madureza lo que pasa en las Religiones y el modo de vivir de cada una, y haciendo cotejo de lo que hay en ellas, acaece que el que tuvo propósito y determinación de tomar el hábito en una dellas, viendo que hay en otra más aspereza y más ocasión de servir á Dios, se inclina á tomarle en aquélla, y esta mudanza de propósito no sólo no es reprensible, pero aun es argumento de espíritu fervoroso y discreto. Y así á los tales, aunque hayan tenido propósito de tomar el hábito en otra Religión, y hayan tratado dello, no se les ha de negar lo que piden, aunque tampoco se han de acelerar en admitillos, porque la primera vocación suele tener mucha fuerza, y después de admitidos, considerando que su vocación fué primero á otra Orden, suspiran por ella y viven inquietos. Y mírese mucho que cuando se inquiere la causa de no haberlos admi-

(1) *Quocunque ibat spiritus, illuc eunte spiritu, et rotae pariter elevábantur, sequentes eum. Spiritus enim vitae erat in rotis*, etc. Ezeq. I, 20.

tido en los otros conventos, aunque sea leve la ocasión porque dejaron de admitillos, no condenen ni reprueben lo que se hizo con ellos, diciendo que no tuvieron razón ó que fué liviandad ó cosa equivalente; antes lo aprueben ó excusen, porque resplandezca en esto la modestia religiosa y la conformidad de espíritu que debe haber entre las Religiones. Y sea la resolución en este particular, que con los que pidieron el hábito en los conventos de otras Órdenes, ó tuvieron impulso particular de ser religiosos dellas, siempre se ha de usar de más industria y escudriñar con más diligencia su espíritu, que si inmediatamente vinieran á pedir el hábito sin haberlo pedido en ellas. Porque, como arriba dijimos, no sé qué se tiene de fuerza el primer llamamiento, que aun en los buenos religiosos causa desasosiego cuando se deja de poner en ejecución, por tomar el hábito en otros conventos. Y alguno he visto yo, que después de pedido el hábito en cierta Religión, y habiéndoselo negado por ser muy pequeño, lo tomó en otra, y me afirmó con juramento que jamás se vió quieto en ella, y que subía de propósito al campanario de su convento todos los días para ver el monasterio de aquella Orden cuyo hábito había primero procurado, y al fin nunca pudo sosegar, con ser muy religioso, hasta que consiguió lo que deseaba tomando el hábito en ella. Tal es la fuerza del llamamiento primero.

De lo dicho se sigue que, si solamente el haber pedido el hábito en otra Religión, ó haber tenido deseo y determinación de pedille, es de consideración para mirar cómo se le ha de dar en la nuestra, por las razones susodichas; mucho más lo será el ser fraile profeso de otra Orden el que pide el hábito, para considerar con gran madureza si ha de negársele ó concedérsele. Y así acerca deste punto, que es grave, se advierta: que aunque el discernir espíritus es cosa en gran manera dificultosa, y por consiguiente en todas las ocasiones se ha de mirar mucho, si es de Dios el espíritu ó no, como aconseja San Juan (1); pero más en particular es necesario esto en las ocasiones cuando la mudanza que se ha de hacer es notable, como es el pasar de una Religión á otra, donde se tiene por cierto que el espíritu de la primera vocación es de Dios, pues fué á Religión aprobada, y es cosa dudosa si es de Dios el espíritu que incita á mudanza de vida, y así es ponerse en peligro de dejar lo cierto por lo dudoso. Especialmente que el apóstol San Pablo (2) aconseja que cada cual permanezca en su vocación, y no se pueden hacer semejantes mudanzas sin grande nota y con alguna pérdida de reputación, ó de la persona que hace la tal mudanza, ó de la Religión que deja ó de la que le recibe, porque á los tales suele tener el mundo por mudables, y si se satisface de que no lo son, tiene á la Religión que deja por relajada, viendo que la deja una persona de cuya cordura se tiene buen concepto. Y si esto no, piensa que ha sido solicitud y soborno de la otra Orden á donde se pasa, y así, á bien librar, ha de haber á lo menos nota en una de las tres cosas susodichas. Demás desto, suelen ser estas mudanzas ocasión de que entre las Religiones haya menos unión y concordia de lo que sería justo, porque se tiene por agraviada aquella,

(1) *Nolite omni spiritui credere: sed probate spiritus si ex Deo sint.* I Joan, IV, 1.
(2) *Unusquisque in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat.* I Corint. VII, 20.

cuyo hábito dejan, de la que lo reciben, y muchas veces, por satisfacer al mundo de que no es culpa de la Religión el haberla dejado, se descubren faltas y aun se levantan rabias al religioso que la deja y á la Religión que le admite. Todo lo cual es de mucha consideración para mirar con grande madureza lo que se debe hacer en semejantes casos.

Por otra parte, parece que los sacros Cánones favorecen á los que con celo de mayor perfección desean pasarse á Religión más estrecha, y le dan facultad para que, pedida licencia al superior, aunque no la alcancen, puedan pasarse á ella. Y el Angélico doctor (1) determina ser cosa lícita, y es cierto que si no lo fuera no concedieran los Decretos sagrados (2) tal facultad. Pero porque, según sentencia del apóstol, no todo lo que es lícito es bien se haga, y ya que haya de hacerse es justo que se miren las circunstancias para que se haga debidamente; por esta causa será bien declaremos qué es lo que se debe considerar cuando los religiosos de otra Orden piden el hábito de la nuestra, para que ni se les niegue cuando hay razón de condescender con sus ruegos, ni se les conceda cuando hay causa que obligue á negárselo.

Para acertar, pues, en esto, se han de advertir dos cosas: La primera es que, como advirtieron los Padres de la Orden en las constituciones generales de Toledo, hay algunas religiones que tienen privilegios apostólicos para que los religiosos dellas no puedan pasar á otra Orden. Y así la primera cosa que se ha de inquirir en este particular, es si el religioso que pide el hábito es de alguna religión que tiene semejante privilegio, porque si lo es y no tiene breve particular para poder hacello, no hay para qué tratar de cosa que está prohibida.—La segunda cosa que se ha de advertir es que, aunque el tal religioso no sea de las religiones que tienen el privilegio susodicho, con todo eso no puede ser admitido á la nuestra sin autoridad particular del ministro general de la Orden, porque nuestras constituciones generales lo prohiben expresamente por obviar todos los inconvenientes que arriba dijimos. Y cierto con mucha razón se remite este negocio á los ministros generales, porque el considerar las cosas que se requieren para que semejantes recepciones se hagan como conviene, es justo que no se fíe sino de un juicio tan prudente y cabal, cual se presupone que han de tener los Prelados supremos. Y así en el punto que se trate deste negocio, se ha de tratar de haber licencia del General para ello, porque sin ella es de ningún efecto lo que se hiciere. Pero presupongamos que está concedida licencia, ¿qué será bien considerar para que el recibir los tales religiosos se haga con el debido acuerdo? Digo primeramente que si el religioso de otra Orden, sin haber comunicado primero su intención con los Prelados de la nuestra, y tener seguridad de que será admitido, dejare la suya y viniere á pedir el hábito, de ninguna manera se le debe conceder, porque argumento es de liviandad y de poco discurso dejar lo cierto por lo incierto y ponerse á peligro de perder la gracia de sus Prelados y hacerse odioso en su Religión, sin tener certidumbre de que le han de admitir en la ajena. Y como estas mudanzas,

(1) Dl. Tho. XXII, q. 198, art. 8.°
(2) *Omnia mihi licent: sed non omnia expediunt.* I Cor. VI, 12.

para ser, según Dios, se hayan de hacer sin liviandad y con mucho fundamento, no es razón que sea admitido el que se mueve tan fácilmente, y da muestras de tan poco discurso y madureza en cosa tan grave. Y si esto se considerara en la recepción de algunos que han hecho semejante mudanza, sin duda alguna hubieran tenido mejores sucesos. Digo más, que cuando el religioso de otra Orden tratare de pasarse á la nuestra, y pidiere el hábito con instancia, se han de considerar con mucha madureza las causas que le mueven á ello. Porque algunos hay que por ver que en su Religión los miran con cuidado y los tienen á raya, para atajar sus descuidos, desean salirse della, y dicen que los persiguen y que los quieren mal sus Prelados por pasiones particulares que tienen con ellos. Y los que usan deste lenguaje, sin esperar más prueba, deben ser despedidos, porque de ordinario son gente perdida, y es cosa cierta que el buen religioso, aun perseguido sin causa, guarda la debida modestia en hablar de sus superiores. Otros hay á qiuenes la esperanza de aprovechar más en la virtud, mudando de hábito, les hace apetecer tal mudanza, por parecerles que en el mismo estado siempre serán lo que han sido. Y éstos si no tienen manifiestos indicios de su aprovechamiento, sino que se fundan en sólo lo que imaginan, es cosa clara que es leve su fundamento; porque, como dice el doctor Angélico, más fácilmente puede uno aprovechar en la religión que tiene acostumbrada, que en otra cuyas costumbres ignora; porque mientras informa el entendimiento en lo nuevo de aquélla, pudiera ir caminando en lo que ya sabía en la otra. Sino que es industria del demonio hacer que la culpa de nuestra negligencia la atribuyamos á la imperfección del estado en que vivimos, porque no acudamos á poner el remedio adonde está la llaga. Por lo cual solía decir el Abad Nestorio, como refiere Casiano (1), que á cada uno le es provechoso procurar con mucha diligencia y cuidado llegar á la perfección del estado de su primera elección, y no apartarse jamás de la profesión que hizo, aunque le parezca que en ella no llega al colmo de la perfección que pretende, porque imposible cosa es que un mismo hombre esté juntamente adornado de todas las virtudes y perfecciones. Y si alguno quisiere emprender alcanzarlas todas igualmente, es necesario que, procurando salir con todas, ninguna alcance perfectamente. Y, pues, en diversas religiones se atiende á diferentes virtudes, procure cada cual señalarse en las que son propias de la Religión que ha profesado, y las que son de las otras conténtese con alcanzarlas de la manera que pueda, sin mudar, por tan leve causa, el primer intento de su vocación, pues no está en ella la culpa, sino en su negligencia.

Otros hay que se mueven por otras cosas aun más leves, las cuales, por ser tantas y tan fáciles de conocer, no las trato en particular; sólo diré brevemente alguna cosa de los motivos que parecen más justos para mudar de estado, porque, según ellos, se examine el espíritu de los que le quieren mudar. Y son tres los más principales, según sentencia de Santo Tomás. El primero es el celo de religión más perfecta, porque como el espíritu del Señor hace apetecer cosas

(1) Collatio. XIV, cap. V.

grandes, acaece algunas veces que llega el religioso á tal punto, que pareciéndole poco lo que hay en la religión que profesa, según los deseos que Dios le comunica, y viendo que en otras hay con algunas ventajas la perfección que desea, el celo de alcanzarla le mueve á procurar el estado donde con más facilidad se puede alcanzar. Pero aun en esto se ha de mirar mucho lo que se hace, porque el demonio, que en todo lo bueno procura mezclar ponzoña, suele despertar algunas veces estos deseos en los siervos de Dios, porque por medio dellos los hace vivir inquietos y no pasan adelante en la virtud, como yo por experiencia he visto en algunos. Y es desta manera que despertando un apetito de mayor perfección, les hace desear otra religión más perfecta y hacer grandes propósitos de cosas heroicas que han de obrar en ella, y en esto les hace pasar la mayor parte del tiempo. Y como no tratan del estado en que viven, dejan de aprovechar en lo que tienen presente, y no aprovechan tampoco en lo venidero porque no han llegado á alcanzallo. Y así los tiene suspensos con el celo de mayor perfección sin pasar adelante, descontentos del estado en que viven y ansiosos por el que por ventura no alcanzarán. Sea, pues, la regla para conocer este espíritu, que cuando es de Dios no inquieta ni estorba el aprovechamiento presente, porque los que le tienen tratan primero de obrar en la Religión donde viven lo que en la otra apetecen, y para lo que no pueden tratan con una admirable quietud y sosiego de negociar la entrada en la otra, encomendándolo á Dios con una firme esperanza de que si conviene se alcanzará sin duda, y si no quedarán contentos en su primera vocación. Cuando el celo es desta manera, sin duda es de Dios, y así á los que piden el hábito con un afecto, cual el que habemos pintado, déseles alguna esperanza, dilatándolo y diciéndoles que lo encomienden á Dios. Y si hubiere perseverancia, díganles que pidan licencia á su Prelado, y hecho esto, aunque no se la conceda, los deben admitir. Y miren que no les hagan pedir la licencia hasta que estén resueltos en recibillos, porque sería dejarlos en ocasión de mucha inquietud, como á gente que no ama la Religión en que vive, pues apetece la ajena.

El segundo motivo es cuando el religioso echa de ver que en su religión va declinando la observancia de su estado comunmente, y digo comunmente porque no basta que en algunas cosas decline para mudar de estado. En tal caso, dice Santo Tomás, que no solamente se puede pasar á Religión más estrecha, pero aun á otra más ancha, donde el estado que se profesa se guarda con más puridad. Y trae en confirmación desto un ejemplo del Abad Juan, que se pasó de la vida solitaria á la de los que vivían en congregación, porque echó de ver, como dice Casiano (1), que los solitarios iban declinando de su antigua perfección. Verdad es que para pasar á Religión menos estrecha es necesaria la licencia del superior. Digo, pues, que si alguno con este motivo pidiere el hábito de nuestra Religión, ha de constar primero ser verdadero el motivo y mirar el término con que trata de las cosas de su Orden, porque el que es movido de espíritu de Dios para tratar de los defectos y relajación que le mueven á dejalla, habla con

(1) Casianus, Collatio, nc. XIX, cap. III.

término modesto y afecto de caridad compasivo; pero á los que tratan dello con términos seglares, no compadeciéndose de los defectos de su Orden, sino contándolos con libertad y soltura, ni los mueve espíritu de Dios, ni deben ser admitidos, aunque tengan otras partes muy buenas.

El tercer motivo que trae Santo Tomás es la enfermedad ó flaqueza de sujeto, por el cual no se puede llevar el rigor del estado que profesó el religioso. Este motivo es cosa llana, que es justo y suficientísimo para mudar estado; pero porque es cosa ciertísima que á nuestra seráfica Religión no acudirán los que no tienen sujeto para el rigor de las otras, pues ninguna es más rigurosa que ella, no me detengo en declararla más. Sólo advierto que en cualquiera de los motivos, por justo que sea, ha de haber mucha madureza en examinallo, dilatando la ejecución del negocio, porque la perseverancia es gran prueba del espíritu del Señor. Y siempre se ha de mirar que se haga todo con tal modestia, que ni las religiones se ofendan, ni el pueblo quede escandalizado. Y porque esto acaece raras veces, cuando los religiosos se pasan de una Orden á otra, por eso han de ser rarísimas las que se ha de hacer; especialmente que son muy raros los que prueban bien en una Religión habiéndose criado en otra.

CAPÍTULO III

De lo que se ha de hacer con los que vienen á pedir el hábito, antes que los admitan

Oficio es propio de los Prelados examinar el espíritu de aquellos que vienen del siglo á la Religión á pedir el hábito. Pero presupuesto que esto no se puede hacer en sola una vez, y que los Prelados tienen otras ocupaciones por las cuales no pueden desembarazadamente atender á esto, deben remitirlos al maestro de novicios para que haga este examen. Y el maestro, para acertar en cosa que tanto importa, después de haberlo encomendado á Dios, ha de advertir á los tales, como el demonio algunas veces, permitiéndolo Dios por lo que él sabe, suele persuadir á muchos, que emprendan el camino de la perfección, ó porque los ve livianos é inconstantes y echa de ver que, después de profesos, podrá hacerles arrepentirse y aun apostatar, ó porque los ve flacos y cree que cargándolos mucho darán con la carga en el suelo, ó la llevarán con desconsuelo y poca paciencia, ó por otras causas que él sabe bien conjecturar. Dígales allende desto cuánto importa averiguar qué espíritu es el que los mueve, para que no vengan por falta de buen espíritu á padecer naufragio en el puerto y hacer ponzoña de la triaca, condenándose en la religión. Y para conocer este espíritu enséñeles cuán necesario es que digan sin doblez alguna el fin que les mueve á dejar el mundo. Porque si ellos no dicen la verdad clara y sencillamente, merecerán que el Espíritu Santo, el cual por ser tan amigo de sencillez apareció en forma de paloma, que

es animal sencillo, permita en castigo de su doblez y fingimiento que el maestro se engañe en el consejo que les ha de dar. Porque escrito está, que el espíritu de la disciplina santo huirá del fingido y permitirá que sea corregido en castigo de su fingimiento con la maldad que le sobrevendrá (1).

Los motivos que de ordinario suele tener el espíritu del Señor para mover á los que llama son diversos, porque como es agente de infinita virtud y no está atado á medios proporcionados, muchas veces toma por instrumento para salvar á uno lo que parece disparate al juicio del mundo. Y así conviene mucho que en examinar este espíritu sea cauto el maestro y se aproveche de su prudencia porque es bien menester. Digo, pues, para abrirle en esto algún camino, que los ordinarios motivos con que Dios suele llamar gente á la religión son tres: El primero es amor, el segundo temor, y el tercero interés. Del primero suele usar con los ya aprovechados, del segundo con los muy pecadores, y del tercero con los interesados. A los primeros mueve la bondad, á los segundos la justicia, y á los terceros la liberalidad de Dios. Y el acudir por estos motivos á la religión, es porque el Espíritu Santo enseña, á los que llama con ellos, que el mejor medio y más seguro para alcanzar sus fines es acudir á ella. Porque en la religión hay más libertad y más incentivos para amar á Dios y servirle, que es lo que los primeros desean; hay más ocasión para hacer penitencia y librarse por medio della del infierno, que es lo que los segundos pretenden, y más aparejo para merecer la bienaventuranza, que es lo que los terceros buscan. En estos tres motivos, aunque los dos últimos son algo imperfectos, bien se echa de ver que la causa motiva es Dios, á lo que puede conjecturarse, y, por consiguiente, se ha de creer que es espíritu suyo el que trae á los que vienen movidos dellos. Pero hay otros que para averiguar cuyos son, ha menester mucha discreción y don de discernir espíritus el maestro. Porque unos hay que enfadados del mundo, por haberles salido vanas sus pretensiones, le dejan, y vienen á la religión no tanto por lo que sienten bien della, cuanto por el enfado que tienen del mundo. Otros vienen traídos del espíritu de ambición, pareciéndoles que en la religión podrán estudiar y llegar á ser grandes letrados y predicadores, y desta manera á ser conocidos y estimados del mundo. Otros vienen compelidos de la pobreza y necesidad, pareciéndoles que en la religión no les faltará lo necesario que les faltaba en el mundo. Otros porque tienen enemistades y bandos, y el temor de los contrarios que tienen los hace acudir á la religión como á ciudad de refugio, ó como acude el homicida á la Iglesia, no por la devoción que le tiene, sino por la necesided que le compele para huir del peligro. Otros, finalmente, vienen á ella, ó por verse cargados de deudas para escaparse de sus acreedores, ó por ser criminosos para huir de la justicia que los persigue. Destos dos últimos no diré cosa alguna, porque el Motupropio de Sixto V da orden de lo que debe hacerse con ellos, ni tampoco quiero detenerme en los tres motivos primeros, porque á lo que puede probablemente conjecturarse son, como arriba dijimos,

(1) *Spiritus enim sanctus disciplinae effugiet fictum, et auferet se á cogitationibus quae sunt sine intellectu, et corripietur á superveniente iniquitate.* Sap. I, 5.

llamamientos de Dios. Trataré, pues, solamente de lo que toca á los otros motivos que, al parecer, son menos buenos de lo que para el estado religioso sería razón.

Acerca desto, si no quiere errar el maestro, procure no ser fácil en el juzgar, antes debe considerar que son ocultos los juicios de Dios, y que en esta materia de llamamientos se cumple algunas veces aquello que el siervo malo dijo en el Evangelio: Que suele Dios coger donde no siembra y segar donde no derrama (1). Siembra alguna vez el demonio, trayendo algunos á la Religión movidos de ambición, ó de otros fines no buenos, y cógelos Dios en ella mudándoles los intentos; y siégalos para ponerlos entre la miés escogida de los suyos, haciéndolos religiosos perfectos y dechados de toda virtud. Como se vió en aquellos dos, de quienes hicimos mención en el libro I, que tomaron el hábito, el uno por robar la plata de la sacristía y el otro por saber algunas faltas de religiosos para publicarlas por el odio que les tenía, y al fin quedaron en la religión y fueron de los aventajados en ella. Un despecho que tuvo por la traición que le hizo su mujer, movió á Pablo el simple á dejar el mundo y tomar el hábito de monje en el hiermo, y sabemos muy pocos que en santidad le hiciesen ventaja. No debemos condenar, dice San Juan Clímaco, aquéllas maneras de renunciar el siglo, que parece haberse hecho acaso. Porque he visto yo algunos delincuentes ir huyendo, los cuales, como acaso se encontrasen con el Rey, sin buscarlo ellos, fueron recibidos en su servicio y contados entre sus caballeros. Vi también algunas veces caer descuidadamente algunos granos de trigo de las manos del sembrador, los cuales se apoderaron muy bien de la tierra y vinieron á dar fruto. Y vi también ir algunos á casa del médico por algún otro negocio, y tratando acaso de una enfermedad que tenían, haberles dado remedio con el cual alcanzaron salud. Y desta manera acaece algunas veces ser más firmes y estables las cosas que suceden sin nuestra voluntad que las que de propósito se hacen. Todo consiste en que quiere Dios usar de aquel medio para salvar al otro en la religión. ¿Quién sabe si es providencia de Dios particular que le sucedan al otro mal las cosas que emprende, para que enfadado del mundo venga á la religión á servílle? Aquella paloma, que después del diluvio envió Noé para ver si la inundación de las aguas había cesado, dice la Sagrada Escritura que volvió al arca porque no halló lugar donde asentar el pie (2). Y deste artificio suele Dios usar con algunos que, para que se recojan al arca de la religión á servir á Cristo, ordena su providencia que les sucedan mal las cosas del siglo para que no hagan asiento en ellas. Y hablando con un alma, dice Dios por Oseas, que le había de sembrar el camino de espinas y atajarle los pasos de sus sendas y hacer que sus amadores le faltasen cuando fuese á buscallos (3), para que, faltándole todo, diese en la cuenta y se volviese á la casa de su esposo, considerando que allí le iría mucho mejor que

(1) *Tollis quod non posuisti, et metis quod non seminasti.* Luc. XIX, 21.

(2) *Emisit quoque columbam post eum, ut videret si iam cessassent aquae super faciem terrae. Quae cum non invenisset ubi requiesceret pes eius, reversa est.* Genes. VIII, 8-9.

(3) *Sepiam viam tuam spinis, et sepiam eam maceria et semitas suas non inveniet: et sequetur amatores suos: et non apprehendet eos.* Ose. II, 6-7.

fuera della. ¿Quién sabe si al otro que tiene ambición de ser estimado, y para salir con ello quiere tomar por medio la Religión, le trae Dios por este camino por ser el de su inclinación, como leemos haberlo hecho con algunos santos? Y lo que digo destos, quiero que se entienda de todos los otros que vienen llamados por diversos caminos. Así que, aunque el fin que mueve á uno tenga las apariencias malas, no por eso debe luego juzgarse que el llamamiento no es de Dios, porque por ventura al otro, que la pobreza le hace huir del mundo, le quiere Dios tomar por hambre y hacer que en la Religión ame lo que allá aborrecía. Verdad es que aquellos cuyos motivos no tienen buenas apariencias han de ser con más dificultad admitidos, aunque tengan muy buenas partes, porque á lo menos hay razón de sospechar que su llamamiento no es de Dios, y así es justo que con la dificultad de recibillos se haga experiencia dello echando de ver su constancia.

Presupuesto, pues, que en la recepción de los tales se ha de hacer mayor prueba de perseverancia, digamos lo que se debe hacer comunmente con todos para que de aquí pueda colegir el prudente maestro lo que ha de hacer con aquellos, cuyo llamamiento se sospecha no ser de Dios. Digo, pues, que ante todas cosas debe poner delante al que pide el hábito los muchos trabajos que en la Religión se ofrecen en la ejecución de la guarda perfecta de nuestra regla, el haber de andar á pie descalzo, vestido de sólo un hábito y túnica, ayunar la mitad del año y otras cosas particulares, como son el levantarse á maitines á media noche toda la vida, el guardar silencio y, lo que más es, la abnegación de la propia voluntad, ponderándole la dificultad de cada una destas cosas y advirtiéndole particularmente que se ha de obligar á las más dellas, no por sola constitución de la Orden, sino por voto de regla, so pena de pecado mortal, y esto no un año ni dos, sino mientras durare la vida. Que ciento veinticinco preceptos que prometemos por voto, allende de los diez del decálogo, á cualquier hombre cuerdo harán temblar. Encomiéndele con mucha exacción que lo considere, porque no enlace su alma viniendo á salvalla, y que procure encomendarlo á Dios, confesando, comulgando y haciendo algunas estaciones con este intento, porque el hacer elección de estado que ha de durar para siempre, es una de las cosas más graves y la más importante de todas las que pueden ofrecerse á un hombre, y más siendo tan perfecto y dificultoso el estado que quiere tomar. Y mire el maestro que no le diga con tibieza, y como por cumplimiento estas cosas, sino con la eficacia y fervor de espíritu que la gravedad del negocio requiere, pues no va menos en ello que la salvación de un alma y el acierto de un nuevo miembro en la religión, que si acaso viene á ser podrido podrá venir á corromper otros muchos. Y para que no venga á desmayar viendo la dificultad del negocio, póngale luego delante el ayuda de costa que suele dar Dios á los que por su amor acometen grandes empresas. La fortaleza que comunicó á algunas doncellas tiernas que fueron dechado de penitencia en las religiones y á algunos mozos delicados que menospreciando el mundo se fueron á los desiertos á sacrificarse á Dios. Para que desta suerte, si acaso viniere á quitarle algo del ánimo la mucha dificultad de los

trabajos que le han puesto delante, los ejemplos de lo que puede la gracia en los que se sacrifican á Dios se lo restituya, y considerando lo uno y lo otro pueda con más prudencia hacer elección. Y miren mucho los maestros y los Prelados que codiciosos de las buenas partes que algunos traen no los admitan luego, que he visto en esto notables faltas, y no sólo no los admitan, pero ni aun les den muestras de particular afecto á recibirlos por las partes que tienen, porque suele de aquí engendrarse en ellos una oculta soberbia, que después cuando les dan el hábito los hace atrevidos. Háganlos volver una vez y muchas para que conozcan ser mucho lo que piden, y que es justo lo deseen con grande afecto para que después lo estimen en lo que es razón. Porque cosa es muy ordinaria tener los hombres en poco lo que con facilidad alcanzan, y estimar en mucho lo que les costó mucho de alcanzar, y acuérdense que por esta causa suele Dios dilatar las mercedes que le pedimos, aunque tenga intento de concedérnoslas.

Ni teman que el dilatalles el cumplimiento de sus deseos ha de entrialles sus buenos propósitos y hacerlos volver atrás, porque si los trae Dios y quiere servirse dellos en nuestra seráfica Religión, es cosa cierta que él les dará perseverancia y hará que con la dilación crezca el deseo; porque, como dice el divino Gregorio, los deseos dilatados cuando son de Dios crecen. Y si Dios no los trae, aunque sean muy doctos y tengan muy buenas partes, no convienen para la Religión. Y probablemente se puede creer que el que en el principio de su conversión, cuando el espíritu suele estar más ferviente, no tiene tolerancia para sufrir sola la dilación del tiempo, más adelante, cuando se van resfriando los primeros fervores, menos tendrá paciencia para sufrir los trabajos de la Religión, que son muy mayores. Y si por ver que los andan entreteniendo, cansados de esperar se van á otras religiones, y en ellas tomaren el hábito, no hay de qué tener pena, porque si son lo que deben no hay nada perdido, pues, como arriba dije, se quedan en casa del mismo Señor y sirven á quien deseábamos que sirviesen. Y, por ventura, los que le sirven en otra Orden no le sirvieran en la nuestra, por ser tan diverso el modo del vivir. Y si no son tales cuales deberían, aunque nos ha de pesar de su daño y del de la Religión donde entraron, gracias debemos dar á Dios de que no permitió que quedasen en nuestra compañía. Ni piensen los maestros que por ser menos los que se reciben perderá alguna cosa la Orden, porque si los pocos son buenos y los muchos fueren no tales, tanto más precioso será el oro della cuanto tuviere menos mezcla de escoria. Y crean que no es esta la gloria de las religiones, como algunos ignorantes se persuaden, en la muchedumbre y extensión dellas, sino en ser acendrado y puro lo que hay en las religiones. Y pluguiese á Dios que llegase á entenderse prácticamente esta verdad, para que hubiese mayor delecto, y más rigor en el examen y probación de los que se reciben á ellas, parando mucho en procurar que hubiese más perfección en menos número. Pues, como enseña el seráfico doctor San Buenaventura (1), uno de los mayores contrarios que tiene nuestra religión para la observancia de la pobreza que pro-

(1) D. Buenaventura, *Opus. de sex alis seraph.*

fesamos es la muchedumbre, porque á ella se sigue la mucha solicitud y á ésta el poco recogimiento y vagueaciones de los religiosos y otros daños que callo por no ser deste lugar el tratar dellos. Y así vuelvo á advertir á los maestros y á los Prelados que no sean fáciles en admitir á los que piden el hábito, sino que prueben su espíritu con hacerlos volver una vez y muchas sin tener respecto á ruegos de gente devota que suele pedillo, ni á otra cosa alguna, sino á sólo Dios y al provecho de la Religión, á la cual tienen estrecha obligación de ser fieles, pues para negocio tan importante hace dellos confianza, y saben que, como dice San Pablo (1), el poder no se da para destrucción, sino para edificación, y, como el mismo santo afirma, á los dispensadores se pide que procuren ser fieles en la dispensación de las cosas que tienen á su cargo.

Deben, á más desto, los maestros, en el tiempo que los entretienen para proballos, todas las veces que de nuevo vuelven por la respuesta y resolución de lo que pretenden, ponderalles mucho la alteza del bien á que aspiran, la gravedad del negocio que desean y la excelencia de la dignidad que pretenden, que no es menos que ser de los muy privados en la Casa de Dios. Pretensión tan sobre todo merecimiento, que á no allanarse Dios tanto, aun en los serafines más encendidos, sería presuntuosa pretensión. Díganles que consideren atentamente cuán grande atrevimiento y presunción sería que un reo, habiendo ofendido al Rey muchas veces, osase ir á su corte, á pretender ser en su casa uno de los muy allegados. Y ya que llegase á pretenderlo, con cuánta humildad, paciencia y longanimidad estaría esperando esta gracia, pues aun los que tienen hechos servicios, recibido heridas y aventurado las vidas por sus Reyes, suelen esperar muchos años, consumiendo la salud y la hacienda. Y esto no para alcanzar asiento en la casa real, que á esta pretensión pocos se atreven, sino para conseguir algún premio en reconocimiento y paga de sus servicios. ¿Qué haría, pues, el reo que á la corte fuese á pretender mercedes en la casa real? ¿Con cuánto cuidado andaría buscando intercesores, humillándose á unos, postrándose á otros é importunando á todos para salir con su pretensión? Pues si esto se haría para alcanzar á ser privado de un Rey, mortal y terreno, no es razón que, por haberse Dios allanado hasta tener casa en la tierra y admitir hombres en su servicio, sea tenida en menos su privanza; porque la llaneza del Señor no ha de engendrar menosprecio, sino amor y respeto, en los que desean serville. Conozca, pues, el que viene á pedir el hábito, que después de haber ofendido muchas veces á Dios, viene á pretender tan alta dignidad en su casa, como es ser uno de sus privados; y humíllese y confúndase, de ver que se atreve á tanto. Al reo estále muy bien pedir perdón de sus culpas, mas pedir mercedes al ofendido, parece locura. Exaspera al juez, dice el glorioso Augustino (2), el delincuente que en lugar de dar satisfacción por su delito, quiere ser honrado con premios; y no poco ofende al Rey el que, estando condenado al suplicio, suplica que

(1) *Ut non praesens durius agam secundum potestatem quam Dominus dedit mihi in aedificationem, et non in destructionem.* II. Cor. XIII, 10. *Hic iam quaeritur inter dispensatores, ut fidelis quis inveniatur.* I. Cor. IV, 2.
(2) *In lib. meditionum*, cap. III.

le haga las mercedes que desmerece; y por más amoroso que sea el padre, siente mucho, y tiene por descomedido al hijo que, después de haberle sido desobediente é injuriádole, le pide la herencia. Pues siendo Dios Juez, Rey y Padre nuestro, tan digno de ser amado y servido, ¿cuánta soberbia será que el reo, el siervo y el hijo desobediente llegue á pretender privanza en su casa? Estas cosas y otras semejantes debe el maestro poner delante á los que va entreteniendo para proballos, y juntamente con esto, exhortallos á que procuren aplacar á Dios con gemidos, con lágrimas, con sollozos y con oraciones, poniendo por medianeros á los santos, postrándose á los unos y suplicando á los otros, y sobre todo importunando á la Madre de Dios, que es el medio más eficaz. Exhórtenlos á que no se cansen de esperar, pues ven que es tanto lo que pretenden; porque los que quieren negociar bien con Dios, han de trabajar varonilmente, dice David (1), confortando su corazón y sufriendo la dilación con paciencia. E Isaías dice, que el que tiene fe, no se dé priesa (2), que no quedará confundido.

Cuando ya echen de ver la perseverancia de los que piden el hábito, y que va llegando el tiempo de admitillos, es bien que les prueben el afecto que traen, como lo hacían aquellos Santos padres del hiermo, los cuales, según dice Casiano, á los que querían ser monjes les hacían renunciar luego todas las cosas, sin reservarse una sola. Porque se persuadían que los que se quedaban con algún arrimo de hacienda, en cualquier ocasioncilla vendrían á flaquear, con la confianza de que no les había de faltar con qué vivir. Y éste fué el espíritu de nuestro Padre San Francisco en su regla, cuando dice, que los que vienen á pedir el hábito, les hagan vender lo que tienen y darlo á los pobres. Lo cual guardó él tan á la letra, mientras vivió, que en la provincia de la Marca excluyó á un novicio porque no había dado su hacienda á los pobres, sino á sus padres. Era esto ponerlos en una santa necesidad de perseverar en lo comenzado, quitándoles la ocasión de volverse al siglo, por la confianza de lo que dejaban en él. Haciendo en esto como el otro capitán, que entrando á conquistar una isla, hizo abrasar los navíos en que había pasado á ella, porque perdida la confianza de volverse á embarcar, perseverasen los soldados en la conquista, como realmente lo hicieron, y la ganaron. Y que tenga muy grande fuerza el reclamo de la hacienda, para hacer volver atrás á los principiantes, es cosa cierta. Y puedo afirmar que siendo yo novicio, tuve un compañero en el noviciado, que cuando vino á tomar el hábito, dejó escondidos en cierta parte solos quince ducados que tenía, y todas las veces que se le ofrecía alguna ocasioncilla, le tentaba el demonio con la confianza de que aquellos dineros no le podían faltar, si dejaba ó le quitaban el hábito. Y pudo tanto el verse con aquel arrimo, aunque era tan flaco, que al fin le venció, haciéndole dejar el hábito y volverse al siglo. No sin causa, pues, nuestro seráfico Padre y aquellos santos monjes, habiéndolo aprendido de Cristo, hacían luego renunciar todo lo que tenían á los que les pedían el hábito, para atajar este inconveniente. Pero ya que por algunas causas razonables se permite que se dilate esta renun-

(1) *Viriliter agite, et confortetur cor vestrum, omnes qui speratis in Domino.*— Psal. XXX, 25.
(2) *Qui crediderit non festinet.* Is. XXVIII, 16.

ciación y no se haga hasta el tiempo de la profesión, sería bien que los maestros prueben á lo menos el afecto de los que piden el hábito, diciéndoles que hagan, desde luego, la dicha renunciación; y si los vieren prontos para haberla de hacer, tengan por gran señal de espíritu de Dios esta prontitud. Y crean que quien luego se quiere privar de todo por servir á Dios, tiene á lo menos firme propósito de no volver atrás en lo que emprende, y que su Majestad, en galardón deste generoso propósito, le dará el don de la perseverancia. Hecho todo esto, y constando que tienen todas las partes que dijimos en el capítulo pasado, remítanlos al Provincial, informándole de las diligencias que se han hecho para probar su espíritu, y pareciéndole á él que se admitan, podrán sin más dilación ser admitidos y llevados al noviciado.

CAPÍTULO IV

Cómo se ha de haber el maestro con los que están ya en el noviciado, mientras los tienen en hábito seglar

Costumbre es de nuestra seráfica Religión y estatúto General della, que después de admitidos los que piden el hábito, los tengan algunos días en el convento en hábito seglar, para que, viendo más de cerca el modo de proceder de los religiosos, y llegando á experimentar algo de lo que se pasa en la Religión, consideradas sus fuerzas y el trabajo della, determinen de sus personas lo que les pareciere mejor según Dios. Y también para que los religiosos, poniendo los ojos en lo exterior de su conversación y trato, y considerando en sus acciones su espíritu, vean si les conviene admitillos al hábito de la probación. Y paréceme á mí que en estos días, ha de tener el maestro, pues los tendrá más acerca, particular vigilancia en examinar su espíritu, probándolos con algunos actos de mortificación. Y los religiosos profesos, particularmente en estos días, deben andar con mucho recato porque no vean en su modo de proceder cosa que desdiga del buen concepto que ellos tienen formado de las cosas de la Religión, y porque si acaso se volvieren al siglo, no tengan que decir sino mucho bien de los religiosos. Para entender los maestros lo que han de hacer en estos días, deben acordarse de la manera de probación con que solían los padres del hiermo probar á los que querían seguir su Instituto. El Santo Abad Pacomio que, según refiere Nicéforo Calixto, en el libro VII de su historia, recibió su regla por mano de un ángel, tres años de probación tenía señalados, para que en ellos se hiciese experiencia del espíritu de los que querían ser monjes, probándolos con injurias, asperezas y otras mortificaciones. Y Casiano dice, que, entre los monjes egipcios, era costumbre tener diez días con sus noches á la puerta del monasterio á los que querían vivir en su compañía. Y en el intervalo de dicho tiempo salían los monjes algunas veces y pasaban por cerca dellos, mostrando gravedad y severidad en el rostro. Y ellos, entonces, postrándose con grave humildad delante de los monjes, les pedían por

amor de Dios se sirviesen de admitillos en su compañía. A lo cual los monjes de industria, mostrando en el rostro cierta manera de enfado y menosprecio, respondían con desabrimiento, diciéndoles: Que á ellos no les traía á pedir el hábito el amor de la soledad y el deseo de la vida monástica, sino la pobreza y necesidad que padecían, y otras palabras aún más rígidas y afrentosas que éstas. Y si sufriendo estas injurias alegremente, daban muestras de humildad, de paciencia y de perseverancia, admitíanlos al convento; mas no á la congregación de los otros monjes hasta que un año entero se ejercitasen en obras de caridad recibiendo los peregrinos, en compañía de un monje viejo, á cuya obediencia habían de estar sujetos. El cual de industria los probaba muy á menudo de paciencia, y por esta causa San Juan Clímaco hace tanto hincapié en encomendar el sufrimiento y obediencia á los mozos. Y entre los monjes Palestinos aun era más rigurosa la probación, porque un año entero tenían á la puerta del convento á los que venían del mundo á pedirles el hábito, y después, tres años en el noviciado, donde con oprobios y otras obras penales probaban, si adelante serían sus obras cuáles eran entonces sus palabras. Y en los principios de nuestra seráfica Religión, ¿quién podrá decir las mortificaciones con que probaban á los que venían del mundo á ser religiosos? Cierto es confusión muy grande ver la flojedad que acerca desto hay en nuestros tiempos. Y de aquí nace el caimiento de espíritu y grande relajación de la gente moza; porque, como no se acendran los espíritus de los que vienen del mundo, con el crisol de la mortificación, ni se apuran y prueban luego al principio, cuando el fervor de la devoción está en su punto; de aquí es que por falta de ejercicio viene á perderse, ó á lo menos á amortiguarse aquel fervor, lo cual es causa de la flojedad y tibieza con que después viven. Aun en los que parecen muy perfectos y sufridores, dice el gran Padre San Juan Clímaco, acaece algunas veces que si á tiempo dejan los prelados de proballos, ó reprendellos, ó ejercitallos con alguna manera de denuestos ó injurias, vienen á perder, ó á lo menos á menoscabar aquella modestia que tenían. Porque aunque la tierra sea buena, gruesa y fructífera, si le falta la labor y el riego, suele hacerse silvestre, infructosa y á producir espinas. Pues si en la tierra que está ya acostumbrada á dar fruto es necesaria nueva labor y riego para que no afloje en dar el fruto acostumbrado, ¿qué será menester en la que no está aún cultivada, para que dé fruto? O ¿qué esperanza se puede tener de que le dará, si no la cultivan con la reja de la mortificación y se riega con el agua de los trabajos, ignominias y vejaciones?

Miren, pues, los maestros, que estos primeros días han de ser de prueba, como los diez que tenían señalados los monjes del hiermo. Y si acaso este modo de proceder anda algo caído, procuren de levantallo, aunque los relajados por esta causa los tengan por noveleros, que no es novedad ésta, sino cosa tan antigua en la Religión, que de muy vieja hay necesidad de apuntalarla, para que no acabe de dar en tierra. Hagan en estos días, que se ocupen los que piden el hábito, no sólo en seguir el coro y asistir á la oración, sino también en ayudar al cocinero, al refitolero y enfermero, ocupándolos en oficios de humildad, como son barrer, fregar, servir los enfermos, y en otros ministerios

más asquerosos y bajos. Digo bajos, á juicio del mundo, que en la Casa de Dios no hay oficio que no sea muy alto aun para los más principales. Y para significar esto mandó Dios que el sumo Sacerdote despavilase los candiles del templo y les echase aceite, para que se entendiese que en la Casa y templo de Dios, aun para el Sumo Sacerdote, es oficio de mucha honra el despavilar candiles, con ser cosa que al parecer del mundo es tan baja (1). Y aunque todos los novicios han de ser probados con este género de ejercicios, más particularmente importa que se ejerciten en ellos los que se teme no haber sido su vocación de Dios, para que con esta manera de prueba, ó se vuelva al siglo, si no son de Dios, antes de tomar el hábito, ó si lo son, queden purificados para recibillo con más devoción. Pero no han de ser todos probados de una manera, sino cada cual de la suya, según conviene al espíritu de que está movido, de tal suerte, que á los que trajo el espíritu de ambición y tienen humos de ser letrados y esperanza de subir por ese camino, los prueben ocupándolos en cosas humildes y bajas, más en particular que á los otros. Dándoles á entender que en la Religión no hay otro modo de subir sino el que enseñó Cristo, que es el camino de la humildad, ni se tiene por sabio, sino al que sabe humillarse. Y que suelen los Prelados, á los que se sienten con humos de querer subir por vía de letras, ocupallos siempre en oficios de humildad y menosprecio para que aprendan la verdadera sabiduría, que es conocerse á sí mismos y tenerse por lo que son. A los que vienen constreñidos de la necesidad, á matar la hambre en la Religión, porque es señal ésta de ánimo gallofo y amigo de ociosidad, han de proballos ocupándolos en cosas de trabajo, dándoles el comer muy medido, el pan más áspero y los manjares más desabridos, para que entiendan que en la Religión, aunque no falta lo necesario, pero eso ni es delicado, ni se da con mucha abundancia, ni sin que cueste trabajo. Porque el estado de pobres, estas dos cosas trae consigo, trabajo por una parte, y por otra hambre y necesidad. Al fin la probación ha de ser medicina y probación juntamente, que aplicándose según la enfermedad de cada uno, haga prueba y dé, si es posible, salud. Y vuelvo á decir, que no se afloje en este modo de probación, por el temor de que los probados se vuelvan al siglo, porque, como arriba dije, si son de Dios, Él les dará perseverancia, y si no lo son, no es bien que queden entre sus siervos. Y si con estas contemplaciones y temores anda, bien puede cesar totalmente la probación y disciplina regular en los novicios; porque mientras lo son, corre peligro de que se vuelvan al siglo. Acuérdense los maestros de aquella respuesta que dió un santo abad á San Juan Clímaco, que habiéndole dicho el peligro que corrían de volver atrás en su llamamiento los que eran probados con mucho rigor, le respondió: que el ánima enlazada con Dios por vínculo de amor, todo lo sufre por no apartarse de Él; pero la que no le ama, de balde está en el monasterio, y así poco se pierde en que se vaya por esta ocasión. Y esto mismo es lo que yo voy diciendo de los que vienen del mundo por allegarse á Dios. Que si verdaderamente le aman y buscan, todo lo sufrirán por no dejalle, pues la caridad, dice San Pablo, todo lo sufre; y si

(1) *Ad cuius pertinet curam, oleum ad concinnandas lucernas, et compositionis incensum*, etc. Núm. IV, 16.

no le aman y buscan como es razón, ¿para qué han de ocupar el lugar en que aprovecharan otros, no pudiendo sufrir algún trabajo y afrenta por su amor? Verdad es que los principiantes, porque son tiernos en la virtud y no tienen echadas raíces en ella, es necesario que en medio de las pruebas que les hacen, los ayude el maestro con consideraciones que se las ayuden á llevar, previniéndolos antes de proballos, para que la prevención los haga estar más sobre los estribos y la consideración los anime á resistir las tentaciones y romper con las dificultades. Y en lo que toca á los trabajos corporales, ha de haber tal prudencia, que no exceda la probación á las fuerzas.

Deben ultra desto advertir los maestros, que hay cierta manera de probaciones provechosísimas para despertar los afectos y echar de ver la generosidad del ánimo de los que con ellas se prueban. Y ya que la ejecución dellas, por estar el mundo acabado, y los religiosos sobradamente discretos, no se usa; sería razón que se usase á lo menos el acometimiento dellas, para despertar afectos, como tengo dicho, y descubrir lo interior. Presupongamos, pues, que el que pide el hábito está barriendo, ó fregando, ó haciendo otro oficio humilde con la escoba, ó con el estropajo en la mano. Llega el maestro y dícele: Yo os mando, hermano mío, que por amor de Dios, y para que entienda el mundo el poco caso que de Él hacéis, vais así como estáis, en cuerpo, con esa escoba en la mano, y deis una vuelta por la ciudad, y hecho esto os volváis al convento. Y para que os animéis á esto, considerad que el profeta Isaías, con ser de linaje real y no tener el ejemplo del menosprecio del mundo que nos dió Cristo, anduvo desnudo en cueros algunos días por la ciudad por obedecer á Dios (1). Y nuestro Padre San Francisco mandó á uno de sus compañeros que fuese á predicar sin capilla, el cual le obedeció sin réplica alguna. Y el santo Fray Jacopone andaba desnudo en cueros, emplumado entre sus mismos deudos, porque lo menospreciasen y tuviesen por loco, y así yo quiero ver si tenéis vos alguna partecilla del espíritu de aquellos santos. Dicho esto, espere á ver qué es lo que hace el novicio, que si es fervoroso, es cierto que al momento querrá ponerlo en ejecución. Y entonces cuando viere el maestro que ya se mueve para hacer lo que le ha mandado, conténtese con haber visto su afecto, y mándele que no lo haga, animándole á mayores cosas, y ponderándole cuánto estima Dios los buenos afectos. Y si viere que duda y le pone temor al hacello, humíllele y déle á entender el poco espíritu que tiene y la poca esperanza que da de sí, y así por cualquiera de los dos caminos quedará probado. ¿Y por ventura no le será de menos provecho la confusión que le dará y la ocasión de humillarse, si no lo hace, que le fuera el afecto de quererlo hacer, si lo hubiese emprendido? Yo sé que un cierto maestro hizo esta prueba de un novicio, y quedó tan corrido y avergonzado de no haber hecho luego lo que el maestro le había mandado, que en apartándose el maestro de su presencia determinó de hacer la dicha mortificación. Y yendo á la portería para salir á hacerla, no le dejó salir el portero; pero ya el maestro, sospechoso de lo que había de suceder, porque era discreto, le tenía prevenido que si llegaba aquel novicio le

(1) *Vade, et solve saccum, etc., et fecit sic, vadens nudus, et discalceatus.* Isai. XX, 2.

dijese que él le había mandado no le dejase salir. Volvió avergonzado el novicio, y fué ocasión esta prueba, de que de allí adelante fuese pronto obediente y mortificado.

Pongamos otro ejemplo para que á imitación destos, pueda inventar otros el maestro para esta manera de probación. Dice el maestro á los novicios que tienen ya el hábito: Quiero que os desnudéis y daros sendas disciplinas, para que fulano vea de qué buena gana las recibís por amor de Dios. Y después de habérselas dado, vuélvase al que está en hábito de seglar, y dígale: ¿Y vos, hermano mío, no recibiríades una disciplina, en reverencia de la que Cristo recibió por vos? Si viere en él espíritu fervoroso y pronto para recibilla, puede contentarse con haber descubierto su ánimo, y decille, que sólo la voluntad habrá Dios aceptado, y que Él se contenta con sola ella. Pero si respondiere con tibieza, ó viere en él repugnancia, hágale desnudar, y en dándole uno ó dos azotes, alce la mano de la disciplina, y humíllele diciendo, que no ha osado darle más de dos golpes, porque teme que quien con tanta tibieza se ofreció á recibirlos, no tendrá paciencia para sufrir más. Deste género de mortificaciones usaron algunas veces los padres del hiermo. Porque uno dellos mandó á un novicio, que había sido casado y tenía á su hijo presente, que le tomase y echase en un río, porque no le fuese impedimento para perseverar; y él acometió á hacerlo tan prontamente, que fué necesario seguirle dos monjes mozos con gran ligereza para quitarle el muchacho, que le llevaba abrazado y corriendo para echarle en el río. Otros muchos ejemplos destos pudiera aquí referir, pero basta el que nos dió el Supremo Maestro Dios, cuando le mandó á Abraham que le sacrificase á su hijo, y viéndole determinado de hacerlo, se contentó con sólo el afecto (1). Y crean los maestros que son de grande provecho estas probaciones, no solamente para criar nuevos ánimos, pero también para ejercitar los que están ya criados, y hacer experiencia del espíritu de los novicios, para conjeturar lo que más adelante se puede esperar.

Debe á más desto, en estos primeros días, el maestro, exhortar y procurar persuadir á los que están en hábito seglar, que hagan una confesión general de sus culpas. Y para animarlos á que la hagan bien hecha, propóngales aquel admirable ejemplo que cuenta San Juan Clímaco de un ladrón, que yendo á pedir el hábito en un convento de los del hiermo, le respondió el Abad que no se le daría, sino que confesase primero todas sus culpas públicamente, en presencia de todos los religiosos de aquel convento, que eran doscientos treinta. El prometió de hacerlo así, aunque fuese en la plaza de la ciudad. Y un día de domingo, acabado de leer el Evangelio, le sacaron á la iglesia, cubierta de ceniza la cabeza, y vestido el cuerpo de un cilicio asperísimo, azotándole mansamente las espaldas. Finalmente, habiendo precedido algunas otras cosas, él confesó sus pecados con mucha humildad y lágrimas, en presencia de todos los circunstantes. Sin dejar de decir todas las maneras de homicidios, adulterios, robos, hechicerías y otras cosas abominables. Lo cual hecho, le mandó el Abad trasquilar y re-

(1) *Tolle filium tuum unigenitum, quem diligis, Isaac*, etc., *atque ibi offeres eum in holocaustum*, etc. *Non extendas manum tuam super puerum neque facias illi quidquam.* Gen. XXII, 2-12.

cibir en la compañía de los demás religiosos. Y dice San Juan Clímaco, que preguntó al Abad por qué causa había permitido hacer una probación tan terrible. Y le respondió: Créeme, padre, que ninguno se puede librar de la eterna confusión, sin alguna confusión; y entiende que antes de levantarse del suelo aquel ladrón, le fueron perdonados sus pecados. Porque uno de los religiosos que presentes estaban, me afirmó que había visto allí un hombre de alta y terrible estatura, que con una pluma que tenía en la mano iba borrando de un papel los pecados de aquel penitente así como los iba confesando. Cumpliéndose lo que dijo David: Yo dije: confesaré contra mí al Señor mi injusticia, y Tú, Señor, perdonaste la maldad de mi pecado (1). He querido referir este ejemplo, lo uno para que los religiosos, á quien pareciere que voy estrechando mucho esto de las probaciones, echen de ver cuán leves son las que pedimos, en comparación de las que entonces se pedían, no siendo su Instituto más perfecto que el nuestro. Y si me dicen que ya pasaron aquellos tiempos, yo lo confieso así, y tengo por cierto que por haber pasado aquéllos y las probaciones que en ellos se hacían, tenemos éstos tan miserables. Y también he querido referirlo, porque es de gran eficacia para mover á los que quieren tomar el hábito, á poner diligencia en hacer una confesión general bien hecha, que para quietud de la conciencia en lo de adelante es importantísima. Y no les fuercen á haberla de hacer con el maestro, porque aunque el saber la conciencia é inclinaciones del novicio, es de mucha importancia para tratar de su aprovechamiento; pero todavía es más importante la libertad, para hacer la confesión cual conviene. Finalmente, debe el maestro advertir al que ha de tomar el hábito, cuando hubiere de recibirlo, con cuánta consideración es razón que se haga aquel acto, en el cual se ha de ofrecer á Dios. Enséñele la significación de las ceremonias santas que en él se hacen, para que, entendiendo lo que hace, pueda mejor levantar el espíritu á Dios. Dígale que considere primeramente con cuánta humildad, puestas las rodillas en tierra, pedirá á los religiosos que se sirvan de darle el hábito por amor de Dios. Y que considere entonces, que el dárselo no es por merecimiento suyo, sino obra de caridad, y merced singular que le hacen por amor de aquel Señor que, para redimirnos, quiso vestirse del hábito de nuestra naturaleza. Y adviértale, que así como entonces pidiendo el hábito por amor de Dios, confiesa no merecello, ni debérsele de justicia, así toda la vida ha de traer este pensamiento delante de los ojos de la consideración. Adviértale, como el desnudarse el hábito seglar y vestirse el de la Religión, significa la mudanza de vida que ha de hacer, dejando aparte las costumbres del viejo Adán, y vistiéndose del nuevo que, como dice San Pablo (2), fué criado según Dios. Imitando en esto, como lo aconseja Cristo, la prudencia de la serpiente, que para renovarse y vestirse de nueva piel, deja primero la antigua. Enséñele como el echarse en tierra puesto en cruz, es significación de que, como otro San Pablo (3), ha de

(1) *Dixi: confitebor adversum me iniustitiam meam Domino; et tu remisisti impietatem peccati mei.* Psal. XXXI, 5.

(2) *Deponere vos secundum pristinam conversationem veterem hominem,* etc. *Et induite novum hominem qui secundum Deum creatus est.* Ephe. IV, 22-24.

(3) *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est et ego mundo.* Gal. VI, 14.

vivir de allí adelante crucificado al mundo, habiéndose como muerto á sus cosas; y el mundo crucificado á él, no estimando en más sus juicios, sus honras y sus riquezas, que suele estimarse un hombre, muerto de muerte infame. Dígale, que el cantar los religiosos antífonas á la Madre de Dios y á los santos, invocando la gracia del Espíritu Santo mientras él está puesto en cruz, es enseñarle que para acertar á crucificarse al mundo perfectamente y el mundo á él, es necesario que el Espíritu Santo, cuya gracia él invoca, le ayude por intercesión de la Virgen y de los santos. Estas cosas, ú otras semejantes, es razón que se adviertan al que ha de tomar el hábito, para que ayudando á las ceremonias con la consideración, acierte á tomarle con más espíritu. Siendo Dios servido de dársele por este medio, para que persevere en su llamamiento, con aprovechamiento suyo y fruto de la sagrada Religión.

CAPÍTULO V

De lo que ha de hacer el maestro con el novicio, después de haber recibido el hábito

El mismo día en que al novicio se da el hábito, debe el maestro, para animarle en la nueva milicia que ha emprendido, hacerle una plática exortatoria, advirtiéndole en ella algunas cosas particulares que á los nuevos soldados de Cristo son de grande importancia, para saberse valer en la ordinaria pelea que ha de ofrecérseles. La primera de las cuales sea, que pues ha determinado de ofrecerse á Dios para serville con todas sus fuerzas, procure estar en centinela prevenido de que el demonio, con todas las suyas, ha de procurar derriballe. Hijo, dice el Eclesiástico, en allegándote al servicio de Dios, persevera en justicia y temor, y apareja tu ánima para la tentación (1). Como quien dice, no hay cosa más cierta que ser luego tentado el que se determina de servir á Dios, y así es razón que esté prevenido, armándose de justicia y temor de Dios, porque no le hallen desapercibido los contrarios. Y aunque es verdad que á todos conviene velar porque, como dice el Apóstol San Pedro (2), jamás cesa el demonio de dar vueltas bramando como león, para tragar á los descuidados; pero á los que se le escapan de las manos, tanto más persigue, cuanto más siente el ver que pierde los que ya poseía; y así como quien está más sentido, procura hacerles más guerra. Por lo cual es justo que cuanto más crece la solicitud en el tentador, tanto más crezca la prevención y vigilancia en el que puede ser tentado. No son tentaciones las que usa con la gente del mundo y le obedecen, en comparación de las que usa con los que no se le quieren rendir, porque aquellos ya los tiene por suyos; y, como dice San Gregorio, el demonio no tienta á los que ya pacíficamente posee y le tienen rendida la voluntad, obedeciéndole y prestándole vasallaje. Es como el soberbio Holofernes, que

(1) *Fili, accedens ad servitutem Dei, sta in iustitia et in timore, et prepara animam tuam ad tentationem.* Eccles. II, 1.

(2) *Adversarius vester diabolus, tanquam leo rugiens, circuit, quaerens quem devoret.* I. Petr. V, 8.

hablando con la valerosa Judith, y pareciéndole que la tenía ya rendida, como ella lo había fingido, la dijo: Ten buen ánimo, y no tema tu corazón, porque yo jamás hice daño á quien se rinde y quiere obedecer á Nabucodonosor mi señor; sólo á los que le resisten hago guerra (1). Esto es lo que hace el demonio: á los que no se le quieren rendir, hace guerra; y entre éstos á quien con más veras la hace, y con quien mayores cautelas usa, y más asechanzas arma, es con los que más le resisten, que son aquellos que emprenden estado de mayor perfección. Porque aunque tiene mala voluntad, tiene buen entendimiento, y de aquí le nace el hacer buena elección, y el querer para sí lo mejor. Sorberse ha un río, dice el santo Job (2), y no se maravillará y tendrá confianza de poner en su boca el Jordán. Como quien dice: aunque la sed del demonio es insaciable y querría sorberse todas las almas; las que á él le sacian la sed, no son las que como río ordinario siguen la corriente del mundo, porque esas son de las muy ordinarias, y aunque se sorba un río entero de ellas, no le apagarán la sed; pero las que están consagradas á Dios, como el río Jordán, que era sagrado entre todos los ríos, ahí querría él poner la boca, y estimaría más una de esas, que sorberse un mar de las otras; y tanto más le crece este apetito, cuanto las ve más reservadas. Ni vuelve atrás por ver que le resisten, antes procura dar más batería donde halla más resistencia; que por esta causa le comparó Cristo al rayo, cuando dijo (3): vi á Satanás caer del cielo como rayo. Porque así como el rayo allí descubre más su fortaleza donde halla más resistencia, así el demonio, donde más le resisten, allí procura mostrar más su valor y fuerzas. Lo uno, porque echa de ver ser necesario el hacerlo así; y lo otro, porque como es soberbio, parécele que allí se aventura más honra y será mayor la gloria del vencimiento.

Presupuesta, pues, la verdad desta doctrina, ha de procurar el maestro dar á entender al novicio, que el haber tomado el hábito santo de la religión, no es para descansar, sino para pelear; porque gran necio sería el soldado que, habiéndole armado de punta en blanco, se echase á dormir, ó se quisiese estar baldío, mano sobre mano. No son las armas para descanso, sino para pelea; y así los que se ven armados de nuevas armas, han de imaginar que se les ofrece nueva batalla. ¿Qué pensáis, hermano mío, ha de decir el maestro, que significa esa capilla que os pusieron en la cabeza? Esa es la celada de salud, que dice San Pablo (4), y sirve de cubrir la cabeza y conservalla de las inclemencias del tiempo, para que no reciba algún daño; significándoos en esto el cuidado que habéis de tener ante todas las cosas, de conservar la cabeza que es Cristo; aventurando como la serpiente todo lo restante del cuerpo por conservalla; que por esta causa, entre otras, mandó Cristo á sus soldados imitar la prudencia de la serpiente (5). Ese hábito, que para vestiros dél le

(1) *Aequo animo esto, et noli pavere in corde tuo: quoniam ego nunquam nocui viro, qui voluit servire Nabuchodonosor Regi.* Judith. XI, 1..

(2) *Ecce absorbebit fluvium et non mirabitur, et habet fiduciam quod influat Jordanis in os eius.* Job. XL, 18.

(3) *Videbam Satanam, sicut fulgur, de caelo cadentem.* Luc. X, 18.

(4) *Et galeam salutis assumite.* Ephes. VI. 17,

(5) *Estote ergo prudentes sicut serpentes.* Matt. X, 16 .

pusieron en forma de cruz, es el arnés tranzado de los soldados de Cristo, á los cuales este divino capitán mandó tomar la cruz para haber de seguirle, cuando dijo (1): El que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz y sígame. Y habéis de advertir que no dijo lleve su cruz, sino tome su cruz, para dar á entender, como notó San Basilio, que la cruz que se lleva por Cristo, no se ha de llevar rastrando, sino tomarse voluntariamente, á imitación de aquel soberano Señor, que, como dice San Pablo (2), al tiempo de entrar en el mundo, poniéndole delante la cruz, que había de llevar por nosotros hasta la muerte, por obedecer á su Padre; dijo en viéndola: Dios mío, sí que la quiero, y vuestra ley la pondré yo en medio de mi corazón. Esa cuerda con que os han ceñido los lomos, significa dos cosas: La primera, es daros á entender, que los soldados de Cristo, como el mismo lo amonestó en el Evangelio (3), han de estar siempre faldas en cinta, desembarazados de todas las cosas, porque según dijo San Pablo (4), ninguno de los que siguen la milicia de Cristo, se ha de embarazar con el cuidado de las cosas del siglo, sino estar siempre á guisa de caminante, como quien no tiene acá ciudad permaneciente, sino que busca la eterna. Significa, también, la puridad y limpieza con que han de vivir los soldados de Cristo; porque, según doctrina de San Gregorio, entonces nos ceñimos los lomos, cuando, por medio de la continencia, reprimimos los apetitos carnales. Y con razón se pide esto á los que profesan esta milicia: lo uno, porque el capitán á quien siguen es tan amigo de limpieza, que aún allá, estando en el cielo, como dice San Juan en el Apocalipsis (5), se precia de que le sigan por donde quiera que va, solos aquellos que permanecieron vírgenes acá en la tierra; y lo otro, porque no hay cosa que más afemine los ánimos y quite las fuerzas de la gente de guerra, que los regalos y pasatiempos de los deleites carnales.

Dicho esto, tome unas disciplinas y póngaselas en la mano, diciéndole: Esta, hermano mío, es la última arma que se os entrega, y ha de ser la primera y más ordinaria entre los Religiosos, porque la más continua pelea ha de ser con la propia carne, la cual, si queréis tenerla pacífica y rendida al espíritu, para que juntos entrambos resistan al enemigo invisible, es necesario castigalla; que así lo hacía el Apóstol San Pablo, cuando decía que castigaba á su cuerpo y le reducía á la servidumbre del espíritu (6), para no quedar reprobado, enseñando á los demás á ser buenos. Acordáos que dice el Espíritu Santo: que quien perdona á la vara, aborrece á su hijo, y el que le ama, le azota muchas veces (7). Mirad que es este el mayor enemigo,

(1) *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.* Luc. IX, 23.

(2) *Ideo ingrediens mundum dicit*, etc. *Deus meus volui, et legem tuam, in medio cordis mei.* Hebr. X, 5.

(3) *Sint lumbi vestri praecincti.* Luc. XII, 35.

(4) *Nemo militans Deo, implicat se negotiis saecularibus, ut ei placeat, cui se probavit.* II. Timot. II, 4.

(5) *Hi sunt qui cum mulieribus nont sunt coinquinaiti*, etc. *Et sequutur agnum quocumque ierit.* Apoc. XIV, 4.

(6) *Castigo corpus meum et in servitutem redigo: ne forte cum aliis praedicaverim, ipse reprobus efficiar.* 1. Cor. IX, 27.

(7) *Qui parcit virgae odit filium suum; qui autem diligit illum, instanter erudit.* Prov. XIII, 24.

y que es enemigo de casa, y que os va la vida del alma en tenerle rendido, porque, como dice David, si los de mi casa no se enseñorearen de mí, entonces estaré sin mancha, y me veré limpio del gran delito (1). Ni os fiéis desta gitana, porque sabe usar de mil zorrerías, suele fingirse muerta, y no está sino mortecina; y otras veces se hace enferma porque la regalen. Y aunque todo el tiempo desta milicia es necesario usar de rigor con este enemigo; pero en los principios es más necesario, porque, como dice San Juan Clímaco, cosa es aborrecible y muy peligrosa, que el que comienza, comience con flojedad y blandura, porque suele ser este indicio manifiesto de la caída advenidera. Y por esto es cosa muy provechosa comenzar con grande ánimo y fervor á mortificar la carne, aunque después sea necesario remitir algo deste rigor. Porque el ánima que comienza á pelear varonilmente, aunque después se enflaquezca y debilite algún tanto, con sólo la memoria de la antigua virtud y diligencia, como con un estímulo y azote, es provocada al bien. Y algunos ha habido, que por esta vía, después de haber aflojado, volvieron al rigor pasado, y renovaron sus primeras alas. Hasta aquí son palabras de aquel santo Abad. Y en ellas veréis lo que importa castigar con rigor la carne al principio. Verdad es, que por ser necesaria la discreción para atinar el medio en las asperezas, disciplinas, abstinencias y otras penalidades, y los principiantes no ser aún tan discretos como es necesario, es costumbre en la religión, y se ha de guardar inviolablemente, no hacer penitencia alguna extraordinaria, sin particular licencia de vuestro Padre espiritual y maestro. Y habéis de estar advertido en una cosa, y es, que os acaecerá alguna vez ir á pedir licencia para hacer alguna destas obras penales, y tentaros el demonio de vana gloria, diciendo: Vete á pedir licencia á tu maestro y tenerte ha por hombre penitente y mortificado. Y luego, él mismo os persuadirá que no la pidáis, por huir de la vana gloria. Haciendo en ésto, como el diestro esgrimidor, que señala el golpe á una parte, para darle en otra. Así es, en esta tentación señala el golpe en la vana gloria, para darle en la propia voluntad. Quiero decir, que lo que el demonio persuade, cuando tienta desta manera, no es tanto por hacer tener vana gloria, cuanto porque haga su propia voluntad el Religioso, dejando de pedir licencia, con achaque de huir de la vana gloria. Y después que le tiene ya convencido á que no la pida, le tienta más peligrosamente de la vana gloria que huía, dándole á entender que es humilde, porque dejó de pedir licencia, por encubrir la penitencia que hace. En tal caso, pues, el nuevo soldado debe acudir á reparar el golpe más peligroso, que es el de la propia voluntad, no dejando de pedir licencia por causa alguna; y á la tentación de la vana gloria, será fácil resistir advirtiéndolo, refiriendo la obra á la gloria de Dios. Otras veces os persuadirá que no pidáis licencia, porque no os la darán; y es tan desvergonzado que osará persuadiros, que no os la dará por ser flojo ó relajado el maestro; pero si sois discreto, no por eso dejaréis de pedirla, porque si no os la diere, tendréis dos merecimientos: uno, por la voluntad que teníades determinada de hacer la

(1) *Si mei non fuerint dominati, tunc immaculatus ero, et emundabor a delicto maximo.* Psal. XVIII, 14.

tal penitencia, la cual admite Dios, como si la hubiérades hecho, pues hicisteis lo que era de vuestra parte; y otro, en haber negado vuestra propia voluntad por hacer la ajena. Y si os diere licencia, será el merecimiento doblado, porque haréis la penitencia con bendición, y habréis mortificado vuestra voluntad en pedir la licencia. Y creedme que sentiréis mucho más el sujetaros á pedir licencia, que el hacer la penitencia por penosa que sea. Y no queráis más cierto argumento de lo mucho que se merece en pedilla, que ver la instancia con que el demonio procura estorballo. Así que, hermano mío, esta verdad ha de quedar asentada en vuestra memoria: que no es lícito, al religioso, hacer penitencia alguna exterior extraordinaria, sin pedir particular licencia para ello, si ya el Prelado no la hubiese dado generalmente. Y digo exterior, porque las mortificaciones interiores, que son las penitencias más importantes, y que más se sienten, bien se pueden hacer sin licencia, como adelante diremos; porque en ellas no corre peligro la salud de la manera que en las otras. Y vuelvo, hermano mío, á persuadiros que no os olvidéis por la vida, de este consejo, porque muchos, por no tomalle, han sido engañados del demonio, pensando servir á Dios.

Resta ahora advertiros, que en esta ordinaria pelea, que habéis de tener con vos mismo, como la guerra ha de ser contra vuestra propia carne, y ella es la que os ha de prestar los brazos para dar el golpe en sí misma, viene á cansarse muchas veces, y á hacer al espíritu muy mala compañía, sino la animan con algunas consideraciones. Y entre muchas que enseñan los sagrados Doctores, dos, á mi parecer, son muy eficaces para animalla. La primera es la consideración del premio, porque nuestra carne es muy interesada; y si no le ponen delante algún interés, luego se cansa. Por esta causa comparó el Apóstol San Pablo esta vida presente, á la contienda de los que corren y luchan en competencia por alcanzar algún premio, que para animarse en la corrida, cuando se van cansando, ó en la lucha, cuando les va faltando el aliento y las fuerzas, poniendo la memoria y los ojos, si pueden, en el premio, cobran espíritu y fortaleza (1). En confirmación desta doctrina, solían pintar al buen soldado cristiano, en figura de un mozo valiente, el cual tenía asentado el un pie sobre una bola, y el otro levantado y echado hacia atrás: como quien estaba dando de coces á un demonio que tenía pintado á las espaldas y la mano alzada asiendo de los cabellos á una mujer que tenía pintada delante. Sobre la cabeza le pintaban un ángel con una corona en la mano, y un letrero que decía: Es para el que peleare varonilmente; en la cual corona tenía el soldado puestos los ojos. Vivo símbolo es éste, hermano mío, de lo que habéis de hacer para vencer á vuestros tres enemigos. Al mundo, significado en la bola por su inconstancia, le habéis de tratar hollándole, poniendo todas sus riquezas y gloria debajo del pie; al demonio, que le pintaban á las espaldas, para mostrar que acomete á traición, á coces, menospreciando sus persuasiones y haciendo dél poco caso, que como es soberbio, ninguna cosa siente más que ésta; y la carne, significada en la mujer

(1) *Nescistis quod ii qui in stadio currunt, omnes quidem currunt, sed unus accipit bravium? Sic currite ut comprehendatis.* I. Cor. IX, 24.

á quien tenía asida de los cabellos, llevándola al redro pelo y tratándola con rigor y aspereza. Y porque esta victoria no se alcanza sin trabajo, conviene tener puestos los ojos en la corona, que el Angel de consejo, Cristo, nos tiene guardada sobre su cabeza, como lo vió San Juan en el Apocalipsis (1). La cual, según dice David (2), es de gloria y honra, y no corruptible, cual la que daban en los juegos olímpicos, sino incorruptible, como afirma San Pablo (3). Con el premio animó Dios á Abraham (4), cuando le mandó salir de su patria. Y David, con el premio, dice (5) que inclinaba su corazón á guardar los divinos preceptos. A los Apóstoles, con el premio, los animó Cristo á que le siguiesen. Con el premio, se animaba nuestro Seráfico Padre San Francisco, cuando decía: Tanto es el bien que espero, que en los males me recreo. Y con el premio quería que se animasen sus Religiosos, á la observancia de la Regla, cuando decía: Hijos mios, grandes cosas prometimos, pero mayores nos son prometidas; guardemos éstas, y suspiremos por aquéllas, porque el trabajo es poco, y la gloria que se nos dará por él, es infinita. Con el premio nos quiso exhortar y mover al trabajo el Apóstol, cuando dijo (6): Lo momentáneo y leve de nuestra tribulación, obra allá en las alturas un eterno peso de gloria. Y lo que más es de ponderar: con el premio animó Cristo á su santa humanidad, al trabajo de la Cruz, pues dice San Pablo, que poniéndole delante el gozo, abrazó la cruz, menospreciando la deshonra (7). Y así vos, hermano mío, con el premio habéis de animar á vuestra carne, cuando se cansare, imitando á nuestro Seráfico Padre, que cuando afligía sobradamente á su cuerpo, le decía: Animaos, hermano asno, y no os quejéis, que algún día vendrá en que me agradezcáis este mal tratamiento, y será cuando veáis y gocéis la gloria, que ha de corresponder á esta pena.

La segunda consideración para animalle, será poner los ojos en Cristo, y considerar lo que trabajó por nosotros. Deste medio quiso usar la divina clemencia con aquel gran Doctor Alejandro de Ales, el cual, como hubiese tomado el hábito siendo ya viejo, pareciéndole que los trabajos de nuestra sagrada Religión eran muy grandes, estuvo pensando de volverse al mundo, á servir á Dios en algún estado de menos trabajo y más proporcionado á sus fuerzas. Y estando en este pensamiento, dudoso de lo que haría, le mostró Dios en sueños una visión desta suerte. Parecíale que veía un monte muy alto y escabroso, sobre cuya cumbre había un Cristo crucificado, y que nuestro Padre San Francisco subía por el monte arriba con una pesada cruz al hombro. Cansábase algunas veces con la gravedad de la carga y aspereza del camino, y en sintiendo cansancio paraba, y

(1) *Et vidi supra nubem similem filio hominis sedentem, habentem in capite suo coronam auream.* Apoc. XIV, 14.

(2) *Gloria et honore coronasti eum.* Psal. VIII, 6.

(3) *Et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant, nos autem incorruptam.* I. Cor. IX, 25.

(4) *Egredere de terra tua*, etc. *Faciamque te in gentem magnam*, etc. Gen. XII, 1.

(5) *Inclinavi cor meum ad faciendas iustificationes tuas in aeternum, propter retributionem.* Psal. CXVIII, 112.

(6) *Id enim, quod in praesenti est momentaneum et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis.* II. Cor. IV, 17.

(7) *Proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta.* Hebr. XII, 2.

alzando los ojos poníalos en el Cristo y luego cobraba aliento y fuerzas para volver á tomar la cruz y pasar adelante. Volvíase á cansar de allí á un rato y hacía lo mismo; y al fin, haciéndolo muchas veces, vino á llegar á la cumbre. Entendió Alejandro el espíritu de la visión, que era para darle á entender, que cuando le cansase la cruz de los trabajos de la religión, el medio para cobrar nuevo espíritu, había de ser alzar los ojos de la consideración y ponerlos en Cristo crucificado. Así lo hizo de allí adelante, y perseveró con admirable espíritu. Pues vos, hermano mío (1), si en el discurso del año del noviciado, ó más adelante, os cansare la cruz de la religión, que sí cansará porque es trabajosa y vuestras fuerzas flacas, alzad los ojos de la consideración á lo alto del monte Calvario, y ponedlos en Cristo crucificado, y al momento cobraréis esfuerzo para pasar adelante. Consejo es éste del Apóstol San Pablo, el cual, animando á los hebreos á sufrir trabajos por Cristo, les dice: Hermanos míos, corramos por el camino de la paciencia á la pelea que nos está propuesta, poniendo los ojos, para no desfallecer en ella, en el autor y consumador de la fe, Cristo Jesús. Aludiendo en esto á lo de la serpiente de metal que fué figura de Cristo crucificado (2), en cuya vista había remedio para todos los heridos y trabajados. Así que, hermano, éste es maravilloso medio para animaros en los trabajos, y cobrar esfuerzo para sufrir otros muchos. Si os cansare el ayuno, ojo al Cristo, que en la cruz le dieron hiel y vinagre, y ayunó cuarenta días con sus noches por vuestro amor (3). Si la disciplina os da pena, ojo al Cristo, que está en la cruz cubierto de ronchas, de los cinco mil azotes que recibió por vos. Si los menosprecios é injurias os cansan, ojo al Cristo, y mirad el menosprecio y baldón que dél hicieron estando en la cruz; y acordáos que, por animarnos en esto, se hizo, como dice el Real Profeta David, oprobio de los hombres y deshecho del pueblo (4). Y finalmente, en todos vuestros males, ojo al Cristo, que es fuente de todos los bienes.

Y no hay duda, sino que es verdad lo que dice San Bernardo: que no hay trabajo, que de buena gana y con buen ánimo no se padezca, si en medio de la fe revoca á la memoria la pasión de Cristo. Y el seráfico doctor San Buenaventura refiere á este propósito que, saliéndose de la orden un novicio, pareciéndole que no podía sufrir el desabrimiento y aspereza de los manjares ordinarios que en ella se comen, se puso á hacer oración delante una imagen de un Cristo crucificado, diciéndole: Señor, perdonadme, que no me atrevo á pasar comiendo manjares tan desabridos. Y al momento vió salir del costado del Cristo una fuente de sangre, y oyó que le dijo el Cristo: Hijo, si los manjares te parecen desabridos, mójalos en esta sangre y se te harán sabrosos. Volvió el novicio al convento, y acordándose de allí adelante de la sangre de Cristo, todos los manjares, y aún los

(1) *Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen, aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum.* Hebr. XII, 1.

(2) *Fac serpentem aeneum, et pone eum pro signo: qui percussus aspexerit eum vivet.* Núm. XXI, 9.

(3) *Et dederunt ei vinum bibere cum felle mistum.* Matt. XXVII, 34.

(4) *Ego autem sum vermis, et non homo; opprobrium hominum, et abiectio plebis.* Psal. XXI, 7.

demás trabajos, se le hacían gustosos. Y sin duda alguna, hermano mío, os lo parecerán á vos, si os acordáredes de aquella preciosa sangre derramada por vos. Y tened por grande afrenta querer vos descansar, viendo á vuestro capitán trabajando, acordándoos de aquel valeroso soldado Urias, confusión y vergüenza de los soldados flojos de Cristo, el cual, habiéndole el Rey David enviado á llamar y mandádole que fuese á descansar á su casa, y á regalarse con su mujer, no quiso hacerlo, sino que durmió sobre un poyo delante de las puertas de palacio. Y preguntándole el Rey por la mañana, que porqué no había ido á su casa á tomar algún refrigerio y descanso, respondió: Líbreme Dios, señor, que tal hiciese. Está el capitán Joab, mi Señor, y sus criados en el campo, durmiendo sobre la haz de la tierra, y ¿había yo de ir á mi casa á comer, á beber, á dormir, y á regalarme con mi mujer? (1). Digna respuesta por cierto de un pecho tan generoso y honrado. Y sería razón que tuviese Cristo, pues es sin comparación mayor su merecimiento que el de Joab, soldados que hiciesen lo mismo por amor suyo. Tenga el cristiano vergüenza, dice San Bernardo, de ver que, debajo de su cabeza, coronada de espinas, haya miembros que se regalen. Y pues todos somos miembros de la cabeza de Cristo, y él está en la cruz tan lleno de duelos, razón es que nos avergoncemos cuando quiere descansar nuestra carne, y que con esta consideración la animemos.

Sea lo que aquí habemos dicho un modelo, ó un rasguño, de lo que debe hacer el maestro, para animar á los que de nuevo toman el hábito, y mande á los demás novicios que le encomienden con muchas veras á Dios para que le dé espíritu de perseverancia. Y exhórtelos á que le den buen ejemplo, ponderándoles cuánto importa ésto para animar á los que de nuevo vienen del mundo.

CAPÍTULO VI

Del orden y concierto que se ha de tener en el noviciado, y de los oficios en que el maestro ha de tener ocupados á sus novicios

La buena disposición de las oficinas del convento, suele ser ocasión de que la observancia regular pueda mejor guardarse. Y según esto, mucho importa que la casa del noviciado esté bien dispuesta, para que los novicios en ella anden más recogidos, y el maestro pueda tener sus cosas más bien ordenadas. Ha de estar, pues, la casa de los novicios en lugar apartado, donde estén libres no sólo del comercio de los seglares, pero aun de los frailes profesos. Ha de haber en ella, á lo menos, un dormitorio común para los novicios, un aposento que sirva de ropería, donde estén los hábitos y túnicas para mudarse, y un apartamiento en la parte más recogida y quieta, que sirva como de oratorio para decir en él las devociones que rezan en común los novicios, y para que allí el maestro les haga á su tiempo las pláticas

(1) *Arca Dei et Israel et Iuda habitant in papilionibus,* etc. *Et ego ingrediar domum meam, ut comedam, et bibam,* etc. II. Reg XI, 11.

espirituales, y finalmente, para que allí reciban la bendición y hagan los demás ejercicios que el maestro tuviere ordenados.

Demás desto, se ha de procurar que los noviciados, si fuere posible, estén cerca del coro, y haya en ellos lugar para las necesidades naturales secretas, para que los novicios no tengan ocasión de discursos y vagueaciones, ni puedan, aunque sea de paso, distraerse trabando plácticas con los profesos. Los cargos destas oficinas ha de tener el maestro repartidos entre los novicios, no indiferentemente, sino escogiendo para cada uno dellos el novicio más acomodado, considerando sus partes y las que requiere el oficio.

Ha de tener el noviciado su portería, y en ella una campanilla conque puedan hacer señal los que allí llegan. Y el novicio que tiene oficio de portero, ha de ser de los más antiguos y aprovechados, porque es de mucha confianza este oficio. Ha de tener vigilancia y cuidado de que la puerta esté siempre cerrada con llave, y de llevar siempre la llave consigo, para que ninguno pueda entrar ni salir del noviciado sin que él lo sepa. En oyendo tañer la campanilla, dejada cualquiera otra ocupación, ha de acudir con presteza á ver lo que quieren, y no encomendar á nadie este oficio, sin expresa licencia de su maestro. Su celdilla ó cama, para poder hacer esto más cómodamente, ha de ser la que está más cerca de la puerta del noviciado, cuya entrada ha de tener siempre muy aseada y limpia, y no ha de abrir la puerta, cuando oyere que llaman, sin saber primero qué es lo que quieren; porque si es cosa que se puede satisfacer á ella con sólo una palabra, como es cuando se va á saber si está el maestro en el noviciado, ó cosas desta manera, no hay para qué abrir la puerta, poniéndose en ocasión de trabar conversaciones largas, como acaece algunas veces. Cuando fuere necesario abrir la puerta para recibir el recado que traen, hágalo sin ruido y oiga lo que le dicen con mucha humildad y modestia, mostrando en el rostro una religiosa alegría; y no deje entrar á nadie en lo interior del noviciado, sin que traiga orden para ello del Prelado, ó lo mande el maestro; mas podrá decir con mucha crianza y humildad, al que llama, que se sirva esperar allí la respuesta, la cuál la traerá con la brevedad posible, y en habiéndola dado, sin detenerse en otras demandas y respuestas, se despedirá religiosamente, volviendo á cerrar su puerta. Y si alguna vez hubiere de entrar al noviciado alguna persona seglar, ó religiosa, por no poder escusarse , hará señal con la campanilla ó con otra cosa señalada para este efecto, según que el maestro lo hubiere ordenado, para que los novicios se compongan y recojan en sus celdas. Cuando el maestro estuviere ausente, al portero le ha de quedar autoridad de poder dar licencia á los novicios para salir del noviciado á cosas precisamente necesarias é inevitables. Pero en llegando el maestro, le ha de dar razón de los que han faltado, adonde han salido, adonde fueron, por qué orden, y cuánto ha que salieron, para que el maestro vea si es necesario acudir á ver lo que hacen.

También es oficio del portero tomar luz cuando despiertan á *Maitines* y en el invierno á Prima, y despertar á los novicios, diligente y devotamente, con algunas palabras que conviden á devoción. En despertándose y juntándose los novicios, ha de avisar al maestro, y al

salir del noviciado, después de cerrada su puerta, ir delante dellos con su lanternilla al lugar de la secreta necesidad, para que después en el coro no hayan de pedir licencia y salirse del Oficio divino para este efecto. Y aunque no tengan todos necesidad, han de ir todos juntos, y su maestro en retaguardia con ellos, salvo si los que tienen cargo de registrar no hubieren de quedarse en el coro á encender el candil y abrir los libros, que para este efecto se puede permitir que se queden. La lanterna ha de llevar de tal manera inclinada, que no pueda con la luz ofender los ojos de los que topare, y cuando salga del noviciado, á cualquier hora que sea, con los demás novicios, taña la campanilla algo prolijamente y de priesa, para que á esta señal acudan todos, y no se quede alguno encerrado. Finalmente, al que tiene este oficio pertenece pedir licencia al maestro cuando algún hermano se hubiere de quedar en el noviciado por estar indispuesto, y darle auxilio si por descuido acaeciere quedarse alguno sin haber pedido licencia.

Otro novicio ha de haber que tenga cargo del oratorio, y este oficio hase de encomendar al que fuere más devoto, más aseado y más limpio. Este ha de tener cuidado de que el oratorio esté con tanta limpieza y aliño, que sólo el ver las cosas que hubiere en él tan bien concertadas y con tanto aseo, haga levantar el espíritu de los que entraren en él. Ha de haber en el oratorio un altar, y en él, alguna figura de Cristo Redentor nuestro, ó de su santísima Madre, no rica ni curiosa, sino pobre y devota y de manera que valga para despertar la devoción y no para suspender el sentido. Y en lo que toca á todo lo que es adorno, así de estampas como de otras cosas, sea todo con tanto límite, que para ayudar á levantar el espíritu, no se falte á la santa pobreza. En las fiestas principales, ha de tener cuidado de enramar el oratorio, y de poner algunas flores en el altar, y pedir al sacristán alguna cosa de la sacristía, para tenerle con más ornato que los otros días. Y lo que le prestare, procure tratarlo tan bien, y volverlo con tanta brevedad, que obligue á que se lo presten otras veces de buena gana. Pero esté advertido que suele el demonio hacer que se peguen al corazón estas cosas, y que pierdan algunos ratos de tiempo en la sobrada curiosidad, y así procure de no embarazarse mucho, ni gastar sobrado tiempo en esto, porque no le sirva de lazo lo que ha de ser para despertar la devoción en sí y en los otros. Ha de tener, en el oratorio, un manojo pequeño de varas delgadas, para cuando se haya de dar la disciplina á alguno de los hermanos, y téngalas en lugar donde no estén patentes.

Además desto, ha de tener cuidado los domingos, cuando se bendice el agua, de cobrar agua bendita para el noviciado, la cual ha de tener en una pilita á la entrada del oratorio, y cerca della algún hisopo pequeño, para cuando se dice algún responso para los difuntos, y para hacer el aspersorio á las noches, echando agua bendita en las celdillas ó retraimientos de los novicios cuando se van á acostar. En el contorno del oratorio, porque como arriba dijimos, en él se han de hacer las pláticas espirituales, será bien que haya algunos asientos humildes donde, cuando las pláticas hubieren de ser algo prolijas, mande el maestro asentar á los novicios. Pertenece también, al que tiene cargo del oratorio, advertir al maestro cuando, según la costumbre del noviciado, se ha de decir el oficio de difuntos, ó algunas otras

devociones de días particulares, teniendo para esto una tablilla, con un breve arancel de todas ellas. Y los oficios que hubieren de decirse en el oratorio, así de la Madre de Dios, como de los difuntos, ó de otra devoción, cualquiera que sea, ha de tenerlos registrados tan distintamente, que puedan hallarse con facilidad, y sin que haya ocasión de turbarse. Y dé gracias á Dios el novicio á quien le cupiere este cargo, considerando que los otros oficios parece que traen consigo algún género de distracción, mas éste es tal, que cuánto se trata en él es materia proporcionada para despertar el espíritu, y así es muy culpable la falta de la devoción en aquellos á quien les cabe en suerte.

Ha de haber también otro novicio que tenga cargo de la ropería, y éste ha de ser cuidadoso, diligente, caritativo y celador de la santa pobreza. Y no es de los que menos se han de estimar este oficio, porque siendo nuestra vocación particularmente dedicada á la observancia de la pobreza evangélica, es cierto que los oficios que tienen particular conexión con ella, y dan mayor ocasión para ejercitarla, se han de estimar en mucho y hacerse con gusto particular. Tal es el oficio de ropero en el noviciado, pues todo él se ocupa en lavar, coser y remendar los hábitos y túnicas de los pobres de Cristo, conservándolos cuanto le fuere posible, por conservar con esto la santa pobreza. Y de un religioso lego leemos en las crónicas de nuestra sagrada Religión que, por ocuparse en esto con tanta caridad, le fué dado un asiento honrosísimo, en el coro de los serafines, cuando murió. Mostrando Dios en esto cuán acepto le es este ministerio ejercitado con caridad y con celo de la pobreza santa, á quien su Hijo tanto amó, que aun después de muerto la tuvo por inseparable compañera. Así que dichosa es la suerte deste oficio, y contentísimo ha de estar con ella aquel á quien le cupiere, si fuere cuidadoso en el ejecutarle. Pero adviértase que la ropa seglar de los novicios, cuando toman el hábito, no ha de estar á cargo del ropero ni en lugar donde puedan verla los otros novicios, porque la ocasión, que es enemiga de la virtud, no les haga hacer alguna salida inconsiderada, especialmente ofreciéndoseles algún desconsuelo ó tentación. Imitando en esto á la providencia de Dios, de quien dice David que no dejará la vara ó arrimo de los pecadores cerca de la suerte de los justos, porque viendo la ocasión al ojo no alarguen los justos la mano á la maldad (1). Para prevenir, pues, este inconveniente, que es mayor de lo que parece, tendrá el maestro mismo, en un aposento apartado, la ropa seglar de los novicios, hecho un lío de la de cada uno dellos, y en él escrito el nombre de cuya es. Y no se disponga della por ninguna causa hasta que el novicio cuya es haya hecho profesión, porque si fuere necesario quitarle el hábito por culpa suya, ó él quisiere dejalle por alguna ocasión, halle su ropa conservada como cuando se la quitó. Y para que mejor se conserve, tendrá el maestro cuidado de hacer que se ponga á orear de cuando en cuando, y sea en lugar, como está advertido, donde no la puedan ver los novicios, porque de lo contrario se han visto seguir algunos inconvenientes. La ropa, pues, que ha de estar á cargo del novicio que tiene encomendada la ropería,

(1) *Non relinquet Dominus virgam peccatorum super sortem iustorum, ut non extendant iusti ad iniquitatem manus suas.* Psal. CXXIV, 3.

no es la seglar que dejaron, sino la que de ordinario traen y se mudan los novicios, á saber: los hábitos, mantos, túnicas y paños menores, la cual ha de ser diligente en procurar conservarla, teniéndola siempre limpia y no revuelta una con otra, sino cada cosa en su lugar, de tal manera que ni el desorden cause confusión, ni la confusión embarazo, sino que cada cual pueda con facilidad hallar lo que busca. Para el lavarla, podrá el maestro dar al ropero dos ó tres compañeros que le ayuden, porque repartido el trabajo entre muchos sea menos para cada uno, y puedan todos más fácilmente acudir á las comunidades. Ha de tener también cuidado, de cuando en cuando, de reconocer la ropa para ver si tiene necesidad de remendarse, señalando para esto tiempo particular en que todos los novicios se ocupen en remendarla, que pues todos han de hacer profesión de pobres, no es razón que ninguno ignore el oficio de coser y remendar, siendo tan propio de pobres. Y mientras los otros remiendan ó cosen, haga el maestro que algún novicio les lea en algún libro devoto, porque guardando con esta ocasión el silencio, se ocupe el pensamiento en lo que se lee, mientras las manos se ocupan en el ministerio de la santa pobreza. El caudal del ropero ha de ser tener lo necesario para la ropería, como son hilo, agujas, dedales, tijeras y algunos pedazos de paño ó de sayal, y cordel para remendar sandalias, y por amor de la pobreza santa, procurará de guardar estas cosas con el cuidado que suelen guardar su caudal los ricos. En el repartir de la ropa guardará el orden que su maestro le diere, escogiendo siempre para sí el hábito y túnica más vil, más remendada y pobre, porque no parezca que escoge lo mejor, por tener, como dicen, la mano en la masa. Y también pertenece al que tiene este oficio aparejar los hábitos en el lugar diputado para ello, cuando han de vestir algún novicio ó hacerle profeso, poniendo á buen recaudo la ropa que deja. Y porque ha de tratar con muchos ha de andar siempre sobre sí prevenido, para que en las ocasiones que se ofrecieren, ni pierda la paciencia, ni hable con desgracia á los otros.

Demás de los tres oficios susodichos, es de grande utilidad en los noviciados tener señalado un novicio que cele las costumbres y ceremonias santas del noviciado, para que no se pierdan. El oficio de éste ha de ser amonestar á los hermanos cuando los viere negligentes ó defectuosos en la observancia de las ceremonias y buenas costumbres, y dar aviso al maestro, con espíritu de caridad, para que lo remedie, cuando no aprovecharen sus amonestaciones. El que tiene este oficio es necesario que sea muy ejemplar, celoso, prudente y de condición suave, porque si alguna destas partes le falta, y particularmente la prudencia, hará más daño que provecho y será ocasión de muchas inquietudes y turbaciones. Para lo cual se ha de advertir que las faltas que se hacen en el noviciado, pueden ser en dos maneras: unas son personales, que dicen orden á sola la persona que las comete, como son jurar, mentir, comer demasiado, presumir de sí mismo y otras cosas semejantes á estas, cuyo daño resulta en sola la persona que las comete; y otras hay que dicen orden á toda la comunidad de los novicios, porque ultra de la culpa que se comete en ellas, se hace daño á todos en común, perdiéndose por aquel camino alguna buena

costumbre que pertenece al ornato y hermosura de la Religión, como es quebrantar el silencio cuando debe guardarse, sembrar cizaña entre los hermanos, faltar á las ceremonias monásticas y otras faltas desta manera. Digo, pues, que este oficio de quien vamos hablando, no dice orden á las faltas personales, porque éstas, sólo en los casos y de la manera que obliga la corrección fraterna, deben ser reprendidas, por ser prójimo el que las comete. Pero las faltas que resultan en detrimento de las costumbres monásticas, éstas ha de celar el que tiene este oficio, procurando el remedio dellas con grande prudencia, caridad y mansedumbre. Con prudencia, para que aguardando ocasión, tiempo y lugar y las demás circunstancias que son necesarias, no haga daño lo que se toma por medio para hacer provecho. Con caridad, para que la causa motiva y final sea el amor de Dios, el bien del prójimo y el celo de la observancia y conservación del estado religioso. Y con mansedumbre, porque las amonestaciones requieren espíritu de blandura, huyendo de todo lo que es apariencia de imperio y señorío, para que no sean odiosas. De manera que si el que tiene este oficio viere que no se guarda silencio, ha de llegar religiosamente, y rogar á los hermanos, con mucha suavidad, que lo guarden, y si están descompuestos, que se compongan, y así en todas las otras faltas. Y si con sola su amonestación se remedia, no hay para qué avisar al maestro; pero si no aprovechare, ha de avisarle á su tiempo con palabras sencillas y llanas, desnudas de toda malicia, advirtiéndole los abusos que se introducen y las buenas costumbres que van perdiéndose. Todo lo cual ha de hacerse con tan buen modo y tan sin pesadumbre de los hermanos, que echen todos de ver que su celo nace de caridad y no de malicia. Es también necesario, en los noviciados, que haya un hermano de los más antiguos que tenga cuidado de enseñar las ceremonias comunes que son luego necesarias á los que de nuevo toman el hábito, como son las humillaciones y postraciones, el alzar las mesas, el modo de hacer la humildad y otras cosas semejantes; porque si el maestro hubiese de hacer esto con cada uno, á él le sería molesto y á los demás enfadoso el oir repetir unas mismas cosas tantas veces. Pero ha de mirar que el novicio á quien se da este cargo sepa muy bien lo que ha de enseñar á los otros, porque mal se enseña lo que mal se sabe. Y para reparo desto debe el maestro, de cuando en cuando, hacer examen del aprovechamiento en estas cosas, industriando á los ignorantes y confirmando á los ya aprovechados. Y estas ceremonias, que se encomiendan al novicio más antiguo para que las enseñe, entiéndese que han de ser de las ordinarias, en las cosas mínimas, porque las que pertenecen á lo grave de la disciplina monástica, el propio maestro las ha de enseñar, de la manera que adelante diremos.

Y en el repartir estos oficios, entre otras cosas, se ha de considerar el número de los novicios, porque donde hay muchos no es bien que á uno se le carguen muchos oficios, si otras circunstancias no forzaren á ello, y donde hay pocos se ha de mirar que los oficios que se encomiendan á uno, ni sean incompatibles, ni le traigan demasiadamente acosado. También se advierta que estos oficios no se han de mudar á semanas, como algunos otros que dicen orden á la comu-

nidad del convento; antes se han de encomendar á los que tuvieren más talento para ellos. Pero ni tampoco han de ser perpetuos, de tal manera, que siempre los tengan unos mismos novicios, porque esto podría despertar envidias y causar alteración en los ánimos de algunos, viendo que no hacen confianza dellos como de los otros. Y así debe el maestro algunas veces variarlos, lo uno para atajar este inconveniente, que es mayor de lo que parece, y lo otro porque vayan aprendiendo todos, con el ejercicio, lo que deben hacer. Y también porque el ver que hacen confianza dellos, les anime á aprovechar en la virtud, que suele ser éste bonísimo medio, particularmente con gente de ánimo generoso y noble, para hacerlos aprovechar. Aunque en lo que toca al oficio del que ha de celar las buenas costumbres y ceremonias del noviciado, por ninguna causa se ha de dar á quien no tiene las partes que arriba dijimos, porque el yerro en este particular no puede ser pequeño.

Los demás oficios del convento que suelen hacer los novicios, como son los de la humanidad, el de registrar el oficio divino y volver las hojas en el coro, el de decir los versos y otros algunos que, según las costumbres de las provincias, se les suelen encomendar, es bien que los hagan á semanas, leyéndoles cada sábado en el noviciado un arancel de lo que han de hacer, y poniéndole en un lugar común donde puedan verlo. Advirtiendo el maestro que, á los modernos, les ha de dar siempre por compañeros los más antiguos y aprovechados, para que sucesivamente se vayan enseñando unos á otros lo que deben hacer, y pueda suplir el uno la falta del otro sin que se dé turbación, ni se ofenda en cosa alguna al peso y gravedad de la santa comunidad. Y adviértales que no puede, por su propia autoridad, encomendar el uno al otro el oficio que tiene, sino que para ello es necesaria licencia de su maestro. El cual ha de mirar mucho que los oficios que se hacen en presencia de la comunidad, como son volver las hojas en el coro, decir los versos ó lecciones del oficio menor y otras cosas semejantes á estas, se hagan con mucha puntualidad, no permitiendo que las haga el que no fuere diestro y tuviere gracia para ello. Porque no es razón que so color de que el novicio aprenda y se adiestre en aquel oficio, haga alguna cosa que, ó parezca mal, ó cause turbación á la comunidad. En lo cual algunas veces suele faltarse por inadvertencia de los maestros, con grande perjuicio de la gravedad, silencio y reverencia que á los lugares santos se deben, y mucho sentimiento de los religiosos celadores de la disciplina monástica, que en presencia de la comunidad sienten mucho, y con razón, cualquiera falta por leve que sea.

CAPÍTULO VII

Del recogimiento con que ha de criar el maestro á sus novicios y de algunos otros ejercicios para el año del noviciado

No se contente el maestro con tener ordenadas las cosas del noviciado de la manera que dijimos en el capítulo precedente, sino que ultra desto ha de procurar con extraordinario cuidado, como cosa sumamente importante, tener á sus novicios muy recogidos. Para lo cual debe acordarse que Cristo, Redentor nuestro, queriendo ponderar el amor con que había deseado recoger á su pueblo para que no se perdiese, se comparó á la gallina (1) cuando estando los polluelos recien salidos del cascarón, los tiene cubiertos debajo de la protección de sus alas. Y no quiso compararse á otra alguna especie de ave sino á la gallina porque, como dice San Agustín (2), ninguna hay que tanto descubra el afecto de madre como ella, de tal manera, que aunque no se vean los hijuelos, sólo en ver su flaqueza y el ansia con que anda incesantemente cacareando, porque acudiendo á su voz se recojan, se le conoce ser madre. Si es verdad, pues, lo que dice san Buenaventura, que el maestro para con sus novicios ha de tener afecto de madre (3), razón es que, á imitación de Cristo, sea semejante á la gallina, particularmente en el ansia con que procura tener recogidos sus pollos y estar siempre sobre ellos. Y entienda que así como á los polluelos ninguna cosa los hace tanto medrar y andar lucidos como el tenerlos siempre su madre debajo de sus alas, y en apartándose della corren peligro de que ó el milano los arrebate, ó alguno descuidadamente los pise, ó finalmente, les acaezca alguna otra desgracia; así la continua superintendencia del maestro sobre los novicios es la cosa que más medrados y lucidos los trae, y en faltando ésta están á peligro de que, ó las aves de rapiña infernales los traigan corridos y amilanados, ó aquel león, de quien dice San Pedro que todo lo cerca por ver si podrá tragar á alguno, los despedace entre sus uñas y se los trague. Y así es cosa importantísima que el maestro, ó los tenga siempre consigo, ó ande continuamente con ellos. Los arbolillos tiernos han menester un continuo arrimo para que no tuerzan á una parte ni á otra, y en faltándoles, luego se encorvan y cobran algún avieso, y es cierto que acaece lo mismo en los novicios. Por lo cual perpetuamente el maestro ha de acompañarlos al coro, al refectorio y á todas las otras comunidades. No deje de asistirles sin gravísima causa en todas las ocupaciones y ejercicios ordinarios, y en acabando su tarea vuélvalos á recoger al noviciado. Y procure con muchas veras que no vean frailes profesos sino en los lugares donde

(1) *Jerusalem, quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti.* Matt. XXIII, 37.
(2) Augusti. tractatu XV, *in Joan,* etc., libr. II, *quaestio. Evang.*
(3) Bonavent. *in specul. novitiorum,* part. II, c. IV.

la comunidad se junta, en los cuales el mismo peso y gravedad della los hace estar compuestos y mortificados. Esto ha de hacer porque no vean algún descuido en los religiosos que desdiga de lo que él les enseña. Porque es cierto que les hace más daño el ver sola una niñería, por leve que sea, que provecho el oir muchas pláticas y exhortaciones de su maestro, aunque sean de mucho espíritu. Y cierto es cosa de grande lástima y digna de extraordinario sentimiento, que habiendo de ser los religiosos profesos el dechado, en quien los novicios habían de tener siempre puestos los ojos para reformar sus defectos y aprender religión y buenas costumbres, haya de ponerse cuidado para que no los vean, porque no les sirvan de tropiezo y escándalo. Al fin, presupuesto el descuido de algunos, aunque sean pocos, este cuidado es necesarísimo para evitar muchos daños, y algunos maestros hay que por esta causa, acabado el oficio divino ó cualquier otra comunidad, detienen de industria á sus novicios en el coro ó en otra oficina hasta que los religiosos profesos han tenido tiempo de irse á sus celdas, por no pasar con los novicios por donde ellos están, quitándoles la ocasión de ver algún descuido que pueda ofendellos.

Cuando por no poderse excusar, hubiere el maestro de enviar algún novicio ó novicios fuera del noviciado, procure saltealIos repentinamente cuando ellos estén más descuidados, para que desta manera pueda echar de ver el silencio que guardan y la composición que tienen estando en su ausencia, y para que andando ellos siempre celosos de que su maestro los ha de coger descuidados, aquel temor les sirva de ayo que los haga andar continuamente compuestos. Este recelo en los novicios suele ser de mucho provecho, y así me parece bien lo que he visto en algunos noviciados, que en la celda del maestro hay una celosía pequeña, de donde, sin ser visto de los novicios, puede él mirar y echar de ver todo lo que ellos están haciendo. Y como saben que los puede el maestro ver sin ser visto, siempre están recelosos y compuestos, como la esposa cuando decía: ¡Ay!, que está mi esposo tras la pared mirando por los resquicios y viendo por la celosía lo que estoy haciendo (1). Y aunque es verdad que esta manera de obrar por temor es imperfecta, es cierto que para la imperfección de los novicios es proporcionada y de mucho provecho, porque haciéndose hábito de composición y recogimiento por este camino, queda después con preferencia el buen hábito y es fácil cosa mudarse la causa motiva.

De todo lo que habemos dicho se sigue, que si con tanto cuidado se ha de procurar que los novicios no hablen con los profesos, ni los vean, si es posible, fuera de las comunidades, es necesario, para que esto tenga efecto, que no los ocupen en ministerios donde les sea forzoso tratar de ordinario con ellos. De suerte que aunque sea con celo y por vía de caridad, como es para servir algún fraile viejo ó enfermo, por santo que sea, no es bien que los tengan fuera del noviciado, porque aunque el religioso á quien sirven sea muy compuesto y cuidadoso de dar buen ejemplo al novicio, los que llegan á visitarle serán por ventura descuidados en esto. Y no pára el daño en sólo el novicio

(1) *En ipse stat post. parietem nostrum respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos.* Cantic. II, 9.

que vió el descuido del religioso descompuesto, sino que aquél lo refiere á los otros novicios, y así va poco á poco cundiendo el escándalo y perdiéndose el buen concepto que de los religiosos tenían, y algunas veces la devoción con que vinieron del siglo. Y ultra deste daño, que no es pequeño, de aquí proceden también otras relajaciones dignas de remediarse, porque so color de acudir el novicio al ejercicio de caridad que le está encomendado, goza de algunas libertades dañosísimas, como son entrar á hurtadillas en las celdas de los profesos, parlar con ellos, comer á horas extraordinarias y otras cosas semejantes á éstas, que aun á los aprovechados en la virtud, si alguna vez se descuidan en ellas, los distrae, cuanto más á los que apenas han comenzado á echar raíces en las virtudes. Y si dijere alguno que es razón que vayan aprendiendo las cosas de la Orden y enseñándose en los ejercicios de caridad, para que después de profesos sepan hacerlos, á esos respondo que para aprender esas cosas hay tiempo toda la vida, y si el recogimiento no se aprende el año del noviciado, con dificultad después se puede aprender, porque las distracciones y ocupación ordinaria son impedimento para aprendello y ocasión para que se pierda mucho de lo aprendido. Cuanto más que yendo juntos los novicios, como es de costumbre, á visitar los enfermos, á hacer las camas y á otros ministerios de su servicio en compañía de su maestro, también aprenden ejercicios de caridad sin tanta ocasión de distraerse. El descuido que suele haber en esto, y la facilidad con que los Prelados ocupan por leves ocasiones á los novicios fuera del noviciado, me hace detener en esto, porque no he visto maestro celoso y discreto que no le llegue al alma este abuso, afirmando que es la total ruina de los noviciados y el mayor impedimento para el aprovechamiento de los novicios. Y es lo peor que hay quien piensa que en hacerlos trabajar mucho y llevar á cuestas grande parte de las ocupaciones del convento, consiste enseñarles bien las virtudes y Religión, teniendo por buen novicio solamente al que es ágil y diligente en las cosas exteriores del ministerio del cuerpo, y por tonto al que es encogido, y recogido en lo interior del alma. Y de aquí nace que en ofreciéndose cualquier ocasioncilla en la huerta, en la cocina ó en las demás oficinas del convento, luego hacen que supla la falta un novicio, y así, al fin del año del noviciado saben menos de lo que sería razón de cosas interiores de oración y recogimiento. Evítese, pues, este abuso cuanto fuere posible, y si por alguna grande necesidad no se pudiere excusar el andar los novicios entre los religiosos profesos, ó tener oficio en compañía de alguno dellos, debe el maestro advertilles las ocasiones que han de ofrecérseles para que se prevengan, y enseñarles el modo de proceder para saberse valer en ellas, porque yendo prevenidos sepan mejor pelear y salir con victoria. Adviértales que no se escandalicen de lo que vieren, ni se inquieten si les dijeren alguna palabra pesada ó si les hablaren con poca gracia ó con cólera, porque lo uno y lo otro se suele hacer muchas veces de industria por probar su simplicidad y paciencia. Y encomiéndeles mucho que si vieren alguna falta fuera del noviciado, no la refieran á sus hermanos; y si hallare alguno defectuoso en esto, castíguelo con severidad para que sea á los demás escarmiento. Ni se contente con esto, sino

que á los religiosos con que hubieren de tratar los novicios les encargue mucho el cuidado de darles muy buen ejemplo y de tratarlos con mansedumbre y con término religioso, y dígales que si alguna vez faltaren en ello, procuren cubrir su falta con alguna buena palabra, porque no escandalicen á los pequeñuelos, de cuya edificación tuvo tanto cuidado Cristo (1).

Recogidos ya los novicios con la solicitud y cuidado que hemos dicho, debe el maestro exhortarlos con muchas veras á huir de la ociosidad como de pestilencia. Porque, como dijo nuestro seráfico padre San Francisco, ésta es la capital enemiga del alma, que abre la puerta y da entrada á innumerables enemigos suyos. Y no sin causa la llamó el melifluo Bernardo sentina de todos los vicios, porque así acuden á ella todos ellos, como á la sentina en la nave, todas las inmundicias. Ella es, como dice el mismo santo, la madre de las burlas, la madrastra de las virtudes y la que precipita á los varones fuertes con fortaleza, haciéndoles dar de ojos en diversos pecados. De los ociosos dijo David (2) que reciben en vano el alma, y de la fe ociosa dice Santiago que es muerta (3). Porque lo mismo es estar ocioso que estar muerto, salvo que la muerte no es culpa, y la ociosidad lo es muy grande.

Procura hacer siempre alguna cosa, dice San Jerónimo, para que el demonio, si llegare á tentarte, te halle ocupado, porque con dificultad vence á los que ve ocupados en ejercicios honestos, y ninguna cosa le es más fácil que derribar á los desocupados y ociosos. Y no sin causa dijo el santo Job (4) que el hombre nace para el trabajo como las aves para el vuelo, para enseñarle en esto que el mismo peligro corre el hombre cuando está ocioso, que las aves estando paradas. Ellas, en dejando de volar y parando en alguna parte, están á peligro de que el cazador les haga tiro y las mate, y él, en dejando de trabajar y estando ocioso, lo está de que el demonio le hiera con alguna jara enherbolada y le mate el espíritu. Y siendo esto así, razón es que los que están recogidos trabajen, y que el maestro los haga ocupar en algún ejercicio honesto.

Las ocupaciones del noviciado han de ser: orar, leer, remendar, hacer disciplinas, anudar cuerdas y otras cosas semejantes de que en adelante trataremos; en las cuales variando á ratos la ocupación, porque no cause fastidio, ha de estar siempre el novicio ocupado. Y aun que alguna vez sienta pesadumbre en aplicarse á estas cosas, ha de hacerse fuerza para desechar la pereza, porque si esta se enseñorea del alma, luego al punto la hace inútil para todo lo bueno, y dispuesta para todo lo malo. Y porque en estos ejercicios que se hacen para ocupar el tiempo, y huir de la ociosidad, no se mezcle alguna imperfección que disminuya el valor de la obra, adviértales el maestro dos cosas. La primera es, que en las cuerdas y disciplinas que

(1) *Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis, qui in me credunt, expedit ei ut supendatur,* etc. Matt. XVIII, 6.

(2) *Innocens manibus et mundo corde, qui non accepit in vano animam suam,* etc. Psal. XIII, 4.

(3) *Sicut enim corpus sine spiritu mortuum est, ita et fides sine operibus mortua est.* Jac. II, 26.

(4) *Homo nascitur ad laborem, et avis ad volatun.* Job. V, 7.

hacen, huyan todo género de curiosidad así en cuanto á la materia como en cuanto á la hechura. Lo cual ha de advertirles, porque el demonio que suele pervertir todo lo bueno, hace algunas veces que las cuerdas con que los religiosos se ciñen, y las disciplinas con que doman la carne, se hagan de materias extraordinarias, sirviendo para ellas no solamente el esparto, las cerdas, el cáñamo y el lino; sino también las malvas y aun la pita traída de las Indias: y en las hechuras dellas introduce tantas invenciones, que parecen más adornos de mujeres para salir á vistas, que no instrumentos de penitencia para mortificar la carne. Y es lástima que entre religiosos que profesan vida evangélica y menosprecio de mundo, ya que no puede haber variedad en el traje, como entre los seglares, porque el hábito no lo consiente, la haya en las disciplinas y cuerdas, autorizando con esto la vanidad del mundo y sus profanidades.—La segunda cosa que ha de advertirles acerca desto es, que no pongan la voluntad en estas cosas, ni las hagan con ansia y sujeción de espíritu, como si fuese tarea que va la vida en acaballa. Porque cuando se llega á esta miseria, es cosa de lástima, ver la inquietud con que el demonio los trae: en el refectorio, en el coro, en la oración y en cualquier lugar ó ejercicio por santo que sea, están pensando en aquello, y reventando por acabar presto las otras obediencias, por acudir á acabar de anudar la cuerda ó disciplinas que dejaron comenzadas, y sino pueden tan presto como querrían, están rabiando y murmurando de quien los tiene ocupados, con un recocimiento y mohina interior, que les hace hallar disgusto en cuanto están haciendo.

Esta verdad se confirma con el ejemplo de nuestro Seráfico Padre San Francisco, del cual leemos, que habiéndose ocupado en hacer una cestilla de mimbres, por huir de la ociosidad y habiéndola dejado comenzada, le salteó el pensamiento de la cestilla estando el santo en la oración, de tal suerte, que no le daba lugar para estar en ella con quietud, por lo cual, en saliendo de la oración ofreció á Dios la cestilla en sacrificio, echándola en el fuego, porque otra vez no le llevase tras sí el pensamiento. Y si esto acaece á los santos, cuando algún poquito se descuidan ¿qué hará á los imperfectos? Para remedio pues deste inconveniente advertimos, que se huya la curiosidad en estas cosas; porque esta suele ser la ocasión de que se pegue la voluntad á ellas, y es muy cierto que cuando son llanas y groseras no inquietan, porque no aficionan la voluntad. Los que ignoran el tesoro inestimable que está encerrado en la quietud y libertad de espíritu, tienen por niñerías estas menudencias; pero los maestros que han de ser varones espirituales y saben el daño que hacen, procuran advertirlas con tiempo y atajarlas en sus principios porque echan de ver que creciendo y no haciendo caso dellas, vienen á estorbar muchos bienes y aún á ser causa de muchos males. Aconséjeles, pues, que cuando vieren en sí esta manera de inquietud y estas ansias por acabar lo que tienen comenzado, lo dejen por entonces; y aunque pasen muchos días no vuelvan á poner mano en ello, hasta que sientan sosiego y paz en el apetito y libertad para hacer aquello ó dejarlo de hacer. Lo cual se entiende, cuando la obediencia no manda otra cosa, que en tal caso, bastará hacer un protesto interior, que por la obediencia pura-

mente se hace, y no por satisfacer al apetito que lo pide con exacción.

Ha de advertirles ultra desto, que en los ejercicios corporales, que tanto encomiendan los padres antiguos, han de velar mucho sobre sí, en no tener el pensamiento ocioso mientras las manos trabajan. Sino que atendiendo la imaginación con suavidad, á lo que hacen las manos para que vaya bien hecho, el entendimiento atienda á las cosas del cielo para que fué criado. De tal manera, que la obra corporal que se va haciendo, no se lleve todo el hombre tras sí, sino solamente aquella parte, que es precisamente para ella; porque no es razón que el entendimiento, siendo tan noble, esté sepultado en cosas tan bajas. Algunos tienen esto por imposible y verán que no lo es, si consideran que cuando el pensamiento se ocupa en alguna cosa ruín, conforme al gusto de la sensualidad, sin repugnancia alguna van las manos trabajando en la obra y el pensamiento pasando adelante en lo que le da contento; de suerte que acaece haber estado una hora trabajando sin que el pensamiento haya atendido á lo que las manos hacían, sino á lo que era su gusto. Y lo mismo acaece cuando los pensamientos son impertinentes, que pasan en un punto á las Indias, penetran á las entrañas de la tierra, arman ejércitos, proveen dignidades, trasiegan reinos, navegan mares, fabrican torres de viento; sin que esto haga embarazo á lo que se va trabajando con las manos. Pues, ¿no es grande ignorancia pensar y persuadirse que solamente el pensar en Dios es impedimento para lo que van las manos haciendo, no siéndolo el pensar en cosas inútiles y dañosas? Tenga cuidado el religioso y vele sobre su pensamiento y pida gracia al que dá la suficiencia para pensar bien, poniendo en Él toda su confianza, cuando se pone á trabajar con las manos y encomiende esto al Ángel de su guarda, que es el ministro de los buenos pensamientos, y experimentará que era obra del demonio y no imposibilidad de la naturaleza, el sepultar el pensamiento en la obra que van haciendo las manos. Y á los que hallaren grande dificultad en esto, enséñeles el maestro, que á lo menos de cuando en cuando, aunque por un breve tiempo, cese el ejercicio de lo que se va corporalmente haciendo, levanten el pensamiento á lo alto, usando de las oraciones jaculatorias, como adelante diremos, de suerte que no pase mucho rato, sin ocupar el pensamiento, aunque sea brevemente, en el cielo. Y para que en esto no haya descuido, será buen medio, que el maestro algunas veces haga examen deste ejercicio, preguntándoles, en qué están pensando y exhortándoles con suavidad y llaneza, á que manifiesten la verdad simplemente, diciendo sus pensamientos por impertinentes que sean. Lo cual ha de hacer muchas veces al día cuando están más descuidados, no solamente en la ocasión y tiempo de los ejercicios corporales de que vamos tratando, sino también en otra cualquier ocasión y ejercicio. Esto encomiendan con extraño encarecimiento todos los padres antiguos que escribieron desta materia, porque la experiencia les enseñó ser cosa necesarísima. Y es cierto, que el ver los novicios este cuidado en el maestro, y el saber que han de examinarlos en cosa que tanto sienten, es como un continuo estímulo, que los va despertando á tener siempre el pensamiento bien ocupado. Para ayudarles en esto el maestro, ha de aconsejarles que tengan consideraciones determinadas

para todas las horas y ejercicios del día, las cuales no han de ser unas mesmas en todos, sino proporcionadas al espíritu de cada uno; porque en esta materia no es razón llevar forzado el espíritu, sino que cada cual siga el que le comunica Dios para que le sea el ejercicio tanto más fácil, cuanto fuere más conforme á su inclinación natural. Los medios que ayudan para esto y el modo de ponerlos en ejecución, diremos en otro lugar, cuando tratemos del ejercicio santo de traer á Dios siempre presente; que es lo más importante y lo que más dulces hace los trabajos de la vida monástica.

CAPÍTULO VIII

De los ejercicios y doctrina que ha de enseñar el maestro á sus novicios en el discurso del primer año

Todos los días ha de tener señalado el maestro, alguna hora cierta y desocupada en la cual todos los novicios concurran juntos al oratorio, para tratar de las cosas concernientes al estado monástico. Allí les hará sus pláticas para exhortarlos á la mortificación de las pasiones y ejercicio de las virtudes. Y porque entre las vías de los principiantes, la primera ha de ser la purgativa, á la cual pertenecen los ejercicios de la penitencia; lo primero que ha de procurar el maestro es, criar en ellos unos deseos ardientes desta virtud con los cuales vengan á concebir un odio santo contra su propia carne; tratándola como á enemiga por haber sido principio y seminario de todas las ofensas cometidas contra la divina Bondad. Hágales que propongan y determinen de no dejar pasar día, en que no hagan algún pesar á su carne; ó privándola de algún gusto, ó haciéndola algún disgusto. Y ponderéreles cuán dificultoso es el estado de los verdaderos penitentes: pues osó decir San Ambrosio que con mayor facilidad había hallado algún varón inocente, que verdadero penitente. Y para mí tengo por cosa cierta, que el estado de los verdaderos penitentes es de mayor dificultad, porque para conservar la inocencia, la mayor guerra es contra la mala inclinación natural, que es el enemigo casero más fuerte; mas para ser verdadero penitente, ultra deste enemigo, hay otro no menos poderoso que es la mala costumbre, contra la cual apenas hay fuerzas que basten, ni contrario que no se le rinda. Al fin, la vida de los verdaderos penitentes ha de ser una perpetua violencia de sí mismos para lo presente; un continuo llanto de lo pasado y un ordinario temor de lo porvenir. Ha de tener continuamente el que trata de hacer penitencia su carne por sospechosa, no juzgando jamás en su favor, ni dando crédito á sus quejas, ni haciendo caso de achaques ni de accidentes ligeros; porque andarse quejando de cosas leves como son dolorcillos de cabeza ó de estómago ó de algún calorcillo extraordinario, que no llega á ser perfecta

calentura, y tomar de allí ocasión para faltar en el coro ó en otras comunidades, señal es de espíritu relajado y poco penitente. Al maestro pertenece preguntar á sus novicios cómo les va, lo cual ha de hacer algunas veces, especialmente cuando los viere tristes, ó alterado el semblante, ó mudado el color del rostro, y entonces dirán ellos con sinceridad lo que sienten, por leve que sea el daño; y el maestro con entrañas de padre tratará luego de su remedio. Pero ellos, cuando el daño no es mayor de lo que ahora decíamos, teman no los engañe la carne con sus roncerías, porque sabe muy bien fingirse enferma, porque la regalen. Y como dijo una persona experimentada y santa (1), no quiere el demonio más que vernos temerosos de perder la salud del cuerpo, para hacernos temer que todo nos ha de matar ó hacer daño. Y dice más, que nunca pudo aprovechar, hasta que dió en hacer poco caso del cuerpo y en no estimar mucho la salud. Y haciendo esto, dice que echó de ver que algunos de los que juzgaba por males, no eran sino tentaciones; porque entonces comenzó á tener más salud, cuando comenzó á hacer poco caso della. Así que hacer caso de pocas cosas, no es de verdadero penitente, y en especial es esto dañosísimo en los principiantes. Porque, como dice el melifluo Bernardo, no es cosa decente al fervor de los novicios, usar de discreciones misericordiosas consigo mesmos. Y en los tales, la dispensación fácil en el rigor de la penitencia, no se ha de hacer por el propio juicio; pero tampoco se ha de rehusar hecha por el ageno. Ha de ser rígida para consigo mesmo la censura del principiante, mas el amor paternal del que le gobierna, ha de ser piadoso y caritativo. En el flojo y tibio no espero perseverancia, y en el precipitado temo la caída. Y finalmente tengo por imposible, que dure en la congregación de los religiosos, el novicio prudente ni el principiante sabio. Todo esto es de San Bernardo.

Y de lo que dice en estas palabras, aunque breves, se puede colegir el fervor que se requiere en los principios y la poca misericordia con que los nuevos penitentes han de tratar su carne. Castíguenla y hagan que pague lo que se holgó, llevándola perpetuamente acosada pues ella los ha traído acosados. Y aunque en las penitencias extraordinarias y rigurosas, como son disciplinas frecuentes y prolijas, ayunos, cilicios y cosas desta manera, se ha de pedir licencia y tomar el consejo del maestro, como arriba dijimos, otras hay que lastiman la carne, sin que corra peligro la salud, y estas se pueden hacer de ordinario, como son: darle muchos pellizcos en los brazos ó muslos, ó en otras partes sensibles, tirarse de los cabellos de los aladares, perseverar en partes calurosas en el verano, no buscar defensivos contra el frío en el invierno, sufrir la sed con perseverancia y otras semejantes penalidades, de las cuales usaba casi continuamente el padre Francisco de Borja, como quien deseaba andar incesantemente haciendo pesar á su carne.

También pertenece á este estado de penitencia el evitar cualquier género de culpas por leves que sean, y particularmente las que son de malicia, esto es, aquellas que, echando de ver que lo son, las comete

(1) Santa Teresa, lib. I, c. XIII.

el hombre con voluntad expresa y determinada, no parando en que son repugnantes á la de Dios. Estas, aunque sea en materia liviana, se han de evitar cuánto fuere posible; porque el atreverse desta manera, es un género de desvergüenza, que aun en cosas pequeñas da muy en rostro á Dios, y suele quitar por ella el trato regalado que tiene con sus amigos, negándoles su familiaridad como indignos della, y dejándolos, en pena deste atrevimiento, caer en culpas mayores. Que las faltas cometidas por ignorancia ó flaqueza, aunque también se han de procurar evitar, no son tan perniciosas, ni dejan tan mala semilla en el alma, ni las castiga Dios tan severamente, antes es muy fácil en perdonallas; porque apenas se puede librar el hombre dellas. Con todo eso, el que desea la pureza y serenidad de conciencia, ha de irse á la mano en ellas, pero de tal manera, que si alguna vez se le viere caído, no desfallezca entristeciéndose demasiado, ni perdiendo el ánimo de pasar adelante; mas antes reconociendo su frugalidad y flaqueza, procure dolerse amorosa y suavemente de sus descuidos, y vuelva con nuevos propósitos á proseguir su carrera con una determinación denodada de no volver á caer en las mismas faltas, ni en otras. Y para que tenga efecto esta determinación, conviene pedir luz á Dios para conocer las culpas cometidas, y socorro para levantarse dellas; porque dificultosamente se puede buscar el remedio donde no se conoce el daño, y poco aprovecha conocerlo, si no hay valor para remediarlo. De los justos, dice el Espíritu Santo, que caen siete veces en el día, y que otras tantas se levantan (1). Y la causa de levantarse tan presto es, como apuntó San Bernardo, porque su caída es en el día, cuando hay luz para conocella, y quien cae echando de ver que ha caído, es cierto que no dejará de levantarse, si lo desea y pide la mano á quien le puede ayudar para ello. De manera que, ultra de la luz necesaria para conocer las faltas ordinarias, es necesario pedir á Dios la mano para que ayude á levantarnos. Y además desto, importa el guardarnos de cometellas de allí adelante, porque, como dice el mismo Bernardo (2), llorar las faltas, y volver luego á ellas, es como quien lava un adobe, que cuanto más le lavan más lodo hace.

Colíjase, pues, de aquí, el cuidado con que ha de vivir el verdadero penitente, y la instancia con que ha de pedir á Dios su favor y gracia. Y no parezca mucho lo que se pide, porque por este medio se alcanza la pureza de la conciencia, que es la cosa de más estima y la que con más cuidado y solicitud ha de procurar un religioso; porque su gloria, como dice San Pablo, ha de ser el testimonio de su conciencia (3). Para alcanzar, pues, esta pureza, que es la perfección y remate de la vía purgativa, es eficacísimo medio la frecuencia de las confesiones; porque además de perdonarse en ellas los pecados, que son los que borran la pureza del alma, comunícase con la gracia sacramental una participación de la luz divina, con la cual, ilustrado el entendimiento, descubre, para guardarse dellas, algunas faltas é imperfecciones, que sin esta luz no pudiera echarlas de ver, por bien que las escudriñara; así como entrando el sol en un aposento, se echan de ver los átomos y

(1) *Septies enim in die cadet iustus et resurget.* Prov. XXIV, 16.
(2) *Bernardus. De modo bene vivendi ad sororem.* Cap. XVII.
(3) *Nam gloria nostra haec est, testimonium conscientiae nostrae.* II, Cor. I, 12.

otras cosas menudas, que sin la luz de sus rayos fuera imposible poder divisallas. Procure, pues, el maestro aficionar á sus novicios á la frecuencia de las confesiones, enseñándoles los provechos que desto se sacan, y constitúyales dos días á lo menos en la semana para este efecto, y más si fuere necesario. Pero adviértales que las confesiones se han de hacer con grande preparación, para que, por medio dellas, se consiga el efecto de la pureza y serenidad de conciencia; porque si se hacen por sola costumbre, ó por temor de ser reprendidos del maestro, sin que preceda el debido examen, ó no hacen provecho por ser informes, ó hacen daño por no ser válidas. El examen ha de ser mayor ó menor, según el tiempo que ha pasado después de la última confesión, y según las ocasiones y variedad de negocios que se han ofrecido. Porque en menos tiempo puede haber mayor necesidad de examen, habiendo sido mayor la ocasión de las distracciones. El cuidado que se ha de poner en esto, es el que suele poner un hombre muy cuidadoso en un negocio de mucha importancia; que, pues, éste es el más importante de todos, no es mucho que pidamos para él este cuidado. Ha de elegirse para esto un rato desocupado y un lugar quieto y sin bullicio, donde con diligencia se puedan escudriñar los rincones de la conciencia, para sacar en limpio las cosas en que habemos faltado para con Dios, para con nosotros mesmos y para con nuestros prójimos, en pensamientos, en palabras y en obras. Mirando en cada una destas cosas, el número y circunstancias de los pecados, para decirlos después al confesor enteramente, con humildad, con llaneza, con verdad, sin doblez y sin confusión de escrúpulos, sin disculparse á sí, sin acusarse ni nombrar á otro; sin rodeos de palabras ni empaliaciones. Considerando que en esta audiencia, el alcanzar perdón consiste en saber acusarse y en conocerse culpado.

Exhórteles á que descubran todos sus pensamientos al padre espiritual, aunque sean contra el mesmo, porque si no llegan á hacer de él esta confianza, nunca alcanzarán verdadera quietud de conciencia. Enséñeles el modo de confesarse, de tal manera, que no se confiesen por cartilla, como suelen hacerlo algunos, poniéndose á peligro de decir alguna mentira, confesando lo que no han hecho por no faltar al arancel que tienen estudiado. Adviértales que para no ser fingida la confesión, deben acompañar las palabras que dicen con actos interiores del alma, de tal suerte, que lo que confiesan ser culpa, conozcan que lo es, y sientan entrañablemente el haberla cometido, avergonzándose de haber ofendido á tal Dios. No se descuiden de proponer la enmienda, no con flojedad y tibieza, sino con determinación varonil y constante. Y acompañen la humildad interior del alma con el acto exterior del cuerpo, poniéndose de rodillas y con la cabeza descubierta ante el confesor, con el temor y reverencia que tendría un reo ante la presencia de su juez, con los ojos bajos, las manos juntas y la cerviz inclinada, considerándose en el juicio de Dios, y esperando con temor y temblor la sentencia de sus delitos. Y acuérdense que, como dice San Ruperto, en postrando el hombre las rodillas en tierra, ha de estar con lágrimas en las mejillas. Que para enseñar esto, la Naturaleza ordenó que, estando el niño en el vientre de su madre, tenga las rodillas puestas en la concavidad de los ojos cerca de las mejillas. Y por la misma causa

en la lengua latina pusieron á estas dos cosas los nombres tan semejantes, llamando á las rodillas *genua*, y á las mejillas *gennae*, para dar á entender en esto cuán juntos han de andar los oficios destas dos cosas: el de las rodillas, postrándose en tierra, y el de las mejillas, cubriéndose luego de lágrimas. Y aunque en todas las ocasiones se debe hacer esto, pero en particular conviene hacerse cuando las rodillas se postran para confesar pecados, porque para esto particularmente se nos dieron las lágrimas; y así, ya que falten las de los ojos del cuerpo, á lo menos no han de faltar las del corazón. El confesor ordinario de los novicios, ha de ser su maestro, y amonésteles que en ningún tiempo, aunque esté en su mano, sean amigos de andar mudando confesores, antes, cuando les fuere forzoso confesarse con otro por estar el maestro ausente, deben, como enseñaba San Buenaventura (1), la primera vez que vuelvan á confesarse con su confesor ordinario, manifestarle las culpas más graves que confesaron al otro, estando él ausente; que aunque esto no es cosa obligatoria, sin duda alguna es de grande utilidad y merecimiento. Mas porque la flaqueza y miseria de la humana fragilidad es muy grande, y suelen algunas veces los novicios, ó tener enojos, ó hacer juicios siniestros de su maestro, será bien que algunas fiestas principales les den libertad para confesarse con otro, con tal que sea religioso, prudente y de espíritu, que tenga caudal para consolallos; porque la experiencia ha enseñado ser utilísima esta condescensión caritativa, para dilatar el espíritu apretado de los novicios. Y aun es sano consejo que, cuando el maestro viere que se ofrece alguna ocasión en que de alguno dellos se puede temer que no tendrá libertad de espíritu para confesarse con el mismo maestro, le mande que se confiese con otro, para que descubra su pecho libremente, aunque esto no ha de ser muy ordinario.

Ultra deste medio, ayuda mucho para alcanzar la pureza de la conciencia, el cuotidiano examen de los defectos ordinarios. Y así, el maestro ha de exhortar mucho á sus novicios, que á lo menos dos veces al día hagan examen de su conciencia, considerando las faltas que han cometido, y entrando en juicio consigo mismos para castigarlas, imponiéndose alguna penitencia, y proponiendo la enmienda. Lo cual ayudará también para hacer después más fácilmente el aparejo que dijimos ser necesario para las confesiones. Y si esta diligencia de examinar cada día la conciencia, es ayuda de una solicitud cuidadosa de mortificar las pasiones y ejercitar las virtudes, sin duda alguna se alcanzará la paz del alma y serenidad de conciencia que desean los que aspiran á la perfección evangélica. Para cuya conservación, después de haberla alcanzado, es único medio el de la frecuencia del Sacramento santo de la Eucaristía, porque como Manjar divino y soberano enfortalece al alma y le da bríos para resistir los contrarios desta pureza, que son los pecados. Y también porque en él se recibe realmente la sangre de Cristo, que es la que purifica las almas. Para que gocen, pues, de un medio tan soberano, procurará el maestro aficionar á sus novicios á la devoción y frecuencia deste último sacramento, dándoles algunas veces licencia para comulgar juntamente todos los que no son

(1) *D. Bonavent. in specul, disci.*, p. 2., cap. III.

sacerdotes. Lo cual se ha de hacer, considerado el espíritu, la devoción, el hambre espiritual y las necesidades de cada uno. Adviertiéndoles, que sin particular licencia de su maestro, no les es permitido comulgar fuera de los días acostumbrados; porque comulgar sin devoción y sin aparejo, es ilícito; y juzgar ellos de sí que la tienen, es presunción; y así, para obviar estos daños, es bien que tomen el parecer ajeno, y se humillen á pedir licencia. Pondéreles mucho el maestro el aparejo grande que se requiere para recibir al Dios de la majestad, y porque no se atierren con esto, pondéreles también su bondad, que nos convida y manda que lo recibamos, para que el considerar su grandeza les cause respeto, y el ver su bondad les acreciente el ánimo para llegar á recibille. Dígales que consideren, que cuando llegan al sacramento, no solamente van á ser convidados de Cristo, sino también á tener á Cristo por convidado, porque Él mismo dice en el Apocalipsis, que está á nuestra puerta, y llama, y que si alguno le abriere, cenará con Él, y él con Cristo (1). De manera que, así como Cristo nos convida, cuando se nos da en este altísimo sacramento, así nosotros, cuando le recibimos le convidamos á Él. El manjar que Él nos da, es á sí mismo, y el que nosotros le habemos de dar, somos nosotros mismos. Pero, como advierte San Pablo (2), es razón que probemos el manjar que le damos, antes que se lo demos; porque los reyes, es justa cosa que coman con salva, porque no se les de manjar ponzoñoso ni desabrido, y pues Cristo es Rey de los reyes, y Señor de los señores, razón es que se le haga la salva en el manjar que habemos de dalle. Mirando que esté limpio, porque es la misma limpieza, y que esté muy caliente; porque los manjares tibios, Él mismo dice que le causan vómito (3). Quiero decir que, pues el manjar que le habemos de dar cuando comulgamos, son nuestras almas, reconozcamos primero si hay en ellas limpieza de conciencia, y purifiquémoslas, no sólo de los pecados mortales, sino también de las culpas veniales; que para significar esto quiso Cristo lavar los pies de sus discípulos la noche de la Cena, antes de comulgarlos, y el sacerdote, por la misma causa, se lava los extremos de los dedos antes de consagrar.

Mírese, ultra desto, la pureza de la intención que nos mueve á llegarnos al sacramento, que no sea por fuerza, ni por costumbre, ni por temor, ni por respetos humanos, ni por amor propio, cual es el que tienen los que llegan á comulgar por la suavidad y devoción sensible que hallan en la recepción deste sacramento, sino por puro amor y deseo de unirse con Cristo, quedando en nosotros, y nosotros en Él, como su Majestad lo prometió á los que dignamente comen su carne y beben su sangre (4), ó para conocerle, ó para remedio de nuestras enfermedades, ó para esfuerzo de nuestra flaqueza, ó para alcanzar alguna gracia particular, ó para agradecimiento de los beneficios recibidos, como lo hacía David, que para pagar á Dios las mercedes recibidas de su divina mano, decía que quería recibir el cáliz de la

(1) *Ecce sto ad ostium, et pulso; si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi ianuam, intrabo ad illum et coenabo cum illo, et ipse mecum* Apoc. III, 20.

(2) *Probet autem seipsum homo, etc.* I. Cor. XI, 28.

(3) *Quia tepidus es, incipiam te evomere.* Apoc. III, 16.

(4) *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.* Joan, VI, 57.

salud (1), lo cual se hace admirablemente en el sacrificio santo del altar, donde lo que se nos da en sacramento, restituímos al Padre ofreciéndolo en sacrificio, ó, finalmente, por alguno de los otros motivos, que enseñan los sagrados doctores, y en particular el seráfico doctor San Buenaventura. Requiérese asimismo para el debido aparejo, actual devoción, que es un afecto espiritual compuesto de diversos afectos, de amor, de temor, de reverencia, de ternura, y particularmente de una grandísima hambre y deseo de comer este pan celestial. Porque el comer sin hambre, es ocasión de que, por bueno que sea el manjar, no se coma con gusto, según aquello que dijo el Espíritu santo (2): El ánima harta, hollará el panal de la miel; pero la que está hambrienta, aun lo amargo juzgará por dulce. Y el profeta Baruch, á este propósito, dice (3), que el alma hambrienta dará á Dios gloria, lo cual particularmente se verifica en este sacramento; porque los que le reciben con hambre, hallan en él tan grande riqueza, y sienten tanta dulzura y suavidad, que no se hartan de dar gracias á Dios, y manifestar la grandeza de su gloria. Pruébese, pues, el religioso, desta manera, y entonces podrá llegar seguro, cuando viere su conciencia limpia, su intención pura y su devoción fervorosa. Y con todo esto, llegue reconociendo su pequeñez, y la majestad del Señor que recibe, para que desta consideración le nazca una profundísima humildad y reverencia.

Aquí ha de advertir el maestro á los novicios una cosa muy necesaria, y en que muy ordinariamente faltan los principiantes, y es que después de haberse confesado, todo el tiempo que hay desde entonces á la comunión, suelen gastarlo en pensar si se han olvidado algún pecado, si dejaron alguna circunstancia, ó si se aparejaron bien para confesarse, y con estas imaginaciones inútiles pierden todo el tiempo que habían de ocupar en aparejarse para la comunión; y al fin llegan á ella inquietos y aun algunas veces con escrúpulo de pecado. Esto es menester prevenir con prudencia, amonestándoles que después de haberse confesado con un razonable aparejo, de ninguna suerte admitan esta manera de pensamientos, antes los resistan con la diligencia y cuidado que resistirían un pensamiento lascivo, divirtiéndose á pensar otras cosas que para aquella ocasión son más á propósito para mover el ánima á la reverencia y amor de tal huésped, como son la caridad con que el Señor instituyó este sacramento, para unirnos consigo, como verdadero amante, que no contento con haberse unido con la naturaleza particular que tomó, encarnándose en las entrañas de María, quiso hacer unas como encarnaciones particulares con cada uno de nosotros, entrando en las nuestras, uniendo su carne á la nuestra por medio de las especies sacramentales, para endiosarnos, transformándonos en alguna manera en sí. Y cierto si el deseo de la unión con la persona amada, es argumento de amor, grande lo es del inmenso que Cristo nos tuvo, el haber buscado esta divina invención para unirse con nosotros, y digno de ser pagado con otro tal.

También es admirable consideración para aquel tiempo, la memoria

(1) *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.* Psl. CXV, 13.
(2) *Anima saturata calcabit favum; anima esuriens etiam amarum pro dulci sumet* Prov. XXVII, 7.
(3) *Et anima esuriens dat tibi gloriam.* Baruch. II, 18.

de la Pasión, que se representa en este sacramento, comiendo al Cordero con lechugas amargas, y mezclando lo dulce de la carne de Cristo con el agrio de sus trabajos, que es una mezcla que sabe admirablemente al paladar del alma. Y porque el ver tanta familiaridad en Cristo, no los haga atrevidos, dígales que es también importante en aquella ocasión, acordarse de la majestad del Señor que reciben, confesándose indignos de tan divino huésped, y suplicándole que haga con ellos lo que suelen hacer los reyes de la tierra: que cuando van á aposentarse á casa de alguna persona pobre, se dan por contentos con que les den la casa desembarazada, y ellos envían su aposentador delante y su recámara, para aderezar la posada con la decencia que conviene á tal majestad. Desembaracen, pues, la casa de sus conciencias de todo lo que le puede ofender, y salgan con humildad de sí mismos, por dársela más desembarazada, y supliquenle que envíe por aposentador su santo Espíritu, que él la adornará con su gracia, para que sea morada digna de tan gran Majestad. Y adviértales que, después de haberle aposentado, procuren de recogerse sin divertirse á otra cosa, y de gozar con reverencia de los dulces abrazos y besos de paz de tal huésped, teniendo por descortesía volverse á mirar otra cosa alguna del mundo. Porque para mí tengo por cosa cierta, que el sacar ordinariamente los religiosos tan poco fruto de la sagrada comunión, no es tanto por el poco aparejo que hacen para recibir este sacramento, como por el poco cuidado que tienen de honralle y reverencialle después de haberle recibido.

CAPÍTULO IX

De otros algunos ejercicios y documentos para el año primero del noviciado

Después de la pureza de conciencia, de quien habemos tratado en el capítulo precedente, ninguna cosa aprovecha más para medrar mucho en breve tiempo los principiantes, que andar continuamente ricos de buenos deseos y de propósitos firmes y denodados de poner en ejecución lo que desean. Y así ha de procurar el maestro darles á entender cuánto estima Dios los buenos deseos, y qué condiciones han de tener para ser agradables á su Majestad. Lo cual se puede colegir de algunos lugares de la sagrada Escritura, y particularmente de aquel del capítulo IV de los Cantares, donde hablando el esposo con la esposa, le dice (1): Tus cabellos, esposa mía, son hermosísimos, porque parecen á las manadas de cabras que suben del monte Galaad. Para cuyo entendimiento se ha de notar que por los cabellos, en la sagrada Escritura, son significados los deseos del alma, los cuales la componen, hermosean y adornan, no menos que el buen cabello suele componer y hermosear el rostro de cualquiera mujer. Y el monte Galaad es uno de los montes más fértiles y de mejores hierbas que hay en la tierra de

(1) *Capilli tui sicut greges caprarum, quae ascenderunt de monte Galaad.* Cant. IV, 1.

promisión por cuya causa suele acudir á apacentarse en él gran copia, así de ovejas como de cabras, que á manadas suben por él, atraídas de la fertilidad de la hierba. Decir, pues, el esposo que le agradan los cabellos de la esposa, porque son como las manadas de cabras que suben del monte Galaad, es dar á entender que entonces le agradan los deseos del alma, cuando apacentándose en hierbas sustanciales del cielo, va siempre de subida, enfervorizándose toda en el divino amor. Ni se contenta con esto, sino que quiere que vayan los deseos á manadas, de tal manera, que se alcancen unos á otros, y no como los deseos tibios de algunos, que hoy tienen un buen deseo, y en qnince días no tienen otro, cosa que desagrada mucho á los ojos del esposo celestial. Porque así como el cabello, por hermoso y rubio que sea, si está tan claro que no llega á juntarse un cabello con otro, hace parecer fea y desgraciada la cabeza donde está, así los deseos del alma, si no andan muy juntos y fervorosos, no la hacen hermosa ni agradable á los ojos de Dios.

Recopilando, pues, todo lo que dice el esposo en estas palabras, digo que los deseos del religioso, para ser agradables á Dios, han de ser frecuentados de tal suerte, que no se pase momento sin algún buen deseo, y han de ir subiendo de punto, no aflojando en lo comenzado, sino encendiéndose más en amor. Y han de apacentarse en buenas consideraciones, porque no hay cosa que más acreciente el fervor de los buenos deseos, que el cebarse en el pasto de las cosas divinas y celestiales, rumiándolas con la continua meditación. Y de aquí es que, en acabando de alabar los cabellos de la esposa, luego le alaba los dientes (1), que son los instrumentos con que se corta el pasto para el ordinario sustento; porque el gusto de lo que se come, suele despertar el apetito y deseo para buscar el manjar. Bien entendía la riqueza grande que hay en los buenos deseos el santo David, cuando decía (2): Deseó mi alma desear vuestras justificaciones, Dios mío, en todo tiempo. Como quien dice, no una hora, Señor, ni dos, ni tres, sino continuamente, todas las horas y momentos del tiempo, deseo apacentar mis deseos en vuestras justificaciones, porque sé muy bien cuánto os agradan los santos deseos. Y no menos que David, entendía esta verdad aquel ángel que habló con Daniel, pues habiendo tantas cosas buenas en el santo profeta de que poder echar mano para alaballe, se contentó, y le pareció que era grande honra llamarle varón de deseos, y por serlo, dijo que venía á revelarle el misterio de las setenta semanas, que era el de la Encarnación (3). Siendo, pues, los buenos deseos tan agradables á Dios, y tan eficaz medio para ir aprovechando en el ejercicio de las virtudes, razón es que, si el maestro desea ver aprovechados á sus novicios, los exhorte y anime á frecuentar estos buenos deseos. Y adviértales, que es tan astuto el demonio, que algunas veces quiere dar á entender á los que tienen esta manera de deseos, que es soberbia el tenerlos, y temeridad grande el querer imitar á los santos, en desear ser mártires, y otras cosas heroicas, que suelen desear los

(1) *Dentes tui sicut greges tonsarum, quae ascenderunt de lavacro.* Cant, IV, 2.
(2) *Concupivit anima mea desiderare iustificationes tuas, in omni tempore.* Psalmus CXVIII, 20.
(3) *Daniel vir desideriorum intellige verba quae ego loquor ad te.* Daniel. IX, 11.

que mucho aman á Dios. Díceles, que es locura querer igualar un pigmeo á un gigante, y presumir una hormiga de querer llevar la carga de un elefante, y que nosotros, en comparación de los santos, somos menos que hormigas y pigmeos, y que por esta causa nos habemos de contentar con deseos más conformes á nuestra flaqueza. Todo esto hace el enemigo del género humano, porque andemos siempre como lagartijas pecho por tierra, y porque no aspiremos á cosas grandes y á empresas generosas; porque sabe él que nadie puede alcanzar grandes cosas, si primero no las desea. Y así deben estar advertidos los principiantes, que cuando sintieren en sí esta manera de humildad, no deben admitilla, sino entender que es sugestión del demonio. Porque no está la soberbia en desear alcanzar virtudes heroicas, sino en persuadirse que estos deseos son de la propia cosecha del hombre, como sea verdad lo que dice el Apóstol, que no somos suficientes para pensar cosa buena de nuestra cosecha, sino que la suficiencia nos viene de Dios (1). Y también podría estar la soberbia en darse á entender, que por sola nuestra virtud se nos dan semejantes deseos, ó que con solas nuestras fuerzas los podemos poner en ejecución. Pero cuando el religioso se persuade, que los buenos deseos le vienen de Dios, sin merecimientos suyos, y que la suficiencia para ponerlos por obra ha de venir de Dios, no solamente no es soberbia el desear hacer por Dios grandes cosas, pero es grande argumento de caridad. Y así como en los santos no derogaba á la humildad el tener esta manera de deseos, así también en nosotros el imitarlos en esto no es soberbia. Como tampoco lo es, el tener cierta confianza de que podremos poner en ejecución lo que deseamos, con el ayuda de Dios; pues San Pablo, con ser tan humilde, andaba riquísimo destos deseos, y decía: Todas las cosas puedo en virtud de Aquél que me da fortaleza (2). Y no sé que haya habido santo humilde, que no se haya mucho señalado en tener deseos ardentísimos de hacer grandes cosas por Cristo.

Mas para que estos deseos vengan á ponerse por obra, importa mucho acompañarlos de firmes propósitos y determinaciones de trabajar cuanto fuere posible por ponerlos en ejecución. Porque es cosa cierta, que al deseo, sino le acompañan esta manera de propósitos, luego se le quiebran las alas y da consigo en tierra. Uno de los ejercicios, pues, más provechosos que puede el maestro enseñar á sus novicios para que vayan aprovechados, es, que cada semana hagan nuevos propósitos de emprender alguna virtud, ó mortificar alguna pasión, comenzando por aquella de que se sienten más necesitados, ó conocen que los aqueja más. Y en la prosecución desta empresa, han de renovar los propósitos no solamente cada día, pero aun cada hora, y en especial cuando vieren que han faltado en alguna cosa contra los tales propósitos. Y para que puedan echar de ver lo que han aprovechado en este ejercicio, es buen medio escribir por orden en un papelito los nombres de los siete días de la semana, comenzando desde el domingo, que será buen modo de santificallo, el comenzar en este santo ejercicio. Y cada vez que faltare, señale luego en aquel día un punto, para

(1) *Non quod simus sufficientes cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est.* II. Cor. III, 5.
(2) *Omnia possum in eo qui me confortat.* Philip. IV, 13.

ayudar á la memoria, y á la noche, al tiempo del examen de la conciencia, reconozca el número de los puntos para echar de ver las veces que ha faltado, y esto ha de hacer todos los días. Mas ultra desto, el último día de la semana, ha de cotejar los puntos de aquel día con los de los otros días, y si echare de ver que hay menos puntos en aquel día que en los demás, será señal de que ha aprovechado algo en la semana, y dará dello gracias á Dios, prosiguiendo la empresa con nuevos propósitos. Pero si en el último día hubiere más puntos, echará de ver que, en vez de aprovechar, ha vuelto atrás, y es razón que se confunda y avergüence dello, conociendo que es falta notable en un religioso el ir desaprovechando en la virtud, y que debe castigarse como tal, y así será justo que se castigue á sí mismo penitenciándose por ello. Esto ha de servirle de materia de humildad, para conocer su inconstancia y miseria, mas no para desanimalle, antes ha de comenzar de nuevo la siguiente semana la misma empresa con nuevo fervor, hasta que la perseverancia lo saque victorioso; porque de poco provecho es emprender muchas cosas y salir con ninguna. Todo este cuidado han menester los principiantes hasta hacer hábito en la virtud, y sé cierto que por este camino se puede aprovechar mucho, pidiendo á Dios que dé eficacia á la diligencia que se pone en ello, que sí dará, pues nunca niega el socorro de su gracia á quien se la pide con humildad, disponiéndose para recibilla.

Para todo lo dicho importa mucho la soledad, y así, ha de procurar el maestro, con muchas veras, aficionar á sus novicios á ella, haciendo que se acostumbren á estar cada cual en su celdilla recogidos, sin tener compañía con quien poder entretenerse. Y no les permita estar juntos, sino cuando estuviere él presente, ó para tratar de las cosas que él ordenare, dejando siempre en su lugar, cuando él no pudiere asistir, alguno á quien los demás respeten, porque no haya confusión en lo que se tratare. Y aun esto, no se debe hacer sino muy pocas veces, y en cosas muy necesarias. Y entiendan los maestros, que importa muchísimo celar esta manera de soledad, para evitar conversaciones inútiles, risas vanas, palabras de pesadumbre, amistades particulares, y algunas rencillas y enojos, que suelen causar gran turbación en los noviciados. Y al fin, tanto es uno más monje cuanto más ama la soledad, porque el nombre de monje quiere decir solitario, según la interpretación del término griego de quien se deriva y compone. Los frutos de la soledad son muchos, según se colige de la sagrada Escritura, y algunos dellos, dijo en breves palabras el profeta Jeremías, debajo de una metáfora, que cuadra maravillosamente á los religiosos (1). El jumento silvestre, acostumbrado á la soledad, dice este santo profeta, con el deseo de su ánima atrae el viento de su amor. ¿Quién es el jumento silvestre, hablando metafóricamente, sino el religioso, apartado del bullicio del mundo, que por la virtud de la obediencia ha de ser como jumento, para que hagan del los Prelados á su voluntad? Y ¿cuál es el viento de su amor, sino aquel que sobrevino á los apóstoles el día de Pentecostés, el cual traía consigo al Espíritu santo, que es puro

(1) *Onager assuetus in solitudine, in desiderio animae suae attraxit ventum amoris sui.* Jer. II, 24.

amor? (1) Decir, pues, el profeta, que el jumento silvestre, acostumbrado á la soledad, atrae con los deseos de su alma el viento de su amor, es dar á entender que el religioso, amigo de la soledad, siempre anda lleno de fervorosos deseos, y con ellos atrae el viento del Espíritu santo, que es amor suyo, para que, soplándole en la vela de sus deseos, le haga caminar velocísimamente como nave ligera, al puerto dichoso de su esperanza, que es la eterna felicidad. De manera que la soledad, despierta deseos del cielo, y éstos atraen al divino espíritu como viento suave y ligero, el cual, entrando en el corazón, lo ensancha y hace correr ligerísimamente por el camino del cielo, según aquello que decía David: Corrí, Señor, por el camino de vuestros mandamientos, cuando dilataste mi corazón (2).

Y el mismo Dios, hablando á este propósito en el libro de Job, dice (3): El jumento silvestre, á quien yo di casa en la soledad y habitación en tierra salada, menospreciará la muchedumbre de la ciudad, y no escuchará la voz del pedigüeño importuno, porque está mirando los montes de su pasto, y puede buscar la verdura que fuere más de su gusto. ¡Oh, santa soledad! ¡y cuán admirables son los privilegios que de ti se refieren en este lugar! Al religioso, obediente como jumento, á quien Dios da casa en la soledad, aficionándole á ella, luego se le sigue el vivir en tierra salada, porque la sal despierta la sed, y en la sed son significados en la Sagrada Escritura los ansiosos deseos. Y así, decir que el amigo de la soledad vivirá en tierra salada, es dar á entender que es propio de solitarios el andar con ardientes deseos. Y de aquí nace el no dar oído á la voz del pedigüeño importuno, que es la sensualidad, la cual no cesa un punto de apetecer y pedir desordenadamente las cosas de su gusto y contento, porque el que anda deseando los bienes del cielo, no atiende á los apetitos carnales, que todas sus ansias son por las cosas de acá, de la tierra. Menospreciará, ultra desto, la muchedumbre de la ciudad, porque el verdadero solitario, todo lo que el mundo estima y lo que en las ciudades se precia, tiene por estiércol, como San Pablo (4). Y no es mucho que haga esto; porque está mirando en contorno los montes de su pasto, que son aquellas soberanas alturas del cielo, donde está el verdadero pasto del alma, que es Dios; y allí escoge con la consideración las hierbas más sustanciales, que nunca se agostan ni marchitan. Pues quien se ceba en pastos tan dulces y de tanta substancia, ¿cómo es posible que deje de menospreciar las apariencias falsas de las hierbecillas del mundo? Todo esto alcanza quien ama la soledad, y todo esto pierde quien no huye de la muchedumbre. Y así es razón que el maestro cele en el noviciado una cosa tan importante, procurando aficionar á sus novicios á ella, poniéndoles delante los provechos que della se siguen, y los daños que proceden de lo contrario.

(1) *Factus est repente de caelo sonus tamquam advenientis spiritus vehementis.* Act. II, 2.

(2) *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum.* Psalm. CXVIII, 32.

(3) *Cui dedi in solitudine domum, et tabernacula eius in terra salsuginis. Contemnit multitudinem civitatis, clamorem exactoris non audit. Circunspicit montes pascuae suae et virentia quaeque perquirit.* Job. XXXIX, 6-8.

(4) *Omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam.* Philip. III, 8.

Y enséñeles que esta manera de soledad, que consiste en apartarse del tropel y conversación de los hombres, buscando lugares recogidos y solitarios, no es más que una disposición para alcanzar la soledad interior del alma, que consiste en tener el espíritu quieto y apartado de todo estruendo y bullicio de cuidados terrenos, recogido acullá en el hondón del alma, donde no puede entrar sino sólo Dios. Esta es la perfecta soledad que ha de procurar con muchas veras el religioso, la cual no está atada á lugar, pues David, siendo rey, y estando tan rodeado de negocios gravísimos, afirma de sí, que entre muchos, estaba consigo mismo, y otros muchos santos alcanzaron esta perfección. Con esta soledad se alcanza la compañía de Dios y de sus santos ángeles de tal manera, que el que la alcanzare, podrá decir, con mucha más razón que Julio César, lo que él solía muchas veces decir, que nunca estaba menos solo que cuando solo. Esta soledad es la que principalmente se ha de amar, porque la que es solamente exterior, que es cuando el cuerpo está solo y en el alma hay estruendo de pensamientos y cuidados inútiles, ni es de provecho alguno, ni goza de los privilegios que arriba dijimos, antes suele causar inquietud y desconsuelo, porque de ordinario suele ser involuntaria, como la soledad de la cárcel, en la cual, estando el cuerpo libre de los tumultos del mundo, el alma está en medio dellos, aborreciendo más la soledad que la misma cárcel. Pero con todo esto, debe el religioso, y particularmente los principiantes, procurarla huyendo del tumulto y tropel de la muchedumbre; porque es disposición para que, recogida el alma en sí misma, pueda mejor vacar á Dios, ó hablando con Él, ó escuchándole lo que Él habla.

A la soledad se sigue luego la guarda del silencio, el cual, en el noviciado se ha de guardar perpetuamente en todos los tiempos y lugares, cuando el hablar no fuere precisamente necesario. Y para la observancia desto, ha de enseñar el maestro á sus novicios, que les está totalmente entredicho el hablar con frailes profesos, de tal manera, que aun preguntados, no han de responder, sino en cosas necesarias. Así lo enseña el glorioso padre San Vicente Ferrer (1), coligiéndolo del Eclesiástico (2), el cual, hablando con la gente moza, dice que el mancebo, aun cuando es necesario, apenas ha de hablar, y que siendo interrogado dos veces en cosas necesarias, entonces ha de tener pensada la respuesta. Y así, cuando fueren preguntados de alguna cosa voluntaria, ó impertinente, no tienen que responder, si acaso no fuere su prelado ó maestro el que se la pregunta, ni juzguen por esto á los religiosos de impertinentes, porque muchas veces lo harán por proballos. La respuesta, pues, que han de dar en este género de preguntas, ha de ser el silencio, encogiéndose con rostro alegre y humilde, y bajando la cabeza, procurar huir la ocasión. Ni se persuadan que son descorteses por hacer esto, porque ya saben, ó á lo menos deben saber los religiosos profesos, que este modo de proceder es propio de los novicios, y que ellos, preguntando lo que no deben, se hacen merecedores de que no les respondan. Pero si fueren preguntados de cosas inexcusables, respondan con humildad y crianza brevemente, y despídanse

(1) Vincentius De vita spiritu. Eccle. 32.

(2) *Adolescens loquere in tua causa vix cum necesse fuerit. Si bis interrogatus fueris, habeat caput responsum tuum.* Eccli. XXXII, 10-11.

con la mayor presteza que les fuere posible. Esto han de celar con mucho rigor los maestros, no dejando de castigar falta alguna que acerca deste particular se cometa, porque de lo contrario se siguen grandes inconvenientes, y no es el menor, llegar por este camino á tener noticia de algunas nuevas del siglo en el noviciado, refiriéndolas el que las oyó tratando con frailes profesos, lo cual es causa de muchas inquietudes y distracciones. Y vuelvo á repetir lo que ya en otro lugar queda dicho, que el novicio que fuere defectuoso en esto, llevando nuevas al noviciado, debe ser castigado rigurosamente, como profanador del lugar dedicado al silencio, y perturbador del recogimiento de sus hermanos.

Y si no es lícito á los novicios hablar con los frailes profesos, claro está que lo será mucho menos el hablar con personas seglares, por familiares que sean. Y así, entiendan los novicios, que sin licencia de su maestro, y en su presencia, no les es permitido hablar con seglar alguno, aunque sea su padre, madre ó hermano. Pero si acaso pasando por delante de algún seglar, les preguntaren alguna cosa, serles ha lícito, por no parecer descorteses y agrestes, responderles que son novicios, y que no pueden detenerse á dar razón de lo que les preguntan, y dicho esto, aunque les repliquen, no se detengan, sino bajando su cabeza con modestia y serenidad de rostro, prosigan su camino adelante. En el noviciado no han de hablar unos con otros, sino en los lugares y tiempos y de las cosas que el maestro les señalare, y esto á baja voz, y con palabras sencillas y breves. Y no es mucho se pida esto en la escuela de Cristo, particularmente en el primer año, pues en la de Pitágoras, los cinco años primeros se guardaba silencio. La regla de esta virtud es, no hablar ni más ni menos de lo que pide la necesidad del negocio, y su perfección consiste, no tanto en saber decir lo necesario, como en saber callar lo superfluo. Y porque esto es cosa dificultosa, lo más fácil desta virtud es no hablar, sino en cosas inevitables. Lo que se debe hacer para acertar el debido medio en esta materia, diremos en otro lugar; y aquí referiremos unas palabras del divino Bernardo, dignas de ser advertidas. Cuando por alguna necesidad tuve licencia de hablar, dice este santo, demás de lo necesario, hablé también cosas que no lo eran, más para destruir que para edificar. Hablé no lo que convenía, sino de lo que yo gustaba, palabras vanas, cosas inútiles y ociosas, aptas para mover á risa.. Llena está mi lengua de todo engaño, y más daño me ha hecho, que todos los otros miembros de mi cuerpo. Porque las cosas que oí decir, y las que vi yo mismo, nunca las refería á otros de la manera que las había oído ó visto, sino afirmando unas por otras é interponiendo muchas superfluas. Y así, ó alabando sobradamente, ó vituperando más de lo justo, casi siempre que hablo miento. Todo esto confiesa de sí San Bernardo, con ser uno de los santos más recatados en el hablar que ha tenido la Iglesia. Pues ¿quién osará fiarse de su lengua, si á quien tan cuidadoso era para refrenalla, hacía tan cruda guerra? Cierto, soberbio será el principiante que fíe de sí en esta materia, viendo que los varones perfectos y santos andaban tan temerosos en ella. David afirma de sí, que se abstenía de decir aun las cosas buenas (1), porque temía que á vueltas

(1) *Obmutui, et humiliatus sum, et silui a bonis.* Psalm. XXXVIII, 3.

dellas podría decir otras que no lo fuesen; y cierto, más fácil cosa es callar del todo, que dejar de exceder en algo hablando. Y porque la virtud del silencio para ser perfecta, y no como el de las piedras ó estatuas, ha de andar acompañada de la ocupación interior, ha de enseñar el maestro á sus novicios, que cuando guardan silencio, procuren estar atentos á lo que les habla Dios, para ponello por obra. De suerte que al silencio ha de acompañar el ejercicio de la presencia de Dios, así como á la soledad el silencio. Y si no se ha de perder el fruto de esta virtud, hanse de cerrar también los oídos, cuando se pone freno á la lengua; porque poco aprovecha callar, si, por otra parte, se gusta de oir lo que no conviene. Siendo verdad que así como el hablar lo que no es necesario quita el silencio exterior, así el oir lo superfluo impide el silencio interior. Porque por el oido, á vueltas de lo que se oye, entra la noticia de muchas cosas que causan estruendo y alboroto en el alma. Y no la dejan atender libremente á las cosas del cielo, para las cuales es necesaria suma paz y quietud.

CAPÍTULO X

En que se prosigue la materia de los ejercicios del noviciado

Entre los ejercicios que se han de hacer en el noviciado, ninguno ha de ser más ordinario que el del rezo del Oficio divino, cuya ignorancia sería defecto inexcusable en el religioso. Y así, todos los días ha de hacer el maestro á sus novicios plática de las reglas del Breviario, declarándoselas, y haciendo examen de la inteligencia que tienen dellas. No ha de pasar día en que no les haga leer en su presencia las lecciones que han de decir en el coro, y prevenir las demás cosas del Oficio divino, porque después, por no estar prevenidos, al tiempo de decillas no den ocasión á los religiosos de perder la atención, silencio y gravedad que allí se requiere. Al tiempo del pasar las lecciones, puede encomendar á un novicio que las declare, ó declararlas él mismo, tomando de allí ocasión para sacar algunos documentos de espíritu. Enséñeles las causas porque celebra la Iglesia las fiestas de los santos, una de las cuales, y no la menos principal, es para movernos á su imitación con su ejemplo. Y aquellos son, según sentencia del glorioso Augustino (1), los que celebran con verdad las festividades de los santos, que se precian de imitar sus ejemplos. Porque las solemnidades de los mártires, exhortaciones son para los martirios; y no es razón tener pereza de imitar á quien nos deleita celebrar su fiesta. Todo esto es de S. Agustín. Y presupuesto que éste es el espíritu de la Iglesia, será cosa acertada referirles algunos días brevemente las vidas de los santos de quién se reza, y animarlos á imitar sus virtudes, pues, como consta de lo que habemos dicho, en ello prin-

(1) Aug. ser. 47 de sanctis.

cipalmente consiste el celebrar sus fiestas. Esto es lo que quiso enseñar el Apóstol cuando dijo (1): Acordaos, hermanos míos, de vuestros predecesores, es á saber, de los que con su doctrina ó ejemplo os enseñaron la palabra de Dios, en cuyo fin habéis de poner los ojos para imitar su fe. Como quien dice: Sabed, hermanos, que el hacer memoria de vuestros predecesores, todo ha de ir encaminado á la imitación de su fe con las demás virtudes. Y para moveros á esto, poned los ojos de la consideración en el fin que tuvieron sus trabajos, pues á la muerte temporal y momentánea se siguió un peso eterno de gloria, en recambio de lo que trabajaron. Y es cierto que ayuda mucho la consideración del premio para animar la tibieza y pesadumbre de nuestra naturaleza lerda. De aquí puede tomar ocasión el maestro para enseñarles cuán bien paga Dios los trabajos que por su amor se pasan, cuán cuidadoso es de honrar á los que le sirven, cuán amigo de los que le honran, y lo mucho que merecen ser honrados los que se precian de servir á un Dios tan digno de ser servido.

Y para que emprendan la imitación de los santos y la celebración de sus fiestas con más espíritu, haga que en el noviciado, en el principio de cada mes, se saquen suertes de los santos más principales que en aquel mes caen según el número de los novicios, y cada cual emprenda con muchas veras la imitación del santo que le cupiere en suerte, y en particular una virtud, la que más campeó en aquel santo, tomándose cuenta cada día de lo que va aprovechando en ella, y castigándose con alguna penitencia moderada las faltas y negligencias que en este particular hiciere. Y para salir mejor con tan noble empresa, póngale por intercesor, rezándole alguna cosa cada día, ayunándole la víspera de su fiesta, y confesando y comulgando su día con particular aparejo. Y si el santo fuere de los muy señalados, podrá el novicio hacer una plática á sus hermanos de su vida y virtudes, animándolos á la imitación dellas. Y en estas pláticas, ha de considerar con atención el maestro el modo de proceder del novicio, atendiendo á los pensamientos que descubre y á los conceptos que levanta, si son más curiosos y sutiles que provechosos, si usa de las palabras comunes y llanas ó de razones trasnochadas y términos exquisitos; y, sobre todo, si descubre afectos interiores de espíritu. Porque si el maestro es discreto, allí conocerá el talento y espíritu del novicio, y echará de ver las esperanzas que de él pueden tenerse para adelante. Y acabada la plática, si hubiere conocido en ella afectación de curiosidad y sutileza, así en los conceptos como en las palabras, repréndale mansamente y adviértale que no es aquél el verdadero pasto del alma, ni lo que se ha de sacar de la vida y muerte del santo, sino lo que es substancial y digno de ser imitado, que son las virtudes en que fué señalado, dichas con términos llanos y sencillos. Esta manera de ejercicio es admirable, porque se mezcla en él la dulzura con el provecho, sirviendo no solamente de espuela para la virtud, sino también de recreo para el espíritu. Por este camino se facilitan y aprenden á hablar de Dios, para saberlo después hacer cuando hubieren de tratar con sus prójimos; y vienen á tener noticia de muchas cosas, que en el

(1) *Mementote praepositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei: quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem.* Hebr. XIII, 7.

discurso del tiempo les aprovechan en mil ocasiones. Pero advierta el maestro que hay en este ejercicio un peligro, y es que suelen despertarse en los novicios algunos deseos desordenados de quererse aventajar el uno al otro en la plática de la vida del santo, lo cual se conocerá en el brío y curiosidad con que la dicen. En echando, pues, de ver algo de esto, por poco que sea, procure reprimir el ímpetu de aquel deseo, enseñándoles que la competencia y emulación entre ellos no ha de ser sobre quién dirá mejor las excelencias del santo, sino sobre quién imitará mejor sus virtudes. Y esto, no por envidia ó codicia de aventajarse al otro, sino por agradar más á Dios, que en este particular quiere que procuremos aventajarnos. De manera que la competencia no pare en pesarnos de que el otro nos hace ventaja, sino en sentir mucho el ver que no le igualamos.

Ha de haber también ejercicio en el noviciado, de la verdadera inteligencia de los preceptos de nuestra Regla, enseñándoles el espíritu della, á la letra y sin glosa, esto es, sin declaraciones torcidas que no sean conforme al espíritu del instituidor della. Para lo cual se ha de valer el maestro principalmente de las declaraciones de Nicolao III y Clemente V, y de lo que S. Buenaventura y otros santos varones escribieron sobre ella. Porque cierta cosa es, que pues fueron santos, guardándola conforme la entendieron, no erraron en la inteligencia della. Y pues la escribieron y declararon de la suerte que la entendieron y obraron, temeridad sería no admitir sus declaraciones, teniéndolas por sospechosas y creyendo que atinamos mejor nosotros el espíritu de la Regla. Desta inteligencia, pues, ha de haber ejercicio, á lo menos tres veces en la semana, como de cosa importantísima y necesaria, advirtiendo á los novicios que la miren, consideren y entiendan como cosa que han de prometer á Dios. Y presupuesto que la ignorancia en las cosas obligatorias no excusa de pecado, antes sola ella, aunque se cumpla con lo prometido, es pecado particular, encomiéndeles mucho el cuidado, diligencia y solicitud en procurar entendella, y adviértales que no bastará para la perfecta inteligencia della atender á lo que comunmente los religiosos guardan, porque como notó discretamente Alejandro de Ales, no han de prometer á Dios vivir como los otros religiosos viven, sino conforme á los preceptos contenidos en esta misma Regla. Y así es que, en la profesión que hacemos expresamente, prometemos á Dios guardar la Regla de los frailes menores, como la confirmó el señor Papa Honorio. Y según esto, no podrán servir de disculpa los abusos de los demás religiosos, á los que voluntariamente prometen guardalla como su instituidor la compuso. Mire, pues, el maestro, que va la vida del alma en esto á sus novicios, y que del descuidarse en ello nacen innumerables relajaciones, tanto más peligrosas cuanto la ignorancia dellas hace que no se tengan por tales, y por consiguiente es causa de que no se haga penitencia dellas.

Particularmente se detenga en declaralles el artículo de la santa pobreza, haciendo que comiencen luego á ejercitarla, aficionándose á las cosas viles y pobres, y á padecer algunas necesidades con alegría sin procurar luego el remedio, aunque se pueda haber fácilmente, porque esto es ser pobre voluntario, y esto nos enseñó Cristo con su

pobreza, haciéndose menesteroso (como dice S. Pablo) siendo rico (1). Haga que se acostumbren á tener las celdillas aliñadas y limpias, pero sin curiosidad y muy pobres, de manera que no tengan en ellas sino sola una cruz muy llana. Ni les permita tener estampas ni registros curiosos en los breviarios, porque es cosa notable lo que procura el demonio que se aficionen á estas cosillas y la turbación que les causa el ver que les quitan algunas dellas. Y para que no se aficionen á los Breviarios ó Diurnos por razón de la buena encuadernación, ó de la impresión, ó por otra causa, haga que los tengan todos en común sobre una mesa, donde cada cual pueda servirse de los de todos, y todos del de cada uno. Esto es conforme al espíritu de nuestro seráfico Padre S. Francisco, y es lo más acertado; pero donde no se hace desta manera, ha de procurar el maestro quitar de cuando en cuando el Breviario ó Diurno al que viere que lo tiene curioso y muy guardado, y darle otro para que rece, lo uno porque hay algunos que no saben rezar sino por su propio Breviario, y así es bien que se hagan á rezar en otros; y lo segundo y más principal, porque vayan por este camino aprendiendo la perfecta renunciación de las cosas y entiendan que no pueden tener cosa que sea propia suya, y que aun en lo que toca al uso han de estar siempre sujetos á la disposición de sus Prelados. Lo mismo se debe hacer acerca del vestuario, como lo aconseja el glorioso Agustín en su regla, que estén todas las ropas en común, aun entre los profesos, y que como á cada cual le den lo que es necesario para cubrir el cuerpo, no se queje, ni murmure si le dan otra ropa de la que traía, pues el Apóstol se tenía por contento con sólo tener con qué cubrirse (2). Y si alguno se queja, dice S. Agustín, de que le dan otra ropa más vieja ó pobre, eche de ver cuanto le falta de perfección en el hábito interior del espíritu, pues por el del cuerpo murmura y tiene contiendas.

Miren en esto los maestros con singularísimo cuidado, y aun los cabos de candelas que les sobran de las misas que ayudan, hagan que los tengan en común, porque aun á esto, con ser tan poco, sabe el demonio hacer que se aficionen. Y yo conocí un novicio que, por sólo ahorrar cabos de candelas, procuraba estar ayudando toda la mañana á las misas; y vino á crecer en él esta codicia de tal manera, que por ahorrar para sí las candelas enteras que le daban para las misas, juntaba él dos ó tres cabos pequeños de los que le habían sobrado, y aquellos hacía que sirviesen en el altar. Desta manera vino á recoger gran número de candelas, guardándolas en lugares ocultos donde no las pudiese ver su maestro, comenzando ya el demonio desde entonces á empollar los huevos de propietario, para sacarlos á luz después de profeso. Y fué cosa extraña ver el sentimiento y desconsuelo que tuvo cuando el maestro, llegando á su noticia lo que pasaba, le quitó las candelas. ¿Quién creyera que una cosa tan leve había de desconsolar en la religión á quién por entrar en ella dejó todas las cosas por Dios? ¿O quién pudiera persuadirse que se podría aficionar á una cosa tan poca quién todas las había dejado? Vuelvo á decir que se ponga

(1) *Scitis enim gratiam Domini nostri Iesu Christi, quoniam propter vos egenus factus est, cum esset dives.* II. Cor. II, 9.
(2) *Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus.* I. Thim. VI, 8.

mucho cuidado en esto, porque sin duda alguna, que en todas las religiones, y particularmente en la nuestra, donde la pobreza que se promete es más estrecha que en las demás, es el voto en que más se falta el de la santa pobreza, y el que con menos rigor se castiga, como lo advirtió en cierta visión el Patriarca de los pobres, Francisco. Y si los novicios salen bien instruídos del noviciado, y aficionados á la santa pobreza, ya que después se descuiden della, el estímulo de la conciencia los hará volver sobre sí. Mas ¡ay de los ignorantes, que faltando en ella sin escrúpulo alguno, se van por el camino de perdición al infierno, tan lejos de poner remedio en su yerro cuanto lo están de tenerlo por tal!

A este mismo artículo de la pobreza pertenece que los maestros (como ya en otra parte advertimos) procuren que sus novicios se aficionen á vestir pobremente, gustando de traer hábitos viejos, viles y remendados. Acordándose cuán agradable le era esto á nuestro seráfico Padre San Francisco, y teniendo siempre en la memoria aquella admirable consideración del Abad Arsenio, el cual solía decir que el manto remendado del religioso pobre le parecía un hermosísimo cielo, en el cual los remiendos grandes eran el sol y la luna, y los pequeños las estrellas. ¿Y si á los ojos de Arsenio era tan hermoso un manto remendado de un pobre, qué será á los de Dios que, como dice David (1), están siempre mirando á los pobres, enamorados de la pobreza dellos? Cierto, hermosísima cosa es un hábito remendado en un religioso, aun á los ojos del mundo, con ser tan enemigo de la pobreza; y así es razón que pues los religiosos han de parecer bien á Dios y al mundo, y este es el medio proporcionado para ello, procure el maestro, como habemos dicho, que los novicios amen el andar pobres y remendados. Advirtiéndoles que en esta materia de los remiendos huyan todo lo que parece singularidad, curiosidad y afectación sin provecho. La singularidad se huye procurando que los remiendos sean conformes en el color y vileza al paño ó sayal del hábito remendado, de manera que no haya notable disformidad entre lo uno y lo otro, porque lo contrario parece singularidad y querer llevar tras sí los ojos del mundo, y poca decencia del hábito religioso, salvo cuando se hace por pura necesidad, por no tener con que remendarse de otra manera, lo cual raras veces acontece entre religiosos. La curiosidad se huye procurando coser el remiendo llanamente, según lo pide la rotura del hábito ó manto. Porque el mirar con cuidado que el remiendo sea muy redondo ó cuadrado, y que los puntos sean muy juntos é iguales, y el ponerse en el contorno de él cordoncillos ó hebras de hilo para que se eche de ver ó parezca mejor el remiendo, es perdimiento de tiempo y curiosidad intolerable, indigna de gente religiosa, que con la pobreza ha de amar la vileza. Y cosa sería ridícula, ó por mejor decir, digna de ser llorada, que pusiese el religioso más curiosidad en asentar sus remiendos, que ponen las mujeres del siglo en asentar sus parches de seda ó recamados de oro. La afectación se evita no poniendo remiendos sino donde la necesidad lo pide, porque lo contrario parece pobreza afectada, cual es la de aquellos que quieren parecer pobres sin serlo, y para esto usan de artificios extraordi-

(1) *Oculi eius in pauperem respiciunt.* Psal. X, 5.

narios. ¿De qué sirve el remiendo sobre lo sano? O ¿qué manera de pobreza es gastar el paño ó sayal donde no es necesario? El verdadero pobre procura evitar lo que es superfluo, porque superfluidad y pobreza dificultosamente se juntan; y superfluo se llama aquello sin lo cual basta lo restante para suplir la necesidad á que sirve. Todo esto ha de enseñar el maestro á sus novicios, para que estén advertidos y cautos, porque así como la afectación en la santidad es ocasión de que pare en hipocresía, así también esta misma afectación en la pobreza es causa de que venga á parar en vanidad, y es cosa de lástima que pueda el demonio entre religiosos hacer que haya mezcla de vanidad entre la vileza de los remiendos.

Y porque hay algunos tan ignorantes que confunden la pobreza con la inmundicia, pareciéndoles que son inseparables compañeras, debe el maestro procurar que sus novicios sean aficionados á la limpieza, enseñándoles que no repugna al pobre Evangélico el ser limpio. Pero ha de ser con tanta moderación el cuidado desto, que no venga á ser la limpieza afectada; porque como advierte el glorioso San Agustín (1), el demasiado apetito y cuidado della puede hacer que contraiga inmundicias el alma. Mas cuando se procura moderadamente, por la decencia del hábito, y por no ofender al prójimo con el sobrado descuido desto, cosa es loable y digna de que se precien della los religiosos. Cuidado tuvo Dios de que cuando algún soldado en el ejército se apartaba para hacer su necesidad natural, tomase un palo, hiciese un hoyo y cubriese con tierra el estiércol, porque el mal olor no ofendiese á los prójimos (2). Y si de no ser limpio el religioso, se siguiese el mesmo inconveniente con los que trata, no sé yo por qué causa ha de dejar de evitallo, ni entiendo que sea justo haber en este particular más policia en los ejércitos que en las religiones. Demás desto, es cosa averiguada, como consta del Capítulo XIX del Éxodo, que gusta á Dios de que los ministros que asisten á su presencia anden limpios exteriormente, y no se puede negar que la limpieza exterior suele ayudar á levantar el espíritu para considerar la que se requiere en el alma y cuánto importa el tenella para agradar al que es la misma limpieza. No ha de entrar en el cielo cosa sucia, dice San Juan en su Apocalipsis (3), y pues las religiones han de ser traslado del cielo, razón es que en ellas haya limpieza, no solamente en las almas, sino también en los cuerpos. Ni repugna á esto lo que dijo San Hilarión, y suelen alegar los descuidados en defensa suya, que es vanidad y locura buscar limpieza en el cilicio ó sayal, porque, lo que dice el Santo, solamente se ha de entender de la limpieza afectada, cuyo demasiado cuidado distrae del que se debe tener de la del espíritu, y ésta todos los santos la reprehenden. Porque, como dice Hugo de santo Victore, no el resplandor de los vestidos, sino la honestidad de las costumbres es el verdadero ornato del religioso, Y así, cuando el cuidado superfluo del culto exterior del hábito llega á ser curiosidad, y por consiguiente, impedimento de la honestidad religiosa,

(1) August. in regul. cap. XVI.
(2) *Habebis locum extra castra, etc., cumque sederis fodies per circuitum, et egesta humo operies, etc.* Deut, II, 3.
(3) *Nec intrabit in eam aliquid coinquinatum*, Apoc. XXI, 27.

necesariamente se ha de vituperar como cosa culpable, porque la tal limpieza, como dice San Hilarión, es vanidad y locura; mas la que aquí aconsejamos, que consiste en tener una diligencia moderada de que el hábito ande con la decencia que conviene, de manera que su inmundicia no pueda ofender á los hermanos, ni causar inquietud y desasosiego al que le trae, nadie la vitupera, antes todos la recomiendan y alaban, y muchos santos se preciaron della. El santo fray Gil dijo que fuera buena penitencia y mortificación el no curarse de la limpieza, si la inmundicia no estorbara otros bienes mayores, cual es el sosiego y quietud en la oración. De manera que, según esto, aun por vía de penitencia y mortificación no es provechosa, pues impide otros bienes de mayor importancia. Deben allende desto ser limpios los religiosos, porque continuamente tratan en las cosas del culto divino, tocando muchas veces los vasos sagrados y asistiendo al altar, y sería indecencia grande que en estos ministerios particularmente, no hubiese cuidado de llegar con mucha limpieza exterior. Y así, aunque muy de ordinario han de procurar conservar la limpieza en la persona y vestido, pero con más diligencia se han de preciar de tenella cuando tuvieren oficios que los obliguen á tratar en cosas sagradas y del culto divino, como son cuando se visten al altar, no solamente para ministrar al sacerdote en el oficio de diácono y subdiácono, pero aun para ser acólitos ó ceroferarios, ó cuando salen á ayudar las misas ó á cualquier otro ministerio del altar, por mínimo que sea, y por breve espacio que haya de durar.

CAPÍTULO XI

En que se advierten otras algunas cosas que el maestro ha de enseñar el año del noviciado

No es de las cosas en que menos ha de parar el maestro para instruir sus novicios, la enseñanza de las ceremonias santas de la Religión, encargándoles mucho la vigilancia y cuidado en la observancia dellas. Porque sin duda alguna, que aunque parecen cosas menudas, no lo son, sino de tanta importancia, que apenas se pueden conservar las esenciales menospreciando éstas. Y en esta materia particularmente se verifica lo que dice el Espíritu Santo, que quién menosprecia las cosas pequeñas, dará de ojos en las mayores (1). Y si queremos considerallo con atención, echaremos de ver con evidencia que todos los negligentes en la observancia destas cosas, que al parecer importan poco, vienen á ser relajados y se abalanzan con facilidad á la transgresión de cosas más graves. Y es cosa clara que muchos desórdenes, aunque pequeños, vienen á quitar la salud, y á los que tienen deseo de conservalla, ningún desorden les parece pequeño. Para este propósito debe el maestro tener en el noviciado escrita una suma de las ceremonias de la provincia, puesta en lugar común, y hacer que la lean muchas veces. Y porque las cosas prácticas se aprenden mejor

(1) *Qui spernit modica, paulatim decidet.* Eccle. XIX, 1.

con el ejercicio, ha de hacer que frecuentemente se ejerciten en ellas para que después no se les haga nuevo el hacellas en presencia de los demás religiosos. Particularmente en las cosas del coro y del altar, les ha de enseñar con mucha curiosidad no solamente lo substancial de las ceremonias, sino también la reverencia, el orden, el aseo y gracia con que las han de hacer. De manera que no se contente con enseñarles cuando se han de inclinar, sino cómo y cuánto, y con qué denuedo, porque en las cosas del culto divino no es de menos importancia el hacerse bien que el hacerse. Y porque más adelante habemos de tratar en particular destas ceremonias, bastará por ahora el haber dicho esto generalmente, advirtiendo al maestro que entre las otras cosas que les ha de enseñar, y de que ha de tener cuidado particular para que se guarden, es la compostura con que han de estar acostados. Procurando que en el dormitorio, el cual si es posible ha de ser común y donde estén las camas patentes, haya toda la noche alguna luz encendida en lugar eminente, de donde quede alumbrado todo el dormitorio, de manera que se pueda ver lo que en él se hace y la composición con que los novicios duermen. Esta es una de las cosas que más importan en el noviciado para atajar algunos grandes inconvenientes que la experiencia ha enseñado seguirse de lo contrario. Ni se contente el maestro con esto, sino que algunas veces en el peso de la noche, cuando están los novicios durmiendo con más descuido, vaya á reconocerlos con gran silencio, y mire si duermen religiosamente. Atienda si están echados con descompostura, ó si están descubiertos con menos honestidad de la que conviene. Y al que hallare descompuesto, levantado el hábito ó descubierta alguna parte de su persona, hiérale en ella con las disciplinas de manera que lo sienta y despierte, para que echando de ver su falta se avergüence y ponga la enmienda. Y si acaso, por no despertar á los otros, ni hacer ruido, dejare de castigarle de la manera que habemos dicho, á lo menos llegue con silencio á despertarle, y advirtiéndole su descompostura, impóngale alguna penitencia que haga en presencia de los demás dentro del noviciado, para que la vergüenza que en esto padeciere sirva de freno á su descuido, y á los demás sea escarmiento. Señale cierta hora acomodada para que se recojan á tomar el sueño necesario, y castigue con mucho rigor á los que en llegando la hora señalada no se recogieren, y lo mismo haga con los que se levantaren de la cama después de haberse recogido, sino fuere por alguna necesidad inevitable. Y en este particular, no dispense el maestro con ninguno, aunque sea so color de tener más larga oración ó de hacer alguna otra penitencia, porque además de la turbación que causan á los demás cuando llegan más tarde á recogerse, es razón que á cada tiempo se le de su acomodado ejercicio, porque en no habiendo esto van las cosas sin orden. Y si se quita del sueño necesario alguna cosa para dar á la oración particular, será forzoso ó perder la salud ó dar al sueño el tiempo de la oración común. Y especialmente ha de ser rígido el maestro en castigar á los que en las horas del sueño y recogimiento hallare juntos parlando, porque las pláticas en aquel tiempo, y en especial si son en lugares cautos, con razón se pueden tener por sospechosas, y son dignas de ser castigadas como tales. Tanto, que

al que fuese defectuoso en esto, particularmente después de haberle amonestado, justamente sería castigado con quitalle el hábito y excluille del convento. Y vuelvo á decir que en este particular de reconocer á los novicios las más de las noches, vele mucho el maestro, porque es cosa importantísima en los noviciados. Y no digo aquí la doctrina particular que ha de enseñarles para el tiempo del acostarse y levantarse, porque más adelante se tratará dello, cuando enseñaremos la disciplina que ha de guardar el religioso en la celda.

Ha de enseñarles, ultra desto, el modo de ocupar el tiempo, porque, sin duda, el acertar en esto es cosa importante para el aprovechamiento. Y procure que en las horas desocupadas de los ejercicios ordinarios se aficionen á leer buenos libros, de los cuales ha de tener algunos sobre una mesa, en lugar común, á la cual los han de volver luego en acabando de leer en ellos. De suerte que nadie tenga libro alguno en su celdilla ó retraimiento, sino sólo el tiempo que actualmente estuviere leyendo en él. Los libros acomodados para los novicios son las colaciones de Casiano, las vidas de los Santos padres, el Contemptus mundi, los opúsculos del seráfico doctor San Buenaventura, el Arte de servir á Dios, de fray Alonso de Madrid, y los de el Padre fray Luis de Granada, todos los cuales enseñan y mueven, que son las dos cosas de que tienen necesidad los novicios. Y acerca de la lección de los libros, ha de advertirles el maestro que, para aprovecharse de la doctrina que en ellos se contiene, no han de leerlos con ánimo curioso, por sólo tener noticia de las cosas que se escriben en ellos, ni por deleitarse con la dulzura del buen estilo, ni por hallar conceptos sutiles y delicados, sino por aprovecharse de los documentos y doctrina que informando el entendimiento mueven juntamente la voluntad. Porque, como dijo el Filósofo (1), las doctrinas morales no se han de aprender para solamente saberlas, sino para ser buenos por medio dellas. Para esto conviene aficionarse á libros de sólida y substancial doctrina, no á los que más deleitan, sino á los que más provecho hacen, si ya en alguno dellos no se juntase la dulzura con el provecho, que en tal caso estos se han de anteponer á los otros, porque cuando el deleite despierta el apetito en las cosas honestas, el provecho que se saca es doblado. Pero en el modo del leer se ha de procurar ir poco á poco, particularmente en las cosas de más substancia, de manera que se vaya rumiando lo que se va leyendo, para que pueda el alma ir juntamente gustando y digeriendo. Porque así como para el sustento corporal, no tanto importa el comer mucho como el digerir bien lo que se come, y sólo aquello entra en provecho que se digiere, así también para sustentar el alma, y traerla gruesa y lucida con la lección, más le importa digerir bien con la consideración lo que se ha leído, que no leer mucho, aunque sea muy bueno. Y es cierto que los que leen muchas cosas sin pararse á considerarlas, y sin dar alguna porción al alma para que se sustente con ella, son como los que gustan muchos manjares llegándolos al paladar solamente, y luego los echan de la boca, sin dejarlos llegar al estómago donde los cueza el calor natural. Han de llegar al corazón las

(1) *Non discimus ut sciamus, sed ut boni efficiamur.*

cosas que se leen, y allí abrigarlas para que llegue la consideración á cocellas con el fuego de la caridad. Así lo hizo el profeta Ezequiel cuando le mostraron aquel misterioso libro, pues dice que le comió, y que habiéndole sido dulce como la miel en su paladar, quedaron sus entrañas llenas dél (1). Y para mí tengo por cierto que la causa porque leyendo tantos y tan buenos libros, se parece tan poco en las costumbres de los leyentes, es porque ó los leen con curiosidad ó no consideran las cosas que leen en ellos. El documento, pues, que acerca desto se ha de guardar, es el que enseña Hugo de santo Victore por estas palabras (2): Vosotros, hermanos míos, que entráis en la escuela de la disciplina, primero habéis de buscar en la lección de los buenos libros lo que puede instruir vuestras costumbres para la virtud, que no lo que sirve al entendimiento para la sutileza; y más habéis de querer ser informados con llaneza de los preceptos de la Escritura, que deteneros en sus cuestiones. Por lo cual, cuando leyéredes las Escrituras sagradas, considerad con diligencia qué es lo que allí se dice para despertar en vosotros el divino amor; qué es lo que hay en ellas para moveros al menosprecio del mundo; qué es lo que allí se escribe para enseñaros á huir las asechanzas del enemigo, para criar los afectos buenos y reprimir los desordenados, y finalmente, qué es lo que en ellas se ofrece para encender más presto vuestra alma con el ardor de la compunción. Mirad bien qué es lo que enseña á guardar disciplina en la obra, humildad en el pensamiento, modestia en las palabras y paciencia en las cosas adversas. Considerad qué es lo que deja instruído al hombre para andar seguro en lo bueno que hace y circunspecto en lo malo que se le ofrece, y esto escondedlo en el corazón para aprovecharos dello á su tiempo, como lo hacía David cuando decía (3): En mi corazón, Señor, escondí vuestras palabras, para nunca pecar contra Vos. Si desta manera se leen los buenos libros, darán inteligencia saludable, y la sabiduría que al parecer se menosprecia, atendiendo á la utilidad y no á la sutileza, después por medio de la virtud que se aprende y ejercita por este camino, se alcanza con mayores ventajas. Hasta aquí es doctrina de Hugo. La cual ha de ponderar el maestro, enseñándola con ejemplos particulares, para que los novicios instruídos en ella sepan aprovecharse de los libros que leen, poniendo en ejecución lo que en ellos se les enseña.

Han de emplear también parte del tiempo desocupado, en cumplir con las devociones particulares que cada uno tiene. Y acerca desto, ha de advertirles el maestro que no sean muchas las que han de rezar vocalmente. Lo uno, porque puedan rezallas con mayor atención, y lo otro, porque siendo muchas ocupan el tiempo sobradamente, siendo ocasión de que falte para otras cosas de mayor importancia. Y vienen á embarazar al hombre de tal manera, que ó se han de dejar muchas dellas algunas veces ó rezarse con grande aceleración y poca reverencia. No va el negocio en rezar mucho, sino en rezar bien; y es cosa cierta que no pueden bien rezar los que sólo atienden á acabar

(1) *Comede volumen istud, etc., et comedi illud, et factum est in ore meo sicut mel dulce.* Ezeq., caps. II y III.
(2) Hugo, *in Inst. monastic.*, cap. III.
(3) *In corde meo abscondi eloquia tua ut non peccem tibi.* Psal. CXVIII, 11.

su tarea, lo cual es muy ordinario en los que se cargan mucho de oraciones vocales. Y particularmente se ha de mirar esto entre los novicios, á quien la obediencia muchas veces ocupa grande parte del tiempo; y como después les queda poco lugar para cumplir con sus devociones, ó se desconsuelan por ver que no pueden rezallas, ó quitan de las horas necesarias al sueño para cumplir con ellas, poniendo á riesgo su salud; ó finalmente, se aceleran en las obras de la obediencia, haciéndolas menos bien por acabarlas más presto, y así ni cumplen bien con lo uno ni con lo otro. Sean, pues, las devociones vocales pocas en número; de tal manera, que computando el tiempo según las ordinarias ocupaciones, sea suficiente el que queda para poder rezallas con devoción, atención y despacio. Y si acaso alguna obediencia extraordinaria ocupare el tiempo de tal suerte que no quede lugar acomodado para poderlas rezar, no se afanen por esto, ni por decillas se quiten el sueño necesario, sino ofrezcan á Dios su voluntad, y con ella el trabajo de la obediencia, en lugar de las devociones que dejan. Y tengan por cierto que será tanto más acepta esta obra, cuanto es más agradable á Dios la obediencia que el sacrificio (1). Y adviértales el maestro que cualquier obra buena que hacen en estado de gracia, es meritoria y satisfactoria, y por consiguiente puede ofrecerse á Dios por cualquier pía intención. Lo cual ha de advertilles, porque los tristecillos novicios se persuaden que solas las oraciones vocales tienen esta virtud, y así, cuando no tienen tiempo para rezar lo que acostumbran por las ánimas del Purgatorio ó por los que están en pecado mortal, ó por otra intención pía, se desconsuelan en grande manera, y les parece que va todo perdido. Y entendiendo que pueden ofrecer por cualquier destos fines la obra que han hecho por obediencia, y que es meritoria para alcanzallos, quedan contentos y consolados. Y yo sé que la ignorancia desto, que es harto común entre principiantes, ha desconsolado algunas veces á muchos. Y aunque ha de procurar el maestro aficionallos á algunas devociones particulares, y en especial á las de la humanidad de Cristo Redentor nuestro y de su santísima Madre; pero no ha de querer que sean unas mismas en todos (como ya en otra parte advertimos), sino dejar libre el espíritu de cada uno, para que cada cual rece aquello que Dios le inspirare y en que hallare más devoción y provecho. Con tal que no anden á cada paso mudando devociones, ni dejen sin grave causa de rezar lo que tienen acostumbrado, porque entrambas causas son indicios de espíritu inconstante y tibio. Haga que se acostumbren á decir ordinariamente el Oficio de Nuestra Señora, y para esto, todos los días que no se reza en el coro, se lo haga rezar en común en el oratorio del noviciado, encomendándoles mucho que conserven esta devoción aun después de profesos toda la vida, para tener propicia en sus necesidades á esta Señora, lo cual sin duda es admirable medio para llegar al colmo de la santidad. Y no sé yo que haya habido en la ley de gracia santo alguno aventajado y de singular espíritu, que no haya sido señalado en ser devoto desta purísima Virgen, alcanzando por medio della innumerables mercedes y gracias. Aficiónelos también á ser

(1) *Melior est enim obedientia quam victimae*, I. Reg. XV, 22.

devotos de las ánimas del Purgatorio, contándoles las penas que padecen, para que movidos de compasión las ayuden con sus devociones. Y haga decir todos los días alguna oración por ellas, demás de los oficios de finados que á sus tiempos se han de decir comunmente en el oratorio. Enséñeles la obligación que tenemos á los bienhechores, pues sin renta alguna nos sustentamos de sus limosnas; y la compasión que habemos de tener de las necesidades universales de la Iglesia y particulares de nuestros prójimos, y particularmente de los que están en pecado mortal, para que acostumbrándose á encomendar á Dios con afecto de compasión todas estas necesidades, no pase día en que á lo menos espiritualmente no cumplan con las obras de misericordia, dando gracias á Dios por haberlos traído á la Religión donde hay menos destas necesidades y está más á mano el remedio dellas todas las veces que se ofrecen.

Resta ahora de advertir, que para tener eficacia todo lo que el maestro enseñare á los novicios, es necesario (como ya en otro lugar advertimos) tenerles ganada la voluntad, porque si le aman recibirán muy bien su doctrina. Y para conquistar este amor, no hay medio más poderoso que procurar con muchas veras que echen ellos de ver el amor que les tiene, acudiendo á todas sus necesidades, así espirituales como corporales con afecto de padre y con ternura de madre, para que conociendo ellos en él este afecto, osen llegar con más confianza á manifestar sus trabajos y desconsuelos. Y porque los cuerpos humanos (aunque el espíritu esté pronto) no pueden dejar de cansarse, es necesario que los novicios tengan de cuando en cuando sus recreos, donde renovando las fuerzas, vuelvan con nuevo espíritu y fervor al trabajo. Para esto será bien que el maestro en los días festivos de solemnidades principales, les dé licencia para que todos juntos se huelguen honestamente; de tal manera, que en los recreos siempre resplandezca algo de religión, y no sean tales que sea necesario descomponerse corriendo ó voceando, ó levantando sobradamente las faldas del hábito, ó haciendo alguna otra cosa que desdiga notablemente de la modestia y composición religiosa. Ha de hacer que eviten cuanto fuere posible las palabras ociosas y de risa, y á imitación de nuestro seráfico Padre San Francisco, al que faltare en esto le haga arrodillar luego y decir en penitencia un Pater noster ó Ave María por los demás. Y en los juegos que para entretenerse jugaren, todas sus apuestas han de ser oraciones, las cuales han de decir luego en acabando de perder el juego, para que interponiendo en las recreaciones cosas que obliguen á levantar el espíritu, no se relaje del todo la devoción, aunque se afloje algún tanto. Y no deje de asistir el maestro en estos entretenimientos, porque no hay cosa más fácil que descomponerse el espíritu en los pasatiempos, particularmente entre principiantes, y aun seguirse dellos alguna pesadumbre y decirse palabras pesadas, lo cual todo se evita con su asistencia. Pero ha de asistir con tan alegre semblante que él mismo los anime á la recreación, y si es necesario se huelgue con ellos, y en especial si los viere muy encogidos para que ellos se recreen con libertad de hijos, sin perder el respeto debido á la presencia del padre (1).

(1) Clímaco, cap. IV, *De obedientia*

Solían aquellos santos monjes del yermo, como refiere San Juan Clímaco, cuando se juntaban para tomar algún recreo, decirse unos á otros injurias, haciendo en esto lo que solía hacer Sócrates, que sufriendo en su casa á su mujer Xantipo la mala condición y pesadumbres que le decía, se ensayaba para sufrir con paciencia las que le podían decir fuera de casa, y con estos ensayos salió pacientísimo. Desta manera, pues, aquellos santos antiguos, cuando alguno de sus hermanos les decía alguna injuria, imaginaban que se la decía algún extraño, y recogiéndose dentro de sí mismos consideraban que merecían más por sus pecados, y que Dios le movía la lengua para tratarlos como á rebeldes y atrevidos á su Majestad, pareciéndoles que usaba de mucha clemencia, pues con aquello se contentaba. Allí era el postrarse y pedir con grande humildad el injuriado que le dijesen mayores injurias, que le pisasen la boca, que le arrastrasen como á traidor contra su Dios. Y desta manera venía á parar muchas veces el juego en lágrimas, quedando recreado el espíritu y enseñado para cuando se ofreciese ocasión de sufrir injurias. Esto podrán hacer los novicios en algunos de sus recreos. Y no será menos buen recreo enseñarse á hacer lo que hacía Diógenes, quien habiéndose determinado vivir de limosna, se iba á casa de un entallador, y á las figuras de madera que hallaba arrimadas por las paredes pedía limosna, andando de una en otra hasta haberles pedido á todas, y abajando con humildad la cabeza á cada una, se salía con mucho silencio. Y preguntándole que por qué lo hacía, respondió que para ensayarse á tener paciencia cuando pidiese limosna á los hombres y le dijesen de no. A imitación, pues, deste filósofo, que en esto es digno de ser imitado, será buen entretenimiento que, puestos los novicios en orden, haga el maestro que uno dellos, el que le pareciere más altivo, vaya pidiendo limosna á los otros, considerando que la va pidiendo por tierras extrañas y entre gente no conocida. Y en vez de limosna haga que le traten mal de palabra, diciéndole que es hipócrita, engaña mundo y otras cosas semejantes á estas, y que él oyéndolas se recoja interiormente y conozca que le tratan como merece, y que es indigno de recibir limosna en nombre de Cristo, quien tanto le ofende y le sirve tan mal. A ejemplo destos podrá el maestro inventar otros entretenimientos semejantes, como son el representar el martirio de algún santo, haciendo que el uno dellos represente al tirano, y otros los ministros de la justicia, y los demás á los santos mártires, y que los traigan presos y los manden degollar, haciendo el ademán de todo esto, y produciendo en estas ocasiones actos de amor y deseos fervorosos de padecer martirio. Convirtiéndose después el tirano, y mandándole martirizar más cruelmente, para que desta manera todos queden aprovechados. Aquí es donde el maestro les ha de ponderar lo mucho que Dios estima los buenos deseos, enseñándoles como estos son los cabellos que dijo Cristo estar contados ante su acatamiento, para que no se pierda ninguno (1). Y que, por consiguiente, todos aquellos deseos de martirio que han tenido, y todos aquellos actos de amor que han hecho, se los pagará Dios con admirable largueza.

(1) *Sed et capilli capitis vestri omnes numerati sunt.* Mat. X., 30.

Tales han de ser los recreos y pasatiempos de los principiantes y aun los de todos los religiosos, aprovechando más por este camino los días de las fiestas más principales, acordándose que dice David que las reliquias de los pensamientos y deseos santos son los que hacen fiesta solemne á Dios. Pero en las festividades de menos solemnidad, bastarles ha por recreo el bajarlos á la huerta y darles licencia para andar por ella con su maestro, hablando unos con otros cosas de edificación. Que si los novicios estuvieren acostumbrados, como es razón, á andar siempre mortificados y á guardar silencio perpetuo, sólo el poder hablarse con libertad y espaciar la vista por la huerta tendrán por grande entretenimiento y recreación, aunque no lo parecerá á los que ordinariamente usan de estas licencias.

CAPÍTULO XII

En que particularmente se trata de la enseñanza de los religiosos legos, y se concluye la materia de los ejercicios del noviciado.

Aunque muchas cosas de las susodichas son comunes á todos los novicios, así legos como coristas, pero algunas otras es necesario advertir particularmente para los que han de profesar el estado de legos, sin las cuales con dificultad podrán perseverar mucho tiempo en su vocación. La primera es que el maestro, con todas las veras posibles, procure aficionallos al estado para que Dios los llamó, enseñándoles como es el menos peligroso y más seguro de la religión, así por ser el más humilde de todos, como por estar fuera de ocasiones de todo lo que es ambición. Por lo cual, dando de mano á la envidia de los que tienen más alto estado, deben estar muy contentos con su seguridad. Enséñeles como la parte que han escogido es la de Marta, tan necesaria en la casa de Dios que no se puede vivir sin ella. Ella fué la que sustentó á María y á Cristo, y es la que hoy sustenta á Cristo en sus miembros, y sin la cual no habría Marías que se regalasen con Cristo. Y de aquí es que ni se debe entristecer Marta, pues se ocupa en dar de comer á Cristo y á María, ni María debe menosprecialla, pues no puede vivir sin ella. No es miembro tan principal el estómago como la cabeza, pero no es menos necesario para recibir en sí y cocer los manjares y para sustentar esta misma cabeza, y así es razón que la cabeza lo estime, y no menos estimen los del coro á los legos. Imiten éstos á Marta en la solicitud y diligencia; mas no en el murmurar de su hermana, pareciéndoles que están ociosos los contemplativos, porque ya saben que tienen á Cristo por abogado, que responderá por ellos como respondió por María (1). Y adviertan el misterio de aquella queja, porque les es de grande importancia. Quéjase Marta de María porque la deja sola (2), para enseñar á los que

(1) *Martha, Martha, sollicita es, et turbaris,* etc., *Maria optimam partem elegit.* Luc. X, 41-42.
(2) *Domine, non est tibi curae quod soror mea reliquit me solam ministrare?* Luc. X, 40.

siguen su parte dándose á la vida activa, que si la acción no es ayudada de la contemplación, dificultosamente se puede llevar el trabajo. Y así, cuando el religioso lego anda muy ocupado y no le causa ansia el ver que no puede ayudarse de la oración, ni se queja amorosamente á Dios de que le deja María, señal es que tiene el ánimo relajado. Porque aunque es verdad que ocupado en la santa obediencia ha de vivir contento y no ha de murmurar de los que le ocupan, pero el andar ansioso por poder ocuparse un rato en la oración, levanta el merecimiento del trabajo de punto, cumpliendo con la obra la obligación de la vida activa, y con el deseo la de la contemplativa.

Demás desto, aunque, como arriba dijimos, importa mucho á todos los novicios huir cuanto fuere posible de la ociosidad, pero á los legos se les ha de persuadir esto como cosa muy necesaria, porque este vicio contradice directamente al estado de su vocación, á quien ha de ser propio andar solícitos como Marta. Sean, pues, los religiosos legos, si no quieren perderse, amiguísimos de la ocupación y trabajo de tal manera, que si cumplido con la obligación de su oficio les sobrare algún rato de tiempo, acudan con mucha caridad y alegría á ayudar en los otros oficios á sus hermanos. Verdad es que en esto ha de haber moderación y prudencia, y así el nivel con que se han de regular sus trabajos y ocupaciones, ha de ser aquel documento que pone nuestro padre San Francisco en su regla (1), donde dice que trabajen fiel y devotamente, de tal manera, que excluída la ociosidad que es enemiga del alma, no apaguen el espíritu de la santa oración, á quien deben servir todas las cosas temporales. Quiere decir que los trabajos de los religiosos han de ser templados con tanta moderación y prudencia, que atiendan juntamente con la mano á la obra y con el corazón á Dios, haciendo con el cuerpo el oficio de Marta y con el espíritu el de María. Como afirma Casiano que lo hacían aquellos monjes de Egipto, y el otro religioso lego de quien se escribe en nuestras crónicas que era como la golondrina, que volando come y comiendo vuela; de tal suerte que ni el volar le impide al comer, ni el comer hace embarazo al volar. Para acertar á hacer esto, es necesario que el maestro les enseñe algunas consideraciones acomodadas á la obra que van haciendo, de tal manera que de las mismas ocupaciones y trabajos sepan sacar materia de oración. Y porque esto tiene alguna dificultad, cuando tratemos de los oficios que están á cargo de los religiosos legos, pondremos consideraciones á propósito de cada oficio, para que de allí pueda collegir el maestro otras muchas en que los tenga instruídos. Hay también otra manera más fácil de trabajar fiel y devotamente, y es ordenando el tiempo de tal suerte que se den sus horas debidas al trabajo y quede lugar para darse á la santa oración, cumpliendo con lo que dijo Cristo, que es dar á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios (2). Para lo cual es necesario que concurran á una los frailes que se ocupan en el trabajo y los Prelados que los ocupan. Los unos poniendo de su parte tal diligencia y cuidado en lo que se les encomienda, que no les quede lugar para estar

(1) *Laborent fideliter et devote, ita quod excluso otio animae inimico, sanctae orationis spiritum non extinguant, cui debent caetera temporalia deservire.* Reg. cap. V.

(2) *Reddite ergo quae sunt Caesaris, Caesari; et quae sunt Dei, Deo.* Matth. XXII. 21.

ociosos, y los otros mandándoles trabajar con tal moderación y prudencia, que la sobra de las ocupaciones y excesos de los trabajos no los haga andar, por el gran cansancio, indevotos. Han de considerar los religiosos legos que trabajan por Dios, y que el sueldo que se les ha de dar no es menos que la vida eterna, para que desta consideración les nazca el trabajar como por tal Señor y como gente que pretende tal sueldo. Y ha de considerar el Prelado que no son esclavos los religiosos, sino siervos de Dios, y por consiguiente no les han de hacer trabajar hasta reventar como esclavos, sino como siervos de tal Señor, moderadamente. Conozcan los Prelados en los frailes legos deseo de trabajar fielmente, en la diligencia con que trabajan, y conozcan ellos en sus Prelados entrañas de caridad en la compasión que tienen de su trabajo, que habiendo esta religiosa correspondencia, la compasión en los unos hará templar el exceso en el trabajo y ocupaciones, para que haya lugar de darse á la devoción; y la diligencia en los otros hará que se cumpla con la obediencia, no quedando lugar para estar ociosos. Pero si los legos son flojos en el trabajar, ¿qué mucho que los Prelados los carguen sobradamente para que vengan á quedar á un medio? y si los Prelados tienen menos compasión dellos que de las bestias del monasterio, ¿qué mucho que ellos trabajen sin gusto y remisamente? Sea, pues, la regla de los Prelados, que sin precisa necesidad no les quiten á los que trabajan de las horas del sueño cuando se concede á los otros, ni les impidan las horas de la oración cuando la comunidad la tiene, porque si al jornalero se le concede un refresco y un rato para descanso, razón es que al que trabaja por Dios se le conceda tiempo para descansar y refresco para el espíritu. Miren que el cuerpo molido con excesivo trabajo con dificultad puede asistir á la oración, y así poco importa que les den lugar y les manden que acudan á ella, si la demasiada cobdicia de el Prelado los hace trabajar excesivamente. Todo esto se acertará si el Prelado tuviere entrañas de padre, porque entonces los hará trabajar como á hijos, mirando por su aprovechamiento y salud, y no como á mercenarios, atendiendo sólo á que se acabe el jornal aunque revienten. Los maestros en esta parte han de ser con los Prelados procuradores de los novicios, porque ellos con el encogimiento que tienen no se atreven á hablar por sí; y no debe permitirse que por otras ocasiones, no siendo necesarísimas, falten los novicios legos á las pláticas de la regla y á los ejercicios espirituales de la oración y recogimiento. David dice que en la oración abría la boca y atraía el espíritu (1), tomando la metáfora de los hombres muy cansados, que para desfogar el calor del pecho respirando, y volver de nuevo al trabajo, abren la boca y atraen el aire exterior para refrigerar el corazón apretado. Dando en esto á entender que en la oración es donde han de tomar aliento y refrigerio los que se hallan cansados; no solamente en el espíritu, sino también en la parte corpórea, porque el alivio y refrigerio del alma también redunda en los miembros del cuerpo; y siendo esto así, ¿quién tiene más necesidad de oración que los frailes legos, pues de ordinario andan ocupados en cosas de mucho trabajo y cansancio?

(1) *Os meum aperui, et attraxi spiritum.* Psal. CXVIII, 131.

Y si están necesitados della, razón es que la procuren y que sus Prelados acudan á esta necesidad.

Debe también el maestro amonestalles que procuren, si quieren que no les falte lugar para la oración, prevenir el trabajo con ella, dando al espíritu el primer rato del día, madrugando mucho para que aquella hora que es cierta, lo sea también de oración. Esto han hecho todos los frailes legos de espíritu que ha habido en nuestra sagrada Religión, que han sido muchos varones santísimos. Porque fuera de aquella hora, ninguna hay que sea cierta para los religiosos legos por ser su estado tan lleno de ocupaciones. Y si aun á los que tienen concertado su tiempo y señaladas sus horas para sus ejercicios, suelen á deshora ofrecérseles mil embarazos que les hacen faltar á la determinación de sus ejercicios acostumbrados, mucho más han de temer esto los que tienen estado tan ocasionado para tener estorbos. Por lo cual, si quieren acertar y andar concertados todo el día, den el rato más cierto á Dios, y sea el primero, pues es cierto que vale Dios para todo, y especialmente para ayudar á llevar trabajos. Esto hacía el santo David, viéndose que era rey y que estaba sujeto al peligro de muchas ocupaciones. Y así dice en un salmo: Dios, Dios mío, para vos velo yo desde la primera luz (1). Y en otro dice (2): Por la mañana, Señor, me representaré ante Vos, y veré lo que conviene para vuestro servicio. Como quien dice: Aquella hora, Señor, que nadie me puede quitar, esa quiero yo para Vos y para tratar mis negocios en vuestra presencia, antes que los ajenos me ocupen. Y si promete Cristo (3) que se le darán en añadidura todas las cosas al que primero buscare el Reino de Dios, ¿quién deja de asegurar el cumplimiento desta promesa dando la primera hora á su Majestad? Póstrese, pues, el religioso lego, luego en amaneciendo, delante de Dios, y aun procure ganarle por la mano la bendición á la aurora, y córrase de que aparezca la luz antes que él á ofrecerse al servicio del que la hizo. Ofrézcale su alma, su vida, sus acciones, sus pensamientos, y pídale gracia para que todo esto sea tal, que merezca ser ofrecido ante su acatamiento. Dígale que quiere trabajar por su amor todo el día, y pídale fuerzas para el trabajo, y dele gracias porque quiere servirse de una criatura tan vil. Aquí cobra esfuerzo el espíritu, aquí recibe bríos el cuerpo para trabajar sin cansancio, ó á lo menos para amar tanto el trabajo viendo que con él sirve á Dios, que todo le parezca descanso y gloria.

También les debe advertir otra cosa, y es que si acaso la obediencia los tuviere tan ocupados en sus oficios, que ni entre día por las muchas ocupaciones, ni á la noche por el grande cansancio pueden recogerse á tener oración, no por eso han de desconsolarse, pues no hay oración tan acepta ni tan agradable á Dios como la santa obediencia. ¿Para qué quiere el religioso recogerse y darse á la oración, sino para pedir en ella gracia á Dios para acertar á hacer su santa voluntad? Claro está que este ha de ser su fin, porque en esto consiste la bondad y perfección de las buenas obras, y tanto es una obra más

(1) *Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo.* Psal. LXII, 2.
(2) *Mane astabo tibi, et videbo,* etc. Psal. V, 5.
(3) *Quaerite primum regnum Dei,* etc., *et haec omnia adiicientur vobis.* Mat. VI, 33.

perfecta cuanto trae consigo más entrañado este fin. Pues si esto es verdad, como realmente lo es, entonces ha de estar más contento el verdadero religioso cuando está más cierto de que hace la voluntad de Dios, y ninguna cosa ha de hacer con mayor gusto que aquellas en que está satisfecho de que hace su santa voluntad. Pues si la santa obediencia es la cosa en que estamos más ciertos de que hacemos la voluntad de Dios, porque Él mesmo dice que quien obedece al Prelado á Él obedece (1), no hay razón porque deban desconsolarse los que, por estar ocupados en la obediencia, dejan de acudir á la santa oración. Desearlo es bueno, y procurar desocuparse (no faltando á lo que está mandado al religioso) por acudir á tratar un rato con Dios, y á gozar de aquel refrigerio del cielo para renovarse con él y volver con nuevo esfuerzo al trabajo; pero si Dios quiere que trabaje sin este regalo, no es razón que se desconsuele, sino que tenga por único refrigerio el ver que en aquello hace su santa voluntad. Y lo contrario es buscarse á sí mesmo en la oración y no á Dios.

Y es bien que entiendan los que por este camino se les impide el de la oración, que tienen acción para alcanzar de Dios más mercedes con menos palabras, que otros muchos que están grandes ratos orando. Esto enseñó admirablemente el santo fray Gil á un religioso lego, que llegó á él muy desconsolado, por ver que no podía recogerse á las noches á tener oración, por el grande cansancio del trabajo de todo el día; íbase á la iglesia, y en poniéndose á orar delante del Santísimo Sacramento, se quedaba dormido, y aquello le traía grandemente desconsolado.—Dime, hermano, le respondió el santo fray Gil: Si dos hombres llegasen al rey, el uno, elocuentísimo orador, y el otro, soldado que le ha servido fielmente en la guerra, y entrambos le pidiesen mercedes, y el orador dijese grandes cosas del rey y con grande elocuencia, y el soldado mostrase las heridas que ha recibido en la guerra por servillc, diciendo, sin más rodeos, que por aquéllas espera mercedes, y las pide á su Majestad, ¿á cuál de los dos te parece que concedería el rey con más facilidad lo que le pide?—Respondióle el fraile lego que, á su parecer, al soldado que mostraba las heridas, aunque dijese pocas palabras, le haría merced de lo que pidiese. Entonces dijo el santo fray Gil: Muy bien has respondido, á mi juicio, y en eso verás la poca razón que tienes de desconsolarte. No tengas, hermano mío, envidia á los que oran mucho, sino alégrate de que trabajas mucho por Dios. Y así, no te cures con Él de muchas razones, sino muéstrale esos callos que tienes en las manos, de la continuación del trabajo, preséntale el sudor y el cansancio con que llegas á su presencia. Y dile: Señor, todo esto he pasado por amor de Vos; estos callos, por amor de Vos se hicieron; tengo necesidad de tales virtudes, dádmelas por quien sois; y dicho esto, vete á dormir con mucho gusto y confianza, que no es menester con Dios muchas palabras. Con esto quedó consolado el religioso lego, y puede servir de consuelo á los que por este camino están sin él, pues no promete su gloria á los que hablan mucho en su alabanza, sino á los que obran mucho por su amor.

Debe ultra desto el maestro advertilles, que nuestro seráfico Padre

(1) *Qui vos audit, me audit.* Luc. X, 16.

San Francisco solía decir, que los religiosos legos eran las madres de su religión. Para darles en esto á entender el entrañable amor que han de tener á los demás religiosos y la caridad grande con que han de acudir á sus necesidades. Y, sin duda alguna, que si este amor y caridad tuviesen todos, todo el trabajo que padecen por servir á los religiosos, les sería dulce, como lo es para las madres el que padecen por sus hijuelos. Acudirían á los enfermos, enfermando, como San Pablo (1), con cada uno dellos, y en los ministerios más humildes y asquerosos les servirían con gran caridad. Gustarían de remendar á los que andan rotos, y de ayudar á los que trabajan por verlos desocupados para darse más desembarazadamente á Dios. Y finalmente, todas las necesidades de los otros tendrían por propias, y por aliviarlos dellas gustarían de padecerlas, que es propio efecto de la caridad. Enséñeles también, como es muy propio de su estado la virtud de la santa humildad y la de la pronta obediencia, y éstas han de ser las piedras fundamentales del edificio de su religión. Su gloria ha de ser y su principal trofeo, llamarse siervos de los siervos de Dios; que, pues, el Sumo Pontífice pone sobre su tiara este título, y entre todos le ha escogido por principal, para preciarse del, y del usa en sus letras apostólicas, teniéndole por blasón de la suprema dignidad de la Iglesia, no es mucho que ellos lo tengan por tal. Los demás religiosos, es razón que los amen y traten con igualdad como á hermanos, pues, realmente lo son; mas ellos siempre se han de preciar del nombre de siervos. Y así, correrse un religioso lego de que no le llamen padre, es indicio de soberbia diabólica, antes se habían de confundir de que un sacerdote los tratase con igualdad. Finalmente, todo lo que tiene resabios de presunción y soberbia es abominable en todos los religiosos, pero en los legos es cosa detestable y digna de no ser sufrida. Han de tener grandísimo respeto á los sacerdotes y no trabar largas conversaciones con ellos, sino honrarlos y servirlos, tratando con ellos y con todos los religiosos con mucha reverencia y crianza. En la obediencia sean tan prontos, que no guarden el mandamiento del Prelado cuando entendieren su voluntad, y jamás se oiga palabra de réplica en lo que se les manda; que por eso en algunas religiones son llamados frailes de la obediencia, para que entiendan que es muy propia de su estado esta virtud, como también lo es la santa pobreza, la cual han de amar entrañablemente, mostrando el amor que le tienen en los efectos exteriores, guardando con mucha fidelidad lo que se les encomienda, procurando vestir el hábito más pobre y remendado, que cierto es argumento grande de espíritu relajado y muerto, en el fraile lego, ser curioso y cuidadoso en lo que toca al vestir. Y aunque todos los religiosos han de estar instruídos en las cosas tocantes al voto de la pobreza, mas con mayor cuidado ha de procurar el maestro que los legos en esto se aventajen; porque como ellos tratan más de ordinario en las limosnas, pidiéndolas y conservándolas, es cosa manifiesta que si ignoran los modos del pedirlas, las condiciones que han de concurrir para poderlas pedir, y las modificaciones que se han de guardar en ello, necesariamente habrán de faltar muchas veces á su obligación. Y así,

(1) *Quis infirmatur, et ego non infirmor?* 2. Cor. XI, 29.

cualquier ignorancia en esta materia es muy culpable en ellos, y en los maestros cualquier descuido que tengan en no enseñarles lo que han de guardar.

Hales de prevenir también de otra cosa muy necesaria, y es, que los que saben leer, den totalmente de mano á los libros, y así no se los permita tener ni leer en ellos, aunque sea so color de devoción; porque verdaderamente es grande la guerra que por este camino les hace el demonio. Que así como á él, después que le lanzaron del cielo, le han quedado siempre los humos de querer subir, así también procura que todos tengan los mesmos humos, y al fin, como es humo, después de haber cegado al que anda metido en él, todo lo lleva el viento, aunque no es viento el daño que hace. De aquí procede el apetito de estudiar más, para llegar á ser sacerdotes, cosa que nuestro Padre San Francisco, con ser tan admirable su santidad, le pareció que excedía á sus fuerzas; y no se engañaba, porque realmente son pocas todas las humanas para tan gran dignidad. Del apetito de estudiar más para este efecto, les nace el hurtar el cuerpo á la obediencia, y hacerla arrebatadamente y mal hecha, por ahorrar tiempo para estudiar. Y otros daños aún más graves que estos, cuyo fin ha sido en muchos dellos apostatar de la religión, por irse al Sumo Pontífice y sacar licencia para poderse ordenar sacerdotes, y esto no por darse más al espíritu, sino porque los tengan en más, y tener ellos más libertad. Y no me acuerdo haber visto religioso lego tentado de tener libros, ó á lo menos son muy poquitos, que no vivan inquietos y relajados, y aun dando ocasión á otros para desasosegarse y perderse con su amistad. Es, pues, necesario, que el maestro prevenga este daño, y que en el discurso del año del noviciado mire, con particular atención, si hay alguno tentado en este particular; porque con razón se puede temer que los tales, no perseverarán en su vocación, ó vivirán con gran desconsuelo; si ya, por otra parte, no tuvieren algún espíritu aventajado, con el cual se pueda creer que vendrán á mortificar esta pasión.

Concluyendo, pues, esta materia, digo que debe el maestro, por la obligación de su oficio, demás del cuidado y diligencia que ha de poner en enseñar á sus novicios, con la vida y ejemplo, las cosas susodichas y las demás concernientes al estado de cada uno, considerar atentísimamente los resabios, costumbres y talento que tienen, su modo de proceder, su buen ó mal natural, y si apuntan algún avieso para adelante, y dar dello aviso al Prelado, y si fuere necesario, á toda la comunidad, para que vean lo que se debe hacer de cada uno dellos. Y mire que en esto ha de ser fidelísimo, posponiendo cualquier respeto, así de la Orden como seglar. Porque si á caso (lo que Dios no permita) por no guardar él la fidelidad debida á la religión en cosa tan importante, fuese admitido alguno, ó inútil, ó perjudicial, dará estrechísima cuenta á Dios desto y de todos los daños que dello se siguieren.

Y mire mucho, como ya en otra parte advertimos, que no se apasione por ninguno de los novicios, por muy buenas partes que tenga, ó adquisitas ó naturales, ni por la amistad ó respeto de sus deudos ó de alguna persona particular, porque estando la voluntad apasionada, es imposible que el entendimiento acierte á juzgar las cosas como ellas son. Y así podrá ser, que apruebe por bueno lo que realmente no lo

es, y quede cargada la Orden por su ocasión de sujetos inútiles y aun, por ventura, perjudiciales. El orden, pues, que acerca desto se ha de guardar es, que pues los estatutos generales de nuestra sagrada religión tienen prudentemente ordenado que se tomen tres veces en el año los votos para los novicios, con el fin de que los buenos sean animados y los negligentes y descuidados, con caridad corregidos; el maestro, cuando la primera vez se toman los votos, diga con libertad, como arriba dijimos, lo que siente del novicio, extendiéndose á especificar aquellas faltas que la caridad permite ser descubiertas en tal ocasión, particularmente las naturales, como son la rudeza de ingenio, la falta de discurso y la inquietud natural, de la cual se tiene poca esperanza de enmienda, y otras semejantes á éstas. Y de los defectos que tiene acerca de sus costumbres, si son secretos y perniciosos, basta decir que en su modo de proceder y poco aprovechamiento echa de ver que no será bueno, antes dañoso, para la religión. Que esto solo bastará, para que los religiosos descarguen sus conciencias en la del maestro, siguiendo su parecer, y quitándole el hábito, si conviniere. Pero si los defectos fueren tales que con el tiempo se puede esperar enmienda, debe ser llamado el novicio á la comunidad, ó remitirlo al maestro, según fuere necesario para la corrección de la falta, y advertirle el defecto ó defectos de que le notan, amenazándole que si no pone el remedio, le quitarán el hábito. Y el maestro tendrá cuidado de irle á la mano y amonestarle muchas veces acerca de aquella falta, y en la segunda vez que se tomaren los votos, hacer relación de la enmienda ó falta acerca della y de las diligencias que ha hecho para que se remediase; y viendo que no ha aprovechado, y que la falta lo merece, no se aguarde á la tercera vez para quitarle el hábito. Porque los que llegan á la tercera, pocas veces son excluídos, aunque lo merezcan; tantos son los respetos que entonces tienen los religiosos, con daño algunas veces de la religión, quedando en ella los que son indignos. Y no se podrán quejar de que los excluyen á la segunda, pues fueron avisados dello una y muchas veces, y no han querido enmendarse.

CAPÍTULO XIII

En que se comienza á tratar de los remedios contra algunas tentaciones, que suelen hacer guerra á los novicios, y en especial contra la falta de devoción

En la jornada que los hijos de Israel hicieron saliendo de Egipto para ir á la tierra de promisión, dos maneras de contrarios tuvieron: unos que les quisieron estorbar la salida, estándose aún en Egipto, y otros que, después de salidos, procuraron estorbarles el paso. Esto mesmo les acaece á los que, saliendo del siglo, quieren ir á la tierra prometida de los vivientes, por el destierro y aspereza de la vida mo-

nástica, que allá en el mundo se les ofrecen contrarios que les hacen guerra para que no salgan dél, y acá, en la religión, no les faltan, y por ventura más fuertes, para que no pasen adelante, ni lleguen á gozar de los bienes que tiene Dios prometidos á los que llegaren al término de la carrera. Lo uno y lo otro hace el enemigo del género humano, pero acá, en la religión, como ya en otro lugar dijimos, es más continua la guerra que hace, y más encubiertas las tentaciones de que usa; y como los principiantes en la milicia espiritual son poco prácticos, corren grande peligro de volver atrás, si no tienen un Moisés que les adiestre, que los anime y que les vaya descubriendo las asechanzas del enemigo. Esto ha de hacer el maestro, y así, en ninguna cosa ha de estar más instruído y versado, que en la ciencia del discernir espíritus y conocer tentaciones, y en el saber remedios para vencellas, y cautelas y modos para enseñar á sus novicios á pelear: enseñándoles, como lo hizo Dios con David, á mover, no solamente las manos en la pelea, sino también los dedos en otro cualquier conflicto (1). Esto es, industriándolos en este género de milicia hasta sacarlos diestros soldados para saberse valer, no solamente en las tentaciones leves y descubiertas, pero aún en las subtiles y vehementes. Acordándose que, como enseña David (2), tiene el demonio saetas que vuelan de día, y negocios que nos rodean en las tinieblas; y es necesario estar prevenidos en los unos y en los otros, para que en todos ellos quede vencido el adversario. Para ayudar, pues, á los maestros en este particular, trataremos ahora, no de todas las tentaciones que pueden ofrecerse, porque sería un proceso casi infinito, por ser innumerables las máquinas con que el demonio nos suele hacer guerra, sino de solas aquellas con que más de ordinario suele tentar á los principiantes, para hacerlos volver atrás, y de los remedios con que han de vencerle, para que sirva esta doctrina á los maestros de una espiritual armería, á donde puedan acudir por armas, así defensivas como ofensivas, para armar á sus novicios contra las tentaciones que en el discurso del año puede el demonio ofrecerles.

La primera de las cuales, según sentencia del doctor seráfico San Buenaventura (3), es la falta de la devoción, y llama falta de devoción á la sequedad del espíritu y privación de gustos del alma. Y dice este santo doctor, como quien lo tenía bien experimentado, que sin esta tentación, todas las otras, ó tienen ninguna fuerza, ó muy poca, porque la devoción es como casa de refugio, donde el alma acude á guarecerse en todos sus trabajos y tribulaciones. Y es cierto que cuando no faltan los gustos espirituales, aunque por otra parte se halle el alma acosada de trabajos y tentaciones, valor tiene para resistillas y para sufrir cualquier género de adversidades. Porque los consuelos del espíritu la enfortalecen y dan brío para pasar por todo, como lo hacía el santo rey David cuando decía (4): Si el Señor me ayudare, yo menospreciaré á mis enemigos, y no temerá mi corazón, aunque se levanten contra mí

(1) *Benedictus Dominus Deus meus, qui docet manus meas ad praelium, et digitos meos ad bellum.* Psalm. CXLIII, 1.

(2) *A sagitta volante in die, a negotio perambulante in tenebris, etc.* Psalm. IX.

(3) D. Bona. *De processu religionis*, cap. IV.

(4) *Dominus adiutor meus et in ipso speravit cor meum, et adiutus sum.* Ps. XXVII, 7. *Dominus mihi adiutor, et ego despiciam inimicos meos.* Psalm. CXVII, 7.

los ejércitos. Pero cuando el alma carece desta ayuda de costa, y acudiendo á Dios en la oración se halla con sequedad de espíritu, allí es el trabajo, allí las angustias, porque viéndose expuesta, por una parte, á las tentaciones del enemigo, y por otra, desamparada, á su parecer, y sin socorro del cielo, viene á dar en una tristeza desordenada, que la trae como asombrada y sin valor para cosa que buena sea. Y cuanto en ella va más creciendo este asombro y pusilanimidad, tanto el demonio la va más acosando para que, desconfiada de poder vencer, se le rinda. Esta tentación es mayor de lo que se puede decir con palabras, particularmente para los que son inexpertos y principiantes; y nacen della, como adelante diremos, otras algunas, que no menos aprietan el ánimo, y le traen á punto de desfallecer. Verdad es que, como lo notó el divino Gregorio (1), pocas veces permite Dios que los recién salidos del siglo se vean acosados desta manera de tentaciones, porque aterrados dellas, no se vuelvan tanto más fácilmente á sus vicios, cuanto más á vista los tienen por haberse alejado poco dellos. Antes suele ser divino consejo y traza de su providencia, comunicárseles con más abundancia, frecuentando en ellos el riego de su divina gracia, como suele hacerlo el labrador con los arbolitos tiernos y pequeñuelos. Y como á niños ternecitos en la virtud los toma frecuentemente en su regazo, y les da á gustar muchas veces la suavidad de la leche de sus divinos pechos. Pero aunque suele ser esto lo más ordinario, también algunas veces suele privarlos destas dulzuras y hacerles comer pan con corteza, y hay muchos dellos que se afligen tanto más gravemente con la privación de los consuelos espirituales, cuanto por haberlos gustado les parece ser mayor la caída y más grave la pérdida. Otros hay que la memoria de lo que perdieron, no tanto les sirve de desconsuelo como de espuela para hacerlos más trabajar, por volver de nuevo á los gustos pasados, pareciéndoles que á fuerza de brazos han de volver á alcanzallos. Y por este camino suele el demonio traerlos acosados, haciéndoles exceder en las diligencias que hacen, enflaqueciéndoles las fuerzas con los excesivos ayunos, y cansándoles las cabezas con la fuerza que hacen por derramar lágrimas, que piensan han de salir exprimidas á pura fuerza. Y si se detiene la divina largueza de acudir después de todo este trabajo á consolallos con los gustos que ellos pretenden, allí es donde el demonio aprieta más los cordeles, causándoles impaciencias, desconfianzas y excesivas tristezas, y aun llega su desvergüenza á tanto, que procura hacerles enojar contra Dios nuestro Señor y persuadirles que hagan juicio de blasfemia, teniéndole por cruel y falto de providencia. Suelen andar estos tales con el semblante triste y melancólico y absortos como gente aislada y despavorida, suelen enflaquecerse y andar macilentos, porque el espíritu triste, según dice el Espíritu Santo (2), seca los huesos, y finalmente, andan hechos un retablo de duelos, sin gustar de cosa que pueda dilatarles el ánimo, ni darles consuelo.

Cuando viere, pues, el maestro algunas destas señales, no aguarde que ellos lleguen á pedirle remedio, porque suele el demonio persuadirles que no se descubran á sus maestros, porque no los tengan por

(1) Greg. lib. mora, XXIV. cap. VII.
(2) *Spiritus tristis exsiccat ossa.* Prov. XVII, 22.

indevotos. Lo que ha de hacer, es procurar en las pláticas espirituales que les hace, ingerir algunos remedios contra este género de tentación, y si es necesario hablarles en particular, en las confesiones y fuera dellas, enseñándoles la poca razón que tienen de entristecerse y desconsolarse, por verse privados de los gustos y consolaciones de espíritu que no está en su mano alcanzallos, y por consiguiente, pueden carecer dellos, no solamente sin culpa, pero aun con mucho merecimiento suyo. Para lo cual les advierta, que el privar Dios á sus siervos de semejantes consolaciones y gustos, unas veces procede de culpa suya y otras de sola disposición de la divina providencia. Y según la causa de donde procede, ha de ser el remedio que se les ha de aplicar, porque de otra manera se han de curar las enfermedades que nacen de culpa nuestra, que las que proceden de sólo quererlas Dios. Para curar las primeras es necesario quitar las culpas de donde nacen; porque regla es de médicos y filósofos, que perseverando las causas de una mesma manera, necesariamente han de perseverar los efectos, y quitadas ellas, ellos han de cesar. Y según esto, debe el maestro aconsejar al novicio que considere con atención su conciencia, y mire si ha dado ocasión para que Dios le privase de semejantes consolaciones. Y adviértale que no es necesario haber cometido grandes culpas para que le castigue Dios con privalle de sus consuelos; porque por sólo un descuido de no guardarse de culpas veniales, ó de imperfecciones que aún no llegan á ser culpas, suele Dios dar este castigo. Y lo más ordinario es privarnos de sus consuelos, porque no queremos nosotros privarnos de los de acá de la tierra, y no quiere su Majestad que se mezcle la dulzura de su manná con el gusto grosero de la harina de Egipto, y por eso no quiere dalle, sin que se haya acabado esta harina. Y Cristo Redentor nuestro no quiso dar de comer del pan milagroso á los que le seguían en el desierto, hasta que se les acabó el mantenimiento que habían sacado de sus casas; pero en acabándose aquél, luego se compadeció dellos y trató de darles de comer. David dice (1): Rehusó de consolarse mi ánima; acordéme de Dios, y alegréme de tal manera, que por la grandeza del gozo vino á desfallecer mi espíritu. Dando á entender que el rehusar los consuelos de la tierra, fué medio para que, con la memoria de Dios, le fuesen comunicados los gustos del cielo. Presupuesto, pues, que esta doctrina es verdadera, vea el que se halla privado destos gustos, si tiene aún puesto el suyo en los de la tierra, si gusta de palabras ociosas, de donaires, de risas vanas, ó de otras cosas semejantes á éstas; y téngase por dicho, que mientras no diere de mano á estos gustos sin gusto, no ha de gustar de los otros que son verdaderos. Y acuérdese que el sábado de Dios, que quiere decir el día de su descanso, se llama delicado en la sagrada Escritura (2), porque cualquier ventecillo, por leve que sea, le desconcierta y daña. Así que, cuando el maestro echare de ver que de aquí le nace al novicio la sequedad de espíritu y falta de devoción, lo que ha de dar por único remedio, es que viva con recato, y se prive de todas las cosas que distraen el ánimo y quitan el recogimiento, aunque parezcan leves,

(1) *Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum, et ejercitatus sum, et defecit spiritus meus.* Psal. LXXVI.
(2) *Si vocaveris Sabbatum meum delicatum.* Isai. LVIII.

porque éstas son las que estragan el paladar del alma y la dejan inhábil para gustar de los consuelos espirituales y divinos.

Pero si acaso viere que el tratalle Dios desta manera y el traelle tan seco y tan sin jugo de devoción no procede de culpa suya, sino de sola dispensación de la divina providencia de Dios, anímele á la perseverancia y á la pelea, enseñándole que no consiste la perfección en estos gustos, sino en saber acertar sin ellos á ejercitarse en las virtudes sólidas y macizas que nos enseña Cristo en el Evangelio. En el cual es cosa cierta que no llama á los suyos ni los convida á deleites y gustos, sino á cruz y trabajos, que éste ha de ser el gusto de los siervos de Dios. Y así, cuando llamó Cristo á los suyos para refeccionarlos, luego les dijo que tomasen su yugo á cuestas, como dándoles á entender que aquélla era la refección, para que los llamaba (1). Y especialmente ha de ser esto así en las religiones, donde la intención que ha de traer á los que vienen á ellas, es un deseo de llevar perpetuamente la cruz de Cristo. Y si vino el religioso á buscar cruz, no es bien que se aflija porque le faltan deleites, aunque sean espirituales.

Enséñele, á más desto, las causas porque suele Dios privar á los suyos de los consuelos espirituales, sin que ellos hayan dado ocasión para ello. Entre las cuales, que no son pocas, debe echar mano de aquellas que son más proporcionadas para alentar el espíritu del novicio, y pondré aquí algunas sumariamente, para que pueda escoger la que fuere más á propósito. La primera causa porque suele Dios hacer esto, es para enseñar á sus siervos, que cuando su divina Majestad y largueza se sirve de regalar á los suyos con semejantes consolaciones, no es porque ellos lo tengan merecido, sino porque Él se quiere mostrar con ellos liberal. Y de aquí es, que algunas veces ordena su divina providencia, que cuando el religioso ha procurado con más diligencia y cuidado estar recogido y huir con más veras de todo aquello que puede divertille y apartalle de la presencia de Dios, entonces le trae Dios más sin consuelo y, al parecer del gusto, menos devoto. Y por el contrario, cuando ha estado más distraído y menos cuidadoso de recogerse, entonces le comunica más gustos, mayores consuelos y más abundante copia de lágrimas, para que entienda por este camino, que no es esta lluvia natural, que está en mano del hombre, sino voluntaria, como dijo David (2), que cae donde Dios quiere, cuando Él quiere y de la manera que quiere. Y presupuesto que el siervo de Dios de ninguna cosa ha de dolerse, sino del pecado, no debe, el que carece destos consuelos sin culpa suya, entristecerse, sino humillarse, conociendo que cuando gozó dellos, no fué por sus merecimientos, sino por la liberalidad de Dios. Y mire bien, si acaso alguna vez cuando se vió devoto y con regalos del cielo, se persuadió que los había alcanzado por su industria y trabajo, y si echare de ver que tuvo alguna vez este engaño, crea que el haberle Dios privado dellos, es azote y castigo de aquella soberbia, y que nunca levantará Dios el azote, hasta que, desengañado de tan gran yerro, conozca su culpa, y se le arroje en los brazos de su divina misericordia.

La segunda causa porque suele Dios permitir estas sequedades, es

(1) *Tollite iugum meum super vos.* Mat. XI, 29.
(2) *Pluviam voluntariam segregabis Deus hereditati tuae.* Psal. LXVII, 10.

por excitar la virtud del que las padece. Porque, como enseña San Buenaventura (1), en el tiempo de la sequedad, es cuando se ejercita la fe de la dulzura de las cosas del cielo, fundándose más en lo que dice dellas la sagrada Escritura, que en la experiencia. Allí se prueba y ejercita la esperanza, confiando que aun en el tiempo que está Dios hiriendo, nos es propicio, diciendo con el santo Job: Aunque me quite la vida, esperaré en su bondad y clemencia (2). Allí se prueba la caridad, mostrando que amamos aún en el tiempo de la adversidad; porque el verdadero amigo, según dice el sabio (3), en todo tiempo ama, y el que de verdad es hermano, en el tiempo de los trabajos se conoce. Y ésta es una de las principales causas porque Dios suele quitar los regalos á los suyos para demostrar al demonio que tiene amigos que le sirven sin interés, lo cual tiene Dios por particular gloria suya, como se vió en lo que hizo con Abraham, con el santo Job y con otros algunos. Aquí también se prueba la paciencia, no murmurando de la providencia divina, ni teniendo á Dios por cruel y amigo de afligir á los hombres y traerlos atribulados. Aquí, finalmente, se prueba la humildad, conociéndose el hombre indigno de los consuelos del cielo y merecedor de mayores trabajos, por las ofensas que ha hecho á Dios. De todo lo cual se colige que, el dar Dios sequedad á sus siervos, es ofrecerles materia de merecimiento y ocasión de ejercitar las virtudes, y por consiguiente, no nace de menos amor el afligir á los suyos, privándoles de semejantes consuelos, que el regalarlos con gustos y consolaciones espirituales, antes, muy de ordinario, suele ser mayor muestra de amor.

La tercera causa suele ser, querer Dios subir á sus escogidos por este camino á más alto grado de perfección, para que puedan decir con San Pablo, que no conocen ya á Cristo según la carne, sino según el espíritu (4). El más alto y perfecto modo de servir á Dios, es servirle por sólo su amor y bondad, y no por el propio interés; porque éste es amor de niño, que sigue á su madre porque le muestra el pecho, ó el confite, ó alguna cosa semejante, y en faltándole aquello llora, y se queja, y no quiere seguilla, sino que la maldice. Y dúrale este modo de proceder, hasta que poco á poco va creciendo, y llegado á conocer lo que se debe á una madre, viene á amalla, á obedecella y servilla como ella merece, no ya por el pecho ó confite, sino porque conoce que es madre. Los que sirven, pues, á Dios por las dulzuras y consuelos espirituales, aun están en estado de niños, y como á tales los trata, mientras los va atrayendo con semejantes regalos; pero á los que van ya aprovechando, ó quiere Dios que aprovechen, quítales estas dulzuras para que, conociendo lo que su Majestad merece, le sirvan por eso. Y entiendan que es tanto más perfecta esta manera de servílle, cuanto es más alto motivo lo que Dios merece, que nuestro propio gusto y contento. No debe, pues, afligirse el que se viere privado destos consuelos, sino dar gracias á Dios, que le quiere pasar

(1) Bonav. De processu. relig. cap. II, processus IV.
(2) *Etiamsi occiderit me, in ipso sperabo.* Job. XIII, 15.
(3) *Omni tempore diligit qui amicus est, et frater in angustiis comprobatur.* Proverbia XVII, 17.
(4) *Et si cognovimus secundum carnem Christum: sed nunc iam non novimus.* II Cor. V, 16.

del estado de niño al de varón perfecto. Pero advierta el maestro, cuando hubiere de usar desta manera de consuelo con sus novicios, que si no es cauto, puede darles ocasión de soberbia persuadiéndoles el demonio, que deben de estar ya muy aprovechados, pues los trata Dios como á gente perfecta quitándoles los consuelos. Y para remediar esto, ha de advertirles que éste no es argumento de estar ellos aprovechados, sino de que quiere Dios que aprovechen y sean perfectos. Y que entonces irán aprovechando, cuando procuraren servir á Dios, tanto con mayores veras, cuanto Él los tratare con mayor rigor y sequedad, y conocieren que los trata como merecen. Porque si otra cosa se persuaden, ¿cómo puede haber aprovechamiento donde falta humildad? Y mire que es muy necesario parar en esto, si no quisiere hacerles dar de ojos en un atolladero, por levantarlos de otro.

Y adviertan de más desto los maestros, que destos remedios y de otros semejantes procura el demonio sacar ponzoña, haciendo remisos á los principiantes, y menospreciadores de los consuelos espirituales. Porque dándoles á entender que les quita Dios estos gustos por proballos, ó por algunas de las causas ya dichas, y no por su culpa, los hace negligentes, y diciéndoles que no consiste en ellos la perfección, y que son regalillos de niños, les hace que los tengan en poco. Y así, debe el maestro, cuando los viere tentados en esta materia, haberse con ellos de tal manera, que los conserve humildes, y los exhorte á ser diligentes, y los persuada á estimar con prudencia lo que es tan digno de ser estimado. La humildad se conservará, si conocieren que es por su culpa este castigo, y que no son merecedores de los regalos del cielo, por no tener aún renunciados perfectamente los de la tierra. El cual conocimiento se alcanza con la profunda consideración de las faltas presentes y pasadas, y de las ordinarias imperfecciones. La diligencia se alcanzará, si llega á conocerse la estima que se debe hacer destos consuelos, porque entonces se procurarán alcanzar con diligencia, cuando se conociere que merecen ser estimados. Y esto se conocerá cuando el maestro acertare á dar á entender á sus novicios, lo que ayudan estos consuelos para alcanzar las virtudes en que consiste la perfección. No consiste la santidad, dice un doctor, pío y docto (1), en las consolaciones espirituales, mas son ayuda grande para la santidad; no está en ellas la perfección, mas son instrumentos muy principales para alcanzalla. Verdad es, que son más parte de premio que de merecimiento; mas ese premio, visto y gustado por experiencia, aviva y despierta el corazón, para obrar de manera que crezca el merecimiento. Y aunque la perfección no está, como dicho es, en estas consolaciones, sino en tener paciencia cuando nos fueren quitadas; mas con esa paciencia es necesario poner diligencia para recobrar la gracia perdida, no por el gusto della, sino por ser tan necesaria para estar prontos en el servicio de Dios. Porque David confiesa, que corría por el camino de los mandamientos divinos, cuando Dios le dilataba el corazón con estos consuelos (2). Que, sin duda alguna, ellos son los que ensanchan el corazón y lo hacen diligente para todo lo bueno, así como el deleite natural hace diligente al hombre para las obras y ejercicios natura-

(1) Ludovi., Granat., *De devot.* P. II, cap. IV.
(2) *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum.* Psal. CXVIII, 32.

les. El caminar con ellos en el camino de la virtud, es como navegar con viento en popa, y el andar sin ellos, es navegar á remo y con viento contrario. De todo lo cual se sigue, que para andar cual conviene entre estos extremos, de tal manera se han de haber los siervos de Dios, que ni desmayen y desconfíen cuando se hallaren sin devoción y sin gusto, ni se aseguren de tal manera cuando les falta, que dejen de hacer cuanto les fuere posible por recobrarla.

CAPÍTULO XIV

De los remedios contra la dificultad que se halla en el bien obrar, y contra el fastidio que suele el demonio mezclar en el ejercicio de las virtudes

La segunda tentación con que suele afligir el demonio á los principiantes, es la dificultad que hallan en la nueva milicia del ejercicio de las virtudes. Y ésta suele nacer, parte de la contraria inclinación que hay en la naturaleza estragada, y parte de la falta de devoción de quien tratamos en el capítulo precedente. Porque si aquélla no falta, corrobórase la naturaleza, aunque flaca, y viene á vencer poco á poco la dificultad. Pero si por una parte falta la devoción, y por otra les ayuda poco, ó por mejor decir, les hace contraste la mesma naturaleza, viene á crecer la dificultad del bien obrar, de tal manera, que si no son ayudados, los que se ven en este conflicto, de la prudencia de su maestro, y el maestro del espíritu del Señor, es gran milagro dejar de quedar vencidos. Los que padecen esta manera de tentación, dice el seráfico doctor San Buenaventura, son aquellos que tienen algún deseo y voluntad de obrar bien; pero aquella voluntad no es fuerte para romper con los embarazos que se les ofrecen en el camino. El deseo de aprovecharlos acosa por una parte, y por otra el remordimiento de la conciencia, de ver que no hacen lo que podrían para poner en ejecución aquel buen deseo. Querrían señalarse en hacer buenas obras, y no querrían trabajar por vencerse á sí mesmos, para ponerlas en ejecución, cumpliéndose en ellos aquello que dijo el Apóstol (1): Tengo el querer, y no acierto á ponerlo por obra. Destos, dice San Buenaventura, que fatigados de los trabajos espirituales, vienen á hacerse remisos y flojos, andando con tristeza los caminos de Dios, murmuran de ordinario, y en la ejecución de las cosas que les mandan se muestran tibios y duros de corazón. Porque los atierra un horror cuando se ponen á pensar en lo que cuesta el aprovechamiento espiritual, de suerte que vienen á decir dentro de sí mismos: Buena es la victoria, mas dura es la guerra; dulce es el premio, mas el trabajo con que se merece es pesado. Y así como los hijos de Israel, viendo por una

(1) *Velle, adiacet mihi: perficere autem bonum, non invenio.* Rom. VII, 18.

parte la muestra del fruto que los exploradores trajeron de la tierra de promisión, apetecían el ir á ella, y por otra parte, oyendo decir los monstruos y gigantes con quien habían de pelear para entrar en ella, se acobardaban, y algunos elegían más quedarse en el desierto, que emprender tan dura pelea; así éstos, por la noticia que tienen de los gozos del cielo, querrían entrar en ellos; pero de tal manera se atierran viendo las tentaciones, las peleas y trabajos espirituales que se ofrecen para alcanzallos, que casi escogen por mejor el quedar como en el desierto, en un medio estado de una vida entre seglar y monástica, que no llegar á la gloria de la perfección por medio de tantos trabajos. Todo esto es de San Buenaventura, y pasa á la letra como él lo dice, y aun es mucho más de lo que él pondera; porque como la naturaleza aborrece el trabajo, y el demonio lo exajera y hace parecer aún mucho mayor de lo que ello es, vienen casi á desconfiar de poder quedar victoriosos los que en este género de tentación se ven acosados.

El remedio con que más de ordinario suelen curar estos tales, es ponerles delante los ejemplos de algunas personas flacas y atribuladas como ellos, que hallaron las mesmas dificultades y las vencieron con el ayuda de Dios. Y digo que los ejemplos han de ser de personas flacas, porque si para animallos les proponen las vidas de personas heroicas y señaladas en la virtud, que no se vieron en el mesmo conflicto, les persuade el demonio que aquéllos fueron gigantes y hombres extraordinarios, y que es soberbia pensar que, siendo ellos pigmeos, han de llegar á poder imitallos. Pero si los ejemplos son de gente flaca, y en especial de los que aun viven, esto les suele más animar y dar confianza de que ellos podrán también, con el ayuda de Dios, lo que los otros pudieron. También es remedio para estos tales, enseñarles lo mucho que puede y lo que facilita las cosas la costumbre y cuidado. Pues, como dice Séneca (1), ninguna cosa hubo jamás tan ardua y dificultosa, que no la haya facilitado la diligencia y costumbre. Y lo mesmo enseña Plutarco, y lo tiene tan confirmado la experiencia, que cuando ningún doctor lo afirmara, ésta sola bastaba á hacerlo evidente. Pues ¿qué será, si con la costumbre se junta el favor de la gracia que todo lo hace suave? Saben bien los ejercitados en esto cuán verdadera es esta doctrina, pues aun en el mesmo trabajo parece suficiente premio de sí mesmo. Y esto es lo que quiso afirmar David cuando dijo: Tu siervo, Señor, guarda tus mandamientos, porque en el guardallos, hay galardón y premio muy grande (2). No dijo que había de dar Dios premio por la observancia dellos, sino que en la mesma guarda dellos había premio muy grande, para enseñar que no solamente premia Dios á los buenos, en la gloria, por haber guardado sus mandamientos, sino que el mesmo ejercicio del guardallos mezcla con el trabajo el premio. ¿Qué quiso dar á entender Isaías cuando dijo (3), que el yugo lo había de venir á pudrir y querar con la unción del aceite, sino que, así como el madero podrido y querado, es más ligero que no estando sólido y verde, así el yugo de la ley de Dios, con la unción de la gracia que

(1) Seneca, lib. II, *De ira.*, cap. XXII. Pluton, *De profect.*, *virt.*

(2) *Etenim servus tuus custodit ea, in custodiendis illis retributio multa.*— Psal. XVIII, 12.

(3) *Et computrescet iugum a facie olei.* Isai. X, 27.

comunica á los que le traen á cuestas, se había de aligerar y hacer liviano como cosa querada y podrida, para que se pudiese llevar con facilidad? Lo cual fué divinamente figurado en aquello que cuenta la divina Escritura de los Levitas que llevaban el Arca del Testamento, que de cuando en cuando paraban á ofrecer á Dios sacrificio en hacimiento de gracias. Y dice un varón muy docto, que la causa porque ofrecían á Dios sacrificio era, porque les aligeraba el peso del arca, de tal manera, que no lo sentían más que si no la llevaran á cuestas. Dando en esto á entender, que es costumbre de Dios, á los que llevan su ley á cuestas de buena gana y se muestran agradecidos por ello, quitar la pesadumbre del peso y hacerles caminar con gran ligereza y alegría. Pues habiendo estas promesas de Dios de por medio, verificadas en tan admirable figura, ¿por qué se ha de aterrar el religioso aunque le parezca ser grave la dificultad que trae consigo el estado religioso? Y por estar llenos los libros de ejemplos que confirman esta verdad y ser tan experimentada en las religiones, no quiero detenerme en ella; podrá el maestro estar previsto en ella, para que, confirmándola con ejemplos de santos, tenga más autoridad y eficacia.

También es remedio contra esta tentación, hacer que los que se vieren tentados della, vuelvan los ojos de la consideración á ver el fuego con que se abrasa Sodoma, para que no les parezca muy escabrosa la subida del monte, adonde, como otro Loth, caminan para librarse de aquel incendio. Quiero decir, que procure el maestro hacer que sus novicios consideren las dificultades con que se vive en el mundo y las que se ofrecen en el camino de la maldad, y si aciertan á hacer esta comparación y cotejo, echarán de ver que es paraíso la religión, y descanso sus trabajos, y sombra sus dificultades en comparación de lo que se pasa en el mundo. Y que no sin causa dijo el profeta Isaías, que los malos tejen telas de araña, desentrañándose para cazar moscas, y que conciben dolor, para venir á parir maldad (1). Echarán de ver, que no sin causa los malos confiesan en el infierno, que para llegar allá anduvieron por caminos dificultosos (2), y que, como afirma David, andan por sendas tenebrosas y por tierra lodosa y resbaladiza, acosándolos en ella y persiguiéndolos el ángel del Señor (3). ¿Qué tiene que ver lo que trabaja un religioso, y la dificultad que halla en procurar alcanzar una virtud, con lo que padece un sensual ó un codicioso, y con las dificultades que rompen por alcanzar, el uno un contento bestial, y el otro un poco de hacienda que por ventura no llegará á gozarla? Dejo aparte las injurias, los falsos testimonios, los pleitos, los cuidados por aumentar la hacienda, por conservar la honra, por sustentar la familia y por cumplir con las leyes del mundo. ¡Cuánto menos dificultad tiene el cumplir con la ley de Dios y constituciones de la religión, que con los fueros y observancias del mundo! Cierto, ninguno que tenga juicio lo podrá negar. Porque todo lo que es honra y descanso en el mundo, consiste en lo que no está en

(1) *Conceperunt laborem, et pepererunt iniquitatem*, etc., *telas aranearum texuerunt*. Isai. LXIX, 4.

(2) *Et ambulavimus vias difficiles*. Sapien. V, 7.

(3) *Fiat via illorum tenebrae, et lubricum, et Angelus Domini persequens eos* Psal. XXXIV, 6.

mano de los mundanos alcanzarlo, como son las honras, las dignidades, las riquezas, el bien vestir, el comer espléndidamente; y en otras cosas que después de haber trabajado mucho por alcanzallas, se queda el hombre sin ellas. Pero en las religiones consiste la honra y descanso en lo que está en mano de los religiosos, como es en la pobreza, en padecer injurias, en andar remendado, en comer pobremente y en otras cosas desta manera, que está en mano del que las desea, alcanzallas. Y es mucho de considerar, que los religiosos, con lo que agradamos á Dios, agradamos también al mundo; porque así como es agradable á Dios el ver un religioso pobre, menospreciado, sufridor de injurias, abstinente y menospreciador de honras, así también al mundo le parecen admirablemente estas cosas en los religiosos, y se le van los ojos y el corazón tras el que se señala en ellas. Pero los mundanos, es imposible que agraden al mundo, con lo que es agradable á Dios, porque las leyes de entrambos son contrarias. El pobre agrada á Dios, y el mundo le tiene por abatido, porque, como dijo David, solamente tiene por bienaventurados á los que abundan en las riquezas(1). Al que sufre y perdona injurias, tiene Dios por amigo y por generoso de ánimo, y el mundo le llama infame y le tiene por cobarde y sin honra, y lo mesmo pasa en todas las otras cosas. De manera que, para mirar y juzgar á los religiosos, parece que ha prestado Dios sus ojos al mundo, y así el mundo mira al religioso con ojos de Dios; pero al mundano mírale con ojos de mundo, y por eso no le parece bien en él, lo que parece bien á los ojos de Dios. ¡Oh felicidad inestimable de los religiosos, y desdicha lamentable de los que están en el siglo! Cierto, por sólo alcanzar este privilegio, había de parecer llana cualquiera dificultad. Estas cosas ha de aconsejar el maestro que consideren los que, aterrados de la dificultad del bien obrar, quieren volverse al mundo; y no es posible que quien las considerare como conviene, no conozca ser más fácil el obrar bien en la religión, que cumplir con las leyes del mundo, el cual, con ser verdad que no la tiene con nadie, es puntualísimo en hacer guardar las suyas y en infamar al que se descuida en guardallas.

También es buen remedio contra esta tentación, la certidumbre de la esperanza del premio, que se promete á los que vencieren estas dificultades. Porque si en las empresas dificultosas del siglo, donde la victoria es incierta y el premio dudoso, puede una incierta esperanza hacer acometer cosas arduas y romper con dificultades terribles, como la ordinaria experiencia tiene enseñado, ¿qué hará en las empresas de la virtud, donde la esperanza del premio está fundada en promesa infalible de Dios? Verdaderamente que es poderoso este medio, para animarse en cualquiera dificultad, como se animaron aquellos padres del Testamento viejo, de quien el apóstol San Pablo hace memoria en la carta que escribió á los hebreos, queriéndolos animar á padecer trabajos por Cristo. Y porque deste argumento quedan ya dichas algunas cosas, no quiero más alargarme, sino advertir á los maestros, que es medio muy proporcionado para animar á los principiantes, que como imperfectos, apenas se mueven á trabajar, sino adonde ven al

(1) *Beatum dixerunt populum cui haec sunt.* Psal. CXLIII, 15.

ojo el provecho, ó la esperanza cierta del premio que han de alcanzar.

Desta segunda tentación, dice San Buenaventura que suele nacer otra, poco menos dañosa, que es un fastidio y pesadumbre de todos los ejercicios virtuosos, aunque no traigan consigo mucha dificultad. Porque faltando el gusto espiritual y actual devoción, y habiendo juzgado por empresas dificultosas las del ejercicio de las virtudes, viene á dar en rostro el orar, el leer, el meditar, el oir hablar cosas del cielo, el ver obrar bien á los otros, el asistir á las divinas alabanzas y, finalmente, todo lo que es virtud. Porque desconfiado de poder llegar á la alteza de las virtudes y á los grandes premios que se prometen por ellas, luego da fastidio el ejercitarse en las cosas menores que van encaminadas á ellos. Y esta tentación, según doctrina de San Buenaventura, suele causar uno de dos daños, que el menor dellos es muy grande. Porque ó engendra una tristeza desordenada, que trae desconsolado y como muerto el espíritu, haciéndole pesado ó inútil para todo lo bueno, ó hace que el religioso se convierta á las consolaciones del siglo, para que, ya que no halla consuelo en las cosas espirituales, á lo menos le busque en las carnales, procurando por este medio remediar su fastidio. Lo cual fué figurado con los hijos de Israel, que en el punto que les causó fastidio y dió en rostro el manná, luego desearon volverse á las ollas de carne de Egipto, y suspiraron por los ajos y cebollas que allá solían comer, cuando estaban cautivos. Destos dice David, que por haber abominado lo que era verdadero manjar, vinieron á llegar casi á las puertas de la muerte (1). Y ello es así, que están á pique de enfermar y morir espiritualmente, los que han llegado á tanta miseria. Porque cuando al enfermo no le entra en provecho, antes le da fastidio el manjar que había de darle salud, poca esperanza hay de su vida. Pues como sea verdad que la lección santa, la oración, la meditación, las pláticas espirituales y alabanzas divinas sean los manjares con que se suele despertar el apetito muerto y el paladar estragado del alma, para cobrar salud; si éstos dan en rostro y causan fastidio, ¿qué se puede esperar del que ha llegado á tan grande miseria, sino muerte espiritual? Y así el Doctor Seráfico no halla otro remedio para éstos, sino que llamen á Dios con instancia, pidiéndole que los libre de tan grande necesidad, y ofrezcan á Dios sacrificio de alabanza, considerando sus beneficios, para que esta consideración los despierte y provoque al servicio de Dios. Y si dicen que aun para eso no tienen valor, porque les causa fastidio, debe el maestro hacer con ellos lo que se suele hacer con los enfermos peligrosos, que aunque les dé en rostro y no hallen gusto en el manjar, les aconsejan que lo coman sin gusto, porque aunque no deleita el apetito comido desta manera, pero sustenta la naturaleza, y sustentándola, suele venir con el tiempo á despertar el apetito. Así, pues, á estos tales ha de exhortar el maestro á que no dejen de orar, y se esfuercen á perseverar en los buenos ejercicios, aunque les dé fastidio; porque aun de esa manera sustentan al alma y la suelen sacar á puerto de salvación, para que naveguen con prosperidad. Y á más desto ayudarles con sus oraciones y hacer

(1) *Omnem escam abominata est anima eorum, et appropinquaverunt usque ad portas mortis.* Psal. CVI, 18.

que los otros novicios oren por ellos, que esto se suele hacer por los que están muy enfermos, y aun aquí se verifica lo que dice el apóstol Santiago, que la oración fiel, salvará al enfermo (1).

A esta tentación, dice el mesmo Doctor Seráfico que se sigue otra peligrosísima, que es de impaciencia contra Dios, pareciéndoles á los que la padecen, que es duro y sin misericordia para con los atribulados, escaso en el dar gracias á los necesitados della, y cruel para con los que le buscan con ansia, y piden con instancia, y llaman á su puerta con importunidad. Y suele ser algunas veces esta tentación tan fuerte, que trae al hombre casi á perder el juicio y á hacer que le palpite el corazón y tiemblen las carnes de puro horror, porque no hallando consuelo, adonde había de hallar su refugio, que es Dios, acudiendo á Él en la oración, queda como rabiando. Y he visto yo alguno á quien esta tentación trajo muchas veces á pique de quitarse la vida, y desesperar; y me afirmo por cosa certísima, que le parecía tan horrible cosa el padecer esta tentación y el considerar el desamparo con que, á su parecer, le dejaba la providencia divina, que escogiera él por menos mal el infierno. Y que cuando se veía aquejado, solía decir: ¿Dónde está el cumplimiento de aquella palabra de Cristo (2), en que promete dar á los que le piden, dejarse hallar á los que le buscan y abrir su puerta á los que llaman á ella? Si esta promesa es verdadera, ¿cómo á mí no me concede lo que le pido? ¿Cómo no se me deja hallar, pues le busco? ¿Cómo no me responde, pues llamo á su puerta? Y estando en esta aflicción, me dijo que solía decirle el demonio: ¿De qué sirve el llamar á Dios y cansarte? Estáse Él en su trono libre de pesadumbres, gozando de su gloria y bienaventuranza; ¿y piensas que se le ha de dar algo de que tú te estés afligiéndote y padeciendo trabajos? No pierdas tiempo en llamarle, déjate de esas vanas esperanzas. Y venía á afligirse de tal manera, que le parecía que no se podía compadecer la bondad de Dios, con el dejar padecer á un hombre tan grandes aflicciones de espíritu. Todo esto he referido para que en esta experiencia aprenda á compadecerse el maestro de los que padecen esta manera de tentación, y procure ayudarles por todos los caminos posibles.

El remedio con que más suelen consolarse los tales, es, con proponerles ejemplos de algunas personas santas que se vieron en semejantes conflictos, y se sirvió Dios de librarlas dellos, cuando pareció á su Majestad que las tenía bien ejercitadas en la virtud de la confianza y paciencia. Para lo cual es admirable ejemplo el de Job, el cual en cierta ocasión se vió tan acosado de los trabajos, que dijo (3): Doyte voces, Señor, y no me oyes; póngome en tu presencia, y no me miras; mudado te has de misericordioso en cruel, y con la dureza de tu mano gustas de serme contrario. Y el profeta Isaías vino á decir, en otra ocasión semejante á esta (4): Míranos, Señor, desde el cielo, porque verdaderamente que la ternura de tus entrañas y la muchedumbre de

(1) *Et oratio fidei salvabit infirmum.* Jacob. V, 15.

(2) *Omnis enim qui petit, accipit: et qui quaerit, invenit: et pulsanti aperietur.* Mat. VII, 8.

(3) *Clamo ad te, et non exaudis me: sto, et non respicis me: mutatus es mihi in crudelem,* etc. Job. XXX, 21.

(4) *Attende de coelo, et vide de habitaculo sancto tuo, et solio gloriae tuae: Ubi est zelus tuus, et fortitudo tua,* etc. Isai, LXIII, 15.

tus misericordias, parece que se han estancado y detenido, para no llegar á mí. Y el santo profeta Abacuc, decía, viéndose perseguido, y al parecer olvidado de Dios (1): ¿Hasta cuándo, Señor, llamaré, y no me oirás? ¿daré voces á Ti, padeciendo fuerza, y no me librarás? ¿Por qué pones á vista de mis ojos la maldad, el trabajo, el robo é injusticia contra mí? ¿Por qué estás mirando á los menospreciadores, y viendo que el malo está oprimiendo al justo, estás callado y no acudes á remediarlo? Todas estas son quejas de varones santos y amigos de Dios, y con serlo David tan grande, se vió en alguna ocasión tan atribulado, que dió voces, diciendo(2): Despiértate, ¿por qué duermes, Señor? Despiértate, y no me des de mano para siempre. ¿Por qué apartas tu rostro de nuestra miseria, y te olvidas de nuestra necesidad y tribulación? Todo esto dijo aquel santo profeta, cortado al talle del corazón de Dios. De donde ha de colegir el maestro, para consuelo del novicio tentado, que esta manera de tentaciones no son de gente reprobada, como procura darlo á entender el demonio á los que quiere atribular por este camino, antes, como consta de estos ejemplos, es dispensación de la providencia de Dios, para probar lo que sus amigos fían de su bondad. Y es cierto que todo es para mayor bien suyo, pues al tiempo de la mayor necesidad acude á librarlos, habiéndolos enriquecido de merecimientos, con la paciencia que han tenido en la tentación. De donde se sigue que, pues todo esto lo encamina Dios á mayor bien de sus amigos, bien se compadece con su bondad el dejarlos algún tiempo padecer, para mayor bien suyo.

Es también buen remedio para esta tentación, enseñarles como Dios se llama, en la sagrada Escritura, ayudador en la tribulacion, cuando se ofrece la oportunidad. Así le llama David (3): Y según esto, cuando al parecer del que se ve atribulado, tarda de acudir Dios, claro está que se engaña, y es razón que corrija su juicio con lo que afirma la Sagrada Escritura. Y así ha de creer que, pues se detiene, no llegó el tiempo de la oportunidad, la cual no es razón que se juzgue según nuestro parecer, sino según el de Dios, que es infalible. Juzga el enfermo que tarda el médico en acudir á socorrer el ardor de su fiebre, cuando no le da la bebida fría, al tiempo que va de crecida la calentura, y es cierto que se engaña, y que acierta el médico aguardando la oportunidad. Luego, razón es que la oportunidad del tiempo en que ha de remediar Dios nuestras aflicciones, no se deje al parecer del atribulado, que con la vehemencia de la aflicción se engaña, sino al juicio de Dios, que no se puede engañar. Estos dos remedios son admirables para este género de tentación, porque en el primero se ensancha el corazón del que la padece y se cría en él confianza, viendo que los santos, muy amados y regalados de Dios, padecieron el mesmo conflicto y los libró Dios del, no cuando ellos lo deseaban, sino cuando á su Majestad pareció que convenía; y con el segundo se descubre el engaño que los tales tienen, persuadiéndose que la oportunidad del remedio

(1) *Usquequo Domine clamabo, et non exaudies: vociferabor ad te vim patiens, et non salvabis,* etc. Abac., cap. I, 2.

(2) *Exurge, quare obdormis, Domine: exurge, et ne repellas in finem, quare faciem tuam avertis, oblivisceris inopiae nostrae, et tribulationis nostrae.* Psal, XLIII, 23.

(3) *Et factus est dominus refugium pauperi adiutor: in opportunitatibus, in tribulatione.* Psal. IX, 10.

consiste en acudir Dios á su necesidad, cuando ellos quieren. Porque nadie hay tan ciego, por apasionado que esté, que no eche de ver claramente que es razón fiarse más del juicio de Dios que del suyo; y á este conocimiento se sigue luego la paciencia y sufrimiento en las aflicciones de espíritu.

CAPÍTULO XV

De los remedios contra las tentaciones de infidelidad y de blasfemia

Demás de las tentaciones de que hasta ahora hemos tratado, apunta algunas otras San Buenaventura, aunque no hace sino solamente referillas; no es razón que aquí dejemos de tratar dellas en particular, porque son poco menos frecuentes que las pasadas, y no menos dificultoso el acertar á resistillas. La primera dellas es la de los pensamientos de infidelidad, con los cuales suele el demonio molestar mucho, no sólo á los ignorantes, pero aun mucho más á los que tienen entendimientos curiosos y bachilleres. Porque éstos, como tienen costumbre de discurrir y medir las cosas con la razón natural, ofreciéndoseles materia de consideración en cosas que exceden los límites de la Naturaleza, descubren las dificultades con la agudeza del ingenio que tienen. Y como no pueden darles alcance con sola la luz natural, quédanse como vacilando en las dudas que se les ofrecen, y entonces acude el demonio á molestarlos, para que duden en la verdad de lo que la fe les propone; ó á lo menos, anden curiosamente inquiriendo las causas de la verdad, parando en cosas que es imposible alcanzallas, como son la posibilidad del misterio de la Eucaristía, la compatibilidad de la Trinidad de las personas divinas con la unidad de la esencia, el vínculo de la unión hipostática entre dos tan distintas naturalezas, y otras cosas semejantes á éstas, que por no despertar á los dormidos, ni dar ocasión de dudar á los que se ven libres destas contiendas, no quiero referirlas en particular. Acaéceles á éstos, dice un autor (1), lo que suele acaecer á un rústico labrador cuando entra en el palacio real, donde hay muchas maneras de aposentos, labrados con singular artificio y riqueza; pues como está acostumbrado á su pobre chozuela, no acaba de maravillarse de ver la hermosura del edificio, la riqueza de la techumbre, los artesones de oro, los adornos y tapices de seda y brocado; y maravillado de ver tanta variedad de cosas, tan nuevas y tan extraordinarias para él, no hace otra cosa sino asombrarse y preguntar la razón de lo uno y de lo otro, quedando siempre dudoso de algunas que, por no acabar de penetrallas, no acaban de asentársele en el entendimiento. Así, pues,

(1) *Ludovicus Granat.*, p. de la devoc. cap. IV, 3.

el hombre acostumbrado á tratar cosas que no exceden los límites de la capacidad de su ingenio, en comenzando á espaciar la consideración por las cosas divinas y á ver con ella los reales y soberanos alcázares de la Majestad de Dios, y la grandeza de los misterios y maravillas de su casa, luego queda como absorto y pasmado, escudriñando esto, y procurando penetrar aquello; y como no puede llegar, con la cortedad de su ingenio, á entender la razón de cosas tan altas, queda como suspenso, y procura el demonio que venga á parar en duda la suspensión. Y trabaja por persuadir que es imposible todo aquello que el entendimiento no alcanza, y que es bobería dar crédito á las cosas que son repugnantes á la razón, como si lo fuesen las que la fe nos propone. Y cuando no puede salir con lo que pretende, procura dar á entender que ha salido con ello y que realmente ha dudado en la fe, y con esto viene á congojar tanto al cuitado novicio, que le hace padecer trasudores de muerte y venir casi á desmayar de congoja. Y alguno destos me ha confesado á mí, que le acaecía muchas veces parecerle que estaba tan cerca de consentir en la duda que el demonio le proponía, que casi no le faltaba nada; y dándose á entender que consistía el no consentir en ella, en poner grande conato en resistilla, venía el cuitado á resistir con tan grande vehemencia, que de la mucha fuerza que hacía venía á caer desmayado en tierra y estar grande espacio de tiempo sin sentido alguno. Y todo este daño le nació de tener un maestro ignorante en esta materia, el cual, ponderándole mucho el peligro desta tentación, le decía: Resistid hasta morir, y haced fuerza al entendimiento, para que no consienta, porque si os descuidáis, será fácil cosa consentir en la tentación y perder la fe. Y como el triste novicio entendía que el resistir al demonio consistía en trabajar con la imaginación, poniendo demasiado conato y vehemencia contra la tentación que le combatía, venía á trabajar de manera que estuvo á pique de perder la salud y el juicio. Tanto daño como éste puede hacer un maestro ignorante y sin experiencia, aunque tenga otras muchas partes de religión y de santidad, como realmente las tenía el que tenía cargo de aquel novicio.

Para acertar, pues, el remedio de esta tentación, es de saber, que puede nacer de dos causas. La primera es, en castigo de algunos descuidos y faltas, porque, como dice un doctor bien experimentado (1), algunas veces suele Dios permitir que nos vengan cosas espantables contra nuestra voluntad, en castigo de otras en que caemos con nuestra voluntad. Y quiere curarnos con azote que tanto duele, para que, lastimados con él, nos apartemos dellas, y tengamos cuidado y memoria de no volverlas á cometer, acordándonos del castigo con que nos castigaron por ellas. Otros veces lo permite Dios, por sola dispensación de su divino consejo, ó para ejercicio de sus siervos, ó por otros fines que sola su eterna sabiduría sabe.

Para remedio desta tentación, cuando se nos da por azote de nuestro descuido, el primero y principal medio es, hacer diligente examen de nuestra conciencia, escudriñando lo más íntimo della con mucho reposo, y en hallando la falta, procurar el remedio, llegándose al sa-

(1) Magist. Avila, in libro *Audi, filia,* cap. XXV.

cramento de la Penitencia, y trabajando con muchas veras de no volver á ensucialla de allí adelante. Y hecho esto, postrarse y humillarse delante de Dios, suplicándole que alce la mano de tan duro castigo, y se sirva de darse por contento con el azote pasado, y si luego no lo hiciere, esperar en Él y sufrirlo con mucha paciencia. Pero si acaso viene sin culpa nuestra, entendamos que es lenguaje del enemigo, y que pretende en él, no tanto derribarnos, cuanto atribularnos. Porque bien echa él de ver, que ningún pecho cristiano ha de dar entrada y consentimiento á tan molestos y abominables pensamientos; pero queda contento, con ver que ya que no ha podido vencernos, al menos nos ha molido y atribulado. Y así, el diestro soldado de Cristo de tal manera pelea con él, que aun no le deja salir con este contento, sino que en sintiendo este lenguaje, y conociendo que es suyo, se vuelve á Dios mansamente, y le dice (1): Señor, fuerza padezco; responded Vos por mí; y hecho esto, y confiado de que queda á Dios el cargo de responder por él, haga lo que suele hacer cuando oye hablar alguna cosa que no es de su gusto, que procura divertirse á pensar en otra cosa por no oir aquélla. Y esto, hágalo con suavidad, y no con sobrada vehemencia, porque no pueda el demonio gloriarse de que, ya que no le ha vencido, á lo menos le deja cansado. Y créame que he visto algunos curados con este remedio.

Es también buen remedio, humillarse el hombre, y atajar al entendimiento el camino de los discursos en las cosas de fe, cerrando los ojos á la razón con una santa simplicidad, diciendo: ¿Quién soy yo, para escudriñar y querer dar alcance á los pensamientos y misterios de Dios? ¿Cómo ha de echar de ver un pigmeo lo que está encumbrado sobre la cabeza de un crecido gigante? (2) Si las cosas de la tierra que tengo delante los ojos apenas las puedo alcanzar, ¿cómo podré comprender las del cielo, y los secretos consejos y obras de la divina sabiduría? Mayor sois Vos, Señor, que mi entendimiento, y así, no es razón que quiera comprenderos con él. Esta humildad es admirable medio para librarse destas borrascas, porque por medio della, se cierra la puerta á la causa dellas. Y así como los que no quieren padecer tormenta en el mar, con sólo no entrar en él, sin otro trabajo alguno se libran de las borrascas y torbellinos, á que están sujetos los que navegan, así los que, por medio de esta discreta humildad, se quedan en la tierra de su bajeza, sin querer engolfarse en el mar sin suelo de los misterios divinos, escudriñándolos curiosamente; con sólo esto se hallarán libres de las inquietudes y olas de pensamientos que suele el demonio despertar en los entendimientos de los curiosos. Es también buen remedio, hacer que los novicios tentados acerca desta materia, tomen por devoción decir cada día, á lo menos dos veces, una por la mañana y otra por la tarde, el Credo, clara y distintamente pronunciado, y con particular atención, protestando en él la fe de la Iglesia, y preparando el ánimo para morir por ella. Exhórtenlos asimismo á que sean devotos de decir algunas veces el símbolo de Atanasio, y aquella parte del Evangelio de San Juan, que se dice ordinariamente al fin de la misa, y de repetir

(1) *Domine, vim patior, responde pro me*, Isai. XXXVIII, 14.
(2) *Difficile aestimamus quae in terra sunt, etc. Quae in coelis sunt autem quis investigabit*. Sap. IX, 16.

muchas veces entre día aquellas palabras del símbolo de los Apóstoles: *Credo sanctam Ecclesiam catholicam*. Acostúmbrense á rezar todos los días alguna breve oración, en reverencia de aquellos misterios en que más frecuentemente suele el demonio tentallos. Y aunque les parezca que el acordarse de los tales misterios, es ocasión de que, con la memoria dellos, se les despierte la tentación, no por esto dejen su devoción, ni teman, porque el demonio tiene la condición de los cobardes, que cobra bríos cuando ve que le tienen miedo, y se acobarda cuando le muestran rostro. Y así no es bien que sienta en ellos el demonio cobardía, antes deben menospreciar sus ardides, como cosa que tiene sola apariencia y no existencia; porque realmente ello es así, que este género de tentaciones son mucho menores de lo que parecen. Y procure ultra desto el maestro, que los que padecen esta manera de tentaciones, se ejerciten algunos ratos en leer libros devotos, y particularmente aquellos donde se enseñan vivas razones y fuertes motivos para confirmar el entendimiento en las verdades de nuestra fe. De la cual materia tratan admirablemente el maestro Ávila, en algunos capítulos de su *Audi filia*, y el padre fray Luis de Granada, en su *Catecismo*, y algunos otros modernos, para que, teniendo el novicio copia destos motivos, y acordándose dellos al tiempo de la tentación, le sirvan como casa de refugio donde guarecerse. Y sobre todo, es admirable remedio, acudir como niños á nuestro buen Padre Dios, presentándole nuestras quejas, y encomendándole nuestra causa, poniéndole delante nuestra flaqueza, y confesándole que sin Él no podemos resistir á tan fuerte enemigo. Pidámosle, que pues nos manda pelear, nos dé fuerzas y maña; y pues nos exhorta á que no le ofendamos, confirme nuestro corazón en la fe, que es la victoria que vence el mundo, como dice San Juan (1), y el escudo en que mueren y se embotan las flechas del enemigo, como afirma San Pablo (2). Y aunque este remedio es universal contra todas las tentaciones, pero en particular es apropiado contra las de infidelidad, porque Cristo, como dice el Apóstol (3), es el autor y consumador de la fe; y de aquí es, que como autor della nos alumbra y enseña, y como consumador nos confirma. Y cierto, muy lejos está de faltar en la fe de Cristo, el que con viva esperanza acude á Él por remedio, para confirmarse en la fe; y para mí tengo por cierto que no hay cosa que al demonio tanto le quiebre las alas y disminuya las fuerzas en este género de pelea, como el vernos acudir por socorro al mesmo Autor de la fe.

Otra tentación hay muy semejante á ésta, que es la del espíritu de blasfemia, la cual aun suele causar más horror que todas las otras, por ser en materia más desvergonzada. Para cuyo entendimiento se advierta, que como los recién salidos del siglo traen frescas en la imaginación las figuras y semejanzas de las cosas en que trataban, cuando estaban en él; de aquí es, que cuando se ponen á pensar en cosas espirituales y divinas, ó á rezar delante de alguna imagen de la Madre de Dios, ó de alguna santa; viene el demonio á hacer una mezcla en la

(1) *Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra*. I. Joan. V, 4.

(2) *In omnibus sumentes scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea extinguere*. Ephes. VI, 16.

(3) *Aspicientes in autorem fidei, et consummatorem Jesum*. Hebr. XII, 2.

imaginación, de las unas imágenes con las otras, y desta mezcla resultan algunos pensamientos torpes y deshonestos; teniendo en ellos por objeto la imagen de la santa, ó de la Madre de Dios, ó de otra cosa celestial y divina, en quien estaba el alma pensando. De suerte que no hay imagen de la Trinidad, ni de Cristo, ni de su Madre, ni de los ángeles, ni de algún santo ó santa, de cuya vista no despierte el demonio pensamientos, ó de torpeza y deshonestidad, ó de blasfemia, engendrando interiormente como un apetito de sentir bajamente de Dios, ó de sus santos, ó de pronunciar con la lengua y decirles palabras afrentosas, sucias y descorteses; no perdonando en esto, ni teniendo cuenta con lugar sagrado, ni con ejercicio santo, ni con tiempo, ni con persona, ni con otra circunstancia alguna, por santa y religiosa que sea. Antes, cuanto el tiempo es más santo, y el lugar más sagrado, y el ejercicio más piadoso, y la persona de quien nos acordamos más venerable y digna de reverencia, tanto mezcla pensamientos más sucios, torpes y descorteses. Y como estos pensamientos torpes, mezclados con las cosas divinas, vienen á componer monstruos tan horrendos y abominables, de aquí es que, de sólo pensar en ellos, viene á erizarse el cabello, y á causar un horror tan grande y un pavor tan extraordinario, de ver que puedan caber en un pensamiento humano cosas tan horribles y feas, que se tiene por perdido el hombre que las padece, creyendo que aquellas cosas no puede ser que quepan en otro pensamiento que el suyo, ni que Dios las permita sino en hombres que Él tiene aborrecidos y reprobados. Y más, que como los principiantes no saben distinguir entre el sentimiento y consentimiento, danse á entender, y procura el demonio persuadírselo, que el haber sentido estas cosas, es consentir en ellas, y que quien consintió en semejantes abominaciones, no tiene remedio. Yo he visto por este camino afligidas muchas almas temerosas de Dios. Y es bien que adviertan los maestros, que como estos pensamientos son tan feos y abominables, uno de los peligros que corren los que los padecen, es que no se atreven á descubrillos, y el demonio procura que lo hagan así, dándoles á entender que se escandalizarán los maestros y padres espirituales de oir cosas tan horrendas. Y si con esta persuasión del enemigo se junta algún poco de espíritu de soberbia, allí es el rehusar de descubrir la llaga, porque no le tengan por hombre que tiene pensamientos tan torpes. Y como por una parte aprieta la necesidad del remedio, y por otra la vergüenza del descubrirse, anda el hombre como en prensa y vive una vida inquieta y aperreada.

¿Qué hará, pues, el maestro en este caso, para remediar al cuitado novicio, cuando él no se atreve á descubrir sus tentaciones y pensamientos por parecerle tan feos? El remedio ha de ser, que en llegando á barruntar algo desto, cuente en su presencia algún caso semejante al que puede padecer el novicio, y refiera descubiertamente las desvergüenzas con que el demonio suele tentar á los principiantes en esta materia, para que, viendo que ya el maestro tiene noticia de cosas semejantes, pierda él la vergüenza que tenía de descubrillas, y las manifieste sin temor de que han de escandalizalle. A mí me ha acaecido, con alguna persona tentada en esta materia, socorrella por este camino, y sacarla con el divino favor de una inquietud extraña; y tengo experien-

cia de que es cosa provechosísima hacer esto. Los casos que en esta materia se ofrecen son peregrinos y parece que no es posible que sean. ¿Cuántos he visto inquietos y casi desesperados porque, en postrándose delante de cualquier imagen de algún santo ó santa, sentían en sí pensamientos deshonestos y torpes, en que el demonio ponía á tal imagen por objeto de su torpeza? ¿Cuántos que, en viendo alzar la Hostia ó alguna figura de Cristo, sentían que interiormente les incitaban á escupir en ella, ó á ponerla en algún lugar indecente? ¿Cuántos que, en acordándose de Dios ó de su Madre ó de los santos, se les despertaba un apetito interior de decir contra ellos palabras descorteses y sucias? Y, finalmente, sé que otros han padecido pensamientos aun más torpes que todos estos, que por serlo tanto no los refiero distintamente. Bien sé que á algunos parecerá haber excedido en referir estas cosas tan por menudo por ser en materia tan vergonzosa; pero la experiencia me ha enseñado ser de mucha importancia, que los nuevos en la virtud tengan noticia de semejantes ejemplos, porque cobran con esto, como arriba dije, ánimo y osadía para descubrillos. Y si se los dicen en general, nunca se persuaden que son como los que ellos padecen, y así siempre quedan desconsolados. Cuanto más que en la noticia destos ejemplôs, tengo por cierto que no hay peligro, porque no son de los que se pegan al alma por traer gusto consigo; antes causan horror y engendran aborrecimiento contra su autor, que es el demonio; y es bien que sus invenciones y embustes salgan á plaza, para que, viendo que estas fantasmas no tienen más que apariencia, y que estos tiros tienen sólo el ruido, nadie se turbe de aquí adelante, ni haga caso de sus ardides y estratagemas.

Esta manera de tentación tiene harto más de pena que de peligro, y aun por eso tiene poco de peligro, porque tiene mucho de pena. Y la razón es, porque la voluntad nunca acepta sino lo que es de su gusto, y no aceptándolo, es cosa clara que no puede haber culpa en ello; pues como dice el glorioso Augustino, por eso el pecado es pecado, porque es voluntario. Esto ha de procurar el maestro enseñar á sus novicios, para que echen de ver cuán lejos están de consentir en semejantes tentaciones, y por consiguiente, de pecar en ellas. Adviértales, que por este camino quiere el demonio apartarlos de la devoción de las imágenes, ó de algún otro buen ejercicio, cual es el de la oración, y el de asistir á las misas. Y realmente, con algunos ha podido tanto por este camino, que ha salido con ello.

Sea, pues, el primer documento contra estas tentaciones, que los que las padecen, no dejen por esta causa sus ejercicios buenos, antes procuren perseverar en ellos y que vayan de aumento. Y cuando se vieren importunados de semejantes imaginaciones, no se fatiguen demasiadamente, ni se acongojen cansando el espíritu y trabajando, como arriba dijimos, con sobrada vehemencia, por apartarlas de sí, ó por estorbar que no vengan; porque éste no es negocio de fuerza, sino de gracia y humildad. Humíllense cuando se vean en semejante conflicto y procuren también humillar al demonio, diciéndole: ¡Qué cierta cosa era que de tu inmundicia y de mi bajeza, no podían salir sino pensamientos tan sucios! Al fin persuades como quien eres, y, como espíritu inmundo, no sabes sino decir torpezas y suciedades. Trátele de bestia,

y ríase dél; que ninguna cosa hay que más le haga huir de nosotros, que verse tratado con menosprecio. Todo esto ha de ser ayudado con el hacer la cruz sobre el corazón, invocando con suavidad el Santísimo Nombre de Jesús. Acuérdese que el demonio es soberbio, y que siente mucho el verse menospreciado, y que no osa parecer delante de los que no hacen caso dél.

Á este propósito, me acuerdo haber leído de un santo monje que, habiendo llegado á un pueblo, y oyendo decir que en una casa había un duende, por cuyo temor nadie osaba morar en ella, determinó de irse á dormir á la dicha casa. Y estando encomendándose mucho á Dios, oyó á la media noche un grande ruido, y vió venir unos monstruos terribles, y entre ellos algunas lagartijas y animales pequeños, como son ratones, lagartos y cosas semejantes. Rióse mucho entonces el monje, y dijo: Por cierto que le está muy bien á un ángel que en algún tiempo tuvo humos de ser como Dios, hacerse ahora ratón y sabandija para estorbar el sueño á una criatura tan vil como yo. Pudo tanto el verse menospreciado desta manera, que al momento desapareció con grande ruido, y nunca más osó entrar en la casa donde vió que habían hecho tan poco caso dél. Y es cierto que lo mesmo acaece en la materia de que voy tratando, que no osa volver á tentar á quien lo menosprecia. Yo he visto algunos remediados por este camino. Los cuales, viéndose tentados se reían y le trataban de bestia, y le escupían como si le vieran corporalmente, y con esto quedaban libres y vencedores. Y cuando siente el novicio interiormente que le incitan á que diga palabras descorteses y sucias á Dios y á sus santos, no se inquiete, sino imagine que está en un aposento, donde le persuaden que diga blasfemias, y que ha de oir aquellas voces aunque le pese; y no hay remedio sino paciencia. Haga lo contrario de lo que el demonio le dice, alabando muchas veces á Dios, y bendiciendo á los santos, para que viendo el enemigo que con sus blasfemias le provoca á alabanza de Dios, cese de tentarle, siquiera por no verle salir aprovechado de la batalla. Y esté advertido, que el demonio, alguna vez por desconsolalle, cuando interiormente le está diciendo blasfemias y suciedades, le querrá dar á entender que él es el que las dice; pero no ha de recibir pena por esto, sino estar quieto y reirse; asegurándose con ver, que no es posible que él diga cosa que tanto aborrece. Y si con todos estos remedios no cesare la tentación, el último es el de la paciencia, y acudir á Dios como á refugio de atribulados; que, ó El la quitará, ó hará que se saque provecho della.

CAPÍTULO XVI

De la tentación de la desconfianza y de los remedios que hay contra ella

No sin causa, después de las dos tentaciones susodichas, tratamos de la tentación de la desconfianza, porque los espíritus afligidos y atri-

bulados, á quien el demonio procura combatir con espíritu de blasfemia y de infidelidad, no hay cosa más ordinaria que dalles luego batería con tentaciones de desconfianza. Dales á entender, como arriba dijimos, que el permitir Dios en ellos tan horrendos y abominables pensamientos, es habellos entregado por sus pecados á la potestad del demonio, para que, como en gente condenada al infierno, obre en ellos pensamientos diabólicos, comenzando, desde luego, á tener las imaginaciones que tienen los que están allá. Procura persuadilles que quien á este punto ha llegado, no tiene ya que esperar misericordia, porque no es posible que tenga Dios particular providencia de quien tiene tan diabólicos pensamientos y tan nefandas imaginaciones. Estos son sus embustes, y éste el silbo con que la infernal serpiente procura emponzoñar el corazón de los que son tentados en esta materia, para que todo lo que sale dél sea sin espíritu y sin valor, como realmente vendrá á serlo, si no se ataja la malicia deste veneno en su principio. Porque, como la confianza sea la que alienta el corazón y le anima al trabajo de la virtud, en faltando ésta, queda un hombre como descorazonado, sin esfuerzo y sin valor para cosa que buena sea. Y algunas veces no para en esto el daño, sino que, como dice San Pablo (1), hay almas que llegando á desconfiar, se entregan á la inmundicia de los deleites bestiales, pareciéndoles que es bien holgarse desenfrenadamente en esta vida, pues en la otra, no tienen esperanza sino de tormentos eternos. Y les da á entender el enemigo del linaje humano, que hacer otra cosa es bobería y querer voluntariamente tener infierno en esta vida y en la otra.

Otras veces suele nacer la desconfianza, de verse un hombre caer de ordinario en pecados, aunque no sean muy grandes, particularmente, cuando ha propuesto muchas veces la enmienda, y ve que con facilidad vuelve á reincidir en las culpas pasadas, y que es inconstante en los buenos propósitos y falto de perseverancia en todo lo que es virtud. Entonces el demonio procura hacelle desmayar y desconfiar de la enmienda, persuadiéndole que si hasta entonces no ha podido dar de mano á las ruines costumbres, menos podrá de allí adelante, habiéndose añadido el mal hábito á la flaqueza y mala inclinación natural. Y estos tales, en vez de doblar el trabajo para romper con la dificultad que ha ido creciendo, desmayados con la desconfianza que tienen, obran más remisamente, por donde viene á parecelles mucho mayor la dificultad, y cosa imposible el vencella. Y suele el demonio, por este camino, traellos atribulados, y hacelles dar de ojos en mil atolladeros, hasta que los vuelve al siglo, donde los pueda tener á su voluntad.

También suele nacer alguna vez la desconfianza, de venirse á persuadir los hombres que son prescitos, y que en el eterno consejo los tiene Dios reprobados; y que pues la determinación de Dios es inmutable, no hay para que tener confianza de remedio. Y esta persuasión muchas veces procede de la indiscreta consideración de las culpas pasadas, cuando el novicio, para ejercitarse en la vía purgativa, se

(1) *Qui desperantes, semetipsos tradiderunt impudicitiae, in operationem immunditiae omnis.* Ephes. IV, 19.

pone á considerar la gravedad de sus pecados y el rigor de la divina justicia. Y como el demonio es astuto, procura que de tal manera se ocupe en considerar estas cosas, que del todo se olvide de la Divina Misericordia. Y así, de aquel conocimiento saca ponzoña, dándole á entender que la gravedad de su culpa, es argumento de la divina reprobación. Y sabe de tal manera asentar este engaño en la imaginación de los tales, que les hace parecer que tienen evidencia dello. Y alguno he visto yo, que lo afirmaba por cosa tan cierta, como si tuviera dello revelación, y que el despecho grande que desto tenía, le hizo más de dos veces buscar ponzoña para quitarse la vida.

En otros, la desconfianza es castigo de la divina justicia, la cual, á los que han sido presuntuosos y vanamente confiados, pareciéndoles que todo lo sabían y que lo podían todo, y que en todo acertaban, suele azotarlos con el espíritu de la desconfianza, pareciéndoles que todo lo ignoran y que ninguna cosa pueden, y que no aciertan cosa alguna. Y andan con este pensamiento tan afligidos y desmayados, que no se apañan á levantar los brazos para hacer cosa buena. Porque sin duda alguna, que el no tener confianza de acertar en lo que se hace, ó de salir con lo que se emprende, quita la gana y las fuerzas, y quebranta los bríos del bien obrar. Y si con cualquiera destas tentaciones se junta la pusilanimidad de corazón, que algunos naturalmente tienen, ó algún ramo de melancolía que los acosa y trae afligidos; allí es menester Dios y ayuda, porque se ha de pelear contra la malicia del demonio y contra la enfermedad de la naturaleza. Otras maneras hay de desconfianza, allende de las que hemos referido; pero, ó se pueden reducir á éstas, ó trataremos dellas en otros lugares.

La gravedad desta tentación, se puede colegir del cuidado grande que ha tenido Dios de dejar en su Iglesia tanta prevención de remedios contra ella. Porque si se reconocen las divinas letras, ninguna cosa se hallará más repetida, ni más encomendada que la divina misericordia, la cual es único remedio para los desconfiados. Tanto que, como notaron S. Efren (1) y el divino Crisólogo, á trueco de acreditar Dios su misericordia, ha puesto á peligro en la opinión de las gentes, alguna vez, el crédito de su verdad, como acaeció en el suceso de los de Nínive (2). Que habiendo dicho absolutamente que dentro de cuarenta días había de ser Nínive asolada; con todo esto, viéndolos reducidos á penitencia, alzó la mano del castigo amenazado por su Profeta, pareciéndole que era menor mal, dice Crisólogo, ponerse á peligro de que le tuviesen por no cumplidor de su palabra, que no por falto de misericordia con los que se la pedían arrepentidos de sus pecados. Que aunque es verdad que la profecía fué verdadera, porque era conminatoria, y por consiguiente se había de entender condicionalmente; pero en la opinión de los hombres que la oyeron pronunciar al Profeta, sin condición alguna, no hay duda, sino que puso Dios su palabra á peligro de que la tuviesen por mentirosa, no viéndola después, al parecer, cumplida; y todo lo hizo por acreditar su misericordia. Pues si ponemos los ojos en lo que Cristo hizo por los hombres, ¿qué otra cosa fué el

(1) Efren, t. I, in quotidie peccantes et poenitentes.
(2) *Adhuc quadraginta dies et Ninive subvertetur.* Jonae III, 4.

discurso de su vida, sino un continuo abono de su inmensa misericordia? No dió paso, desde que salió del seno del Padre hasta que volvió á él, que no fuese testimonio y prenda de su clemencia. Por las entrañas de su misericordia, según dijo el santo Zacarías (1), nos vino á visitar naciendo de las alturas, y estas mesmas entrañas mostró á la partida, cuando despidiéndose de sus discípulos, les dió poder para predicar el Evangelio, lanzar los demonios y hacer milagros, todo en beneficio de los hombres (2). Pues, ¿qué diré de las mercedes que se prometen en las divinas letras, á los que confían en su divina misericordia? No sé yo que por ninguna otra causa se prometan más ni mayores favores. Y así yo confieso que en ninguna cosa conozco más el atrevimiento del demonio y la desvergüenza de su malicia, que en ver que se atreva á tentar de desconfianza á gente que tiene tan grandes testimonios y prendas de la divina bondad, sólo para alentar corazones desmayados y levantar esperanzas caídas. Y esto mesmo es para mí evidente argumento de que esta tentación es gravísima, porque si no lo fuera, no hubiera tenido Dios tan grande cuidado de dejarnos tantos y tan eficaces remedios para resistir su ponzoña.

Pero razón será que vayamos discurriendo por cada una de las tentaciones de desconfianza que arriba dijimos, para que aplicándoles en particular el remedio á cada una dellas, tengan menos dificultad los maestros en socorrer las necesidades de sus discípulos, cuando los vieren acosados en esta materia.

Comenzando, pues, por la desconfianza que nace de verse un hombre tentado de pensamientos de infidelidad y blasfemia, digo que el remedio ha de ser valerse de todo lo que dijimos en el capítulo precedente contra estos dos géneros de tentaciones. Porque naciendo dellas la desconfianza, claro está que quitadas ellas, se quitará juntamente la desconfianza que dellas nacía, y así acerca desto no hay para que detenernos. A lo que suele el demonio decir, que tan horrendos y abominables pensamientos no pueden caber sino en gente reprobada ó prescita, la respuesta está en la mano; y es, decir que miente como alevoso y padre de mentira. Porque de más de que están llenas las historias Eclesiásticas, de muchos varones santísimos, que ahora gozan de Dios, y se vieron un tiempo acosados de semejantes pensamientos; cada día experimentamos que esta manera de tentación no la padece sino gente recogida y temerosa de Dios; y muy pocas veces se ha visto que gente derramada y de mala conciencia, sea combatida de semejantes tentaciones; y este ha de ser uno de los consuelos particulares que ha de consolar á los tentados en esta materia. Y para confirmación desto, debe el maestro tener recogidos algunos ejemplos de Santos que padecieron esta manera de tentaciones, de los cuales hay gran copia en Laurencio Surio (3), y en las crónicas de las religiones y vidas de los Santos Padres; para que viendo el novicio que los Santos padecieron lo que él padece, eche de ver que

(1) *Per viscera misericordiae Dei nostri, in quibus visitavit nos oriens ex alto.* Luc. I, 78.

(2) *Euntes in mundum universum praedicate Evangelium omni creaturae.* Marcus, XVI, 15.

(3) Enrique de Susón en la segunda parte de las Crónicas de Santo Domingo.

miente el demonio en decirle que es reprobado y prescito, por padecer tan horrendas imaginaciones y pensamientos. Y á lo que procura persuadir, diciendo que es bien holgarse en esta vida, pues en la otra ha de padecer tormentos eternos: antes por la mesma razón que eso fuese verdad, habría de procurar el hombre servir á Dios el poco tiempo que ha de vivir en la tierra. Lo uno, porque eso poco á lo menos tendría de cielo, pues lo mejor que hay allá es ocuparse los Santos en servir y hacer la voluntad de un Dios tan digno de ser servido; y lo otro, por padecer menos penas, ya que hubiese de ir al infierno. Y crean que no han de tener esto en poco, porque mayor es la diferencia que hay de unas penas á otras en el infierno, que la que hay entre un dolor de cabeza mediano, á un dolor de costado agudo; y cierto necio sería el que, habiendo de padecer una destas dos cosas, no procurase escoger el dolor de cabeza, por no padecer el de costado. Pues como sea verdad, que la pena en el infierno haya de ser según la cantidad de la culpa, es cierto, que cuando uno hubiese de ir allá, en ley de prudencia, habría de guardarse de cometer nuevas culpas, por no sujetarse á padecer nuevas penas. Cuando el demonio, pues, persuadiere al novicio que se vuelva al mundo, y se huelgue, pues le tiene Dios reprobado, respóndale: mira, bestia, si estoy reprobado ó no, Dios lo sabe; á lo menos yo sé, que tú lo estás para siempre y querrías que lo estuviesen todos los hombres. Y dígote, que cuando lo supiese de cierta ciencia, no dejaría la Religión por volverme al mundo. Lo uno, porque estando en ella participaré este poco del cielo, sirviendo con menos peligros, y más veras á Dios; y lo otro, porque no me está bien, que por tan breves deleites, escoja el aumento de tan terribles penas. Y dicho esto, invoque á Dios, y diga aquel verso de David que para semejantes aflictos es apropiadísimo: *Exurgat Deus et disipentur inimici ejus,* etc. Haga la señal de la cruz sobre el corazón, y acuda á la Virgen por socorro, diciéndole que pues se llama esperanza nuestra, le alcance firmeza en la confianza, y crea que la alcanzará valiéndose de tal medio.

Contra la desconfianza que nace de verse el hombre reincidir en pecados, y faltar en los buenos propósitos y cosas semejantes á éstas; persuadiéndose que no podrá de allí adelante lo que hasta allí no ha podido; es el remedio, considerar que la vida presente le fué dada al hombre para poder merecer y alcanzar más gloria, por medio del ejercicio de las virtudes. Y así es imposible mientras estamos en ella, llegar el hombre á estado en que no pueda con el ayuda de Dios, hacerse bueno si es malo, y hacerse mejor si es bueno. Que por eso los que vivimos en esta vida nos llamamos viandantes, para que entendamos que siempre nos queda que andar; y podremos sin duda alguna pasar adelante, y caminar lo que nos resta, si queremos disponernos para ello. De donde se sigue, que lo que el demonio persuade á los que tienta por este camino, diciendo que no podrán remediar las faltas en que están habituados, ni perseverar en la virtud comenzada, ni tener constancia en los buenos propósitos, es una de las mayores mentiras que les puede persuadir. Porque si es verdad (como ahora decíamos) que en esta vida es imposible llegar á término en que el hombre no pueda pasar adelante, y hacerse mejor (por ser esta con-

dición inseparable del estado de la vida presente), claro está que el afirmar lo contrario es evidente mentira. Y así en decir el demonio, que no podemos enmendar las faltas pasadas, ó presentes, por arraigadas que estén en la naturaleza, ó que no podremos perseverar en el bien, miente como traidor y deseoso de nuestro daño. Porque claro está que aunque la flaqueza del hombre sea muy grande, mucho mayor es la fuerza de la gracia; y es cierto que ésta no la niega Dios á quien se la pide con humildad y se dispone para recibilla. Y si me responden que lo creen así, pero que la causa porque desconfían es porque creen que ellos no se dispondrán jamás, como es necesario, querría que me dijesen, ¿por qué causa creen que no se han de disponer jamás? Si dicen que por no poder, ya queda probado que esto es mentira, porque con la gracia de Dios no hay cosa que no se pueda; y ésta á nadie se niega mientras está en esta vida. Y si dicen que está en el no querer esforzarse, el remedio está en la mano, porque queriendo ellos esforzarse, se romperá esa dificultad. Y si no quieren hacello, no se quejen de nadie sino de sola su negligencia, y crean que si no procuran apartalla de sí, vendrán á pagar esa flojedad con tormentos eternos, donde no les aprovechará esforzarse para evitar tanto mal.

Y vuelvo á decir que procuren esforzarse, y que pidan á Dios ánimo y fuerza para saber y poder hacello; y aunque les parezca que lo piden con tibieza, no dejen de pedillo, que sin duda lo alcanzarán. Supliquen á Dios que ayude su enfermedad, que esfuerce su flaqueza, que levante su caimiento de corazón, y aliente su flojedad y tibieza; y crean que perseverando en esto aunque sea tibiamente, alcanzarán sin duda lo que desean. Porque ¿quién llegó jamás á Dios afligido, que pidiendo consuelo no saliese consolado? ¿Quién le pidió mercedes, que no se las concediese liberalmente? ¿Quién le llamó, que no le respondiese? ¿Quién le buscó, que no le hallase? ¿Quién tuvo necesidad, que llegándose á Él no se la socorriese? Cierto, agravio hace á un tan buen Dios el que desconfía de su socorro, viendo que jamás le ha negado á quien de corazón llegase á pedírselo.

Todas estas cosas ha de poner delante el maestro, al novicio que viere tentado por este camino, proponiéndole ejemplos de algunos Santos que, después de haber estado largos años rendidos á sus pasiones, y arraigados en sus malas costumbres; con el ayuda del Señor pudieron después cantar con David (1): «Nuestra ánima se ha escapado como ave del lazo de los cazadores; el lazo se hizo pedazos, y nosotros quedamos libres, porque nuestro socorro ha sido en el nombre del Señor.» Adviértales demás desto, que no desmayen por verse caer de nuevo en nuevas culpas ó reincidir en las pasadas; porque estas caídas no las permite Dios, para que con ellas desmaye el hombre ó quede sin confianza, sino para que escarmentando en ellas quede más cauto y temeroso, cobrando nuevo esfuerzo, para soldar el daño pasado. Como lo suelen hacer los que caminan, que el haber tropezado ó errado el camino, les sirve de espuela para acelerar más el paso y

(1) *Anima nostra sicut passer crepta est de laqueo venantium: laqueus contritus est, et nos liberati sumus. Adiutorium nostrum in nomine Domini.* Psalm. CXXIII, 7-8.

suplir con la diligencia el yerro. Porque (querría yo saber) ¿de qué provecho ha de serles el desmayarse y desconfiar, por ver que pecaron? Cierto, si bien lo consideran, verán claramente que no es otra cosa sino confirmar los yerros pasados con otro mayor. Si da á estos tales penas el verse caídos, ¿esles por ventura remedio el desconfiar de poder levantarse? Claro está que, el hacer esto, no es sino acrecentar la causa de la pena que antes tenían, cuyo remedio está en procurar levantarse. Que cuando no se saliese con ello, es grande consuelo á un hombre, el ver que hizo lo que pudo por remediarse. Y si se afligen por ver que no perseveran en el bien, ¿no es gran locura tomar por remedio desesperar de la perseverancia? Claro está que es aumentar la causa de la aflicción, y que el medio para remedialla, es volver á comenzar el bien, para emprender de nuevo la perseverancia; y hacer tantas veces esto, cuantas faltare de nuevo en lo comenzado. Porque más cerca está de la perseverancia el que la tiene á lo menos en el comenzar muchas veces, que no el que, desconfiado de poder alcanzalla, se determina de dejalla del todo.

Contra el tercero género de desconfianza nacida de considerar la gravedad de las culpas pasadas, ha de prevenir el maestro á sus novicios, que cuando se pusieren á considerar sus pecados, de tal manera se acuerden de la Divina Justicia, que no se olviden de su misericordia. Que esta es la causa porque en la divina Escritura ordinariamente se hace memoria destas dos perfecciones divinas, juntando la una con la otra; porque ni la misericordia á solas nos haga atrevidos, ni la justicia á solas nos haga desconfiados (1). Y así como es industria del enemigo, hacernos acordar de la misericordia al tiempo del pecar, para que confiados vanamente en ella, nos abalancemos, olvidándonos de la justicia, y por el contrario ponernos delante la justicia desnuda, cuando consideramos la gravedad del pecado, para hacernos desesperar; así también nosotros le habemos de trocar las armas, aprovechándonos de la misericordia al tiempo de considerar los pecados, para que no desesperemos, y de la justicia al tiempo que nos provoca á pecar, para que este freno nos haga dejar de ser atrevidos. Y cuando quiera persuadirnos el enemigo que no tienen remedio nuestros pecados, echemos de ver la malicia del que nos habla, para que de aquí colijamos si es digno de ser creído. Cosa es averiguada, que aquella voz interior que nos induce á desconfiar de la divina misericordia, no puede ser de Dios, porque Dios no puede ser contrario á sí mismo. Y si Él en toda la Sagrada Escritura (como arriba dijimos) nos exhorta con tantas veras á confiar en su divina bondad; ¿cómo es posible que Él mismo nos quiera persuadir que desconfiemos? En Dios no puede haber mudanza ni sombra della (como afirma el Apóstol Santiago) (2), luego mucho menos podrá haber contrariedad, que es la mayor mudanza de todas. Pues, ¿cómo es posible que sea suya, una voz que nos aconseja lo contrario de lo que Él nos

(1) *Misericordiam, et iudicium cantabo tibi Domine.* Psalm. C, 1. *Misericodia et veritas praecedent faciem tuam.* Psalm. XCVIII, 15. *Diligis misericordiam et iudicium.* Psalm. XXXII, 15. *Domine in coelo misericordia tua, et veritas tua usque ad nubes.* Psalm. XXXV, 6.

(2) *Apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio.* Jac. I, 17.

tiene enseñado? Cierto, bien se echa de ver ser persuasión de algún enemigo suyo y nuestro, pues nos habla cosas contrarias á su espíritu y á nuestro provecho. Pues, veamos ahora, si el que nos persuade que desconfiemos es el demonio, ¿qué razón hay para que le creamos? ¿Tanto es el amor que nos tiene? ¿Tan buenas obras le debemos? ¿Tanto aborrece nuestro daño? ¿Tanto desea nuestro provecho? ¿Tan satisfechos estamos de su bondad, que por sólo decirnos él una cosa, sin haber otro fundamento, hayamos de dar crédito á sus mentirosas palabras? ¿Dónde está el juicio del hombre, que no echa de ver ser éste un notabilísimo desatino?

Pero, ¿qué diremos á los que dicen que saben cierto que están prescitos y reprobados? Querría yo preguntarles: ¿de dónde saben con tanta certidumbre su reprobación? ¿Quién se la ha revelado? Bien cierto es, que no tienen dello revelación de Dios, porque ¿cuándo su divina bondad desmayó á nadie? Siendo verdad que, como dice Isaías (1), por ser tanta su clemencia y piedad, aun la caña cascada no quiebra, ni quiere apagar el lino que humea; antes procura sanar lo cascado y encender fuego donde ve algún rastrillo de humo. ¿Cuándo dijo á nadie, no has de hallar misericordia en mí? ¿Cuándo afirmó, aun á los muy perdidos, que estaban ya condenados? ¿Cuándo les dijo que no les perdonaría, convirtiéndose de corazón á él? Antes afirma por Ezequiel, y lo repite algunas veces (2), que en cualquier hora que el pecador gimiere por su pecado, se olvidará de lo que le ha ofendido. Pues, ¿cómo ha de comenzar ahora Dios nuevo modo de proceder, y quebrar sus leyes y fuerzas, en los que se sienten tan acosados y perseguidos? Suelen responder á esto, que de la gravedad de sus culpas coligen no haber perdón para ellos, y que por eso creen estar ya reprobados, como si no hubiese Dios hecho prueba de su triaca en otra mayor ponzoña. Y puesto caso que sus pecados fuesen los mayores que se han cometido jamás, ¿por ventura son mayores que la divina misericiordia? ¿Exceden á la inmensa y soberana bondad? Pues si es verdad que su clemencia es mayor que nuestra miseria, ¿por qué se han de inclinar éstos más á creer que no ha de perdonallos, que á lo contrario, siendo verdad que, por dejalles remedio copioso, derramó su sangre, y que su negocio depende de la determinación de un Dios, que es Padre nuestro, hermano nuestro y Redentor nuestro, y que se hizo todas estas cosas por enseñarnos á confiar? Y si está el negocio á lo menos en duda, ¿por qué no creerá el hombre lo que le está mejor y le puede ser más provechoso? ¿Qué provecho le puede venir á una alma de desconfiar? ¿Qué fruto puede sacar de creer que está condenada? Pues si esto no le puede ser de provecho, y de lo contrario es á lo menos posible sacar mucho fruto; ¿por qué no seguirá la parte que le puede ser provechosa? Cierto bien se echa de ver, andar de por medio los embustes del enemigo, haciéndoles trampantojos en la imaginación, para que, ciegos por la pasión, no puedan echar de ver cosas tan evidentes.

(1) *Calamum quassatum non conteret et linum fumigans non extinguet.* Isaí. XLII, 3.
(2) *Si autem dixero impio, morte morieris, et poenitentiam a peccato suo egerit*, etc. *Vita vivet, et non morietur.* Ezeq. XXXIII, 14-15.

Pero la mayor de todas las locuras en esta materia, es llegar el hombre á poner las manos en sí mesmo para darse la muerte; como si este fuese remedio para escapar del infierno los que se tienen por reprobados. Cosa admirable es, por cierto, y argumento evidente de lo mucho que puede una pasión, ver que se quiera quitar un hombre la vida, de puro sentimiento de la imaginación de que está condenado al infierno, y que le parezca que es buen remedio el irse más presto allá. Decidme, hermano—preguntó una persona discreta á uno destos desconfiados—¿por qué causa queréis quitaros la vida? Y respondióle que se la quería quitar, porque estaba condenado al infierno y sin remedio de poderse salvar. Pues ¿cómo es eso?, le replicó entonces el otro: si os queréis matar de sentimiento de ver que habéis de ir al infierno, ¿cómo queréis acelerar la partida? ¿No os parece que os queda harto tiempo para poder estar en él? ¿Cómo estáis tan sin afecto de hombre? ¿Por qué aborrecéis vuestro propio ser de tal manera? ¿No habéis visto los que están sentenciados á muerte, cómo van dilatando la hora? ¿Y que aun cuando actualmente los llevan á morir á la horca, procuran entretenerse; alargando la confesión, postrándose ante las imágenes que topan, y arrodillándose en las puertas de las iglesias por donde pasan? Y si les preguntáis por qué: dirán que lo hacen, no sólo por encomendarse á Dios y á los Santos, sino también por no llegar tan presto á un lugar tan infame y que tanto aborrecen. Pues decidme (hermano mío), si tanto aborrecéis al infierno, que os queréis matar por sólo imaginar que habéis de ir allá, ¿por qué os dais priesa para llegar allá más presto? ¿No sería bueno andaros entreteniendo, procurando alargar la vida, siquiera por no llegar tan presto á un tan horrendo y espantable lugar? ¿Tan buena cosa os parece estar metido en unas llamas inexorables, en compañía de demonios, oyendo aullidos de condenados, y diciendo blasfemias de Dios, de su Madre, y de sus Santos, y maldiciendo á vos mesmo, que por llegar más presto á veros en esto, queráis vos mesmo quitaros la vida?

Con estas razones sé que remedió una persona discreta á otra que andaba acosada del demonio para desesperar, matándose con sus mesmas manos. Y sin duda alguna son de mucha eficacia, si atiende á ellas el que se ve aquejado desta pasión. Y no sin causa, digo que son eficaces si atiende á ellas; porque yo sé cierto, que una de las cosas que mucho procura el demonio, es inquietar la imaginación de los que tienta por este camino; particularmente cuando les dicen alguna cosa que puede deshacer sus enredos; para que atendiendo ellos á lo que él les habla en la imaginación, se diviertan, y dejen de atender á los consejos que les están dando, porque no tengan socorro en su necesidad. Y así una de las cosas que más ha de procurar el que desea curallos, es, que no se diviertan, sino que estén atentos á lo que les aconsejan; y todo es poco, si no acude Dios con su divino favor. Por lo cual es necesario pedírselo con grande instancia, para que dé eficacia á los remedios, compadeciéndose de tan grande necesidad.

Y se ha de advertir, que el demonio cuando va persuadiendo á los desconfiados que se quiten la vida, lo que procura hacer para que no parezca tan horrenda la muerte, es, cerrarles los ojos de la consideración, para que no atiendan á la terribilidad del juicio y del in-

fierno que ha de seguirse á tal muerte. Porque si esto considerasen, sería bastante freno para reprimir el apetito de quitarse la vida. Mas lo que hace es, agravarles por una parte en la imaginación los trabajos presentes y las aflicciones que los aquejan, y juntamente las tentaciones que padecen y la prolijidad dellas, dificultándoles y aun imposibilitándoles el remedio; y por otra, representándoles la muerte como un puerto seguro donde se han de acabar las borrascas de los trabajos y tentaciones. Y haciéndoles parar sólo en esto, hace que apetezcan la muerte, y que la abracen como cosa muy dulce, en comparación de la vida triste y miserable que llevan, y por este camino los hace precipitar y abarrancar muchos inconvenientes, teniendo por el menor el morir. Y cierto, si á la muerte no se siguiese, como lo notó San Pablo (1), el juicio, y al juicio la eternidad de las penas; según son grandes las que ellos padecen en medio destos conflictos, sin duda alguna no sería la mayor de todas la muerte. Pues, para prevenir este daño, háseles de aconsejar á estos tales, que procuren con grande instancia (y lleven consigo alguna señal que se los traiga á la memoria) todas las veces que el demonio les represente la muerte, como término y fin de los trabajos desta vida; acordarse que es principio de los de la otra, en cuya comparación los de acá son menores que si fuesen pintados. Y de aquí vendrán á collegir, que el matarse no es acabar trabajos, sino comenzallos, y que es locura querer comenzar aflicciones y tormentos eternos, por escapar de los que necesariamente han de acabarse, y que, sufridos con paciencia, son materia para ganar una inmensidad de gloria que ha de durar para siempre. Esta ha de ser la consideración principal y más ordinario ejercicio de los que se ven afligidos desta manera de espíritu, que sin duda es de los más pesados que en esta vida pueden afligir á una alma.

Resta ahora tratar del remedio de la desconfianza que nace de sola la divina dispensación, que es cuando en castigo de la presunción y vana confianza, pasada, permite Dios que el hombre desconfíe de todo cuanto hace, pareciéndole que ni sabe ni puede acertar cosa alguna. Y no habrá para qué detenernos mucho en esto, porque como esta manera de desconfianza es castigo de culpas pasadas, y los castigos de Dios en esta vida son medicinas del alma; de aquí es que, en cesando la culpa, queda curada la llaga, y en curándose ésta, luego cesa el castigo, porque, donde no hay enfermedad, no hay para que aplicar medicina. Y así el medio es, conocer humildemente la culpa, y pedir della perdón, proponiendo la enmienda; sufriendo con humildad y paciencia el castigo, todo el tiempo que la Majestad de Dios fuere servida de ejercitarnos con él. Conociendo y confesando con David, que es justo Dios, y rectísimos sus juicios (2). Léase lo que acerca desta materia escribieron el padre maestro Ávila en su *Audi filia* y el maestro Pérez en el libro que hizo de avisos de gente recogida.

(1) *Statutum est hominibus semel mori, et post hoc iudicium.* Hebr. IX, 27.
(2) *Iustus es Domine, et rectum iudicium tuum.* Psalm. CXVIII, 137.

CAPÍTULO XVII

De los remedios contra el espíritu de fornicación, y otras algunas tentaciones, con que el demonio procura hacer volver al mundo á los nuevos en la Religión.

Pues habemos tratado tan en particular del espíritu de infidelidad y blasfemia, y de los remedios que hay contra esta manera de espíritus, razón será que tratemos alguna cosa del espíritu de fornicación; pues el conflicto que con él se padece es más general, y no menos frecuente y peligroso. Y porque desta materia trataremos más largamente en otro lugar, solamente diremos aquí lo que es necesario, para que los novicios sepan valerse contra esta peligrosísima tentación, la cual tanto es más dificultosa de vencer cuanto es más casera y pegajosa. Y bien echó de ver esta dificultad nuestra madre la Iglesia; pues, entre todos los espíritus que suelen hacernos guerra, contra ninguno dellos pide socorro haciendo particular oración en la Letania, sino sólo contra éste, por ser tan poderoso y valiente.

Digo pues, que entre otros artificios de que usa el demonio para hacer volver al siglo á los recién convertidos, es traerles á la imaginación los deleites pasados, representándoles las cosas de que gustaban estando en él; como confiesa San Jerónimo haberle á él acaecido cuando, estando en el desierto haciendo rigorísima penitencia, se solía hallar con la imaginación en medio de los bailes y saraos que había visto en Roma. Y San Augustín confiesa de sí (1), que en el principio de su conversión se le representaban en la imaginación los deleites pasados, y oía interiormente como una voz que le estaba diciendo: ¿es posible que así nos dejes? ¿Y piensas vivir sin nosotros? ¿Y en toda tu vida no has de vernos? Y otras cosas semejantes á éstas, con cuyos halagos procuraba el demonio hacerle volver atrás. Así, pues, á los novicios que, ó tuvieron alguna amistad estrecha en el mundo, aunque no fuese mala, ó se dieron libremente á los deleites torpes y deshonestos de la carne, los inquieta y distrae con las especies destas cosas, representándoles en la imaginación la persona á quien amaban; dándoles á entender que tiene particular sentimiento de ver que la han querido dejar, y que ha sido ingratitud y crueldad el dejalla. Tráeles á la memoria el sentimiento que hizo á la despedida y los buenos ratos que pasaron con ella; y con esto viene á enternecellos de tal manera, y á despertar en su corazón tales ansias por vella, y por consolalla, que casi se hallan como forzados, y les parece que se les arranca el corazón y se les va á la tal persona, y que el cuerpo no puede resistir aquel ímpetu, sino que forzosamente

(1) Augus. VIII. Confes. cap. II.

ha de ir tras el corazón. Todo esto he visto yo verificado en algún novicio, con el cual apenas podían ruegos y persuasiones para quietalle; aunque al fin se quietó, añadiendo á las otras diligencias, el encomendallo á Dios con instancia.

A otros acomete el demonio con la representación de mil torpezas y deshonestidades, presentando al vivo en la memoria los deleites y gustos que en ellas hallaron, lo cual hace por medio de la imaginación, trasladando della al entendimiento todas estas cosas, y de allí á la voluntad, alterándola, y obrando por medio della en la parte sensitiva efectos bestiales y torpes, despertando incendios, causando sentimientos, y obrando alteraciones que traen á los nuevos soldados á pique de desesperar. Y estando en medio deste conflicto, suele el demonio darles á entender que aquella guerra ha de ser continua, y que aunque alguna vez resistan, no será posible que toda la vida tengan valor para ello, y que es ponerse á peligro de venir después á romper con todo, y apostatar. Díceles, que, por medio de aquellas tentaciones, quiere Dios dalles á entender que no son para religiosos, y que es tentar á Dios querer voluntariamente quedarse en tan evidente peligro, y que en el mundo hay remedio contra aquella tentación en el estado de matrimonio, y que en él sirvieron muchos santos á Dios, y que muchos en la religión, por no podella resistir, se condenaron, y otras cosas semejantes á éstas que tienen grande apariencia de discreción, pero están llenísimas de ponzoña. Es muy ordinario esto en el demonio, que por eso en el Apocalipsi es comparado á los escorpiones, que cuando están haciendo halagos con el rostro, están derramando con la cola el veneno (1). Otras veces este espíritu inmundo, sin derramar su ponzoña en la carne, se contenta con molestar el alma con sola la memoria de las inmundicias bestiales en que otro tiempo se deleitó, y guarda esta guerra para los tiempos de mayor devoción, y para los lugares y ejercicios más santos. Y algunas veces con sola la importunidad deja al triste novicio tan molido, que anda con el corazón alelado, con el espíritu afligido y lleno de sobresaltos, sin osarse divertir á pensar cosa que buena sea. Parécele que si deja un punto de atender á resistir á las tales tentaciones, por pensar en otra cosa, le cogerá descuidado el demonio, y le hará caer en la tentación. Y es al revés, porque antes aquel cuidado imprime más las especies en la imaginación, y aunque el demonio se duerma, él mesmo, con el indiscreto cuidado que tiene, se va despertando la tentación. Y no sin causa el demonio procura guardar la mayor batería destos pensamientos inmundos para el tiempo, lugar, ocasión y ejercicios más devotos y santos, porque lo que él pretende es apartar al cuitado novicio por este medio, de sus buenos y santos ejercicios. Y es desta manera, que como ve el tristecillo, que poniéndose á orar, ó á leer, ó delante del Santísimo Sacramento, le vienen con mayor ímpetu aquellos pensamientos deshonestos y torpes; y que ocupándose en otras cosas ordinarias, cesa la batería, y no siente la guerra que tanto le importunaba; cobra miedo á los lugares y ejercicios santos, y apenas osa recogerse en ellos, ni ponerse á orar, teniendo por más

(1) *Et cruciatus eorum ut cruciatus scorpii cùm percutit hominem.* Apoc. IX, 5.

buena suerte y más segura, la falsa paz que á su parecer goza fuera de aquellos ejercicios, que el provecho que ejercitándose en ellos podría sacar. Y no echa de ver el cuitado que, por huir de la tentación, da de ojos en ella, pues deja salir al demonio con lo que él pretendía, que es apartarle de los ejercicios de la virtud y oración. Vi yo una vez un religioso, que en poniéndose á tratar cosas de la virtud con otros religiosos mozos temerosos de Dios, le acometía al momento el espíritu inmundo de deshonestidad, despertándole movimientos torpes y sentimientos lascivos, por lo cual se retiraba de conversar con ellos, con grande pérdida del aprovechamiento espiritual suyo y de los otros. Y tomando consejo acerca de lo que debía hacer en esto, se vino á descubrir que, aunque el demonio señalaba el golpe en la tentación deshonesta, no le quería dar allí sino donde le dió; que era en estorbar el fruto espiritual que de aquella plática se sacaba, y echóse de ver en esto, que perseverando después en ella con modestia y recato, vino á cesar el ímpetu de la tentación que solía afligirle.

¿Qué hará, pues, el novicio cuando se viere acosado desta manera de espíritu? Respondo que uno de los más eficaces remedios que hay contra él, es acogerse á Cristo nuestro Redentor como á Padre, como á Esposo y como á refugio de atribulados. Pero el acogerse á Él, no ha de ser siempre con una mesma manera de consideración, sino usando de diversas, según la variedad de las tentaciones con que acomete este espíritu. Porque cuando acomete con la memoria de alguna persona á quien se tuvo particular afición en el siglo, representándose su hermosura, su discreción, ó los beneficios y regalos que hizo, es admirable medio considerar que está Jesucristo de la otra parte, oponiéndose á todo esto con su hermosura, con su discreción, con sus beneficios y regalos, y que le está diciendo: Dime, alma redimida con mi sangre, ¿es por ventura más hermosa que yo esa mujercilla cuya hermosura te atrae? ¿Es más discreta? ¿Hate hecho más beneficios que yo? ¿Puede hacerte mayores regalos que los que yo tengo en mi gloria preparados para los que me sirven? Yo soy el más hermoso entre los hijos de los hombres; pues ¿por qué quieres dejarme por una hermosura que cualquier enfermedad la marchita, y cualquier vientecillo la percude y deslustra? Yo soy más sabio y discreto que todos los ángeles; pues, ¿por qué quieres dejar de oirme, por dar oído á una discreción halagüeña y fingida, como de sirena? Yo soy tan liberal bienhechor tuyo, que te di la vida, el alma, el cuerpo y todo lo bueno que tienes; y lo que más es, di, porque no perecieses, mi vida, mi honra y mi sangre; pues, ¿por qué quieres despreciarme por quien no puede hacerte beneficio alguno que sea de importancia? Yo tengo regalos eternos y gustos divinos y soberanos con que regalarte; pues, ¿por qué quieres dar de mano á mis gustos, por los regalos de una criatura que en un momento se acaban? Considere esto con atención el que se viere en este conflicto; que si acertare á hacer cotejo de lo uno á lo otro, echará sin duda de ver el engaño, y no le será posible, en tan conocida ventaja, dejar á Cristo por ninguna de las criaturas.

Pero si la tentación fuere tal, que sin quererlo el alma, se le representan á la imaginación las torpezas y deshonestidades pasadas, mire si el tal espíritu se queda en la parte superior del alma, atormentán-

dola con imágenes torpes y lenguajes sucios y deshonestos, sin obrar alteraciones y sentimientos bestiales en la sensualidad; y si fuere desta manera, acuda á Cristo como á su Padre y Esposo, de la suerte que lo suele hacer una doncella cuerda y honesta, cuando se ve perseguida de un mal hombre, que en oyendo que le dice alguna palabra descompuesta ó lasciva, se lo deja con la palabra en la boca, y se va adonde está su padre, para defenderse con su amparo de aquella persuasión. Ó como lo suele hacer la mujer casta que viéndose requerida de muchos, acude á su esposo, y no quiere apartarse un punto de su lado, hasta que la dejan de perseguir. Ponga los ojos en Cristo, y dígale: Señor, pues me mandáis pelear, dadme fuerzas; Esposo mío, aquí me importunan que os ofenda y que os deje, y yo no querría; ayudadme, que sin Vos nada puedo. Y esto hágalo sin fatigar mucho la cabeza, sino con grande suavidad, invocando el nombre dulcísimo de María, que es la Madre de la limpieza; y considerando que ella y su Hijo le están mirando, para que esto le haga no atreverse á dar entrada á algún pensamiento inmundo, en presencia de dos personas más puras y limpias que el sol. Y si todavía porfiare el demonio, diviértase á pensar otra cosa y no haga caso dél; que, como arriba dijimos, éste es un medio admirable para hollar su soberbia, y hacer que se vaya corrido.

Pero si la representación que el demonio hace de cosas torpes y lascivas, no parare en la parte superior, sino que ultra desto despertare movimientos lascivos y sentimientos torpes, en tal caso, es bien ayudarse de algunas obras penales, como son disciplinas, ó pellizcos, en alguna parte muy sensible, ó cosas semejantes á éstas; como leemos haberlas hecho muchos santos antiguos, que viéndose acosados deste maligno espíritu, se arrojaban en los zarzales, se revolcaban en la nieve, se metían en estanques de agua frigidísima y hacían otras cosas notables por aplacar, con el tormento del cuerpo, el apetito del deleite sensual. Verdad es que en estas cosas ha de haber discreción, para que no se le siga notable daño á la salud. Y cuando el demonio, en medio destas representaciones deshonestas, persuade que para gozar de los deleites que hay en ellas, es bien volverse al siglo, pues también allí se pueden salvar en el estado del matrimonio, y que no será posible resistir toda la vida á las tentaciones carnales, que son tan frecuentes y tan terribles, y otras bachillerías de este jaez; díganle que es verdad, que se pueden salvar en el siglo, pero que sin duda alguna es más seguro y menos peligroso el estado de la religión. Y que no es prudencia dejar lo más seguro, por lo más peligroso, y que si en el matrimonio hay remedio lícito para aplacar los incendios de la carne, pero no para quitarlos del todo, antes es cosa certísima, que crece el incendio del apetito, con lo que se toma por medio para aplacallo, así como suele crecer la avaricia con el dinero. De donde se sigue que así como para curar la avaricia, no es buen remedio dar dinero al avaro, sino privalle dél; y así como el quitar agua al hidrópico, es buen remedio para que se le vaya aplacando la sed; así á los acosados del espíritu deshonesto, que padecen incendios sensuales, no es medio eficaz para curar su pasión, lo que tienen los carnales por remedio, antes el medio más eficaz es, para curarse, apartarse de lo que ellos llaman remedio,

y privarse totalmente dél. Y ésta es verdad certísima, probada con muchas experiencias, y que si quieren decir lo que sienten los mundanos, confesarán ser así. Y según esto, engaño es del demonio querer persuadir que, para remedio desta pasión, es bueno volverse al siglo, y que en la religión no se podrá resistir con perseverancia esta tentación. Porque si la privación del uso bestial deste vicio, es la que lo cura, como ahora decíamos, y la religión es una privación perpetua del deleite carnal, claro está que, aunque á los principios, por no estar aún mortificada la carne, y por la industria de Satanás que la atiza, sean las tentaciones vehementes, pero con el uso de la mortificación, vendrá ella á tener menos bríos y él menos fuertes armas para tentar. Y á lo que dice el enemigo, que no será posible toda la vida resistir una tentación tan terrible y vencer un enemigo tan poderoso, respóndanle que menos se podrá vencer en el siglo, donde son más las ocasiones y menos el ayuda de costa. Y que con el favor de Dios, no hay cosa que no se pueda, y que muchos flacos y deleznables ha habido en la religión, que salieron victoriosos en esta pelea, y al principio les parecía imposible. Y que este ejemplo les da esperanza de que obrará Dios lo mesmo en ellos.

Ni se desmayen por ver que en los ejercicios más virtuosos y lugares más santos, se hallan más acosados deste espíritu inmundo; porque aunque parecen tiros gruesos de artillería los suyos, no es sino ruido de pólvora, que lo hace el demonio por espantar á los siervos de Dios y arredrarlos de los lugares santos y ejercicios devotos, y en especial de la oración. Y acuérdense que, como arriba dijimos, el desechar estos pensamientos, no es negocio que se ha de hacer á puñadas, ni á fuerza de brazos, antes es cierto, que han de durar todo el tiempo que el demonio tiene permisión para tentarnos con ellos, y así hase de llevar como cruz, con mucha paciencia y humildad, diciéndole al demonio que haga lo que le fuere permitido, y que crea que por permitirlo Dios se ha de llevar de buena gana, y que dure lo que durare, que el Señor que lo permite lo ayudará á llevar. Y no se aflija por ver que son tan sucias y abominables las imaginaciones que se le representan, y las voces que el demonio dice en lo interior, sino haga cuenta que le han metido por fuerza en un aposento, donde hay pintadas muchas figuras de cosas torpes y deshonestas, ó en un calabozo, donde hay gran número de galeotes atrevidos y desvergonzados que están diciendo palabras lascivas y sensuales. Ó que estándose en su casa con la puerta cerrada hablando cosas de mucha importancia con alguna persona grave, pasan por la calle algunos mozos lascivos, hablando palabras de deshonestidad. Claro está que en estos casos, lo que haría una persona cuerda es, cerrar los ojos, por no ver tan torpes figuras, y tapar los oídos, por no oir palabras tan desatinadas, y pasar adelante en la conversación de la persona grave con quien está hablando, porque dejarla con la palabra en la boca, por oir los desatinos que los otros pasan diciendo, sería descortesía grande y darle ocasión de agraviarse. Esto, pues, á la letra, es lo que ha de hacer el que, estando en la oración y ejercicios santos, se hallare acosado del espíritu deshonesto, con pensamientos sucios y figuras lascivas. Cierre los ojos á ellas, y ábralos para ver otras cosas espirituales de gusto, como quien aparta el rostro

de ver una cosa de pena, y le vuelve hacia otra parte donde hay alguna otra que le da contento. Quiero decir, que ponga entonces el pensamiento suavemente en Dios, ó en su Madre, ó en las penas del infierno, ó en otra cosa buena de las que suelen darle más gusto, y aunque el demonio se dé más priesa, déjele que se quiebre la cabeza, y él pase adelante en lo comenzado; porque dejarlo por no sufrir aquella pena, sería descortesía muy grande con Dios. Y alégrese tanto más, cuanto son más penosos y torpes los pensamientos que le combaten; porque cuanto ellos son más molestos, tanto es menor el peligro, y tanto más gloriosa la corona, y la afrenta del demonio vencido es tanto mayor. Y vuelvo á decir, que no deje sus ejercicios buenos por esta causa, y que cuando se ponga en ellos, no llegue con temor de ser combatido del enemigo, porque ese mesmo temor no despierte el combate, y porque el demonio no se pueda gloriar de que le ha temido, sino que entre con una humilde osadía, y con un confiado denuedo y resolución de padecer allí lo que Dios quisiere, porque lo quiere Dios. Y crea, que con esta prevención, fundada en el divino socorro, saldrá sin duda victorioso de la pelea, y el demonio con la cabeza quebrada. Otros muchos remedios hay contra este maligno espíritu, pero, á propósito de lo que vamos tratando, estos bastan; con presupuesto, que todos los que suelen aplicarse contra la tentación deshonesta, militan también contra el espíritu de fornicación.

Demás deste espíritu, suelen combatir á los novicios otros dos: el uno de codicia, y el otro de soberbia; el de codicia tienta á los ricos, y el de la soberbia á los principales y nobles, y es desta manera. Que á los que dejaron hacienda en el mundo, ó esperanza de poder heredalla, les quiere dar á entender el demonio, que fuera mejor haberse quedado en él. Porque con la hacienda pudieran hacer muchas obras pías, y remediar necesidades de pobres, que son cosas aceptísimas á Dios, y encomendadas grandemente en el sacrosanto Evangelio (1). Y así, socolor de bien, procura por este camino hacerlos volver al siglo. Aunque otras veces los tienta desvergonzadamente, con el halago de todas aquellas cosas que están anejas á las riquezas, como son el vestir bien, el comer espléndidamente, el dormir en cama regalada, y otras cosas semejantes á éstas, que puestas al lado de la pobreza, desnudez y trabajos que se padecen en la religión, parece que tienen más fuerza de atraer. Y particularmente suele apretar esta tentación cuando acaece morir alguna persona rica á quien el novicio había de heredar; que esta tentación ha derribado algunos, probándose con esto que no los trajo á la religión el amor de Cristo, sino el no tener con qué vivir en el mundo á su gusto.

A los nobles y principales los tienta por otro camino semejante á éste, porque las tentaciones son de esperanzas falsas de honra, poniéndoles delante, que pudieran en el mundo, con el favor de sus deudos, alcanzar cosas honrosas, como son privanzas de príncipes y oficios de autoridad. Tráeles el demonio el ejemplo de algunos que las alcanzaron, y si de presente acaece algún caso de personas que han venido

(1) *Esurivi enim, et dedistis mihi manducare: sitivi, et dedistis mihi bibere, etc.* Matth., XXV, 35.

á subir por este camino, allí es la batería, y el facilitarlo todo como si ya se viese cumplido. Y para que tenga esto más fuerza, les representa el menosprecio y abatimiento que hay en los oficios humildes de la religión, y particularmente el haber de ser mandados de hombres que en el mundo no se hacía caso dellos, y el ser todos iguales, sin tener respeto á nobleza de linaje, ni á otras cosas que en el mundo se estiman. Al fin son innumerables las cautelas y astucias de que usa el demonio para hacer volver atrás á los cuitados novicios, y los modos con que él sabe encaramar las cosas para hacer que parezcan, ó mayores, ú otras de lo que son. Y si el maestro no tiene prevenidos estos embustes del enemigo, fácilmente podrá engañarlos, según ellos son bisoños, y él cauto y mañoso en el pelear.

Procure, pues, para prevenir estos daños, algunas veces en sus pláticas decirles algunas cosas, así de los peligros que traen consigo las riquezas y honras del mundo, como de los bienes del estado de la religión. Que cierto, comparado lo uno con lo otro, y dejado aparte todo lo que es divino, que en éste no hay comparación del estado del siglo al de las religiones, sino hablando, como dicen, de las tejas abajo, aun para lo que es mundo, tiene más prosperidad y riqueza el más pobre y mínimo religioso, que el mayor monarca del mundo. ¿Qué emperador hay que tenga tantos y tan ricos alcáceres como un religioso? Pues apenas hay pueblo bueno en el mundo, donde no tengan de las mejores casas que hay en él, como realmente lo son los conventos de los religiosos. Y esto no solamente en un reino, ó imperio, como los reyes y emperadores, sino en todos los reinos y provincias de la cristiandad. Pues si tratamos de los ministros que sirven al religioso, ¿qué monarca hay en la tierra que se sirva de sacerdotes? ¿Qué Prelado, que tenga tantas y tan suntuosas iglesias, y tanto número de ornamentos preciosos, de cálices y jocalias tan ricas? ¿Qué grande hay en el mundo, que tenga tan cierta la comida, tan sin trabajo de adquirilla y tan sin temor de que le ha de faltar? Y si, como dice el Espíritu Santo (1), es mejor un bocado de pan con gozo, que llenas entrambas manos con trabajo (2), ¿qué tienen que hacer los capones, los pavos, los francolines, las perdices y los demás manjares de los reyes y grandes señores, con la comida de un religioso que, sin tener cuidado de dónde ha de salir, ni si ha de faltar, le llaman cada día á mesa puesta y á comida guisada? Y aunque los manjares de la religión no son tan preciosos y delicados como los suyos, hacen el mesmo efecto que ellos y con mucho mayor contento, porque ni causan indigestiones, ni gotas, ni apoplejías, ni otras enfermedades que suelen acompañar á la superabundancia del comer y beber.

De manera que, considerado el negocio con madureza, mayor es la riqueza que en la religión tenemos, que la que tienen los más ricos del mundo. Pues si se considera el vestido en respecto del fin para que se hizo, que es para cubrir las carnes y defenderlas de las inclemencias del tiempo; ¿qué más hace el oro, la seda, las piedras preciosas, la

(1) *Melior est buccella sicca cum gaudio, quam domus plena victimis cum iurgio.* Prov. XVII, 1.
(2) *Melior est pugillus cum requie quam plena utraque manus cum labore et afflictione animi.* Eccles., IV, 6.

holanda y las demás cosas muelles de que los ricos usan, que sólo el sayal? Si me dicen que abriga mejor y defiende más del calor y del frío, la experiencia responderá por mí. Porque vemos que quien mayor frío padece, son los que usan más destas cosas; pues no osan salir del fuego ó de estufas calientes en el invierno. Y en saliendo, luego andan ateridos y encatarrados, y en el verano ellos son los que buscan los sótanos y lugares frescos debajo de tierra, como gente que, con todo su tafetán y vestidos sutiles y delicados, no pueden sufrir el calor. Y el religioso, vestido de un sayal pobre, ni teme los soles en el verano, ni las heladas en el invierno, sino que por todo anda y todo lo sufre con moderación; porque el piadosísimo Dios, que gobierna á los unos y á los otros, da, como dice David, el frío según la ropa (1). Y si esto es así, que sus vestidos muelles y delicados no les defienden más el frío ni el calor, antes menos que los del religioso, ¿por qué habemos de aventajar sus sedas á nuestro sayal, pues esto, por particular providencia de Dios, hace mejor aquello para que fué inventado? Pues si el negocio se lleva por vía de honra, ¿quién la tiene en el mundo como un religioso? ¿Qué monarca se postró jamás á besar voluntariamente la ropa de otro monarca? Y muchos hay que se postran á besar el hábito de la religión y la mano del que es buen religioso. ¿Cuántos ha habido en las religiones, que estando en el mundo, no fueran buenos para lacayos de un grande, y por ser religiosos los asientan los príncipes á sus mesas, y lo tienen á grande dicha, como realmente lo es? Pues ¿de dónde nació esa honra, sino del hábito de la religión? Y así, querer dejarle para buscar honras en el mundo, es desatino evidente, por más que lo quiera el demonio dorar. Verdaderamente que no sé yo dónde tienen los ojos del entendimiento los que no echan de ver esta verdad. Sino que imagino que debe ser providencia de Dios, para que no se despueble el mundo, por acudir todos á gozar deste tan grande bien.

Pues si allende desto se consideran los trabajos, las inquietudes, los peligros del alma y del cuerpo, que traen consigo las riquezas del siglo, ¿quién será tan desatinado, que por ellas quiera dejar la quietud y descanso de la religión? ¿Qué casa hay en el mundo tan rica ni tan honrada, donde no haya un muerto á quien llorar, como acullá en Egipto en todas las casas de los gitanos? (2) Sólos los religiosos, cuyas puertas tiene Dios señaladas con la sangre del Cordero, su Hijo, para que no llegue el ángel percuciente, son las que están libres de llanto; y si alguno hay, es por la participación que tiene del mundo, por la caridad. Altísimo, Señor, habéis puesto vuestro refugio, dice David, y el mal no osará llegarse á Vos, ni el azote á vuestra casa (3); y como las religiones son el refugio que puso Dios en el mundo, y las casas de regalo de su majestad, asentólas en lugar tan alto, que no llegan los vientos de las inquietudes del mundo á podellas contrastar.

Todas estas consideraciones son de grande eficacia para deshacer los embustes del enemigo, que arriba pusimos; y dellas se ha de apro-

(1) *Qui dat nivem sicut lanam.* Psalm. CXLVII, 16.
(2) *Neque enim erat domus in qua non iaceret mortuus.* Exod. XII. 30.
(3) *Altissimum posuisti refugium tuum: non accedet ad te malum et flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo.* Psalm. XC, 9-10.

vechar el maestro para ayudar á sus novicios en este género de tentación. Procurando deshacer las vanas esperanzas de herencias y dignidades que el demonio asegura, mostrando cuántos han perdido las vidas, y por ventura las almas en sus pretensiones, sin llegar á alcanzar lo que pretendían, y cuántos, después de haberlo alcanzado, murieron sin poderlo gozar. ¿Cuántos ha habido á quien fué causa de muerte el dinero? ¿Y cuántos han muerto corrompidos á manos de la ambición, por un solo disfavor de su príncipe? Al fin se ha de cumplir lo que dijo Dios por su Profeta (1): que la confianza de los mundanos está fundada en báculos de caña; que cuando hay más necesidad de estribar en ella, se hace pedazos, y sus astillas ensangrientan la mano, en vez de ayudarla á sustentar.

Á lo que dice el demonio, que con las riquezas, estando en el mundo, se pueden hacer grandes limosnas y remediar muchas necesidades, la respuesta es muy clara; porque si el negocio es por hacer limosna, ninguna hay tan grande como la que hace el religioso dejando el mundo; porque da de una vez á Dios todo lo que tiene y puede tener, y juntamente, á sí mesmo, que vale más que todo; y esto último, que es lo que Dios más estima, no se puede dar quedándose el hombre en el mundo. Y por esto persuade el demonio que se vuelva el novicio allá, porque se quede con lo mejor, y no porque él tenga cuidado de los pobres. Y esto puede respondelle, cuando quiera persuadille que es bien volverse al siglo para hacer limosnas con sus riquezas. Véase, acerca deste punto, lo que escribe San Jerónimo, contra Vigilancio, y en la Epístola treinta y cuatro á Juliano, y en la veintiséis á Pamachio, y en la veintiocho á Lucinio. Y San Agustín, libro de *Bono conjugali,* y de *Ecclesiasticis Dogmat.*, cap. XVII. Y San Ambrosio I, *Offic.*, cap. XXX; y San Gregorio, libro XXXII, *Mor.*, cap. XVII; y Casiano, *collatio* XXI, cap. XXXIII; y Diadoco, libro de *Perfectione,* caps. LXV y LXVI.

CAPÍTULO XVIII

De los remedios contra la tentación de los escrúpulos

La tentación de los escrúpulos es una de las que más suelen afligir á los principiantes, y no es la que menos dificultad tiene para ser curada, y así será necesario tratar della muy de propósito, por ser tan necesaria la inteligencia della, para sabelle aplicar los remedios según la necesidad. Y para que mejor se entienda, digo que escrúpulo no es otra cosa, sino una congoja, perplejidad y desasosiego de la conciencia, nacida de temor indiscreto, por el cual, el alma está vacilando entre conjeturas leves é inciertas, sin saberse determinar si es pecado ó no

(1) *Ecce confidis super baculum arundineum confractum istum, cui si innixus fuerit homo, intrabit in manum ejus, et perforabit eam.* Isai. XXXVI, 6.

lo que hizo ó lo que quiere hacer. Y no sin causa he dicho que es temor indiscreto, nacido de conjeturas leves; porque cuando lo que se teme es claramente malo, ó hay conjeturas razonables y bien fundadas, para temer que lo es, no se ha de llamar escrúpulo, sino verdadero temor de Dios. El daño que los escrúpulos hacen es muy grande, porque quitan la paz del alma y la inhabilitan para cualquier ejercicio espiritual. Impiden el reposo del Espíritu Santo en ella, porque, como dice un profeta, el lugar del Señor es hecho en paz (1). Y el esposo en los Cantares (2), dice que su cama, que es la conciencia del justo, ha de ser florida, y es cierto que la del escrupuloso no es sino llena de cardos y espinas, según son muchas las congojas y ansias que hay en ella. Engendran tristeza espiritual y disgusto, y son causa de que se hagan las cosas con desabrimiento y desgracia. Hacen al hombre mal acondicionado y desabrido con los prójimos, y le ponen á pique de menospreciar los pareceres ajenos; porque no hay cosa más ordinaria en los escrupulosos, que imaginar que los otros no los entienden, y que por eso se engañan en lo que les aconsejan, á lo cual se sigue luego el hacer poco caso de los consejos que les dan. Y el mayor de todos los daños, es que ponen al hombre en peligro de tropezar y caer cada momento; porque la conciencia errónea, que ordinariamente tienen los escrupulosos, les pone tropiezos á cada paso, y como ellos andan á ciegas, apenas se pueden escapar de caer. Y lo que más es de ponderar, es que las más veces tropiezan en cosas imaginarias, que no tienen más existencia de la que quiere darles su imaginación, y así pecan mil veces donde no hay ocasión de pecar.

Y adviértase, que no todos los escrupulosos lo son en una mesma materia, porque unos hay que tienen el escrúpulo acerca de las confesiones, formando dudas cada momento, de si se confesaron bien ó no; si escudriñaron bien la conciencia, si se olvidaron algún pecado, si dejaron alguna circunstancia ó si faltaron, por su culpa, en alguna otra cosa necesaria. De aquí les nace el confesar mil veces una mesma cosa, sin quedar jamás con entera satisfacción, y el volverse á reconciliar muchas veces antes de comulgar, inquietándose á sí mesmos y á los confesores, y no llegando jamás con quietud á la comunión. Otros hay, cuyos escrúpulos son acerca del rezar, pareciéndoles que se divirtieron voluntariamente, ó que no dijeron tal verso, ó que se olvidaron tal hora, ó que por ventura en tal Psalmo no estuvieron atentos. Y de aquí vienen á decir un Psalmo mil veces, porque cada vez se persuaden que lo dijeron mal, repiten una vez y otra las horas, y nunca quedan contentos, pareciéndoles que siempre se olvidan algo. Y llega el negocio á tal extremo en algunos, que sé yo quién tenía necesidad cada día, cuando se dejaba de rezar, de escribir en un papelito las horas que había rezado, y el día, el mes, y el año y la hora en que se quedaba; porque en dejando de hacer esto, le parecía que no había rezado, y le era forzoso el volver á rezar.

Otros tienen todo su escrúpulo en el cumplir las penitencias, pareciéndoles que nunca las cumplen bien, y así las dicen innumerables veces, y es cierto que cada vez las dicen peor. Hoy quedan contentos,

(1) *In pace factus est locus ejus.* Psalm. LXXV. 3.
(2) *Lectulus noster floridus.* Cant. I, 15.

y al otro día se olvidan, y les parece que no las cumplieron, ó que dejaron alguna parte dellas, y así nunca acaban, sino que ellos mesmos se andan penitenciando sin para que. Otros tienen el ansia de sus escrúpulos acerca de los pensamientos, si consintieron ó no, y siempre juzgan lo peor; porque como no saben hacer diferencia entre el sentimiento y consentimiento, paréceles que, en sintiendo alguna cosa torpe en la imaginación, consintieron en ella, y juzgan ser culpa lo que por ventura es mucho merecimiento, sacando ocasión de andar tristes y ansiosos, de lo que habían de quedar contentos y consolados. Finalmente, otros sacan ocasión de escrúpulos de las inspiraciones divinas, haciendo, acerca dellas, leyes obligatorias de lo que es voluntario, y perdiendo la libertad del espíritu en lo bueno que hacen, ordenándolo así el demonio, para que, ó no lo hagan con suavidad, ó lo dejen de hacer con escrúpulo. Y porque esta tentación es sutil, será bien declararla con un ejemplo, que realmente llegó á mis manos de la manera que aquí lo referiré.

Un hombre pobre, que había sido muy vicioso, particularmente en materia de juego, y después vino á ser muy siervo de Dios, sintió un día que le vino un impulso de ir á visitar cierta imagen de la Madre de Dios, y pareciéndole ser inspiración divina, determinó de ir á visitalla, y lo hizo con mucho consuelo suyo. Otro día sintió el mismo impulso, acompañado de una imaginación, de que daría enojo á Dios, si no iba á visitar la dicha imagen, porque sería hacer resistencia á su inspiración; y al fin, movido deste temor, fué á visitalla, no ya con la libertad y consuelo del primer día. Otro día le vino el mesmo deseo, acompañado del mesmo temor, y por no enojar á Dios, fué á visitar la imagen. Y estando visitándola, sintió que interiormente le decían que se fuese de allí á visitar otra imagen, y que bien podría ocupar el día en aquéllo, pues había ocupado tantos en jugar, y que si no lo hacía, enojaría á Dios resistiendo á su inspiración. Y, finalmente, acosado de aquel temor, le llevaba todo el día de un santuario en otro, afligido y desconsolado. Porque como él era pobre, y había de acudir á su casa á ganar de comer para sus hijos, y por otra parte, el temor de que enojaría á Dios le acosaba, andaba él triste con una pena increíble, como si le dividieran el espíritu en dos partes. Ni se contentó el demonio con esto, sino que como le vió tan sujeto á la servidumbre de aquel temor, algunas veces le hizo dejar la comida, diciéndole que dejase de comer por amor de Dios, y que si no lo hacía, sería resistir á su voluntad, y que le ofendería. Y el cuitado, por no ofender á Dios, dejaba de comer, y enflaqueciéndosele la cabeza, tenía más fuerza la tentación, porque todas las obras de virtud que le pasaban por el pensamiento, le parecían inspiraciones, y que el dejallas de poner en ejecución era ofensa de Dios. Y como no podía cumplir con todas, algunas veces de puro desesperado, decía: pues no lo quiero hacer, aunque se enoje Dios. Yo no me acuerdo haber visto jamás alma tan afligida como la de aquel hombre; todo lo cual procedió de no haber sabido al principio usar de la libertad del espíritu, aprovechándose de la inspiración, como de cosa que no obligaba, so pena de pecado mortal. Y eché de ver que el fin del demonio en esta tentación, era hacer volver á aquel hombre á los juegos y libertad de la vida pasada; porque en-

medio de sus aflicciones se los traía á la memoria, y le decía interiormente que se acordase, que cuando tenía aquellos entretenimientos, no era combatido de tan molesta y grave tentación. Y que si volvía á ellos, sin duda se le quitaría, porque era efecto de la melancolía que traen consigo las cosas espirituales del recogimiento interior.

Este modo de tentación han de considerar particularmente aquellos que tratan de mortificar su gusto, no sólo en las cosas prohibidas y malas, pero aun en las que son permitidas á los siervos de Dios. Porque yo he visto alguno que, tratando desta manera de mortificación y privándose voluntariamente de algunas cosas lícitas, vino después á tener escrúpulo en el dejar de hacellas y á guardar, como obligatorio, lo que era voluntario. Y ofreciéndosele muy á menudo particulares impulsos de privarse dellas, como el dejallas de hacer le parecía ofensa de Dios, andaba como en prensa y sin libertad, viviendo una vida miserable y tristísima. Otros escrupulosos he visto desta mesma especie, que les parecía estar obligados á corregir todas las faltas que en los otros veían, haciendo ley de lo que aun no llegaba á ser caridad; y como no siempre hallaban ocasión para poder reprendellas, dejaban de hacello con escrúpulo y andaban ansiosos por parecelles que habían hecho contra conciencia, y, por consiguiente, haber cometido pecado mortal. Y alguno he visto que en mil. ocasiones le parecía que estaba obligado á denunciar al santo Oficio las cosas que oía, por parecelle ó blasfemias, ó heregías, ó cosas mal sonantes, sin tener rastro dello. Y comunicando conmigo algunas dellas, que eran ridículas, me contestó que había denunciado de muchos; pero como en aquel santo tribunal se procede con tanta madureza y prudencia, no se hizo caso dello, porque conocieron en el denunciante la enfermedad. Y todo esto es nada, en comparación de otras cosas que he visto en gente escrupulosa, que por no despertar ocasión de escrúpulos no las quiero decir, sino tratar del remedio dellas. Y para esto es necesario que tratemos primero de las causas de los escrúpulos, porque, conocida la causa, no será muy dificultoso remediar la enfermedad.

Digo, pues, que las causas de los escrúpulos son diversas; porque unas veces son azote de Dios, en castigo de relajaciones pasadas, ó de alguna soberbia y presunción. Permitiendo su Majestad que los que un tiempo no temían en cosa alguna, y por esto se abalanzaban á cometer ofensas de Dios, después vengan á temer en todas las cosas para que pasando de un extremo en otro, tomando de cada uno algo, vengan á quedar en un medio moderado. Y los que presumían de saber más que todos y de poder dar á todos consejo, se vean tan ciegos, que conozcan que tienen necesidad de alguno que los adiestre, y así vengan á quedar humillados.

Otras veces envía Dios los escrúpulos, no por castigo de culpas, sino para ejercicio del que los padece, como suele enviar otras cruces á sus amigos; y cierto que no es ésta de las menos pesadas, porque pocas cosas hay que más puedan atormentar un alma deseosa de agradar á Dios, que andar con perpetuo temor y recelo de que en cada cosa le ofende. Pero consuélense los que viven con estos temo-

res, considerando que son efectos de amor, porque nadie teme ofender á quien no ama. Y el recelo y cuidado de si agrada el hombre, ó no agrada á una persona en lo que hace por ella, indicio es de que la quiere bien. Y así los escrúpulos señales son de amor de Dios en la persona que los padece; y de aquí es, que por maravilla tiene esta enfermedad, sino gente recogida y cuidadosa de su consciencia (1). Verdad es que, cuando el escrúpulo no sirve de freno al escrupuloso, sino que por una parte anda con inquietudes y temores, y por otra se arroja á pecar con tanta libertad como si no lo tuviese; no solamente en los tales, no son señal de amor de Dios los escrúpulos, pero ni aun son propiamente escrúpulos aquellos temores, sino efectos de la mala conciencia. Lo cual he querido advertir, porque ninguno destos temerosos desalmados se persuada que las inquietudes y temores que tienen son prendas del amor de Dios; y con esto se aseguren en alguna manera con esperanzas falsas, de que pues tienen tal prenda, se pueden descuidar. Que todo esto sabe hacer el demonio para asegurar su presa, haciendo descuidar á los hombres, hasta que, acostumbrados al vicio, no lo puedan dejar sin extraordinario favor del cielo y suma dificultad.

El remedio, pues, para curar los escrúpulos, cuando son azote de Dios, es considerar la culpa en cuyo castigo Dios los envía, y, proponiendo la enmienda, humillarse reverenciando la providencia de Dios que, porque no nos perdamos, nos azota como el padre á los hijos traviesos. Conozcamos que es misericordia suya, y adoremos el azote por venir de su mano, que entrañas tiene Él para enternecerse viéndonos humillados, y para dejarnos de castigar si ponemos la enmienda. Y cuando echaremos de ver que es cruz con que quiere ejercitarnos, adorémosla con paciencia, suplicándole que nos la ayude á llevar para que no le ofendamos con ella, y esperemos en Él que nos la quitará cuando nos conviniere ó nos dará gracia para que saquemos provecho, llevándola con alegría, cuando no nos la quiere quitar.

Nacen otras veces los escrúpulos de ignorancia y es una de las causas más ordinarias que los engendran; porque de ignorar uno si es pecado ó no, el hacer una cosa, y ya que sabe ser pecado, el no saber si es venial ó mortal, es lo que le inquieta y causa congoja. Y cuando la causa del escrúpulo es ignorancia ningún medio es tan importante ni de tanta eficacia, como el sujetarse al parecer ajeno y dejarse regir por otro, escogiendo un maestro tal que pueda con mucha confianza renunciar al propio parecer en sus manos, cautivando el entendimiento á lo que él dijere y obedeciéndole en todo con mucha seguridad. Considere el escrupuloso que en el estado en que vive, ni debe creerse á sí, porque es parte, ni hacerse médico de sí mesmo, aunque sea letrado, porque está enfermo. Y pues á sí mesmo no se debe creer, es cierto que, para salir de la ignorancia en que vive, no hay otro medio sino tomar el parecer de personas dignas de crédito. Y vuelvo á decir que no presuma de curarse á sí mesmo, aunque sea letrado, porque esta pasión de escrúpulos, en respecto del que la padece, ofusca el entendimiento de tal manera, que no deja conocer

(1) Vide Sylvestrum verbo *scrupulus*.

la verdad. Y así hemos visto algunos letrados escrupulosos que á los demás los curan admirablemente, dándoles consejos saludables; y cuando vienen á tratar de la cura de su enfermedad, no aciertan, porque les parece, ciegos de la pasión, que para ellos ha de haber otras leyes y que en su sujeto se ha de curar de otra manera aquella enfermedad. Crean, pues, así los letrados como los ignorantes, lo que los hombres dignos de crédito les enseñan, y consideren que un ciego, por sabio que sea, se deja gobernar de un niño que tiene vista; y pues ellos en esta materia son ciegos, déjense gobernar. Y si no se tienen por tales, crean que esa es su mayor ceguedad, y que en castigo de esa soberbia, los dejará Dios perecer en su error. Y una cosa debe asegurallos del todo, la cual es de grande consuelo, y es que, dado caso que el aconsejador errase, no errará en obedecelle el aconsejado, si de propósito ó por negligencia no quiso errar en el maestro que escogió. Y la razón desto es porque en esta vida no tenemos otro medio para acertar en las cosas que ignoramos, sino buscar una persona que nos enseñe, la cual á nuestro parecer, mirada sin pasión, tiene las partes que se requieren para aconsejar. Pues si ello es así, que no hay otro remedio sino este, claro está que si con este no estuviésemos seguros, habría faltado la providencia de Dios no proveyendo remedios bastantes para tan grande necesidad. Y esto deben notar mucho los escrupulosos, creyendo que es único remedio este para curar de su enfermedad. Y adviertan, si quieren cobrar perfecta salud, que en seguir el parecer de los que eligen por maestros, no sean bachilleres, pidiendo razones de las cosas que les aconsejan, sino obedezcan con simplicidad, aunque no les cuadre á su entendimiento, creyendo que la pasión no les deja conocer la verdad, y que sus maestros, como desapasionados, la echan de ver desembarazadamente, y, por la misma razón, les deben obedecer.

Pero ¿qué harán en los casos dudosos, cuando no tienen á mano maestro á quien poder preguntar? Respondo, que en tal caso, en cualquier materia que sea, ora sea de confesiones, ora del oficio divino, ora de cumplimiento de penitencias, siempre el escrupuloso ha de juzgar en su favor y romper con el escrúpulo, aunque halle dificultad en ello. Declarémoslo con ejemplos para que no les pueda quedar razón de dudar. Y presupongamos que está un religioso en duda si confesó ó no confesó cierto pecado; y otro está dudoso de si rezó ó no rezó alguna hora; y otro está incierto de si cumplió ó no cumplió la penitencia que le dieron. Digo, que en todos estos casos han de juzgar en su favor, creyendo el primero que confesó ya aquel su pecado, y el segundo que rezó ya aquella hora, y el tercero que cumplió ya la penitencia. Y la razón es porque es muy propio de la pasión de los escrúpulos, hacer temer, como dice David (1), donde no hay que temer, y hacer dudar donde no hay que dudar; y siendo esto así, siempre se ha de creer cuando sucede alguno de los casos propuestos, que la pasión hace de las que suele, causando duda donde no la hay. Y entienda el escrupuloso, para mayor consuelo suyo y seguridad de su conciencia, que si por esta causa le sucediese alguna vez dejar de

(1) *Illic trepidaverunt timore, ubi non erat timor.* Psalm. XIII, 5.

confesar algún pecado, ó dejar de rezar alguna hora, ó de cumplir alguna penitencia, no por eso pecará; porque el tomar esto por medicina de sus escrúpulos, siguiendo el parecer de los doctos que lo aconsejan, hace que no solamente esto no sea pecado, pero que sea obra de mucho merecimiento. Y mire que no es éste negocio de opiniones, sino común parecer de todos los Teólogos que tratan deste particular. Los cuales dicen que los escrupulosos se han de curar como las bestias espantadizas, que para quitarles el siniestro que tienen, es menester no dejarlas salir con él, sino hacerlas pasar por la sombra que temen ó por cerca del carro cuyo ruido las espanta para que así vengan á perder el temor. Y adviertan más, que algunas veces, cuando quieren hacer esto los escrupulosos, los engaña el demonio por un camino subtil, y es que les dice: mira, vuelve á rezar tal hora, ó á confesar tal pecado, ó á cumplir tal penitencia; no porque tengas escrúpulo, que bien pudieras dejarla, sino por devoción y por hacer servicio á Dios. Y por este camino les hace volver á rezar sustentando cautamente el escrúpulo, con aquella sujeción de volver á rezar, so color de piedad y de devoción. Y así, aunque aquello sea de su naturaleza bueno en las conciencias libres, no deben hacello los escrupulosos, por no quedar con aquella sujeción; y porque no es bien que se hagan las cosas, aunque sean buenas, por persuasión del demonio, el cual nunca aconseja bien sino por sacar algún mal. Y desengáñense que cuantas veces vuelvan á hacer una cosa por escrúpulo, tanto peor la harán, porque la mesma pasión que va creciendo, es causa de que se haga con menor quietud y mayor turbación.

Aquí se ha de advertir también una cosa, que es bien la adviertan los escrupulosos, y es que, cuando consultan sus escrúpulos con alguna persona que los pueda satisfacer, ya que no puedan poner duda acerca del parecer que les ha dado, por ser la persona calificada, procura el demonio persuadirles que el consejo que les dieron es bueno, pero que no acertaron á informar y que, no habiendo sido buena la información, no es razón que se aseguren con el consejo que les han dado, sin que vuelvan de nuevo á informar. Y ellos, engañados con esto, vuelven á inquietarse y hacer nuevas informaciones; y de allí á pocos días que las han hecho, ya les parece que tampoco acertaron bien á informar, y que es necesario hacerlas de nuevo, y así toda la vida se les pasa en hacer nuevas informaciones y nunca acaban de tener quietud. Y para que estos tales entiendan que es engaño del demonio éste para tenerlos inquietos, diré aquí lo que me acaeció con un escrupuloso. Y es, que me consultó cierto caso, de cuya respuesta quedó satisfecho y quieto, y, habiéndose ausentado, le pareció que no me había informado bien y así determinó de informarme por escrito, para lo cual escribió una carta prolijísima, donde repetía mil veces una cosa, pareciéndole que no la había dicho, y con el discurso de tiempo dentro de cuatro ó cinco años, volvió á escribirme cinco ó seis veces informándome acerca del mesmo negocio. Guardé las cartas de industria y cotejando después unas con otras, eché de ver que en todas decía una mesma cosa y siempre le parecía que informaba algo de nuevo. Esto he referido, porque entiendan los escrupulosos que pasa lo mesmo á la letra en sus informaciones y que

casi siempre informan una mesma cosa, sino que el demonio, por tenerlos inquietos, les persuade que siempre se olvidan algo y que siempre informan algo de nuevo. Y para echar de ver su engaño, querría que considerasen una cosa á mi parecer evidente. Y es que, dado caso que haya habido falta en alguna de las informaciones por olvido ó por inadvertencia, ¿de cuál dellas es razón que se crea haber sido menos defectuosa, de la primera cuando el caso estaba reciente y el ansia por acertar más crecida, ó de las otras, cuando la memoria estaba más remota del caso? Cierto grande ceguera es, quererse persuadir que se acordará mejor un hombre de lo que hizo después de cuatro ó seis años, que cuando el caso estaba fresco y reciente en la memoria. Sea, pues, el remedio que se dejen de hacer informaciones y crean que la primera, pues se hizo con deseo de acertar, es bastante; y si alguna cosa de nuevo al parecer se ofrece que tenga duda, déjenla estar y crean que ya la dijeron, que la pasión los ciega, y que el demonio la atiza para inquietallos. Y si no lo quisieren hacer, no den oido sus padres espirituales á sus informaciones, aunque queden desconsolados por ello, que curando por este camino el escrúpulo, se les vendrá á pasar su desconsuelo.

Y lo mesmo digo de los pecados una vez confesados, cuando los quieren de nuevo confesar con escrúpulo, que no se lo permitan aunque se desconsuelen, porque en este particular es crueldad compadecerse dellos. Y aunque amargue este modo de proceder, consideren que también amarga la purga y da salud al enfermo. Y de aquí se sigue que á los escrupulosos no se les ha de permitir que hagan muchas veces confesión general; porque revolver los malos humores en conciencias inquietas, es despertar nueva enfermedad. Conténtense con una bien hecha al parecer del confesor y crean, cuando se les ofrezca alguna duda acerca de algún pecado ó circunstancia, que ó en particular ó debajo de algún cierto número lo dijeron, y con esto deben quedar asegurados, y no querer darse á sí mesmos más crédito que á los más doctos y desapasionados.

CAPÍTULO XIX

En que se prosigue la materia de los escrúpulos

Acerca de los escrúpulos que quitan la libertad del espíritu, han de guardar una regla los escrupulosos, y es que presupuesto que nos ha dado Dios mandamientos para nivelar nuestras obras, cuando se le ofrece al escrupuloso hacer alguna obra, acerca de la cual tiene escrúpulo de si es pecado ó no, ponga los ojos en el nivel, que son los mandamientos divinos, y mire si aquella obra está prohibida ó no, y si viere que no lo está, es cosa clara que la puede hacer sin escrúpulo; pero si estuviere dudoso de si se puede hacer ó no, de manera que no

sabe á cuál parte se incline, no tema de hacella; antes es bien que la haga, hasta que se vea con libertad para dejarla de hacer sin escrúpulo, pues, como arriba dijimos, el escrupuloso en caso de duda siempre ha de juzgar en su favor. Porque, siendo inclinado por razón del escrúpulo á creer que las más cosas son pecado, por el mesmo caso que tenga duda, sin osar determinarse que haya culpa en lo que quiere hacer; ha de creer que no la hay. Y digo más, que en las obras supererogatorias, que no son de obligación, de tal manera se ha de haber, que las haga con libertad, echando de ver que puede dejar de hacellas si quiere, sin pecar en ello. Y si interiormente sintiere algún impulso que le lleva como forzado á hacellas, persuadiéndole que el dejarlas de hacer será pecado; por el mesmo caso no las haga por entonces, satisfaciéndose con saber que pues no hay precepto que le obligue á hacellas, no peca en dejarlas de hacer. Alce el pensamiento á Dios y ofrézcale su voluntad, diciéndole: Esto dejo de hacer, Señor, por ahora, por no cautivar mi espíritu, haciendo con escrúpulo lo que sin él se puede dejar de hacer; suplícoos que me deis vuestra santa libertad para que con ella os pueda ofrecer sacrificio voluntario. Y cuando se sienta libre y conozca desembarazadamente que puede dejar de hacer aquella obra buena, hágala y ofrézcala á Dios como tal, en reverencia y memoria de lo que hizo Cristo por él, por sólo amor, sin tener otra obligación alguna.

Pongamos un ejemplo para que me entiendan los escrupulosos, que como tienen el entendimiento ofuscado, no entienden las cosas si no se las dicen con sobrada claridad. Ofrécesele á uno dellos un impulso interior que le va inclinando á decir un oficio por los difuntos; y, queriendo corresponder á este impulso, dice su oficio, sin temor de que el dejar de decirlo sea pecado. Luego, al otro día, siente el mesmo impulso y con él una voz interior que le dice: Mira que si dejas de decirlo, pecarás, porque será repugnar á la inspiración divina, que te mueve á decirlo. Y con esto comienza á sentir una repugnancia y juntamente una inquietud interior que no le deja reposar, porque, por una parte, el temor de pecar le compele á decirlo; y, por otra, la repugnancia que siente le retrae. En tal caso, pues, para deshacer el escrúpulo, haga juez á la razón, considerando que aquélla es obra supererogatoria y que no hay precepto que obligue á ella, y, por consiguiente, el dejarla de hacer no es pecado. Y si hecha esta resolución y convencido el entendimiento, se hallare sin escrúpulo y con quietud, rece su oficio por corresponder á la inspiración de Dios. Pero si con todo esto no se quietare, sino que siente en sí desasosiego interior, no lo diga, porque no tome el demonio posesión de la libertad de su espíritu, haciéndole rezar el oficio con aquella fuerza de temor indiscreto. Lo que debe hacer es alzar el pensamiento á Dios y ofrecerle su voluntad, como arriba dijimos, para que desta suerte se cumpla con Dios, reverenciándole y respetando su inspiración, y juntamente se dé de mano al demonio, no admitiendo sus inquietudes. Esto ha de hacer hasta que sienta desembarazado el juicio y conozca que las cosas buenas no obligatorias puede hacerlas ó dejarlas de hacer sin escrúpulo de pecado. Y crean los maestros que importa esta advertencia mucho más de lo que parece, porque yo

he visto espíritus muy desconsolados é inquietos por este camino, y si no se remedian muy al principio, son malos de remediar.

Pero adviértase que en esta triaca suele esconder el demonio ponzoña, haciendo que los escrupulosos por huir el escrúpulo den en manos de la relajación. Porque como ve que cuando sienten inquietud y desasosiego interior, por dar de mano al escrúpulo dejan de hacer las obras supererogatorias, procura en todas las obras buenas mezclar esta congoja y escrúpulo para que se vayan poco á poco dejando, y desta suerte hace que entre la relajación por la puerta donde sale el escrúpulo. Y de aquí es que muchos de los muy escrupulosos y de muy estrecha y temerosa conciencia los hemos visto venir á ser muy relajados. ¿Qué remedio, pues, para atajar este inconveniente? Digo que en tal caso el remedio ha de ser jugar á dos manos la espada de la prudencia. No dejando del todo las obras de supererogación, aunque se mezclen con ellas inquietudes y escrúpulo, ni haciéndolas todas las veces que se tiene escrúpulo de dejallas. Porque desta manera, ya que totalmente no se remedie el daño, á lo menos no vendrá á ser mortal la enfermedad. Y habiéndose de inclinar más á la una parte que á la otra, tómese el medio más favorable al escrúpulo, porque menos daño es ser escrupuloso que relajado. Aunque si el maestro es prudente y experimentado, cual ha de serlo el que ha de curar los escrúpulos, á todo sabrá acudir con destreza, acudiendo juntamente á Dios, porque para algunos sujetos y complexiones, Él solo puede ser el médico desta enfermedad.

Para remedio de los escrúpulos nacidos de la ignorancia, acerca de los pensamientos, deben advertir los escrupulosos, que el pecado del pensamiento no consiste en pensar mal, sino en querer voluntariamente pensarlo; porque, mientras no concurre la voluntad á querer lo malo que el hombre piensa ó á lo menos á deleitarse en pensarlo, es cierto que no hay pecado, aunque dure el pensamiento muchas horas. Y la razón desto es porque el venirnos á la imaginación un ruín pensamiento, no está en nuestra mano, ni tampoco lo está muchas veces el echarlo luego de nosotros, porque posible es que, sin advertirlo el hombre, le falte un pensamiento malo y esté grande rato perseverando en él sin haberlo advertido. Como suele acaecer algunas veces rezando el Oficio divino, que comienza el hombre á rezar, pensando en cosas del cielo, y cuando acaba de rezar, se halla pensando en otra cosa de poca importancia, y echa entonces de ver que ha rato que pensaba en ella. Pues si es verdad que no puede haber pecado sin que haya consentimiento de voluntad; claro está que pues no estuvo en nuestra mano el venirnos ó dejar de venir aquel pensamiento, ni el advertir en él, no hubo pecado en ello; porque, de otra manera, seguiríase que, sin quererlo nosotros, podríamos pecar. Y cierto esta razón es tan evidente, que basta á convencer á cualquier hombre de sano juicio.

Pongamos, pues, un ejemplo para declaración desta materia; y presupongamos que está un Religioso estudiando con la ventana abierta, y que estando él atendiendo á las cosas de su estudio, se le entra en la celda una golondrina y se detiene allí chirriando y revolando un buen rato de tiempo sin que el Religioso lo advierta, y que

además desto llega á ensuciarle la celda ó el libro en que estudiaba, sin haberlo advertido hasta entonces. Claro está, que ningún hombre cuerdo osará decir que el Religioso tiene culpa en haber entrado la golondrina, ni en otra cosa alguna de las que se siguieron al haber entrado. Pero si él abriera la ventana de industria para que entrara, ó después de haber entrado la sintiera y no la quisiera echar de la celda, ó fuera negligente en echarla, aquí ya está claro que hubiera culpa, y se le había de imputar al Religioso el daño que se siguiera; y mucho más si por gustar él de oirla chirriar, dejara de echarla fuera de industria. Y si el negocio llegara á término, que gustara él de verla ensuciar en el aposento, entonces fuera la culpa consumada y notable. Así, pues, se ha de discurrir en la materia de los pensamientos. Cuando el hombre de propósito se pone á pensar en alguna cosa mala, es como abrir la ventana de la imaginación, para que entre el ruin pensamiento, y esto es cosa clara que es culpa grave. Cuando siente que viene mal pensamiento y no le cierra la puerta, divirtiéndose á pensar en otra cosa, sino que le da entrada, también hay culpa grave. Cuando quiere apartarle de sí, pero es negligente en procurar desecharle, hay culpa, tanto mayor ó menor, cuanto es más grave ó leve la negligencia. Cuando entró el pensamiento sin sentirlo, pero después lo sintió y gustó de entretenerse con él voluntariamente, es culpa grave, aunque haya determinación de no consentir en el tal pensamiento; porque se pone á peligro de que con la morosidad del gusto, se mude el propósito, y también porque el gusto que se recibe es en materia prohibida. Y finalmente, si el detenerse es con determinación de consentir en él y de ponerlo en ejecución, en tal caso sería más grave el pecado, porque este es el último grado de malicia en materia de pensamientos. Pero si acaso poniéndose el Religioso á orar, que es como abrir la puerta de la imaginación á los buenos pensamientos, sin advertirlo él entrase de vuelo alguno que fuese malo y estuviese un grande rato la imaginación haciendo discursos en él, y pensando cosas malísimas, que es como andar chirriando la golondrina, como todo esto fuese sin advertirlo, aunque al pensamiento se le siguiesen algunos sentimientos torpes ó apetitos de venganza ó cosas desta manera, no habría en ello pecado; porque no habiéndolo sentido no es posible ni está en la mano del hombre remediallo. Pero en sintiéndolo, que es cuando echa de ver que es malo lo que piensa, hay obligación de procurar desechallo, divirtiéndose á pensar en otra cosa que sea buena ó invocando el dulcísimo nombre de Jesús ó haciendo la Cruz sobre el corazón, sin fatigar mucho la cabeza, considerando que, como arriba dijimos, no es éste negocio que se ha de hacer á fuerza de brazos, sino con suavidad. Y digo más, para consuelo de los escrupulosos en esta materia: que las personas temerosas de Dios que tienen hecho propósito firme de no hacer cosa que sea ofensa de Dios por todo el mundo, de ninguna manera han de creer que consintieron, si no es que vean claramente que deshicieron este propósito para consentir de industria con el mal pensamiento, porque ¿cómo es posible que el que tiene propósito de morir antes que ofender á Dios, le ofenda sin echarlo de ver evidentísimamente? Cierto, no es cosa posible ni aun creíble, si se considera desapasio-

nadamente. Y noten esto los escrupulosos y sus maestros para advertírselo.

Hay también otros escrúpulos que nacen de melancolía, y éstos, porque son accidente de enfermedad, se han de curar curando la enfermedad de donde proceden, y así á los médicos corporales se ha de acudir por remedio, no olvidándose de acudir principalmente á Dios, ni dejando los buenos ejercicios por razón de la melancolía. Y no sin causa advierto que no se dejen los buenos ejercicios, porque comúnmente se suele dar por remedio á esta enfermedad, el divertirse. Y piensan algunos que esto consiste en el dejar la oración, la lección, la frecuencia de confesiones y comuniones, y en buscar recreaciones livianas, diciendo y oyendo donaires y cosas semejantes á éstas. Y suele por este camino venir á relajarse el ánimo de tal manera, que no se apaña ni tiene valor para cosa que buena sea; y así, poco á poco, viene á enfermar el espíritu sin quedar curada la carne. Y sabe Dios á cuántos ha engañado el demonio por este camino, dándoles á entender que el tratar de cosas de espíritu y ocuparse en ejercicios santos de oración y recogimiento es cosa melancólica y triste, y por consiguiente aumenta la melancolía; y que así es buen medio el dar de mano algún poco de tiempo á estos ejercicios para curar desta enfermedad. Y ellos creyendo el consejo del enemigo, lo hacen así, con gran pérdida de sus almas y poco remedio de su enfermedad. Y querría yo preguntar á estos tales, si creen que hay en solo Dios recogido más consuelo y regalo que en todas las criaturas juntas? Creo yo que no estarán tan locos que osen negar esta verdad. Y si esto es así, ¿por qué quieren dar á Dios nueva ocasión de quejarse, como un tiempo se quejó por Jeremías (1), de que dejándole á Él que es fuente de agua viva, se van á buscar pozos secos, estanques cenagosos y cisternas que no pueden contener las aguas? Créanme, que no está el remedio en estas cosas de pasatiempo y burlería. No le negamos al melancólico el divertirse viendo la hermosura y claridad de los cielos, la belleza y verdura de los campos y el ruido manso de las corrientes de las aguas; tomando destas cosas ocasión para levantar el espíritu y alabar al Señor que las crió. Pero lo que le decimos es que el darse á oir chocarrerías y á decir palabras de donaire y á perder el tiempo en cosas desta manera, dando de mano á la oración y á los otros ejercicios espirituales, no es remedio para curarse, sino artificio de Satanás para que venga á perderse. Acuda á Dios por remedio, cuéntele sus lástimas, pídale la alegría de su espíritu, y tenga su rato de recogimiento y oración, procurando que la materia della no sea de cosas tristes, que estrechan el corazón, como son: muerte, juicio, infierno y cosas semejantes; sino de cosas alegres, que ensanchan el ánimo, como son la misericordia de Dios, la gloria, los divinos beneficios y otras cosas desta manera. También es buen remedio el trabajo corporal moderado y ocupaciones precisas, que obliguen á tener cuidado particular. Porque si bien se advierte, pocas veces se ha visto, que gente trabajada y de ocupaciones obligatorias, padezcan este accidente. Y, finalmente, es buen medio entrar el hombre en cuenta con-

(1) *Me dereliquerunt fontem aquae vivae, et foderunt sibi cisternas, cisternas dissipatas, quae continere non valent aquas.* Jer. II, 13.

sigo mesmo, y reconocer con particular cuidado la conciencia; porque algunas veces suele nacer la melancolía de algunas culpas que no se compadecen con la alegría espiritual. Y si hallaren que hay alguna destas llórenla, y verán que así como después de la lluvia suele seguirse la serenidad, y á ésta suele acompañar la alegría, así al llanto se suele seguir la serenidad de la conciencia, y á ésta, de ordinario, acompaña la alegría del espíritu, especialmente cuando se acude al santísimo Sacramento del altar confesándose y comulgando, porque allí, como dice Santo Tomás, está la dulzura y alegría en su propia fuente.

También suelen proceder los escrúpulos de un temor indiscreto nacido de la falta de consideración y conocimiento de la bondad de nuestro Señor y de su realísima condición. Porque si los escrupulosos sintiesen de Dios según su bondad, como aconseja la sagrada Escritura (1), no andarían inquietos y congojosos de pensar que en cada cosa le ofenden. Antes creerían que como Padre misericordioso nos anda quitando los tropiezos para que no caigamos, y poniendo los ojos en el barro, de que nos hizo, para espantarse de ver la facilidad con que nos quebramos. Esta verdad nos quiso enseñar David, para consuelo nuestro cuando dijo (2) que, así como el padre tiene misericordia de sus hijos, así Dios la tiene de los que le temen. Porque él sabe bien la masa de que nos hizo y se acuerda de que somos polvo, y de que el hombre es heno. Como quien dice, para moverse Dios á compadecerse de nuestras miserias, pone los ojos en la materia de que fuimos formados, y en viendo que hacemos faltas, dice: ¿Qué mucho que se quiebren, si los hice de barro? ¿Qué mucho que los mueva cualquier vientecillo, si son polvo? Y ¿qué mucho que los agoste y marchite cualquier calor extraordinario de tentación si de su cosecha son heno? Esto quiso decir David, y sin duda que en ello se descubre maravillosamente lo que nos ama Dios, y el concepto que habemos de tener de su bondad. Y así es bien adviertan los escrupulosos, que, como dice un autor pío y docto (3), ellos, cuanto es de su parte, son injuriosísimos á la bondad de Dios; y no sienten de ella como es razón. Antes parece que le consideran como á un juez muy achacoso, que anda buscando puntillos de derecho y maneras de calumnias para castigar al reo por cosillas de poca importancia. O como á un amo mal acondicionado, que para tener motivo y achaque, para echar de su casa á su criado, anda buscando ocasiones y armándole tranquillas en cosas de risa. No es, pues, Dios desta condición, ni le han de considerar desta manera, si no quieren ofendelle gravísimamente. Antes le deben considerar con unas entrañas piadosísimas, cuales fueron aquellas, por las cuales bajó por salvarnos, de las alturas, y de las cuales le nació aquella ardentísima sed de nuestra salud, que tuvo en la cruz, y hoy la tiene á la diestra del Padre, porque persevera en la causa della que es el amor. Pues un Dios que nos ama tanto, y que desea, como dice San Pablo (4), que todos los hombres se salven; claro está que

(1) *Sentite de Domino in bonitate.* Sap. I, 1.

(2) *Quomodo miseretur pater filiorum, misertus est Dominus timentibus se, quoniam cognovit figmentum nostrum.* Psalm. CII, 13-14.

(3) Ludovic. Gran. lib. de oratione.

(4) *Qui omnes homines vult salvos fieri.* I Tim. II, 4.

no tendrá la condición que ellos le pintan; sino un pecho amorosísimo, sufridor, y que no le espantan flaquezas nuestras; porque nos conoce y sabe que somos flacos. Demás desto habrían de considerar los escrupulosos, que no sin causa este clementísimo Padre, en la sagrada Escritura, nos pide tantas veces el corazón (1). Para que entendamos que lo que su Majestad pide para agradarse de nosotros, es un corazón determinado para todo lo bueno, y deseoso de servirle y de sufrir cualquier trabajo por no ofendelle. Y así, los que conocen en sí esta manera de corazón, que sin duda alguna es prenda de su divina mano, estén contentísimos y seguros, de que mientras éste tuvieren, no tienen que temer; porque no se compadece con esto el ofendelle, particularmente con culpa mortal. Y presupuesto que esta es verdad certísima, conocerán que es ignorancia grande, temer que en cada cosilla le ofenden, siendo una cosa tan grave la ofensa de Dios, y habiendo ley, por la cual es cosa tan clara juzgar cuando es ofendido ó servido. Y en caso de duda, ya arriba dijimos lo que se debe hacer.

Allende todos estos remedios, dice un Doctor experimentado, y dice verdad, que uno de los medios más eficaces para cualquier género de escrúpulo, es la mortificación perfecta de las pasiones. Porque apenas hay escrúpulo, si bien se advierte, que no proceda de alguna pasión mal mortificada. Y así el que alcanzase victoria de sus pasiones cortaría los escrúpulos en su raíz. Porque así como el que tiene vencidos sus enemigos, luego pierde los recelos y sobresaltos, y goza de paz; así al tener mortificadas las pasiones, que son los enemigos caseros, se sigue paz y serenidad en la conciencia; y mientras estos vivan no pueden faltar temores. Y ya que faltasen sería dañosísima paz, semejante á la que dijo el Rey Ezechias, que en la paz estaba su amargura amarguísima (2). Y así concluye el susodicho autor, que entre todos los remedios contra los escrúpulos, dos son los más principales, que son: dar entero crédito al maestro espiritual, y procurar con muchas veras la mortificación de las pasiones.

Y para conclusión desta materia, adviertan los escrupulosos, que una de las cosas con que suele hacerles guerra el demonio es, con procurar que sean fáciles en hacer votos. De tal manera, que en faltando en alguna devoción particular que tienen, luego les persuade que hagan voto de no faltar de allí en adelante en ella; dándoles á entender, que aquél será buen medio para merecer más y para tener más perseverancia en lo que emprenden. Y por aquí viene á atarlos con tantos votos, que yo he visto alguno, que pasaban de diez los que tenía hechos. Y como entre tanta multitud, es cosa fácil perturbarse la memoria, así de los mesmos votos como del cumplimiento dellos, vienen á andar los tristes escrupulosos como atados con muchas maromas, dudosos de si rezaron ó no, y de otras mil perplejidades, que los tienen como en prensa, afligidos, ansiosos y sin sosiego alguno. Y así estén advertidos, no sean fáciles en esto, si no quieren verse inquietos y desasosegados. Que mejor medio es tomar alguna penitencia en castigo de la falta de perseverancia, que no hacer votos indiscretos, que los traigan acosados y les quiten la libertad.

(1) *Praebe, fili mi, cor tuum mihi.* Prov. XXIII, 26.
(2) *Ecce in pace amaritudo mea amarissima.* Isai. XXXVIII, 17.

CAPÍTULO XX

De lo que ha de hacer el maestro con los novicios, cuando los viere tentados acerca de su vocación

Los ejercicios de la religión santa, el comer, el vestir y las demás asperezas que hay en ella, son tan contrarias á la inclinación de la carne y al modo de vivir que se tiene en el siglo, que considerado esto y las muchas diligencias que el demonio hace para sacar de las manos de Dios á los que Dios sacó de las suyas, no hay que espantarnos de ver que los novicios padezcan desconsuelos y tengan alguna vez pensamientos de volver atrás en su llamamiento. Ni es razón que luego se juzgue por liviandad de ánimo el andar el novicio con vacilaciones acerca de su vocación. Porque muchas veces el volver atrás en lo comenzado, puede ser inspiración de Dios y efecto de su divina providencia. A los que estando en el siglo consideran los trabajos de la religión, como los ven de lejos, represéntanseles muy menores de lo que son. Y como los fervores de espíritu dilatan el ánimo y le suelen hacer muy valiente, de aquí es que á los deseosos de tomar el hábito, les parece que no excede á sus fuerzas la carga de la vida monástica, y con esta persuasión se determinan de ponerla sobre sus hombros. Y llegados á provalla, como no solamente la ven más de cerca, sino que juntamente con esto hacen experiencia della, acaece algunas veces echar de ver que, ni la carga es tan leve como pensaban ni sus fuerzas tan grandes como creían. Y conociendo ser imprudencia tomar á cuestas mayor carga de la que pueden llevar, especialmente siendo la jornada muy larga, determinan prudentemente no emprendella por no quedar debajo della oprimidos. Y en los que desapasionadamente y con consejo hacen esto por esta causa, no solamente no es reprensible, pero aun es cosa justa y loable. Otra cosa es cuando el demonio, que lo sabe muy bien hacer, cargando de tibieza y fastidio al novicio, hace que lo que es falta de espíritu y negligencia, juzgue ser falta de fuerzas haciendo trampantójos en la imaginación, y procurando, por esta vía, que los trabajos parezcan mayores y las fuerzas menores de lo que son. Y así aun en los que por este camino, que es el más aparente, quieren volver atrás, debe temerse mucho no sea tentación del demonio esta imaginación, porque no es fácil cosa juzgar si es verdadera ó falsa la causa que representa. También suele el demonio tentar á otros por otro camino que tiene grande apariencia de piedad. Y es que les presenta, como dice San Juan Clímaco, á sus padres y parientes tristes y afligidos, y aun enfermos, ó puestos en necesidad por su causa, y les da á entender que si ellos volviesen al mundo podrían remediarlos y socorrerlos, y que el no hacerlo así es género de crueldad. A otros, como arriba dijimos, tienta más descubiertamente, trayéndoles á la memoria los re-

galos y entretenimientos que en el mundo tenían y los deleites de que podían gozar. A otros, haciendo que les den en rostro los ejercicios espirituales, quitándoles el gusto dellos, y que les parezca excesivo el trabajo de la religión. Para que huyendo de lo que les da pena, y buscando lo que les da gusto, dejen el estado monástico y se vuelvan al siglo donde, como dice San Pablo (1), los tenga cautivos á su voluntad. Finalmente, no hay tentación ninguna de las que hasta ahora habemos tratado en los capítulos precedentes, y de otras muchas de que podíamos tratar, con las cuales este enemigo capital del género humano no procure retraer de la religión á los que ve encaminados á perseverar en ella.

¿Qué ha de hacer, pues, el maestro con estos tales y con los demás que andan tentados de volverse á Egipto, dejando el verdadero camino de la tierra de promisión, sino ponerse entre ellos y Dios como otro Moysén, suplicándole los tenga de su mano y los perdone, confirmándolos en los buenos propósitos con que salieron de Egipto? Cierto, si el maestro tiene entrañas de padre, éste ha de ser un dolor que le lastime el alma; y mucho más, si con el amor que tiene á sus novicios se junta alguna centella del amor de Dios. Porque cuando llegue á considerar la injuria que en esto se hace á Dios, renovándose la afrenta que se le hizo la noche de su pasión, dejándole á él en competencia de Barrabás, que aun acá es mucho mayor la que se le hace, pues le quieren dejar por el demonio, y considerando lo que siente su Majestad que se le vaya una alma de entre las manos, á quien El había elegido por esposa suya, y el ansia con que buscó la oveja perdida, y lo que se entristecen los Angeles y alegran los demonios con esta pérdida; no es posible que pueda sosegar un punto, hasta ver reparado este daño, ó al menos hasta haber probado todos los medios posibles para procurar reparallo. Acuda á Dios, y si es humilde, piense que puede ser, permitir Dios que se le vaya aquel hijo por su pecado, y supliquele que no quiera castigalle en cosa que á su Majestad tanto ofende. Doble la oración, crezca el ayuno, aumente la disciplina, que todo es poco por alcanzar de Dios que no se le vaya una alma del gremio santo de la religión.

Séale ejemplo el regalado discípulo San Juan para enseñarle las diligencias que debe hacer en esto. Del cual, entre otros muchos autores, cuenta San Juan Crisóstomo, que habiéndose de partir de Epheso, dejó encomendado al Obispo de aquella ciudad un mozo de buenas esperanzas para que le criase en el temor de Dios, y fuese como maestro suyo. Y volviendo el Santo viejo, que ya lo era mucho el sagrado Evangelista, preguntó del mancebo. Y como le respondiesen que se había ido y hecho capitán de una compañía de ladrones, fué tan grande el sentimiento, y tanta la caridad, que resolviéndose en lágrimas subió al momento sobre un caballo, y posponiendo la gravedad de su persona, y venciendo con el amor la pesadumbre de la vejez, se partió á buscalle. Vuela como un viento á donde le dijeron que andaban los ladrones, topa con ellos, y ruégales que le lleven á donde estaba su capitán. Hácenlo así, y en llegando á su presencia, y

(1) *Et resipiscant a diaboli laqueis, a quo captivi tenentur ad ipsius voluntatem.* II Tim. II, 26.

viendo el capitán al Santo, huye dél, forzado de la vergüenza. Síguele el Santo viejo á espuelas batidas, derramando lágrimas y dándole voces, y no pudiendo alcanzalle le dice: ¿A dónde huyes hijo? ¿Por qué rehusas la presencia de tu padre? Ten respeto á mis canas, ten lástima de mi sentimiento, ten misericordia á tu juventad, que aun te queda esperanza de vida. Yo daré por ti, si eso temes, cuenta á Dios de tu ánima, espera un poco, mira que me envía á ti tu Señor y Redentor Cristo, que quiere salvarte y no es justo que pierdas tan dichosa ocasión. Esto dijo el regalado Evangelista, y dió la caridad tal virtud á sus palabras, que pudieron detener al mancebo. Arrójase del caballo, póstrase en tierra, reconoce su culpa y pide misericordia, sin osar levantar los ojos de tierra de puro corrimiento y vergüenza. Arrójase también del caballo el Santo viejo, abrázale, dale beso de paz, llora con él, prométele que tendrá misericordioso al juez, y con palabras blandas le hace volver á la Iglesia. Hácele un largo razonamiento para despertar su esperanza, y perseverando una vez y otra en santas exhortaciones, le redujo á sus antiguos deseos, de tal manera, que vino á ser un gran penitente.

Desta suerte se han de llorar las almas que se van de la casa de Dios, para reducillas después de idas, y no menos se han de llorar para que no se vayan; porque no es menos servicio de Dios estorbar una ofensa suya, antes que se haga, que remedialla después de haberla ya cometido. Y este sentimiento y lágrimas, común ha de ser á todos los Religiosos, porque la caridad, que es una en todos, ha de hacer comunes los sentimientos. Haga oración, si no basta la del maestro, todo el convento, pues todo el cuerpo ha de sentir el daño de cualquier miembro, y principalmente los Prelados que son las cabezas. Acuérdense de lo que hizo aquel santo general Fray Jordán, gloria y honra de la religión Dominicana (1), que hallando en el convento de París un novicio tentado acerca de su vocación, y viendo que sin embargo de las muchas diligencias que los Padres de aquel convento habían hecho con él, pedía á gran priesa sus vestidos seglares para volverse al siglo; hizo que le trajesen á su presencia. Exhortóle con mucha mansedumbre y blandura, mostrándole con eficaces razones, que era tentación del demonio querer dejar la religión por volverse al mundo. Y viendo que todo aprovechaba poco, hízole dar sus vestidos. Pero cuando vió que ya realmente se iba, no pudo el Santo varón dejar de lastimarse, y así haciendo convocar á los Religiosos del convento y derramando gran copia de lágrimas, les dijo: Padres, alcancemos de Dios misericordia para este desdichado, que le quiere dejar por volverse al siglo. Y al fin tanto pudieron las lágrimas del buen padre, ayudadas de las oraciones de los santos hijos, que inclinaron la divina misericordia, como se vió en el efecto. Porque al momento se arrepintió el novicio, y reconociendo con muchas lágrimas y arrepentimiento la culpa de su liviandad, y prometiendo la enmienda y perseverancia, volvió á pedir el hábito. Y luego el piadoso padre, que no deseaba otra cosa, abrazándole con entrañable alegría como al hijo pródigo, le admitió de nuevo á la orden volviéndole á

(1) Lib. II, cap. III, chroni. Sancti Dominici.

dar el hábito. Tales han de ser las ansias de los Prelados y de los demás Religiosos, cuando ven un novicio tentado en esta materia. Y particularmente las de los maestros, que demás de la caridad común que obliga á todos, han de tener á sus discípulos amor particular de padres.

Cuando echare, pues, de ver el maestro esta manera de tentación en algún novicio, antes que él llegue á declararse, debe ante todas cosas encomendarlo á Dios con muchas veras, suplicándole remedie aquel espíritu atribulado, y confirme en él los buenos propósitos, dándole fortaleza de espíritu. Debe, allende desto, en las pláticas y exhortaciones comunes, advertir los engaños con que suele el demonio procurar que vuelvan atrás los siervos de Dios en el camino de su primer llamamiento. Y enseñe algunos remedios con que se han de resistir semejantes tentaciones. Y si esto no basta, pida á los novicios que hagan oración á Dios por uno de ellos á quien el demonio anda tentando para hacerle volver al mundo; y refiera algunos sucesos espantosos de los que han sucedido á algunas personas que volvieron atrás en su vocación. Y mientras el novicio no se declare pidiendo que le den sus vestidos, ó de otra manera, tampoco se declare el maestro nombrándole; porque si acaso viene después á arrepentirse, no tenga de que avergonzarse, ni los demás con que zaherirle; que suele acaecer algunas veces, y ser causa de gran turbación. Pero cuando llega á declararse, diciendo que no tiene fuerzas para tanto trabajo y aspereza, ó declarando alguna otra causa particular; procure el maestro escudriñar, con mucha prudencia, si es verdadera la causa que da el novicio, y ruéguele que procure quietarse, encomendando á Dios su negocio para ver si es tentación ó no, la que le mueve á hacer tal mudanza. Y si habiéndolo comunicado con Dios, y considerado con acuerdo y prudencia, viere que la causa que mueve al novicio es justa, como es no tener las fuerzas necesarias para la aspereza y trabajo de la religión, ó estar sus padres en extrema necesidad, por la muerte de algún hijo que los sustentaba, ó alguna otra que sea razonable; consuele el maestro al novicio diciéndole alguna cosa á propósito del motivo que tiene para dejar el hábito. Si el motivo es faltarle las fuerzas para el trabajo, podrá decille algunas razones semejantes á estas: El Espíritu Santo, hermano mío, cuando mueve á una persona para que le sirva en algún ministerio, la primera cosa que hace es proveerle los instrumentos y medios necesarios para la ejecución. Porque ¿de qué serviría despertar en el hombre el apetito para algún fin, si no le proveyese lo necesario para alcanzalle? Cierto el tal apetito sería superfluo. Y de aquí colijo que, pues Dios no os ha proveído las fuerzas necesarias para los trabajos de nuestra Seráfica religión, no debe querer su Majestad servirse de vos en ella. Y así el veros necesitado á dejar este Santo hábito, no os debe desconsolar, lo uno porque ya Dios ha recibido vuestro deseo, y lo premiará como al Santo Abraham la voluntad de sacrificarle su hijo; y lo otro, porque en las grandes empresas sólo el acometellas y haber hecho lo posible por acaballas, es grande honra. Sólo os ruego, que en agradecimiento de esos generosos deseos, que os ha querido comunicar Dios, ya que no tenéis fuerzas para servirle en esta sa-

grada religión, procuréis emplear las que tenéis y vuestro talento, en otra que sea menos áspera y rigurosa. Porque no es razón que una alma que ya una vez se dedicó á Dios en su casa, salga della y se abaje á servir á señor que menos valga, y que quien se cebó en tan alta presa, la haga en cosa de menos quilates. Dicho esto, anímele á que tome el hábito en otra religión, particularmente de las mendicantes, señalándole alguna que sea proporcionada á sus fuerzas y talento. Advirtiendo á los demás novicios que no se escandalicen de aquello, sino que den gracias á Dios, por haberles dado fuerzas para poder pasar adelante en su vocación. Y mándeles que encomienden á Dios al que deja el hábito.

A los que, por razón de socorrer á sus padres necesitados, quieren volverse al siglo, siendo la necesidad verdadera, debe el maestro consolallos, diciendo á cada uno dellos: Dios nuestro Señor, hermano mío, que os llamó á la religión para servirle, os llama ahora para que le sirváis fuera della, necesitando vuestros padres de vuestra ayuda. Un mesmo Dios es el que hizo la ley natural que obliga á socorrer á los padres, y el que aconseja que, los que quieren servirle perfectamente, acudan á la religión. Este es consejo, y el otro precepto. Y donde se encuentran un consejo y un precepto incompatibles, todo el sagrado coro de los Teólogos dice: que se ha de acudir á cumplir el precepto, porque las cosas necesarias se han de preferir á las voluntarias. Toda la perfección del cristiano consiste en servir á Dios como él quiere, donde él quiere, en lo que quiere, y de la manera que quiere. Y según esto, pues Dios necesitando á vuestros padres, os ha enseñado que quiere que le sirváis en acudir á remediar cuanto os fuere posible su necesidad extrema; en esto le serviréis más perfectamente que si fuésedes religioso. Congregad para Dios, dice David, los que son sus Santos (1). Y declarando cuáles son los Santos de Dios, dice, que los que ordenan su testamento sobre los sacrificios. El testamento de Dios es su santa ley, y el cumplir esa es de precepto. Los sacrificios no son de precepto sino de consejo, pues aquellos serán los Santos que se congregan para Dios, según lo que dice David, que cuando se encuentran estas dos cosas, ponen al testamento sobre los sacrificios, prefiriendo lo que es precepto á lo voluntario, dejando esto, por acudir á cumplir aquello. Que es lo que dijo el mesmo por un profeta. Misericordia quiero, más que sacrificio (2). Y según esto, hermano mío, si queréis ser Santo, acudid á servir á vuestros padres, que es de precepto; haced esa misericordia que es de justicia, y dejad ahora la religión, que es de consejo; pues no quiere Dios, por ahora, que le sirváis en ella. No somos los religiosos como los fariseos, á quien reprehendió Cristo en el Evangelio, porque aconsejaban á los hijos que dejasen de socorrer la necesidad de los padres por acudir al templo á ofrecer sacrificio (3). Acá, hermano mío, siguiendo el consejo de Cristo, os decimos: que dejando de hacer sacrificio de vuestra persona á Dios en su casa, vais á remediar la

(1) *Congregate illi sanctos ejus: qui ordinant testamentum eius super sacrificia.* Psalm. XLIX, 5.

(2) *Misericordiam volui, et non sacrificium.* Os. VI, 6.

(3) *Vos autem dicitis: quicunque dixerit patri vel matri, munus quodcumque est ex me, tibi proderit: et non honorificabit patrem suum aut matrem suam, etc.* Mat. XV, 5.

necesidad de vuestros padres, á quien es imposible pagar con igualdad lo que les debemos. Verdad es, que en agradecimiento de que os inspiró Dios un tan noble deseo como es el de ser religioso, será razón, que el acudir ahora á esa necesidad, sea solamente suspender la obra por acudir á lo que Dios manda. Pero el deseo siempre ha de permanecer en vos; como persevera en la piedra la inclinación de irse á su centro, mientras está fuera dél detenida y violentada. De tal manera, que así como ella, quitado el impedimento, llevada de sólo el ímpetu natural, luego al punto se mueve hacia el centro sin poder detenerse, así vos, cuando Dios fuere servido de quitar ese embarazo que por ahora suspende la obra, la fuerza del deseo, que siempre ha de permanecer en su punto, os traiga al centro de vuestro llamamiento. Y para que Dios lo haga, estos hermanos y yo tendremos cuidado de encomendaros á Dios. Desta manera se ha de proceder con los que tienen legítima causa para volverse al mundo. Y no deje de consolallos con todas las veras que pudiere, porque, sin duda alguna es grande el desconsuelo de los que, forzados de alguna necesidad legítima, se vuelven al siglo.

Pero con los otros que, llevados del ímpetu de su apetito, ó engañados del demonio con alguna tentación vehemente, quieren retroceder en lo comenzado, de otra manera se ha de proceder. Porque primeramente se ha de procurar descubrirles el engaño del enemigo, y usar de los remedios que arriba dimos contra las tentaciones; rogando, instando, proponiendo inconvenientes, y aprovechándose de la prudencia y de la oración, para que los medios tengan alguna eficacia. Y si todo no basta, sino que persevera en pedir sus vestidos seglares abiertamente, compadézcase mucho el maestro, y en presencia de los otros novicios le declare su sentimiento, con estas razones ó con otras equivalentes. Yo quisiera, hermano mío, fray N., no llegar á término de haber de declarar ser vos el miserable, á quien el demonio trae engañado, sino que os hubiérades aprovechado de mis amonestaciones, y de las oraciones destos hermanos que os han encomendado á Dios con instancia. No lo han merecido vuestros pecados, y Dios sabe la lástima con que lo digo. Creo que no acabáis de entender el desatino grande que hacéis, la injuria que dello resulta al Dios de la Majestad, y el daño que le viene á vuestra ánima comprada con la sangre del mesmo Dios á quien queréis dejar. ¡Oh desdichado de vos si no volvéis sobre vos! De los que se convierten una vez y después vuelven á pecar dice Orígenes, que son como los que han servido á un Señor, y después sirven á otro, y por agradarles más el primero dejan al segundo, y se vuelven al otro; dando como firmado de su mano que tienen por mejor al señor primero que al segundo. Servisteis un tiempo al demonio en el siglo, y compadeciéndose Dios de vos, no haciendo caso de que habíades servido á tan infame señor, quiso traeros á la religión santa para servirse de vos en ella. ¿Habéis servido á Dios en ella algunos días y ahora queréis volveros al mundo? ¿Dónde tenéis los ojos, que no echáis de ver la injuria que hacéis á Dios? ¡Oh desatino digno de ser llorado incesantemente! ¿Qué pensáis, hermano mío, qué hacéis en esto, sino decir á Dios que tenéis al demonio por mejor señor que no á Él, pues os determináis

de dejalle por volver á servir al demonio? Quería preguntaros lo que preguntó Dios á su pueblo por Jeremías (1). ¿Qué falta habéis hallado en Dios para dejar de servirle? ¿Dejáisle porque os ha criado? ¿Porque os sustenta? ¿Porque os ha redimido? ¿Porque os ha sufrido tantas ofensas? ¿Y porque, después de todas ellas, os ha querido sacar del mundo y traer á la religión, á haceros uno de sus muy allegados? Manda Dios por Jeremías (2), que se pasmen los cielos, y que sus puertas se hagan rajas de espanto, porque su pueblo había hecho dos males; que eran, dejarle á Él siendo fuente de agua viva, y cavar unas cisternas inútiles que no podían contener las aguas. Pues si por aquel desacato manda Dios que se pasmen los cielos, dejando vos, hermano mío, á Dios que es la fuente viva y manantial de todos los bienes, por volveros al mundo, que es un abismo de males, ¿qué diremos? ¿A quién invocaremos para que se admire de vuestra locura? Mirad, hermano, lo que hacéis, porque San Pablo dice (3), que á los que pecan voluntariamente, después de conocida la verdad, no les queda hostia que ofrecer por su pecado. Y que es cosa imposible ser renovados á la penitencia, los que después de haber sido una vez alumbrados de Dios, vuelven atrás en su llamamiento (4). Pues ¿qué se puede esperar de vos, que después de haber sido alumbrado no una vez sino muchas, en el bautismo, en la penitencia, y en la vocación santa á la religión, queréis volver atrás dejando el manná del cielo por las berzas de Egipto?

Dicho esto, le advierta ser cosa ordinaria á los que dejan el hábito por su culpa, sucederles alguna muerte desastrada. En confirmación desto trae Dionisio Cartujano muchos ejemplos de algunos novicios, que acabaron mal por haber dejado el hábito de su orden (5). Uno refiere de una hermana que persuadió á su hermano que dejase el hábito, y volviéndose los dos del convento, que estaba en el desierto, á la ciudad, salieron dos leones y los despedazaron miserablemente. Y de otro cuenta que, estando bailando y dando vueltas alrededor, pocos días después de haber dejado el hábito, cayó una teja de un tejado y le mató sin poder confesarse. Y de otros dos dice: que habiéndose vuelto al mundo por la persuasión de su padre, de allí á pocos días fueron heridos de pestilencia el padre y los hijos, y murieron desesperadamente. Y yo puedo decir de dos de mi tiempo: el uno de los cuales pasando en una nave á Cerdeña, que era su patria, pocos días después de haber dejado el hábito, riñió con un soldado que iba en la mesma nave, y asiendo de él con enojo, el soldado le arrojó en el mar, donde murió agonizando sin poder socorrelle. Y el otro pasando á Nápoles en un navío, levantándose cierta borrasca, topó la nave en un bajío, y se hizo pedazos. Asióse de una tabla el triste mozo, y después de haber andado dos días abrazado con ella y

(1) *Quid invenerunt patres vestri in me iniquitatis, quia elongaverunt à me.* Jer. II, 5.

(2) *Obstupescite coeli super hoc et portae ejus desolamini vehementer, dicit Dominus. Duo enim mala fecit pulus meus, etc.* Jerem. II, 12.

(3) *Voluntarie enim peccantibus nobis post acceptam noticiam veritatis, iam non relinquitur pro peccatis hostia.* Hebr. X, 26.

(4) *Impossibile enim est eos qui semel sunt illuminati, etc., rursus renovari ad paenitentiam.* Hebr. VI, 4.

(5) Dion. Cartu. in Scala religiosorum.

peleando con la fortuna, salió á salvamento; y en llegando á Nápoles, por cierto desatino que hizo le degollaron. Al fin, hay destos innumerables ejemplos, de los cuales podrá el maestro referir algunos. Y si todo esto no basta, oren por él los novicios, y hagan alguna disciplina; y, finalmente, dése aviso al Prelado para que le haga encomendar á Dios en la comunidad; y si no aprovecharen todas estas diligencias, diga el maestro lo que dijo Dios á su pueblo por Jeremías (1): Procurado habemos curar á Babilonia, y por su culpa no queda sana, no hay otro remedio sino que la dejemos; y dicho esto, déle sus vestidos. Y advierta á los novicios que quedan, que le encomienden á Dios, lamentando sobre él, como si se les hubiera muerto desastradamente un hermano, y encomiéndeles mucho que miren por sí y se guarden de ofensas de Dios porque no los castigue con otro tanto. Y sobre todo les encarezca mucho, que se guarden con diligencia de la flojedad y tibieza, porque ésta suele ser la que causa vómito á Dios, hasta echar de sí los tibios en el estercolar del mundo, por ser gente inútil para su casa (2).

CAPÍTULO XXI

De lo que ha de hacer el maestro con sus novicios, cuando llegare el tiempo de la profesión, y de las consideraciones con que los ha de preparar, para hacella con el espíritu que conviene.

Quince dias antes que el novicio cumpla el año de la probación, debe el maestro advertille las cosas necesarias para conseguir el fin de su intento. Y primeramente enseñarle cómo el hacer elección de estado para toda la vida, es una cosa de las más graves que pueden ofrecerse en el discurso della, y por consiguiente se ha de encomendar mucho á Dios, y particularmente cuando la ejecución de lo que se ha de elegir, depende de voluntades ajenas. Pregúntele si tiene propósito de pasar adelante en sus intentos, y si respondiese que sí, dígale que dé gracias á Dios por haberle dado perseverancia en ellos, y enséñele la ceremonia con que ha de pedir los votos de la profesión. Exhortándole á que, antes de pedillos, suplique mucho á nuestro Señor mueva las voluntades de los religiosos para que se inclinen á la parte que hubiere de ser más del servicio suyo. Y que no permita su Majestad, que en castigo de sus pecados sea excluído de la compañía de sus siervos, ofreciéndole, que de allí adelante, procurará suplir las faltas pasadas con nuevos servicios.

En habiéndole dado los votos, le advierta cuán obligado está á dar gracias á Dios por ello, pues de parte de la religión está ya admitido. Pero también debe advertille, que no por tener los votos, queda obligado en conciencia á cosa alguna de las que obligan á los religiosos

(1) *Curavimus Babilonem, et non est sanata, derelinquamus eam.* Jerem. LI, 9.
(2) *Quia nec frigidus nec calidus es, incipiam te evomere.* Apoc. III, 16.

profesos; antes queda con la misma libertad que hasta entonces, y puede, si quiere, dejar de ser religioso. Y porque en el tiempo que le resta haga con más acuerdo la resolución que debe, y pueda mejor echar de ver si tiene fuerzas y espíritu para obligarse á Dios con voto solemne á los trabajos de la religión; pondérele mucho lo que le importa considerar, la gravedad del yugo á que ha de sujetar la cerviz, y la estrechura del vínculo con que se ha de obligar, no por un mes ni por un año, sino por toda la vida. Déle á entender la gravedad de lo que ha de prometer, la majestad del Señor á quien ha de obligarse, la flaqueza y facilidad de nuestra naturaleza en faltar á lo prometido, la terribilidad del castigo que está aparejado para los que no lo cumplieren, y la eternidad del premio que preparó *ab aeterno,* para los que fueren fieles á sus promesas. Y porque el tener frescas en la memoria las cosas á que se ha de obligar, le sea motivo para hacer más claro juicio dellas, hágale en aquellos días leer con mucha atención la regla y las exposiciones de los Pontífices, declarándole lo que fuere dificultoso en ellas, para que ni la negligencia del maestro en este particular le sirva de excusa, ni la ignorancia de lo que ha de prometer, le haga precipitar. Procure exhortalle, á que pida á Dios con instancia, le enseñe su voluntad en un negocio tan grave, confesando y comulgando á menudo y con particular aparejo; y déle licencia para hacer algunas penitencias extraordinarias, quince ó veinte días antes de la profesión. Haga que le encomienden á Dios con muchas veras los otros novicios aquellos días, para que él y ellos, en la gravedad de los medios que se toman para acertar, y en la madurez del modo de proceder, echen de ver la grande importancia de lo que se trata, y conciban altamente como es razón de tan divina empresa. Amonéstele que haga una confesión general de los defectos cometidos el año del noviciado, que no será necesario hacerla de toda la vida, pues cuando vino del siglo, la hizo para tomar el hábito de la probación. Declárele en qué consiste el estado de religioso á que quiere obligarse, que es en dedicarse á Dios con voto solemne, indisoluble de guardar perpetuamente obediencia, pobreza y castidad. Lo cual, como dice un autor grave (1), es hacer immoble el ánimo, para que no pueda volver atrás en el estado de la perfección. Cosa por cierto digna de ánimos generosos, y para la cual es necesario particular auxilio de Dios. Necesítase en ella el hombre á procurar el alcance de la perfección: y aunque la empresa es dificultosa, es dichosa la necesidad. No te pese, dice el glorioso Agustino escribiendo á Armentario, de haberte obligado por voto á la observancia de lo que á Dios prometiste, mas antes alégrate de que ya no te será lícito, lo que no podía serlo sin detrimento tuyo, y ten por dichosa la necesidad que te hace fuerza para procurar lo mejor. Es un acto el de la profesión monástica, en que de un golpe se cortan las tres cabezas de aquel cancerbero, de quien dice San Juan, que con el veneno dellas tiene inficionada la tierra; que son: concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida (2). Porque la de la

(1) Caietan. In D. Thom. 22-9-186.
(2) *Quoniam omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum et superbia vitae.* Joann. II, 16.

carne se corta con el voto de la castidad, la de los ojos, que es codicia de los bienes del siglo, con el de la pobreza, y la de la soberbia, con el voto de la obediencia; porque no hay cosa que más humille, que rendirse á la voluntad ajena haciéndose inferior á otro por amor de Dios. Atájase á sí mesmo el paso á la solicitud de tres cosas que suelen quitar la libertad del espíritu; que son: el cuidado de la hacienda, el de la mujer y los hijos, y el de las propias acciones. Porque la pobreza de espíritu, quita la solicitud de los bienes terrenos, la castidad ataja las inquietudes de la mujer y hijos, y la obediencia corta el paso al cuidado de las propias acciones, sujetándolas á la disposición del superior. Por lo cual, con mucha razón dijo el divino Gregorio (1) que el religioso ofrece á Dios holocausto, no solamente de sí mesmo, sino también de todo lo que tiene el mundo; porque le ofrece cuanto tiene, cuanto puede y cuanto sabe. Y aun si dijésemos que le ofrece aún más de lo que tiene y puede, no mentiríamos; pues consagrándose á Dios por medio de los tres votos, le ofrece cuanto puede tener y poder. ¡Oh generosa ofrenda, por la cual compite el hombre con Dios en liberal cortesía, volviéndole á dar lo que es suyo, después de habérselo dado Dios graciosamente. Todas estas cosas ha de enseñar el maestro al novicio, para que sepa entender y estimar lo que hace. Y dígale que estime en mucho este don, no por ser mucho lo que se ofrece, sino por ser ofrecido á Dios; lo cual sube tanto de punto la ofrenda, que con ser tierra lo que se ofrece, es digno del cielo, y con ser temporal y caduco, merece premio inmortal.

Pero adviértale que como es Dios purísimo, es amicísimo de puridad y limpieza, de tal manera, que si no es puro y limpio lo que le ofrecen, no le es aceptable por precioso que sea. Y de aquí es que en el Levítico donde trata de las ofrendas y sacrificios, ninguna cosa encomienda más que el ser sin mancha lo que le habían de sacrificar y ofrecer: y tal quería que fuese el cordero pascual (2). Y Cristo antes de ofrecerse en la cruz como cordero inocente, para mostrar que se cumplía en Él la ley del cordero figurativo, quiso que sus enemigos examinasen su vida y viesen si había mancha en ella, por la cual no fuese apto para ser sacrificado. Y con este fin les preguntó (3), estando en Jerusalén en el Templo, si había alguno entre ellos que le pudiese argüir de pecado. Lo que en esto quiso enseñarnos fué, que el que, á imitación suya, quiere ofrecérsele en holocausto, ha de hacer primero examen de su puridad y limpieza, para que no haya en su alma cosa que pueda ofender á sus purísimos ojos, en cuyo acatamiento aun los ángeles no son limpios, cuanto más los hombres que, como dice Job, habitan en casas de barro que tienen el fundamento terreno (4). Y no solamente por ser él mesmo la ofrenda, debe el que llega á hacer profesión llegar puro y limpio, sino también por ser él mesmo el sacerdote que hace la ofrenda, y quiere Dios que sean lim-

(1) Greg. in Ezech. homil. 10.

(2) *Masculus immaculatus erit ex bobus, et ovibus, etc. Si maculam habuerit, non offeretis, neque erit acceptabile.* Levit. XXII, 19-20.

(3) *Quis ex vobis arguet me de peccato.* Joan. VIII, 46.

(4) *Quanto magis hi qui habitant domos luteas, qui terrenum fundamentum habent.* Job. IV, 19.

pios los que llegan á su presencia á ofrecerle algún sacrificio (1). De Cristo Redentor nuestro, dice San Pablo (2), que convino para nosotros, ser sacerdote santo, inocente, sin mancha y apartado de pecadores, para que su sacrificio no dejase de ser acepto, ni por tener mancha la ofrenda ni el sacerdote. Y pues el que profesa le imita en ser sacerdote y ofrenda, razón es que le imite en la limpieza de entrambas cosas. Para cumplir pues con esto, debe advertir el maestro al novicio, que después de haber escudriñado bien su conciencia, y limpiádola por medio del sacramento de la penitencia, sepa ennoblecer la ofrenda y levantarla de punto con el deseo, considerando la limpieza y merecimiento del Dios á quien ha de ofrecerse, y pareciéndole todo poco para ofrecerlo á tal Dios. Desee ser más limpio que todos los ángeles, más puro que los serafines, y de más valor que todas las criaturas juntas; y al fin tal, si fuese posible, cual merece la bondad y majestad de tan soberano Señor. Estos deseos han de ser muy frecuentes en el novicio todos los días próximos á la profesión, y en particular al tiempo de hacella, cuando ya ponga las manos en las de su Prelado, ha de procurar recogerse interiormente y producir con la mayor intención que pudiere cada uno de estos deseos; y esto le ha de encomendar mucho el maestro, y aun el Prelado, cuando le hace profeso, habría de traérselo á la memoria porque no perdiese un tan grande tesoro por falta desta consideración. Que cierto se descubre mucho en esto la bondad de Dios, que nos paga lo que no le damos, y estima la ofrenda, no en lo que es, sino en lo que deseamos que sea, por pagarnos como quien es.

Adviértale asimesmo, que cuando el Prelado extendiere las manos para asirle las suyas al tiempo de hacer profesión, imagine que en aquellas manos de hombre están engastadas las manos de Dios, y que á Él es á quien se obliga. Y mire que aquella acción es de personas, que con grande firmeza se prometen alguna cosa, que así lo tiene enseñado la ordinaria costumbre, en las promesas recíprocas, darse las manos los que inviolablemente quieren cumplir lo que se prometen. Porque como la mano es símbolo de la obra, darle la mano al otro, es como hacerle luego señor de la acción que le prometemos, y protestar que en aquello no somos nuestros sino suyos. Y según esto, razón es que mire el novicio á quien entrega sus manos, que es Dios; y que á Él da la palabra con señal de firmeza, de ser toda la vida pobre, obediente y casto, y acuérdese que dice David, que en esto de pedir la palabra es Dios terrible, y que quita los espíritus de los príncipes, sin tener respeto á los reyes de la tierra (3). Y es bien que tenga esta acción en la memoria toda la vida, para que cuando el demonio le persuada que haga alguna cosa contra lo que ha prometido á Dios, le responda que no tiene manos para hacella, porque se las entregó á Dios en la profesión. Y cuando actualmente estuviere diciendo las palabras con que se obliga á ser religioso, procure no

(1) *Omnis qui habuerit maculam de semine Aaron Sacerdotis, non accedet oferre hostias Domino.* Levit. XXI, 21.

(2) *Talis enim decebat ut nobis esset Pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus.* Hebr. VII, 26.

(3) *Vovete et reddite Domino Deo vestro, etc. Terribili, et ei qui aufert spiritum principum, terribili apud reges terrae.* Psalm. LXXV, 12-13.

divertirse, sino acompañar con la voluntad lo que dice la lengua, de manera que vayan juntos la lengua y el corazón; teniendo intento de obligarse á lo que promete y prometiéndolo con intenso deseo de cumplillo. Alégrese de ver que se obliga á servir á un Dios tan digno de ser servido, y admírese de ver que tal Dios quiera servirse de criatura tan baja, y alábele por lo uno y por lo otro. Y cuando oyere al Prelado decir, si tú estas cosas guardares, yo te prometo la vida eterna, no las oiga como palabras de hombre, sino como promesa de Dios; y considere, que así como él dió la mano á Dios en las del Prelado, prometiéndole cumplir los tres votos, así el Prelado le ha dado las de Dios asiendo las suyas, prometiéndole de darle la vida eterna, con símbolo de infalible verdad. Y admírese mucho, de que Dios se quiera obligar á pagalle los servicios que ha de hacelle, como si no fuese sobrada paga el servir á la majestad de tal Dios. Considere bien qué ha prometido, y qué le prometen, y verá verificado lo que dice David, que por nada nos hace Dios salvos, porque nada es todo lo que podemos hacer en comparación de lo que se nos promete (1). Verá que es verdad lo que dice el Apóstol, que lo momentáneo y leve de la tribulación, obra un eterno peso de gloria (2), y que no son condignas las pasiones del tiempo presente, ni merecedores nuestros trabajos de la gloria venidera que nos será revelada. Considere ultra desto, el inmenso piélago de las misericordias de Dios, pues no contento con haber lanzado una vez nuestras maldades en el mar de su divina clemencia, para que zambullidas en aquella profundidad, nunca más pareciesen, quiere que el acto de la profesión sea como otro piélago de piedad, donde todos los pecados del que profesa queden absortos y perdonados. De manera que aquel acto es como un espiritual bautismo, del cual sale el hombre libre de culpa y de pena, y dispuesto para entrar derechamente en la gloria si entonces muriese.

Con estas consideraciones ha de preparar el maestro el ánimo del novicio la noche antes de la profesión, para que vaya armado de consideraciones que le ayuden á levantar el espíritu en tan heroico acto. Y antes de todo esto, le ha de hacer que disponga de la hacienda que tiene, renunciando las cosas del siglo y haciendo testamento de lo que le puede pertenecer (*). Para lo cual, porque la ignorancia de los novicios les hace algunas veces ordenar indiferentemente, y ser ocasión de pleitos y pesadumbres entre sus deudos; debe el maestro remitirles en semejantes ocasiones, como manda la regla, á tomar parecer de personas prudentes y temerosas de Dios. Y de ninguna manera se entremeta en la disposición de sus cosas, ni les signifique aunque sea de lejos, cosa que parezca aspirar á propio interés, por ningún respeto. Porque no se diga de los religiosos lo que dijo San Pablo de cierta gente (3), que todos buscan sus intereses, y ninguno

(1) *Pro nihilo salvos facies illos.* Psalm. LV, 8.

(2) *Id enim quod in praesenti est momentaneum et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis.* II Cor. IV, 17. *Existimo enim quod non sunt condignae passiones huius temporis, ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis.* Roman. VIII, 18.

(*) Lo que dice aquí el autor, no puede hacerse ahora, desde que Pío IX prescribió la profesión simple, quedando esto para dos meses antes de la profesión solemne. Véase el decreto *Neminem latet* de 19 de Marzo 1857.—N. del E.

(3) *Omnes enim quae sua sunt quaerunt, non quae Jesu Christi.* Philip. II, 21.

el de Dios; antes podamos decir con el mesmo apóstol, que no buscamos las cosas de los novicios, sino á ellos mesmos; y así huiremos no solamente de lo que es malo, sino también de lo que puede tener apariencia dello; que en esta materia, particularmente en nuestra Orden, tenemos estrechísima obligación. Pero si el novicio importunare al maestro, rogándole con instancia que le aconseje lo que debe hacer, respóndale libremente, según el espíritu de nuestro Seráfico padre San Francisco, diciéndole que cumpla lo que enseñó Cristo en el Evangelio, que es dar la hacienda á los pobres y seguir á su Majestad. Verdad es, que en el cumplimiento deste consejo, como en el de todos los otros, se ha de guardar el orden de caridad. La cual, consideradas las necesidades de los prójimos, acude primero á remediar las que son más cercanas. Y así teniendo el novicio parientes pobres, á ellos se ha de dar la limosma. Pero si sus deudos son ricos, hase de cumplir en parte ó en todo con el santo Evangelio, haciendo participantes á los pobres de aquella hacienda; pues Cristo ordenó, que los bienes de los que quieren seguille, fuesen de pobres (1). Ni teman los maestros, que por esto se ofenderán los parientes de los novicios, porque no tendrán justa ocasión de ofenderse, si ven que los religiosos no buscan sus intereses propios, sino los de los otros pobres, por cumplir el consejo de Cristo; y si se miran respetos humanos, apenas se podrá cumplir con los consejos divinos. Este es el espíritu del Patriarca de los pobres, Francisco, como consta de lo que hizo con un novicio en la marca de Ancona, que solamente porque dejaba su hacienda á sus deudos, no permitió que se le diese el hábito. Y cierto algunos habemos visto de los que dejan sus bienes á sus parientes, que después si les piden alguna cosa y no se la dan, les zahieren con la hacienda que les dejaron, cosa que ofende mucho á los hombres y á Dios. Y algunos hay que tienen ojo á este arrimo, y por ventura lo significan á sus deudos, diciéndoles, que los podrán socorrer en sus necesidades, haciendo como un pacto tácito de lo que en adelante les han de dar; y plega á Dios que no ayude en esto la ignorancia de algunos maestros, que cierto sería cosa dignísima de reprensión. Todo esto se ataja con hacer lo que manda Cristo, en lo cual quiso sin duda quitar á los que desean seguille, el arrimo de la confianza seglar. Pero si el novicio no tuviere hacienda de que disponer, hágale el maestro hacer algún acto generoso y liberal de afectuoso deseo. Como es preguntarle, si dejara de buena gana por Cristo todas las riquezas del mundo si las tuviera. Y si respondiere que sí, hágale que ofrezca á Dios aquel deseo. Y enséñele lo que estima Dios estos afectos para que supla con ellos lo que le falta de hacienda; y será muy posible que estime Dios esto, mucho más que las gruesas haciendas que algunos dejan con menos consideración.

Demás de todo lo dicho, ha de enseñar el maestro al novicio el modo de pedir la profesión, según las ceremonias de su provincia. Y porque el pedirla con humildad, y el confesar que es indigno de tanto bien, ha de ser común en toda la orden, dejando lo que toca á las ceremonias particulares, que no es mi ánimo tratar dellas, sino de las

(1) *Si vis perfectus esse, vade, vende quae habes, et da pauperibus.* Mat. XIX, 21.

que son comunes á todos, diré brevemente lo que acerca desto se debe considerar. Primeramente, para que la indignidad que confiesa el novicio cuando pide la profesión, le conste á él mesmo, y constándole la confiese de corazón humillándose en lo interior, como se humilla en las palabras y compostura del cuerpo; ha de preceder á este acto la consideración de las imperfecciones y faltas del año del noviciado, para que viendo cuán mal se ha dispuesto para merecer tanto bien, y obligar á que se le conceda: conozca que es atrevimiento el pedille, y que ha de ser pura gracia el concedérselo. Y de aquí le nacerá si lo desea mucho, el pedirlo afectuosísimamente, y conocer, cuando se le conceda, cuánta merced se le hace después de tantos deméritos, en admitille al gremio de los siervos de Dios. Y así como al hijo pródigo cuando fué admitido en casa de su padre, todos los regalos y mercedes que su padre le hacía, le eran materia de humildad y de confusión, de tal suerte, que cuando más regalado y favorecido se veía, tanto más se humillaba y confundía interiormente; así él quedará tanto más humillado y confundido, cuanto viere que son mayores los bienes que se le conceden sin merecerlos, y las mercedes que se le hacen, no habiendo precedido servicios suyos sino deméritos. Nacerle ha de aquí también el conocimiento de la obligación que le queda, de ser agradecido á Dios y á la religión, por tan singular beneficio, y el crecer los afectos en su hacimiento de gracias. Porque cuanto más indigno se conoce el hombre de los beneficios que recibe, tanto más obligado se halla á servillos y agradecellos, y tanto con más afecto da las gracias al bienhechor. Y así viendo que esta merced le vino de la mano de Dios, por medio de los religiosos que le dieron sus votos, dará gracias á Dios y á los religiosos por ello. Y cuando se fuere postrando ante cada uno dellos, como es de costumbre, agradeciendo el bien que por su medio ha recibido, no será sólo cumplimiento y ceremonia lo que hace, sino puro reconocimiento de lo que debe, y un ofrecerse de corazón á ser siervo de cada uno dellos, como si cada uno le hubiera comprado con el precio de tan grandiosa merced. Esto es de grande importancia, porque el hacerse estas cosas sin espíritu, y como pura ceremonia de religión, es la causa de que no se conozca el bien que alcanzamos cuando nos hacen profesos, ni la merced que nos hacen los que nos admiten á la profesión. Y del no conocello nace el menospreciallo, teniendo en poco el estado y á los que nos admitieron á él.

Ultimamente ha de encomendar mucho el maestro al novicio el recogimiento en aquellos primeros días, conservando aquella pureza, para dar con ella gracias á Dios de tan singular beneficio. Exhórtele á tener perpetua memoria de aquel día, haciendo en él particular fiesta á su alma todos los años, diciendo Misa si es Sacerdote, ó comulgando si no lo es, con extraordinario aparejo y devoción. Y entre otros ejercicios que en agradecimiento desta merced debe aconsejalle, uno dellos sea que ratifique la profesión cada año en aquel día, y haga particulares actos de amor, gozándose grandemente por haberla hecho. Dígale que tome por particular devoto y patrón de allí adelante al Santo cuya fiesta se celebra aquel día, rezándole ordinariamente alguna oración, en que le pida con humildad y afecto, que le alcance

gracia y espíritu para perseverar en su vocación, y cumplir con la obligación de lo que ha profesado. Y adviértale que ha de ser aquel día su Pascua, y que así como el santo Job maldecía la hora en que fué concebido (1), y el día en que nació, por haberle sido principio de tantos males, así él ha de dar mil bendiciones, al día en que profesó, porque le fué principio de innumerables bienes.

(1) *Pereat dies in qua natus sum, et nox in qua dictum est: conceptus est homo.* Job. III, 3.

LIBRO TERCERO

De la disciplina monástica, que se ha de enseñar á los novicios, para después de profesos

CAPÍTULO PRIMERO

En que se comienza á tratar de la disciplina monástica. Enséñase qué cosa sea, y cuan necesaria en las religiones

No solamente se han de enseñar en el año del noviciado las cosas necesarias á los novicios para mientras dura aquel año, sino también las que han de guardar después de profesos toda la vida. Porque como el fin de la enseñanza del año de la probación, sea hacer examen del espíritu y fuerzas de los novicios, para ver si son aptos y suficientes para llevar la carga y modo de vivir de las religiones, y que ellos también hagan experiencia de la manera de vida que en ella se guarda, para ver si es conforme á su espíritu; claro está, que si no se les enseñase sino solamente lo que han de hacer el primer año, ni el maestro cumpliría con la obligación de su oficio, ni se alcanzaría el fin, para que fue instituído el año de la probación. Porque ni ellos podrían con solo esto hacer juicio de las cosas de la religión, no habiéndoselas enseñado, ni ella juzgar de su espíritu, no habiéndolos probado, ó con la práctica, ó con la noticia dellas. Siendo pues esta la obligación del maestro, y habiendo basta ahora tratado de lo que toca á los ejercicios del noviciado, razón es ya que tratemos de lo que ha de enseñarles para lo restante del tiempo; presuponiendo que muchas de las cosas que hasta aquí hemos dicho, son necesarias, y les han de servir para después de profesos, como también muchas de las que diremos, son para el año de la probación. Y no es mi intento tratar ahora de las cosas concernientes á la mortificación interior y al ejercicio de las virtudes, que es lo más esencial en las religiones, porque destas cosas haremos libro particular, sino principalmente de las que son necesarias para componer al hombre exterior, las cuales son como accidentes, que disponen el sujeto para las otras, y las conservan en

él después de alcanzadas, y si algo dijéremos dellas (que no será posible hacer otra cosa) será como de paso y no de principal intento. Para tratar, pues, destas cosas, que pertenecen á la composición exterior, usando del modo de hablar de los Santos, habré de aprovecharme de su ordinario término, que es llamar la enseñanza dellas, disciplina monástica. Porque aunque este nombre disciplina, según el rigor de su primera institución, significa cualquier género de enseñanza que recibe el discípulo del maestro; pero el uso ha introducido, que signifique particularmente aquella parte de doctrina que pertenece á la composición exterior de los miembros del cuerpo, según las leyes de las ceremonias monásticas. Y de aquí es que á los Religiosos que vemos exteriormente compuestos y bien instruidos en la observancia destas ceremonias, por solo esto solemos llamarlos bien disciplinados; y por el contrario, á los que son defectuosos en esto, aunque tengan otras muy buenas partes, los llamamos faltos de disciplina.

Escribieron deste argumento admirablemente, Hugo de Sancto Victore y el seráfico Doctor San Buenaventura. Y aunque otros muchos Santos en diversos lugares de su doctrina dejaron escritos maravillosos documentos desta materia, pero ninguno (que haya llegado á mi noticia) escribió della tan de propósito como ellos. Y así ellos serán los principales guías á quien he de seguir, ayudándome también de lo que escribieron San Vicente Ferrer, en un breve tratado que hizo *de vita spirituali*, y Dionisio Cartujano en algunos de sus opúsculos.

Para aficionar, pues, á los Religiosos á la observancia de la disciplina monástica, será bien, que ante todas cosas declaremos qué cosa sea; para que entendida su naturaleza, se eche mejor de ver su necesidad, y conocida ésta, se procure tanto con mayor diligencia, cuanto constare ser más necesaria. Es, pues, la disciplina (según sentencia de San Cipriano) una corrección ordenada de las costumbres, según la tradición de los padres antiguos, y la disposición de las reglas que nos dejaron. Y aunque el doctísimo Hugo y San Buenaventura la definen de otra manera, no por eso es contrario lo que estos doctores dicen á la doctrina de San Cipriano, antes la ayudan á declarar y la confirman, porque una verdad no puede ser contraria á otra. No es otra cosa la disciplina (dice Hugo) sino una conversación honesta, la cual no contentándose con dejar de hacer mal, procura cuanto puede mostrarse irreprehensible en los bienes que hace. Y añade diciendo que la disciplina es un movimiento ordenado de todos los miembros, y una decente composición de la persona en el hábito y las acciones. Todo esto es de Hugo, y le pareció tan bien á San Buenaventura, que lo trasladó á la letra sin añadir palabra alguna. Verdad es, que según el rigor filosófico, no se han de entender estas definiciones en el sentido que llaman los Lógicos formal, porque formalmente hablando, la disciplina no es lo que ellos dicen, pero enseña y hace lo que ellos dicen; y así se han de entender sus definiciones en el sentido eficiente. Por lo cual, hablando en rigor, y recopilando todo lo que estos Doctores dicen, digo que la disciplina monástica, es una enseñanza tomada de los padres antiguos, y ordenada según sus reglas, con la cual,

reformándose el hombre interior y exteriormente, alcanza una decente composición religiosa, con que se muestra irreprensible en sus movimientos y acciones.

De aquí se puede colegir cuán necesaria es la disciplina en las Religiones, pues según la doctrina destos Santos, ella es el medio con que se alcanza el fin para que fueron instituídas; que es la reforma interior y exterior del hombre. Y si como dice San Cipriano (1) la regla de la disciplina es la disposición de las tradiciones que los padres antiguos nos dejaron, claro está que ninguna cosa puede haber más perniciosa y que más destruya la disciplina monástica, que la negligencia y descuido en la observancia de sus tradiciones. Y cierto, no sin causa procuraron ellos guardarlas con tanto cuidado, y las dejaron encomendadas á sus sucesores para que de mano en mano, y de generación en generación, conservándose la observancia dellas, se conservase con ellas la pureza y santidad que la religión entonces tenía. Porque sin duda alguna, la disciplina es un antemuro con que se conserva la fortaleza de las Religiones sagradas. Es una cerca que defiende el jardín del Esposo, para que no pueda entrar á destruirle aquel fiero jabalí de quien dice David, que destruyó la viña del Señor (2). Es la ceniza en quien se conserva el fuego de la caridad Religiosa y el faro con que se defiende de los vientos y tempestades la vela encendida del buen ejemplo, para que no se apague. Es la cabellera de Sansón en quien consistía su fortaleza; y finalmente, es la corteza del árbol, que aunque parece superflua, le conserva en su verdor y lozanía. Por el quebrantamiento destas cosas, que al parecer de los relajados son pequeñas, entran aquellas zorrillas de quien dice la esposa que destruyen las viñas (3). Y adviertan los Prelados, que á ellos da voces cuando les dice que procuren cazarlas siendo pequeñas, porque su oficio es atajar estos daños á los principios, no dejando perder una ceremonia por mínima que sea. Y entiendan, que aunque en los súbditos no sea pecado mortal el quebrantar estas cosas ceremoniales, cuando no las dejan por menosprecio, pero en los prelados el no procurar que se guarden con diligencia, y el permitir que se quebranten porque no los tengan por mal acondicionados, ó por otros leves respectos, pecado es muy grave, por ser grave el daño que dello se sigue á las Religiones. No pecan mortalmente los que entran en una viña á coger solo un racimo de uvas; pero el que tiene á su cargo guardarla, mortalmente pecaría, si permitiese entrar sucesivamente á muchos, y coger cada cual su racimo; porque teniendo obligación de conservalla por el oficio que tiene, la dejaría destruir poco á poco. Y parece que el pecado sería tanto mayor, cuanto con más facilidad pudo impedir el daño, y no lo hizo. Lo mesmo, pues, se ha de entender de los súbditos y prelados que por ser tan fácil, no hay para qué aplicar el ejemplo. ¿De dónde ha nacido la relajación y flojedad de espíritus en las Religiones, sino del celar poco los Prelados estas cosas pequeñas? Aunque no es pequeño, como dice San Buenaventura,

(1) Ciprian. De duodecim abusionibus.

(2) *Exterminavit eam aper de silva: et singularis ferus depastus est eam.* Psalm. LXXV, 14.

(3) *Capite nobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas.* Cant. II, 15.

aquello, sin lo cual no se puede conservar lo que es grande. Pequeña cosa parece el dejar algún rato de guardar silencio, y por ahí entra el hablar demasiado, el reir vanamente, el murmurar de los prójimos, y otras cosas que no son pequeñas. Cosa pequeña parece el dejar de mortificar la vista, y de ahí suele nacer el ver lo que no es lícito desear, y el desear lo que fuera bien no haber visto. Cosa parece pequeña el dejar de traer las manos compuestas y los brazos cogidos ante el pecho, y de el faltar con esto, proceden algunas veces las burlas de manos y el perderse por este camino la paz entre los Religiosos. Finalmente, apenas hay daño grande en las Religiones, que no haya entrado por alguna falta pequeña, porque no es tan necio el demonio, que luego al primer encuentro se atreva á tentar con faltas graves y manifiestas á la gente Religiosa y perfecta. Antes suele acometerla en secreto, á traición y con cosas que parecen de poca importancia. Que por eso dice la Sagrada Escritura (1) que la serpiente había de acechar el calcañar de los hijos de Dios, que es la parte más baja y de quien menos caso se hace. Para significar que su guerra y persecución había de comenzar por la parte que parece más desechada y que se tiene en menos.

Ni entiendan los Religiosos que se han de temer poco estas faltas, porque David afirma de sí, que éstas le hacían temer el día de la estrecha cuenta (2); porque sabía que las culpas de su calcañar, que son las de quien él no hacía caso, le habían de cercar aquel día. Y según esto mucho deben celar los Prelados la guarda de las ceremonias y tradiciones antiguas, aunque parezcan pequeñas, si no quieren que por ahí entren graves daños en las Religiones. Y acuérdense que promete Cristo á sus ministros que, si le fueren fieles en lo poco, serán constituídos sobre lo mucho (3); y por el contrario serán privados de lo mucho, si en lo poco le fueren infieles.

Pero digamos brevemente algunos de los frutos que se sacan de la regular disciplina, para que los pechos nobles y generosos á quien no mueve el castigo, se muevan á procuralla viendo el provecho que se saca della. Y porque el doctísimo Hugo recopiló en pocas palabras mucho de lo que en esta materia puede decirse, contentarme he con referir lo que él dice, que si bien se considera, es harto más de lo que parece. La disciplina, dice Hugo (4), es prisión de la codicia, cárcel de los malos deseos, freno de la lascivia, y lazo de la pasión de la ira. Ella doma la destemplanza, ata la liviandad, ahoga los movimientos desordenados y los apetitos ilícitos de la voluntad depravada. Porque así como de la inconstancia y mobilidad del corazón nace el movimiento descompuesto de los miembros de el cuerpo, así también algunas veces, cuando el cuerpo es reprimido con el freno de la disciplina, para que sus movimientos no salgan fuera, suele el ánimo enfortalecerse y hacerse constante, recogiéndose interiormente y mortificando sus apetitos. Y aunque es verdad, que en lo interior del ánimo ha de estar la guarda que conserva compuestos los miembros del cuerpo,

(1) *Et tu insidiaberis calcaneo ejus.* Gen. III, 15.
(2) *Iniquitas calcanei mei circumdabit me.* Psalm. XLVIII, 6.
(3) *Quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam.* Mat. XXV, 21.
(4) Hugo. instit. monast., cap. X.

(porque regularmente hablando, de allí ha de nacer la compostura exterior) pero con todo eso, es cosa utilísima componerlos con el rigor de la disciplina para que, poniendo guarda exteriormente á la inconstancia del ánimo, no se derrame, antes trate de recogerse y pacificarse en sí mesmo. Toda esta es doctrina del doctísimo Hugo. Y en ella enseña lo mucho que aprovecha la disciplina exterior, para moderar los ánimos descompuestos y traerla al yugo de la verdadera y regular observancia, componiendo sus desórdenes, domando sus bríos, atajando sus ímpetus, cortando sus excesos; y poniendo freno á la desenfrenada codicia de sus apetitos. Y que sea esto verdad, la ordinaria experiencia lo ha enseñado á todos los que tratan de mortificación y recogimiento. Porque muchos hemos visto apasionados por hablar demasiado, los cuales, teniendo cuidado de refrenar la lengua, para que no hable más de lo necesario, han venido no solamente á hablar muy poco, pero también á mortificar la pasión del apetito desordenado que tenían de hablar mucho. Y otros, que teniendo muy vivo el apetito de la venganza, haciendo fuerza para no descubrille con señales exteriores, vinieron á moderalle de tal manera, que con sólo esto se hicieron señores de la pasión que los tenía rendidos. Y aun en la pasión del amor, con ser la más vehemente de todas, vemos ordinariamente, que quitando las conversaciones, las vistas, los billetes y otras cosas exteriores, viene á remediarse del todo, ó á lo menos á moderarse. Y lo mesmo acaece en las demás pasiones, porque no sé qué se tienen los ímpetus desordenados, que atajándoles la salida, en viéndose reprimidos, vienen á amortiguarse. Así vemos que acaece en los árboles, que cortándoles muchas veces las ramas y no dejando crecer los pimpollos y renuevos por donde la raíz suele derramar su virtud, viene á consumirse esa mesma virtud, con sólo estancarla y atajarle el camino por donde se comunicaba y salía fuera. Pues cuando no tuviera la disciplina monástica otra excelencia si no ésta, era dignísima de ser estimada en mucho, cuánto más, que tiene otras muchas muy importantes. Algunas de las cuales refiere San Bernardo en una de sus Epístolas, donde después de haber alabado mucho la virtud de la vergüenza, concluye diciendo: No trae consigo blasón de menor hermosura la disciplina, que la vergüenza, porque ella es la que compone no solamente el hábito interior del alma, pero aun todo el estado del cuerpo. Ella humilla la cerviz del soberbio, quita el sobrecejo del iracundo, compone el rostro, mortifica los ojos, reprime la risa, modera la lengua, refrena la gula, apacigua la ira y enseña á andar con pasos compuestos.

Y San Cipriano en algunos lugares de su doctrina, dice grandes cosas della, y no es mucho, pues el Santo Rey David la pone entre las cosas necesarias para alcanzar la bienaventuranza. Enseñadme, Señor, dice este Santo Profeta, (1) la bondad, la disciplina y la ciencia, siquiera por lo que mi corazón se aplica á vuestros mandamientos. Sobre las cuales palabras dice Hugo: Primero pide David la bondad, porque ésta es el medio precisamente necesario para la salvación del hombre; mas porque echó de ver que la bondad no se puede alcanzar

(1) *Bonitatem et disciplinam et scientiam doce me.* Psalm. CXVIII, 66.

sin la disciplina, por eso pidió también á Dios que se la enseñase. Y finalmente, porque para la disciplina vió que era necesaria la ciencia de la discreción, sin la cual las otras virtudes dejan de serlo, por esta causa pidió á Dios que se sirviese de enseñarle la ciencia. De manera que según lo que David dice en las susodichas palabras, la ciencia, la disciplina y la bondad son el camino para la bienaventuranza. Por la ciencia se va á la disciplina, y por la disciplina á la bondad, y por la bondad á la bienaventuranza. Y según esto, necesaria es la disciplina para la salvación, y como tal la pidió David, y la deben pedir y procurar todos los que desean salvarse. Pues si el fin á que atienden principalmente las Religiones, es, á que se salven los que se recogen á ellas, ¿quién osará negar ser la disciplina necesaria en las religiones, siendo necesaria para alcanzar el fin que en ellas se pretende? Pues ¿qué diré de lo que aprovecha, para el buen ejemplo y edificación de los prójimos? Es cosa cierta que en esto se aventaja casi á todas las otras virtudes. Porque como ella sea la que compone al hombre exteriormente, y la composición exterior sea el medio más proporcionado para edificar al prójimo, el cual juzga solamente de lo que ve, evidentemente se sigue que ninguna otra virtud será más proporcionada ni más eficaz para el buen ejemplo. Y si los Religiosos tienen tan estrecha obligación de dalle por ser hechos, como dice S. Pablo, (1) espectáculo á Dios, á los ángeles y á los hombres, echen de ver cuán necesaria les es la disciplina, y cuán grave culpa será el menosprecialla. Y aunque en todo lugar es necesario preciarse della, pero especialmente deben guardalla como lo advirtieron Hugo y San Buenaventura, en aquellos lugares y ocasiones, donde ó el menosprecio della puede engendrar escándalo, ó su observancia dar motivo de imitación con el buen ejemplo. Para lo cual se advierta, que en la guarda de la disciplina hay algunas cosas que nunca es lícito dejar de guardallas y otras que según el tiempo y lugar, admite intermisión el ejercicio dellas. Y es bien que el Religioso, con la virtud de la discreción, sepa discernir entre las unas y las otras; porque ni el dejar las unas le haga relajado y escandaloso, ni el guardar con indispensable rigor las otras le haga parecer supersticioso y pesado. Y debe ultra desto estar advertido, que en la observancia de aquellas cosas, cuyo ejercicio obliga en los lugares públicos, ha de procurar con diligencia ejercitarse en secreto; porque de lo contrario, suele nacer uno de dos inconvenientes que son: ó faltar en ellas, dejándolas de hacer con escándalo del prójimo cuando hay obligación de ejercitallas, ó fingiendo con cuidado lo que no hay en él, y no acertándolo á hacer por no estar ejercitado: mover á risa á los circunstantes con el fingimiento afectado de lo que quisiera hacer y no acierta por no tenerlo puesto en costumbre. Hasta aquí es doctrina de Hugo y de San Buenaventura; y aunque toda ella es admirable, particularmente lo es este último documento, el cual deben los Religiosos traer continuamente en la memoria, para que en ningún lugar ni tiempo se descuiden de guardar las leyes de la regular disciplina, ora sea en público, ora en secreto, pues el hacello así es cosa de tan grande importan-

(1) *Spectaculum facti sumus mundo, et Angelis, et hominibus.* I Cor. IV, 9.

cia. Mas porque de todas estas cosas habemos de tratar después muy en particular, bastará ahora haber dado dellas en general esta noticia.

CAPÍTULO II

De las cosas que son impedimento para alcanzar la disciplina monástica

Dos cosas suelen hacer los labradores prácticos cuando quieren sembrar una buena semilla en algún campo inculto, que son: arrancar las malezas y hierbas infructíferas que hay en él y dar algunos surcos á la tierra para que, dejándola bien aparejada y dispuesta, reciba mejor la semilla y rinda con mayor abundancia el fruto que se pretende. Estas dos cosas ha de hacer el maestro de novicios con mucho cuidado, si quiere que los corazones de sus discípulos, que son como tierra inculta, reciban bien la semilla de la regular disciplina, y den fruto copioso y celestial en las Religiones. Arrancar de sus almas las cosas que pueden ser impedimento y ocasión de que no se reciba esta divina semilla, y enseñarles las que disponen para recibirla con el aparejo y disposición que conviene. Y porque esto no lo puede hacer sin entender cuáles sean las unas y cuáles las otras, daremos en este capítulo y en el siguiente una breve noticia dellas, recogiendo lo que acerca desta materia escribieron los Santos en diversos lugares de su doctrina. El doctor Seráfico San Buenaventura, entre las cosas que impiden á la disciplina, da el primero lugar á la indeterminación é inconstancia del ánimo acerca de la vocación. Que es cuando uno anda vacilando, si pasará adelante, ó volverá atrás en el llamamiento de la religión que ha emprendido. Destos dijo el Apóstol Santiago, que el varón de dos ánimos es inconstante en todos sus caminos, y así ninguna cosa se puede esperar de los tales que sea firme y estable (1), hasta que tengan firmeza y estabilidad en el buen propósito con que vinieron á la Religión. Son estos, dice Prosper Aquitánico (2), semejantes á los que están entre dos caminos sin determinarse por cuál dellos irán; y de aquí es que no pueden aprovechar en la disciplina, porque quien no está determinado de andar un camino, nunca trata con eficacia de informarse y ser enseñado de las dificultades que hay en él y de las cosas necesarias para llegar á su término. ¿Cómo podrá tratar con veras de aprender las ceremonias y costumbres monásticas, el que aún no ha determinado con veras ser religioso? Cuando viere, pues, el maestro, que algunos de sus novicios tienen el ánimo indeterminado é inconstante, procure ante todas cosas enfortalecelle y confirmalle en el llamamiento del Señor; trabajando cuanto pudiere por llegar á entender las causas de su indeterminación é inconstancia para

(1) *Vir duplex animo inconstans est in omnibus viis suis.* Jacob. I, 8.
(2) Prosper. lib. 3, De vita cont., cap. XIV.

que, sabida la causa de su enfermedad, se procure el remedio. Y entienda que mientras no llegare á determinarse con denuedo en el propósito santo de su vocación, no será capaz de aprovechar en la regular disciplina. Lo que debe hacer con los que viere tentados acerca de la vocación, ya en otro lugar queda dicho, y así no hay para qué alargarnos ahora en esto.

El segundo impedimento para la disciplina es la presumpción, porque con dificultad se aplicará á ser discípulo de los otros el que presume saber más que todos ellos. Y así el maestro debe advertir con mucha instancia á los novicios, que los deseosos de la disciplina han de dar de mano á todo lo que es bachillería y llegar, como enseña el Apóstol San Pedro (1), con simplicidad de niños y no con espíritu de arrogancia á recibir la doctrina que les enseñaren. ¿A quién enseñará el espíritu del Señor, pregunta Isaías, y cuál será el oído apto para entender lo que se le enseñare? (2) Y responde el mesmo Profeta: Aquellos serán aptos para la inteligencia, que acaban de ser destetados y los apartan de los pechos de sus madres. Dando á entender que á solos aquellos gusta de enseñar el espíritu de Dios, que en la simplicidad son semejantes á los niños recién destetados. Va creciendo el niño y medrando con la leche que recibió de los pechos de su madre, sin escudriñar por dónde ni de dónde le vino, amando tiernamente á quien se la da, y sintiendo en el alma apartarse della. Y pues la doctrina se llama leche en la Sagrada Escritura, como en otro lugar dijimos, los que quieren medrar y crecer con ella, recíbanla con simplicidad y sientan á par de muerte, apartarse un punto del maestro que se la comunica y administra. No impugnen ni contradigan cosa que oyeren, porque como dice Hugo, el estudio de la doctrina espiritual oyentes quiere y no litigantes. Y así los que desean ser discípulos de la verdad, han de procurar ser tan dóciles, que con facilidad pueda pesuadírseles esa mesma verdad. Recibiéndola tan humildemente, que la estimen cuando los sabios la enseñan, y no la menosprecien cuando los simples la administran. Y es cierto que los humildes, cuya condición es persuadirse que todos los otros son más sabios y más prudentes que ellos en el arte del bien obrar, no se avergüenzan de tener por maestros á todos aquellos de quien creen que, por ser más sabios, les pueden enseñar lo que ignoran. Pero los que con presumpción y espíritu de soberbia quieren ser tenidos por más sabios que otros, córrense de que su ignorancia sea convencida y la sabiduría de los otros aprobada. Y así algunas veces, ó defienden contra su propia conciencia pertinazmente su error, ó impugnan maliciosamente la verdad de los otros. Y estos tales ni son buenos para discípulos ni puede hacer en ellos asiento la disciplina. Y aún hay otros, dice el mesmo Hugo (3), que antes de tiempo quieren ser tenidos por sabios y comienzan á querer parecer lo que no son, y avergonzarse de parecer lo que son. Y estos tales, tanto están más lejos de poder llegar á ser sabios, cuanto más procuran parecerlo no siéndolo. Aprenda, pues, el Religioso de todos lo que no sabe, considerando que es verdad lo que dijo Crisipo: que lo que el hombre igno-

(1) *Quasi modo geniti infantes, etc. lac concupiscite* 1. Petri. II, 2.
(2) *Quem docebit scientiam et quem intelligere faciet auditum.* Isai. XXVIII, 9.
(3) Hugo lib. III. Dedi.

ra, por ventura lo sabe un jumento. Y mire que la humildad le puede hacer común lo que es propio de cada uno, y que será más sabio que todos si aprendiere de todos. Porque algunas veces suele acaecer, hacerse más rico que todos, el que de todos recibe parte de sus riquezas. Toda esta doctrina es de Hugo, y si la considerare bien el maestro, hallará en ella suficientes motivos para desterrar de sus novicios el vicio de la presumpción, y persuadirles la santa simplicidad que es admirable disposición para la disciplina.

Y no se contente con enseñar esto universalmente á todos: si no que vele sobre ellos, y procure humillar de muchas maneras á los que viere arrogantes y presumptuosos, á los cuales podrá conocer fácilmente, si estuviere advertido en las señales que para conocellos pone San Buenaventura; las cuales pondré aquí brevemente, no sólo para que el maestro pueda conocerlos por ellas y corregillos, sino también para que cada cual pueda conocerse y enmendarse. El presumptuoso juzga á los otros con leves indicios temerariamente, tiénese por más sabio que otros, y por más digno de los oficios más eminentes, y de los más honrosos lugares. Revienta por dar su parecer en todas las cosas; y cuando no puede por palabra, aprueba, ó reprueba con señales exteriores lo que los otros dicen: ó torciendo el rostro, ó arrugando la frente, ó enarcando las cejas. Si en la mesa ó en el coro yerra el lector alguna palabra, luego el presumptuoso se inquieta ó hace escarnio, ó muestra tristeza, ó mueve la cabeza, ó mira á una parte y á otra, para que se eche de ver que ha notado la falta. Y es cosa ordinaria, dice el Doctor seráfico, hacer esto los que saben menos; porque á los sabios y cuerdos, la compasión los hace encogerse y no dar muestra de los defectos ajenos. También se descubre la presunción en el modo de hablar, y en el gesto; porque los presumptuosos son tenaces y porfiados en defender lo que dicen, y dícenlo con voz alta y palabras no llanas ni sencillas, hablan con aspereza, son arrojados en decir lo que sienten; y sienten muchas veces otro de lo que dicen, por parecer singulares. Andan, como dice Prosper Aquitánico (1), con la cerviz hierta, con los ojos airados ó garceros, con el semblante áspero y grave, y con el paso afectadamente compuesto. Y porque concluyamos esta materia, recogiendo en breve lo mucho que hay que decir acerca della, será bien referir aquí lo que dice San Bernardo, el cual con admirable ingenio acertó á pintar las condiciones del presumptuoso, por estas palabras: (2) Es propio del presumptuoso sentarse primero en los ayuntamientos; en los consejos es el que primero responde, llégase sin que lo llamen, y sin que se lo manden se entremete, vuelve á ordenar lo que estaba ordenado y rehacer lo que estaba hecho, teniéndose por vil si no se echa más de ver que los otros, y avergonzándose de humillarse entre ellos. En los lugares y en las demás cosas honrosas, trabaja por igualarse á los otros; es porfiado, atrevido y desvergonzado para todas las cosas, lo cual es gravísimo vicio en los principiantes y mancebos. Por lo cual, debe ser reprehendida y castigada severamente la presumpción en los mozos, á los cuales la humildad hace estables, la ver-

(1) Prosper. lib. I de vita cont., cap. VIII.
(2) Bernard. de gradibus humilitatis, grad. VII.

güenza los adorna, la simplicidad los hermosea, el temor los señala y hace aptos para la disciplina, porque escrito está: Que el temor es principio de la sabiduria, y que sin él nadie puede ser justificado. Hasta aquí son palabras, parte de San Bernardo, y parte de San Buenaventura. Y, pues, por lo que estos santos enseñan, podrá el maestro conocer á los presumptuosos; vele y trabaje por conocerlos y humillarlos, para que la corrección los haga humildes, y la humildad los disponga para la disciplina.

El tercero impedimento para la disciplina, es el vicio de la curiosidad; el cual no es otra cosa, sino una superflua inquisición de las cosas que no pertenecen al estado de cada uno. Y es cosa llana que este vicio es muy contrario á la disciplina; porque como el curioso atiende superfluamente á las cosas ajenas, es cosa forzosa, no poder atender á las propias; y como la disciplina trate solamente de lo que pertenece á la composición de la propia persona y costumbres, es cosa averiguada que, todo lo que divierte desto, es impedimento para la disciplina. Y adviértase, que la curiosidad no solamente se extiende á inquirir vidas ajenas, sino también á tratar del conocimiento de cosas inútiles, que sirven más para deleitar el entendimiento que para reformar la voluntad. Y aunque el primer modo de curiosidad es más pernicioso que el segundo, entrambos hacen grande daño á la disciplina. Contra el primero escribe admirables cosas el divino Bernardo, y pone algunos indicios para conocer á los curiosos de aquella especie. Si vieres algún religioso, dice, del cual tenías alguna confianza, y echares de ver que donde está, ora sea andando ó sentado, tiene la cabeza levantada, los ojos vagos, mirando á una parte y á otra, y las orejas suspensas atendiendo á lo que se dice; colegir puedes por las señales exteriores, que en el hombre interior hay mudanza. Porque del movimiento insolente del cuerpo, se viene á conocer la nueva enfermedad del ánimo. Descuidóse en el propio conocimiento, y por no ser circunspecto en sus cosas, vino á ser curioso en las ajenas. Si á tí mesma te ignoras, dijo el esposo á la esposa en los Cantares, resta que salgas fuera de tí, y apacientes tus cabritos cerca de las cabañas de los pastores (1). Como quien dice: si no tratas de conocerte á tí mesma, no resta otra cosa, sino que tus cabritos que son tus sentidos, se anden apacentando fuera de tí, en las cosas ajenas; procurando por medio dellos tener noticia de lo que no pertenece á tu estado, que es propiedad de los curiosos, los cuales no atienden al consejo de Salomón, que amonesta á los tales diciendo: Guarda tu corazón con toda la custodia y cuidado posible (2), de manera que todos los sentidos velen en la guarda de aquel miembro, de donde les procede la vida. Cuando viere pues el maestro, que alguno de sus novicios anda con el rostro alzado, vagueando con los ojos y atendiendo á oír nuevas, ó preguntando cosas impertinentes al estado de su llamamiento, tema que está inficionado del vicio de la curiosidad, y que no atajando los pasos al camino que lleva, será imposible aprovechar en la disciplina. Hágale entrar dentro de sí mesmo y escu-

(1) *Si ignoras te, o pulcherrima inter mulieres, egredere, et abi post vestigia gregum tuorum, et pasce hoedos tuos juxta tabernacula pastorum.* Cant. I, 7.
(2) *Omni custodia serva cor tuum.* Prov. IV, 23.

driñar los rincones de su conciencia, para que, viendo sus llagas, no se cure de las ajenas. Y entienda que es indicio de mala conciencia, andar fuera de sí vagueando curiosamente, porque los que tienen la casa descompuesta y sucia, con dificultad se aplican á estar encerrados en ella. Haga que velen sobre la mortificación y guarda de sus sentidos, para que no derramándose el alma por ellos, se recoja en sí mesma; y no teniendo la vana curiosidad pasto en que cebarse, venga á consumirse del todo.

La otra especie de gente curiosa, que atiende al conocimiento de cosas sutiles y delicadas, reprende el Espíritu Santo, diciendo (1): En las cosas superfluas no quieras escudriñar de muchas maneras, ni seas curioso en muchas de las obras de Dios. Y llama superfluas todas aquellas cosas que no son de provecho al que las escudriña; porque superfluo es todo aquello que ni nos es necesario ni útil. Contra esta especie de curiosidad escribe grandes cosas Séneca, de las cuales referiré aquí algunas, para que el maestro tenga materia con que disuadir á sus novicios esta manera de curiosidad. ¿Cuál de las cosas que de ordinario se tratan en las escuelas de los Filósofos, Dialécticos y Retóricos, dice Séneca (2), apareja el camino para la virtud? ¿Cuál quita el miedo, ó refrena la codicia desordenada? Enseña la música, cuales son los tonos lamentables; enséñeme, como me tengo de haber en las cosas adversas, para no mostrar semblante y voz lamentable. Enseña el geómetra como se han de medir los campos; enséñeme, como tengo de medir lo que basta para quedar contento. Enseña, como me tengo de haber, para no perder los términos de mi hacienda; y yo antes querría que me enseñase, cómo acertaré á perderla toda con alegría. ¿Sabes medir las cosas redondas? Pues, mídeme, si eres tan grande artífice, cuán grande y pequeño es el ánimo del hombre. ¿Sabes cuál es línea recta? ¿Qué te aprovecha, si no sabes en qué consiste la rectitud de la vida? Y en otro lugar, dice: Que el estudio de las artes liberales, hace á los mozos molestos, arrojados, verbosos y agradados de sí mesmos; dejando de aprender las cosas necesarias, por entregarse sobradamente al conocimiento de las superfluas. Y si me preguntan, que ¿por qué instruímos á nuestros hijos en la inteligencia de semejantes estudios? Respondo: Que no los instruímos en ellos, porque estas artes puedan dar la virtud, sino porque en alguna manera preparan el ánimo para poder alcanzalla; y tanto son buenas y no más, cuanto sirven para prepararnos á ella. Deja, amigo mío Lucillo, dice el mismo Séneca en otro lugar (3), las sutilezas de los Filósofos; y créeme, que disminuyen y gastan el ánimo, con ser cosa tan grande, aplicándole á cosas pequeñas, con lo cual hacen que parezca la Filosofía más dificultosa que grande. Oye á Sócrates, que habiendo reducido toda la Filosofía al provecho de las costumbres, vino á decir que la suma sabiduría era saber distinguir el bien del mal, para seguir el uno y huír del otro. Deja las sutilezas, y no digas agudas son estas cosas. Porque dime, ¿qué cosa más

(1) *In supervacuis rebus noli scrutari multipliciter, et in pluribus operibus ejus non eris curiosus.* Eccli. III, 24.
(2) Seneca in lib. de VII. liberal. artibus.
(3) Epist. LXXII.

aguda qué la arista del trigo? Y querría que me dijeses ¿para qué es útil? Créeme, que hay cosas que las hace inútiles é ineficaces la sutileza. Si la vida fuese muy larga, aun escasamente se había de dispensar el tiempo para estas cosas, porque hubiese lugar para las necesarias. Pues, ¿qué locura es la nuestra, que siendo la vida tan corta y tan estrecho el tiempo, le queramos gastar en aprender cosas superfluas? Aparta de ti todo lo que es curioso y sin provecho, y no quieras que se arrincone la virtud, por estar el pecho lleno de cosas inútiles; quede vacío, de todo lo que es superfluo, porque todo él pueda vacar á sólo lo que es virtud. Toda esta doctrina es de Séneca en diversos lugares; con la cual puede el maestro convencer los entendimientos curiosos de los novicios, mostrándoles como aún los Filósofos tuvieron por superfluo todo lo que no es de provecho para informar y reformar el ánima. ¿Qué te aprovecha, dice el autor del *Contemptus mundi,* disputar altas cosas de la Trinidad, si careces de humildad y de las demás virtudes, por donde desagradas á la Trinidad? Si supieses toda la Biblia á la letra, y todos los dichos de los Filósofos, ¿qué te aprovecharía todo sin caridad y gracia de Dios? Y en otro lugar dice: ¿Qué aprovecha la curiosidad por saber cosas obscuras y ocultas, pues en el día del juicio no seremos reprendidos por no saberlas? Gran ignorancia es, que dejadas las cosas útiles y necesarias, entendamos en las curiosas y sin provecho ¿Qué se nos da de los géneros y especies que practican los Lógicos? Cierto á quien habla el Verbo eterno, de muchas opiniones es libre. Hasta aquí son palabras del dicho autor, llenas de espíritu, y verdaderamente si se consideran, son de mucha eficacia, para desterrar de cualquier ánimo pío la curiosidad.

Resta ahora que enseñemos brevemente, en que se podrán conocer los que son curiosos por este camino, para que conociéndolos el maestro, trate con muchas veras de remediarlos, pues tanto importa para hacerlos capaces de la disciplina. Los que están tocados desta manera de curiosidad, dice San Juan Crisóstomo (1), no tanto gustan de las cosas sólidas como de las pintadas, y más se agradan de lo que es hermoso que de lo que es útil; aman más á las cosas que suenan, que á las que hacen, y más les aplace el ser recreados con la amenidad de las hojas, que el ser sustentados con la fertilidad de la fruta. Quiere decir Crisóstomo, que es propiedad de los curiosos, cuando leen un libro ó asisten á oir un sermón, atender más á la suavidad del estilo, y á la elocuencia de las palabras, que á la substancia de lo que se dice en ellas, y entre las sentencias, echan mano de las más sutiles y no de las más provechosas; porque desean más recrear el entendimiento que mover la voluntad. Celebran de ordinario los conceptos sutiles, y cébanse en las cosas dificultosas, por hacer en ellas examen de sus ingenios, y así como gustan en los demás destas cosas, así las practican en sí mesmos; preciándose de buen lenguaje, de conceptos agudos y cosas semejantes á éstas. Huyen de los libros que carecen de artificio, aunque sean escogidos de buenos; porque parando solamente en la corteza, no pueden llegar á penetrar el espíritu. Y

(1) Crisost. in prologo super Matth.

así el maestro debe á estos tales examinallos acerca desto, preguntándoles de qué libros gustan, y qué es lo que más les agrada en los libros que leen, y en los sermones que oyen. Y en echando de ver alguno de los indicios susodichos, descúbranles la tentación que hay en ello, y la esterilidad que queda en el ánima, aficionándose y gustando de cosas inútiles y curiosas. No les dejen leer libros sutiles, ni de lenguaje afectado; ni les permitan usar de términos extraordinarios, sino llanos y sin artificio. Háganles leer libros devotos, escritos con simplicidad y llaneza; para que no hallando el entendimiento curiosidad de palabras, ni agudeza de conceptos con que cebarse; pare en sólo el espíritu, y trate de aprovecharse de la doctrina que lee, para que por medio della quede el alma instruída en la disciplina. Otros algunos impedimentos pudiera haber traído, más éstos son los más principales; y de los otros, ó habemos tratado ya en otras partes, ó trataremos más adelante en sus ocasiones.

CAPÍTULO III

De las cosas que disponen para la disciplina

Presupuesto que, como consta del capítulo precedente, la inconstancia del ánimo, la presumpción y la vana curiosidad son impedimentos manifiestos, para alcanzar la disciplina; es cosa clara, que las virtudes contrarias á estos tres vicios, que son la humildad, la simplicidad y la constancia en los buenos propósitos, serán medios proporcionados para aprovechar en ella. El humilde, de todos aprende, porque á todos conoce ventaja en la ciencia del bien obrar. El que tiene simplicidad, aborrece las cuestiones inútiles, y trata sin doblez de sólo lo que le importa, sin replicar con bachillerías á lo que le enseñan. Y el que es constante en el propósito de su llamamiento, procura con diligencia y cuidado aprender los medios necesarios, para conseguir el fin que pretende; todo lo cual ayuda mucho á disponer el ánimo, para hacelle capaz de la disciplina. Pero demás destas tres cosas, que son admirables para alcanzar esta ciencia divina, trae Hugo de santo Victore algunas otras, en las cuales comprehende y abraza generalmente, casi todo aquello que se puede decir en esta materia. Y porque ha de ser para lo que adelante diremos de mucha importancia, referiré aquí lo que me pareciere más necesario. Habemos de advertir, dice Hugo (1), que la ciencia, á quien pertenece la institución de bien vivir, de muchas maneras ha de procurar el hombre alcanzarla, parte con la discreción, parte con la doctrina, parte con el ejemplo, parte con la lección de la Escritura Sagrada y parte con la continua meditación de las propias costumbres. De manera

(1) Hugo Victorius, Institut. monast. cap., I.

que, según la sentencia deste Doctor, cinco cosas hay que disponer para la disciplina, que son: la discreción, la doctrina, la imitación de los buenos ejemplos, la lección de los buenos libros, y la circunspección de las propias acciones.

Con la discreción se ha de alcanzar la disciplina, desta manera: que ha de considerar el religioso con particular diligencia, y discernir cuanto le fuere posible, cuales cosas le son lícitas y cuales no. Y porque, como dice San Pablo (1), no todo lo que es lícito conviene hacerse, ha de mirar con prudencia qué es lo que conviene que se haga, y qué es lo que no conviene. Ni basta esto, sino que aun en las cosas convenientes, es menester para haber de hacerlas, considerar la acción, el lugar, el tiempo y la circunstancia de la persona. La acción se ha de considerar, porque en diversas acciones se requiere diverso modo de disciplina; y no es posible guardarla, si el discurso, aprovechándose de la discreción, no hace diferencia entre unas y otras acciones. Atendiendo á que unas pertenecen á los ministerios divinos y otras á los humanos; y destas últimas, unas dicen orden al prójimo y otras á la mesma persona que las hace; y entre éstas unas pertenecen al servicio del cuerpo y otras al beneficio del alma; y en cada una dellas se requiere su manera de disciplina. Porque en las que dicen orden á Dios, habemos de mostrarnos devotos; en las que se ordenan al bien del prójimo, liberales y prontos; y en las que dicen respecto á nosotros mesmos, modestos, escasos y no importunos. De donde se sigue que el religioso, si quiere ser bien disciplinado, ha de valerse, como aconseja Hugo, de la discreción, para discernir las acciones; aplicándole á cada una la forma de disciplina que fuere propia de aquella acción. Porque si no hace diferencia entre las acciones, necesariamente ha de haber confusión en la disciplina; y donde hay confusión no puede haber cosa bien ordenada, ni que agrade á los ojos de Dios, ni de los hombres.

Y no es menos necesaria la discreción para hacer diferencia entre los lugares; porque unos hay dedicados á Dios y otros al servicio del hombre; unos públicos y otros secretos; y en cada cual se ha de guardar su manera de proceder. Porque en los dedicados á Dios se requiere más gravedad, más composición y reverencia; y muchas cosas son lícitas en los otros, que no se deben hacer en estos; como lo ponderó el Apóstol San Pablo (2), cuando reprendió á los Corintios, porque comían en las iglesias; dando á entender, que aunque la acción del comer es lícita y necesaria, pero no en el lugar sagrado, cuando se puede hacer cómodamente en otros lugares. Y lo mesmo digo de los lugares públicos y secretos, que muchas acciones son lícitas en los unos, que no lo son en los otros; si ya no queremos seguir la secta de los Filósofos Cínicos, que se daban á entender y enseñaban ser lícito hacer en cualquier lugar, todo aquello que de su naturaleza no es culpa. ¿Quién osará decir que no se requiere más composición en público que en secreto, especialmente cuando del no guardarla puede nacer escándalo en los que se hallan presentes? Cierto quien esto

(1) *Omnia mihi licent, sed non omnia expediunt.* I, Cor. VI, 12.
(2) *Nunquid domos non habetis ad manducandum, et bibendum? aut Ecclesiam Dei contemnitis, et confunditis eos qui non habent.* I. Cor. XI, 22.

negase, ó sería protervo ó no tendría sano juicio. No negamos, antes aconsejamos, que en todo lugar se guarde la disciplina; pero, lo que decimos es, que así como en diversas acciones se requiere disciplina diversa, así también se ha de variar según las diferencias de los lugares; y por esta causa es necesaria la discreción para saber hacer esta diferencia. Pues, ¿qué diré de la diversidad de los tiempos? Cosa es averiguada, que no es menos necesario acerca desto el discurso, que acerca de los lugares; especialmente encomendando con tanta ponderación el Espíritu Santo, que se haga cada cosa en su tiempo (1). Y, verdaderamente, si esto no hubiera de ser así, no había para qué hiciese Dios con suma providencia y sabiduría tanta diferencia en los tiempos. ¿Quién dirá que hay una mesma razón de obrar en la noche y en el día? Y entre los días, ¿quién ignora ser los unos festivos y otros para el trabajo? Y, ¿quién duda que en los unos se requiere el ocio para celebrar los divinos misterios, y en los otros el trabajo para tratar de las necesidades, desventuras y trabajos del cuerpo? Y siendo esto así, ¿quién osará negar, ser diversa la disciplina que se requiere en los unos que en los otros? Cosa cierta es, que aunque en todos los tiempos ha de andar devoto y compuesto el religioso, pero, en los días de fiesta tanto ha de andar más compuesto y devoto, cuanto la solemnidad de la fiesta trae más motivos de devoción. Por lo cual, como dice Hugo, necesaria es la discreción y discurso para hacer diferencia,entre tiempo y tiempo; porque así como en ningún tiempo es cosa loable el hacer mal, así es digno de reprehensión el bien que se hace fuera de tiempo. Y el Espíritu Santo alaba al justo, porque da su fruto á su tiempo (2); dando á entender que es prerogativa particular de los justos, el no dar fruto antecogido, sino sazonado, y cogido en el tiempo más oportuno.

Pues, para hacer diferencia entre persona y persona, y según ella valerse de la disciplina, no es menos necesaria la discreción. Porque, según setencia de Hugo, el amor se debe al merecimiento, y la veneración á la edad y al oficio. De tal manera, que á los mejores se debe más amor, y á los superiores y más ancianos, más veneración; no dejando de amar á los que veneramos, ni de reverenciar á los que amamos, porque la reverencia sin amor es obsequio de siervos, y el amor sin reverencia es cosa de niños. Y siendo verdad lo que este Doctor enseña, ¿cómo podrá el religioso venerar á quién debe veneración, y amar á quién debe amar, si no sabe hacer diferencia entre persona y persona? Para que acierte, pues, á hacer con discreción esta diferencia, seis cosas se han de considerar: las tres según la dignidad de las personas, y las otras tres según la conversación y trato. Porque unos son según la dignidad superiores, otros iguales y otros inferiores. A los superiores se debe obediencia, temor, servicio y veneración. A los iguales, paz y concordia, previniéndoles, como dice San Pablo (3), con la honra, con beneficios y con los servicios particulares. Y á los inferiores socorro y buenas obras, no zahiriéndoles

(1) *Omnia tempus habent.* Eccles. III, 1.
(2) *Et erit tamquam lignum, etc. Quod fructum suum dabit in tempore suo.* Psalm. I, 3.
(3) *Honore invicem praevenientes.* Rom. XII, 10.

ni diciéndoles palabras pesadas, corrigiéndolos sin oprobio, gobernándolos sin soberbia, castigándolos sin crueldad y abrigándolos con blandura. Estas son las tres cosas primeras que deben considerarse, según la dignidad de las personas.

Las otras tres se han de considerar según la conversación y trato; en el cual, unos hay que nos son superiores, otros iguales y otros inferiores. Los superiores son los que por el ejercicio de las virtudes han venido á aprovechar tanto, que aunque nuestra flaqueza apetece su imitación, pero no la puede igualar. Y á éstos debemos reverencia, admirándonos de sus obras; y no entremetiéndonos voluntariamente en sus cosas, oyendo su parecer y no dando el nuestro; para que en el lugar que les damos, se eche de ver cuán altamente sentimos dellos, y cuán bajamente de nosotros. Los iguales, según la conversación, son aquellos cuyas obras de tal manera van templadas con las nuestras, que no exceden nuestra posibilidad, aunque halla en ellos que imitar nuestra devoción. Y con éstos nos habemos de haber de tal manera, que apeteciendo su compañía, ni les demos ocasión de molestia, ni la suframos con impaciencia si nos la dieren. Y en las conversaciones gustemos más de preferir su parecer al nuestro, que de ser porfiados con ellos; procurando imitallos en lo que nos hacen ventaja, y acudiendo á socorrellos en lo que tuvieren necesidad de nosotros. Los inferiores son aquellos que, ó no llegan á igualarnos en lo bueno que hacemos, ó lo que hacen es tal que no debe ser imitado. Y con estos nos habemos de haber de tal suerte, especialmente viendo en ellos cosas dignas de reprehensión, que huyendo su compañía, ni imitemos sus obras, ni hagamos juicio dellas; porque de los tales, así como no se nos concede imitar el ejemplo, así tampoco se nos permite hacer dellos juicio; porque por ventura es en ellos excusable lo que en nosotros no lo sería. Toda esta es doctrina de Hugo, y della se colige cuán necesaria es la discreción para la disciplina, pues por medio della hacemos diferencia entre las acciones, entre los tiempos y las personas; todo lo cual es tan necesario, como habemos visto, para alcanzarla.

La segunda cosa que afirma Hugo ser importante para que la disciplina haga asiento en el religioso, es la doctrina. Porque el atender á la enseñanza de los mayores, con fin de aprovecharse della, instruye sin duda alguna el ánimo y mueve la voluntad al ejercicio de las virtudes; en el cual consiste la verdadera disciplina. Y no sin causa he dicho que el atender á la enseñanza con fin de aprovecharse, instruye; porque faltando este fin, y oyéndose por sola curiosidad, no solamente no es causa de enmienda, pero aun hace la vida más culpable. Porque, como dijo el divino Jerónimo, menos mal es el no aprender una cosa, que dejarla de hacer después de aprendida. El que desea, pues, por medio de la doctrina aprovechar en la disciplina, no sea de los que dice Séneca, que van á escuchar lo que enseña el maestro, no por aprender sino por oir, para deleitar las orejas con lo que se dice. De manera, que asisten á la doctrina, no por dejar los vicios por medio della, ni por aprender leyes de vida, ni por mejorar sus costumbres, sino por dar contentamiento al oído. Esta es vana curiosidad, la cual, como arriba dijimos, es contraria á la disciplina; y así

los deseosos de alcanzalla, han de aborrecer esta manera de oir, como cosa perniciosa á su intento. Ni se pongan, como otros hacen, á escudriñar las costumbres de los que enseñan, porque, como dijo admirablemente San Crisóstomo, si bien viviere el que enseña, suyo es el provecho; y si bien enseñare, es del oyente. Tome, pues, el que oye lo que es suyo, y no escudriñe lo ajeno; porque muchas veces vemos, que el hombre malo enseña buena doctrina, así como la tierra, siendo vil, produce las venas del oro. ¿Por ventura, dice Crisóstomo, menospréciase el oro por la vileza de la tierra que le produce? No, por cierto. Pues, así como se elige el tesoro dejando la tierra, así el que oye ha de tomar la doctrina, y dejar las costumbres del que la enseña. Hasta aquí son palabras de San Crisóstomo, las cuales bastan á convencer cualquier buen entendimiento. Y dellas y de todo lo dicho se colige, que el oyente, para que le entre en provecho la doctrina, ha de ser deseoso de aprovecharse della, y no juez temerario ni escudriñador de la vida del que enseña, sino humilde, sin doblez y sin fingimiento. Atendiendo á sólo lo que le enseña, y procurando encomendar á la memoria y aun escribir con cuidado los documentos que oye, no para tenerlos escritos, sino para ponerlos por obra; quitando lo superfluo, y añadiendo lo necesario, hasta que reformando el hombre interior, quede no sólo instruído el entendimiento en la disciplina, sino estampada esa mesma disciplina en las potencias del alma y en los miembros del cuerpo.

La tercera cosa que aprovecha, según sentencia del mesmo Hugo, es la imitación de los buenos ejemplos, de quien hay tanta abundancia en las religiones, y no es el menor bien de los que hay en ellas; porque según nuestra naturaleza es lerda, con dificultad se mueve, si no hay quien la provoque; y según es ignorante, apenas acierta á ejercitar la virtud, si no tiene dechados á quien poder imitar. Pero así como en esto hay encerrados grandes tesoros, así también hay encubiertos grandes peligros. Y porque desta materia haremos un capítulo particular en el cuarto libro, no habrá para qué detenernos en éste; sino sólo advertir lo que ya en otro lugar habemos tocado, y es, que en esta manera de imitación suele despertar el demonio cierto género de competencia, con una mezcla de emulación perversa, acerca de las virtudes ajenas; haciendo que entre los que se imitan haya algunos humos de envidia, con que en cierta manera les pesa del aprovechamiento del otro, y procuran pasarle adelante, no tanto por ser mejores, cuanto por no parecer inferiores. De manera que el fin de su imitación, no es tanto por hacerse buenos, cuanto porque los otros no parezcan mejores. Para prevenir tan gran daño, ha de procurar el religioso, cuando trata de imitar los buenos ejemplos de los otros, satisfacerse del fin que le mueve; y antes de ponerse á imitarlos, echar de ver que no le mueve la envidia, sino el deseo de imitar sus virtudes, por ser bueno como ellos; y porque quiere Dios que todos seamos santos como Él lo es. Y en sintiendo que se despierta algún rastrillo de envidia, córtela con el cuchillo de la caridad, haciendo oración por ellos, y suplicándole que los haga más santos, y alegrándose de ver que haya quien supla sus faltas en el servicio de un Dios tan digno de ser servido de todos. Con esto y con lo que dire-

mos en el lugar citado, queda advertido todo lo que es necesario en esta materia. Y no me detengo á probar de cuánta utilidad es la imitación para la disciplina, porque no hay nadie que ignore ser ella la que hace diestros los hombres, y los saca perfectos en todas las facultades, tanto, que por cosa rarísima dice la Iglesia hablando de la Madre de Dios, que ella sola fué la que supo agradar á Dios sin ejemplo de otras (1). Y por parecerles á los antiguos, que el hacer una cosa sin tener dechado á quien imitar, era sobre la facultad de los hombres, adoraron por dioses á los inventores de cosas particulares provechosas á las Repúblicas. Y es cierto, que si en alguna hay necesidad de imitar ejemplos ajenos, es la disciplina de la virtud, según está la naturaleza estragada.

La cuarta cosa que dispone para la disciplina, es la lección de la Sagrada Escritura, en la cual están como epilogadas y recogidas todas las cosas que por los otros libros están esparcidas y derramadas, porque, como dice el glorioso Agustino (2), esta divina ciencia ninguna cosa encomienda, sino todo lo que es caridad, y ninguna cosa condena, sino lo que es codicia desordenada. Y de aquí es, que todo lo que pertenece á estas dos cosas, es como propio de la Sagrada Escritura, y lo que no pertenece á ellas, es ficción y vanidad indigna de ser leída. De manera, que todo lo bueno que se halla en los otros libros y todas las verdades que se contienen en ellos, son como arroyos que se deducen della; porque en ella sola está la verdad como en su original y propia fuente. Y por eso, el venerable Hugo, tratando de la lección que es medio para aprovechar en la disciplina, sólo hace mención de la Sagrada Escritura, como atribuyendo á ella todo lo bueno de los otros libros. Esta es (como dice Gregorio) (3) la que dice verdades, la que convida á las cosas del cielo, la que aparta el corazón de los deseos de la tierra, la que con sentencias obscuras ejercita á los fuertes, y la que con palabras llanas halaga y atrae á los humildes. De suerte, que ni es tan obscura que asombre, ni tan clara que sea digna de menosprecio; antes con el uso quita el fastidio y tanto es más apetecida, cuanto con más atención es considerada. Las excelencias que della dicen los sagrados Doctores son tantas, que por no ser prolijo no quiero referillas. Sólo diré en prueba de lo mucho que aprovecha para la disciplina, lo que San Jerónimo (4) y San Gregorio (5) afirman della; y es que la Sagrada Escritura es un espejo limpio, terso y purísimo; porque es una participación de la divina sabiduría á quien el Espíritu Santo llama espejo sin mancha (6). Y de aquí es, que lo que está escrito en los libros Sagrados, es como un espejo donde podemos ver así la fealdad como la hermosura, y así la limpieza como la inmundicia de nuestras almas. Y esto no solamente se halla en toda ella, sino también en cualquiera parte; así como en todo el espejo podemos vernos estando entero y en cualquier partecilla después de quebrado.

(1) *Sola sine exemplo placuisti Domino nostro Jesu Christo.*
(2) August. II de Doctrina cristiana.
(3) Grego. in prologo moral.
(4) Hieron. ad Demitriadem.
(5) Grego. lib. II moral, cap. I.
(6) *Candor est enim lucis aeternae, et speculum sine macula Dei majestatis.* Sap. VII, 26.

De donde se sigue, que de la lección de la Sagrada Escritura y de los demás buenos libros, que son como partes deste espejo divino, habemos de sacar el provecho que suelen sacar los que se miran sin vanidad al espejo, que es conservar lo que es puro, limpio y hermoso y limpiar lo que estuviere manchado. Esto dice el divino Jerónimo escribiendo á una doncella por estas palabras: «Usa de la lección divina como de un espejo, para enmendar lo feo y conservar lo hermoso, procurando acrecentar su hermosura; porque la Escritura Sagrada, espejo es que descubre lo feo y enseña cómo ha de enmendarse.» Y San Gregorio dice: «La divina Escritura se nos pone delante como un espejo limpísimo para que en él veamos el rostro del alma. Allí se nos descubren las cosas feas, y allí podemos ver las hermosas; allí conocemos cuánto aprovechamos en las virtudes y cuán lejos estamos del aprovechamiento dellas. Cuéntanos las hazañas de los Santos y sus victorias, para mover con esto los corazones de los flacos á la pelea. Y algunas veces cuenta también sus caídas, para que aprendamos á temer en las suyas las nuestras; y desta suerte, con la virtud de los unos, nos procura hacer animosos, y con las caídas de los otros, temerosos y cautos.» Toda esta doctrina es de San Gregorio, y basta para prueba de lo que aprovecha la lección de los buenos libros para la disciplina. Y presupuesto que arriba dijimos lo que se debe hacer para leerlos con aprovechamiento, concluyo con lo que dice el Apóstol Santiago (1), que procuremos poner por obra lo que leyéremos; porque no seamos como el que se mira al espejo, que habiendo visto la mancha que tiene en el rostro, se olvida de lo que ha visto y no se cura de poner el remedio en ella.

La última cosa que dispone para la disciplina, y por ventura la más necesaria (dice Hugo) es, la circunspección ordinaria de las propias costumbres y acciones, junta con una providencia cuidadosa de remediar los defectos dellas. Reconozca y examine cada cual sus pensamientos, sus palabras y obras, y aprenda en la experiencia de lo pasado, á ser cauto en lo venidero; y echará de ver que lo que comenzó á obrar con buena intención, en el medio ó en el fin de la obra, ya está gastado; porque la intención buena por inadvertencia se ha mudado en vana, y así conocerá que no hay que fiar en los buenos principios, si no hay cuidado de examinar los medios y fines. Conocerá que aun en las buenas obras hay mezcla de imperfecciones, y que allí cometió nuevas culpas, donde pensó alcanzar perdón de sus culpas; y de aquí vendrá á ser tanto más cuidadoso en lo bueno que hace, cuanto más hubiere echado de ver que aun en lo bueno hay peligro, por mezclarse con ello tan fácilmente lo malo. Finalmente con esta circunspección, se previenen las asechanzas del enemigo, se cortan los renuevos de las malas inclinaciones, se sobreponen los esmaltes de las virtudes y queda un hombre reformado interior y exteriormente, en lo cual consiste la perfección de la disciplina. Y así aunque la discreción para distinguir las acciones, los lugares, los tiempos y las personas, y aunque la doctrina y la imitación de los santos, y aunque la lección de los buenos

(1) *Estote factores verbi, et non auditores tantum fallentes vos metipsos. Quia si quis auditor est verbi, et non factor, hic comparabitur viro consideranti vultum nativitatis suae in speculo, consideravit enim se, etc.* Jacob. I, 22-24.

libros son de grande importancia para alcanzar la perfección de la disciplina; pero si la circunspección no acompaña á todos estos medios y los ayuda, todos serán de poca eficacia; y así quien quisiere salir con tan noble empresa, válgase dellos y no se descuide della, y sin duda saldrá victorioso y perfectamente disciplinado.

CAPÍTULO IV

En que se comienza á tratar de la disciplina que se ha de guardar en el coro, acerca del oficio divino, y de los motivos que hay para que los religiosos procuren asistir en él con devoción fervorosa y espiritual alegría.

Entre todas las Religiones aquellas son más perfectas, dice el Doctor Angélico Santo Tomás (1), que se ordenan á más alto fin; y entre los fines el más excelente de todos es el de la vida contemplativa, cuya parte, según la sentencia de Cristo, se ha de preferir á todos los ejercicios de Marta (2); porque éstos acaban acá en la tierra, y los de aquélla han de perseverar y perfeccionarse en el cielo. Aquéllos sirven á la parte inferior del hombre, y éstos á la superior que es más noble. Desta doctrina se infiere, que entre los ejercicios de la vida monástica, los de la contemplativa exceden á los demás y deben ser preferidos á todos como más dignos de la alteza y perfección del estado que los Religiosos profesan. Y como sea verdad que entre las obras que á la contemplación pertenecen hay unas más excellentes que otras, dice Santo Tomás que las más aventajadas de todas, son las que se ocupan acerca de los ministerios divinos, ofreciendo á Dios alabanzas en el coro y altar. Y según esto, el ejercicio más alto de cuantos hay en la tierra, es el de las alabanzas divinas; porque lo mejor de la tierra es el estado monástico, y lo mejor que hay en éste, es la parte contemplativa, y entre las obras desta ninguna iguala al ministerio santo de las alabanzas de Dios. Ni es mucho que aventajemos esta obra á todas las de la tierra, porque según sentencia del glorioso Augustino, este es el fin y blanco de los ejercicios del cielo (3). Tendremos, dice, en aquella dichosa patria un ocio santo en que veremos á Dios, del verle procederá el amalle, y de entrambas cosas el alabar su bondad, su majestad y grandeza. De suerte, que todo el negocio de los cortesanos del cielo viene á parar en alabar á Dios. Este es el oficio de aquellos espíritus celestiales y de las almas santas que, desatadas de los lazos de la carne mortal, suben á gozar de la dichosa suerte de aquella bienaventurada vida. Allí les enjugan las lágrimas (como dice San Juan en su Apocalipsi) (4) y en vez de los llantos desta vida mortal, les

(1) D. Thom. II, 2. q. CLXXXIII, art. VI.
(2) Luc. X.
(3) Aug. in libro De civit. Dei.
(4) *Et absterget Deus omnem lachrimam ab oculis eorum*, Apoc. VII, 17.

enseñan Cánticos de alegría, en los cuales se ocupan incesablemente, alegrando con ellos aquella bienaventurada Ciudad. Allí es el tañer de las cítaras y resonar de las voces finísimas y acordadas que tantas veces repite el regalado Apóstol, en aquel misterioso libro (1). Ni es mucho que lo repita tantas veces, pues ninguna cosa había visto más frecuentada en el cielo, ninguna más noble, ninguna más excellente y ninguna más agradable á Dios después del acto beatífico que consiste en verle y amarle. Y de aquí es que el divino Bernardo dijo (2) que ninguna cosa en la tierra representa más al vivo el estado de los bienaventurados, que la alegría santa de los que se ocupan en las alabanzas divinas, y que deben grandemente alegrarse los que en la tierra son admitidos al ejercicio de tan alta obra. Y David, después de haber considerado las grandezas de la casa de Dios y la felicidad de los moradores della, vino á decir en un Salmo (3): Bienaventurados, Señor, los que habitan en vuestra casa, porque en todos los siglos de los siglos os alabarán. Donde es mucho de ponderar, que con ser tantas y tan excellentes las acciones en que se ejercitan los moradores de los alcázares celestiales, de ninguna quiso echar mano David para enseñar la causa de su bienaventuranza, sino de sólo el ejercicio de alabar á su Dios, pareciéndole que, entre todos los otros, éste era el que á su juicio los hacía parecer con alguna ventaja bienaventurados. Y cierto ello es así, que cuando las alabanzas de Dios nacen del conocimiento de sus grandezas, y salen de un corazón limpio y abrasado en amor de su divina bondad, debe ser de los más aceptos á Dios y de los más dignos de aquel estado beatífico y soberano. Dichoso ejercicio en el cual, ya que no puede el alma pagar con igual recambio los beneficios recebidos de su Dios y Señor, á lo menos se ocupa en cantarle alabanzas, publicando su liberalidad y grandeza. Sea, pues, el primer motivo para mover á los Religiosos al amor de tan santo ejercicio, ver que es oficio de Angeles y espíritus bienaventurados, y no cualquiera de sus oficios, sino uno de los más excellentes y de los que con más gusto hacen.

Y no solamente han de considerar que es oficio de Ángeles el que están haciendo en el coro, para asistir en él con el debido respeto, sino también estar advertidos y tener por muy cierto, que esos mesmos Angeles, cuyo oficio ejercitan, vienen á hacerles compañía y ayudarles en aquel ministerio. Esto quiso decir David en un Salmo, según sentencia de San Bernardo, cuando dijo (4): Anticipáronse los Príncipes, juntándose á los que cantaban Salmos en medio de las doncellitas tañedoras de panderos. Príncipes llama á los Ángeles, por la excelencia de ser que tienen sobre todas las criaturas, y dice que se anticiparon á los que cantaban Salmos, para dar á entender que los Santos Angeles procuran ganar por la mano á los Religiosos, acudiendo primero que ellos al lugar de las alabanzas divinas, como quien anda en competencia con ellos y quiere hacerles ventaja. Que no se

(1) *Et vocem quam audivi, sicut citharoedorum citharizantium in citharis suis.* Apoc. XIV, 2.

(2) Bernard. serm. VII in Cant.

(3) *Beati qui habitant in domo tua, Domine, in saecula saeculorum laudabunt te.* Psal. LXXXIII, 5.

(4) *Praevenerunt principes, coniuncti psallentibus, in medio juvencularum tympanistriarum.* Psalm. LXVII, 26. Bernard. sermon VII in Cant. Vide etiam Hugonem. libro I. institut. monast. cap. VII.

corren los Ángeles de competir con los Religiosos, cuando los ven ocupados en ejercicios Angélicos, porque echan de ver que pues los tienen por compañeros en el oficio y les concede Dios tal dignidad en la tierra, vendrá tiempo en que los tengan por consortes de su gloria en el cielo. Y verdaderamente que había de ser este motivo eficacísimo para hacer andar á los Religiosos solícitos y diligentes en acudir á los oficios divinos, corriéndose mucho de verse vencidos en esta competencia y de que les ganen los Angeles por la mano en alabar á un Dios que, como dice San Pablo, se quiso hacer hombre y no Ángel (1). ¡Oh si Dios les abriese los ojos y les quisiese mostrar lo que en el coro pasa al tiempo de celebrar el divino oficio (2)! Verían, sin duda, como otro Jacob, una escala del coro hasta el cielo, cuajada de espíritus Angélicos que suben á ofrecer á Dios las alabanzas que ellos le cantan, y bajan, como dice el divino Bernardo (3), con el recambio deste servicio, cargados de gracias. Verían en el contorno del coro, como el otro criado de Eliseo, ejércitos de Ángeles que andan peleando por ellos contra los enemigos invisibles, para que no les estorben con pensamientos inútiles en tan celestial ministerio (4). Verían el oficio que hacen en ayudarles, procurando encender sus espíritus con santas inspiraciones, y echarían de ver que no sin causa se anticipan estos Príncipes celestiales. Y en decir David que se ponen en medio de las doncellitas tañedoras de panderos, quiso enseñarnos: que en medio de aquellas almas se ponen de buena gana los Ángeles, que del haber mortificado y castigado la carne la tienen ya seca y enjuta de los humores lascivos y superfluidades carnales, como lo está el pergamino de que se hace el pandero; que para que haga un buen son, es necesario que esté bien enjuto y seco, sin que haya quedado en él rastro de carne. Las almas que han llegado á este punto son buenas para ejercitarse en las alabanzas divinas, y en medio dellas están alegres los Ángeles, porque dignos son de tal compañía los que estando en carne viven sin ella, siendo esto, según San Jerónimo, cosa más Angélica que humana.

También ha de movernos al ejercicio santo de tan excellente obra, el haberle autorizado Cristo con el ejemplo de su divina persona, diciendo Salmos y cantando Himnos á su Eterno Padre, como se collige de la historia del sacrosanto Evangelio. Porque los gloriosos Evangelistas San Mateo y San Marco afirman que la noche de su pasión, después de haber cenado con sus discípulos, dicho el Himno, se salió juntamente con ellos al monte Olivete á dar principio á los trabajos que dieron fin á su vida (5). Donde se ha de notar que aquella palabra *Himno*, según sentencia del glorioso Augustino (6), quiere decir alabanza de Dios cantada. De tal manera, que hablando propiamente y en rigor de lenguaje, no cualquier alabanza es himno, sino sola la que es de Dios y cantada. Y lo mesmo afirma San Isidoro, diciendo que

(1) *Nusquam Angelos apprehendit, sed semen Abrahae.* Hebr. II, 16.

(2) *Vidit in somnis scalam stantem super terram, et cacumen illius tangens coelum, Angelos quoque Dei ascendentes et descendentes per eam.* Gen. XXVIII, 12.

(3) Bernard. in Cant. serm. VII et Hugo. ubi supra.

(4) *Vidit: et ecce mons plenus equorum, et curruum igneorum, in circuitu Elisei.* IV. Reg. VI, 17.

(5) *Et Hymno dicto, exierunt in montem Oliveti.* Matt. XXVI, 30.

(6) August. in Psalm. XXVII.

para ser una cosa himno, es necesario que concurran tres cosas juntas, que son: ser alabanza, ser de Dios y ser cantada; cualquiera destas que falte, no es himno (1). De lo cual se sigue, que el decir los Evangelistas que Cristo dijo el himno con sus discípulos, fué decirnos que cantó juntamente con ellos alabanzas al Padre Eterno, en hacimiento de gracias de los divinos misterios que aquella noche había obrado en la Cena; dando finiquito al cordero figurativo y principio á la institución del Santísimo Sacramento. Y según sentencia de San Jerónimo, entonces se cumplió lo que había profetizado David en un Salmo diciendo (2): Comerán los pobres y quedarán saciados, y alabarán al Señor los que desean agradalle. Las cuales palabras tomó la Iglesia por esta causa, para bendecir la mesa en las cenas, imitando en esto á su esposo Cristo. Y el Burgense afirma (3), que el himno que dicen los Evangelistas haber cantado Cristo después de la Cena, fué la gran Alleluya que acostumbraban á cantar los Hebreos en las principales festividades, que contiene seis Salmos, comenzando desde el 112 hasta el Salmo 117 inclusive. Y es cosa verosímil lo que dice este autor, porque Cristo Redentor nuestro fué observantísimo de las tradiciones Religiosas de los Hebreos, cual era ésta; aunque fué acérrimo reprehensor de las que eran supersticiosas. Siendo, pues, verdad que Cristo fué uno de los cantores Evangélicos, y que con su ejemplo santo quiso autorizar el oficio de cantar Salmos y alabanzas divinas, como también lo afirma San Isidoro (4); cosa es cierta y averiguada, que ya en la ley Evangélica, este divino ejercicio no es oficio solamente de espíritus Angélicos y Seráficos, como en la ley antigua, sino del mesmo Dios á quien adoran los Angeles y Serafines.

Y cierto fué cosa muy puesta en razón y justicia, que á la infinita perfección de Dios, que merece ser infinitamente alabada, hubiese alguna persona en el mundo que le cantase alabanzas de valor infinito, cuales fueron las de Cristo Redentor nuestro, para que así como de nuestras satisfacciones y la suya unidas, se hace una satisfacción digna de ser aceptada por Cristo en descuento de nuestras culpas; así nuestras alabanzas juntas con las de Cristo hiciesen un sacrificio de alabanza tan agradable, que mereciese ser aceptado en pago de nuestras deudas. ¿Quién osará, pues, de aquí en adelante, dice el glorioso Augustino, habiéndonos dado Cristo tal ejemplo, dudar de la religión que hay en cantar himnos y Salmos? ¿Quién no se preciará de tan alto oficio, pues aquel que es adorado de los Ciudadanos del cielo y á quien cantan alabanzas los Ángeles, quiso preciarse de cantar entre los hombres himnos? ¿Quién no se alegrará sumamente en verse admitido á tal ministerio, habiéndole Cristo levantado tanto de punto? Cierto digno será de ser excluído de su gloria en el cielo, el que compellido deste motivo no se precie de aquí en adelante de ejercitar este oficio en la tierra.

Es también razón que nos mueva, el ver que es tradición Apostó-

(1) Isidorus, lib. VI. Ethy. cap. XIX.
(2) *Edent pauperes, et saturabuntur, et laudabunt Dominum qui requirunt eum.* Psalm. XXI, 27.
(3) Burgensis in additionibus ad Psalm. CXII.
(4) Isidorus. lib. I. offi. cap. VI.

lica derivada de la primitiva Iglesia y dada por el Apóstol San Pablo á las Iglesias particulares, para que de mano en mano, se fuese introduciendo y guardando hasta la fin del mundo. Colligese esta verdad de lo que escribe el mesmo Apóstol á los Corinthios, á los de Epheso y á los Colosenses en diversas partes de sus Epístolas (1). Donde (según la exposición de los Doctores sagrados) les manda ejercitarse en el cantar de los himnos y Salmos, como lo prueba doctamente Tomás Ubaldense en el título segundo del libro que escribió contra los herejes. Este era el ejercicio de los primeros Cristianos, y para hacerle con más quietud y sosiego, madrugaban antes del día, como consta de una carta que escribió Plinio segundo al Emperador Trajano, y lo refiere el antiquísimo Tertuliano en su Apologético, y Eusebio Cesariense en su historia Eclesiástica. Y en esto imitaban á los Apóstoles, que en medio de sus trabajos tenían por consuelo este ejercicio, como consta de lo que escribe San Lucas en el libro de los hechos Apostólicos. Allí dice que estando en la cárcel presos y aherrojados el Apóstol San Pablo y uno de los discípulos llamado Silas, orando alababan á Dios á media noche, cantando himnos como afirma el Venerable Beda (2). Y como las alabanzas eran cantadas, oyéronlas los que estaban en guarda, y súbitamente fué hecho un gran terremoto, con que los fundamentos de la cárcel se conmovieron y se abrieron las puertas. Y demás desto se les cayeron las prisiones con que estaban aherrojados y el carcelero se postró á sus pies suplicándoles que le bautizasen. Todo lo cual, dice Beda, fué efecto y eficacia de la devoción del Apóstol y de las alabanzas que á Dios cantaban. Porque no pudo sufrir la tierra ver aprisionados á los que hacían coro del calabozo cantando alabanzas al Señor, por quien estaban presos. Y así el terremoto quiso dar con la cárcel en tierra, y ya que no lo hizo por no hacerles daño, hizo que se abriesen las puertas para que pudiesen salirse y que se les cayesen los hierros con que estaban aprisionados, y que el carcelero tuviese escrúpulo de tener en la cárcel y no rendirse á los que, estando en ella, se ocupaban en tan soberano ejercicio. Porque justa cosa es que se rinda todo y que todo tenga respeto á los que, estando en los trabajos, alaban á Dios con cánticos de alegría. Y si un tiempo los muros de Jericó dieron en tierra por la fuerza del sonido de las trompetas que tañeron los Sacerdotes por mandato de Josué (3), ¿qué mucho que tiemble la tierra, que se muevan los fundamentos de la prisión, que se abran las puertas, que se quiebren los hierros y que se rindan los hombres al sonido de las alabanzas divinas? No sin grande razón, por cierto, tuvieron en tanto los Apóstoles este ejercicio, no sin causa lo admitieron los Santos de la primitiva Iglesia, no sin mucha consideración lo aprobaron los gloriosos Padres San Ignacio, San Hilario y San Ambrosio y lo introdujeron en sus Iglesias; como consta de lo que escribieron Philon, Casiodoro, Eusebio y San Isidoro y otros

(1) *Implemini Spiritu Sancto, loquentes vobismetipsis in Psalmis et hymnis, et canticis spiritualibus, cantantes, et psallentes in cordibus vestris Domino. etc.* I. Cor. XIV, Efessi. V et Colos. III.

(2) *Media autem nocte, Paulus et Silas orantes, laudabant Deum, etc.* Beda. in cap. XVI, lib. Act. Apostol.

(3) *Igitur omni populo vociferante, et clangentibus tubis, postquam in aures multitudinis vox sonitusque increpuit, muri illico corruerunt.* Jos. VI, 20.

historiadores antiguos (1). No sin instinto del cielo lo encomendaron tanto á sus Religiosos, casi todos los que en la Iglesia de Dios instituyeron Religiones bien ordenadas. Y finalmente no sin particular asistencia del Espíritu Santo, los Concilios sagrados trataron tan de propósito desta materia, dando reglas y documentos para la debida observancia de las cosas que pertenecen á ella; todo lo cual ha de mover eficazmente á los Religiosos á que con mucho cuidado traten de ejercitarse en ella con espíritu fervoroso y devoto.

Sea el último y más principal motivo para inflamar los ánimos y aficionarlos al ejercicio de tan alta obra, el ver lo mucho que es agradable á Dios y cuán aceptos le son los que se ocupan en ella. En prueba desto, bástanos saber que allá en el cielo donde la Majestad de Dios manifiesta su gloria, donde tiene su Corte, donde asienta el Solio de su grandeza y donde quiso plantar el Paraíso de su recreo, ordenó con suma providencia, que éste fuese el ordinario ejercicio de los que le hacen estado, comenzándole desde que comenzaron á ser y no desistiendo de él un momento. Y no sólo en aquella dichosa patria, pero aun acá en la tierra, con serle tan agradables los sacrificios y haberlos él ordenado, como consta de las divinas letras en diversos lugares, dice el mesmo en un Salmo (2): que estima en más el sacrificio de la alabanza y le es más agradable y acepto que todas las otras ofrendas, víctimas y holocaustos. No pienses, dice hablando á su pueblo en el Salmo 49, que me agrado mucho de tus becerros y cabrones y de las demás reses de tu ganado que me ofreces en sacrificio; porque todos los animales y fieras de la selva son míos y tengo conocimiento como de cosa propia de las aves del cielo y de la hermosura del campo que está conmigo. Mía es la redondez de la tierra y ni como carne de toros, ni bebo sangre de becerros para agradarme della. Si quieres saber, pueblo mío, qué me has de ofrecer para darme gusto, ofréceme sacrificio de alabanza y pon en ejecución tus buenos deseos, y cuando me hubieres ofrecido tal sacrificio, llámame en tus necesidades, que yo te libraré dellas y tú me honrarás. Y declarando en el mesmo Salmo de qué manera le había de honrar su pueblo, dice: El sacrificio de alabanza es el que me honra, y allí está el camino por donde vengo á manifestar mi salud á los que me alaban. Todo esto dice Dios por David; y es manifiesta prueba del gusto que tiene en que le ofrezcan víctimas de alabanza; pues dice que le agradan más que todos los sacrificios y que son buen medio para moverle á que acuda á nuestras necesidades, y que tiene por honra el verse alabado de los hombres, y que en el ejercicio de su alabanza tiene puesto el camino de la salvación. ¡Oh, dichosos aquellos que se ocupan en tan santo ejercicio, comenzando en la tierra á gustar de los regalos del cielo, ganando un descanso con otro descanso y una gloria con otra gloria! ¿Quién puede dudar de lo mucho que agrada á Dios el oficio de

(1) Philo. lib. de vita Theorica, Casiodor. lib. 10, histo. tripar. Eusebius, lib. II, caput XVII. Isidorus, lib. II de offic. cap. XVII.

(2) *Non accipiam de domo tua vitulos, neque de gregibus tuis hircos, quoniam meae sunt omnes ferae filvarum, iumenta in montibus, et boves. Cognovi omnia volatilia coeli, et pulchritudo agri mecum est, etc. Immola Deo sacrificium laudis, et redde Altisimo vota tua. Invoca me in die tribulationis, eruam te, et honorificabis me, etc. Sacrificium laudis honorificabit me, et illic iter, quo ostendam illi salutare Dei.* Psal. XLIX, 9, etc.

cantarle alabanzas, pues vemos que la primera entrada que hizo su Majestad en el mundo, vestido de carne humana, quiso que se celebrase cantando, haciendo bajar del cielo para este propósito, cantores divinos y celestiales? (1) ¿Quién no confesará serle cosa agradable, pues cuando quiso entrar en Jerusalem para salir de allí á triunfar de la muerte, quiso que con este ejercicio celebrase su triunfo la gente sincera, humilde y sin malicia, y que después, entrando en el templo, los niños tiernos, que colgados de los pechos de sus madres estaban mamando, se olvidasen de la dulce leche por cantarle alabanzas? (2) De suerte que su entrada á la vida y su salida á la muerte, quiso que se celebrase cantando; y que los principales cantores fuesen niños y Ángeles, para enseñar á los que tienen por oficio alaballe, que para hacer dignamente este oficio, ó han de tener pureza de Ángeles ó inocencia de niños, porque no le es agradable á Dios la alabanza (según dice el Espíritu Santo) en la boca del pecador (3).

Pues si la ocupación santa de cantar á Dios alabanzas es oficio de los cortesanos del cielo y ellos se precian de hacer compañía á los que tienen este oficio en la tierra; y si Cristo le quiso autorizar con el ejemplo de su persona y los Apóstoles se ejercitaron en él y le enseñaron á los primeros fieles; y si los Padres y Doctores antiguos recibiéndolo de los Apóstoles lo introdujeron en sus Iglesias para conservación y aumento del culto divino; y si los instituidores santos de las Religiones lo dejaron tan encargado á sus hijos y sucesores, favoreciendo á todo esto los decretos y documentos de los sagrados Concilios; y finalmente, si es tan agradable á Dios y tan acepto en su divina grandeza, ¿quién será tan ajeno de sentimiento que no le muevan tantos motivos? ¿Quién tan tibio que no se inflame con tan singulares ejemplos? ¿Quién tan lerdo que con tales aguijones no se despierte? ¿Quién tan remiso y negligente que con tan justas causas no se mueva á ser cuidadoso? No es razón que creamos que, hablando con Religiosos, es menester usar de más encarecimientos, ni es justo detenernos más en ponderar cosas tan necesarias, porque no parezca hacer poca confianza de quien es razón que se tenga mucha en las cosas que tanto importan.

CAPÍTULO V

De la preparación que han de hacer los religiosos, para asistir en el coro á las divinas alabanzas, con la decencia y espíritu que se requiere.

Cuanto el oficio de cantar á Dios alabanzas es más excellente, tanto es mayor la culpa que se comete en él, cuando ó por malicia, ó por ignorancia, ó por negligencia deja de hacerse con las circunstancias

(1) *Et subito facta est cum Angelo multitudo militiae caelestis, laudantium Deum et dicentium: Gloria in excelsis Deo. etc.* Luc. II, 13-14.

(2) *Turbae autem quae praecedebant, et quae sequebantur, clamabant dicentes: Hosanna filio David: Benedictus qui venit in nomine Domini.* Matth. XXI, 9.

(3) *Non est speciosa laus in ore paccatoris.* Eccll. XV, 9.

debidas. Y porque la ignorancia en las cosas obligatorias no excusa pecado, antes hace más peligrosa la culpa con la falsa seguridad que nace de no entendella, será razón que enseñemos á los Religiosos lo que es necesario en esta materia, para que el entendello les sea motivo de poner diligencia en procurallo, ó ya que no la pusieren, conozcan su culpa, para hacer penitencia della. Para intelligencia, pues, de lo que en esto puede ofrecerse, es de saber, que en el oficio divino se han de considerar tres cosas: unas que han de precederle, otras que han de acompañarle y otras que han de seguirle. Porque este negocio de cantar á Dios alabanzas, es como una música de instrumentos bien concertados (que á esto la compara San Juan en el Apocalipsi diciendo: que oyó una voz como de muchos músicos que estaban tañendo en sus cítaras) y para que esta manera de música sea agradable al oído, claro está que antes de comenzar á tañer, es necesario templar los instrumentos y hacer que concuerden, porque es imposible que la música suene bien al oído por buena que sea, si el instrumento está destemplado. Ni basta haber hecho esta prevención, sino que al tiempo que se va tañendo, es menester que el músico tenga cuidado de guardar las leyes del arte y de concordar con los otros y de tañer con gallardía y buen aire, para que ni en la música haya disonancia, ni en el modo de tañer cosa que ofenda. Acabada la música, suelen seguirse las cortesías, el pedir perdón de las faltas y el suplicar que se reciba la voluntad en descuento de todos los defectos que ha habido, con lo cual, después de haber deleitado al oído, se concilia la voluntad de los oyentes. Y tanto con más cuidado se procuran hacer todas estas cosas, cuanto es mayor el deseo de dar contento á la persona por quien se hacen.

Siendo, pues, verdad que el cantar á Dios alabanzas, es comparado á la música de instrumentos bien acordados, razón será que en ella concurran aquellas tres cosas que suelen hallarse en las otras músicas; que son preparar el instrumento para que esté bien templado, tener cuidado de tañerle según las leyes del arte, y ser humilde y cortés después de haberle tañido, ofreciendo la voluntad para que supla las faltas. De todo lo dicho, se collige la necesidad de las tres cosas que arriba dijimos y cuál es el efecto de cada una dellas. Las que han de preceder al oficio divino, sirven de preparar el instrumento, que es el espíritu del Religioso, procurando recogelle y templalle con las consideraciones que adelante diremos. Las que han de acompañarle sirven de que en el actual ejercicio de las alabanzas divinas, concurran las circunstancias que se requieren, que son las leyes desta música soberana. Las que han de seguirse, sirven de alcanzar perdón de las faltas que en el discurso deste ejercicio se han cometido, y de ofrecer á Dios una voluntad pura y un deseo ardiente de haber acertado. Destas tres cosas habemos de tratar distintamente, declarando la primera dellas en este capítulo, para que, dichas con distinción, puedan mejor entenderse, y enseñadas con orden, queden más fijas en la memoria.

Entre las cosas, pues, que han de preceder al ejercicio santo de las alabanzas divinas, la primera es preparar todo aquello que es necesario para que el oficio divino se diga con la integridad, silencio y devoción que conviene. Y para que acerca desto vayan los Religiosos

prevenidos, han de mirar muy con tiempo y con particular advertencia el calendario, para que constando de quién ha de rezarse, se vean, si necesario fuere, las reglas del Breviario y se allanen las dudas que se ofrecieren; de manera que quede averiguado y conste de quién y cómo se ha de rezar. Y aunque este cuidado es necesario en todo tiempo, pero particularmente se ha de tener en algunos días, que suelen traer consigo mayores dificultades. Las cuales todas han de ir averiguadas antes de entrar en el coro; porque aquél no es lugar de disputas, sino de recogimiento, para ofrecer á Dios los corazones y con ellos alegres Cánticos de alabanzas. Hecho esto, se han de preparar los libros del coro necesarios, donde está lo que ha de decirse, poniendo los registros en sus lugares, para que cuando se taña al oficio, no haya que detenerse en otra cosa, sino en sólo ponerlos en el facistol y abrirlos; sin haber necesidad de andar revolviendo las hojas, causando inquietud y distracción á los que están preparándose. Y miren que el dilatar estas cosas hasta el punto que han de decirse, es como entre los soldados aguardarse á buscar las armas cuando ya se tañe al rebato de la pelea, y es tanto más culpable en los Religiosos que en ellos este descuido, cuanto el ejercicio de alabar á Dios en el coro, requiere más quietud y silencio que el de la guerra en el campo. Y aunque para registrar lo que ha de decirse estén señalados religiosos particulares, no deben descuidarse en confianza desto los que tienen oficio de cantores; porque este cuidado está muy anexo á su oficio, y es razón que miren con tiempo y reconozcan las cosas que han de cantarse para que al tiempo del decillas, ni tengan que embarazarse en buscallas, ni vayan tropezando en la cantoría. La cual, si fuere tan dificultosa que no se atrevan á cantarla aún después de haberla reconocido y mirado, han de advertirlo al Vicario de coro, para que él prevea lo que debe hacerse en tal caso. Y no les parezca cosa pesada hacer estas prevenciones, pues no tienen otros cuidados de sustentar casa y familia, ni otros quehaceres para haber de ganar la comida y vestido, sino que por una cosa tan fácil tienen seguro todo lo necesario en la tierra y mucho merecimiento para alcanzar la gloria en el cielo. Y cierto, si consideran la Majestad del Señor en cuya presencia han de hacer este ministerio, cualquier cuidado les parecerá pequeño, viendo el que tienen los cantores del siglo para haber de cantar alguna cosa en presencia de algún Príncipe ó Grande. Consideren que la Majestad del Señor á quien han de cantar alabanzas, está acostumbrada á los conceptos suavísimos de aquellas angélicas jerarquías, en cuya comparación son aullidos desconcertados las consonancias más concertadas de la tierra. Y pues con ser esto así, no se desdeña de aplicar sus oídos á la música de los hombres; razón es que los hombres se precien de hacer á lo menos lo que les fuere posible por agradalle.

El mismo cuidado y prevención que pedimos á los cantores, han de tener también todos los otros Religiosos que tienen algún oficio en el coro; de suerte que ni una lición, ni un verso, han de atreverse á decir, si fuere posible, sin tenerlo prevenido y mirado. Que no sin causa se acostumbra en las religiones, leer cada semana en el refectorio la tabla de los oficios, para que sabiendo el Religioso el que le cupo en suerte, le prevenga con tiempo y procure hacelle tan diestra-

mente, que se descubra para gloria de Dios, el cuidado de la prevención que ha tenido. Ejemplo y confusión de los que se descuidan en esto, sea el Doctor Seráfico San Buenaventura, que con ser un abismo de sabiduría, habiéndole encomendado una lición en el coro, dijo la mitad solamente que tenía prevista y pasada, y lo restante della no se atrevió á decillo, dando por disculpa no haberlo podido prevenir antes. ¡Oh singular humildad y digna reverencia de aquel conocimiento Seráfico! ¿Cómo no se confunde con tal ejemplo la soberbia y temeridad de aquellos que se atreven á decir cualquier cosa en el coro sin prevenirla? Confúndanse éstos y aprendan los demás el cuidado que han de tener y la prevención con que han de venir al lugar de las alabanzas divinas. Y celen los presidentes esto con el rigor que conviene, penitenciando á los negligentes y reprendiendo á los perezosos y descuidados. Ayudará también á esto el maestro de los novicios, acudiendo con tiempo al coro y mirando con advertencia si falta alguna cosa de las que están á cargo de sus novicios, para hacerla traer antes que se comience el oficio, porque haber de salir después de comenzado á buscalla, es falta que se debe imputar á los maestros y suele causar turbación á los Religiosos.

Toda esta preparación de que habemos hablado hasta ahora, es de menos importancia que la que han de hacer de sí mesmos los Religiosos; los cuales (como arriba dijimos) son los instrumentos con que han de hacer esta música celestial. Y así lo que con más diligencia y cuidado ha de procurar prepararse, es esto; porque como Dios es Espíritu, á lo que más atiende es al espíritu del que le alaba; y si éste no está templado, todo lo demás tiene en poco y con mucha razón. Porque es ofrecerle un cuerpo sin alma y hacerle un presente semejante al de las manzanas de Sodoma, que en castigo y memoria del pecado de aquella gente, quedaron (como se apunta en el libro de la Sabiduría) (1) con solas las apariencias hermosas y lo interior dellas es humo y ceniza. Para enseñar su divina Majestad esto que vamos diciendo, mandó (2) que el altar donde se le había de ofrecer sacrificio, fuese de piedras toscas no labradas con hierro, porque entendiesen los ministros del templo que lo sería muy grande pensar que se pagaba Dios de sola la pulideza exterior. Y si tuvo cuidado alguna vez de que lo exterior del templo se cubriese de planchas de oro y de que el arca y propiciatorio fuesen también en lo exterior hermosos y ricos, no fué porque él se cebase en estas cosas, sino porque el pueblo, llevado de la hermosura y riqueza dellas, levantase su espíritu; y por el aparato y belleza de lo que veía, viniese á conocer y reverenciar la Majestad del Dios que adoraba. De manera, que todo lo exterior y aparente de aquellas cosas iba encaminado al bien y provecho de lo interior; que es lo que su divina bondad atiende y lo que le agrada y estima.

Para que ande, pues, el espíritu recogido, es menester preparalle con tiempo; y la primera preparación ha de ser, hacer un propósito firmísimo el Religioso, de no faltar jamás en el coro á los oficios di-

(1) *Quibus in testimonium nequitiae, fumigabunda constat deserta terra, et incerto tempore fructus habentes arbores, etc.* Sap. X, 7.

(2) *Ædificabis ibi altare Domino Deo tuo, de lapidibus quos ferrum non tetigit, et de faxis informibus et impolitis.* Deut. XXVII, 5-6.

vinos, sino forzado de alguna necesidad inevitable ó de la santa obediencia. Y cuando por alguna destas causas fuere forzoso faltar en ellos, ha de sentirlo tanto como si le privasen de un contento singularísimo. Ha de tener una santa envidia á los que están en el coro y procurar acompañarlos con el espíritu, temiendo no sea castigo de sus pecados el privarle Dios de aquel rato de gloria. Tenga por grande afrenta andar vagueando por el Convento ó estarse voluntariamente en la celda ó en otra parte, cuando los demás Religiosos están cantando el oficio, que sin duda es afrenta muy grande de un soldado, andarse paseando ó estar ocioso cuando están los otros sirviendo á su Rey en la pelea. Y si (como dice San Pablo) (1) no merece comer el que no trabaja, ¿cómo se atreve á entrar con los otros en el refectorio el que huyó voluntariamente de hacerles compañía en el coro? ¿Cómo no tiene escrúpulo de comer lo que los otros ganan, el que gusta de holgarse cuando los otros trabajan? ¿Cómo se atreve á ir á comer como sano el que se exime del coro como enfermo? Cuarenta y dos años há que estoy en el yermo (dijo una vez el Abad Arsenio) en los cuales, jamás falté del oficio Divino, que osase comer aquel día bocado. Porque para mí tengo por cierto, que el monje que come sin haber primero á Dios alabado, es como el ladrón que come, no de lo que ganó, sino de lo que robó á sus prójimos. Y es acá en la Religión tanto mayor el hurto, cuanto son más pobres aquellos á quien se hace. Y el Abad Panucio respondiendo á un monje le dijo: que la tibieza y desconsuelo de los Religiosos, nacía ordinariamente de ser amigos del refectorio y enemigos del coro. Y el mesmo Abad de quien ahora hicimos memoria, dijo hablando de sí mesmo: que nunca estando en el coro se vió tentado del demonio, y en saliendo de allí, jamás se vió libre de tentaciones. Siendo, pues, esto así, ¿qué mucho hará el Religioso en hacer propósito firme de no faltar en el coro sin urgentísima causa?

Pero no ha de contentarse con sólo el propósito, sino que en oyendo el primer golpe de la campana cuando se tañe al oficio, dejadas al momento todas las otras ocupaciones voluntarias, acuda luego como enseña San Buenaventura (2), con entrañable alegría de espíritu á poner en ejecución lo que propuso, procurando ser el primero en el coro. Y especialmente han de hacer esto, los que tienen oficio de registrar lo que ha de decirse, para que antes de congregarse los Religiosos tengan ya registrados los libros y puestos en el facistol; de manera que no haya después que hacer ruido para ver de ponellos, abrillos y registrallos. También los cantores han de procurar anticiparse á los otros, para reconocer lo que está registrado y prevenir lo que se ha de cantar; y sobre todos el Vicario del coro, que es el Capitán y superintendente desta obra tan agradable á Dios. Aguardar que se taña la segunda del coro para acudir á él, hanlo de tener los siervos de Dios por cosa de grande afrenta. Porque no se instituyó en las Religiones el tañer dos veces al oficio con suficientes intervalos para hacer negligentes á los Religiosos, sino para hacerlos devotos, dándoles tiempo para poder prepararse. Y el tañer más veces y más

(1) *Quoniam si quis non vult operari, nec manducet.* II Thessal. III, 10.
(2) Bonavent. In speculo novitiorum, pars secunda, lib. III, cap. XXII.

prolijamente en las fiestas dobles y principales, fué para que con esta ocasión (teniendo más tiempo) pudiesen prepararse más de propósito, proporcionando la preparación con la solemnidad de la fiesta. Y así el aguardar la última señal para acudir al coro, es abusar de tan santo instituto y dar muestra de falta de espíritu y de mucha tibieza y flojedad. En oyendo, pues, el Religioso que se comienza á tañer al oficio, comience al momento á caminar hacia el coro, pareciéndole que el sonido de la campana es voz de algún Ángel que le convida á que vayan juntos á alabar al Señor, á quien desde que se echaron los cimientos del mundo, alaban los astros de la mañana, como se escribe en el libro de Job (1). Y si acaso estuviere durmiendo cuando la campana se tañe y se despertare con algún género de pesadumbre, no se revuelva en la cama ni se detenga un punto, sino salte della con ligereza como si le diese á fuego; porque suele el demonio á los que se andan deteniendo y emperezando, cargarlos de pesadumbre y hacer que les parezca estar indispuestos, para que con esta ocasión dejen de acudir á las alabanzas divinas. Consideren que los llaman, no á ejercicios de mucho trabajo, cuales son los que, estando en el mundo, por ventura hubieran de hacer para ganar la comida, sino á loar la Majestad y grandeza de aquel Dios á quien alaban los Ángeles, á quien adoran las Potestades, á quien se humillan los Tronos y á quien respetan los Serafines. Y miren que para hacer esto, no han de navegar mares, ni pisar lodos, ni atravesar barrios, ni mojarse los pies, ni estar al resistero del Sol, ni al hielo de la noche, sino á pie enjuto, por camino limpio y en lugar recogido, defendidos de las inclemencias del cielo y en compañía de los siervos de Dios. Consideren cuán de otra manera estuvo el Esposo toda la noche llamando á su esposa (2), cubierta la cabeza de escarcha y los cabellos aljofarados del rocío de la mañana; y ¡cuántos hay en el mundo que se les pasa la noche de claro en claro, nevando, lloviendo y helando, á la puerta de una vil mujercilla, sin que ninguna destas cosas les espante; y ellos andan emperezando por no perder un poco de sueño ó no sufrir algún tanto de frío! ¿Quién hay que no se avergüence dando de mano á la negligencia y tibieza con estas consideraciones? Vaya, pues, fuera todo lo que es pereza, y en oyendo el sonido de la campana, digan aquellas palabras de los Santos Reyes: *Hoc signum magni Regis est, eamus et inquiramus eum, et offeramus ei munera: vitulos labiorum nostrorum.* Y cuando dijeren aquella palabra *eamus*, ya han de ir caminando hacia el coro alegrándose interiormente de ver que van á hacer compañía á los Ángeles; y admirándose de la bondad de Dios, que entre las voces de los cisnes del cielo, quiere admitir en sus alabanzas graznidos de cuervos; que tales son las voces de los hombres en comparación de las de aquellos cantores celestiales.

En llegando á la puerta del coro, deje allí el Religioso todos sus cuidados y pensamientos inútiles, como se escribe que lo hacía el melifluo Bernardo, y encomiende á su Ángel que no los deje entrar de

(1) *Quis demisit lapidem angularem eius, cum me laudarent simul astra matutina, et jubilarent omnes filii Dei.* Job. XXXVIII, 6-7.
(2) *Aperi mihi soror mea, etc. Quia caput meum plenum est rore, et cicinni mei guttis noctium.* Cant. V, 2.

las puertas adentro porque no le perturben, y suplíquelo á Dios brevemente y con grande afecto. Tome agua bendita y póstrese en entrando en el coro, en alguna parte donde no estorbe la entrada á los que van viniendo. Y estando postrado, incline la cabeza profundamente al Santísimo Sacramento, y adórele con mucha humildad, diciendo aquellas palabras del Apocalipsi, que son admirables para este propósito: *Benedictio et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor, virtus et fortitudo Deo nostro in saecula saeculorum Amen.* Y dicho esto, levántese, no con aceleración, sino con mucha gravedad y sosiego, y reconociendo con una breve vista el coro, váyase á aquella parte donde viere que hay menos Religiosos. Y no sin causa se advierte esto, porque suele algunas veces acaecer, que por entrar muy apresurados y no tener advertencia en este particular, hay en la una parte del coro gran copia de frailes y en la otra muy pocos; lo cual quita mucho el decoro y buena gracia de cualquiera comunidad, cuyo concierto y orden ha de ser (según dice el Espíritu Santo) semejante al escuadrón de gente bien ordenada (1). Y demás desto, es ocasión de que los coros sean desiguales para la cantoría y de que el presidente ande mudando Religiosos de una parte á otra, lo cual se ha de evitar cuanto fuere posible. Llegado á su silla, póngase de rodillas vuelto al Altar, y estando algún tanto inclinado, cubra el rostro con la manga del hábito, para que no tenga ocasión de divertirse, poniendo la vista en los que van entrando. Alce luego el espíritu á Dios, y reconozca con brevedad su conciencia, porque no quiere su Majestad que los pecadores publiquen las obras de su justicia, ni tomen su testamento en la boca (2). Y si hallare alguna culpa en su alma, haga un acto de contrición suplicando á Dios le perdone y le caldee los labios como á Isaías, para que acierte á alaballe, y dé las partes que se requieren para estar dignamente en su acatamiento (3). Proponga de estar atento y devoto y ofrezca á Dios con afecto este propósito, para que en virtud de él, se suplan los defectos que después cometiere inadvertidamente. Considere á Dios presente, asistiendo á los divinos oficios en aquel Trono de Majestad y grandeza en que le vió el Profeta; y mire como le están haciendo estado todos los Espíritus Celestiales, llenos de un respeto amoroso y de una filial reverencia. Y pues es cierto que hay en el coro numerosa copia de Ángeles (como dijimos en el capítulo precedente) mire que ha de ponerse en medio dellos y que todos tienen puestos los ojos en él. Y pues en la presencia del Rey y de los grandes, procuraría estar con toda la composición y modestia posible, razón es que proponga tenella mientras en aquel lugar estuviere, no sólo en lo exterior del cuerpo, sino mucho más en lo interior del alma. Considere que los ojos que le miran son más que de lince y penetran hasta lo íntimo del espíritu, y que allí es donde paran y en lo que más se ceban. Y con esta consideración, que es eficacísima, podrá componer sus acciones; y en viendo que algún sentido del cuerpo ó

(1) *Terribilis ut castrorum acies ordinata.* Cant. VI, 9.

(2) *Peccatori autem dixit Deus: quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum.* Psalm. XLIX, 16.

(3) *Et volavit ad me unus de seraphim et in manu ejus calculus, etc. Et tetigit os meum et dixit: Ecce tetigit hoc labia tua, et auferetur iniquitas tua, et peccatum tuum mundabitur.* Isai. VI, 6-7.

algún pensamiento se descompone, avergonzarse ha de ver que le han visto descompuesto los ojos más puros que tiene el cielo y vuelva al punto á recogerse, procurando estar con la debida composición y modestia.

Esta es, á mi juicio, una de las consideraciones de mayor eficacia que puede haber para componer á un hombre; y para engendrar en su alma la reverencia y atención que se requiere en el oficio divino. Verdad es, que como los espíritus de los hombres son tan varios, podría ser que para algunos hubiese otras más eficaces; y en tal caso, es justo que cada cual eche mano de aquella que es más acomodada á su espíritu ó la varíe, según el misterio de la fiesta que se celebra; porque la variedad algunas veces suele despertar el gusto y acrecentar con esto la devoción. Y porque concluyamos con lo que toca á la preparación de las alabanzas divinas, digo que la más importante y poderosa de todas, es andar ordinariamente recogido y compuesto; porque pensar que un espíritu acostumbrado á la distracción y derramamiento, ha de poder recogerse en tan breve espacio, es engaño evidente. Y así el que quiere hallarse recogido y devoto en el coro, procure darse á la devoción y recogimiento fuera de él, porque Dios en este particular, suele haberse como los agentes naturales que no introducen sus formas, sino en los sujetos que están bien dispuestos. Pero si halla el ánimo del Religioso con la disposición que conviene, allí comunica su gracia, allí derrama el tesoro de sus regalos poniendo gusto en todas las cosas de su servicio. Y al fin es cierto que, á la medida de la preparación, se alcanzan las otras partes necesarias para este ejercicio; y cuando no se alcanzaren, cumplirá el Religioso con la obligación que tiene, con haber preparado el ánimo de la manera que habemos dicho.

CAPÍTULO VI

De la atención que se requiere para cumplir con la obligación del oficio divino

No menos diligencia y cuidado ha de poner el Religioso en las cosas que deben acompañar el oficio divino, que en las que le preceden; porque poco aprovecha haberse preparado con gran vigilancia para hacer una obra, si después en la ejecución della, por hacerla remisamente, se cometen algunas faltas. Y entre las cosas que se han de procurar para esto, las más principales son aquellas tres tan encomendadas de todos los que escriben desta materia, es á saber: atención, reverencia y devoción, á las cuales han de acompañar algunas otras que adelante diremos. La atención es como una vista cuidadosa del entendimiento, con la cual está siempre teniendo cuenta y mirando ó á las palabras que se dicen, ó al sentido dellas, ó al objeto y blanco á donde se encaminan esas mesmas palabras. De lo cual se collige, que

(como dice Navarro) (1) tres maneras puede haber de atención en el oficio divino: la primera es acerca de las palabras, la segunda acerca de lo que significan y la tercera acerca del fin y objeto de las alabanzas divinas, que es Dios. La primera es una advertencia particular y un cuidado quieto que ha de tener el que reza, para no dejar alguna palabra, sino decirlas todas enteramente de la manera y por el orden que la Iglesia tiene dispuesto. Y aunque esta especie de atención es la de menos quilates, pero no es la de menos necesidad, porque sin ella, aunque concurran todas las otras partes, no pueden cumplir con su obligación los que la tienen de rezar el oficio divino. Y la razón es porque como la integridad sea precisamente necesaria (como todos lo afirman y se collige de un lugar del Decreto) (2) también lo será todo aquello, sin lo cual no puede el entendimiento juzgar y quedar satisfecho, de que realmente ha cumplido con la dicha integridad. Y como ésta conste de la concurrencia y unión de todas las partes juntas que son las palabras, es cierto que no podrá bien juzgarse si se han dicho todas, si no se atiende con algún cuidado á que ninguna se deje. Y así los que por estar algo aprovechados tratan de tener el entendimiento elevado, cuando van rezando el oficio han de mirar que no se descuiden totalmente desta manera de atención, porque no falten á la obligación que tienen de rezar enteramente sus horas ó cualquier otro género de oración vocal que sea obligatoria. Para cumplir, pues, con esta manera de atención, debe el Religioso mirar, que aunque sepa las cosas de memoria, no ha de fiarse mucho della, porque es frágil y deleznable, particularmente con las ocasiones de distracción que por momentos se ofrecen. Y donde menos ha de fiarse della, es en algunos lugares de los Salmos y Cánticos en que hay muchos versos que acaban de una mesma manera, donde es cosa fácil (si no hay particular advertencia) pasarse del uno al otro y dejar algunos por descuido culpable. Todo lo cual se ataja, con procurar siempre ir mirando al breviario ó al libro por do se reza; porque haciéndolo así con un razonable cuidado, aunque se divierta algún rato impensadamente, y aunque después se le ofrezca duda de si dejó de decir alguna cosa, no tiene que reiteralla, sino dar de mano al escrúpulo. Porque, pues, miró siempre al libro con cuidado de no dejar cosa alguna, es muy probable que diría enteramente todo lo que en el libro estaba, aunque el pensamiento, por ser tan instable se derramase á pensar otras cosas inadvertidamente. Pero el que, confiado de su memoria, dejase voluntariamente de mirar al libro para irse satisfaciendo de lo que dice, ¿qué prenda podría tener de seguridad, pues no hizo de su parte buenamente lo que pudo para asegurarse? Cierto en cosa tan importante, razón es quitar ocasión de dudas, y esto se hace mirando al libro con algún diligente cuidado. Y guárdense de no andar sincopando dicciones ó comenzando el verso antes que el otro coro le acabe, ó dejando de pronunciar alguna palabra con la lengua, aunque con la imaginación la pronuncien; porque todo esto repugna á la integridad del oficio, y se encomienda en algunos Concilios (3) el cuidado de evitar estas

(1) Navarrus in c. *quando* nota XXIII, núm. 3.
(2) Glosa in c. *dolentes* de celebr. mis.
(3) Vide concilium Treverense sub Archiepiscopo Joanne.

faltas y lo pondera mucho Navarro en lo que escribió sobre el capítulo *Quando*.

La segunda manera de atención es, cuando al tiempo que la lengua va pronunciando las palabras del oficio divino, va juntamente el entendimiento atendiendo á lo que significan aquellas palabras, y la voluntad acompañándole con afectos interiores proporcionados á lo que se va diciendo. De manera, que no se contenta el que reza con sólo atender á las palabras para decillas enteramente, sino que procura ultra desto, ir diciendo con el alma lo que pronuncia la lengua, deseando alcanzar aquello que va pidiendo, ora sea para gloria de Dios, ora para bien suyo, ora para el provecho del prójimo.

El modo que se ha de tener para despertar esta manera de afectos, diremos más adelante; baste ahora advertir, que esta segunda especie de atención, es tanto más excelente y fructuosa que la primera cuanto se aventaja un cuerpo con alma á otro sin ella; porque el alma de las palabras, es el sentido dellas, y así el que atiende á éste, hace oración con espíritu, que es la que á Dios mueve y le agrada. Y el melifluo Bernardo quiere que se tenga esta atención tan puntualmente, que mientras el Religioso está en el oficio divino, no le permite dar lugar á otro pensamiento por bueno que sea, sino á solos aquellos que convienen con lo que va rezando, y dícelo con palabras de grande encarecimiento. Habéis de evitar (dice hablando con sus Religiosos) no solamente los pensamientos ociosos é inútiles, pero aun otros muchos que fuera de aquel lugar sería lícito y necesario el ocuparse en ellos, como son los que pertenecen á la providencia del sustento y necesidades de los hermanos. Y más digo, que ni aun los pensamientos de las cosas que en el claustro leísteis en vuestros cartapacios, aunque sean de las que yo os he dicho inspiradas por el Espíritu Santo, no os aconsejo que los admitáis estando en los divinos oficios. Porque aunque son buenas y saludables, mas no es cosa saludable el pensallas, cuando se pagan las alabanzas divinas, en las cuales no puede ser agradable al Espíritu Santo cosa alguna que se le ofrezca, si por razón della se menosprecia lo que es más conforme y propio á aquel ejercicio. Todo esto dice San Bernardo. Y dello es razón que collijan los Religiosos, cuánta solicitud y cuidado se ha de poner en dar de mano á los pensamientos dañosos ó inútiles que nos combaten estando en el coro; pues dice este Santo: que aun los que son muy buenos, no han de ser admitidos en aquella ocasión, cuando son de cosas que no pertenecen á lo que se va rezando. Mas para quitar escrúpulos y enseñar lo que se ha de tener en esto, se advierta, que aunque esta manera de atención es admirable, pero no es necesaria absolutamente ni para cumplir con la obligación del oficio divino, ni para que sea meritorio lo que se reza. Porque de aquí se seguiría que las Religiosas que rezan en latín sin entendello, ni cumplirían con su obligación, ni merecerían en ello, lo cual es falsísimo. Porque muchas personas hay que no entienden el sentido de lo que rezan y cumplen con su obligación mucho mejor y con más merecimiento que los muy letrados. Como leemos de algunos Santos ermitaños simplicísimos, y de muchas doncellas ignorantes, que sin entender lo que rezaban, se hallaban transportados entre los coros de los Serafines compitiendo su espíritu con el de ellos en las

alabanzas de Dios. Porque aunque no entendían lo que pronunciaban, pero creían que en los divinos oficios que la Iglesia tiene ordenados, se contienen alabanzas divinas, hacimientos de gracias, peticiones saludables y otras cosas inspiradas por el Espíritu Santo y por el consiguiente agradables á su divina bondad. Y contentos con sólo entender que agradaban á Dios en lo que hacían, se ocupaban con tan grande gusto en este ejercicio, que quisieran ser incansables como los Ángeles para ocuparse perpetuamente en él. Y con esta consideración fundada en la fe de la Iglesia, suplían con grandes ventajas el defecto de la ignorancia. Pero á los que Dios ha hecho merced de dalles inteligencia de lo que dicen, es razón que atiendan á ello, procurando dar de mano á otro cualquier pensamiento y sólo tener en el corazón lo que se pronuncia con la lengua, porque si voluntariamente están distraídos, serán semejantes á aquellos de quien se quejó Dios diciendo (1): Este pueblo con los labios me honra y con el corazón está lejos de mí. Estos son aquellos con quien habla el glorioso mártir San Cipriano y les dice (2): ¿Cómo pides que te oiga Dios, si tú no te oyes á ti mesmo? ¿Cómo quieres que Dios se acuerde de ti cuando le oras, si tú mesmo no tienes de ti memoria? ¿Por qué quieres que Dios te entienda, si tú mesmo no te entiendes? Cierto la oración de estos tales, ni es agradable á Dios ni fructuosa á ellos mesmos, porque como dice San Pablo (3) la oración de solos los labios es sin fruto, y para sacar della provecho, es necesario que acompañe el espíritu á la lengua, lo cual se hace cuando el espíritu va atendiendo á lo que la lengua va pronunciando. Verdad es, que si el entendimiento acompañado de afectos de voluntad está elevado, y atendiendo al objeto de las alabanzas divinas, no será defecto dejar de atender al sentido de las palabras, como acaece muchas veces en los varones contemplativos; porque en tal caso, tienen la tercera manera de atención, la cual incluye en sí el valor de las otras, como se incluye en el oro el valor de los otros metales.

Para que mejor esto se entienda es de saber, que el blanco y paradero adonde las saetas de las alabanzas divinas van asestadas como á fin principal, es Dios. Y de aquí se sigue, que aquel cumple más perfectamente con el fin de sus alabanzas, que con mayor afecto de amor le alaba, no perdiendo de vista su divina presencia, en lo cual consiste la tercera especie de atención que arriba dijimos. Declarémoslo con un ejemplo para que conste á todos.

Entra un Religioso en el coro y para preparar su espíritu como es justo, pónese á considerar la grandeza y Majestad del Señor, en cuyas alabanzas ha de ocuparse. Y sucede, que como tiene dispuesto el ánimo para recibir las influencias y dones del cielo, en comenzando á rezar, comienza el entendimiento á admirarse de aquella Majestad infinita, y á quedar absorto en la inmensidad del piélago inexhausto de la divina grandeza, despertándose con esta luz la voluntad al amor de aquel excelentísimo objeto y uniéndose con él íntimamente con actos

(1) *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me.* Mat. XV, 8. Isai. XXIX, 13.

(2) Ciprianus, serm. VI de oratione dominica.

(3) *Nam si orem linguá, spiritus meus orat, mens autem mea sine fructu est. Quid ergo est? Orabo spiritu, orabo et mente,* I. Cor. XIV, 14-15.

de caridad. Este tal, tiene la tercera manera de atención de que vamos hablando. Y si acaeciese que en esta consideración y elevación de espíritu se le pasase todo el tiempo que dura el decir el oficio, sin atender al sentido de las palabras que va pronunciando, claro está que no por eso dejaría de cumplir altísimamente con la obligación del oficio divino. Porque aquel se dice cumplir más perfectamente con una cosa, que alcanza con mayor perfección el fin della, y como el fin de las alabanzas divinas sea el conocimiento y amor de Dios para gloria suya y provecho nuestro, y esto se alcance perfectísimamente con esta manera de atención; síguese, que el que llega á tenella, es el que mejor cumple con la obligación del oficio divino. Con tal que por atender á la alteza del objeto que considera, no se descuide de ir juntamente diciendo las palabras de lo que va rezando, porque si las dejase, aunque fuese por ocasión de un altísimo arrobamiento, no cumpliría con la obligación que tiene, antes quedaría obligado á decir cuando en sí volviese, todo aquello que probablemente entendiese haber dejado de pronunciar estando arrobado; porque la integridad, como arriba dijimos, es de esencia del oficio divino, para lo que es cumplir lo que debe el que está obligado á rezalle. Y adviértase, que aunque la divinidad de Dios es el objeto ultimado y principal de este ejercicio, pero el que atendiese mientras reza á los misterios de la humanidad de Cristo, pensando en su pasión, en su muerte, ó algún otro misterio, como lo hacen algunos, que para cada hora tienen señalado un paso de la pasión, también cumplirá con su obligación como lo notó Navarro (1), alegando la doctrina de Cayetano.

Una de las tres atenciones susodichas, es precisamente necesaria para cumplir con la obligación del oficio divino; pero no se desconsuelen los que no pueden alcanzalla, haciendo lo que es de su parte, porque Dios que sabe la instabilidad de nuestro pensamiento, no nos obliga á que estemos atentos, sino á que hagamos lo que pudiéremos por estarlo. Y esto habemos de procurallo con muchas veras, si queremos hallar gusto en el oficio divino. Porque las cosas que en él se dicen, son manjares espirituales que, como dice el melifluo Bernardo, es necesario mascallos con los dientes de la inteligencia y detenellos con la consideración sobre el paladar del alma, para sentir el suavísimo sabor que hay en ellos. ¿Qué manjar puede haber por gustoso que sea, que tragándole sin mascar cause gusto? ¿O de qué se admiran los Religiosos, de lo poco que gustan deste ejercicio, si le tragan entero sin atención y consideración alguna? La letra mata, dice el Apóstol (2), y el espíritu vivifica; pues quien atiende á sola la letra, sin procurar sacar el espíritu que hay en ella, ¿qué mucho que se canse y desmaye, pues trata de una cosa sin vida? Forzosa cosa es haber de cansarse el que en la letra no considera el espíritu. Pero el que canta, como el Apóstol dice (3), no sólo con el aire de la boca, sino también con la mente, echará de ver si es verdad lo que dijo Cristo: que sus palabras son espíritu y vida (4). Y que es cierto lo que dice el

(1) Navarrus, In c. *quando* cap. XIII, núm. 31, Caiet. XXII, q. LIII art. XIII.
(2) *Littera enim occidit, spiritus autem vivificat.* II. Cor. III, 6.
(3) *Psallam spiritu, psallam et mente.* I. Cor. XIV, 15.
(4) *Verba quae ego locutus sum vobis spiritus et vita sunt.* Joan. IV, 64.

sabio: que el espíritu del Señor excede á la miel en dulzura (1). Por este camino viene el alma, como dice Isaías, á deleitarse en la grosura del cielo (2); y desta manera, como afirma David, se viene á hacer grueso nuestro holocausto (3). Desta suerte aplacamos al Rey de la Majestad, agradamos á los Príncipes de la milicia celeste y finalmente tenemos propicia toda la Corte Celestial. Pues, ¿quién no se esfuerza para alcanzar bienes tan singulares y mercedes tan soberanas? ¡Oh negligencia digna de ser llorada la de todos aquellos que, metidos entre tanta dulzura, hallan desabrimiento! ¡Oh descuido merecedor de grave castigo el de los perezosos, que por no esforzarse á sacudir de sí la tibieza, quedan helados de frío estando en medio del fuego! ¡Oh Tántalos desdichados que teniendo el agua de la gracia casi á la boca, y los manjares cestiales tan cerca della, están muriendo de sed y pereciendo de hambre! Estos son aquellos á quien alcanza de medio á medio la maldición con que Dios amenazó á su pueblo por el Profeta Micheas diciendo (4): Sembrarás y no cogerás, pisarás la oliva y no te ungirás con el aceite, y el mosto y no beberás del vino. El obrar bien se llama sembrar en la Sagrada Escritura. Y el sacar fruto de las buenas obras se llama coger; y así decir el Profeta al pueblo que sembraría y no cogería, fué decirle que no sacaría fruto de las buenas obras que hiciese, antes sería todo para él esterilidad y pobreza; lo cual acontece á aquellos que hacen las buenas obras sin consideración y remisamente. Porque, como dice el Espíritu Santo (5): La mano remisa obra esterilidad. ¿Quién siembra tan buenas obras como los Religiosos cuando se ocupan en rezar el oficio divino? ¿Quién pisa la oliva sino ellos cuando están en el coro alabando las misericordias de Dios? ¿Quién sino ellos andan metidos en el mosto cuando asisten al cantar de los Salmos y al decir las horas Canónicas? Pues cada cual ponga la mano en su seno y eche de ver qué fruto cogió de lo que ha sembrado. ¡Qué grosura de devoción del aceite que ha pisado! ¡Y qué embriaguez del espíritu del mosto en que anda metido! ¿quién se llevó aquel fruto? ¿quién se ungió con aquel aceite? ¿quién se embriagó con aquel vino? Cierto no ellos, porque de todo salen por la mayor parte sin espíritu y devoción. Sembraron viento, dice Dios por un Profeta (6), y cogieron torbellino, no habrá entre ellos montón que llegue á colmo. Los renuevos del trigo no darán harina, y si la dieren, comérsela han los extranjeros. Claro está que del viento no se puede esperar sino torbellino, y así los que siembran viento, engáñanse si esperan coger otro fruto. ¿Pues no está claro que las palabras sin espíritu son viento? Luego viento siembran los religiosos que dicen el oficio divino sin espíritu de devoción; y así lo que cogen es el torbellino y estruendo que hace su voz en el coro. Y entre estos tales, dice que no habrá montón que llegue á colmo, porque los que carecen de espíritu nunca

(1) *Spiritus enim meus super mei dulcis.* Eccli. XXIV, 27.

(2) *Audite audientes me, et delectabitur in crassitudine anima vestra.* Isai. LV, 2.

(3) *Memor sit Dominus sacrificii tui, et holocaustum tuum pinguescat.* Psalm. XIX, 4.

(4) *Tu seminabis et non metes, tu calcabis olivam, et non ungeris oleo, et mustum, et non bibes vinum.* Mich. VI, 15.

(5) *Egestatem operata est manus remissa.* Prov. X, 4.

(6) *Quia ventum seminabunt et turbinem metent, culmus stans non est in eo, germen non faciet farinam, quod et si fecerit alieni comedent eam.* Osee. VIII, 7.

llegan á hacer montón de merecimientos. Y los renuevos que son los principios de la devoción con que éstos comienzan algunas veces á cantar los divinos oficios, no darán harina, porque los remisos y perezosos, ya que alguna vez comiencen con devoción el ejercicio de las alabanzas divinas, casi siempre les falta perseverancia, que es la que corona las buenas obras. Y el decir que si dieren harina la comerán los extranjeros, es dar á entender que el fruto de las alabanzas que ellos cantan á Dios, muchas veces le cogen otros, comiéndoseles la flor de la harina, como adelante diremos, dejándoles los salvados. Lo cual dió á entender el mesmo Profeta en otro lugar por estas palabras: Hízose, dice Dios hablando á su pueblo, Ephrain para conmigo, pan subcinericio que le cuecen y no le vuelven: comieron los extranjeros su fuerza y él no lo supo (1). Cuadran maravillosamente estas palabras á los Religiosos que se ocupan en los divinos oficios, asistiendo en ellos con sólo el cuerpo sin el espíritu; porque el pan subcinericio que se cuece al rescoldo del fuego sin que le vuelvan de la otra parte, tiene esto: que mirada la sobrehaz, parece que está cocido y penetrado del fuego, pero realmente no es ello así, sino que está crudo en lo interior y no tiene de cocido sino solas las apariencias. Tales son, pues, los Religiosos que con apariencias de santidad van al coro, y no están atentos á lo que van rezando. Tienen buenas las apariencias porque hacen oficio de Angeles y así parece que tienen espíritu Angélico; pero Dios que mira lo intrínseco hasta llegar á lo interior del corazón, echa bien de ver si el fuego de su amor y el calor de la devoción entra allá dentro. Y es mucho de ponderar, que también en este lugar como en el otro, dice el Profeta que se comieron los extranjeros la fuerza del pan, que es la flor de la harina. ¿Quién son, veamos, estos extranjeros que se comen el fruto de lo que los Religiosos trabajan? Cierto, no son otros sino los seglares que acuden á las Iglesias á oir los oficios divinos. Estos son los que se comen la fuerza del pan, porque tomando ocasión de levantar el espíritu á Dios, movidos de las alabanzas que oyen, le adoran y reverencian, saliendo después de la Iglesia con espíritu fervoroso y con ardientes deseos de servir á tan soberano Señor. Y por el contrario, los Religiosos que asisten sin espíritu en este ejercicio, no solamente no sacan provecho, pero salen cargados de culpas y sujetos á la maldición del Profeta que dice (2): maldito el hombre que hace la obra de Dios con negligencia.

CAPÍTULO VII

De la reverencia con que se ha de asistir en el coro á las alabanzas divinas

La segunda cosa que dijimos haber de acompañar al oficio divino y ser necesaria para que se diga con la decencia que conviene, es la reverencia. La cual, según sentencia de San Buenaventura y de

(1) *Efraim factus est subcinericius panis, qui non reversatur. Comederunt aliem robur ejus, et ipse nescivit.* Osee. VII, 8-9.
(2) *Maledictus qui facit opus Domini fraudulenter.* Ier. XLVIII, 10.

Gersón, puede ser en dos maneras, porque una hay interior y otra exterior. La interior consiste en tenerse el hombre por vil en comparación de otro, respetándole por la ventaja que en él conoce. Como lo hacía el Patriarca Abraham cuando decía (1): Aunque soy polvo y ceniza, hablaré á mi Señor. Y según esto, á la reverencia interior pertenece asistir en el coro con aquel temor, humildad y respeto que tendríamos, si viésemos á Dios presente con los ojos corporales; pues realmente ello es así que lo está con particular asistencia en los lugares donde se juntan sus siervos para alaballe, como lo afirmó el gloriosísimo Padre San Benito en su regla. Por lo cual, aunque en todos los lugares debemos respetalle y temelle, pero en entrando en el coro particularmente nos habemos de acordar, según doctrina de San Buenaventura, de lo que dice el Profeta (2): Servid á Dios con temor y alegraos delante de él con temblor; y de lo que aconseja San Pablo á los Hebreos (3), es á saber: que sirvan á Dios con miedo y con reverencia. Y si bien lo miramos, en ninguna ocasión mostró Cristo, como lo notó Humberto, tan grande enojo, ni tan ardiente celo, como en castigar á los que en el templo estaban con poca reverencia (4), en lo cual dió muestra de lo mucho que siente la irreverencia que se tiene en los lugares sagrados, cuales son la iglesia y el coro.

El Religioso, pues, que desea alcanzar la reverencia interior en las alabanzas divinas, atienda, como dijimos en el capítulo precedente, que está en el acatamiento de la Majestad infinita, entre los coros de los espíritus Angélicos. Y considere con atención la grandeza del Señor ante quien asiste y su propia pequeñez y bajeza, y comparando estos dos extremos, echará de ver que cualquier humildad es pequeña, según es grande la desproporción que hay entre el uno y el otro, y que él es menos que nada en comparación de aquel infinito ser. De aquí le nacerá el encogerse y recogerse al abismo de su nada y el admirarse de tan humana condescensión, cual es la de aquella divina grandeza en estar atendiendo y deleitándose en nuestras alabanzas. Y absorto en esta consideración, sentirá en sí un respeto admirable con que el alma se compone y recoge, viéndose en la presencia de una Majestad tan inmensa. De aquí le nacerá el procurar con cuidado que concuerde lo interior del espíritu con la voz exterior, apartando el pensamiento de todo lo que no es Dios, porque echará de ver que no es buena reverencia dar á Dios las palabras, y el corazón á los cuidados del siglo. Y si quisiere ver cuán agradable es á Dios esta reverencia, considere aquellas palabras del Apóstol San Pablo, que tratando de la oración que Cristo hizo en la cruz á su Padre vino á decir: que fué oído por su reverencia (5). Donde es mucho de considerar que habiendo concurrido en la oración de Cristo perfectísimamente todas las circunstancias que pueden desearse en una oración bien circunstanciada; de sola la reverencia quiso echar mano el Apóstol, para

(1) *Quia semel coepi, loquar ad Dominum meum, cum sim pulvis, et cinis.* Gen. XVIII, 27.

(2) *Servite Domino in timore et exultate ei cum tremore.* Psalm. II, 11.

(3) *Habemus gratiam per quam serviamus placentes Deo, cum metu et reverentia.* Hebr. XII, 28.

(4) *Et cum fecisset quasi flagellum de funiculis, omnes eiecit de templo.* Joan II, 15.

(5) *Cum clamore valido et lacrymis offerens, exauditus est pro sua reverentia.* Hebr. V, 7.

decir que por ella había sido oída su petición, como dando á entender que esta es la que mira Dios con particular afecto para conceder lo que se le pide. Y no se han de entender las palabras del Apóstol solamente de la reverencia pasiva de Cristo, que era la que se debía á su divina persona, sino también de aquel respeto filial que tenía en el alma y con que reverenciaba á su Padre, cuando alguna cosa le suplicaba. Y según esto, de grande importancia es á los Religiosos para ser oídos, trabajar cuanto les fuere posible por alcanzar esta reverencia interior, cuando asisten en las alabanzas divinas

La reverencia exterior consiste en manifestar con señales exteriores, el culto interior del alma. Como cuando uno se postra delante de otro, ó inclina la cabeza ó la descubre, ó da otras algunas muestras de respeto con que manifiesta lo que le estima y respeta allá en lo interior. Tal era la reverencia que mostraban aquellos veinticuatro viejos del Apocalipsi (1), arrojando sus cetros y coronas por tierra delante del Cordero, para mostrar el respeto interior de sus almas y confesar, con aquella ceremonia reverencial, que no eran cetros sus cetros, ni coronas sus coronas, en presencia de su Majestad y grandeza. Pertenece, pues, á esta reverencia exterior, la gravedad, composición y modestia de la persona, procurando tener cuidado de que todos los miembros del cuerpo estén compuestos y de que sus acciones y ceremonias se hagan á su tiempo, en su ocasión y de la manera que la disciplina monástica enseña, según la santidad del lugar. Y repugna á esta mesma reverencia, todo aquello que tiene algún resabio de liviandad y descomposición, como el estar en el coro con los ojos garceros mirando á una parte y á otra, y registrando cuanto allí se hace, y el atender á los que entran y salen, ora sea para notar sus faltas, ora por sola curiosidad. Porque de allí suelen proceder risas vanas, nacidas de ver algunos descuidos; juicios temerarios de los que vienen tarde ó se van temprano del coro, y otras mil vagueaciones del pensamiento, que movido de las especies que de nuevo recibe, no es posible dejarse de inquietar. Y así debe el Religioso estar advertido que en el coro no es lícito alzar los ojos sino para mirar al libro ó alguna imagen que le ayude á levantar el pensamiento á las cosas del cielo, ó por alguna otra cosa precisamente necesaria, que no se puede excusar. También es irreverencia tener los brazos caídos, la cabeza torcida, los pies sobradamente apartados y desiguales, ó alguna otra postura de las que tienen por gallardía los mozos, entre la gente seglar. Estar asentado con las piernas muy extendidas ó con las rodillas sobradamente apartadas, ó con el cuerpo recostado á un lado ó á otro, ó muy acorbado hacia el suelo, todo es indicio de ánimo irreverente y poco disciplinado. Porque la disciplina monástica enseña que el Religioso estando asentado, y en especial en el coro, ha de tener el cuerpo derecho, los ojos bajos, los brazos juntos delante del pecho, el oído atento á lo que se dice, las piernas religiosamente encogidas, los pies iguales y juntos, y el hábito extendido con la debida composición. También estando en pie puede perderse la reverencia exterior faltan-

(1) *Et cum darent illa animalia gloriam, etc. Procidebant viginti quatuor seniores ante sedentem in throno, et adorabant viventem in saecula saeculorum et mittebant coronas suas ante thronum.* Apoc. IV, 9-10.

do la disciplina, porque el arrimarse notablemente al respaldar de la silla y el tener los codos puestos sobre los brazos della, estribando en ellos como quien está muy cansado; y el ponerse de pechos recostado, ó puesta la mano en la mejilla y el echarse hacia atrás descompuestamente torciendo el cuerpo con alguna deformidad, y finalmente cualquiera descompostura de los miembros del cuerpo, es argumento de poca reverencia y de espíritu tibio y relajado. Aprenda el Religioso á tener respeto á su Dios, de los que sirven á los señores del siglo, á los cuales acaece estar muchas horas como estatuas inmóviles, sin osar arrimarse, sin mover pie ni mano, ni otro miembro del cuerpo por no ofender con algún movimiento liviano á los ojos de sus señores á quien desean servir y agradar.

Séales ejemplo aquel paje del gran Alejandro, que estando en su presencia alumbrándole, y viniendo á acabarse la antorcha con que le alumbraba, con admirable constancia se dejó abrasar la mano en que la tenía, por no hacer algún movimiento descompuesto que pudiese ofender á su amo. ¡Oh confusión grande de aquellos que en la presencia de Dios, con muy pequeña ocasión se descomponen, y de los que piensan hacer grande hazaña en asistir á sus alabanzas con algún género de compostura!

Otras cosas aún más menudas advierte el Doctor Seráfico San Buenaventura, que son indicios de irreverencia, como son el poner la mano en el pecho ó espaldas por debajo de la capilla, el andar mudando lugares, ó sin mudarlos el estar inquieto haciendo algún movimiento no necesario, como es ladearse á una parte y á otra, ó andar con las manos jugando ó con los pies escarbando el suelo, ó cosas semejantes á estas; todas las cuales, aun á las leyes políticas del siglo, son repugnantes. ¿Qué diré de los que se están dormitando, emperezándose ó bostezando, sin hacer diligencia por dar de mano á estas cosas? Claro está que estos tales dan muestra de ánimo tibio, irreverente y perezoso. La oración atenta, como dice la Iglesia en un himno (1), prohibe al corazón limpio el sueño, y pues todas las cosas susodichas, son indicios de espíritu soñoliento, es cierto que quien no procura atajallas, ó no tiene el corazón limpio ó no desea atención en lo que va rezando.

Y aunque en todas las ocasiones es cosa digna de reprensión el estar dormitando con ánimo flojo y tibio; pero entonces lo es más, dice San Buenaventura, cuando la negligencia culpable que hay en procurar sacudir el sueño, es causa de que, ó se deje de rezar alguna parte del oficio, ó de que se pierda la atención á lo que se está diciendo en el coro. Porque en tal caso, hay obligación de volver á decir todo aquello que dejó de decirse ó de oirse por negligencia culpable. ¿Qué dirán á esto los que sintiéndose acosados del sueño, por su flojedad y tibieza no sólo no hacen diligencias para sacudirle de sí y despertarse, pero aun buscan donde arrimarse ó donde estar recostados para que crezca el sueño? Cierto avergonzarse deberían estos tales de ver que el gallo, para alabar á Dios con su canto, primero se hiere á sí mesmo con las alas para desterrar el sueño, y después canta, porque la natu-

(1) *Intenta supplicatio dormire cor mundum vetat.* Prudent. in hymn. Laudum

raleza le ha enseñado que no es el cantar para soñolientos. Y esta es la causa porque el divino Ambrosio dijo en un Himno (1), que el gallo despierta á los perezosos y arguye á los que no dan de mano al sueño; porque lo que él hace es una tácita reprensión de la flojedad y tibieza de los tales. Debe, pues, el Religioso cuando se sintiere tibio ó soñoliento, ponerse en parte donde no se pueda arrimar ni recostarse, y darse algunos pellizcos ó tirarse de los cabellos, ó hacer otra cosa semejante; para que estas diligencias sirvan como de espuelas para avivarse y despertar el cuerpo dormido y lerdo. Aprovecha mucho también el esforzar la voz dando espíritu á lo que se canta, porque hay algunos que cantan tan flojamente, que no sólo alimentan el sueño en sí mesmos, pero aun lo causan á los demás. ¡Oh negligencia digna de ser reprendida! ¡Oh descuido notablemente culpable! Acuérdense estos tales que ninguna cosa encomienda Cristo más veces ni con mayor encarecimiento que la vigilancia (2). La cual, aunque en todo tiempo es muy necesaria, porque siempre andamos cercados de enemigos, pero en las alabanzas divinas es necesarísima, porque allí están los soldados de Cristo como en centinela, en compañía de la milicia celestial de los Ángeles. Y de aquí es que hablando Dios por un Profeta de sus alabanzas, juntó el oficio de centinelas con el de los que le alaban diciendo (3): Sobre tus muros, Jerusalén, puse centinelas y guardas, los cuales no cesarán de día ni de noche de alabar el nombre del Señor.

También pertenece á la reverencia, el atender de tal manera en el coro á lo que es propio de aquel lugar, que el rato que están en él los Religiosos, no se ocupen en otra cosa por buena que sea, sino en aquella para que el coro se hizo y para que ellos se juntaron en él, que es para cantar á Dios alabanzas. Para observancia desto es de advertir que el demonio, envidioso de la gloria de Dios y del bien y provecho de sus siervos, procura con todas las veras posibles, interponer en las alabanzas divinas algunas cosas impertinentes, que aunque de su naturaleza no son malas, pero por razón de la circunstancia del lugar y del tiempo, lo son; porque ó impiden otras mejores ó son causa de que las buenas se hagan menos bien de lo que sería justo. Y para esto procura, que cuando acuden los Religiosos al coro, lleven consigo libros en que leer, ora sean de devoción, ora de cosas de estudio, ora de otras materias, según el gusto de cada cual. Y cuando llegan las ocasiones en que se deja de cantar en el coro, como es cuando se tañe el órgano ó cuando en el altar se cantan las oraciones, ó el Evangelio ó la Epístola, ó el Prefacio ó el Pater noster, sacan sus libros y el uno se pone á rezar sus devociones, el otro á pasar sus estudios y el otro á rezar las horas que trae rezagadas, y aun podría ser que alguno de industria las guardase para aquella ocasión por ahorrar un poco de tiempo. Y de aquí se sigue, que cuando han de acudir al facistol á cantar con los otros, necesariamente han de faltar ó al oficio que rezan, haciendo quiebras en lo que van diciendo, ó á lo

(1) *Gallus jacentes excitat, et somnolentos increpat, gallus negantes arguit.* Ambros. in Hymn. Laudum Domin.

(2) *Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.* Mat. XXV, 13.

(3) *Super muros tuos Ierusalem constitui custodes, tota die et tota nocte in perpetuum non tacebunt.* Isai. LXII, 6.

que se debe á la comunidad, no acudiendo á ayudalla en sus ocasiones y tiempos. Y acaece algunas veces por esta causa, que siendo muchos los que están en el coro, son muy pocos los que llevan el trabajo de él; porque por atender á sus cosas particulares dejan de acudir á las comunes, y así ni pagan bien el oficio divino los que entonces le rezan, porque le rezan interpolado y con quiebra, ni agradan á Dios con sus devociones porque las dicen sin devoción y fuera de tiempo, ni aprovechan en sus estudios porque en castigo de que ellos hurtan á Dios el tiempo que era suyo, él les ofusca los entendimientos, quitándoles lo que habían de aprovechar si estudiaran en su tiempo y lugar, ni sacan provecho de la asistencia del coro, porque asisten en él con menos decencia de la que deben; y de aquí es que, como en otro lugar dijimos, allí contraen nuevas culpas, donde habían de alcanzar el perdón de las ya cometidas. El Religioso, pues, que desea no ser defectuoso en esto y cumplir con su obligación como debe, trate en el coro de sólo aquello que actualmente se está celebrando, y en los intervalos que hay cuando la comunidad no canta, considere los misterios que se celebran ó los que más le movieren á devoción, atendiendo siempre á estar pronto á lo que se ofreciere, cantando cuando los otros cantan y saliendo al facistol cuando salen, y finalmente no faltando á cosa alguna de las que los otros hicieren; y cuando en esto fuere negligente, no conformándose con los demás Religiosos, entienda que es miembro desconcertado, y que cuanto es de su parte quita el decoro al cuerpo de la comunidad. Y para que en esto haya el recato que conviene, deben los presidentes celar mucho la observancia destas cosas, aunque parecen pequeñas, y no permitir á nadie que estando en el coro tome libro en la mano, si no es que sea para ver lo que se va diciendo ó ha de decirse; y mucho menos permitan que allí se lean billetes ó cartas ó cosa semejante, porque es cosa de grande indecencia. Y si la necesidad de algún caso repentino, inevitable, forzare á hacer algo desto, apártese el que hubiere de hacello á algún lugar donde los demás no tomen ocasión de divertirse ni pueda parecer que allí se hace otra cosa que no sea perteneciente á tan santo lugar. Esto encomiendan con grande encarecimiento los sacros Concilios, y especialmente el de Basilea en la sesión 21. Y el Senonense en el capítulo 8 de la quinta parte. Y el de Tréveris en el capítulo que trata de las horas Canónicas. Y en el primero y quinto Mediolanense, donde se trata de la asistencia del coro y divinos oficios. Y he querido citar tan en particular los lugares destos Concilios, para que echen de ver los Religiosos de cuánta importancia deben ser estas cosas, aunque no lo parecen, pues en los sagrados Concilios se hacen Decretos particulares para encomendar la observancia dellas.

También pertenece á la reverencia la guarda del silencio en el coro, y debajo del nombre de silencio entendemos no solamente evitar las confabulaciones y parlerías, sino también cualquier otro género de ruido. Para lo cual, entienda el Religioso que le está totalmente prohibido el hablar en el coro, si no fuera cosa brevísima y con necesidad inevitable. Y si considera la Majestad del Señor con quien está hablando y el respeto y reverencia que se le debe, echará de ver la razón que hay para poner cuidado y diligencia en una cosa tan justa.

Porque si en las conversaciones del siglo se tiene por descortesía y poco respeto volver el rostro sin mucha necesidad para hablar con una persona estando hablando con otra, ¡cuánto mayor descortesía será, estando hablando con Dios, volverse á hablar con una criatura! Razón es, por cierto, que no se le niegue á Dios lo que á cualquier hombre honrado se le concede, que es no dejarle con la palabra en la boca por ocasiones leves y que sean reprendidos ásperamente de los Prelados, los que en esto fueren defectuosos. Y para que la reprensión haga efecto, sean ellos los primeros en el guardar silencio, porque de lo contrario, nace el tomarse los Religiosos licencia para no guardallo, pareciéndoles que les es lícito lo que ven hacer á sus presidentes. El escupir con estruendo y ruido, no solamente es quebrar el silencio, pero también es falta de policía, y en especial cuando uno solo está diciendo alguna cosa perteneciente al oficio; como es cuando se dicen las lecciones, capítulos y oraciones, ó cosas semejantes á estas. Porque entonces el ruido que se hace es ocasión de que no se pueda comprender lo que se dice. Y así, cuando por alguna necesidad que no se puede excusar se ofreciere haber de toser ó escupir con algún ruido, ha de cubrir el Religioso el rostro con la manga del hábito para que, hecha allí refracción de la voz, sea menos el ruido que se hace. Y para evitar el mesmo inconveniente, se ha de mirar con cuidado que, cuando se ha de levantar ó dejar caer el asiento de la silla, se haga muy poco á poco y no con estruendo, y esto no con el pie, como lo hacen algunos á quien reprende San Buenaventura, sino con la mano y con mucho tiento, para que haciéndolo así, no se haga estruendo en la casa de Dios. Acuérdense los Religiosos que cuando se fabricaba el templo (1), antes de ofrecerse en él sacrificios y antes que se cantasen alabanzas divinas, sólo porque era casa que había de consagrarse á Dios para este fin, quiso que se hiciese con tal silencio, que jamás se oyese en ella golpe de martillo. Pues ¿qué será razón que se haga en las iglesias sagradas, donde está la Real presencia de Cristo sacramentado, donde se ofrece el sacrificio incruento de su carne y sangre purísima, y donde se cantan Himnos y Psalmos en alabanza de su santísimo nombre? Y si es verdad, como algunos afirman (2), que proveyó Dios milagrosamente de unos gusanillos llamados Zamires, para que rayando las piedras con su sangre se partiesen sin estruendo alguno, ¿qué nos quiso enseñar en esto, sino que para evitar el ruido en los lugares sagrados, habríamos de buscar medios sobrenaturales, cuando no bastasen las diligencias humanas? Para observancia desto, aconseja el Doctor Seráfico San Buenaventura: que cuando el Religioso ha de asentarse ó levantarse, particularmente en las ocasiones cuando se dice algo á solas, además del cuidado sobredicho que ha de tener en levantar ó bajar el asiento de la silla, ha de anticiparse algún tanto á hacer esto, para que aun el poco ruido que se hiciere sea ya pasado cuando se hubiere de comenzar lo que ha de decirse, y el que hubiere de decillo, debe detenerse algún poco y no

(1) *Domus autem cum aedificaretur, de lapidibus dolatis atque perfectis aedificata est: et malleus, et securis, et omne ferramentum, non sunt audita in domo cum aedificaretur*. III Reg. VI. 7.

(2) Galatinus de Archanis cath. veritatis.

comenzar hasta que totalmente haya cesado el ruido, para que todos puedan comprender lo que dijere.

Y también pertenece á la perfecta guarda del silencio, que cuando se errare alguna cosa en el coro, no se levante alboroto ni hable nadie sino aquel á cuyo cargo está el corregilla, y esto lo ha de hacer tan mansamente y con tan grande sosiego, que apenas puedan oillo los circunstantes, y no como algunos que, por ser inadvertidos en esto, hacen que los seglares adviertan desde la iglesia las faltas que en el coro se han hecho, siendo menor daño, como dice Humberto (1), aguardar con silencio que se acabe lo que comenzó á errarse, y advertir la falta después para que se enmiende, que no atajar el camino á lo que está comenzado, causando nota y siendo causa de que los seglares lo adviertan. Y si alguno echare de ver que se hace algún yerro notable, no estando á su cargo el corregillo, llegue con silencio y sosiego, y adviértalo al presidente para que ponga remedio; pero alzar la voz ó hacer algún movimiento notable para que la falta se advierta, á nadie es lícito ni debe ser permitido. También pertenece al silencio, que si alguno estando en el coro rezare alguna cosa, ó por devoción ó para suplir lo que dejó del oficio, sea tan bajo, que no impida á los que le están más cerca; porque, como dice San Buenaventura, no es cosa decente que la oración de uno impida las de muchos, que por ventura son más fervientes y devotas. Algunas otras cosas pertenecen á la guarda de la reverencia en el coro, que se dirán adelante en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO VIII

De la devoción con que se han de cantar las alabanzas divinas, para que sean agradables á Dios

Entre las cosas que dijimos haber de acompañar al oficio divino, dimos el tercero asiento á la devoción, no porque sea menos excelente que las demás, sino porque es como efecto dellas y fruto deste celestial ejercicio, cuando en él concurren las partes que se requieren. Para que acierte, pues, el Religioso á coger este fruto, cuya suavidad esfuerza el ánimo y le hace incansable y perseverante, diremos brevemente qué cosa sea devoción y qué es lo que se debe hacer para alcanzalla.

Y supongamos primero, que aunque está en nuestra mano con el favor de Dios el prepararnos y disponernos para ella, pero el llegar á alcanzalla y poseella, es merced particular de Dios, que pocas veces la niega á los que la disponen, si no es para concedelles otra merced mayor que recompense la falta della. Digo, pues, que según sentencia de Hugo (2), la devoción no es otra cosa sino un afecto pío y humilde

(1) Umbertus in regulam. Aug. cap. XLVIII.
(2) Hugo. de S. Victo, libr. de Modo orandi., cap. I.

para con Dios. Pero siguiendo el común modo de hablar, la devoción es un gusto y sentimiento suave y tierno, con que el alma se regala y regocija en Dios cuando le está alabando. Es un néctar, con que entretenido el espíritu, le es cosa fácil perseverar en cualquier buen ejercicio, porque el gusto con que ella se comunica, despierta el apetito y el mesmo ejercicio le va sacando y despertando nueva hambre, con que se conserva perseverante entre lo uno y lo otro, hecha el alma un retrato de los que están en la gloria. Este lenguaje no lo entenderán aquellos que, como dice el mesmo Hugo, con el entendimiento vago y con los ojos atónitos, todo lo registran y miran, pensando en otra cosa distinta de lo que van cantando, ni los que están con el cuerpo en el coro y con el pensamiento en la plaza, inquietos y disolutos, pronunciando las palabras del Psalmo y no atendiendo al sentido. Estos tales, digo que no entenderán este lenguaje, porque la suavidad de lo que en él se trata, es una partecilla de aquel maná escondido y de la gloria de aquel nombre de quien dijo San Juan en el Apocalipsi, que no lo conoce sino el que lo gusta, y como ellos por su negligencia están tan lejos de gustallo, de aquí es que están lejísimos de entendello. Pero los que se disponen de la manera que arriba dijimos, procurando la atención y reverencia que se debe tener en tan alta obra, vendrán á gozar deste cielo en la tierra, si procuraren acompañar con afectos lo que van diciendo con las palabras, lo cual no alcanzarán si les falta el cuidado que deben poner para estar atentos. Porque, según sentencia de San Isidoro (1), cantar con sola la voz sin que el corazón atienda á lo que se dice, es de poca importancia, y por eso el Apóstol escribiendo á los de Epheso, no se contenta con decirles que canten, sino que añade diciendo: Cantad á Dios en vuestros corazones (2). Y es como si les dijera: No os contentéis con sólo alabarle con la lengua, sino procurad que acompañe á la lengua el corazón, que es lo que Dios atiende y estima. Porque os hago saber, dice el mesmo Isidoro, que la suavidad del cantar los Psalmos atentamente, alegra los corazones tristes, hace graciosas las almas, deleita á los que tienen fastidio, despierta á los perezosos y provoca á llanto á los pecadores. Porque aunque sean duros los corazones de los carnales, al punto que suena la suavidad del Psalmo, es movido su ánimo á piadosos afectos. Y como sea verdad que solas las palabras divinas que allí se dicen, habían de ser poderosas para movelle, no sé de qué manera nace mayor compunción de las culpas allá en el alma por medio de la melodía del canto. Muchos hay que, movidos de la suavidad de lo que se canta, lloran sus culpas; y por aquella parte se inclinan más poderosamente al llanto, por la cual ven que suena más dulcemente la suave armonía de los que cantan. Hasta aquí son palabras de San Isidoro.

Y por ventura no serán creídas de algunos, porque no han experimentado en sí estos efectos, pero el glorioso Agustín confiesa que los experimentó en sí mesmo y que en el principio de su conversión se deshacía en lágrimas oyendo los Cánticos de la Iglesia. Y aun ahora, Señor, dice este Santo, cuando veo que soy movido, no tanto de la suavidad de la música como de las cosas que allí se dicen mezcladas

(1) Isidor. lib. III de summo bono, cap. VII.
(2) *Cantates in cordibus vestris Deo.* Ephes. V, 19.

con la dulzura del mesmo canto, echo de ver la grande utilidad de la institución de tan loable ejercicio, y me inclino á aprobar esta costumbre, para que por el deleite del oido se levante el ánimo á despertar afectos de piedad. Todo esto es de San Agustín. Y en otro lugar dice: ¡Oh cuánto lloré, Señor, en los Himnos y Cánticos vuestros, movido de la suavidad de vuestra Iglesia que los cantaba; derretíase la verdad en mi corazón á vuelta dellos, y de allí venía á encenderse en mi alma un tiernísimo afecto de piedad! Corríanme las lágrimas por las mejillas y confieso que me iba muy bien con ellas. Esto me acaeció mucho tiempo después que la Iglesia Mediolanense comenzó á celebrar con grande cuidado este género de consuelo y exhortación, por medio de los Religiosos que cantaban en comunidad con las voces y con los corazones. Hasta aquí son palabras deste santo Doctor, y á mi parecer suficientes para que los que se ocupan en este santo ejercicio, echen de ver cuán poderoso es, si se ejercita como conviene, para despertar admirables afectos de devoción. Y he querido referirlas casi á la letra, porque echen de ver los que tratan deste ministerio, que el carecer en él destos regalos y consuelos del cielo, es pena de su descuido, y que sin duda llegarían á gozar dellos con abundancia, si se esforzasen de su parte á ejercitarle con reverencia y con atenta consideración.

Para lo cual se ha de advertir, que en las cosas que se cantan en el oficio divino, y en especial en los Psalmos, que es lo que más ordinariamente se canta, hay diversas ocasiones para despertar con ellas varios afectos y encender el alma en el amor de su Dios y Señor. Porque como nuestra voluntad sea movida del objeto presente que el entendimiento le ofrece, y los objetos que se van ofreciendo sean diferentes, claro está que tendrá ocasiones diversas para moverse á diferentes afectos de devoción. Unas veces se trata de las perfecciones divinas, otras de las imperfecciones nuestras; en un Psalmo se hace memoria del juicio de Dios; en otro, de los beneficios que al hombre ha hecho; ya trata de las penas eternas de los dañados, ya de los gozos perpetuos de los moradores del cielo. Aquí refiere los castigos horrendos de la Divina justicia y allí los casos fortuitos y ejemplos singulares de personas insignes; y cada una destas cosas, es cierto que pide particular afecto.

Considere, pues, dice Hugo de santo Victore, y lo mesmo enseña el Concilio Mediolanense V, el que se ocupa en las alabanzas divinas, cuál es el afecto más propincuo y conforme á las palabras que va diciendo; y habiéndole considerado, procure con todo el conato posible, despertar su corazón con el sentimiento de aquel afecto. Porque si llega á alcanzalle, por allí vendrá mejor á entender el sentido de las palabras y á penetrar la virtud que hay en ellas. Este modo de despertar afectos es fácil, porque como las mesmas palabras que se van diciendo, van dando motivo al entendimiento y él á la voluntad para que se inflame; es cosa admirable ver la facilidad con que obra. Para ayuda deste ejercicio, aconseja el Concilio Mediolanense, que los eclesiásticos procuren ocuparse particularmente en la lección santa de alguna exposición de los Psalmos, la cual atienda más á despertar afectos que enciendan el alma, que no á buscar sentidos extraordinarios que sirvan la vana curiosidad. Y cierto, esta había de ser su

ocupación ordinariamente, para no hallarse después en el coro tan sin jugo de devoción, por falta de inteligencia de lo que van cantando. Y los que desean aprovechar en esto, suelen tener reducidos los Psalmos á ciertos títulos en los cuales echan de ver á qué afecto sirve lo que contiene aquel Psalmo; y al tiempo de comenzalle, se preparan para aquel afecto. ¡Oh, santo Dios, y cuán ricos se hallan éstos en poco tiempo! ¡Oh, cuán contentos asisten á las alabanzas divinas! ¡Oh, cuánto bien pierden los que no lo hacen por falta de un poco de diligencia! ¡Oh, si probasen este almíbar del cielo, los que por ser negligentes hallan pesadumbre en la asistencia del coro y oficio divino! Aquéllos sólo saben lo que se pierde por no disponerse, que gozan por su buena disposición de los regalos que Dios comunica á los que se disponen. Y para que acierten á hacello todos con mayor facilidad, será bien poner aquí ejemplos particulares deste ejercicio, enseñando el modo de ejercitalle y la manera de despertar los afectos según la materia que se les va ofreciendo.

Digo, pues, que para acertar á hacer esto, debe ante todas cosas, el que quiere emprendello, estar muy diestro en la correspondencia de los afectos, á las cosas que se le ofrecen en lo que va rezando. Quiero decir que ha de saber muy bien cuál es el afecto que pide cada cosa de las que se contienen en el discurso de lo que reza; porque este es el fundamento de toda esta fábrica, sin el cual es imposible salir con lo que se pretende. Y para esto, esté resuelto en lo que aquí brevemente diremos, y entienda que á la memoria de la bondad de Dios, ha de corresponder afecto de amor; á la de nuestras imperfecciones, afecto de humildad nacida del propio conocimiento; á la de los beneficios divinos, afecto de agradecimiento de tan gran bienhechor; á la de las penas eternas, afectos de temor de Dios y aborrecimiento de los pecados; á la de los gozos inmensos de la gloria, afectuoso deseo de alcanzar aquel segurísimo estado; á la de los castigos de la divina justicia, afecto de admiración y asombro que le inciten á vivir con recato; y á la de los casos fortuitos y ejemplos memorables de personas insignes, afectos de imitación en lo bueno y de escarmiento en lo malo, que es el fin con que se escribieron, según sentencia de San Gregorio (1), colegida del Apóstol San Pablo. Supuesta esta doctrina, vámosla ejercitando en un Psalmo, y sea aquel que comienza: *Lauda anima mea Dominum:* que es el Psalmo ciento cuarenta y cinco. En el primer verso convida el Santo Profeta á su alma á las alabanzas de Dios, y propone de ocuparse en este ejercicio mientras tuviere ser. Y el Religioso cuando va diciendo este verso, ha de procurar incitar y provocar su espíritu al mesmo ejercicio, con afectuosísimos deseos de vivir para siempre, para alabarle perpetuamente, haciendo propósito firme de hacerlo así mientras tuviere vida; de manera que cuando va diciendo aquellas palabras, vaya interiormente acompañándolas con afectos del corazón, nacidos de amor. Porque como dijo muy bien un poeta, cuyos versos alega el Concilio de Tréveris: no el que da voces sino el que ama, canta para los oídos de Dios, el cual oye las voces del corazón, y sin ellas menosprecia el sonido exterior de las pala-

(1) Greg. in prologo super Job. ad. Rom. XV.

bras (1). En el segundo verso (2), exhorta el Santo Profeta al menosprecio de la confianza humana, diciendo que nadie ponga sus esperanzas en los Príncipes ni en los hijos de los hombres, en los cuales no hay poder para dar salud. Y da la razón en el tercer verso diciendo: que cuando menos piensen se les saldrá el espíritu y se convertirán en tierra de que fueron formados, y entonces darán en tierra las máquinas de sus consejos, de sus pensamientos inútiles y vanos propósitos. Esto dice el Santo Rey en el segundo y tercer verso (3), y el Religioso mientras los va cantando, ha de ir conociendo interiormente la instabilidad de las cosas desta vida, que como báculos de caña saltan, como dijo el Profeta, al mejor tiempo, y compadeciéndose de los que están en el mundo pendientes de los favores humanos, siguiendo las cortes de los Reyes y los palacios de los grandes señores, olvidados de Dios en quien había de estribar su esperanza; y así despertará un afecto de compasión y podrá proponer de no esperar más en los hombres y hacer un acto de arrepentimiento de las veces que en esto habrá faltado.

En el cuarto verso dice David (4): que es bienaventurado aquel á quien el Dios de Jacob favorece, y el que tiene puesta confianza en su Dios y Señor, cuya potencia es tan grande, que hizo el cielo y la tierra, crió el mar y todas las cosas que tienen ser. Y llámale Dios de Jacob, para que acordándonos de los favores que á Jacob hizo y de la providencia que tuvo en guardalle, aprendamos á esperar en Él como esperó Jacob. Esto es lo que contiene el cuarto verso, y mientras se va cantando, debe el Religioso despertar afectos de confianza en Dios, teniendo una santa envidia á los que aciertan á confiar en Él, y diciendo interiormente: ¡Oh, bienaventurados aquellos que acertaron á poner su esperanza en tan poderoso Señor! ¡Oh, si acertase yo, Dios mío, á imitallos en esto! ¡Oh, si acabase de entender la alteza de vuestro refugio y supiese acudir á él en mis necesidades!

En el quinto verso, alaba el santo Rey á Dios, de tres cosas (5): la primera, es fidelidad en lo que promete; la segunda, justicia en volver por los que padecen injurias; y la tercera, providencia en dar mantenimiento á los que tienen necesidad de él. Como quien dice: en todas las cosas puedes confiar en Él. Si te ha prometido alguna cosa, sabe que es fiel en sus promesas; si te injurian tus prójimos, entiende que Él es el que vuelve por los que son injuriados; y si padeces pobreza, Él es el que remedia las necesidades. En este verso se pueden despertar varios afectos, porque se trata en él de diversas cosas; pero todas ellas son perfecciones de Dios; el mejor de todos es despertar un afecto de amor deseando amar á un Señor que tiene tan grandes perfecciones, ó si no un afecto de admiración diciendo interiormente: ¡Oh, soberano Dios, si sois tan fiel con los hombres, ¿cómo os guardan tan poca fidelidad en lo que prometen? Si sois el que vengáis las inju-

(1) *Non clamans sed amans, cantat in aure Dei.* Concil. Treveren. titul. de horis Canonicis.

(2) *Nolite confidere in principibus, in filiis hominum in quibus non est salus.* Psal. CXLV, 2.

(3) *Exibit spiritus ejus, et revertetur in terram suam: in illa die, etc., ibid.*

(4) *Beatus, cuius Deus Jacob adiutor eius, spes eius in Domino Deo ipsius, etc., ibid.*

(5) *Qui custodit veritatem in saeculum, facit iudicium iniuriam patientibus, dat escam esurientibus; ibid.*

rias de los perseguidos, ¿cómo se atreve nadie á injuriar á su prójimo? Y si sois proveedor de los necesitados, ¿cómo se afligen los que padecen necesidades, teniendo tan cierto el socorro en vuestro divino favor?

En el sexto y séptimo verso, dice el Profeta (1): que el Señor desata á los atados y da vista á los ciegos, y que Dios levanta á los caídos y ama á los justos, pagando á éstos el amor que le tienen y compadeciéndose de los otros en sus trabajos. Todo esto despierta afecto de confianza; pero de aquí ha de venir el Religioso, cuando va diciendo este verso, á presentarse delante de Dios, como quien se ve ciego y caído en grandes miserias, y decirle interiormente: ¡Oh, Señor, si vuestro oficio es desatar á los atados, dar vista á los ciegos y levantar á los caídos, en mí hallaréis materia para ejercitalle; dad vista, Señor, á mi entendimiento, desatad los lazos de mis pasiones, levantadme de la profundidad de mis culpas y libradme de mis imperfecciones; y si os preciáis de amar á los justos, hacedme justo para que merezca ser amado de vos! ¡Oh, quién lo fuese, Dios mío, para participar de vuestro divino amor!

En el octavo verso (2), trata de la providencia que tiene Dios de los peregrinos, de los pupilos y de las viudas, tomándolos debajo de su amparo y guarda, y del cuidado que tiene de atajar los caminos y deshacer los consejos y trazas de los pecadores, castigándolos según la gravedad de sus culpas. De lo primero se ha de sacar afecto de admiración, de que aquella grandeza inmensa y aquella Majestad infinita de Dios, no se desdeña de tener particular providencia de los que el mundo desecha y tiene menospreciados; y de lo segundo, afecto de temor y respeto, viendo que el mesmo Dios cuya bondad ampara los pobres, se precia de la severidad y justicia para castigar á los pecadores, mostrándose en lo uno amigo de ser amado y en lo otro digno de ser temido. Finalmente, en el último verso concluye David diciendo, que reinará el Señor para siempre (3), y el Dios de Sión en todas las generaciones del siglo. En el cual verso, ha de inflamarse el alma en afectos de caridad, alegrándose sumamente de ver que tiene un Dios cuyo reino durará eternamente, y gozándose en su eternidad como si fuese propia, deseando amarla y servirla con amor infinito si fuese posible.

Desta manera se ha de discurrir en los demás Psalmos, tomando ocasión de la mesma materia que ellos ofrecen para despertar afectos. De suerte, que la inteligencia de lo que se dice, no pare en el conocimiento especulativo que suele dejar el alma sin jugo de devoción, sino que pase luego á la operación afectiva que es la que inflama la voluntad, encogiéndose y humillándose cuando se hace mención de la divina grandeza, ensanchándose el ánimo cuando se hace memoria de su bondad y clemencia, atemorizándose cuando se trata de su justicia y engrandeciendo los deseos cuando se ofrecen historias de varones insignes; y desta suerte en las demás ocasiones. Para este ejercicio

(1) *Dominus solvit compeditos: Dominus illuminat caecos, Dominus erigit elisos, Dominus diligit iustos; ibid.*
(2) *Dominus custodit advenas, pupillum et viduam suscipiet, etc., ibid.*
(3) *Regnabit Dominus in saecula, Deus tuus Sion in generatione et generationem; ibid.*

puede ayudar mucho un libro antiguo intitulado *Rosetum exercitiorum*, donde se trata de él muy en particular. Y no parezca imposible hacer lo que habemos dicho en tan breve espacio de tiempo, como es el que dura decir un verso, porque aquí no pedimos largos discursos, sino amorosos afectos, los cuales como son obras del espíritu, cuya naturaleza por ser tan sutil, obra velocísimamente; es cierto que puede hacello con mucha facilidad y en especial en el coro donde se dice cantado el oficio. Y aun éste había de ser uno de los motivos más principales, que había de mover á los Religiosos, para procurar asistir en él; viendo que hay allí mayor ocasión y más tiempo para detenerse en estos afectos, que son los que enfortalecen al alma y la hacen como incansable en las alabanzas divinas. Esta que aquí pedimos es la meditación, de quien dice David que en ella se enciende el fuego, y no fuego como quiera, sino casi infinito (1). Porque sirviendo de leña los atributos y perfecciones divinas, que por momentos se ofrecen en lo que se va rezando, y llegándose el fuego de la consideración afectuosa de esas mesmas perfecciones y propiedades que son infinitas; claro está, que será el fuego casi infinito, porque sentencia es del Espíritu Santo: que el fuego viene á ser tal cual es la leña que se le aplica (2). ¡Oh miserables y desdichados los que por no hacerse un poco de fuerza, y poner un razonable cuidado en cosa que tanto importa, pierden un tesoro tan celestial, dejando de gustar de aquel néctar divino con que se recrean los espíritus Angélicos y Seráficos! ¿Qué mucho que el Religioso se canse luego de estar en el coro, si no procura por esta vía relevar el cansancio del cuerpo con el gusto y regalo del alma? ¿Qué mucho que sienta á par de muerte el detenerse un poco en el oficio divino y que esté como en cárcel el rato que se ocupa en él, si por negligencia deja de gustar los regalos que Dios comunica á los que afectuosamente le alaban? Y finalmente, ¿qué mucho que acudan á Él tan perezosamente los que lo tienen por propio oficio, si por falta de afectos dejan de gustar la dulzura y suavidad que había de atraellos á Él como á los peces el cebo? Trae á cada cual su deleite, dijo un poeta (3), y donde éste falta, ¿qué mucho que se hagan las cosas por fuerza? Y así no me admira tanto la violencia con que se hacen, cuanto el ver que, siendo los hombres tan amigos de su gusto y deleite, no procuren hallarle en lo que necesariamente han de hacer. Cierto el rezar sin afectos es una cosa muy desabrida para el que reza, y aun para el gusto de Dios; y así los que no procuran tenello, no es mucho que anden pesados en este ejercicio y que saquen poco provecho dél, porque como dice Laurencio Justiniano (4), todo lo que se hace sin gusto de devoción, es cosa muy trabajosa para el que lo hace; pero en particular tiene esto el cantar en el coro; porque hay en él muchas cosas que cansan el cuerpo, y si falta la devoción, no hay cosa que alivie aquella pesadumbre y cansancio, y así con dificultad se puede llevar. Y pues los Religiosos han de llevar necesariamente esta carga, sería razón que procurasen con muchas veras, buscar los medios ne-

(1) *In meditatione mea exardescet ignis.* Psalm. XXXVIII, 4.
(2) *Secundum enim ligna silvae, sic ignis exardescit.* Eclesiast. XXVIII, 12.
(3) *Trahit sua quemque voluptas.* Virg. Eglog. II, 65.
(4) Laurentius Justinian, de discipl. monasti. conver. c. XVII.

cesarios para alivialla, que son los que habemos enseñado en este capítulo, porque el no hacello así, es llevar un perpetuo martirio sin merecimiento, y una pena intolerable sin esperanza de gloria.

CAPÍTULO IX

De otras algunas cosas que han de concurrir en el Oficio Divino y en particular de la uniformidad que se requiere en él

Aunque las cosas de que hasta ahora habemos tratado son las más esenciales y que con mayor encarecimiento encomiendan los que escriben desta materia, otras algunas hay que son de mucha importancia, para que una obra tan soberana se haga perfectamente como es razón. La primera dellas es la uniformidad, que es uno de los accidentes más necesarios para la hermosura y decoro de una comunidad, y sin el cual no merece este nombre. Porque comunidad quiere decir común unidad; y donde las acciones de muchos no son uniformes, no se puede echar de ver la unidad que hay en ellos; y así para que la comunidad sea lo que significa su nombre, es necesario que todos sientan una mesma cosa, y que las acciones con que se significa este común sentimiento, sean tan conformes, que parezca que proceden de un mesmo espíritu. Consiste, pues, la uniformidad, en que todos los Religiosos, cuando están congregados en uno para hacer una mesma obra, de tal manera la hagan, que no solamente convengan en la substancia della, sino también en el modo de hacella y en las demás circunstancias. Todos hagan una mesma cosa, dice el Concilio primero Mediolanense, igualmente los que se juntan en un coro á las alabanzas de un mesmo Dios. A un mesmo tiempo y de una mesma manera se asienten, se levanten, se arrodillen, se inclinen, se cubran y se descubran todos; de suerte que las ceremonias sean unas, hechas á un mesmo tiempo y de una mesma manera. Cuando se inclinan, no se incline el uno mucho y el otro poco, sino todos igualmente y en igual tiempo, comenzando juntos la inclinación y acabándola juntos. Y lo mesmo se ha de entender en las demás ceremonias. Y para que la inclinación, como dice el Doctor Seráfico San Buenaventura (1), sea manifestadora de la devoción interior, ha de ser humilde y profunda, porque no es de varón devoto, sino de perezoso y tibio, inclinar la cabeza sola, quedándose el cuerpo yerto sin inclinarse. Y así la forma que se ha de guardar en las inclinaciones, según doctrina deste glorioso Santo, es que de tal manera se doble el cuerpo cuando se hacen, que venga la cabeza á quedar un poco más alta que las rodillas, teniendo los brazos juntos delante del pecho. Lo cual se ha de entender en las inclinaciones prolijas, que son las que duran por espacio de todo un verso ó de una

(1) Bonavent. in specu. discipli. par. II. c. IX.

oración ó de alguna otra cosa semejante, que requiere algún intervalo de tiempo. Pero cuando las inclinaciones no son prolijas, sino muy breves, cuales son las que se hacen al nombre santísimo de Jesús ó al de María, ó al de algún otro Santo, no es necesario que sean profundas, y así basta inclinar la cabeza y algún tanto el cuerpo; y lo mesmo se ha de entender de las que se hacen por cortesía cuando inciensan á alguno ó le encomiendan alguna Antiphona. Y entre éstas ha de haber proporción de más y de menos, según la reverencia y respeto que se debe al nombre ó á la persona por quien se hacen. Porque, claro está, que mayor reverencia y por consiguiente mayor inclinación se debe al nombre dulcísimo de Jesús que al de María, y mayor al de María que al de los otros Santos; más se debe inclinar el Religioso á su Prelado, que á todos los súbditos; y entre éstos, más á los más antiguos y principales.

Y aunque en todas las humillaciones se ha de mirar mucho la uniformidad en el tiempo y en el modo de hacellas, pero en la que se hace al verso del *Gloria Patri,* se ha de tener más cuidado. Porque como sea verdad que á las tres divinas personas se debe igual reverencia y gloria por ser igual la Majestad y una mesma la esencia, hay algunos tan descuidados que no guardan igualdad en el modo de honrallas, porque ya está nombrado el Padre cuando se inclinan, y cuando se nombra el Espíritu Santo ya se han enderezado; y así no las honran con igual reverencia, porque no atienden á lo que hacen. Para esto advierte San Buenaventura: que cuando están los Religiosos asentados, y al fin del Psalmo se han de levantar para inclinarse al *Gloria Patri,* miren que se levanten todos á un tiempo y sea un poco antes que hayan de hacer la inclinación, para que ni se haga arrebatadamente, ni menos bien de lo que conviene, por estar ocupados entonces en alzar los asientos de las sillas. Y estén advertidos que so color de más devoción y reverencia, nadie sea singular, quedándose en pie cuando los otros se asientan; porque además de que á los singulares en esto suele el demonio tentarlos de vana gloria, dándoles á entender que son más devotos y religiosos que los demás; es cierto que faltando á la unidad y conformidad de los otros, no puede ser agradable á Dios su singularidad, siendo Él tan amigo de que todos sus siervos sean conformes. Especialmente que el estar asentados á su tiempo en el coro, no tiene menos misterio que el estar levantados ó de rodillas al suyo; porque la parte del coro que está asentado, representa la Iglesia triunfante, en la cual asentados, como dijo Cristo, gozan de aquel eterno y soberano descanso que nunca se ha de acabar; y la del coro que está levantado, significa la militante, en la cual como soldados estamos en pie trabajando para llegar á gozar del descanso que allá se posee. Y todos hacen un coro porque esta Iglesia de acá y la de allá toda es una, aunque los miembros desta trabajan y los de allá descansan. ¿Quién creyera que en cosa, al parecer tan pequeña, estaba encerrado tan gran misterio? Pues crean los Religiosos que no hay ceremonia por mínima que sea, que no tenga en sí encerrado misterio particular, y así todas ellas es razón que se tengan en mucho y que se hagan con grande consideración y reverencia.

También en el cantar ha de haber uniformidad, como en las demás

ceremonias, cantando todos á un tiempo, por un mismo punto y procurando la igualdad en las voces. Y para esto ha de tener cuidado el Vicario del Coro, de que se tome el punto en un medio, de tal manera, que, como advierte el Concilio de Tréveris, ni por cantar muy alto, parezca que dan voces de loco, ni por ser el tono muy bajo, parezca que se van desmayando ó durmiendo (1). Hay voces que no tienen altos y otras que carecen de bajos, y así cualquiera destos extremos que se siga, han de callar algunos; pero siguiendo un medio, todos pueden cantar. Y como sea verdad que allí se han juntado los Religiosos para cantar en común las alabanzas divinas, nadie debe, dice el Concilio de Basilea (2), estar en el coro con los labios mudos, y particularmente se han de esforzar á hacer esto los padres más graves, cuyo ejemplo lleva tras sí poderosamente á todos los otros. En el comenzar, en el mediar y en el concluir los versos de los psalmos, ha de haber tan grande unidad, que parezcan todos una voz sola, procurando que en la mediación se haga punto redondo en que todos acaben, guardando el intervalo necesario para distinguir el medio verso del otro medio. Porque, descuidarse de cantar en el principio del verso y después comenzar cuando vayan los otros cantando, ó dejarse de cantar antes de haberle acabado, ó quedarse reteniendo la voz cuando los otros se dejan, ora sea en la mediación, ora en el fin del verso, es cosa que ofende mucho, particularmente cuando los que son defectuosos en esto tienen las voces abultadas y recias, que se señalan entre las otras. Comiencen, medien, prosigan y acaben todos juntos, y para que se pueda hacer esto, guárdese en la aceleración un medio acomodado á todos, de suerte que ni por acelerarse mucho se queden atrás los balbucientes y tardos en el leer, ni por cantar muy despacio, se haga pesado el oficio. Y aunque se ha de hacer diferencia, como dice el sobredicho Concilio de Tréveris, entre los días solemnes y los que no lo son, y en las mayores festividades se ha de cantar con más pausa y mayor gravedad; pero nunca ha de ser tanta la pausa que la interpolación del tiempo entre una sílaba y otra estorbe el rigor del acento. Y cuando no se siguiese este defecto, que es notable, es cierto que esta manera de cantar es pesada y no solamente no ayuda á la devoción, pero aun es impedimento para ella y ocasión de que cause pesadumbre el estar en el coro. Es ultra desto, causa de que los que no están muy aprovechados en la devoción y cosas de espíritu, cobren miedo á la asistencia de los divinos oficios, y es cosa muy justa que de tal manera se ayude al espíritu de los fervorosos, que no se apague el poco que tienen los tibios, pues alabamos á un Dios, de quien dice Isaías que no apagará el lino que está humeando, ni quebrará la caña que está cascada (3).

Repugna también á la uniformidad en el cantar, el no seguir todos un punto con iguales voces; en lo cual son defectuosos los que cantan más alto ó más bajo que los demás, requebrando la voz con gallardía, ó haciendo pasos de garganta, ó echando algunas tercias, quintas ú

(1) Concilium Treverense, tit. de horis canonicis.
(2) Concili. Basiliacnsis, tit. de divino officio in ecclesia celebrando.
(3) *Calamum quasatum non conteret: et linum fumigans non extinguet.* Isa. XLII, 3.

octavas en ocasiones particulares, ó concluyendo las cláusulas de diferente manera que los otros, ó finalmente apartándose de cualquier suerte que sea del modo de cantar común. El requebrar la voz es indicio de liviandad; y habían de considerar los que esto hacen que, como dice el Profeta, no la voz requebrada, sino la quebrantada es la que agrada á Dios (1), porque ésta nace del espíritu contrito y humillado, á quien la majestad de Dios no desprecia. Acerca de lo cual dice el divino Bernardo (2): Hay algunos disolutos el en cantar, que se glorían y precian de la gracia y buen metal de su voz, y no contentándose con gloriarse desto, hacen mofa y menosprecio de los que no tienen esta gracia, y con hinchazón de soberbia cantan otra cosa de lo que está en el libro, teniendo por ventura no menos liviandad en el entendimiento que en la misma voz. Y es ordinario en los tales cantar más por agradar al pueblo que á Dios, pues hacen lo que no agrada á Dios y causa aplauso en el pueblo. Atiende, pues, oh Religioso, dice el mismo Santo, y lo refiere Hugo de Santo Victore, que si así cantas porque te alaben, tu voz vendes por un poco de viento y la haces, no tuya, sino de aquel que deseas que te alabe. ¿Tienes potestad sobre tu voz? Procura tenerla sobre tu ánimo. ¿Quiebras la voz? Pues quiebra también la voluntad. ¿Guardas la consonancia en las voces? Pues procura guardar concordia en las costumbres. De tal suerte que, por el buen ejemplo concuerdes con el prójimo, por la voluntad santa te conformes con Dios y por la obediencia te acomodes con tu Prelado, que ésta es la verdadera consonancia religiosa. Y guárdate que, así como te deleitas con la alteza de tu voz, no te deleites con la altivez de tu pensamiento. Hasta aquí son palabras de San Bernardo.

Y San Buenaventura, dice: La disolución en el coro, no sólo consiste en las palabras vanas y risas desconcertadas, cosa abominable y vanísima, reprendida de todos y guardada de pocos, sino también en el modo de cantar. Así como si alguno añadiese ó quitase puntos, quebrando la voz como mujercilla, ó levantándola más de lo necesario, cantando en falsete y no conviniendo con los demás. Siga cada cual la voz común de todos, pues todos son miembros de una misma comunidad y nadie cante jamás á otro tono más alto ó más bajo que cantan los otros, porque no parezca que los gobierna espíritu diferente. Y concluye diciendo: Es también cosa de mucha vanidad cuando los que cantan más alto que los demás, después de comenzada alguna dicción ó sílaba, se dejan caer de la alteza que primero llevaban y vuelven á tocar el canto por intervalos, no continuando lo que comenzaron, sino interpolando el cantar. Toda esta es doctrina del Seráfico padre San Buenaventura. Y he querido referir lo que estos santos dicen en esta materia tan por menudo, aunque sea repitiendo algunas cosas ya dichas, porque no parezca nueva invención el parar en cosas al parecer tan pequeñas, y porque nadie las menosprecie, pareciéndole de poca importancia, que no lo son, pues tan grandes Santos pararon en ella. Ni lo parecerán á quien considerare la alteza de este ejercicio y la soberanía y majestad del

(1) *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.* Psal. L, 19.
(2) Bernard. de inter. dom. c. V.

Señor, en cuya presencia se hace, que aunque es muy grande, para en cosas pequeñas, como consta de las ceremonias y menudencias que pedía en la ley vieja. Y debe de ser la causa que, como tiene los ojos tan puros, cualquier motilla le ofende, particularmente cuando procede la falta de ánimo descuidado y tibio.

También pertenece á la observancia de la uniformidad en la cantoría, tener cuidado el Vicario de coro de que los coros sean iguales, lo cual consiste, no tanto en la igualdad del número de los religiosos, como en la proporción de las voces; que cuando son más abultadas y recias en los unos que en los otros, poco número puede hacer más cuerpo de voces, que mucho cuando son flacas. Y así, para igualar los coros, se ha de mirar esta proporción, procurando juntamente que se guarde cuanto fuere posible la uniformidad en el número, porque, como arriba dijimos, haber de la una parte muchos religiosos y de la otra muy pocos, quita mucho el decoro á la comunidad. También se ha de mirar que cuando se encomienda el decir los Versos, ó Alleluya, ó Gradual, ó cosa semejante, los que la han de decir, tengan voces iguales ó que á lo menos concuerden bien y se pegue la una á la otra, porque cantar en compañía dos voces que la una es muy fuerte y la otra muy flaca, ó la una muy recia y la otra muy delicada, es cosa que ofende mucho á cualquier buen oído, y que aun á los que no lo tienen muy bueno suena muy mal. Y no solamente esto, pero aun la igualdad en la corpulencia y estatura de los que cantan pareados se había de mirar, porque cierto el cantar un religioso muy alto ó muy grueso, en compañía de otro muy pequeño ó muy flaco, parece cosa ridícula y aun lo suele ser muchas veces, y es razón que se evite todo lo que puede dar ocasión de risa ó hacer que se pierda la gravedad. También se ha de guardar uniformidad en la prosecución de la cantoría, de tal manera que se persevere en ella, guardando el punto con que se comenzó, no aflojando de manera que venga á caerse, ni esforzando las voces con tanto exceso, que pare el cantar en dar voces. Pero de los dos extremos, este último es el menos vicioso, porque, cuando el coro se va cayendo, parece que causa sueño y que se amortigua el espíritu, y viene á dar fastidio lo que se va cantando. Para lo cual importa mucho que los religiosos no vayan regalando las voces y teniéndose lástima cuando cantan; sino esforzándolas moderadamente para que no vengan á desmayar. La flojedad en este particular alimenta el sueño, amortigua el espíritu, sustenta la tibieza, aumenta la pesadumbre, apaga la devoción y quita la fortaleza y esfuerzo para la perseverancia.

También pertenece á la uniformidad de la cantoría, tener cuenta que cuando un religioso entona una Antífona, todos los demás la prosigan, siguiendo el mesmo punto en que él la dejó. Porque el bajar el tono ó subirle, demás de que algunos se sienten dello por parecerles que es afrentarlos, es cosa que ofende mucho al oído y parece muy mal. Ni sean fáciles los Vicarios del coro en hacer lo contrario, porque no es razón que se haga, sino en caso que por haber tomado el punto muy alto ó muy bajo, fuese imposible el acabar de cantarla sin mucha dificultad. Y para atajar este inconveniente, que suele causar otros muchos, procuren que no se encomienden las

Antífonas, sino á quien las sepa entonar. O ya que sea forzoso encomendarlas á quien no sabe, llégúese el Vicario de coro disimuladamente y déle el punto para que después, al tiempo de proseguirla, no haya necesidad de subirla ó bajarla para poderla cantar. También se ha de mirar que no se acelere el coro á proseguirla antes de tiempo, sino esperen que haya cantado el que la entonó, á lo menos una palabra entera, porque tomarle el punto á la primera ó segunda sílaba, es cosa que ofende, cuando no obliga á ello el ver que va errando notablemente si no se le procura atajar. Mírese también mucho que no se encomienden liciones ni otra cosa, sino á quien sepa decillas bien y expeditamente, ni en esto se tenga respeto á canas ó antigüedad, porque estas circunstancias, cuando la ignorancia las acompaña, no sirven sino de autorizar el yerro para que parezca mayor. Acerca desta materia del modo de cantar y del medio que se ha de guardar en la cantoría, escribe divinamente el glorioso Agustino, en un libro que hizo de la alabanza de los Cánticos espirituales, cuyas palabras, aunque son de mucha autoridad y peso, no quiero referillas, por evitar prolijidad y porque muchas de las cosas que él dice quedan ya arriba advertidas.

Demás de todo lo dicho, tiene el coro sus reglas de policía, en que se enseña el tiempo, el modo y la ocasión de hacerse cortesía los religiosos, guardando la modestia debida á tan santo lugar y á tan soberano ejercicio. Estas se han de saber y guardar puntualísimamente, no contentándose con hacer lo que ellas enseñan, á su tiempo y en su ocasión, sino preciándose de ponerlas en ejecución con mucha gracia y aseo, como cosa que hermosea mucho el trato político de la Religión. Es regla de policía monástica, que cuando el cantor encomienda alguna Antífona, gradual, Alleluya ó trato, así él como el religioso á quien la encomienda se hagan cortesía, inclinando algún tanto las cabezas. Y en el hacer esto hay tanto descuido algunas veces, que por hacerse sin advertencia y acuerdo, no parece que inclinan ellos las cabezas, sino que se les cae sin pensar en ello, como á gente que se está dormitando. Ha de resplandecer, pues, así en esto como en las demás ceremonias, un cuidado religioso, en que se eche de ver que se precian de lo que hacen, y porque en algunos libros modernos que se han escrito desta materia, se trata en particular de las ocasiones y tiempos en que se han de hacer estas humilláciones y otras ceremonias que el uso mesmo las va enseñando, como son saber cuando se han de quitar los mantos, cuando se han de sentar, ó levantar, ó estar de rodillas, no quiero mantenerme en esto: sino advertir á los religiosos que no sea de tal manera el hacerlas por sola costumbre, que venga á ser causa la inadvertencia de que las hagan sin espíritu y mal. El que hace señal en el coro para comenzar el oficio, no la haga con el pie, que es falta de policía y muy poca reverencia; sino extendiendo la mano y dando un pequeño golpe en la silla; y he querido advertir esto particularmente, porque hay algunos que por no sacar la mano de la manga del hábito en el invierno, quieren usar desta libertad, como si hubiesen de helarse por extender la mano en tan pequeño espacio de tiempo. El que ha de salir al cuerpo del coro á decir liciones ó alguna otra cosa, esté

prevenido para el tiempo del hacer su oficio, porque, descuidándose en esto, será forzoso haber de salir arrebatadamente y con prisa, cosa que ofende mucho y repugna á la gravedad religiosa. Cuando el religioso tiene la lanterna en la mano para decir las liciones en los maitines ó la capitula y oraciones, hála de tener inclinada de tal manera, que por alumbrarse á sí, no deslumbre á los otros, y de tal suerte la aparte del libro, que no le pueda manchar con la cera. Finalmente, porque es imposible advertir todas las cosas en particular sin ser muy prolijo, concluyendo el capítulo, digo que todo aquello que puede perturbar el silencio, quitar la gravedad, impedir la composición religiosa ó ser causa de que se pierda la uniformidad ó se apague la devoción ó disminuya la reverencia, ha de procurar evitarse con mucho cuidado. Y si el presidente echare de ver que hay algunos defectuosos en esto, ha de ser riguroso en castigallos, según la gravedad de la culpa, consideradas las circunstancias de la alteza del ejercicio y de la santidad del lugar.

CAPÍTULO X

En que se concluye la materia de la disciplina que se ha de guardar en el coro

Ya es razón que pues hasta ahora hemos tratado de las cosas que han de preceder y acompañar al Oficio Divino, tratemos en este capítulo de las que se han de seguir después dél para que, concurriendo en tan alta obra todas las circunstancias que se requieren, quede perfectamente acabada, según la posibilidad de nuestra humana flaqueza. Para lo cual se advierta que, presupuesto lo que arriba dijimos, que las culpas cometidas en las alabanzas divinas son tanto mayores cuanto el ejercicio es más alto y más allegado á Dios, no es razón que el religioso, después de haber concluído sus horas, quede sin un razonable cuidado de reconocer la conciencia y ver cómo se hubo en él, para que así como la preparación antes de comenzar el oficio, dispuso el ánimo para decirle con la atención y reverencia debida; así este cuidado y solicitud supla las faltas que en el discurso dél se han cometido, por negligencia ó flaqueza. Y entiendan los religiosos que así como el rezar sin preparar el ánimo, es tentar á Dios, como lo afirma el Espíritu Santo (1), así el no cuidar de las faltas que rezando se hicieron, es tenerle poco respeto y reverencia. De aquí se sigue que no es cosa decente salirse del coro, como algunos lo hacen, luego en acabando el Oficio, si no es que alguna precisa necesidad de obediencia ó cosa equivalente, obligue á ello, y entonces se ha de salir, no con aceleración y ruido, sino con sosiego y modes-

(1) *Ante orationem praepara animam tuam, et noli esse quasi homo, qui tentat Deum.* Eccli. XVIII, 23.

tia. Porque, salir en tropel y aceleradamente, no es de religiosos que salen de alabar á su Dios y han asistido con gusto y voluntad en el coro, sino de gente que habiendo estado por fuerza en la cárcel, se salen huyendo porque han visto abierta y patente la puerta de la prisión. Y cierto, indicios son de haber estado con poco gusto y forzosamente en el coro, salirse dél con prisa luego en pudiendo, sin haber hecho examen de los defectos cometidos, ni hacer siquiera un cumplimiento con Dios. Yo, Señor, dice el Santo Job, siempre andaba receloso de todas mis obras, porque sé que no perdonas al delincuente. Y llámase delincuente el que peca por omisión, dejando alguna cosa que estaba obligado á hacer, y es cierto que los pecados de omisión con más facilidad se cometen, y, por consiguiente, son menos graves. Pues si Dios no perdona sin particular penitencia las culpas que se cometen por omisión, siendo tan leves y cosa tan fácil el cometellas, y si por esta causa andaba tan temeroso dellas, y con razón, el Santo Job, ¿de dónde les nace á los que sin considerar las faltas que hicieron se salen del coro, el tener tan peligrosa confianza y tan falsa seguridad? Habrían de considerar estos tales el rigor con que suele Dios castigar, aun en los muy amigos, las faltas que en este ministerio cometen. Y acordarse de aquella religiosa, gran sierva de Dios, de quien cuenta San Antonio, que por haberse descuidado algunas veces en hablar con otra religiosa amiga suya en el coro, le fué dado allí mesmo durísimo purgatorio, en castigo deste pecado, para escarmiento de aquella su amiga, á quien ella lo reveló, y ejemplo á los demás que habían de leello; y lo mesmo leemos de otro religioso de nuestra seráfica religión. Y pues quiso Dios que se revelasen estos sucesos para enseñanza nuestra, sería razón que escarmentásemos en cabeza ajena para no vernos en el mesmo trabajo y por ventura en otro mayor.

Pero demos caso en que no hubiese el religioso cometido defecto alguno en el coro, lo cual es cosa sumamente dificultosa, ¿no está claro que el salir luego á ponerse en ocasión de mil distracciones que por momentos se ofrecen, es ponerse á peligro de perder en un punto los regalos y sentimientos de espíritu y el fruto de devoción que adquirió el alma en tan divino ejercicio? Y puesto caso que ni aun esto se aventurase, ¿no merece algún hacimiento de gracias, el haberle Dios conservado atento, reverente y devoto en sus alabanzas, siendo beneficio tan singular y que á tan pocos es concedido? Recójase, pues, un rato el religioso, quedándose en el coro después de acabado el oficio, como lo aconseja el Concilio Mediolanense V, y con ánimo desembarazado de escrúpulos examine bien su conciencia y reconozca con suavidad el modo de proceder que ha tenido en el discurso del tiempo que ha estado en el coro. Mire bien si ha cumplido con aquellos propósitos que tuvo al principio, de estar con atención, con devoción y con reverencia, y si echare de ver que ha puesto en ejecución lo que entonces propuso, dé gracias á Dios, y reconozca que es don de su mano.

Ni se contente con esto, sino que le suplique con el más íntimo y humilde afecto que pudiere, se sirva de aceptar aquel pequeño servicio siquiera por ser don del cielo, lo bueno que tiene, y porque es

razón que todas las cosas vuelvan á su principio. Pídale afectuosamente que admita sus alabanzas á la sombra y en compañía de todas aquellas que en aquel tiempo le han cantado los Ángeles en el cielo y los justos acá en la tierra, y que todo sea para gloria suya y provecho de todos los fieles, así vivos como difuntos. Y ruegue al Santo, cuya fiesta se celebra aquel día, que no se dedigne de unirse con él para ofrecer á Dios aquel sacrificio para que su alabanza, que como débil yedra por sí mesma no puede levantarse del suelo, arrimada á tal tronco, suba trepando hasta el acatamiento de Dios y le sea agradable y acepto.

Para hacer este ofrecimiento y hacimiento de gracias, hay algunas oraciones compuestas de varones doctos y píos; mas porque la costumbre del decillas de memoria, suele ser ocasión de que se digan con poca atención como oraciones de ciego, tengo por más acertado que cada cual haga esto con palabras sinceras y llanas, salidas de lo íntimo del corazón, ó á lo menos tenga particular atención, si las dijere, para ir sintiendo interiormente lo que en ellas se dice. Débense, además desto, dar gracias á la divina bondad, porque, siendo quien es y nosotros quien somos, nos quiso admitir á sus alabanzas, en compañía de los santos Ángeles y espíritus bienaventurados, siendo un oficio tan alto, que aun los más encumbrados Serafines se conocen indignos dél. Esto es lo que el religioso ha de hacer, cuando viere que por la misericordia de Dios ha cumplido con la obligación de su oficio, asistiendo en el coro con las circunstancias que se requieren para tan divino y soberano ejercicio.

Pero si echare de ver que se hubo remisamente en cumplir con su obligación, considere á qué grado de culpa ha llegado el descuido para que, según eso, ponga el remedio á la falta que hizo, ó castigue su negligencia. Mire si dejó de decir alguna parte del oficio divino, por pequeña que sea, ó ya que en esto no haya faltado, si estuvo distraído algún rato voluntariamente, porque en cualquier destos casos, tiene obligación de suplir la falta que hizo, diciendo de nuevo lo que dejó por su culpa, ó repitiendo todo aquello en que se divirtió con voluntad deliberada. Esta es doctrina común y la enseña Navarro, citando algunos doctores graves (1). Y no sin causa pusimos aquella palabra, voluntariamente ó con voluntad deliberada, porque si la distracción no fué voluntaria, no hay obligación de reiterar lo que ya una vez se dijo; pero siempre la hay cuando dejó de decirse alguna cosa, aunque no se dejase voluntariamente. Porque la inadvertencia inculpable y no voluntaria, es suficiente causa para suplir la falta de la atención; mas no para quitar la obligación de la integridad del oficio. Y así, en cualquier hora que se acuerde el religioso que dejó de rezar alguna parte de las horas canónicas, tiene obligación de suplirla, y por esto es muy justo que luego en acabando el oficio, reconociendo su conciencia, vea si ha faltado en este particular. Y cuando se hallare obligado á reiterar y suplir alguna cosa, no lo dilate para después, si fuere posible, sino procure hacerlo antes de salir del coro, porque la memoria es frágil, las ocasiones de distraer-

(1) Navarrus in ca. *quando* not. X. núm. 28 et 29.

se muchas y la industria del demonio muy grande, y todo junto suficiente causa para hacer que se olvide, y no carece de culpa el olvido de las cosas obligatorias, cuando sin justa razón se van dilatando. Mas para quitar escrúpulos á los sujetos á ellos, es de advertir que cuando al religioso se le ofrece estar dudoso de si dejó de decir algún psalmo ó verso ó cosa semejante, ó si voluntariamente estuvo distraído ó no, como no tenga suficiente razón para creer que fué la distracción voluntaria, ó justa causa para persuadirse que realmente dejó de decir alguna cosa, no tiene para qué reiteralla, sino deponer el escrúpulo y creer que debió cumplir con su obligación. Y guárdense no den entrada sin mucha causa á estas dudas, porque es meterse en un laberinto que con grande dificultad se sale dél. Esta doctrina es verdaderísima y la enseña Navarro, con ser un hombre que estrecha mucho las cosas en esta materia. Y dice más: que cuando se reza en el coro y por alguna justa ocasión se deja de decir alguna parte de un psalmo ó de otra cosa semejante, como es cuando el Prelado llama ó habla á un religioso, ó le manda hacer algo, ó él dice á otro alguna cosa necesaria que no se puede dilatar, y aunque sea salir del coro por un breve espacio, en estos casos no hay necesidad de suplir lo que se dejó, porque pues todos los religiosos en aquel lugar hacen un cuerpo místico, es cierto que por razón de la compañía, se reputa por propio de cada uno lo que todos dicen, cuando el que deja de decir algo no se aparta voluntariamente de la unión de los otros. Y según esta doctrina, que es también de Navarro, tampoco hay obligación de reiterar las cosas que, estando atento á ellas, no pudo bien oillas el religioso, ó por estar algo lejos, ó por no declararse bien el que las decía, ó porque alguno estaba tosiendo, ó por alguna otra causa, en que no es culpado el que deja de oillas. De aquí se sigue que cuando el religioso en alguno destos casos dejó de oir ó decir alguna cosa, no tiene que afanarse por decilla luego, sino pasar adelante ayudando á los otros, con la misma quietud que si no la hubiera dejado. Lo cual es de advertir, porque hay algunos que por suplir luego lo que no pudieron decir por justa causa, dejan de ayudar un rato al coro y dicen con aceleración el oficio, porque mientras ellos suplen aquello, pasa el coro adelante y así andan como arrastrados, no cumpliendo con lo uno y faltando á lo otro. Lo que se hubiere de suplir, ha de ser acabado el oficio; y cuando no hay clara obligación de suplillo, sino que hay duda dello, vuelvo á decir que miren los escrupulosos, que so color de hacer servicio á Dios, no se acostumbren á reiterallo; porque, como dice Navarro, no sólo no sirven á Dios en esto, pero hacen muy mal.

Cuando las faltas cometidas no llegan á ser distracciones voluntarias, sino negligencias leves ó inadvertencias nacidas de la instabilidad natural, debe el religioso pedir á Dios perdón dellas con humildad, diciendo las palabras del Publicano, ó algunas otras equivalentes, ó haciendo en satisfacción dellas alguna penitencia, aunque leve, porque no queden sin castigarse los defectos hechos en obra tan celestial. Y porque el Papa León X concedió perdón de todas las faltas cometidas en el oficio divino por flaqueza humana, á los que después de dichas las horas dijeren la siguiente oración, será bien que el religioso

se acostumbre á decilla en acabado el oficio, no sólo por alcanzar esta gracia, sino por ser tan devota, que merece ser frecuentada y dicha con mucha veneración. La oración dice: *Sacrosantae ac individuae Trinitati, crucifixi Domini nostri Jesu Christi humanitati, beatisimae ac gloriosissimae semperque Virginis Mariae faecundae integritati et omnium sanctorum universitati, sit sempiterna laus, honor, virtus et gloria ab omni creatura, nobisque remissio omnium peccatorum per infinita saecula saeculorum. Amen. Et Beata viscera Mariae virginis quae portaverunt aeterni Patris Filium, et Beata ubera quae lactaverunt Christum Dominum* (*). Después della se ha de decir un *Pater Noster* y un *Ave-Maria,* por el estado de la Iglesia y de su Santidad. Hecho esto, podrá el religioso salirse del coro con mucha composición y sosiego, procurando evitar con diligencia y cuidado todas las ocasiones de distracción. Y crean que por no hacer esto como conviene, suelen algunos en breve tiempo perder el recogimiento interior y el calor de devoción que adquirieron estando en el coro. Ni se contenten con no distraerse, sino que procuren ir fomentando aquel calor, con algunas consideraciones, de las que estando en las alabanzas Divinas les movieron más poderosamente el ánimo y despertaron más vehementes afectos de devoción. Porque así como es imposible durar mucho tiempo el fuego, si no le van cebando con nueva materia, ó conservando la que ya está encendida, así es imposible que el fuego de la devoción no se acabe, si la consideración no le va cebando, ó con nuevos misterios, ó con la memoria reiterada de los que fueron materia para encendelle. Esto es andar en una perpetua preparación para los oficios divinos y es la más eficaz de todas, como arriba dijimos, para que fácilmente se alcance la devoción y atención que tan cara suele costar á muchos.

Dicho habemos, aunque no según la dignidad de la materia, las cosas necesarias para asistir en el coro con la decencia y recogimiento que se requiere, y para coger el fruto que del soberano vergel de las alabanzas divinas suelen coger los que, como solícitas abejas, andando de un misterio en otro, entre las flores de las sentencias admirables que allí se dicen, saben apacentarse. Allí recibe luz del cielo el entendimiento, allí se inflama la voluntad, allí se confirma la memoria, allí se reforman los desordenados afectos, allí se destierran las melancolías, allí se comunican las alegrías espirituales, allí se descubre la vanidad de las cosas perecederas, allí se manifiesta la estabilidad de las que siempre duran, allí se ensanchan los corazones apretados, allí se elevan los espíritus oprimidos; y finalmente, para todas las necesidades hay poderosos y eficaces remedios en este celestial ejercicio. Verdad es que estos efectos no los sienten los negligentes, no los gozan los tibios, no los gustan los indevotos, no los alcanzan los soñolientos, ni se descubren á los irreverentes y perezosos. ¿A dónde está, pues, el juicio de los que son negligentes y tardos en acudir al oficio divino? ¿Dónde tienen el seso los que estando en él no procuran desechar la tibieza? ¿En qué piensan los que asistiendo entre las centinelas del cielo están soñolientos? ¿Qué imaginan los que en presencia

(*) Esta oración, lo mismo que el *Aperi Domine,* están tomadas literalmente de los opúsculos del S. Doctor S. Buenaventura.—N. DEL E.

del Dios de la majestad no tienen reverencia? ¿Qué esperan los que teniendo la ocasión en la mano para sacar fruto de devoción no se aprovechan della? Lastímame el alma, hermanos míos, dice el melifluo Bernardo hablando con sus monjes (1), el ver que algunos de vosotros, estando en las sagradas vigilias, andéis pesados y cargados de sueño, y que no tengáis respeto á los ciudadanos del cielo que os están mirando, sino que estéis como muertos delante de los Príncipes celestiales; siendo verdad que ellos, movidos de vuestra espiritual alegría, se alegran de estar presentes en vuestras solemnidades. Y temo que ellos, abominando vuestra tibieza, se apartarán con indignación de vuestra compañía, y que cada uno de vosotros comenzará á decir á Dios, aunque con gemidos tardíos, aquellas palabras de David: Apartado habéis, Señor, lejos de mí mis conocidos, y tiénenme en su presencia por cosa asquerosa y abominable (2). Los que están cerca de mí, me miran de lejos, y los que buscaban mi ánima, me hacen violencia (3). Porque cosa cierta es, que apartándose de nosotros los Ángeles buenos, cobran brío y nos acometen con ímpetu los Ángeles malos. Y si á solas nos acometen, ¿quién podrá resistillos? Hasta aquí son palabras de San Bernardo.

Y helas traído en el remate desta materia, para enseñar á los Religiosos los daños que se les siguen, de no asistir como deben en los divinos oficios. Pues ultra de que pierden todos los bienes de que arriba hicimos memoria y otros innumerables; dice aquí San Bernardo que se apartan dellos los Ángeles buenos, cuando los ven por su negligencia tibios, indevotos y soñolientos, y dan lugar á los Ángeles malos para que lleguen á divertillos y desasosegallos. Porque como conocen el respeto y reverencia que á Dios se debe y la atención que se requiere para estarle alabando, no pueden sufrir los descuidos culpables y las muchas negligencias voluntarias que se cometen en esto; y así por no ver cosa tan abominable y que les da tanto en rostro, se apartan. ¡Oh, si viesen entonces los Religiosos el brío que cobran los demonios para llegarse á ellos, y cuán solícitos andan para estorbar la debida ejecución de los divinos oficios! Entonces es cuando al uno le infunden sueño, al otro fastidio y pesadumbre de las vigilias; á éste hacen que le parezca prolijo el modo de cantar los Psalmos, á aquél que se salga con leve necesidad del coro, y al otro que murmure del Prelado, porque hace que se diga con pausa el oficio. Aquí es el inquietarse los unos, el bostezar descompuestamente los otros, el recostarse éstos, el andar mudando lugares aquéllos, el sincopar las dicciones, el comenzar el verso antes que los otros acaben, y finalmente el no hacer cosa con gusto ni con alegría de espíritu. Pues, ¿qué diré de los pensamientos inútiles con que entonces nos importunan, las imaginaciones torpes que nos representan, las torres de viento que nos hacen estar fabricando, los medios que nos ofrecen para los negocios que después han de tratarse y otras mil inquietudes con que desasosiegan la paz del espíritu?

(1) Bernard, ser. 7. in Canti.
(2) *Longe fecisti notos meos a me, posuerunt me abominationem sibi.* Psal. LXXXVII, 9.
(3) *Qui juxta me erant de longe steterunt, et vim faciebant qui quaerebant animam meam.* Psal. XXXVII, 12-13.

¿Será, pues, razón que sea fácil el Religioso en admitir estas cosas? ¿Será justo que sea remiso en resistir estas tentaciones? ¿Será loable que por no alzar las manos para hacer resistencia, se entregue al enemigo maniatado como cobarde? ¡Líbrenos Dios que tal cosa hagan los soldados de Cristo! Pues esto hacen los que, por no esforzarse un poco á desechar la tibieza, á sacudir el sueño, á quietar el espíritu, á dar de mano á los pensamientos inútiles, están en las alabanzas divinas tibios, soñolientos é indevotos. ¡Oh, cómo acuden los buenos Ángeles á socorrer á los que se esfuerzan! ¡Oh, cómo hacen lado á los que varonilmente pelean! ¡Oh, qué néctar divino y qué almíbar del cielo administran á los que en la letra de lo que rezan van buscando el espíritu, y cuán propicios se muestran á los que, viéndose acosados del enemigo, les piden ayuda! Razón es, pues, que donde tanto bien se aventura, no haya negligencia en procurar alcanzallo, sino que como aconseja el devotísimo Laurencio Justiniano (1), arda en los divinos oficios con amoroso fuego el afecto, velen los ojos, clame la voz y concuerde la vida con estos afectos, para que podamos decir con David (2): En el acatamiento de los santos Ángeles, os cantaré Psalmos, Dios mío, adoraros he en vuestro sagrado templo y confesaré vuestro glorioso nombre.

Alégrese el alma en este espiritual ejercicio, porque en esta peregrinación y valle de lágrimas, ¿qué cosa puede haber más alta que ocuparse en las alabanzas de Dios, en compañía de los espíritus celestiales? ¿Qué cosa más dulce y suave se puede pensar, que hacer en la tierra lo que los ciudadanos del cielo y Angélicas jerarquías están haciendo en la Gloria? Nosotros hacemos acá este oficio con intervalos de tiempo, porque las necesidades que padecemos nos distraen á cosas diversas; mas ellos hácenle sin cesar un punto, porque no tienen necesidades que los distraigan. Ellos ven á Dios descubiertamente, pero nosotros sólo por fe y debajo de especies, considerándole como en espejo y por enigmas (3). Ellos como nobilísimos capitanes de la Iglesia triunfante, le ofrecen en su presencia alabanzas puras, ardientes, soberanas, inmensas, y nosotros pequeñuelos y flacos, agravados con el peso del cuerpo y peregrinos de aquella dichosa patria, ofrecemos á nuestro Dios y Señor alabanzas interpoladas y con mezcla de imperfecciones. Mas aunque la gloria y alabanzas que le cantamos sean desiguales á las que allá le ofrecen; con todo eso, si es una la intención suya y nuestra, si es semejante el deseo y la voluntad conforme, vendrá tiempo en que, cumpliéndose la promesa del Señor, seremos á los Ángeles semejantes (4). Entonces veremos á Dios como Él es, entonces le alabaremos perfectamente, entonces nos regocijaremos con verdadera alegría, entonces le amaremos ardientemente, entonces estaremos actualmente en lo que hacemos, entonces nos juntaremos con Dios inseparablemente, entonces nos veremos saciados bastantemente y nos transformaremos en El totalmente. Tendremos entonces compañía regocijada, voluntad concorde, común bienaventuranza,

(1) Lauren. Justin. de disciplin. monast. c. XVII.

(2) *In conspectu angelorum psalm tibi, Deus meus, adorabo ad templum sanctum tuum.* Psal. CXXXVII, 1.

(3) *Nunc videmus per speculum in enigmate, etc.* I. Cor., XIII, 12.

(4) *In resurrectione, etc. erunt sicut angeli Dei in coelo.* Matth. XXII, 30.

libertad sempiterna, tranquilidad segura, honra inefable, paz llena, amor verdadero, una misma gloria y un Reino ajeno de toda perturbación. Este es el fin á que aspiramos, y porque en ningún lugar acá en la tierra hay tan viva representación, ni tan estrecha participación de lo que allá pasa, como en un coro de Religiosos bien ordenados; es justo que los que aspiran á aquello, se ejerciten en esto, aprendiendo en la tierra los ejercicios santos que han de durar en el cielo.

CAPÍTULO XI

De la disciplina que se ha de guardar en el Oficio Divino fuera del coro

El que considerare las ocasiones que se ofrecen para hacer faltas en el Oficio Divino cuando se reza fuera del coro, echará de ver claramente que, además de las cosas que habemos advertido hasta ahora, es necesario advertir otras particulares, para prevenir los descuidos que acerca desto suelen hacerse de ordinario. Claro está que los que rezan con la comunidad en el coro, como tienen un superior que cela y hace guardar las leyes, que para aquel lugar tienen ordenadas las religiones, parece que aunque no quieran han de rezar á su tiempo, por su orden y en su lugar, guardando las demás ceremonias que son comunes á todos. Pero el que reza fuera del coro, en todas estas cosas depende de sola su voluntad, y así en todas ellas le es fácil errar ó por malicia ó por ignorancia. Porque si no quiere hacellas, no hay quien le esfuerce, y si las ignora, no hay quien le enseñe; y si por descuido las deja, no hay quien le vaya á la mano. Servirá, pues, lo que aquí dijéremos, de prevenir estos inconvenientes, instruyendo el entendimiento y moviendo el afecto de los que, forzados de algunas ocupaciones urgentes, rezan el oficio divino fuera del coro, para que instruídos en ello, elijan no solamente lo que es necesario, sino lo que es más perfecto, como gente que, por el estado que profesa, está obligada á anhelar á la perfección.

Digo, pues, que para rezar debidamente el Oficio Divino fuera del coro, ante todas cosas se ha de hacer elección de lugar acomodado y decente, acerca de lo cual faltan algunos que, como dice Gerardo (1), son tan descorteses para con Dios, que osan hablar con su Majestad en lugares tan indecentes, que se correrían de hablar en ellos con sus podencos. ¿Qué dirán á esto los que en lugares inmundos, diputados para las necesidades secretas, se ponen á rezar el Oficio Divino? ¿Qué responderán los que, andando en las caballerizas, ocupados en ministerios bajos, van rezando las horas canónicas? Acordarse deberían de aquel religioso á quien por ser defectuoso en esto, le fué dado purga-

(1) Geraldus lib. de assiduitate orandi.

torio en un lugar hediondo, donde padecía hedores intolerables, y considerar juntamente, que aun en el templo, mandaba Dios que se quemasen perfumes por ser casa de oración, para evitar el mal olor de los sacrificios que allí se ofrecían. Y por ventura con estas consideraciones templarían el poco respeto y no se atreverían á hablar con Dios en cosas obligatorias, donde no permitirían que entrase á hablar con ellos un hombre ordinario. La oración mental, dice el Angélico doctor Santo Tomás (1), en cualquier lugar puede hacerse, pues Dios en todos los lugares asiste presencialmente; y el Apóstol San Pablo dice (2), que es justo orar en todo lugar, levantando las manos limpias y los corazones puros á Dios. Pero las oraciones vocales obligatorias que la Iglesia tiene ordenadas para ofrecer á Dios sacrificio exterior de alabanza, lugar oportuno y decente requieren cuando cómodamente se puede haber. Así lo enseñan los gloriosos Padres San Ambrosio y San Agustín (3): y lo nota Navarro (4), advirtiendo algunas cosas particulares acerca desto, dignas de su mucha piedad, á las cuales por evitar prolijidad me remito. Y ruego humildemente á todos los religiosos, que pues la decencia del lugar es parte importante para rezar con el debido respeto, procuren cuanto les fuere posible, decir siempre el oficio en lugares decentes como son la Iglesia, el oratorio ó algún otro lugar limpio y devoto, donde haya, si es posible, alguna imagen de Cristo, que ayude á levantar el espíritu á Dios, manifestando en esta elección de lugar, la reverencia interior que tienen á la majestad del Señor con quien hablan. Y así como corporalmente se presentan delante de la imagen de Cristo, así también interiormente deben presentarse ante su Majestad, considerando que le tienen presente, como ya en otra parte dijimos, y que está mirando lo interior de sus almas, hecho juez de sus pensamientos.

Hase de mirar ultra desto, que, como advierte el Concilio de Basilea (5), además de ser el lugar decente como habemos dicho, ha de ser acomodado para rezar con devoción y atención. De tal manera, que no se rece en lugares públicos, donde probablemente se han de ofrecer ocasiones de distraerse. Porque los que voluntariamente hacen esto, á culpa suya se reputan todas las distracciones que por haberse ellos puesto en aquel lugar, se les ofrecen después estando rezando el oficio, y por consiguiente pecan, como dice Navarro, en haber elegido tales lugares. Y la razón, á mi parecer, es tan evidente, que á quien la considerare sin pasión, no le parecerá rígida la censura deste Doctor. Porque quien voluntariamente elige una cosa, de la cual hay grande probabilidad que se ha de seguir algún daño, implícitamente es visto querer el daño que se sigue della; pues conociendo el peligro, no lo quiere evitar, sabiendo que dice el Espíritu Santo que quien ama el peligro, será cierto perecer en él (6).

Esto deben considerar los que se ponen á rezar las horas canónicas paseando en el claustro, ó en el paso de la portería, ó en otros

(1) D. Tho. in c. II. episto. I. ad Thimot. lect. II.
(2) *Volo ergo viros orare in omni loco, levantes puras manus, etc.* I. Tim. II, 8
(3) Augus. et Ambros. ponentes praedict. locum Apostoli.
(4) Navar. in c. quando notab. V.a n. I, usq. ad. XI.
(5) Consil. Basil. titu. «quae horae canon. dicendae sint extra chorum».
(6) *Qui amat periculum in illo peribit.* Eccli. III, 27.

lugares donde concurre ó por donde pasa gente, poniéndose en ocasión de divertirse á mirar los que pasan y de saludar á los que los saludan, haciendo por esta causa algunas quiebras en el oficio. Cierto no sé yo qué disculpa podrán tener los tales para con Dios, ni qué podrán responder en el divino juicio, donde estas faltas se examinan tan rigurosamente. Deberían acordarse, que no sin causa, Cristo Redentor nuestro, enseñando á orar á sus discípulos, el primer documento que les dió, fué decirles que para orar se entrasen en su aposento, y cerrada la puerta, orasen á su Padre celestial (1). Porque sabía bien el divino Maestro cuán fácilmente es llevado nuestro corazón de los objetos presentes y que si no se quitan las ocasiones á los sentidos, es imposible dejar el pensamiento de distraerse Ni se contentó con enseñar esta doctrina con palabras, sino que la confirmó con ejemplo, saliéndose, como dicen los Evangelistas (2), á los montes y lugares solitarios para haber de orar.

Recopilando, pues, todo lo que habemos dicho acerca de la elección del lugar, digo que ha de elegirse tal, que sea limpio, decente y libre de ocasiones que puedan distraer los sentidos, no poniéndose donde hay bullicio de gente ó donde se puedan oir conversaciones ó música de voces que llevan tras sí poderosamente el sentido, ó donde se hace cualquier otra cosa, de quien se tiene experiencia que suele ser ocasión de divertirse el que reza.

Lo segundo que se ha de mirar para rezar el oficio divino como conviene fuera del coro, es la circunstancia del tiempo, en la cual se suele faltar ordinariamente ó por sobrada providencia, anticipándole mucho, ó por demasiada negligencia, dilatándole sobradamente. Hase de decir el oficio á sus horas, de tal manera, que las que pertenecen al día no se digan de noche, ni por el contrario, las que pertenecen á la noche se digan de día; porque el pervertir los tiempos sin mucha necesidad, es cosa reprehensible como lo enseña el Doctor Seráfico San Buenaventura. Y para que en esto tengan cierta regla los Religiosos, han de advertir que la hora propia de los maitines, es la media noche, á imitación de David que decía (3): A media noche, Señor, me levantaba para alabaros sobre los juicios de vuestras justificaciones. Y como dijo bien San Hilario, á media noche se levantaba el santo Rey, porque el Divino Esposo, que ha de venir á la media noche, no le hallase durmiendo como á las Vírgenes locas (4). La hora de prima, es poco después de salido el lucero del Alba, como lo muestra sentir la Iglesia en el Himno de aquella hora, que comienza: *Jam lucis orto sidere.* La de tercia es dos horas después de Prima, la de Sexta á medio día, y la de Nona á las dos de la tarde. La de Vísperas es entre tres y cuatro, y la de Completas al anochecer. Esta disposición de tiempos trae Navarro en correspondencia de los de la pasión de Cristo Redentor nuestro, y dice que el pervertirlos sin causa, es pecado, á lo menos venial; aunque no lo es cuando se hace con alguna

(1) *Tu autem cum oraveris, intra cubiculum tuum, et clauso ostio, ora Patrem tuum.* Matth. VI, 6.

(2) Mat. XIV. Marcl. VI.

(3) *Media nocte surgebam ad confitendum tibi, super iudicia iustificationis tuae.* Psalm. CXVIII, 62.

(4) *Media nocte clamor factus est, etc.* Matth. XXV. 6.

causa (1). Y no se han de tomar tan puntualmente estos tiempos, que no se les dé alguna latitud de más y de menos, como á las demás cosas morales. Y según esto, aquél cumplirá mejor con la obligación de la circunstancia del tiempo, que ya que no reza el oficio puntualmente á las horas susodichas, procura llegarse más á ellas, advirtiendo que es menos falta el anticipallo que el posponello. Porque, como dice Hugo de Santo Victore: Orar antes de la hora debida, providencia es; orar después de la hora, es negligencia; y orar en la misma hora, es perfecta obediencia. Y de un santo ermitaño se lee (2), que cuando anticipaba el oficio, le traía un Ángel para comer uvas en agraz; cuando le rezaba á su tiempo, se las traía bien sazonadas; y cuando le posponía, se las traía podridas. Dándole en esto á entender, que sólo el rezar á su tiempo, es fruto sazonado para el que reza y para el gusto de Dios.

Y porque no parezca cosa de poca importancia esta de la circunstancia del tiempo, referiré acerca desto, lo que escribe el doctísimo Pedro Damiano de un S. Obispo Coloniense, llamado Severino, varón de singular santidad. Iba camino cierto Clérigo de la ciudad de Colonia, dice Pedro Damiano, y llegando á pasar un río, sintió que le detenían, asiéndole de las riendas del caballo. Volvió los ojos á ver quién le detenía, y vió que era el Obispo Severino, Prelado que había sido de aquella Iglesia, pero ya difunto. Admiróse de verle, porque le tenía por Santo, y al parecer, estaba padeciendo graves tormentos. Preguntóle la causa del estar allí detenido, y el Obispo le respondió que si quería saberla le diese primero la mano. Diósela y fué tan grande el incendio que sintió en tocándosela, que le pareció haberle penetrado un fuego ardentísimo hasta los huesos y que se le descoyuntaban de todo en todo. Volvió á preguntarle la ocasión de estar allí padeciendo, y él entonces le dijo: Has de saber, que cuando fuí presentado en el juicio de Dios, sólo me hicieron cargo de que, por desocuparme para tratar desembarazadamente los negocios del Emperador, rezaba todas las horas de una vez por la mañana; y por sólo esto soy castigado con tan terrible fuego. Pero seré libre con brevedad deste tormento, si en mi Iglesia se ofrecieren por mí en satisfacción desta falta, algunos sacrificios de misas. Dicho esto, desapareció, y diciéndole algunas misas fué libre de las penas que padecía. ¡Oh, alteza de los juicios de Dios, y cuán bien se verifica en este ejemplo lo que dice David, que es justo Dios y su juicio rectísimo (3). ¿Quién creyera que á un tan gran siervo suyo había de castigar tan severamente por una falta, al parecer tan pequeña? ¿Qué dirán á esto los religiosos que no por causa de negocios tan graves como son los de todo un Imperio, sino por ocasiones muy leves, anteponen y aun posponen las horas, rezando fuera de su tiempo el oficio divino? Y si el que tuvo sola esta falta, siendo la causa al parecer tan urgente y la intención tan justificada, fué castigado con tan grande rigor, ¿qué esperan los que tienen con ella otras mayores y á Dios enojado por otros caminos? ¿Cómo no temen? ¿por qué no tiemblan? ¿en qué con-

(1) Navarrus ubi supr. c. III. n. 48 et 54.
(2) Refertur a Joanne Andraea. in c. I. de celebran Missa.
(3) *Justus es, Domine, et rectum iudicium tuum.* CXVIII, 137.

fian? Ábrales Dios por quien Él es los ojos, para escarmentar en cabeza ajena.

Hecha elección de lugar y tiempo, se ha de mirar con cuidado el Breviario y mirar de quién se reza, poniendo los registros en sus lugares antes de ponerse á rezar. Porque si se aguarda á buscar las cosas cuando actualmente se está rezando, es ponerse en evidente peligro de divertirse con el cuidado de hallarlas; y no pudiendo luego topar con ellas, es forzoso detenerse y hacer quiebra en el oficio, y entrambas cosas son impedimento para cumplir perfectamente con una obligación tan estrecha. Preparado el Breviario, se ha de preparar el ánimo para rezar con atención; porque un acto tan religioso, sería gran defecto hacerle por sola costumbre sin encaminar la intención á Dios. Y aunque la preparación no sea tan larga como para haber de rezar en el coro; pero á lo menos, se ha de pedir á Dios, aunque brevemente, su divino favor y gracia para rezar con la debida atención y reverencia, proponiendo de estar atento, reverente y devoto; y ofreciendo aquel sacrificio de alabanza para bien de su alma y gloria de Dios. Cuando al principio se dicen aquellas palabras: *Deus in adjutorium meum intende,* procure el Religioso reconocer lo poco que puede, y la necesidad que tiene del divino favor para pedir con afecto lo que las palabras significan. Y cuando se dice la primera vez el verso de *Gloria Patri,* humillando la cabeza como suele hacerse en el coro, levante el espíritu á Dios y vuelva de nuevo á enderezar la intención á la gloria de aquel Señor, cuyas personas nombra y reverencia. Y la misma intención ha de ratificar, como lo aconseja el Concilio Milevitano, todas las veces que en el discurso del oficio se repite el dicho verso de *Gloria Patri.* Porque sin duda alguna, es éste un admirable modo de suplir las faltas que se van haciendo, y de renovar la intención para lo restante. Y también aconseja el dicho Concilio, que cuando se dice la oración y especialmente en aquellas palabras: *Per Dominum nostrum Jesum Christum,* se procure tener cuidado de recoger el ánimo, ofreciendo de nuevo el sacrificio de aquella hora, y pidiendo perdón de las faltas cometidas, por los merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor, que es el que suple todos nuestros defectos é imperfecciones.

En lo demás que toca á la atención, véase lo que dijimos en el capítulo VI deste libro, porque no es menos necesaria mucha parte de aquella doctrina para rezar fuera del coro que en él; pues acerca desto es una misma la obligación. Aquí se ha de poner toda la vigilancia posible, porque, como dijo admirablemente Hugo de Santo Victore (1), los que alaban á Dios con sola la lengua, son como los lisonjeros de los grandes señores, que los van adulando con alabanzas compuestas, sin sentir lo que dicen, ni salirles del corazón. Pero hay esta diferencia, que aquéllos, como tratan con gente que puede engañarse, juzgando por solas las apariencias, algunas veces alcanzan lo que pretenden; mas los que hablan con Dios haciendo oficio de lisonjeros, alabándole con sola la lengua, como no pueden engañarle á Él porque penetra y sabe lo que hay en el corazón, es cosa forzosa

(1) Hugo. libello de modo orandi. c. VI.

haber de ser ellos los engañados; no siendo aceptas sus alabanzas por falta de espíritu y atención. Toda esta doctrina es de Hugo. Y pues della consta lo que importa el estar atentos, deben los Religiosos procurarlo con mucho cuidado, dando de mano á los pensamientos inútiles luego en sintiéndolos, á imitación de Abraham, que procuraba ojear las aves que se llegaban á estorbarle su sacrificio (1). Y esto se ha de hacer con suavidad y paz interior y no con desabrimiento y congoja, sino invocando con humildad el auxilio de Dios.

Para ayuda de conservar la atención, importa mucho evitar todas las acciones que no pertenecen al acto de la oración, como son el andar jugando con las manos, revolviendo papeles, hojeando libros, ó haciendo otras cosas semejantes á éstas, que son indicios de ánimo descompuesto y pueril, y manifiesto argumento de corazón liviano. Por esta causa, aconseja San Buenaventura, que en poniéndose el religioso á rezar, deje lo que tiene en las manos y las ocupe en sólo el Breviario; deje todas las otras ocupaciones, recoja el pensamiento, mortifique la vista, componga todos los sentidos y miembros del cuerpo, porque como canta la Iglesia en un himno, el rostro, la lengua, el entendimiento, el sentido y el vigor del ánimo, han de sonar alabanza cuando se está rezando el Oficio, para que en todos los miembros resplandezca la composición religiosa, que tan alto ejercicio pide. Y aunque es verdad que á todas las ocupaciones se ha de dar de mano mientras dura el rezar las horas canónicas, pero particularmente se han de evitar aquellas que dicen especial repugnancia y no se compadecen con la atención, como son: leer, escribir, estudiar y oir negocios, y finalmente todas aquellas que requieren particular atención del entendimiento. La razón desto es, porque como nuestro entendimiento es limitado, no puede atender juntamente á la inteligencia de muchas cosas, y así el que está rezando, si se pone á hacer alguna obra que requiere particular atención del entendimiento, es cosa forzosa no poderla tener á lo que va rezando; y por consiguiente, no poder cumplir con la obligación que tiene de estar atento, lo cual es precisamente necesario para pagar la deuda del Oficio Divino. Otra cosa es cuando las ocupaciones no requieren atención del entendimiento, sino de sólo el sentido por ser puramente corporales, como son el cerrar una carta, el tajar una pluma, el abrir ó cerrar un libro, el desembarazar la mesa del escritorio y otras cosas deste jaez; que para hacellas, basta atender con sola la vista sin que el entendimiento se embarace. Estas aunque no se deben hacer mientras se reza el oficio, porque repugnan á la reverencia que se debe á aquel acto, pero como no impiden totalmente la atención, antes se compadecen con ella, es muy posible que estando ocupado en ellas, cumpla el religioso esencialmente con la deuda desta obligación. Verdad es, que cuando por alguna necesidad, estando rezando, se mezcla alguna ocupación destas, hase de procurar suplir este defecto con acrecentar el cuidado de la atención, porque si esto no se hace, es cosa fácil irse la imaginación tras el sentido, y el entendimiento tras de la imaginación. Y por esta causa hay

(1) *Descenderuntque volucres super cadaver, et abigebat eas Abram.* Gen. XV, 11.

siempre peligro en mezclar semejantes ocupaciones con el rezo del Oficio Divino, porque á un pensamiento tan instable como el del hombre, cualquiera ocasión le divierte con mucha facilidad.

CAPÍTULO XII

En que se prosigue y concluye la materia del capitulo precedente

Además de lo que dijimos en el capítulo séptimo, tratando de la reverencia que se debe tener en un acto tan religioso como es el de las alabanzas divinas, se ofrece advertir algunas cosas acerca desta materia. Y la primera sea, que para rezar fuera del coro con la reverencia que se requiere, procure el religioso que la postura del cuerpo corresponda con la alteza del ejercicio que hace y con la majestad del Señor á quien habla. Y entienda que á entrambas cosas repugna, el rezar estando asentado, ó echado, ó recostado, ó paseando, si no es por ocasión de mucha flaqueza, ó de grande cansancio, ó de enfermedad, ó por sacudir de sí el sueño, cuando al tiempo del rezar le acosa sobradamente, que en tal caso lícito será rezar paseando para que el movimiento del cuerpo le haga estar desvelado. Guárdense de faltar en esto los Religiosos, y consideren que por ser Dios quien es y por ser criador de los cuerpos y de las almas, se le debe suma reverencia del alma y del cuerpo. Y que destas dos, la primera es sumamente dificultosa, si se ha de tener con perseverancia, porque el pensamiento se divierte muy fácilmente, y dejando á Dios sin pensarlo, se ocupa en cosas inútiles y aun dañosas, indignas del acatamiento divino. Y por el contrario, la reverencia exterior, que consiste en postrarnos y componernos exteriormente delante de la divina grandeza, es cosa que se alcanza con poco trabajo y se conserva con un razonable cuidado y sin mucha dificultad. Siendo, pues, verdad que la reverencia exterior es tan fácil, y la interior tan dificultosa, ¿por qué no daremos á Dios, á lo menos esto que podemos hacer tan fácilmente? ¿Por qué no procuraremos suplir con lo exterior, las faltas que en lo interior cometemos? Cierto, yo tengo vehemente sospecha, de que no debe trabajar mucho por alcanzar la reverencia interior, el que siendo la exterior tan fácil, no procura honrar á su Dios con ella. Humíllese el gusanillo delante de aquella grandeza inmensa, y avergüencese de ver que sea necesario decirle que se humille. Córrase de hablar con Dios estando asentado ó recostado, el que se corre de ver que los que le hablan no se levantan en su presencia. ¡Oh, majestad de Dios tan poco respetada en la tierra! Allá, Señor, en los cielos, donde os conocen, allá donde siempre están viendo el infinito abismo de vuestra grandeza, allá os honran de la manera que pueden. Allá se os postran los Reyes, allá os adoran los Serafines, allá os respetan los Tronos, allá os reverencian las Potestades, allá se os rinden y humillan todas las

Angélicas Jerarquías; y acá el polvo, la ceniza y el nada os pierde el respeto.

Sea, pues, la resolución en este particular, que no habiendo flaqueza ó enfermedad ó algún otro accidente ó causa legítima que lo impida, se acostumbren los religiosos á rezar de rodillas el oficio divino. Esta es entre todas las posturas corporales la más proporcionada para descubrir la reverencia interior, porque, como notó ingeniosamente Santo Tomás (1), el que dobla las rodillas delante de otro, dos cosas hace en que da muestras de humildad y respeto. La primera es hacerse menor de lo que realmente es, porque claro está que un hombre puesto de rodillas, mucho menor es que estando en pie. Y así el arrodillarse, es como protestar su pequeñez en respeto de aquel ante quien se arrodilla. La segunda es que por estar la fortaleza del cuerpo más particularmente en las rodillas que en otras partes, el que las dobla delante de otro, protesta la flaqueza de su virtud, en comparación del otro ante quien las dobla, y así esta postura es muy proporcionada para protestar humildad. Y de aquí es que, como Dios es tan amigo de esta virtud, gusta mucho de ver postrados á los que llegan á hablalle. Y hablando por Isaías, dice (2) que ante su Majestad quiere que se doble toda rodilla. De aquí nació el preciarse tanto los santos de guardar esta ceremonia, cuando, para hablar con Dios, se postraban en su presencia, pareciéndoles que era buena disposición para darle gusto y para ser oídos. David convida á que le hablemos postrados y le adoremos de rodillas (3), y desta suerte le hablaron Salomón, Esdras, Daniel (4), San Esteban, San Pablo (5) y otros muchos, así del nuevo como del viejo testamento. Y Cristo, que ha de ser el modelo y dechado á quien todos hemos de imitar, desta manera hablaba con su Padre Eterno, y aun alguna vez, pareciéndole que era poco hincar las rodillas ante tan gran Majestad, humilló el rostro hasta la tierra (6), como dando muestras de que hasta las entrañas della se quisiera humillar delante de tan soberana grandeza, con ser verdad que, como dice el Apóstol, sin ser ladrón de su gloria (7), pudo decir que era su igual. Teniendo, pues, tan admirables ejemplos y siendo tan del gusto de Dios, el vernos postrados delante su presencia, ¿quién deja de usar de una ceremonia tan santa para haber de hablalle? Cierto dignos son de reprensión los que dejan de hacello sin justa causa, pues dejan de dar á Dios voluntariamente lo que le es tan debido y á ellos les cuesta tan poco.

Verdad es que, aunque el rezar de rodillas el oficio divino es la postura más humilde y de mayor reverencia, como queda probado; pero los que rezan en pie y descubiertos, no carecen del respeto necesario para cumplir con su obligación. Porque de nuestro seráfico Padre San Francisco leemos, (8) que su ordinario rezar para pagar las horas canónicas, era estando en pie y la cabeza descubierta, sin

(1) D. Tho. In epist. ad Ephe. c. III. lect. IV.
(2) *Mihi curvabitur omne genu.* Isa. XLV, 24.
(3) *Venite, adoremus et procidamus ante Deum.* Psal XCIV, 6.
(4) *Daniel tribus temporibus in die flectebat genua.* Dan. VI, 10.
(5) *Flecto genua mea ad Patrem Domini Nostri Jesu Christi.* Ephe. III, 14.
(6) *Progressus pussillum procidit in faciem suam.* Matth. XXVI, 39.
(7) *Non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo.* Philip. II, 6.
(8) Authon conformitatum. li. II. confor. XXIII.

osarse arrimar á ninguna parte, aunque estaba flaquísimo y cargado de enfermedades. No queremos negar que se le debe á la flaqueza y enfermedad su socorro, y que es lícito á los flacos y enfermos el arrimarse y aun el rezar sentados; pero el hacer esto sin causa decimos que es reprensible, y que por ventura algunas se tienen por justas causas, que no son suficientes. Cuántos hay que para hablar con sus Prelados ó con alguna persona grave, se esforzarían sin excesivo trabajo á estar en pie y sin arrimarse una hora entera, y para hablar con Dios sólo un cuarto, les parece que están tan flacos, que pueden justamente asentarse. Consideren esto los religiosos y echarán de ver cuántas veces se engañan en juzgar fácilmente en favor de la carne. Y adviertan que, según sentencia de San Buenaventura, los que por la flaqueza evidente ó excesivo cansancio, rezan estando sentados, á lo menos deben estar en pie, al comenzar el oficio, al Invitatorio, á las capítulas y á los himnos, y es cierto que no hay menos razón para estarlo á los cánticos de *Magnificat*, *Nunc dimittis* y *Benedictus*, y á la oración de la solemnidad, ó fiesta de quien se reza. Pero á la Antífona de la Madre de Dios, con que se concluyen las horas, es justo que se arrodillen, sin que la flaqueza sea bastante para estorballo. Porque para estar de rodillas tan breve espacio, razón es que venza á la flaqueza la devoción, pues no hay peligro de perder la salud, cuando la ocasión es tan leve.

Y dice más San Buenaventura, que aun los que están en la cama enfermos, cuando rezan estando en ella, han de procurar esforzarse á dar muestras de la reverencia interior, con alguna acción exterior que la manifieste. Esto hacía el divino Jerónimo, cuando estando en la cama enfermo, debilitado y flaquísimo, hizo colgar de una viga un pedazo de cuerda, que estuviese pendiente, para que al tiempo del rezar el oficio, asiéndose della, pudiese levantar el cuerpo en sus ocasiones y descubrir con esto el afecto de la reverencia interior, no perdonando á la vejez, ni condescendiendo con la flaqueza, ni regalando á la enfermedad; sino atendiendo á que hablaba con Dios. Y vuelvo á decir que miren los religiosos no sean leves en juzgar cualquiera enfermedad por suficiente para rezar en la cama echados. Porque de un monje se lee, y lo refiere San Buenaventura, que pareciéndole bastante causa para rezar en la cama, unas calenturillas lentas que tenía, se acostumbró á rezar Completas estando echado. Y apareciéndole un ángel, le reprendió con severidad, diciendo: Completas debajo de las mantas, ni son fructuosas, ni agradan á Dios. Sea, pues, la regla para los enfermos, que cuando la necesidad los forzare á rezar en la cama, tengan cuidado, al tiempo de comenzar el oficio, de levantar el espíritu á Dios, humillando el corazón y postrando el alma ante su acatamiento, reconociendo la propia pequeñez y la grandeza del Señor con quien se ponen á hablar, y pidiéndole licencia para hablalle de aquella manera, con protesto de que le quisieran hablar con las rodillas por tierra, y de que aun eso fuera poco, según la reverencia que se le debe. Al verso de *Gloria Patri*, procuren levantar algún poco la cabeza en señal de respeto, y si no pueden, levanten á lo menos los ojos al cielo, como quien aspira á reverenciar al Dios de la majestad que reverencian allá los ángeles. Y cuando se

dice la oración ó las Antífonas de la Virgen en la conclusión del oficio, hagan lo que pudieren por enderezar algún tanto el cuerpo, y no dándoles lugar para esto la mucha flaqueza, procuren juntar las manos ó hacer otra acción devota, con que despierten en sí mismos algún afecto de reverencial devoción y edifiquen á los otros con su buen ejemplo. Y finalmente, miren que cuando algún religioso grave entra á visitarlos, se esfuerzan á hacer algunas destas acciones y aun otras más trabajosas, movidos de la presencia corporal de aquellos que juzgan ser dignos de reverencia, y es razón que pues los ojos del alma con la luz de la fe ven á Dios presente, que le está hablando, obre en ellos con eficacia esta vista para honrar á su Dios lo que obra la corporal para honrar á las criaturas.

Requiérese, además de las cosas ya dichas, que procuren los religiosos, así sanos como enfermos, no pervertir el orden de las horas sin grave causa, diciendo tercia antes de prima, ó sexta antes de tercia, ó Vísperas antes de Nona, ó finalmente otra alguna hora antes de la que precede, según la costumbre de la Iglesia y el orden que pone el breviario. Porque aquel soberano Señor, que dispuso todas las cosas en orden, en número y en medida, como dice el Espíritu Santo (1), quiere que las que se hacen en su servicio se hagan ordenadamente, dando á cada cosa su tiempo, su lugar y su asiento. Verdad es que cuando por alguna causa razonable se pervierte este orden, como es por hallarse en Vísperas en el coro sin haber dicho Nona, ó por ayudar á un enfermo á decir Maitines, antes de haber dicho Completas, ó por alguna otra ocasión semejante, ni hay en ello pecado ni obligación de reiterar lo que ya una vez se dijo, sino suplir solamente lo que faltaba. Y mírese mucho que el decir el oficio, ni sea muy de corrida, ni se vayan mascando las palabras, sino deteniéndose el tiempo necesario para pronunciarlas y acentuarlas bien. Hay algunos que se tragan las sílabas de los finales y otros que van sincopando las dicciones, de tal manera, que son poco menos las sílabas que se dejan que las que dicen. Y las que dicen son tan mal pronunciadas, que á haber Dios de entendellos movido de sólo el objeto de sus palabras, apenas los entendería, porque ni ellos se entienden ni es cosa inteligible lo que van rezando. Y hay quien diga que basta aquello para que Dios los entienda; y es ello así que los entiende muy bien sus descuidos y los entenderá algún día, porque ellos no quisieron entenderse. Pues ¿qué diré de los malos acentos que algunos hacen en lo que van diciendo, sin hacer caso dello, aunque los adviertan? Es cierto que, como dice Navarro (2), en todas estas cosas hay mezcla de pecados, á lo menos, veniales. Y los que advertidos dellas y corregidos por hombres doctos, no quieren poner remedio pudiendo, muchas veces vienen á pecar mortalmente, porque en la negligencia culpable, cuando viene á no hacerse caso della por entender que no importa, pocas veces deja de haber algún menosprecio y, por consiguiente, pecado mortal. Ni les parezca que excusa la poquedad de la materia, porque el sincopar las dicciones y el acentuarlas mal, es ocasión algunas veces de que se mude la signifi-

(1) *Omnia in mensura, numero et pondere disposuisti.* Sap. XI, 21.
(2) Navar. in c. *quando* notab. XVI nu. IX.

cación y se varíe la sentencia de lo que se va rezando. Lo mismo digo de los que no hacen caso de la puntuación, tomando asiento donde se hace quiebra en la sentencia y haciendo pausa donde no se debería parar, como lo dice Navarro. Para evitar estos defectos, exhorta el concilio de Tréveris, que los que ocupados de negocios graves, rezan privadamente el oficio, se guarden no lo digan soñolientamente, cortando palabras ó deteniendo la voz en la garganta, como quien murmura de lo que reza, ó como quien está royendo el silencio con rabia, como dijo el otro Gentil. Antes deben procurar decille, clara y distintamente, de manera que á las palabras que van diciendo vaya acompañando la atención. Esto dice el concilio Treverense. Y casi lo mismo dice el concilio de Basilea y el Senonense, añadiendo lo que arriba dijimos, que no digan las horas hablando entre dientes, ni sincopando las dicciones, ó comiéndose las palabras, sino con distinción y reverencia, sin mezclar conversación y silencio, como siervos de Dios.

Toda esta es doctrina de los concilios, para cuya observancia se han de procurar dos cosas. La primera es que cuando el religioso reza, de tal manera alce la cabeza que pueda él mismo ir percibiendo con el oído lo que pronuncia la lengua. Desta manera, ni se comerá las palabras, ni hablará entre dientes y podrá mejor pronunciar lo que dice, que es lo que tanto encomiendan los sagrados concilios. Y aunque es cosa acertada, acostumbrarse ordinariamente á rezar con voz alta é inteligible; pero especialmente se ha de guardar cuando se siente algún bullicio ó ruido donde se reza. Porque el sonido de lo que se oye lleva la imaginación tras sí á pensar en aquello que percibe el oído, y estando ocupado aquel sentido en oir lo que se va rezando, menos ocasión tendrá para divertirse y más aparejo para recogerse, sin atender á otra cosa. Pero hase de advertir que si el que reza á solas echare de ver que cerca dél hay alguno que está rezando, en tal caso no debe alzar la voz, sino moderarla, porque no se ha de buscar el bien propio con daño ajeno.

Lo segundo que se ha de procurar es que no se interpongan palabras para hablar con otros, mientras se dice el oficio, si no es por causa inevitable; porque, además de las quiebras que se hacen, descontinuando las alabanzas divinas, es grande descortesía, como arriba dijimos, dejar á Dios con la plática comenzada, por hablar con otro sin ocasión urgente. De un maestro parisiense, refiere San Buenaventura que estando rezando el oficio, llegó á visitalle un Obispo y él, pasando adelante en lo que rezaba, bajó la cabeza, haciéndole cortesía, y acabó de rezar su hora con mucha quietud. La cual acabada, se fué con humildad al Obispo y le dijo: V. S. me perdone que no pude dejar la plática comenzada, porque estaba hablando con otro mayor Señor. De lo cual, no solamente no se enojó el Obispo, pero quedó muy edificado. Y ello es así, que no hay persona tan ignorante, que no se edifique de tan religiosas descortesías como ésta, si así puede llamarse, porque no hay nadie que ignore cuánta más reverencia se debe á Dios que á sus criaturas, por graves que sean. Buena es la urbanidad y crianza; mas cuando llega á encontrarse con Dios, no es urbanidad, sino descortesía. De lo cual

nos dieron maravilloso ejemplo aquellas dos santas hermanas Marta y Magdalena, de las cuales dice el Evangelista San Juan, que estando en visita con cierta gente principal que había venido á darles el pésame de la muerte de su hermano Lázaro, les llegó un recado de que Cristo había llegado á su posada. Dieron el recado á Marta y en recibiéndole, dejándolo todo, se fué luego en busca de Cristo para hospedalle, como era razón (1). Quedó Magdalena con las visitas; pero llegando después á su noticia la venida de Cristo, y en oyendo decir que la llamaba, se levantó tan arrebatadamente para ir á buscalle, que, alterados de ver su prontitud, se fueron todos tras ella, creyendo que algún ímpetu de sentimiento la hacía ir con tanta prisa á llorar al sepulcro donde estaba su hermano sepultado. Bien sabían estas santas hermanas de cortesía, pues eran tan principales; pero, con todo eso, en oyendo decir que Cristo las aguardaba, hechas cortesanas del cielo, les pareció que fuera descortesía dejar de faltar con todos, por no hacer falta con Él. Y si el no dejar á los hombres cuando los llama Dios es faltar al respeto que se le debe, ¿qué será el dejar á Dios, estándole hablando, por hacer cumplimiento con sus criaturas? Y si para hacer cumplimientos, que son permitidos, es falta el dejar interrumpido el oficio, ¿qué será el hacer esta falta, por decir donaires y cosas de burla? Cierto es cosa detestable y digna de gravísima reprensión y castigo. Pero no quedarán sin él los que fueren defectuosos en esto; porque, como dijo Cristo, á cargo de su Padre está el juzgar á los que le menospreciaren (2). Y así deben los religiosos poner mucho cuidado en esto, proponiendo firmemente de no interponer palabras, ni hacer interrupciones en el oficio divino, sin ocasión urgentísima que no se pueda evitar. Y entonces han de procurar acabar la oración ó el himno que van diciendo, porque no se haga la interrupción en medio de alguna destas cosas y, levantando el espíritu á Dios, pedirle licencia cortésmente para acudir á la necesidad que se ofrece, proponiendo de volver luego á hablalle, y continuando á lo menos con la intención, cuanto les fuere posible, lo que iban rezando, no perdiendo totalmente de vista á Dios.

Cuando fueren dos ó más los que han de rezar, aconseja el Doctor Seráfico San Buenaventura, que constituyan sus coros y digan alternativamente los himnos y psalmos, guardando en todo lo que pudieren las ceremonias del coro, haciendo punto en las mediaciones y pausa en los finales, de tal manera, que no se comience el siguiente verso, sin estar pronunciada la última sílaba del precedente. Y aunque San Buenaventura dice que cuando el un coro va diciendo su verso, debe el otro secretamente ir pronunciando el mismo verso, no se ha de entender que el hacer esto es cosa obligatoria, porque diciendo cada cual fielmente lo que es de su parte, en voz inteligible y clara, cumplirá con su obligación, con sólo estar atento á lo que los otros dicen. En lo demás que toca al despertar afectos de devoción y recogerse algún poco después de dicho el oficio para pedir perdón de las faltas que se han cometido en él, todo se ha de hacer á

(1) *Marta ergo et audivit quia Jesus venit, occurrit illi.... Illa ut audivit surrexit et venit ad eum.* Joann XI, 20 et 29.

(2) *Qui spernit me, et non accipit verba mea, habet qui judicet eum.* Joan. XII, 48.

la letra de la manera que arriba dijimos, guardando la proporción de más ó menos, según dieren lugar las ocupaciones.

Otras cosas particulares se pudieran advertir; pero estas son las más esenciales, y es cierto que el que se preciare de guardallas, rezará el oficio divino sin pesadumbre y cogerá copiosísimo fruto, enriqueciendo el alma de tesoros del cielo. Y á los que no trabajaren por guardar estas circunstancias, se les podía decir lo que dijo Dios á su pueblo por un Profeta, aunque á otro propósito (1): Sembrastes mucho y cogistes poco, comistes y no quedastes harto, vestísteos y no os calentó el vestido, y el que allegó riquezas echólas en saco roto, y todo nació de que dejando mi casa desierta, cada cual se dió prisa por irse temprano á la suya. ¿Quién son los que dejan la casa de Dios desierta por irse presto á la suya, sino los religiosos indevotos y tibios, que por acudir á sus gustos particulares, se aceleran en el rezar para acabar presto el oficio? Estos son los que la dejan desierta, porque cuanto es de su parte, hurtando el tiempo á las alabanzas divinas, disminuyen la gloria de la casa de Dios, privándola de la asistencia de los santos ángeles, que suelen acompañar á los que le alaban. A estos, pues, que rezan con tanta aceleración y tibieza, castiga su majestad con hacerles que cojan poco provecho de lo que rezan, sembrando mucho trabajo, y sacando dél poco fruto; y con permitir que no les caliente el fuego de la devoción, ni salgan medrados, de donde pudieran atesorar inestimables riquezas. Pero aquellos que dicen sus horas á su tiempo, en su lugar y con las circunstancias que habemos dicho, andan gruesos en lo interior del alma, con la abundancia de gracia que se les comunica, y lucidos en lo exterior de sus obras con el buen ejemplo que dan á los prójimos; cogen fruto copioso de merecimientos y andan con afectos fervorosos de devoción. Y como árboles fructíferos plantados á las corrientes de las aguas del cielo, dan, como dice David (2), fruto sazonado á sus tiempos, conservando Dios el verdor de las hojas de sus deseos y no permitiendo que aun sola una se caiga. Regálalos y prospera todas sus cosas, comenzando á premiarlos acá en la tierra, con una participación de los gustos que han de gozar en el cielo.

CAPÍTULO XIII

De la disciplina que se ha de guardar, acerca del ministerio del altar

El altar sacrosanto donde los sacerdotes Evangélicos ofrecen al Padre Eterno el sacrificio incruento del cuerpo y sangre de Cristo

(1) *Seminastis multum et intulistis parum: comedistis, et non estis satiati, etc. Quia domus mea deserta est, et vos festinastis unusquisque in domum suam.* Agei. I. 6 et 9.

(2) *Et erit tamquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum dedit in tempore suo.* Psal. I, 3.

nuestro Redentor, por ser el lugar inmediato donde se hace está ofrenda, es, según sentencia de San Buenaventura (1), una viva imagen del árbol santísimo de la Cruz. Porque ella fué el primer altar de la ley de gracia, donde el hijo de Dios encarnado, Sacerdote eterno, según el orden de Melquisedech (2), se ofreció á sí mismo en reconciliación y sacrificio por el linaje humano. Y si es verdad, como lo es, que las imágenes han de ser veneradas, según la grandeza y majestad de aquello que representan, grande es por cierto el respeto y veneración que al Altar se debe, pues representa una cosa tan venerable como la Cruz, á quien la Iglesia honra con la misma adoración y reverencia que á Cristo Señor nuestro. Colijan de aquí los ministros del templo con qué humildad, con qué veneración y respeto han de tratar las cosas del sacro altar, y admírense de verse escogidos de Dios para ministerio tan alto. Mas porque son muchas y varias las cosas en que consiste la reverencia que al altar se debe, será bien que digamos algo de cada una dellas para que, instruídos acerca desto los religiosos, no yerren por ignorancia en materia donde sería grave yerro el tenella.

Digo, pues, que para la observancia de la disciplina que ha de guardarse acerca desto, una de las cosas que han de mirarse con cuidado, es el ornato decente y religioso del sacro altar. Porque aunque los herejes más digan, no se puede negar que el aparato exterior del templo, el adorno y limpieza de los altares y la gravedad y concierto de los ministros, son eficacísimo medio para venir en conocimiento de la majestad y grandeza del Señor que tan magníficamente es servido (3). Y que cuanto el adorno es más rico y mayor la limpieza destas cosas, tanto con más recato nos llegamos á ellas y con tanta mayor reverencia las tratamos. La majestad de los palacios, la muchedumbre de los ministros, el costoso atavío de los criados y las muchas víctimas y holocaustos que ofrecía Salomón en el templo, fué el medio, según dice la Sagrada Escritura (4), para que la Reina Sabba echase de ver su grandeza, su potencia y su sabiduría. Y la experiencia enseña que el adorno y buen atavío de una persona, nos lleva fácilmente á tenerla respeto y á tratarla con reverencia, porque la fuerza del ornato exterior, mueve al entendimiento á concebir altamente della. Y así también vemos que en las cosas eclesiásticas, cuanto es mejor y más rico el aparato con que están adornadas, tanto más fácilmente es llevada el alma por los sentidos á reverenciallas y mirallas con más respeto. Por esta causa quiso la Majestad de Dios en la vieja ley que la riqueza del templo fuese tan grande, los vasos tan ricos, los ornamentos de los Ministros tan preciosos y todo tan bien ordenado y puesto en su punto, porque por este camino viniese el pueblo rudo á concebir altamente de su grandeza. Y aun en la ley nueva, con ser Cristo tan amigo de la santa pobreza, quiso por esta causa que el Cenáculo donde había de celebrar con sus discípulos la última cena, fuese grande y entapizado,

(1) D. Bonaventura opusc. de expositione Misae.
(2) *Tu es Sacerdos in aeternum, secundum ordinem Melchisedech.* Psalm. CIX, 4.
(3) Vide Thomam Ubaldensem, de sacramentalibus, tit. XVII.
(4) *Videns autem Regina Sabba habitacula servorum, et ordines ministrantium, vestesque eorum etc. non habebat ultra spiritum.* III. Reg. X, 4.

como dice San Lucas (1), y el cáliz riquísimo de una hermosísima Calcedonia, adornada con oro y piedras preciosas, y el plato de una Esmeralda riquísima, para que el extraordinario aparato y riqueza que Cristo escogía, les levantase el espíritu á concebir una cosa admirable y extraordinaria, cual fué la del Santísimo Sacramento que instituyó aquella noche. Que aun el sagrado Altar de aquella mesa quiso que estuviese adornado con vasos tan ricos, para dar desde entonces muestra de la riqueza y preciosidad de los vasos con que quería que estos misterios se tratasen. Adórnense, pues, los Altares preciosamente, que al culto dellos es bien que sirva la seda, el oro y piedras preciosas, porque para esto hilan los gusanos la seda, para esto producen las minas el oro y la plata, y para esto engendra perlas y margaritas preciosas el mar y la tierra, y no para los usos profanos Y cuando la pobreza de nuestro estado no pueda administrar cosas ricas, no se desconsuelen los pobres, porque también acepta Dios cornados y pelos de cabra, como las ricas presentallas de los grandes y poderosos (2).

Y digo más, que para que el ornato del altar sea decente, no tanto se ha de atender á la riqueza y preciosidad de las cosas que en él se ponen para adornalle, cuanto al buen asco, limpieza y curiosidad con que se ponen. La limpieza se debe á las cosas que adornan el sacro altar, no sólo por el bien parecer, sino también por razón de lo que significan. Porque los manteles, según dice San Buenaventura, significan la humanidad de Cristo, con que la cruz estuvo adornada, como el altar lo está dellos; y claro está que aquella sagrada humanidad fué limpísima, como consta de muchos lugares de la Sagrada Escritura (3). Y de los corporales dice el mismo santo que representan la sábana en que su santo cuerpo fué envuelto y puesto en la sepultura, y della dice el glorioso Evangelista San Mateo que era limpia (4), porque llegar cosa que no lo fuese á aquel limpísimo cuerpo, fuera indecencia. Y otros autores hay que traen otras significaciones misteriosísimas, todas las cuales requieren grande limpieza en lo que ha de significarlas, para que entre lo uno y lo otro haya la debida correspondencia. Y cuando no tuvieran significación alguna misteriosa, fuera razón que se tuviera extraordinario cuidado de su limpieza, por sólo estar dedicadas al culto y ministerio del altar Sacrosanto, en el cual se ofrece aquel sacrificio, por quien quedaron limpias todas las manchas de los pecados del mundo y á quien por excelencia llamó el mismo Dios oblación limpia (5). Y así, no solamente los corporales, palias y manteles, sino también los purificadores, las hijuelas y todos los otros lienzos dedicados al culto del altar, han de estar siempre limpísimos, y en esto han de tener suma vigilancia y cuidado los sacristanes, reconociéndolos cada día para

(1) *Et ipse ostendet vobis caenaculum magnum stratum, et ibi parate.* Lucae. XXII, 12.

(2) *Haec sunt quae offerre debitis: aurum et argentum, et aes, etc. et pilos caprarum.* Exo. XXV, 3.

(3) *Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impolutus, etc.* Hebre. VII, 26.

(4) *Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda.* Math. XXVII, 59.

(5) *In omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda: quia magnum est nomen meum in gentibus.* Malac. I, 11.

mudarlos cuando la necesidad lo pidiere. Y no sólo ellos en sí han de estar limpios, pero aun los lugares donde ordinariamente los tienen guardados, han de estar adornados con mucha limpieza y decencia, y especialmente el que está deputado para guardar los corporales, purificadores y cálices. La misma limpieza se requiere en las albas, en los amitos y en los demás ornamentos pertenecientes al sacerdote y ministros, y finalmente en todas las otras cosas que sirven al ornato del templo y culto divino, como son las bolsas donde se sacan los corporales, los velos con que salen cubiertos los cálices, los atriles ó cojines donde se pone el misal, los candeleros ó ciriales para poner las candelas, los hostieros, las vinajeras y los demás aparatos necesarios en el altar, y particularísimamente el vaso santo donde se conserva el santísimo Sacramento del Altar y el de la crisma para el de la Extremaunción, y las cruces, imágenes y relicarios. Todo esto se ha de conservar con tanta limpieza, que aun el polvo no ha de tener entrada á donde ello se pone, ó ya que la tenga, la vigilancia del sacristán no ha de dejarle hacer asiento. La misma curiosidad ha de tener en limpiar el polvo de los altares todos los días y en reconocer los retablos para que estén también limpios; porque haber en ellos rastro de telarañas ó cosa semejante, de más de repugnar á la curiosidad y limpieza, es indicio de gran descuido y poca devoción en los sacristanes.

De más de la limpieza, se requiere curiosidad y aseo en el adorno del sacro altar, de tal suerte, que todo lo que en él se pone esté tan bien puesto, que no sólo parezca bien á la vista, sino que ultra desto ayude á levantar el espíritu y cause devoción y reverencia. Los manteles han de estar puestos con tanta igualdad, que los extremos que están pendientes á los lados del altar, caigan igualmente y no más de la una parte que de la otra. Ni es mucho que se mire esto en la mesa del altar sacrosanto, pues en las del mundo profanas, donde se precian algo de policía, lo miran con particular advertencia. Hase de mirar también que la parte de los manteles que cae sobre el borde anterior del altar, no tenga más de solos tres dedos de caída, y esté tan igual, como si estuviese puesta al nivel y con regla. Y porque suele fácilmente doblarse hacia arriba y descomponerse, ha de estar presa con alfileres de trecho á trecho disimuladamente. Y esta misma igualdad se ha de mirar en el poner los delante-altares, nivelando con proporción el frontal y caídas, porque cuando estas cosas están sin aseo ó cuelgan más de una parte que de otra, ofenden la vista y disminuyen la devoción. Y aun son causa de que juzguen ser muy poca la que los religiosos tienen, pues tan poco se precian de que las cosas del culto divino estén aseadas y bien compuestas.

También se ha de mirar que en los altares donde se dice misa, ha de haber sobre el ara, á lo menos tres lienzos, sin los corporales, para lo cual es sano consejo que estén las aras envueltas ó aforradas en un lienzo bendito, sobre el cual se pongan los manteles, y sobre ellos una palia que llegue á cubrir toda la ara y esté presa con alfileres por todas partes, para que ni haga arrugas, ni quede floja, ni cuelgue hacia la parte anterior del altar más de tres dedos, como los manteles. Y mírese que las puntas de los alfileres estén de manera

que ni se puedan asir á la manga del alba ó al manípulo, ni hacer otro embarazo ó daño, como algunas veces se ha visto. Todo esto ha de estar cubierto con un sobre altar de guadamecí, ó de lienzo, el cual sirva como de guardapolvo para conservar los manteles. Y cuando por razón de alguna grande solemnidad se hubiere de adornar el altar con imágenes, relicarios y otras cosas devotas, hase de mirar primeramente que la mucha copia dellas no ocupe de tal manera el altar, que vengan á embarazar mucho el ara ó á cubrir gran parte de la carta de consagración ó á impedir al sacerdote las acciones, siendo causa de que no pueda hacer libremente las ceremonias. Esto suele algunas veces acaecer por la inadvertencia de algunos que, por componer el altar, lo embarazan y descomponen otras cosas que más importan. Y habrían éstos de considerar que el buen ornato del altar no consiste en poner en él muchas cosas, ni en ser muy ricas las que se ponen, sino en ponellas con orden, con proporción, con aseo y con igualdad. De tal manera, que las que se ponen al un lado del altar, hagan igual correspondencia y proporción con las del otro, en la distancia, en el número y en la grandeza; de suerte que disten del medio la una y la otra igualmente, que no haya muchas de la una parte y pocas de la otra, y que ya que sean iguales en número, no sean desiguales en cantidad, siendo las unas pequeñas y las otras grandes. Todo lo cual se ha de mirar también en los candeleros y cirios, porque si corresponde un candelero pequeño á otro muy largo, ó están más juntas las luces, ó diferentemente dispuestas de una parte que de otra, parecen cosas amontonadas al acaso y sin consideración ni advertencia; y aunque cada una dellas sea muy curiosa y muy rica, todas juntas parecen muy mal.

El orden, proporción y concierto en la disposición de todas estas cosas, es como la consonancia en la música; y de aquí es, que así como la música no puede ser agradable por buenas que sean las voces, si la consonancia no es buena, así tampoco puede agradar el ornato en las cosas del culto divino por muy ricas y preciosas que sean, si no están puestas con orden, proporción y concierto. No se contentó Dios Nuestro Señor con hacer cada cosa por sí perfecta en su especie, sino que todas ellas, como dice el Sabio (1), las niveló con número, peso y medida. Y de aquí le nació á David el deleitarse en la hechura de las obras de Dios (2), y el conocer en ellas la profundidad de sus pensamientos porque, como el mismo dice, vió que todas ellas estaban hechas con sabiduría (3), la cual se descubre en el orden y concierto con que están dispuestas y niveladas. Y esto mismo que obró en David el ver la maravillosa disposición y concierto de las obras de Dios, obra también en los hombres el ver bien dispuestas y concertadas las cosas del culto divino. Porque deleitándose los sentidos en la buena disposición y concierto dellas, viene el entendimiento á levantarse y considerar la majestad del Señor que es honrado y servido con tanto concierto y orden, y á edificarse mucho del cuidado con que procuran servirle y

(1) Sap. XI, 21.

(2) *Delectasti me, Domine, in factura tua, et nimis profundae factae sunt cogitationes tuae.* Psalm. XCI, 5.

(3) *Omnia in sapientia fecisti.* Psal. CIII, 24.

reverenciarle sus siervos aun en el culto exterior. He querido advertir estas cosas, aunque parecen menudas, porque por no estar advertidos los que las han de hacer, he visto faltar en ellas muchas veces, y porque sé que otras más menudas advirtió Dios á Moisés para el ornato del templo, no sin misterio; y no es razón que parezca en mí superfluidad ó niñería lo que se preció Dios de hacer y lo hizo con suma providencia para ser honrado en su templo (1).

Todo lo que hasta ahora se ha dicho, que pertenece al adorno y buen aseo del altar, son cosas que agradan á Dios, en cuanto el cuidado y diligencia con que se hacen, procede de ánimo religioso y devoto; pero no es esto en lo que su Divina Majestad más se deleita, ni en lo que más particularmente tiene puestos los ojos. Lo que le agrada mucho es la limpieza y adorno de sus Ministros, y el cuidado y diligencia con que ejercitan su ministerio y tratan de las cosas dedicadas al culto divino. Desto se han de preciar no solamente los sacerdotes, sino también los otros Ministros, como son el Diácono y Subdiácono, el Acólito y Turiferario; y finalmente todos aquellos que llegan á ejercitar algún ministerio en el altar. A todos estos, aunque particularmente á los Sacerdotes, dice Dios por Isaías, que estén limpios, pues han de llevar entre manos los vasos del Señor (2). Y San Buenaventura dice que se ha de entender no sólo de la limpieza espiritual, sino también de la corporal, porque la una y la otra se requiere para llegarse á las cosas sagradas. Y esto quiso significar Dios cuando mandó á Moisés (3) que hiciese en el templo una pila grande de metal para lavarse los sacerdotes y ministros del templo, y que pusiese en el contorno della muchos espejos, de los que ofrecían las mujeres que velaban á la puerta del Tabernáculo, para que después de haberse lavado, tuviesen en todas las partes abundancia de espejos en que mirar si les había quedado alguna mancha. Y quiso que fuesen los espejos, de los que habían servido un tiempo á la vanidad y adorno de las mujeres que se habían ya recogido, para dar en esto á entender, que quería que hubiese tanta limpieza en sus ministros, que lo que para otros es instrumento de vanidad y de usos profanos, fuese para ellos medio con que alcanzar limpieza para el ministerio divino. Esto mismo se les da á entender á nuestros sacerdotes en los espejos y aguamaniles que hay ordinariamente en nuestras sacristías; los cuales, así como son instrumentos para la limpieza exterior, son también predicadores tácitos de la interior pureza.

Requiérese, pues, en los ministros del sacro altar y en los que llevan entre manos sus vasos, principalmente limpieza interior; de tal manera, que teniendo conciencia de pecado mortal, no se atrevan á llegar al ministerio del Altar sacrosanto sin que primero hayan lavado sus manchas en el Sacramento santo de la penitencia. Y miren los Sacerdotes, que para haber de confesarse, no aguarden, de ninguna manera á hacello, cuando ya están vestidos de vestiduras sagradas para decir Misa, porque siendo verdad que el Sacerdote vestido de

(1) Exod. XXV, XXVI et XXVII et Levitici multis in locis.
(2) *Mundamini, qui fertis vasa Domini.* Is. LII, 11.
(3) *Fecit et labrum aeneum cum basi sua, de speculis mulierum, quae excubabant in ostio tabernaculi.* Exod. XXXVIII, 8.

aquellas vestiduras, representa á Cristo, el cual, como dice San Pedro (1), no hizo pecado ni fué jamás hallado engaño en su boca, no es razón que estando vestido dellas, ejercite acciones de pecador, cual es el confesar sus pecados. Y no haya descuido en esto, porque es cosa de que sienten muy mal los seglares y que ofende mucho á los siervos de Dios.

En lo que toca á la limpieza corporal, es también cosa justa que tengan cuidado porque, como dice el Doctor Seráfico, la corporal presencia de Cristo, limpieza corporal requiere. Para lo cual se ha de mirar que después de haber tocado con las manos alguna cosa común, no llegue á tocar con ellas cosa dedicada al culto divino, sin haberse primero lavado; y especialmente se ha de guardar este respeto al cáliz, patena y corporales, por ser cosas que inmediatamente llegan á tocar las especies sacramentales del cuerpo y sangre de Cristo. Y lo mismo se ha de hacer después de haber tocado estas cosas, para tocar después las comunes. Porque así como del tacto de las cosas inmundas se contrae en alguna manera inmundicia, por lo cual no es razón que las manos que las tocaron lleguen á las cosas sagradas sin purificarse primero, como lo mandaba Dios en la vieja ley, así también del tacto destas, viene á pegarse cierto género de virtud y santidad, por el cual no es bien que lo que llega á ellas toque inmediatamente las otras cosas. Por esta causa, se lava el sacerdote antes de consagrar la hostia y después de haberla sumido; y es costumbre en la Iglesia guardar con más veneración una cosa después de haber tocado con ella alguna reliquia ó cosa sagrada. Moisés, después de haber visto á Dios, cubría su rostro, dice la Sagrada Escritura, con un velo que le servía como de guardapolvo; porque le parecía que un rostro en quien habían tocado y hecho reflexión los rayos de la luz inaccesible de Dios, no era bien que estuviese expuesto al aire, al polvo y á otras cosas comunes; ni se comunicase sin algún medio á los ojos mortales, pues, como dice el Apóstol, no ha de haber comunicación de la luz á las tinieblas (2). Así, pues, también es justo que para hacer diferencia entre las cosas sagradas y las que no lo son, haya algún lavatorio de por medio, porque inmediatamente no llegue á las unas lo que tocó á las otras y que lo que hacía Moisés por medio del velo, que era conservar y estimar lo divino, hagamos nosotros por medio de la ablución de las manos, purificando los dedos en las ocasiones que habemos dicho. Esta doctrina pondera tanto San Buenaventura, que aun el llegar á la carne desnuda del rostro con la mano, después de haber tocado alguna cosa sagrada ó habiéndola de tocar, no quiere que se permita sin haberse lavado primero, lo cual, á lo menos, se ha de guardar después de haber consagrado la hostia, hasta haber purificado los dedos, no tanto por la limpieza, cuanto por la reverencia del Santísimo Sacramento.

También pertenece á la reverencia y limpieza, no limpiarse el sudor del rostro, como hacen algunos descuidados, con las mangas del Alba ó con el Purificador ó con alguna Palia ó lienzo bendito; y mucho menos la saliva de los labios ó la inmundicia de las narices,

(1) *Qui peccatum non fecit, nec inventus est dolus in ore eius.* I. Petr. II, 22.
(2) *Quae societas luci ad tenebras.* II. Cor. VI, 14.

que lo uno y lo otro, demás de ser irreverencia muy grande, es poca policía y cosa de rústicos y groseros. También lo es el limpiar las manos sudadas en la Casulla ó Alba ó en los Manteles del Altar, y el llegar con los dedos sudados á volver las hojas del Misal ó el mojarlos con la saliva para haber de volvellas; y finalmente, en poner las vinajeras sobre el Altar, que por estar mojadas, suelen manchar los manteles y algunas veces derramarse sobre ellos, y el echar cera sobre el Misal ó sobre el Altar, pasando la candela de la una parte á la otra; todo esto es poca limpieza y falta de reverencia y argumento de ánimo inconsiderado y distraído.

CAPÍTULO XIV

De la disciplina que se ha de guardar en la preparación de la Misa, hasta salir al Altar

Entre todas las acciones que los ministros de Dios ejercitan en su sagrado templo, ninguna hay que mayor limpieza, mayor reverencia, mayor atención, ni mayor santidad requiera, que la del sacrificio santo de la misa. Porque en él se consagra, se ofrece y se recibe el cuerpo de Cristo, cosa tan admirable, que ni cabe en el entendimiento humano ni en el angélico, si alguna luz sobrenatural no los eleva para entendella. ¿Quién pudo jamás imaginar que la palabra de Dios eterna se sujetase á la del hombre de tal manera, que oyendo el reclamo de su voz, venga infaliblemente á sus manos, y que se esconda debajo de unos accidentes de pan para ser manjar de los hombres y unirse con ellos? Admirábame un tiempo, el ver que á la voz de un hombre, obedeciese el Sol y que mandándole Josué parar, detuviese su curso y quedase suspenso el movimiento de la máquina celestial (1). Mas cuando me paro á considerar que á la voz de un sacerdote baja el Sol de justicia, que crió al otro sol y sustenta con su palabra los cielos, y se pone en la hostia parándose y moviéndose al arbitrio del sacerdote; tanto me admira ésto que no me queda entendimiento para pensar en aquéllo. Causábame admiración el considerar que solas cinco palabras de una Doncella, pudiesen tanto que con decir: *Fiat mihi secundum verbum tuum,* hiciese bajar al Hijo de Dios del seno del Padre á su seno, convirtiéndose por virtud del Espíritu Santo, su purísima sangre en carne y sangre de Cristo; mas ya no menos me admira ver que puedan tanto cinco palabras en la boca de un hombre que con sólo decir: *Hoc est enim corpus meum,* hagan bajar al mismo Hijo de Dios que bajó entonces, convirtiéndose toda la substancia del pan en la de su Santísimo Cuerpo. Parecíame cosa admirable, ver que el Hijo de Dios se hiciese sacerdote y víctima nuestra, ofreciéndose en sacri-

(1) *Stetit sol in medio coeli, et non festinavit occumbere spatio unius diei.* Jos. X, 13.

ficio á su Padre por los que le quitaban la vida; pero que haya dejado el mismo poder á los hombres y que para tal sacrificio no eligiese sacerdotes angélicos sino humanos, y que en el *Sanctasanctorum* donde Él entró una vez sola para ofrecerse, como afirma San Pablo (1), puedan entrar á ofrecelle cada día los sacerdotes; fué sin duda una extensión de caridad tan inmensa, que hace parecer más admirable la que entonces manifestó á los hombres. Este es el oficio del sacerdote, á tal dignidad fué levantado por la misericordia divina, ésta es la carga inmensa que lleva sobre sus hombros, digna de ser temida, como dice el Santo Concilio de Trento, aun de los hombros angélicos; ésta es la suerte inestimable de su vocación y ésta la excelencia inefable de su ministerio.

Colija de aquí la mortificación de los sentidos, el adorno de las virtudes, la gravedad de las costumbres, la madureza de las palabras, la pureza de la conciencia, la alteza de la contemplación y la excelencia de la santidad de que debe estar adornado para ofrecer este sacrificio. ¡Oh, Señor Dios, dice el divino Ambrosio (2), y con cuánta contrición de corazón, con cuánta copia de lágrimas, con cuánta reverencia y temblor, con cuánta castidad del cuerpo y pureza del alma, se ha de celebrar aquel divino y celestial sacrificio, donde vuestra carne verdaderamente se come, donde vuestra sangre verdaderamente se bebe, donde se juntan las cosas altísimas con las ínfimas y las divinas con las humanas, donde asiste la presencia de los Ángeles, donde Vos inefable y maravillosamente sois el Sacerdote y el Sacrificio! ¿Quién podrá dignamente celebrar este misterio, si Vos, Señor, que sois Omnipotente no le hiciéredes digno? Hasta aquí son palabras de San Ambrosio. Y servirán de que los Sacerdotes echen de ver, cuán aparejados han de llegar á tan admirables misterios, con cuánta reverencia han de tratallos, con cuánto temblor han de ofrecellos y con cuánta caridad han de comunicallos, porque ni en el llegar á ellos sean tan temerarios por falta de aparejo, ni en el tratallos descorteses por falta de reverencia, ni en el ofrecellos atrevidos por falta de temor, ni en el comunicallos escasos por falta de caridad.

Para la observancia, pues, de la debida disciplina acerca de la celebración del sacrificio santo de la Misa, la primera cosa que se requiere es, aparejarse antes de llegar á decilla, con la diligencia y cuidado que se debe á tan soberanos misterios, según la posibilidad de nuestra flaqueza. Y para esto, consideren los sacerdotes aquellas palabras del Apóstol escribiendo á los Hebreos, y hallarán suficiente materia para entender cómo deben aparejarse. Teniendo, hermanos míos, dice el Santo Apóstol (3), confianza de que habemos de tener libre entrada en el *Sanctasanctorum* por virtud de la sangre de Cristo, con la cual nos consagró el buen camino por medio del velo, esto es, por medio de su carne, cubierta con velo de accidentes, y por el gran Sacerdote de la casa de Dios, que es ese mismo Cristo; lleguemos á Él con verdadero corazón, con plenitud de fe, limpios los corazones de

(1) *Per proprium sanguinem introivit semel in Sancta, etc.* Heb. IX, 12.

(2) Ambros. in praeparatio. ante Missam.

(3) *Habentes itaque fratres fiducian in introitu sanctorum in sanguine Christi, etc. accedamus cum vero corde, in plenitudine fidei, aspersi corda a conscientia mala, et abluti corpus aqua munda.* Hebrae. X, 19-22.

conciencia mala y lavados los cuerpos con agua limpia. Todo esto dice San Pablo. Y de aquí ha de aprender el sacerdote á llegar con grandísima confianza á tratar estos venerables y tremendos misterios, considerando que nuestro Sacerdote, Cristo, los celebró primero y nos mandó que los celebrásemos para abrirnos por medio dellos camino para entrar en el Propiciatorio, levantando nuestras caídas esperanzas con la consideración desta misericordia y con el precepto de su obediencia. Porque razón es que creamos que quien nos mandó celebrar misterios tan soberanos en memoria suya, nos dará la gracia necesaria para celebrallos dignamente si nos disponemos. Y la primera disposición ha de ser esta firmísima confianza, porque sin ella, ¿quién podrá llegarse al velo del *Sanctasanctorum* y entrar allá dentro á ser medianero entre Dios y los hombres, ofreciendo á Dios sacrificio del mismo Dios para bien de los hombres? Cierto el oficio de interceder, gran santidad requiere y gran limpieza el ofrecer sacrificio tan limpio, y el ofrecerle á tal Dios, grande pureza y serenidad de conciencia; y de todo esto quiere Dios que tenga confianza el sacerdote cuando se apareja para ofrecelle, fundándola en la misericordia y largueza del que manda que le ofrezcamos tan soberana ofrenda para remedio nuestro.

La segunda cosa que se nos pide para llegarnos á Él, es corazón verdadero. *Accedamus cum vero corde.* Y éste consiste, según sentencia del Doctor Angélico (1), en que corresponda la intención del sacerdote á la obra que hace, no diciendo la Misa por respetos humanos como son, el celebrar porque no le tengan por indevoto ó porque le tengan por santo, ó porque no le riña su Prelado, ó por el gusto que se le comunica en el Sacramento principalmente, ó por alguna otra causa semejante á éstas, que sin duda son bajos fines para tan alto medio. El cual requiere una intención purísima, cual es la de aquellos que celebran por agradar á Dios, por la gloria que se le sigue desto en la tierra, por el bien de la Iglesia, por ayudar á los prójimos, por socorrer á las almas del purgatorio, por unirse con Dios y por enriquecer su alma de bienes del cielo; no por ser intereses propios, sino por ser medios para agradar más á Dios y servirle con mayores veras. Esto es llegar con verdadero corazón; porque el que así llega, guarda conformidad entre la intención y la obra, y así como llamamos hombre de falso corazón al que hace ó dice una cosa y siente otra, así el que tiene la intención conforme á lo que dice ó hace, es digno de ser llamado hombre de verdadero corazón, y esto pide el Apóstol cuando dice: *Accedamus cum vero corde.*

La segunda cosa, pues, que ha de hacer el sacerdote para llegar bien aparejado á la celebración de la Misa, es encaminar esta obra á los fines que tengo dicho. Y pues está en su mano dar á sus obras el fin que quisiere, aunque alguna vez se sienta movido de otro fin menos bueno no se turbe, sino dele de mano y determine su voluntad á hacella por el fin más excelente de todos, que es el que Cristo tuvo, y quiere que él tenga en ella. Y supliquele se sirva de aceptalla y de comunicalle su gracia para que no solamente de parte de la ofrenda,

(1) D. Tho. in ca. X. epist. ad Heb.

sino también de parte del que la ofrece, merezca ser admitida. Hágase una persona con Cristo y ofrézcala juntamente con Él, para que por Cristo se admita lo que se ofrece con Cristo.

La tercera cosa que pide el Apóstol, es plenitud de fe: *In plenitudine fidei*, y con mucha razón, porque para tan alto misterio y tan profundo sacramento, fe llena es necesaria, porque aquí se le hinchen á la fe las medidas, concurriendo en uno todos los misterios juntos y siendo necesaria la fe de todos ellos. En el de la Trinidad no se incluye la fe del de la Encarnación, porque sin haber Dios encarnado fuera Trino y Uno; y se pudiera creer unidad de esencia en Trinidad de Personas. En el de la Encarnación, inclúyese el de la Trinidad; porque confesando Hijo de Dios encarnado, se confiesa que hay Padre, y creyendo que el Espíritu Santo obró este misterio, se confiesa la tercera Persona. Mas no se incluye en él la fe del de la Eucaristía; porque antes de haber Dios sacramentado, hubo Dios encarnado, y antes de instituir este Sacramento, hubo perfecta fe del de la Encarnación. Y así estos misterios parece que dejan algún vacío en la fe y que no la hinchen de lleno en lleno. Pero en el de la Eucaristía, todos están encerrados. El de la Encarnación, pues creemos quese en cierra en él la carne y sangre de Cristo unidos con su alma santísima y todo junto con la divinidad, y por consiguiente se incluye el de la Trinidad porque, como ahora decíamos, está incluído en el de la Encarnación, y así para la fe deste, se requiere la fe de todos los otros.

Ni sola ella es bastante, porque además de aquellos misterios, abraza otra infinidad de milagros, que requieren particularísima fe, como son el convertirse por medio de las palabras que dice un hombre toda la substancia del pan en la del cuerpo de Cristo, sin aniquilarse aquélla, ni quedar embebida en ésta; el quedar los accidentes sin la substancia y ser verdadero nutrimento sin ella; el estar debajo dellos el cuerpo de Cristo unido con ellos sacramentalmente, sin haber entre ellos contacto matemático ó físico; el estar en cada punto de la Hostia toda la cantidad del cuerpo de Cristo Señor Nuestro tan grande como en el Cielo sin estrecharse, y siendo innumerables los puntos, no ser el cuerpo más de uno solo; el no dividirse á la división de los accidentes y el estar en tantas Hostias á un mismo punto, el ser comido de tantos sin recibir detrimento de alguno; y el recibir cada uno tanto y lo mismo que todos. Milagros son todos estos tantos y tan notables, que por encerrarse todos en este divinísimo Sacramento, le llama la Iglesia misterio de fe, en el cual, como habemos dicho, se le hinchen á la fe sus medidas, y así para llegarse á él, es necesaria fe llena, recibiéndole, como dice San Pablo, *cum plenitudine fidei*. Y no es mala preparación, para los que no son tentados en materia de fe, considerar todas estas grandezas y maravillas, admirándose dellas y sacrificando el entendimiento á Dios, rindiéndole, como aconseja San Pablo (1), á la obediencia de la fe de tantos misterios. Aquí es donde, con los Apóstoles, se ha de pedir á Dios que nos aumente la fe (2), porque como llevamos este Sacramento entre manos y le tratamos con ellas, es misericordia suya, que el objeto presente moviendo estas dificultades

(1) *In captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi*. II. Cor. X. 5.
(2) *Domine, adauge nobis fidem*. Lucae. XVII, 5.

tan sobre toda naturaleza, no perturbe el entendimiento y le haga bambalear entre todas ellas, poniendo á peligro la fe.

La cuarta cosa que se pide á los sacerdotes es que limpien el corazón de todo lo que es mala conciencia, *Aspersi corda a conscientia mala;* porque cosa diabólica sería osar recibir estando en pecado, al que por destruir al pecado se entrega á la muerte, haciendo de su sangre medicina para curar los pecados. Este es un crimen que, según sentencia del Apóstol (1), conforme á la exposición del doctísimo Teodoreto (2), es muy semejante al del sacrílego discípulo que vendió á Cristo, y al de los hebreos que le crucificaron. Y así dice que el que le comete, come juicio para condenación suya, porque comiendo al Señor que ha de juzgalle, é incorporando en sí al Juez que ha de fulminar su sentencia, parece que lleva consigo cerrado el proceso de su delito y entrañada en sí la sentencia de su desvergüenza y atrevimiento, para resucitar ya juzgado y condenado á perpetuo fuego. Es crimen éste, que aun acá en esta vida le suele Dios castigar con enfermedades y muerte, como se colige de unas palabras que dice el Apóstol á los de Corinto (3), y cierto con mucha razón. Porque pues en él se hace injuria, no solamente á la divinidad de Cristo, sino también á su carne sagrada, es justo que el castigo dél se extienda á la carne del que le comete, y que sea punido en ella con enfermedad y con muerte el que con tan gran desacato trata la medicina que se instituyó para darle la salud y vida.

Este es el crimen detestable y horrendo, donde con mayor propiedad se verifica lo que dice el Apóstol, que hay algunos tan mal mirados y tan sin afecto de cristiandad, que acocean al Hijo de Dios y tratan como cosa sucia y menospreciada la sangre con que fueron santificados (4). ¿Quién son los que acocean al Hijo de Dios y los que tienen por sucia su sangre, sino los que se atreven á recibir el cuerpo y sangre de Cristo con entrañas dañadas y con alma y conciencia sucia? Cierto más detestables son á su Majestad los pecados, que los pies de los hombres, y si se pudiese hacer sin pecado el ponelle debajo de los pies y acocealle, por menos deshonra y menosprecio tendría ser hollado de los pies más inmundos que tiene el mundo, que verse en las entrañas de un pecador, entre las inmundicias de sus pecados, porque éstas solas son las que aborrecen sus ojos purísimos. Mas hablando con religiosos no hay para qué me detenga en esto, pues no cabe en entendimiento cristiano que pueda haber tal crimen entre gente tan de su casa, y que tan obligada está á reverencialle y servílle. Mas porque, como dice David, hay delitos ocultos (5), que son dificultosos de conocer, es justo que el sacerdote reconozca bien su conciencia y mire los rincones della con mucho cuidado, y no llegue al Sacramento Santo sin confesarse, aun de las imperfecciones y culpas veniales; y esto no por sola costumbre, sino con particularísima con-

(1) *Reus erit corporis et sanguinis Domini.* I. Cor. XI, 27.
(2) Theodo. In eum locum Pauli.
(3) *Qui manducat indigne, iudicium sibi manducat et bibit, non diiudicans corpus Domini, propter quod multi infirmi et imbecilles, et dormiunt multi.* I. Cor. XI, 29.
(4) *Qui Filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit, in quo sanctificatus est.* Heb. X, 29.
(5) *Delicta quis intelligit: ab occultis meis munda me.* Psal. XVIII, 13.

sideración y conocimiento del respeto que se debe á la Majestad inmensa de Dios, que esto quiere decir San Pablo cuando dice (1): Pruébese el hombre á sí mismo, y después de haberse probado, coma de aquel divinísimo pan y beba del cáliz de la salud, porque el manjar de los Ángeles con limpieza angélica se ha de comer, y aun es muy poco según es mucho lo que á tan gran Majestad se debe.

La última cosa que pide el Apóstol es que vaya el cuerpo lavado con agua limpia. *Abluti corpus aqua munda.* Y es cierto que no trata allí de la limpieza corporal, aunque ésta también se requiere; sino de otro lavatorio muy semejante al del bautismo, que lavando con agua el cuerpo, hace su operación en el alma. Con agua limpia se lavan los sacerdotes cuando derraman lágrimas de contrición y de sentimiento, porque entre todas las aguas, las más limpias son las que se destilan, y entre las destiladas, ninguna iguala en limpieza á la que sale destilada de las entrañas, expelida con la fuerza del fuego del amor. Las lágrimas, dice el gran Basilio (2), son unas exhalaciones que las entrañas, apretadas del angustia y dolor, envían del corazón al cerebro, y destiladas en él como en alquitara vienen á salir por los ojos. Y ésta es el agua limpia con que quiere el Apóstol que se laven los sacerdotes antes de llegar al Altar, regando el rostro con lágrimas de compasión, nacidas de amorosos afectos. Porque aunque es verdad que el manjar que se come en este divinísimo Sacramento y el cordero que se ofrece en este Sacrificio, es pan de vida y cordero que vivirá para siempre; pero cómese y ofrécese en memoria de Dios muerto, esto es, en memoria de un Dios que murió para dejar en su Iglesia tal Sacramento y sacrificio; y así es su voluntad, que aunque se come vivo se coma con salsa de muerto, acordándose el que ha de comelle y sacrificalle, que aquel Dios que come y sacrifica para remedio y satisfacción de sus culpas, murió por ellas tomando sobre sí nuestras penas (3). Y porque á esta memoria es razón que acompañen lágrimas de compasión de su muerte y de sentimiento de nuestras culpas que la causaron; por eso quiere el Apóstol que nos lleguemos lavado el rostro, que es la principal parte del cuerpo, con lágrimas, que es lo que él llama agua limpia, cumpliendo en alguna manera el precepto legal y figurativo, de comer el cordero con lechugas amargas (4). Y así una de las partes de la preparación del sacerdote, ha de ser tener un rato de meditación de la pasión de Cristo antes de decir misa. Ofreciéndola al Padre Eterno por todos aquellos por quien es su voluntad que se ofrezca; expresando en particular las necesidades que más le obligan y aplicando el Sacrificio por ellas de aquella manera y en aquel grado que su Majestad sabe que está obligado. Y digo que haga expresa y particular mención dellas al tiempo que se prepara, porque dilatar el hacer esto para cuando se hace el *memento* en la misa, de ninguna manera se sufre, porque es ocasión de que ó el memento sea muy prolijo y por consiguiente pesado á los que oyen la misa, ó se haga aceleradamente y sin afecto alguno, ó finalmente se

(1) *Probet autem seipsum homo: et sic de pane illo edat, etc.* I. Cor. XI, 28.
(2) Basil. homilia de gratiarum actione.
(3) *Quotiescunque enim manducabitis panem hunc, mortem Domini annuntiabitis.* I. Cor. XI, 26.
(4) *Et edent carnes nocte illa assas igni: cum lactucis agrestibus.* Exod. XII, 8.

olvide de encomendar á Dios algunas cosas de quien fuera razón acordarse.

Preparado de la manera que habemos dicho el Sacerdote, vaya á la Sacristía, y si no trajere calzado de cuero, póngasele, que para esto suele haber zapatos ó chinelas en las Sacristías, y entienda que debe hacer esto por la decencia, y también por razón del misterio. Porque en el calzarse zapatos, que se hacen de pieles de animales muertos, es significado el misterio de la Encarnación, en la cual cubrió el Hijo de Dios su divinidad gloriosa con la piel de nuestra mortalidad. Y porque la noticia deste misterio se había de extender, andando los Apóstoles por el mundo, hasta llegar á la gentilidad, según aquello que prometió Dios por David cuando dijo (1): Hasta Idumea extenderé mi calzado, por eso significa la Encarnación, como dice Ruperto (2), en el calzado que se pone en los pies.

Luego en calzándose, antes de tocar ornamento alguno ó cosa bendita, ha de lavarse acompañando aquella acción con decir juntamente las palabras que tiene para ella ordenadas la Iglesia y diciéndolas con atención y afectos, como quien desea alcanzar lo que en ellas se pide. Y luego vaya á registrar el Misal y á reconocer la misa, no guardando el hacer esto para cuando esté en el Altar, porque allí no se ha de ir á registrar, sino á decir lo que está ya registrado; demás de que los seglares se cansan de estar esperando y alguna vez por esta causa se les acaba la devoción y aun la paciencia, antes de comenzarse la misa. Y no deje aunque sea muy buen lector, de reconocer y pasar la misa; lo uno porque suele haber algunas faltas notables en la impresión, las cuales si no van previstas, se remedian dificultosamente; y lo otro, porque acaece que en las conmemoraciones que se hacen, se encuentra la oración principal con la del Santo de quien se hace conmemoración, y si no se previene esto con tiempo, causa entonces turbación al que celebra, y nota entre los que oyen misa, juzgando al sacerdote de negligente y descuidado. A esto se ha de seguir el preparar el cáliz poniendo la hostia sobre la patena, no fiando esto de nadie, porque no se halle después sin hostia cuando está en el Altar, como algunas veces acontece. Mire la hostia para echar de ver si está sana y limpia, y si acaeciere al tiempo del mirarla caérsele de la mano en tierra, tome otra, porque no es razón que se consagre el cuerpo de Cristo en hostia que ha tocado en el suelo. Y porque no la lleve otro sacerdote ignorantemente, hágala luego pedazos, que todo esto se debe á la reverencia de tan divino y celestial Sacramento. Y al tiempo de reconocerla, pase los dedos suavemente por el circuito de la hostia, porque suele haber algunas briznillas que se levantan al tiempo de cercenallas, y si no se quitan, hállanse después en la patena y causan turbación, poniendo duda y escrúpulo de si están ó no consagradas. Y cuando esto no haya, es fácil cosa después de consagrada la hostia, caerse estas reliquias tocándolas con los dedos y tratarlas con menos reverencia de lo que es justo; todo lo cual se ataja con hacer lo que habemos dicho con algún cuidado. Y Dios sabe cuántas destas faltas se han hecho por la negligencia

(1) *In Idumaeam extendam calceamentum meum.* Psal. LIX, 10.
(2) Rupertus de divinis officiis lib. I. cap. XXIV.

de los sacerdotes, que todo lo hacen con priesa y sin considerar lo que hacen.

Luego tras esto se sigue el vestirse los ornamentos sagrados sacerdotales, para representar al Sumo Sacerdote Cristo Jesús, Señor Nuestro, en los cuales se encierran grandes misterios como adelante diremos. Y han de procurar entendellos los Sacerdotes, porque la ignorancia dellos es cosa afrentosa, como lo sería para un artífice el ignorar el uso de los instrumentos de su arte. Y miren que no se puede hacer con espíritu lo que se ignora de qué sirve al espíritu, y así es razón que se precien de saber las significaciones de todas las vestiduras sacerdotales, para que así como se van vistiendo, vayan considerando lo que se les significa en ellas y procuren sentirlo. En el ponérselas sean curiosísimos, teniendo cuidado de que el acólito deje las faldas del alba igualmente pendientes, las mangas tiradas, bien acomodado el amito, igual la estola, seguro el manípulo y la casulla derecha; y mírese en el espejo antes de salir á la iglesia, para que pueda echar de ver si sale con el aseo y decencia que conviene, y crea que la falta de curiosidad en esto, disminuye mucho la devoción en los seglares. Hecho esto, tome su cáliz, levantándole de tal manera, que lo alto dél venga á igualar con el pecho, y considerando que sale á representar á la persona de Cristo, salga con paso grave, con semblante modesto y con los ojos tan mortificados y bajos, que no pueda juzgar con distinción de las cosas que hay en la iglesia. Ni haga cortesía á persona alguna, porque la que él representa es á quien se rinden los Reyes y á cuyos pies se arrojan las coronas y las tiaras.

CAPÍTULO XV

De la disciplina que se ha de guardar en el decir la misa

El sacrificio santo de la misa que los sacerdotes evangélicos ofrecen al Padre Eterno por los pecados del mundo, es una viva representación de lo que Cristo, Pontífice Sumo y Redentor nuestro, hizo en el discurso de su vida y muerte. El teatro desta representación soberana es el sacrosanto altar donde el sacerdote adornado de vestiduras sacras representa la Persona de Cristo, haciendo juntamente con él lo que representa, que es consagrar, recibir y ofrecer su santísimo cuerpo y sangre, de la manera que Cristo un tiempo le consagró y ofreció. La santidad y espíritu que para tan divina acción se requiere, es mayor de lo que se puede encarecer con palabras, y así dejando de tratar desto, como de cosa que excede totalmente á mis fuerzas, trataré solamente de algunas cosas necesarias para instruir á los sacerdotes acerca de la acción exterior, tocando solas aquellas en que más ordinariamente suelen faltar, ó por estar inadvertidos ó por ser indevotos. Y para esto, quiero ponerles delante un dechado á

quien poder imitar; y no quiero que sea ángel, aunque fuera muy poco, porque no me digan que no hay proporción entre el ángel y ellos, sino uno de los representantes profanos, aunque sea de los más derramados y libres que hay entre ellos. Deste quiero, para confusión suya, que aprendan á representar la figura de Cristo, que si lo consideran, éste solo les podrá servir de modelo. Cosa maravillosa, que en poniéndose uno destos, por descompuesto que sea, á representar una figura de Cristo, de sólo considerar la Majestad y grandeza de lo que representa, viene á componerse todo contra su propia inclinación y costumbre. Serena su rostro, modera su voz, abaja sus ojos, compone sus pasos; y en el mover de las manos y de los demás miembros del cuerpo, guarda tanta modestia y gravedad, que aun el más rígido censor, mirándole con curiosidad, no podrá hallar en él acción liviana, acelerada ó descompuesta, sólo por no faltar á las leyes de la buena representación ni ofender á los ojos de los circunstantes. Pues, ¡oh sacerdotes elegidos de Cristo para la representación de tan excelente Persona y de tan alto ministerio! ¿cómo no os avergonzáis de que un mancebo liviano y descompuesto, en un teatro profano y dedicado á cosas de risa, represente con mayor gravedad y modestia la persona de Cristo que vosotros en el teatro santo del Altar? ¿Dónde está la compostura y gravedad de los pasos de Cristo, cuya Persona representáis, cuando saliendo por la iglesia al altar, salís con pasos apresurados y descompuestos? ¿Dónde está su modestia cuando al tiempo de volveros al pueblo miráis libremente los circunstantes? ¿Dónde su reverencia cuando en las genuflexiones que hacéis parece que dobláis la rodilla por sólo cumplimiento? ¿Dónde su gravedad cuando al hacer de los signos parece que hacéis acciones de esgrimidores? ¿Dónde su majestad y sosiego cuando en las demás ceremonias os aceleráis de manera que parecéis hacerlas sólo por ceremonia? ¡Oh, cosa digna de ser perpetuamente llorada! ¡Que no hay oficial mecánico que no se precie de saber bien su oficio y de hacer con primor y destreza las cosas que en él se ofrecen, y que sólo el sacerdote haya llegado á esta miseria, que ni trate de saber sus obligaciones ni de hacer cosa en él que no parezca hecha por cumplimiento! Tened respeto siquiera á los Ángeles que os asisten, porque escrito está: Que á donde estuviere el cuerpo, allí se congregarán las águilas (1); y pues el cuerpo de Cristo está verdaderamente en el altar, ¿quién duda sino que aquellas águilas celestiales, cuya vista sutil, sin palpitarles los ojos miran al sol de claro en claro, y cuya ligereza excede á la del viento en poner en ejecución los mandamientos divinos, se congregarán en uno donde estuviere el cuerpo sacrosanto del Señor de los Ángeles?

A uno de los antiguos hebreos llamado Rabi Simeón, estando recogido en una cueva y orando le apareció, según refiere Galatino (2), Elías vestido de Pontifical, ofreciendo un sacrificio como el de la Misa. Y preguntándole el Rabi qué era aquello, le respondió Elías: Este es el sacrificio que ofrecerán los sacerdotes á su Dios cuando haya venido el Mesías. Ofrecerlo han en especie de pan y vino, y los Ángeles tendrán envidia á los Sacerdotes y admirados preguntarán á Dios:

(1) *Ubicumque fuerit corpus, illuc congregabuntur et aquilae.* Lucae. XVII, 37.
(2) Galat. de Arcan. cathol. veritatis. lib. X. c. VII.

¿Por qué, Señor, no nos habéis hecho esta merced á nosotros? Y Él responderá á los Ángeles: Porque esta merced no se hace por merecimientos, sino por la necesidad del que la recibe, y porque los hombres son pecadores, y por consiguiente necesitados de tanto bien, por eso se les concederá esta gracia. Todo esto refiere el dicho autor. De lo cual han de colegir los sacerdotes, cuán admirable es la dignidad de que gozan, pues los Ángeles les tienen envidia della, y cuán graves y circunspectos han de ser en ejercitalla, para no mover con sus descuidos á lástima á los que con la alteza de su oficio mueven á envidia; y finalmente, cuánto han de procurar el no cometer faltas en ella, pues se ofrece en presencia de Ángeles y por reparo de nuestras faltas á un Dios tan recto y que tanto se ofende dellas.

Sea, pues, la resolución deste negocio, que llegado el sacerdote al altar, ni sea acelerado en las acciones que hace, ni tan pesado en ellas, que canse á los circunstantes, porque entrambos extremos son ofensivos. Hay algunos que se dan tanta priesa en lo que hacen, que quitan la devoción á los oyentes; porque se echa de ver que no atienden sino á sólo acabar la Misa, pareciéndoles que la dice mejor el que la dice más presto. Y otros hay tan embarazados, que en sólo abrir el Misal y descoger los Corporales y poner sobre ellos el Cáliz, se detienen un siglo, cansando á los hombres y no dando gusto á Dios con su prolijidad y embarazo; pero los prudentes guardan un medio con que agradan á Dios y á los hombres. En el extender los Corporales, se ha de mirar que no lleguen con más de tres dedos al borde anterior del Altar, para que al tiempo del asentar las manos sobre él, no sea necesario ponerlas sobre ellos, lo cual es poca reverencia y limpieza. Y en las ocasiones que manda el Misal poner las manos sobre el Altar, no se ha de asentar toda la mano sino el extremo della, y esto tan ligeramente, que no parezca que se estriba en él para hacer alguna gran fuerza. Y cuando se dice la Epístola, que se ha de tener asido el Misal ó las manos sobre él, también se ha de hacer con sutileza, porque de lo contrario se sigue el ensuciarse las hojas con el sudor de las manos y el venir más presto á romperse.

Cuando se dice la misa, mire el sacerdote que no esté muy arrimado al Altar, porque el estarlo es ocasión de que se deslustren y gasten más presto los ornamentos, ajándose unos con otros, y de que los manteles se doblen y descompongan y de que los Corporales se traten con poca decencia y se arrollen, llegando á ellos con las mangas de la alba ó con el manípulo; todo lo cual es falta de reverencia y poca policía. Cuando se inciensa el Altar, míresе con mucho cuidado que la copa del incensario baja esté tan ajustada con la sobrecopa, que no pueda caer sobre la ara ó mesa del Altar alguna centella ó ceniza. Para lo cual, importa mucho que no se inciense con ímpetu, sino con mucha autoridad y despacio, asiendo el incensario con la mano izquierda por las cadenillas junto á la venera, y con la derecha tomándole cuatro ó seis dedos más arriba de la sobrecopa, y llevándole mansamente hacia lo que ha de incensarse con mucha gracia y aseo. Y porque desto se trata muy por menudo y de propósito en el Ceremonial de la orden que se hizo en Toledo, basta lo que queda advertido sin detenernos más.

Requiérese también, particular disciplina en el modo del leer las misas rezadas, porque ni se ha de leer tan despacio que parezca que se van olvidando las palabras, ni tan aceleradamente que no se entienda lo que se lee. El medio acerca desto consiste, en no detenerse más ni menos de lo que es necesario pàra la buena pronunciación y perfecta inteligencia de lo que se va leyendo. Porque presupuesto que el fin del leer es para que se entienda lo que se lee, detenerse más de lo que es menester para esto, es superfluo, y quitar algo dello es faltar á lo necesario. Y en aquellas cosas que manda el Misal que se lean en voz inteligible y clara, hase de medir el tono de la voz con el número de los oyentes, ordenándola de manera, que no se alce más de lo que es necesario, para que oigan los circunstantes. Pero cuando cerca de allí se dice otra Misa, menos inconveniente es que dejen de oir algunos, que no perturbar al que celebra porque todos oigan. Leer con desigualdad en el tono, voceando á veces y á veces hablando entre dientes, como suelen hacello algunos, es notable defecto, porque la voz ha de llevarse igual y seguida, haciendo alguna diferencia en los interrogantes y pausas. Lo que manda el Misal que se diga en secreto, ha de guardarse á la letra, porque el secreto se debe á la reverencia de algunas palabras y en especial á las de la consagración del cuerpo y sangre de Cristo, en cuya pronunciación ha de procurarse evitar la sobrada afectación de gestos y acciones que hacen algunos, pareciéndoles que consiste el decirlas bien, en pronunciarlas con demasiado afecto, deteniéndose mucho en el fin de cada palabra, alentando sobre la hostia y cáliz, y haciendo con los labios y rostro algunas acciones con que quitan la devoción y mueven á risa.

Mírese mucho que las palabras del Canon se digan con distinción, con atención y con reverencia, pues todas ellas son misteriosísimas, y no es razón que porque se dicen en secreto, se digan atropelladamente, pues para Dios, que ha de ser el juez de nuestros defectos, no hay cosa secreta. Y es lástima grande que en las cosas donde puede dar su censura el juicio humano, no nos miremos y remiremos por no ser notados de indevotos ó de ignorantes, y que en las que ven los ojos de Dios, siendo testigos los Ángeles, nos parezca que importa poco el mirallas para que vayan bien hechas, como si fuese menos horrendo el juicio de Dios que el de los hombres. No hay palabras con que puedan decirse, ni lágrimas con que puedan llorarse las faltas que de ordinario se hacen acerca desto, porque algunos hay, y pluguiese á Dios que no fuesen muchos, que cuando han de leer algo en voz inteligible y clara, lo van mascando y apenas aciertan á lecllo; y entrando en el Canon, que se dice en secreto, apenas hay pensamiento que pueda seguillos, según es grande la presteza con que lo leen, si se llama leer el pasar los ojos por ello sin pronunciallo. Es cosa esta que tiene lastimada el alma á todos los celosos de la honra de Dios, y así no he podido dejar de advertilla y de rogar humildemente á los sacerdotes que pongan remedio en ella, considerando que lo más misterioso de la Misa es el Canon y que en él está toda la fuerza del sacrificio, y que por ser tan altos los misterios que en él se encierran, se manda decir en secreto; y no es razón que lo que tomó la Iglesia por medio

para reverenciar misterios tan soberanos, sea ocasión de que se atropellen y digan con poca reverencia.

La disciplina que se ha de guardar en las ceremonias, es que se mire en ellas no solamente el hacerse todas, sino también que se hagan en su ocasión y tiempo y con gracia. Lo cual es mucho de advertir, porque hay algunos, que no considerando la misteriosa correspondencia que hay entre las palabras que dicen y las ceremonias que hacen, ó anticipan ó posponen las ceremonias á las palabras, atendiendo solamente á ahorrar un poco de tiempo para perdello. Y en el hacellas son tan desgraciados y descompuestos, que quitan la devoción á los oyentes, porque ó extienden demasiadamente los brazos á un lado y á otro, ó los dejan caer sin espíritu, ó levantan sobradamente las manos, ó se arrodillan con tanta aceleración y con tan poca autoridad, que parece que danzan. Al inclinar la cabeza, parece que están dormitando y que se les cae sin pensar en ello; y al hacer de los signos, los hacen con tan poco sosiego, que ni forman las Cruces, ni aun dan muestra de que quieren hacellas, sino de que están rasgueando en el aire. ¡Oh Santo Dios y cuán lastimosa cosa es ver tales faltas en tan celestial sacrificio, y tan poco cuidado y policía en obra tan admirable y tan alta! ¡Oh cuán mal representan la persona de Cristo los que esto hacen, pues siendo ella tan digna de reverencia, la hacen ellos ridícula con tan descompuestas acciones! Atiendan, pues, los sacerdotes y miren que, cuando manda el Misal hincar las rodillas ó inclinar la cabeza, hagan lo uno y lo otro con mucha gravedad y á su tiempo; de tal manera, que la genuflexión ó inclinación, corresponda á la palabra en que manda el Misal inclinarse ó arrodillarse; y cada inclinación ó genuflexión á cada palabra, y sea de suerte que el decirla y el inclinarse ó arrodillarse, sea á un mismo tiempo. Contra lo cual hacen algunos, que por darse mucha priesa cuando dicen el *Gloria,* apenas tienen lugar en todo él de inclinar dos ó tres veces la cabeza, siendo seis veces las que manda el Misal inclinarla. Y cuando se arrodillan en el Credo á las palabras que señala el Misal, de tal manera se aceleran en lo que van diciendo, que cuando acaban de levantarse, tienen ya casi todo el Credo acabado, y lo mismo hacen en el Evangelio de San Juan y en todas las otras ocasiones donde se ofrece hincar las rodillas. Esto hacen los indevotos; pero los que se precian de cumplir con la obligación de su ministerio, sólo aquel tiempo están arrodillados y no más ni menos que duran las palabras en que manda el Misal arrodillarse, honrándolas con particular reverencia y distinguiéndolas de todas las otras, porque sin duda alguna que, por razón del misterio que se significa en ellas, son más dignas de ser veneradas. Todo lo demás es confundir las cosas y hacer contra lo que la Iglesia tiene ordenado con particularísima providencia; y el pensar que son cosas de poca importancia, es sentir bajamente de lo que ella dispone y ponerse á peligro de menospreciallo. ¡Oh, si acabasen de entender esto los sacerdotes! y si lo entienden, es grande atrevimiento ó al menos descuido el no praticallo.

En el hacer de los signos se mire, que vaya la mano igual y seguida, de manera que se haga la cruz bien formada y la señal transversal en medio. No se hagan las líneas arqueadas sino derechas y largas,

y las palabras se digan con tanto espacio, que no sea necesario hacer muy de priesa los signos para que se acaben juntamente con ellas. En el levantar y extender el brazo para hacer los signos, ha de ser la acción tan compuesta y moderada, que ni la mano se levante más de hasta la altura del hombro, ni se extienda hacia adelante más de lo que puede sin ladear el cuerpo, ni hacia los lados más de lo que se extiende la corpulencia de la persona; porque si deste medio se excede, no se pueden hacer sin que el cuerpo se mueva con alguna deformidad de los miembros. Lo mismo se guarde cuando se levantan las manos, ora sea para juntarlas, ora para tenerlas alzadas en sus ocasiones, que ni excedan del límite de los hombros en la altura, ni en la extensión hacia los lados la anchura del pecho. También se requiere particular disciplina en las ocasiones que el sacerdote se vuelve hacia el pueblo, porque entonces es cuando ha de resplandecer la modestia y gravedad en su rostro, volviéndose con mucho sosiego y con los ojos tan bajos y el semblante tan grave y devoto, que ni él pueda juzgar con distinción de las cosas que tiene delante, ni los circunstantes le puedan á él juzgar de liviano, antes se compongan en ver su composición y modestia.

Al tiempo de preparar el Cáliz cuando echare el agua y el vino, procure ladealle algún poco para que no caiga en medio de golpe, porque si en esto no se tiene cuidado, suele quedar la copa salpicada de algunas gotillas que después al tiempo del sumir el Sanguis, suele causar turbación el imaginar si están consagradas ó no, y es razón atajar estos inconvenientes en sus principios. Y no permita el sacerdote en las misas solemnes, que los ministros le preparen el Cáliz, sin que él asista y vea echar el vino y el agua, porque después al tiempo del consagrar, suele el demonio ofrecer perplejidades y dudas con que inquieta y distrae el ánimo, perturbando la paz y quietud al tiempo que es más necesaria. Y advierte el doctor Seráfico San Buenaventura (1), que al tiempo de consagrar la hostia, debe el sacerdote procurar cubrilla cuanto buenamente pudiere, porque la gente simple, en viéndola en las manos del sacerdote, se persuade que está consagrada y la adora; y es bien quitalles esta ocasión de idolatría, que aunque es material solamente, es grande servicio de Dios el evitalla. Besar la hostia después de consagrada so color de devoción, no es reverencia sino descortesía, y como tal quiere el Doctor Seráfico que sea evitada. Y para haber de alzalla se mire que no se alce fuera del ámbito de los corporales, trayéndola el sacerdote hasta casi sobre su cabeza, como lo hacen algunos inconsideradamente, sino alzándola seguida y derecha sobre el mismo lugar donde estaba asentada. Ni la levanten tanto que sea necesario descomponer el cuerpo para alzar sobradamente los brazos, ni tan poco, que no pueda verla distintamente el pueblo.

En el purificar el Cáliz, ha de mirar el sacerdote, que no sea grosero y falto de policía, como lo son algunos que, para purificalle, meten en él los dedos y después se los lamen, haciendo ruido con los labios y gestos con la boca, sin atender á la madureza y gravedad que se debe

(1) D. Bona. in spec. discipl. part. II. cap. II.

á aquel acto. Otros hay, que cuando lo enjugan con el purificador, aprietan de tal manera la copa del Cáliz, que la abollan, desdoran y gastan sin utilidad alguna, como si fuese negocio que se ha de hacer á pura fuerza. Y otros son tan ligeros en purificalle, que sin enjugarle primero, le cubren con la patena, dejando dentro el purificador, lo cual no es menor falta que la de los primeros y entrambas se suplen con tener cuidado de guardar un medio acomodado, el cual enseña en todas las cosas la discreción. Esta misma enseña, que aunque el sosiego en las ceremonias para hacerse bien, es necesario; pero no en todas las ocasiones ha de ser igual el sosiego, ni todas las misas se han de decir con igual espacio, sino acelerallas ó detenerse en ellas, según la solemnidad de la fiesta y la ocupación de negocios graves, ora sean del que celebra, ora de los oyentes. Con tal condición, que nunca sea tanta la priesa, que por ella se deje de hacer alguna cosa ó se haga fuera de tiempo, anticipándola ó posponiéndola ó causando notable distracción. Habémonos de haber en esto con Dios, dice Navarro (1), como se suelen haber los hombres prudentes cuando están hablando con un gran príncipe, que según la ocasión le hablan con más espacio ó más apriesa. Y es cierto, que aunque gustan desto los príncipes, pero nunca gustan de que la priesa con que les hablan sea tanta, que se confundan las razones y no se entienda lo que se dice. Al fin para acertar el medio, se ha de considerar para qué fueron instituídas las ceremonias, que fué para despertar la devoción de los fieles, y si esto es así, como realmente lo es, no es razón que se hagan de manera que, ó los oyentes se cansen con la sobrada prolijidad, ó se les quite la devoción por la demasiada priesa y descompostura. Paréceme que sería buen medio en las misas rezadas, el no durar más de media hora, ni menos de cuarto y medio, y sin duda alguna que para decirse como conviene es esto necesario, y que quitar dello no es posible sin acelerarse sobradamente, si ya no supliese esta falta la presteza de la lengua del que la dice.

Al entrar del altar á la sacristía, después de acabada la Misa, se ha de guardar la misma disciplina de modestia y gravedad que á la salida; y al tiempo de desnudarse han de mirar que los ornamentos y vestiduras sacerdotales, queden muy bien cogidas y compuestas. No se descuiden de lavarse las manos antes de descalzarse, y procuren huir las ocasiones de distraerse, recogiéndose en algún lugar libre de tumulto y ruido. Acuérdense que la Esposa (2) en topando á su Esposo, dijo: que para que no se le fuese, le había de llevar á casa de su madre, y no quedarse en los aposentos de fuera, donde el estruendo de la calle le pudiese causar desasosiego, sino meterle en los secretos retretes de la que la había engendrado, porque allí en secreto y teniendo quietud la enseñase y regalase juntamente. Y así lo hizo, pues dice el sagrado texto (3), que poniendo el Esposo su mano izquierda debajo de la cabeza de la Esposa, la abrazó con la derecha, y la tuvo de aquella suerte hasta dejarla dormida. Y él mismo la guardó el

(1) Navar. in c. quando notab. XVI. núm. XXI.

(2) *Tenui eum, nec dimittam, donec introducam illum in domum matris meae, et in cubiculum genitricis meae.* Cant. III, 4.

(3) *Laeva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me.* Cant. VIII, 3. *Adiuro vos, filiae Jerusalem, per capreas cervosque camporum, etc.* Cant. III, 5.

sueño, conjurando á la gente de casa por las cabras y cervatillos del campo, que no la despertasen hasta que ella quisiese. ¡Oh, si entendiese el sacerdote qué regalos son estos que hace el Esposo á los que se recogen con él á lugares secretos, después de haberle recibido en su pecho! ¡Oh, si supiese qué misterios tan altos les enseña, qué sacramentos tan soberanos les descubre, y qué secretos tan celestiales les revela! ¡Oh, si acabase de entender la profundidad de aquel dulce sueño que les infunde, atando las acciones de los sentidos del cuerpo y alumbrando los ojos del alma, para que esté conociendo, amando y reverenciando juntamente la bondad y grandeza del Señor que ha recibido! ¡Con cuánta diligencia huiría de las conversaciones humanas, después de haber dicho Misa, para gozar de los coloquios divinos! ¡Con cuántas veras pediría á Dios, como David (1), alas como de paloma para huir á la soledad y hacer nido en los agujeros de la piedra, y en la abertura de la pared del costado de Cristo! (2). Mas es lástima que por no recogerse después de haber celebrado, dejan de gozar estos regalos del soberano Esposo, y como no los gustan, no se les abre el apetito para haber de buscallos, y así llegando cada día á la fuente de la dulzura suavísima del espiritual descanso, quedan con sequedad de espíritu por culpa suya. Para remedio, pues, desto, aconsejamos á los sacerdotes que se recojan después de haber celebrado, para acariciar á tan divino Huésped y darle gracias con entrañable afecto, por haberle querido aposentar en tan estrecho albergue, y en tan indigna morada de tan gran majestad.

CAPÍTULO XVI

De la disciplina que han de guardar los ministros del altar, en el asistir y ayudar á las Misas

Muchas cosas de las que en el capítulo precedente dijimos, pertenecen á la disciplina que se ha de guardar en las Misas cantadas; y así en lo que toca al sacerdote no pienso detenerme en éste, sino instruir en él á los ministros y advertirles solas aquellas cosas en que más de ordinario suelen faltar, como lo habemos hecho hasta ahora hablando con los sacerdotes.

Digo, pues, que la primera cosa que han de hacer los ministros, es ser diligentes en acudir á la sacristía luego en oyendo el primer golpe de la campana, ganando por la mano al sacerdote, porque cuando él llegue, ya le han de tener descogida el Alba, aparejado el Amito y preparado todo lo necesario para vestirse, á lo cual ha de preceder el calzarse y lavarse las manos. El diácono ha de ayudar á vestir al sacerdote, el subdiácono al diácono y el acólito al subdiácono, pre-

(1) *Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam, etc.* Psal. LIV, 7.
(2) *Columba mea in foraminibus petrae, in caverna maceriae, etc.* Cant. II, 14.

ciándose cada uno de salir con la decencia y buen aliño que á su ministerio se debe. Los que se visten de Ceroferarios para llevar los ciriales, mírese que sean de igual estatura, porque el ser notablemente desiguales, es ocasión de que los seglares juzguen á los Religiosos de poco políticos y descuidados en las cosas del culto divino; y es justo que aun en esto, que al parecer es de poca importancia, haya curiosidad.

Al tiempo de salir á la iglesia ha de ir delante el Acólito y luego tras él los Ceroferarios con los ciriales y cirios encendidos, luego el Subdiácono, tras el Diácono, y el último el Sacerdote; todos con tal concierto, con tan buen orden, con tanta modestia y compostura, qué parezcan, como dice San Buenaventura, ejército del Señor, bien ordenado. En las demás ceremonias particulares no quiero detenerme, sino sólo pedirles que se precien de hacer con puntualidad lo que el Misal con tanto acuerdo tiene ordenado. Procurando como siervos de Cristo y ministros de tan celestial ministerio, saber todas las ceremonias y hacerlas con mucha gracia y con gran devoción y reverencia. Consideren para esto la alteza del sacrificio que ofrecen, la majestad del Dios á quien se ofrece, la pureza de los ángeles que asisten, la dignidad del ministerio que hacen y la curiosidad con que los oyentes los miran, y verán que están hechos, como dice San Pablo (1), espectáculo del mundo, de Dios, de los ángeles y de los hombres; y por consiguiente, tienen obligación de ser en todo tan circunspectos, tan puntuales, tan reverentes y tan devotos, que agraden á Dios, que alegren á los ángeles, que provoquen á devoción á los hombres, y que á sí mismos se satisfagan de manera que puedan quedar contentos, como San Pablo (2), con el buen testimonio de su conciencia, viendo que han hecho todo lo que es de su parte. En lo que toca á la modestia, aseo, reverencia, limpieza y curiosidad, lo que habemos dicho para los sacerdotes ha de ser regla para los demás ministros. Y adviertan que cuando asisten en el altar, de tal suerte han de atender al ministerio que hacen, que no traten de otra cosa alguna, porque, pues todo el hombre es poco para asistir como debe á tan altos misterios, descortesía es muy grande querer repartirse en diversas acciones por graves y santas que sean, cuando están ocupados en ésta. Y así lo que dijimos tratando de la disciplina del coro, es bien que aquí se repita: y es que el tener breviario ó algún otro libro en la mano para rezar devociones ó cosas obligatorias, ó para estudiar ó por otra causa cualquiera que sea, mientras se asiste al ministerio del altar, es cosa que de ninguna manera debe sufrirse, porque es poco respeto y grande descortesía. Y si sólo el hacer es toes cosa reprehensible y descortés, ¿qué será el dejar de asistir al ministerio del sacerdote por irse á rezar ó estudiar detrás de las cortinas como algunos hacen? ¿Qué será el leer otras cosas de poca importancia? ¿Qué será el estarse parlando el un ministro con el otro? ¿Qué será el volver el rostro con libertad para mirar lo que se hace en la iglesia? ¿Qué será el reirse de los descuidos que algunas veces se hacen? Cierto cosas son todas estas abominables y que fuera vergüenza decillas, si no hubiera tanta

(1) *Spectaculum facti sumus mundo, et Angelis, et hominibus.* I. Cor. IV, 9.
(2) *Gloria nostra haec est, testimonium conscientiae nostrae.* II. Cor. I, 12.

necesidad de advertirlas para que se ponga en ellas enmienda. El silencio, la atención y la reverencia es el decoro de los ministros del altar; y cuando estas cosas nacen de lo interior, el Espíritu Santo es maestro para que se acierten las acciones de fuera. Y crean que el preciarse de hacellas religiosa y devotamente, es una de las cosas más eficaces en la Iglesia de Dios, para atraer los corazones de los seglares al conocimiento de la grandeza y majestad del Señor que tiene tales ministros.

Una persona de mucha autoridad y crédito, me contó que habiendo asistido un moro muy principal algunas veces en una iglesia catedral al sacrificio de la Misa mayor, pasados algunos días pidió con mucha instancia que le bautizasen. Y preguntándole cuál había sido la causa de su conversión, respondió que el ver la gravedad y compostura con que en aquella iglesia se ofrecía al Dios de los cristianos el sacrificio de la misa, y la poca atención y reverencia con que el pueblo asistía á la celebración de aquel sacrificio, había sido el principio de su conversión. Cuando yo considero, dijo el moro, la gravedad, reverencia y orden con que el sacerdote y ministros salen al altar, la autoridad y riqueza de los ornamentos eclesiásticos, la buena forma y traza de las vestiduras de los ministros, la variedad de las ceremonias, la alteza de los misterios y la profundidad de los sacramentos que allí confiesa la fe cristiana, paréceme que en lo exterior no hay zambra ni alguna fiesta morisca que se iguale con ésta. Paréceme que los misterios que allí se confiesan, aunque no los alcanzo, son dignos de la majestad inmensa y omnipotencia suprema, que la buena razón atribuye á Dios. Paréceme que la devoción y veras con que los ministros asisten á todo esto y ejercitan sus ministerios, me confirma en la fe de que en ello no se mezcla cosa de burla, pues se trata con tantas veras. Y por otra parte, cuando veo en el pueblo cristiano tan poca atención y respeto en la asistencia de los misterios, y que entre los moros hay tanta reverencia y silencio en las mezquitas donde nos juntamos, con ser ceremonias bestiales y cosas indignas de Dios, muchas de las que allí hacemos, héme persuadido con eficacia que algún espíritu malo es el que pone estorbo en esto, que parece tan bueno, y el que nos asegura á nosotros en lo que hacemos, teniendo tanta mezcla de malo. Y esta consideración, que tuvo principio en el ver la devoción y reverencia de los ministros del altar, me ha movido eficazmente á recibir la ley de los cristianos. Esto dijo aquel discretísimo moro. Y habría de ser bastante para que los ministros del altar entendiesen cuánto importa el preciarse de hacer bien su ministerio para mover al pueblo al conocimiento y reverencia de la majestad soberana. Y cierto que si aquel moro hubiera visto en los ministros alguna liviandad de palabras, ó alguna muestra de burlas, ó risas vanas, ó de poco respeto, sin duda alguna juzgara ser cosa de burlas, lo que es de mayor estima y más digno de reverencia entre los cristianos. Guárdense, pues, los ministros no sean de aquellos de quien dice San Pablo (1) que por ellos es blasfemado y tenido en poco el nombre de Dios.

(1) *Nomen enim Dei per vos blasphematur inter gentes.* Rom. II, 24.

Resta ahora que digamos alguna cosa de la disciplina que se ha de guardar en el ayudar á las misas rezadas. Y sea la primera advertencia, que los que se han de ejercitar en este ministerio, no sean negligentes en acudir á la sacristía, sino que oyendo hacer señal con la campanilla para este efecto, dejada cualquier otra ocupación voluntaria, por buena que sea, acudan al momento, procurando que nadie les gane por la mano. Miren que además que pierden un precioso tesoro en perder una misa, suelen ser ocasión con su negligencia, de que el sacerdote, esperando gran rato acólito que le ayude, pierda la devoción y se inquiete. En llegando á la sacristía, se han de lavar la cara y las manos, antes de llegar á los ornamentos sacerdotales, y en el enjugarse guarden tal disciplina, que en los lienzos diputados para esto, no se limpien las inmundicias de las orejas, ó de las narices, ó la toba de los dientes, ó el sudor del cuello, sino solamente el rostro y las manos. Y si éstas estuvieren lodosas ó grasientas, lávense antes de ir á la sacristía con lejía ó agua caliente, porque los lienzos no queden percudidos ó manchados. Vergüenza sería escribir estas cosas, si la negligencia, descuido y grosería de algunos no diese ocasión para creer que hay necesidad de advertillas; pero pues realmente la hay, no es razón que se callen, ni que ellos, estando advertidos dellas, dejen de remediallas.

Después de haberse lavado, han de aparejar los ornamentos que el sacerdote ha de vestirse, poniendo el alba extendida sobre el cajón y sobre ella el amito descogido, de tal manera, que en llegando el sacerdote se le pueda poner sin andarse deteniendo ni embarazando. Al tiempo del vestirse las mangas del alba, ha de tenerlas el acólito asidas de las bocas mangas, tiradas y derechas, y después de vestidas, ha de irlas tirando mansamente hacia el hombro para que no queden arrugadas. El cíngulo se ha de dar por la parte de las espaldas, teniéndole extendido con entrambas manos junto del alba, y mientras el sacerdote se le está ciñendo, ha de ir el acólito levantando y acomodando las faldas del alba; mirando con mucho cuidado que cubran el extremo del hábito y queden igualmente pendientes y levantadas poco más de un dedo de tierra. Cuando se pone el sacerdote la estola, tenga cuenta el acólito que la cruz que está en medio della venga á quedar en medio del cuello del sacerdote, y que la casulla vaya derecha, sin arrugas y bien compuesta, pues, como adelante diremos, significa la Iglesia santa, á quien Cristo, como dice el Apóstol (1), lavó en el bautismo, por dejarla sin mancha y sin arruga. Desto han de preciarse mucho los que hacen este ministerio, teniendo por grande afrenta ver que el sacerdote no salga vestido con mucho aseo por culpa suya.

En acabando de ayudarle á vestir, si ya el sacerdote no hubiere puesto la hostia sobre la patena antes de ir á vestirse, vaya el acólito y tome el hostiero en la mano y téngale abierto, mas no ha de llegar á las hostias, sino solamente ladeallas un poco hacia el sacerdote para que él fácilmente pueda tomar la que quisiere sin embarazarse. Y hecho todo esto, tome el misal que el sacerdote hubiere registrado

(1) *Ut illam sanctificaret mundans eam lavacro aquae, et. Non habentem maculam aut rugam.* Ephes. V, 26.

debajo del brazo izquierdo, y puesta la capilla, salga delante dél algún poco desviado, con los brazos compuestos, los ojos bajos y el paso moderado, sin divertirse á mirar á una parte ni á otra.

Todo esto que hasta ahora habemos enseñado al acólito para ser agradable á Dios, ha de ir acompañado de algunos actos interiores, para los cuales le será de grande provecho tener alguna inteligencia de lo que significan las vestiduras sacerdotales, para que así como el sacerdote se las vaya vistiendo, vaya considerando lo que se significa en ellas. Haciendo, pues, aquí una breve resolución de los misterios que en ellas se significan, digo que en el amito con que el sacerdote se cubre la cabeza, es significada la humanidad de Cristo, con la cual, encarnando en el vientre de la purísima virgen María, cubrió su divinidad. Y no sin gran propiedad se significa en esto la Encarnación de Cristo, porque, según sentencia del Apóstol, la cabeza de Cristo es Dios (1), y es cosa llana que la deidad en Cristo anduvo encubierta con la humanidad, así como se cubre la cabeza del sacerdote con el amito.

En el alba se significa su pura, santa y limpia conversación, y el juntar con ella el amito, derribándole de la cabeza y dejándole caer sobre ella, es para significar lo que dice el Evangelista San Juan, que no se contentó el Verbo Eterno con vestirse de carne, sino que quiso vivir y conversar con nosotros (2). Y lo mismo tenía ya profetizado por otro profeta, diciendo fué visto en las tierras y conversó con los hombres (3). Y en el atar el alba con el cíngulo, acomodándola á la estatura del sacerdote, se significa que Cristo ciñó en alguna manera la perfección y excelencia de sus virtudes, por acomodarlas á nuestra flaqueza, viviendo una vida común cual era necesaria para que la pudiesen imitar los hombres, y esto sin perder un punto de la alteza y excelencia de su perfección, así como el alba no pierde de la anchura y largueza, por estar ceñida y acomodada á la estatura del sacerdote.

En el manípulo, que con la mano diestra ponemos en el brazo siniestro, y es como lazo y atadura con que le atamos, se significa que la fragilidad de nuestra naturaleza en Cristo, significada por el brazo siniestro, estuvo como atada por virtud de la Divinidad para no poder hacer algún siniestro de culpa. Y ello fué así, que por estar unida con el divino Verbo, quedó hecha impecable, ora fuese por razón de la unión hipostática, ora por la visión beatífica.

En la estola, que puesta sobre el cuello cae en forma de cruz en el pecho del sacerdote, se significa la perfecta obediencia de Cristo, por lo cual humilló la cerviz á la voluntad de su Padre hasta morir en la cruz, como afirma San Pablo (4), dejando á los hombres perfectísimo ejemplo de obediencia.

En la casulla, que es ornamento compuesto de dos partes unidas, una anterior y otra posterior, se significa la Iglesia santa, la cual por medio de la persona de Cristo, significada en el sacerdote, se unió de

(1) *Caput ecclesiae Christus, caput vero Christi Deus* I. Corint. XI, 3.
(2) *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* Joanes. I, 14.
(3) *Post haec in terris visus est, et cum hominibus conversatus est.* Baruc. III, 38.
(4) *Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.* Philip. II, 8.

dos pueblos, uno que precedió á Cristo, que es el pueblo judaico, y otro que le siguió, que es el gentilico (1). Ni carece de misterio el ser más ancha y más larga la parte posterior, que significa la gentilidad, antes en esto se da á entender que la Iglesia de los gentiles es más copiosa en número y mayor en merecimiento que la sinagoga. Desta manera declara los ornamentos sacerdotales nuestro devotísimo Padre Titelmán, dilatando cada una destas cosas con mucha erudición y piedad, como lo tiene de costumbre.

Cuando se va vistiendo, pues, el sacerdote, es bien que los acólitos vayan considerando estas cosas, acompañándolas con afectos interiores de amor y de agradecimiento. Y los que quisieren llevarlo por camino más llano y no menos devoto, podrán considerar en el amito el velo con que taparon los ojos á Cristo para hacer burla dél la noche de su pasión. En el alba, la vestidura blanca con que le escarnecieron en casa de Herodes, en el cíngulo las sogas con que le llevaron atado desde el huerto á casa de los pontífices, en el manípulo los cordeles con que le ataron á la columna, en la estola la cuerda que le echaron al cuello cuando le pusieron la cruz á cuestas, y en la casulla, esa misma cruz que llevó por nosotros sobre sus hombros, que era la llave con que nos abrió la puerta del cielo y el cetro de su imperio, como estaba profetizado por Isaías (2). Y los que consideran estos misterios en las vestiduras sacerdotales, pueden considerar cuando salen delante del sacerdote al altar, que van acompañando á Cristo al calvario, con aquellas mujeres que le seguían llorando, como dice San Lucas. Y en llegando al altar, han de hacer cuenta que se hallan al pie de la cruz en el monte Calvario, asistiendo á los misterios que allí fueron celebrados, acompañando á la Virgen y ofreciendo con Cristo su pasión al eterno Padre, con el mismo amor, temor y reverencia que tuvieran si se hallaran presentes á su muerte, pues realmente ello es así, que en el altar se ofrece el mismo sacrificio, aunque de diferente manera, porque en la cruz fué sacrificio sangriento, pero en el altar es sin derramamiento de sangre y por eso se llama incruento.

La disciplina que allí se ha de guardar, en cuanto al ministerio exterior, ha de ser puntualísima, porque las faltas en cosas tan graves, no pueden ser pequeñas, y así es necesaria muy grande advertencia y cuidado para que todo se haga con mucha puntualidad. Hase de mirar primeramente que no falte cosa alguna en el altar, por la cual sea después necesario dejar al sacerdote solo, para ir á buscalla y traella. Y en el hacer las cosas que allí se ofrecieren ha de resplandecer la limpieza, la reverencia, el aliño y la devoción. Haga el acólito una humillación muy profunda cuando llega con el sacerdote al altar, y después de haber puesto el Misal en el atril ó almohadilla y las candelas en los candeleros, vaya al lado izquierdo del sacerdote, y retirado un poco hacia atrás, póngase de rodillas, con los brazos juntos delante el pecho, los ojos bajos y el rostro algo inclinado, teniendo cuenta que al tiempo de arrodillarse no deje los pies des-

(1) *Ipse est pax nostra, qui fecit utraq. unum, etc.* Ephe. II, 14.
(2) *Dabo clavem David super humerum eius. Et factus est principatus super humerum eius.* Isai. XXII y IX.

cubiertos, ni los tenga apartados ó descompuestos, sino juntos y cubiertos con las faldas del hábito, porque no ofenda á los circunstantes con su descuido y descomposición. Al tiempo de poner las candelas, mire que las deje de tal manera que la cera que se derrite no pueda caer sobre los manteles ó en el Misal, y lo mismo ha de mirar cuando se ofreciere mudar la candela de la una parte del altar á la otra. El tono de la voz, al tiempo del responder, ha de ser conforme al del sacerdote, guardando en el decir las cosas el mismo espacio ó prisa que él guarda, y dejándole pronunciar la última sílaba antes de respondelle, y no como algunos que atropellan al sacerdote con lo que dicen, por ser sobradamente acelerados.

Cuando se pasa el Misal de una parte á otra, se ha de tomar con entrambas manos, teniendo cuenta de que no se quiten los registros de sus lugares, y al tiempo de pasar por delante del medio del altar se ha de hacer una profunda inclinación, pasando algún tanto desviado del sacerdote. Y siempre que el acólito hubiere de llegar al altar, ha de tener cuidado de no tocar en él con la manga del hábito ó con el manto, porque á aquel sagrado lugar se debe esta reverencia. Cuando hubiere de echar agua ó vino en el cáliz, doble primero hacia arriba la bocamanga del hábito para que no llegue á tocalle con ella, y alce algún poco la mano para que pueda ver el sacerdote qué es lo que se le administra. Mire con gran vigilancia que cuando da las vinajeras para preparar el cáliz, no dé agua por vino, porque podría ser ocasión de hacer alguna gravísima falta, y especialmente se ha de mirar mucho esto, cuando las ampollas no son de materia transparente, porque entonces no se puede echar de ver fácilmente cuál es agua y cuál vino. Siempre que al sacerdote se le da alguna cosa ó se recibe algo de su mano, se la ha de besar el acólito, y nunca se ponga lado á lado con él, porque sería falta de reverencia. Reconozca las candelas, de cuando en cuando, para que den buena luz, despabilándolas á su tiempo, y tenga cuenta de que el pábilo no caiga en el Misal ó sobre los manteles, ni las despabile cuando el sacerdote va leyendo alguna cosa que no sabe de memoria.

Tener algún libro en la mano para leer en él cuando se está ayudando á Misa, es cosa indecente, y el andarse mudando de una parte á otra sin grave causa, porque es señal de espíritu inquieto y causa de turbación al que dice la misa. Hase de evitar cualquier género de ruido, aun el que se hace tosiendo, escupiendo ó rezando, porque la devoción del sacerdote no sea perturbada con estas cosas, especialmente todo el tiempo que dura el Canon. Cuando el sacerdote cierra el Misal, después de dichas las últimas oraciones, no hay para qué pasalle de la otra parte para decir el Evangelio de San Juan; pero si fuese día de dominica, ó de vigilia, ó de cuaresma, ó de cuatro témporas, y hubiese dicho la Misa de algún santo, en tal caso, aunque hubiese cerrado el Misal, ha de abrirle el acólito y pasarle de la otra parte, para que advierta la falta que hace, y se acuerde de decir el Evangelio propio de la dominica ó feria.

En el volver á la sacristía, acabada la misa, se ha de guardar la misma disciplina que al salir della, yendo delante del sacerdote con mucha composición y modestia, y acudiendo con diligencia á ayudarle

á desnudar, tomando primero la bendición de rodillas, besándole la mano y pidiéndole perdón de las faltas que ha hecho en su ministerio. Cuando el sacerdote se va desatando el cíngulo, ha de levantar el acólito las faldas del alba para que no se ensucie llegando al suelo, y el mismo cuidado ha de tener cuando la coge para que no lleguen á tierra las bocamangas. Después de cogida el alba, póngala con mucho aliño sobre los demás ornamentos, y déjela cubierta con la falda de la casulla para que quede defendida del polvo. Y no se olvide de dar gracias á Dios, por haberle querido admitir al ministerio de tan divinos misterios, porque el tesoro que se comunica á los que en él asisten ayudando á la Misa, es dignísimo de agradecimiento y mucho mayor que el de los otros que asisten á oílla.

Estas cosas que habemos advertido hasta ahora, son las en que ordinariamente se falta, y por esta causa, dejando otras muchas que pudieran decirse, he querido parar en ellas, rogando encarecidamente á los que hacen este ministerio, que le hagan con singular diligencia y espíritu, considerando que representan la persona de toda la Iglesia, y que por consiguiente han de desear tener la devoción y espíritu de todos los fieles juntos y procurar alcanzar toda la que pudieren. Para ayudarles en esto, pondré aquí una breve recopilación de los misterios que en la Misa se contienen y representan, porque sin duda la inteligencia dellos es motivo eficacísimo para engendrar en los ministros devoción, atención y singular reverencia.

CAPÍTULO XVII

De los misterios que en el sacrificio santo de la Misa se contienen y de lo que han de considerar en ella los que la oyen

La primera cosa que se debe considerar en este divino sacrificio, es el grande aplauso con que se comienza en el coro á cantar el introito, antes que el sacerdote salga de la sacristía y se manifieste al pueblo. Para significar en esto los encendidos deseos, las vivas esperanzas y continuos clamores, con que los santos del viejo testamento esperaron la venida del Hijo de Dios, antes que su Majestad se vistiese de carne para manifestarse al mundo. Y porque las saetas de sus deseos iban asestadas al consistorio de la Santísima Trinidad, donde había de ser despachado el cumplimiento de sus esperanzas, por eso al fin del introito se canta el verso del *Gloria Patri*, donde se hace mención de las tres divinas Personas que lo decretaron. Y el repetir segunda vez el introito, significa, según dice San Buenaventura (1), la instancia con que fué pedido este don de aquellos santos Patriarcas y Profetas, no una vez, sino muchas, como consta de muchos lugares

(1) Divus Bonavent. in expo. missae.

del Testamento viejo. En la salida del sacerdote, cuando se comienza el verso de *Gloria Patri,* se significa que toda la Trinidad, movida de los importunos ruegos y devotas oraciones de aquellos santos Padres, obró el misterio de la Encarnación, el cual fué manifestado al mundo el día del nacimiento del Hijo de Dios, y esta manifestación es significada en la que hace el sacerdote de su persona al pueblo, cuando sale de la sacristía á la iglesia. Salen delante dél, primeramente el acólito con el incensario y naveta en la mano para administrar el incienso, y porque el incienso, entre todas las gentes y edades, ha sido materia estimada para ofrecer sacrificio; de aquí es que en él son significados los sacrificios de la ley natural, que precedieron á Cristo como figuras suyas. Luego salen los Ceroferarios con los ciriales y cirios encendidos en ellos, en los cuales se significa la luz de las profecías, que como luces del Espíritu Santo, iban mostrando á Cristo, aunque de lejos. Tras estos sale el Subdiácono con el libro de los Evangelios, cerrado y arrimado al pecho, significándose en esto la ley escrita, la cual tenía en sí encubiertos, como en figura, los misterios del Evangelio. Y sale delante del Diácono, para significar que la doctrina legal precedió en tiempo á la ley evangélica, y fué como precursora y ministra suya. Luego se sigue el Diácono, que significa la ley de gracia, y sale luego inmediatamente el sacerdote, porque en ella se nos manifestó Cristo hecho Redentor y Pontífice nuestro. Y es de considerar que el sacerdote cuando sale al altar no saca otra cosa sino á sí mismo, en señal de que, como dice San Pablo (1), no había de entrar Cristo en el *Sanctasanctorum* por la sangre de los cabrones ó becerros, sino por su propia sangre, ni había de ofrecer, como los otros sacerdotes, víctima y holocaustos de animales muertos, sino á sí mismo, siendo juntamente sacrificio y Sacerdote, para ser por entrambas partes más agradable á Dios. Debe, pues, el que asiste á la Misa, en comenzando á cantar el introito, levantar el pensamiento á considerar las ansias, los deseos, las esperanzas y ruegos de los Patriarcas antiguos, dar gracias á Dios de que le crió en tiempo en que puede gozar de lo que ellos tanto desearon. Y en viendo salir al sacerdote, considere á Cristo nacido por nuestro amor, y reconozca en él cumplidos los sacrificios de la ley natural, las profecías de los Padres del Testamento viejo, los ritos y ceremonias de la ley escrita y las verdades del sacrosanto Evangelio. Y cuando viere que el pueblo se postra viendo salir al sacerdote, acuérdese de la fe y humildad con que los Pastores y Reyes, postrados pecho por tierra, adoraron á Cristo recién nacido, y ofrézcale con ellos su corazón, en reconocimiento de tan singular beneficio.

Cuando el sacerdote llega al altar y dice la confesión, se ha de considerar aquella inmensa caridad con que el Hijo de Dios tomó sobre sus hombros nuestros pecados, haciéndolos suyos por hacer nuestra su justificación, como dice San Agustín (2). Y cuando el pueblo la dice, es como protestar que sus pecados son los que han

(1) *Non per sanguinem hircorum aut vitulorum, sed per proprium sanguinem introivit semel in Sancta.* Hebr. IX, 12.
(2) August. in. I. exposi. psal. XXI.

traído á Cristo á vestirse aquella semejanza de carne de pecado, y así dice su culpa y pide que le sea perdonada para que con pureza de conciencia pueda asistir á tan divinos misterios. Cuando sube al altar el sacerdote y besa en medio dél, se ha de considerar aquel amoroso beso de paz tan deseado de la Esposa, por medio del cual, uniéndola consigo, la pacificó con el Padre Eterno, y juntamente pacificó entre sí los dos pueblos Judaico y Gentílico, significados, como dijo San Buenaventura, en los dos lados del altar. En el diestro se significa el pueblo Judaico y por esta causa, como lo notó Titelmán (1), se comienza y acaba en él la Misa, porque en el pueblo de los Judíos tuvo principio nuestra salud, naciendo dellos Cristo, según la carne, y ellos fueron los primeros llamados á la fe del Mesías y los últimos que se salvarán, porque, como afirma San Pablo (2), después de haber entrado la plenitud de la gentilidad, las reliquias del pueblo Israelítico serán salvas. Y en el lado siniestro se significa el pueblo de los gentiles, por lo cual se dice en él la mayor parte y más principal de la Misa, porque el efecto deste sacrificio más copiosamente se ha descubierto en la gentilidad y en ella ha permanecido y se ha conservado más de asiento, después que los gentiles recibieron la fe de tan soberanos misterios. Después de besado el altar, le inciensa el sacerdote, y en este medio se cantan en el coro los Kiries, en los cuales se pide á Dios misericordia nueve veces, y, según sentencia de Ruperto, en esto son significados los ruegos universales de la Iglesia con que viendo nacido á Cristo, pidió misericordia para todos aquellos que han de reparar las ruinas de los nueve coros angélicos. Y porque en el incienso se significa en la Sagrada Escritura, la virtud de la oración, por eso el sacerdote, mientras se cantan los Kiries, ofrece el incienso para significar que por medio de nuestro sumo sacerdote Cristo, son ofrecidos los ruegos de la Iglesia universal. Lo cual fué significado en aquella visión del Apocalipsis, donde dice San Juan que vió un ángel que estaba delante el altar, con un incensario de oro en las manos (3), y que le fué dada grande copia de incienso para que ofreciese á Dios, de las oraciones de los santos, lo cual hizo al momento y subió el humo del incienso hasta llegar al acatamiento de Dios.

Ofrecido el incienso y dicho el Introito y Kiries por el sacerdote, comienza el Gloria y lo prosigue el coro, significando en esto lo que dice San Lucas, que en habiendo nacido Cristo, apareció un ángel, y luego se juntó con él un copioso ejército dellos, cantando gloria á Dios y paz á los hombres (4), que hasta entonces nunca se habían juntado estas dos cosas, porque duraba la división y discordia que entre Dios y los hombres había causado la culpa de los primeros padres. Prosigue, pues, el coro el cántico que comenzaron los ángeles, en memoria y hacimiento de gracia del regocijo que causó al

(1) Titelman de mister. missae.

(2) *Caecitas contingit in Israel, donec plenitudo gentium intraret, et tunc omnis Israel salvus fiet.* Rom. XI, 25.

(3) *Angelus stetit ante altare, habens thuribulum aureum, et data sunt ei incensa multa, etc.* Apoc. VIII, 3.

(4) *Facta est cum Angelo multitudo militiae celestis, etc., dicentium: Gloria in altissimis Deo.* Luc. II, 13.

mundo tan alegre nueva, y mostrándose agradecida la Iglesia en el discurso deste cantar, bendice á la majestad de Dios, adorándole y dándole gracias, llamándole su Dios, su Señor y su Rey, procurando inclinarle con estos títulos á que se le muestre propicio, oyendo sus ruegos y usando de misericordia con ella, como Cordero de Dios, que olvidado de la braveza de león que antes tenía, vino á quitar los pecados del mundo. Aquí es donde, no sólo el sacerdote, sino también todos los circunstantes, han de engrandecer sus deseos, conociendo lo poco que son para dar gracias por tan singular beneficio. Aquí es donde, para suplir la falta que conocen en sí, han de convidar, por una parte á los cortesanos del cielo, y por otra á las demás criaturas del mundo, deseando que todas se conviertan en lenguas para alaballe, por ser tan grande su gloria y por haber dado al hombre tan ciertas esperanzas de paz. Y cuando vieren que el sacerdote, mientras se acaba de cantar el Gloria en el coro, se va al presbiterio á sentarse con los ministros, dejando solo el altar, consideren la brevedad de los contentos y regocijos deste mundo, aunque sean en la persona de Dios encarnado, pues ahora le cantaban el Gloria, le adoraban pastores y se le postraban los Reyes, y ya le es forzoso irse huyendo de la furia de Herodes á Egipto, en compañía de su Madre santísima y de San José, que esto es lo que se significa en el dejar el altar y retraerse al presbiterio el sacerdote con los ministros. Y en el volver á él, después de cantado el Gloria, es significada la vuelta de ese mismo Señor con su compañía á la tierra de Israel, por amonestación de un ángel. Y en la brevedad con que sucede lo uno y lo otro, se da á entender que ni los trabajos ni los contentos desta vida permanecen, y que pues duran tan poco, ni el contento ha de ser amado, ni el trabajo temido.

En volviendo el sacerdote al altar para haber de decir las oraciones, besa primeramente en medio dél, y por ser el beso símbolo de paz, se significa en esto la que por los merecimientos de Cristo se hizo entre Dios y los hombres. Y hácese esta ceremonia antes de exhortar el sacerdote al pueblo á que ore para que, alentadas primero las esperanzas de todos con esta prenda, las tengan muy ciertas de que alcanzarán todo lo que pidieren, siendo para bien suyo y gloria de Dios. Porque, como dijo San Pablo admirablemente (1): Quien nos dió su Hijo, siendo enemigos suyos, para reconciliarnos consigo ¿qué nos podrá negar después de reconciliados? Habiendo, pues, besado el altar, se vuelve el sacerdote hacia el pueblo y le saluda, diciendo: *Dominus vobiscum,* que quiere decir el Señor sea con vosotros. Y es como advertir á los circunstantes que se recojan interiormente y procuren estar devotos y atentos para orar al Señor; y porque esto no se puede alcanzar sin la asistencia del divino Espíritu, el cual, como dice San Pablo (2), es el que pide por nosotros á Dios, por eso el sacerdote nos dice que el Señor esté con nosotros. Y en recambio y agradecimiento de la caridad que en esto nos manifiesta, le respondemos, deseándole el mismo Espíritu, diciendo: *Et*

(1) *Qui proprio Filio suo non pepercit, etc. Quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit.* Rom. VIII, 32.
(2) *Ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus.* Rom. VIII, 26.

cum spiritu tuo, que quiere decir: El mismo Dios esté con vuestro espíritu.

En habiéndole respondido nos exhorta á que oremos, y en oyendo esto los circunstantes, han de procurar hacerse todos á una, juntando sus deseos con el del sacerdote y suplicando á Dios juntamente con él, conceda á su Iglesia lo que se le pide en las oraciones. Las cuales por eso se llaman Colectas, porque en ellas recogen los votos y plegarias del pueblo, ofreciéndolas el sacerdote por todos y orando todos con él. Y para significar esto que vamos diciendo, ordenó la Iglesia que cuando el sacerdote se vuelve hacia el pueblo, abra las manos, como quien le pide que deposite en ellas sus peticiones, y luego las vuelva á juntar, como dando á entender que las ha ya recibido y recogido en ellas y que vuelve al altar para ofrecellas juntas á Dios, y concluye las oraciones, diciendo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*, etc., confesando y protestando en estas palabras que por los merecimientos de Cristo y no por los suyos, pretende alcanzar lo que pide, y que á Él pone por medio para que se le conceda. Y responde el pueblo: *Amén*, que es una palabra hebrea, manifestadora del afecto interior con que todos desean que se otorgue al sacerdote lo que él ha pedido por todos. Y es bien que se advierta de paso que la Iglesia, no sin particular misterio, usa de tres diferencias de lenguas en el oficio de la Misa. De la hebrea, en esta palabra *Amén* y en otras tres que son *Alleluya, Sabbaoth* y *Hosanna,* de la griega en los *Kiries* y de la latina en lo restante de la Misa. Y en estas mismas lenguas fué escrito el título de la cruz, como lo notó San Juan (1). Para significar en esto que todas las lenguas, comprendidas en estas tres, que son las más universales, confiesan por verdadero Dios al que estuvo en la cruz y al que se ofrece en el sacrificio santo de la Misa, que es uno mismo.

Después de las oraciones se sigue la Epístola y en ella es significada la predicación del Bautista, con la cual, como precursor y aposentador de Cristo, le aparejó los caminos para que los hallase dispuestos (2). El entendimiento, con la fe del testimonio que dió de Cristo (3), mostrándole con el dedo y llamándole Cordero de Dios (4), que quita los pecados del mundo, y el de la voluntad preparando los ánimos para la obediencia del Evangelio con el bautismo de penitencia que predicaba. Y porque fué el Bautista fin del Testamento viejo y principio del nuevo, por esa causa se tomó la Epístola ya del un Testamento y ya del otro. Y el retirarse el Sacerdote con el Diácono al Presbiterio mientras se canta la Epístola, significa la humildad con que Cristo anduvo como retirado de la conversación de los hombres, sin predicar su doctrina evangélica mientras duró la predicación del Bautista (5). Y en el ir á besar la mano el Subdiácono al Sacerdote después de dicha la Epístola, se significa la embajada que el gran Precursor, estando ya preso y acabada su predicación, envió con sus dos discípulos para que con

(1) *Erat scriptum hebraicè, grecè et latinè.* Joan. XIX, 20.
(2) *Praeibis enim ante faciem Domini parare vias ejus.* Lucae. I, 76.
(3) *Hic venit in testimonium, etc.* Joan. I, 7.
(4) *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi.* Joan. I, 29.
(5) *Cum audisset Joannes in vinculis opera Christi, mittens duos de discipulis suis, etc.* Mat. XI, 2.

aquella ocasión le reconociesen por verdadero Mesías y le adorasen por Dios.

En el Gradual, cuya cantoría suele ser ordinariamente áspera y grave, es significada la penitencia de los que se convirtieron por la predicación del Bautista, confesando sus culpas, según lo afirma el Evangelista San Mateo (1). Y porque al llanto y tristeza de los penitentes se sigue consuelo y alegría de espíritu, porque, como dice David (2): Quien siembra en lágrimas, cogerá el fruto con regocijo; por eso al Gradual, se sigue luego el Aleluya que es cosa regocijada y alegre. Y con esta consideración han de procurar los que oyen la Misa, cuando llega este paso, hacer propósitos grandes de enmienda, animándose al dolor y sentimiento de sus culpas y determinándose de castigar su carne y hacer penitencia con la esperanza del gozo que della se les ha de seguir; el cual, tanto será mayor, cuanto fuere más crecida la pena, por haber ofendido á Dios, porque escrito está (3), que según la muchedumbre de los dolores que están en el corazón, son los consuelos con que suele Dios alegrar el alma.

Acabado de cantar el Gradual y Aleluya, sale el Sacerdote del Presbiterio, donde estaba como escondido, y vase al altar para significar que cuando cesó la predicación del Bautista, prendiéndolo Herodes, comenzó de propósito á manifestarse Cristo y á promulgarse el Evangelio en Galilea. Y porque para predicalle envió Cristo á sus Apóstoles, como ministros suyos delegados, dándoles autoridad para ello (4); por eso el Diácono para cantar el Evangelio toma primero la bendición del Sacerdote, como quien le pide autoridad para haber de cantallo. De suerte que en la lección evangélica, es significada la predicación apostólica, y en la bendición que da el Sacerdote al Diácono, se significa la autoridad que dió Cristo á sus discípulos para predicar la doctrina del Evangelio. Y para haber de decillo, saluda primero el Diácono al pueblo diciendo: *Dominus vobiscum*, para dar á entender que es necesaria la divina asistencia en los ánimos de los oyentes, para que el Evangelio haga su efecto. Y porque lo principal de la predicación evangélica, según dice San Pablo, es el misterio de la cruz (5); por eso al tiempo del comenzalle se signa con ella el Diácono en tres partes. En la frente, protestando con el Apóstol que no se ha de avergonzar de predicar á Cristo crucificado, antes ha de llevar su cruz en el lugar más eminente y público que es la frente; en el pecho, para significar que en el corazón le tiene arraigado por la virtud de la fe; y en la boca, para dar á entender que el misterio de la cruz que tiene en el pecho, le ha de manifestar confesándole y predicándole públicamente, cumpliendo lo que dice el Apóstol San Pablo, que con el corazón se cree para la justificación (6); mas para salvarse, necesaria cosa es confesar con la boca, la fe que en el corazón tenemos. Cuando el Evangelio se dice, está el pueblo en pie y con la cabeza descubierta,

(1) *Et batizabantur ab eo in Jordane, confitentes peccata sua.* Math. III, 6.
(2) *Qui seminant in lachrimis in exultatione metent.* Psalm. CXXV, 5.
(3) *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo: consolationes tuae laetificaverunt animam meam.* Psalm. XCIII, 19.
(4) *Euntes autem predicate dicentes: Quia appropinquavit regnum coelorum.* Matth. X, 7.
(5) *Praedicamus Jesum Christum, et hunc crucifixum.* I. Cor. I, 23.
(6) *Corde creditur ad iustitiam, ore autem confessio fit ad salutem.* Rom. X, 10.

atendiendo á lo que se lee, significando en esto, que están todos aparejados como ministros de Cristo para obedecer y poner en ejecución lo que en él se les manda, y en la conclusión dél responden todos: *Laus tibi, Christe,* como quien dice: A Ti, Cristo, se deben las gracias por la merced de habérsenos predicado la ley Evangélica. Y miren los oyentes que todos estos misterios los han de acompañar con la consideración y con afectos del alma, ofreciendo interiormente la voluntad pronta, para la obediencia del Evangelio, y dando gracias á Dios por la luz que en él nos comunicó para conocelle. Ni carece de misterio, como advirtió Ruperto, el llevar el Subdiácono abierto el libro del Evangelio al Sacerdote para que le bese, siendo verdad que cuando salió con él de la Sacristía, le sacó cerrado; antes se significa en esto, que después de la predicación Evangélica ya los misterios que estaban en la ley encerrados se abrieron por la virtud del Cordero, manifestándose al pueblo que sólo Él tuvo poder para abrir los sellos, como se escribe en el Apocalipsi (1). Y en el besar el libro el Sacerdote, se significa el cuidado que tiene Cristo de confirmar la doctrina Evangélica con señales maravillosas como lo prometió por San Marcos (2).

Hecho esto, se dice el Credo, comenzándole el Sacerdote y prosiguiéndole el coro, para protestar que la fe del Evangelio, comenzada á enseñar por Cristo y contenida en el Credo, todos la confesamos, prosiguiendo y llevando adelante su doctrina, aparejados á morir por ella si se ofreciere ocasión. Y aquí es donde se han de hacer actos de fe y propósitos firmísimos de vivir y morir en ella, deseando padecer martirio por la confesión de verdades tan sólidas é infalibles. Al Credo se sigue el ofertorio, que es cuando el Sacerdote ofrece la hostia y el cáliz, dedicando entrambas cosas á Dios, para consagrallas después y ofrecellas en sacrificio. Y en esto son significados los afectos con que Cristo andaba los días antes de su pasión, preparándose con nuevos deseos de padecer por nosotros, como consta del Evangelio, y ofreciéndose á su Eterno Padre para ser sacrificio nuestro, sufriendo todo aquello que fuese su voluntad hasta morir por los hombres. Y es de notar, que en esta ocasión, dice el Sacerdote aquella palabra: *Oremus,* como quien quiere comenzar alguna larga oración, y luego calla sin decir otra cosa alguna que pueda entendella el pueblo. Y en esto se significa la resistencia que el pueblo Judaico hizo á la predicación de Cristo, procurando poner silencio en ella. Pero aunque el Sacerdote calla, no por eso deja el coro de proseguir el canto del ofertorio, significando en esto, que no había de ser bastante la resistencia de los Judíos para estorbar la predicación del Evangelio y el testimonio que los fieles daban de la persona de Cristo. Y pues en este paso del ofertorio se representan los ardientes deseos y amorosos afectos con que Cristo se andaba ofreciendo al Padre para remedio nuestro, es justo que los circunstantes mientras se dice el ofertorio, ofrezcan á Dios, juntamente con la ofrenda del Sacerdote, un ánimo pronto y un espíritu aparejado para las cosas de su servicio, en agradecimiento de la prontitud con que su Majestad se andaba ofreciendo para nuestro pro-

(1) *Ecce vicit leo de tribu Juda, aperire librum et solvere signacula ejus.* Apoc. V, 5.
(2) *Signa autem eos, qui crediderint, haec sequentur, etc.* Marci. XVI, 17.

vecho. Y cuando se vuelve al pueblo diciendo: *Orate fratres,* entiendan todos que les pide que ofrezcan con él aquel sacrificio, y que le llama sacrificio, no solamente suyo, sino de todos los circunstantes. Y así todos á una han de concurrir á ofrecelle, suplicando á Dios con entrañable afecto se sirva de aceptalle para alabanza y gloria de su santo nombre y provecho de los que se hallan presentes, y de toda la Iglesia santa, que esto quieren decir las palabras que responde el pueblo.

CAPÍTULO XVIII

En que se prosigue y concluye la materia del capítulo precedente

Necesario ha sido tomar aliento para los misterios que restan por declarar, según es ardua la jornada que queda, los cuales son tanto mayores que los pasados, cuanto más allegados á lo principal deste sacrificio. Y prosiguiendo en la declaración dellos, digo que en el Ofertorio se ofrece la hostia y el cáliz, haciendo con lo uno y con lo otro la señal de la cruz, al tiempo del ponellos sobre los Corporales; para significar en esto que el sacrificio, cuya materia entonces se ofrece, fué consumado en la cruz cuando Cristo ofreció el espíritu al Padre estando enclavado en ella. Ofrécese en el cáliz agua y vino juntamente, y según declaran algunos, en el vino se significa el misterio de la sangre de Cristo, y en el agua son significados los pueblos (1), como lo dice San Juan, y mézclase lo uno con lo otro para significar la unión del pueblo con Cristo por medio de su sangre en el Sacramento de la Eucaristía, cuyo efecto no gozan los que no se unen con Él. Y porque todas las gentes son, según afirma Isaías, como una gotilla de agua en la presencia de Dios, por eso ha de ser muy poquita el agua que se echa en el cáliz (2). Y también para significar que así como el vino por la virtud y fortaleza que tiene, convierte en sí fácilmente aquella gota de agua que se mezcla con él, así es fácil cosa á la virtud y fortaleza de Dios, significada en la acrimonia del vino, transformar en sí y hacer una cosa consigo á los que se unen con Él por medio del Sacramento del cuerpo y sangre de Cristo. Y esta mesma unión del pueblo con Cristo por medio de su sangre, se significó en la que salió del costado de Cristo mezclada con agua (3), estando muerto en la cruz. De lo cual se tomó ocasión para hacer esta mezcla de agua y vino en el cáliz. Acordándose, pues, destos misterios los que oyen la Misa, deben procurar en esta ocasión, criar en su alma vehementes deseos de unirse con Cristo para transformarse en él espiritualmente, como se transforma el agua corporalmente en el vino estando unida

(1) *Aquae quas vidisti, populi sunt.* Apoc. XVII, 15.
(2) *Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram eo, et quasi nihilum et inane reputatae sunt ei.* Isai. XL, 17.
(3) *Et continuo exivit sanguis et aqua.* Joan. XIX, 34.

con él, y para que el Divino espíritu haga esta admirable transformación, deben ofrecer sus almas puras y limpias, porque sin puridad y limpieza no se puede hacer esta divina unión. En el incensarse la ofrenda, quedando el templo lleno del suave olor del incienso, se significa aquella misteriosa unción que la Magdalena hizo á Cristo pocos días antes de su sagrada pasión, de la cual dice San Juan (1), que dejó llena la casa del olor del ungüento. Y á todo esto se sigue un profundo silencio, así en el coro como en el altar, significándose en él de parte del sacerdote, el que guardó Cristo estando como escondido en el desierto de Efrén, sin manifestarse al pueblo (2), por dar lugar á la ira de los Judíos que habían conspirado contra Él y determinado de quitarle la vida, la cual Él quería conservar para el tiempo preordenado por la Divina dispensación, no retirándose como cobarde sino como prudente. Y de parte del coro se significa en aquel silencio, el que tuvieron los fieles todos aquellos días, no osando hablar de Cristo públicamente, por no ser echados de la Sinagoga (3), como descomulgados, según el decreto que tenían hecho los Judíos, como lo afirma San Juan.

De allí á poco rato, dichas las oraciones secretas en las cuales son significadas las que Cristo hizo en el desierto de Efrén, rompe el sacerdote el silencio comenzando á cantar el Prefacio, en significación de que Cristo, llegada la hora decretada por su Eterno Padre, se manifestó de nuevo yendo á Betania seis días antes de la pascua, á donde acudió gran concurso de gente. Y porque así se comienza más de propósito el misterio de su pasión, para el cual es necesario tener aparejados los ánimos y dispuestos los corazones, por eso el sacerdote antes de cantar el Prefacio saluda al pueblo, deseándole que esté con él el Señor. Exhórtale á que tenga el corazón levantado á lo alto, á lo cual responde el pueblo, que lo tiene ya puesto en Dios. Y ha de mirar mucho que cuando da esta respuesta, sea verdad lo que dice, no estando divertido en las cosas de acá de la tierra, sino pensando en las celestiales. Hago gracias á Dios, dice el sacerdote, por la merced que os ha hecho de que tengáis el corazón puesto en Él; y respóndele el pueblo que es cosa digna y justa que así se haga; digna, porque Dios lo merece; y justa, porque se le debe de justicia. Y de aquí toma ocasión el sacerdote para cantar el Prefacio, alabando al Señor con palabras gravísimas. Y en llegando al cántico celestial que los Serafines cantan á la Majestad Eterna en el cielo, llamándole tres veces Santo, como afirma Isaías, comienza el coro á cantalle solemnísimamente, en memoria del aplauso con que el día de Ramos recibieron á Cristo en Jerusalén, cantándole la gala de vencedor y dándole la bienvenida con ramos de palma en las manos. Dícense algunas palabras de las que allí le cantaron, para que ellas despierten la memoria de aquel solemnísimo recibimiento. En el cual se ha de considerar como en aquella entrada confesaron por Dios á Cristo sin saber lo que hacían, ofreciéndole palmas que son señal de victoria, antes de entrar

(1) *Domus repleta est ex odore unguenti.* Joan. XII, 3.

(2) *Jesus ergo abiit in regionem iuxta desertum, in civitatem quae dicitur Ephren.* Joan. XI, 54.

(3) *Iam enim conspiraverant iudaici, ut si quis cum confiteretur esse Christum, extra sinagogam fieret.* Joan. IX, 22.

en la estacada con el enemigo, cosa que jamás con ningún capitán se ha hecho hasta después de haber vencido al contrario. Y por eso digo que confesaron en esto ser Cristo verdadero Dios, á quien es tan cierto el vencer en cualquier empresa, por grave y dificultosa que sea, que puede bien cantársele la gala de la victoria antes de haber vencido, mucho mejor que á los otros capitanes después de haberla alcanzado. Y no es menos digno de consideración el ver que siendo Él el triunfador, llevaban los otros las palmas para significar que en el triunfo de su victoria, suyo había de ser el trabajo y nuestra la palma del vencimiento; suyas las heridas y nuestra la salud; según aquello que dijo Isaías (1): La disciplina de nuestra paz sobre sus espaldas, y con las ronchas de sus azotes quedamos sanos. Esto se puede considerar mientras se canta el *Sanctus,* hasta que el sacerdote va entrando en el Canon, que comienza desde aquellas palabras: *Te igitur clementissime Pater,* las cuales, como notó Titelmán, comienzan en una letra que tiene forma de cruz, para que en viéndola el sacerdote, se le despierte con la figura della, la memoria de la pasión de Cristo. Y por esta misma causa, casi todas las ceremonias del Canon van acompañadas de la misma señal, para que por lo que ven los ojos, se despierte el entendimiento á la consideración de tan singular beneficio.

Cuando viere, pues, el que asiste á la Misa, que el sacerdote luego al principio del Canon, hace tres cruces sobre la hostia y cáliz, entienda que se le significa en esto, como toda la Santísima Trinidad concurrió en el entregar á Cristo, para ser sacrificado por nuestras culpas, dándonoslo el Padre, como dice San Juan (2), ofreciéndose voluntariamente el Hijo, como afirma Isaías (3), y concurriendo con su divino amor el Espíritu Santo, porque, según dice San Pablo (4), porque nos amó se entregó por nosotros. Y estas cruces no se hacen solamente sobre la hostia, en la cual se consagra el cuerpo de Cristo, ni sobre sólo el cáliz, en el cual se consagra su sangre, sino sobre entrambas cosas juntas, para significar en esto que la caridad de Cristo se extendió no sólo hasta padecer en el cuerpo tormentos y penas, pero hasta derramar su sangre para redimir y hermosear con ella su Iglesia. Luego tras esto, interpuestas algunas gravísimas y misteriosas palabras, se sigue el *memento,* y mientras le hace el sacerdote y está recogido en silencio, deben también los circunstantes recogerse y encomendar á Dios sus necesidades propias y las de toda la Iglesia, acordándose en particular de las particulares obligaciones, y haciendo una breve recopilación dellas, de suerte que acaben el *memento* juntamente con el sacerdote, para que puedan ir considerando los misterios que él va representando en las ceremonias que hace. Y cuando le vieren hacer cinco cruces sobre la ofrenda antes de consagralla, reduzcan á la memoria aquellos cinco días que pasaron desde la entrada de Cristo en Jerusalén, hasta el día en que padeció, y entiendan que esto es lo que se les representa en aquellas cruces, porque según era grande el deseo que Cristo tenía de padecer por el hombre,

(1) *Disciplina pacis nostrae super eum, et livore eius sanati sumus.* Isai. LIII, 5.
(2) *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Joan. III, 16.
(3) *Oblatus est quia ipse voluit.* Isai. LIII, 7.
(4) *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* Gal. II, 20.

la dilación de aquellos cinco días, le fueron cinco cruces que le traían apretado el corazón, como Él mismo lo significó cuando dijo: Tengo de ser bautizado por vosotros con el bautismo de mi propia sangre (1). ¡Oh, cómo se me aprieta el corazón hasta que lo vea cumplido! Cuando el sacerdote toma la hostia en la mano para consagralla, se ha de considerar la inmensa caridad con que Cristo instituyó el Santísimo Sacramento del altar para quedarse entre los hombres, que el amor no le daba lugar para ausentarse dellos. Cuando se alza en alto la hostia después de consagrada, se ha de considerar cómo el cuerpo de Cristo después de enclavado en la cruz, fué levantado en alto y puesto en el aire entre Dios y los hombres, como medianero nuestro. Lo uno para que cuando haya de mirarnos el Padre, pasen por él los rayos de su divina vista, y allí se templen para que no nos abrasen; y lo otro, para que cuando hayamos de mirarle á Él para pedille mercedes, cobremos confianza pasando nuestra vista por Cristo y poniendo en sus manos nuestras peticiones, para que sean aceptas y salgan bien despachadas. Y cuando viéremos alzar el cáliz por sí, después de alzada la hostia, consideremos cómo estando Cristo levantado en la cruz, acabó de derramar su sangre, quedando apartada de su santísimo Cuerpo.

El herirse los pechos todos los circunstantes cuando se alza la hostia y el cáliz, es significación de la conversión del Centurión y de otros algunos que, según dice el Santo Evangelio, compungidos de ver á Cristo, se volvieron á la ciudad hiriendo sus pechos como culpados y arrepentidos (2). Y también es un reconocimiento de que nuestros pecados pusieron en la cruz al Señor que adoramos. Y herimos los pechos que es el lugar donde se fraguan las culpas, confesando que de allí salió la maldad por quien Él fué crucificado, y que estamos arrepentidos dello. Aquí en este punto se ha de ejercitar la fe, adorando por Dios al que creemos que estuvo enclavado en un palo, y creyendo que está debajo de aquellos accidentes de pan y vino, el mismo que estuvo en la cruz y ahora está en el cielo asentado á la diestra del Padre. Aquí se ha de alentar la esperanza, viendo que para prenda della el Dios de la majestad quiso quedarse en el Sacramento. Aquí se ha de inflamar nuestra caridad, viendo lo mucho que nos amó, pues para unirnos consigo como verdadero amante, buscó tan soberana invención, digna de ser pagada con amor entrañable.

En acabando de alzar el sacerdote, extiende los brazos en forma de cruz, en memoria de que Cristo, estando en ella, los tuvo extendidos con tan grande exceso que, como dijo el Profeta (3), le pudieron contar los huesos. Y porque estando en la cruz recibió las cinco llagas que fueron precio de nuestra redención, de aquí es que de allí á poco espacio de tiempo, para significar aquellas cinco señales, hace cinco veces la señal de la cruz sobre el cuerpo y sangre de Cristo. Y luego se inclina á besar el altar en memoria de que Cristo murió inclinando la cabeza hacia el pueblo, como quien deseaba darle paz. Poco después

(1) *Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usquedum perficiatur.* Lucae. XII, 50.
(2) *Et omnis turba, percutientes pectora sua revertebantur.* Lucae. XXIII, 48.
(3) *Dinumeraverunt omnia ossa mea.* Psalm. XXI, 18.

desto, se sigue el hacer tres cruces sobre la ofrenda, para significar tres diferencias de estados á que se extiende la virtud deste sacrificio. A los del cielo, para más gloria y honra; á los del purgatorio, para alivio de las penas que allí padecen; y á los que vivimos acá en el mundo, para perdón de las culpas, para remisión de las penas y para aumento de gracia y gloria. Con ocasión desto, se hace luego el memento por los difuntos, rogando á Dios que la virtud de su sangre se extienda, en cuanto á la eficacia, á los que están en el purgatorio; así como se extiende en cuanto á la suficiencia. Y acabado el *memento* se hiere el sacerdote en el pecho, diciendo en voz alta aquellas palabras: *Nobis quoque, peccatoribus,* en memoria de las que dijo el buen ladrón en la cruz, pidiendo á Cristo que se acordase dél cuando estuviese en su reino. Y en este paso, despertando las esperanzas con tan raro ejemplo de misericordia, es costumbre herirse los pechos los circunstantes, pidiendo á Dios les conceda perdón de sus culpas, como le concedió al buen ladrón, por el conocimiento que tuvo dellas. Sígue-se después desto, el hacer tres cruces sobre el cuerpo y sangre de Cristo, en memoria de las tres horas que estuvo en la Cruz. Y luego descubre el sacerdote el cáliz para significar que estando Cristo en ella, se rompió el velo del templo, por lo cual vino á quedar descubierto el *Sanctasanctorum,* como lo queda el cáliz en esta ceremonia. Y á esto se sigue el hacer otras tres cruces con la hostia sobre el cáliz, significando en ellas las tres horas que estuvo muerto Cristo antes de ponerle en la sepultura, después de haberle bajado de la cruz, ó los tres días que estuvo muerto en el sepulcro, hasta el día de su resurrección. Y luego se hacen otras dos cruces con la misma hostia entre el cáliz y el sacerdote, para significar las dos cruces de compasión que atravesaron el corazón de la Virgen; la una, cuando abrieron el pecho á Cristo con la lanzada; y la otra, cuando apartándola dél le metieron en la sepultura. Todo lo cual, pide tiernos afectos de compasión en los que asisten á tan divinos misterios.

Desde el principio del Canon hasta esta ocasión, guarda silencio el sacerdote, porque son tan misteriosas las palabras que en él se dicen, que no es razón que las entienda el pueblo. Pero en llegando á este punto, después de haber alzado la hostia y cáliz juntamente algún poco, rompe el silencio diciendo: *Per omnia saecula saeculorum.* En las cuales palabras se significan las últimas que dijo Cristo en la cruz, encomendando su espíritu al Padre. Y porque en esta ocasión comenzó á descubrirse algún poco la divinidad de Cristo, confesándole el Centurión por Hijo de Dios, y algunos otros que se convirtieron, como arriba dijimos, para significar esta noticia que algunos tuvieron de Cristo, se alza la hostia algún poco sobre el cáliz, de manera que no le pueden ver todos, sino muy pocos. Luego se dice la oración del *Pater noster,* en la cual nos atrevemos á llamar Padre á Dios, después de haber muerto á su Hijo, para significar en esto, que por virtud de la muerte de Cristo, se nos dió cumplida confianza de llamar Padre á su Padre, como gente que estaba ya reconciliada con Él. Y al fin desta oración descubre el Diácono la patena que había tenido el Subdiácono, cubierta con un velo en significación de que ya la divinidad de Cristo, que había estado encubierta todo el tiempo de su pasión,

comenzaba á descubrirse dando algunas vislumbres de su omnipotencia, eclipsándose el sol, hiriéndose unas piedras con otras, rompiéndose el velo del templo y abriéndose los sepulcros, todo para honrar á su Dios. Después desto, se divide la hostia en tres partes, para significar que en la muerte de Cristo hubo división de tres cosas, que son cuerpo, alma y sangre. Esta se dividió del cuerpo por las heridas, hasta no quedar sangre en él, y el cuerpo quedó apartado del alma cuando Cristo la entregó al Padre en la cruz. Pero poco después se vuelven á juntar estas partes de la hostia, las dos dellas sobre la patena, significándose en esto que el cuerpo y alma de Cristo se volvieron á juntar pocos dias después de su muerte en la sepultura, cuando resucitó de los muertos, y la tercera parte se echa en el cáliz juntándola con la sangre para significar que también la sangre de Cristo se reunió con el cuerpo al tiempo de la Resurrección. En las tres cruces que se hacen sobre el cáliz con la partícula de la hostia antes de ponerla en él, es significado que la reunión de las partes de Cristo, se hizo por virtud de las tres divinas Personas, concurriendo todas á obrar su gloriosa Resurrección. Y el pedir que se nos conceda la paz, haciendo las dichas tres cruces, es dar á entender, que por virtud de la cruz santificada con la sangre de Cristo, pedimos que nos conceda tres maneras de paz en que consiste la paz verdadera. Paz con Dios, que consiste en la conformidad de nuestra voluntad con la suya. Paz con el prójimo, la cual estriba en tener una voluntad y un corazón con él en todo lo bueno. Y paz con nosotros mismos, que consiste en que nuestra sensualidad se conforme perpetuamente con la razón. Estas tres maneras de paz deseaba Cristo á sus discípulos después de su Resurrección, y por eso les dijo tres veces: *Pax vobis*, cuando les apareció estando todos congregados en uno; y éstas habemos de pedir á Dios y desear afectuosísimamente cuando se hace esta ceremonia; y finalmente éstas nos desea el sacerdote cuando dice: *Pax Domini sit semper vobiscum*, y nosotros á él cuando le respondemos: *Et cum spiritu tuo.*

Cuando se canta el *Agnus,* habemos ya de haber pasado con la consideración de la gloria de la Resurrección, á la de la Ascensión de Cristo, considerándole ya en el cielo y acordándonos que es el Cordero que fué sacrificado por nosotros y que está asentado á la diestra del Padre, hecho abogado de nuestras causas, como dijo San Juan (1), y que subió allá para repartirnos sus dones, como lo afirman David y San Pablo, y que le ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra, como Él mismo dijo (2). Pidámosle en el primero de los *Agnus* misericordia contra las miserias del alma; y en el segundo misericordia contra las miserias del cuerpo; y en el tercero paz entre lo uno y lo otro, y paz entre todos los fieles, para que unidos en caridad tengan conformidad entre sí, y fortaleza para resistir el poder de los adversarios; y finalmente la abundancia de gracia que siempre acompaña á la paz. Dichos los *Agnus,* se vuelve el sacerdote y, acabada la primera oración en que pide á Dios paz para su Iglesia, la da al Diácono y él al Subdiácono; y de allí se va derivando á los demás ministros del

(1) *Advocatum abemus apud Patrem Domini nostri Jesu Christi.* I. Joan. II, 1.
(2) *Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra.* Matth. XXVIII, 18.

altar y á todo el pueblo, en lo cual se significa la misión del Espíritu Santo, que Cristo hizo inmediatamente sobre sus Apóstoles y discípulos, y dellos, por medio de la predicación y administración de los Sacramentos se comunicó á todas las gentes. Y significase la venida del Espíritu Santo por medio del ósculo, que es símbolo de caridad, para dar á entender que, como dice San Pablo (1), la caridad de Dios fué derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fué dado por Cristo. Y porque el darse beso de paz en la Misa, quedó en memoria de la Sagrada Comunión que los fieles recibian en la primitiva Iglesia todos los días; de aquí es que también se significa en esto la unión que el Santísimo Sacramento hace en los fieles, juntándolos como miembros de un cuerpo, con su cabeza que es Cristo. Y pues en esta ceremonia se significa la comunión sacrosanta, es justo que todos los que asisten á ella, se preparen para comulgar espiritualmente, creyendo lo que la Iglesia confiesa de aquel divinísimo Sacramento, y recibiéndole con el deseo, confesándose indignos de llegar á él, como lo hizo el Centurión. Esto se ha de hacer desde que se da la paz hasta que el sacerdote haya comulgado, diciendo juntamente con él aquellas palabras: *Domine, non sum dignus, etc.*, las cuales se han de decir con mucha humildad. A esto se sigue el decir la *Postcomunicanda* en señal, como dice San Dionisio, del hacimiento de gracias que se debe á tan divinos misterios como en la Misa se han celebrado. Y luego se siguen las últimas oraciones para significar en ellas el oficio de intercesor nuestro que hace Cristo en los cielos. Donde, como afirma San Pablo (2), después de haberlos penetrado subiendo sobre todos ellos, siempre vive para interceder por los hombres, lo cual ha de engendrar en nosotros, como lo colige el mismo Apóstol, una certísima confianza de hallar remedio en nuestras necesidades, cuando se ofreciere tiempo oportuno para haberlas de remediar, que éste es su oficio, el cual ejercita con singular amor. Finalmente, la misa se concluye diciendo el Diácono: *Benedicamus Domino, ó Ite missa est.* En lo primero provoca al pueblo á que alaben todos al Señor por tan grandes beneficios y misericordias. Y en lo segundo, se significa el cuidado que Cristo, estando en el cielo, tiene de enviarnos ministros que nos anuncien su Evangelio santo. Y el dar el sacerdote la bendición después desto, es para significar la virtud que Cristo va dando perpetuamente á su palabra, para que haga efecto en los fieles. Según aquello que dijo David en un Psalmo (3) después de haber tratado de la Ascensión de Cristo. Veis ahí que dará á su voz, voz de virtud, dad por ello gloria al Dios de Israel, porque ha puesto su magnificencia y su virtud en las nubes. Como quien dice: Atended, que después de haber subido el Hijo de Dios encarnado á los cielos, tendrá cuidado de dar virtud y eficacia á su voz que es la palabra de los predicadores. Dadle por ello alabanzas, porque cierto que es cosa digna de ser alabada, ver que en las nubes, esto es, en unos hombres que son tan

(1) *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis.* Rom. V, 5.

(2) *Habentes ergo Pontificem magnum, qui penetravit coelos, Jesum filium Dei: teneamus confessionem.* Hebr. IV, 14.

(3) *Ecce dabid voci suae vocem virtutis, date gloriam Deo super Israel, magnificentia eius et virtus eius in nubibus.* Psalm. LXVII, 34.

leves, inconstantes y frágiles como las nubes, haya puesto Dios su magnificencia y virtud, haciéndolos obradores, por medio de su palabra, de cosas grandes y fuertes, cual es la conversión de las almas y la reformación de los desórdenes y ruines costumbres del pueblo.

Todo esto que habemos dicho, es una partecilla de los admirables y estupendos misterios que en el sacrificio santo de la Misa se celebran y representan, y he pasado en silencio muchos otros, porque mi intento ha sido ayudar solamente la devoción de los que asisten á ellos; con la consideración de los más importantes, que aquí habemos tocado. De lo cual se puede collegir que la Misa es una representación de todo el discurso de la vida y muerte de Cristo y de su triunfante resurrección y admirable ascensión, y finalmente de todo lo que ha hecho y hace para bien de su Iglesia. Y siendo esto así, razón es que los que asisten á tan soberanos misterios, no se ocupen, el tiempo que están en ellos, en pensamientos inútiles, ni aun en oraciones vocales, sino en considerar lo que allí se les representa. No parando tanto en el conocimiento de tan grandiosas mercedes, cuanto en el agradecimiento dellas, procurando en las ocasiones de los misterios particulares, producir afectuosísimos actos de amor y de otras virtudes según la ocasión de lo que se va representando en la Misa. Y porque en las cantadas se representan más particularmente y con mayor claridad estos misterios, me ha parecido ser cosa más acertada fundar la declaración dellos en las ceremonias que se hacen en ellas. De lo cual se puede collegir fácilmente lo que se ha de considerar en las Misas rezadas, parando más en particular en aquellos misterios, donde más eficazmente se mueve la voluntad al amor y servicio de aquel soberano Señor que los obró por nosotros, y ofreciéndolos al Eterno Padre por las necesidades universales y particulares de la Iglesia y de los miembros della, de aquella manera y en aquel grado que su Majestad sabe estar obligados á cada uno dellos.

CAPÍTULO XIX

De la disciplina que se ha de guardar en el dormitorio y celda

El dormitorio, en los conventos donde no está perdida del todo la observancia de la regular disciplina, siempre ha sido uno de los lugares dedicados al silencio, y donde todos los religiosos que se precian de serlo, han procurado siempre guardalle con mucho rigor. Y es cierto que cuando no hubiera para esto otra razón, sino solamente estar en él las celdas donde los religiosos se recogen, ésta sola era eficacísima para persuadir á los que tienen sano juicio, lo mucho que importa guardarse silencio perpetuo en aquel lugar. Porque si la celda es el refugio á donde los religiosos se acogen para gozar de quietud, huyendo del tropel y estruendo de las cosas que suelen

inquietar el ánimo, ¿cómo podrán conseguir este fin, si en el lugar donde están las celdas hay ruidos, tumultos y parlerías? Cierto ni se puede gozar de quietud donde hay estas cosas, ni puede dejar de habellas donde se menosprecia el silencio, porque éste es el que las destierra de los conventos y el que conserva en ellos el sosiego y tranquilidad. Entienda pues el religioso, que las buenas leyes de la disciplina monástica prohiben en el dormitorio todas aquellas cosas que pueden perturbar el silencio, ora sea con palabras, ora con cualquier otra acción inquieta y tumultuosa. Y esto no sólo en las horas que son de silencio en todas las oficinas del convento, sino en cualquier hora del día ó de la noche; porque el silencio que en el dormitorio debe guardarse, no es por ocasión del tiempo, sino por razón del lugar. Y así, el trabar en él largas conversaciones, ó aunque sean breves, hablar con voz alta y desentonada, es cosa que repugna á la disciplina y falta dignísima de reprensión. Como también lo es el andarse paseando por delante de las celdas de los otros, el abrir ó cerrar con estruendo las puertas, el andar con pasos alborotados y finalmente todas aquellas cosas que pueden causar inquietud. Si alguna vez, por causa precisa y necesaria, fuere forzoso hablar con alguno en el dormitorio, ha de ser brevemente y á baja voz, y si la plática hubiere de alargarse, deben irse de aquel lugar á otro donde no se perturbe el silencio, porque no se dé ocasión de inquietud á los prójimos, ni se pierda el decoro y disciplina de la religión. Cuando fuere necesario llamar á la puerta de alguno, ha de ser dando en ella dos ó tres golpes mansamente; y si á la tercera vez que esto se hace no respondiere, entienda el que llama que ó no está en la celda el religioso á quien busca, ó deja de responder por estar ocupado en alguna cosa que no le da más lugar. Y por el mesmo caso que no responda, ha de entender el que llama que no le es lícito abrir la puerta y entrarse en la celda del otro, porque claro está que el que no responde no gustará de que vean lo que está haciendo, pues por esta causa deja de responder. Esto se ha de entender cuando la obediencia no manda otra cosa; porque donde ésta se interpone, todas las otras leyes humanas, por religiosas que sean, han de cesar; cuanto más las que son ceremonias.

En lo que toca á la disciplina que se ha de guardar en la celda, el primer documento ha de ser que los religiosos sean aficionados á estarse perpetuamente en ella, cuando la obediencia no los tuviere ocupados en otra cosa, porque pocas cosas puede haber más dañosas para los que buscan quietud de conciencia y tranquilidad de espíritu, que andar vagueando, aunque sea en el mismo convento. Del pueblo de Israel, dijo Dios por Jeremías (1), que porque amó el tener movedizos los pies y el no estar sosegado y quieto, por eso dejó de agradar á Dios. Dando en esto á entender que la inquietud de los que gustan de andar vagueando, es principio de venir á caer en ofensas de Dios. Y una de las excelencias que la Sagrada Escritura (2) dice de Josué, es que siendo mozuelo jamás se apartaba del Tabernáculo.

(1) *Quia dilexit movere pedes suos et non quievit, Domino non placuit.* Ierc. XIV, 10.
(2) *Cumque Moises reverteretur in castra, minister ejus Josue, puer, non recedebat de tabernaculo.* Exod. XXXIII, 11.

Y cierto, según es bulliciosa la naturaleza de los mozos, con razón es alabado en Josué tan grande recogimiento. Y aun de aquí debió de nacerle la fortaleza con que, en las ocasiones que se le ofrecieron, dió muestra de su valor invencible y de la grandeza del ánimo que estaba en su corazón, porque el lugar del recogimiento suele ser como una espiritual armería, donde el Espíritu Santo arma de piezas dobles y templa el acero de los arneses de sus soldados para que en las ocasiones forzosas venzan á sus contrarios, sin recibir heridas en su persona. El Tabernáculo del religioso mozo, ha de ser la celda, y si procura como Josué no apartarse della un momento, saldrá, sin duda ninguna, animoso y valiente como Josué. El nido del religioso mozo, ha de ser la celda; y si trabaja por no salir della, escapará de los lazos y tiros del enemigo astuto, que como cazador importuno, busca ocasión para derribar á las almas, cuando las ve fuera del nido de su recogimiento. El centro y elemento propio del religioso, es la celda; y mientras estuviere en ella se conservará como el pez en el agua y como el árbol arraigado en la tierra; pero en saliendo della, perecerá sin duda como el pez en la sequedad y como el árbol arrancado de cuajo. El tálamo de las bodas espirituales del religioso, es la celda; y allí gozará de los regalados abrazos de su castísimo Esposo; pero si sale della, perderá la dulzura de sus regalos, porque no los comunica sino en la soledad. Finalmente, el cielo del religioso ha de ser la celda, como dice el melifluo Bernardo; pero ha de ser con tal condición, que ejercite en ella lo que se ejercita en el cielo, que es vacar á Dios y producir actos amorosos de caridad, porque á quien éstos faltan, la celda no es celda, sino encerramiento y cárcel, que son nombres de miserias y calamidad. La celda, dice el mismo santo, no ha de ser reclusión de necesidad, sino casa de paz; y la puerta cerrada no ha de ser escondrijo, sino secreto. La habitación de la celda y la del cielo tienen cierto género de afinidad, y así como se parecen en los nombres, así también tienen semejanza en lo que se significa por ellos. Estos dos nombres, cielo y celda, se derivan deste verbo, cælo cælas, que quiere decir encubrir, porque lo que se encubre en el cielo, eso se cubre en la celda, que es ejercitarse en el conocimiento de Dios y en gozar de la suavidad y dulzura de su Majestad. Y cuando esto se hace en las celdas, oso decir, dice el divino Bernardo, que los santos ángeles tienen las celdas por cielo, y que se alegran en ellas no menos que en las moradas de allá. Porque cuando en la celda se contemplan las cosas celestiales, de tal manera se allega el ejercicio de la celda al del cielo, que ya el espíritu que está orando en ella, cuando sale del cuerpo, ni le es largo el camino, ni dificultoso para llegar allá. De la celda al cielo muchas veces se sube, y muy pocas se baja de la celda al infierno, sino que sea con la consideración, de la manera que aconseja David cuando dice (1): Bajen al infierno viviendo, para que cuando mueran no hayan de bajar á él. Todo esto es de San Bernardo, y concluye esta materia, diciendo: Que se guarden los religiosos, estando en la celda, de todo aquello que tiene algún afecto de mortalidad. Acordándose que dijo Dios á

(1) *Descendant in infernum viventes.* Psalm. LIV, 16.

Moisés (1), cuando le vió en la zarza: Quitad esos zapatos de vuestros pies, porque la tierra donde estáis es santa. De manera que la tierra santa no sufre mucho tiempo carne mortecina de afecciones carnales. Y es cosa cierta que las celdas son tierra santa, donde Dios habla con sus siervos, como un amigo con otro, donde frecuentemente el alma fiel se junta con el Verbo de Dios, donde se unen las cosas celestiales con las terrenas y las humanas con las divinas. Pues si la celda, como habemos dicho, es tierra santa, y la tierra santa no sufre cosas mortecinas, sino que las echa de sí, como el mar los cuerpos sin vida, y las vomita como el estómago delicado los manjares inútiles y dañosos, necesaria cosa es que el que quiere perseverar en la celda, se descalce de las afecciones mortíferas, sino imposible será durar mucho tiempo en ella. Toda esta doctrina es del melifluo Bernardo. De la cual los religiosos prudentes han de sacar dos cosas. La primera es considerar las excelencias que este glorioso santo dice de la celda para aficionarse á ella y sentir á par de muerte el dejalla. Y la segunda, un cuidado muy grande de estar allí ocupados perpetuamente en ejercicios del cielo para poder en ella perseverar. Y cuando vieren que no pueden durar mucho tiempo en ella, crean que tienen en su alma algún afecto mortecino y terrestre, pues la tierra santa no los puede sufrir en sí. Y reconozcan en tal caso la conciencia y miren qué afecto vicioso quiere sacarlos della, y en llegando á echarlo de ver, dénle de mano y háganse fuerza para no salir de su cielo, ocupándose de nuevo en ejercicios santos que correspondan con la santidad del lugar.

Y porque vamos diciendo más en particular lo que toca á la disciplina que se ha de guardar en la celda, digo que ante todas cosas ha de mirar el religioso que el tiempo que está en ella encerrado, huya cuanto le fuere posible de la ociosidad. Considere que, como ahora decíamos, la celda es como el mar, que no sufre mucho tiempo los cuerpos muertos, sin echarlos de sí, y siendo esto verdad, ninguna cosa hay más repugnante para perseverar en ella, que la ociosidad; porque un hombre ocioso poco se diferencia de un muerto. Por lo cual dijo admirablemente Séneca que la ociosidad es sepultura del hombre vivo. Y la razón desto, es porque el ser que la naturaleza ha dado á todas las cosas, es por razón del obrar, y de aquí nace que cuando vemos que un cuerpo no obra, decimos que está muerto, como lo dijo el apóstol Santiago (2), hablando de las cosas de la fe; y es porque de la operación, como de efecto propio, se collige el principio vital, el cual no se puede echar de ver sino en sus operaciones propias. Algunos dijeron que el sueño es imagen de la muerte, porque el que duerme carece de las operaciones que son propias del hombre vivo; pero, á mi parecer, no es menos semejante á los muertos el ocioso que el que duerme, pues en lo que es obrar conforme á razón, tan poco obra el ocioso como el dormido y el muerto. Verdad es que la suerte del ocioso es mucho peor que la de entrambos, porque el que duerme y el muerto dejan de obrar sin culpa; pero el

(1) *Solve calceamentum de pedibus tuis, locus enim in quo stas, terra sancta est* Exod. III, 5.

(2) *Fides sine operibus mortua est.* Jacobi. II, 26.

ocioso peca en dejar de obrar y abre la puerta con este pecado á otros muchos. El considerar esto fué ocasión de que algunos legisladores pusiesen pena de muerte á los ociosos, porque les parecía que el hacer esto no era quitar la vida á algún miembro vivo, sino cortar al que estaba ya muerto, porque no corrompiese á los demás que vivían. Debe, pues, el religioso, con todas las veras posibles, huir de la ociosidad en el ocio de la celda, como lo aconseja el divino Bernardo, porque, por ser aquel tiempo desocupado, corre gran peligro de dar en las manos de la ociosidad. Las ocupaciones de la celda pueden ser en dos maneras: unas que pertenecen al espíritu, como son estudiar, meditar y leer; y otras que pertenecen al cuerpo, como son el coser, remendar, hacer disciplinas y otras obras de manos. A las unas y á las otras ha de acompañar la oración para que se hagan con espíritu y se saque provecho. De manera que el que estudia ó lee vaya levantando el pensamiento, de cuando en cuando, como lo enseña el glorioso San Vicente Ferrer, cerrando los ojos y escondiéndose en las llagas de Cristo, ó levantándolos hacia el cielo y transportándose sobre los coros angélicos, suspirando por aquellas sacras moradas. Y lo mismo digo de las ocupaciones corporales, las cuales, como dice San Pablo (1), son útiles para pocas cosas, si no las acompañan afectos de piedad. De suerte que así el estudio como el trabajo de manos se ha de interrumpir de cuando en cuando por dar una partecilla del tiempo á la oración, orando á ratos, y á ratos trabajando y estudiando, variando las ocupaciones, porque no engendren fastidio, con la continuación de una misma obra. Y presupuesto que en esta vida no puede ser continua la contemplación, no menosprecien el trabajo de manos, sino ténganlo en mucho, por ser verdugo de la pereza y destierro de la ociosidad. Por sólo desterrar ésta, solían aquellos dos famosos ciudadanos de Roma, Scipión y Lelio, salirse á la orilla del mar, según lo escriben Cicerón y Valerio Máximo, y entretenerse en coger algunas conchecillas y chinas pequeñas que hallaban entre la arena. Y del gran Pablo, padre y caudillo de los monjes del yermo, refiere Casiano que todos los días tenía su tarea de ejercicio de manos, haciendo algunas esportillas de palmas, las cuales, como por estar tan lejanos de poblado no las podía dar á los prójimos, dice que las quemaba al cabo del año por no aficionarse á ellas, y volvía de nuevo al mismo ejercicio por evitar la ociosidad. También en nuestra Sagrada Religión, en los principios della, nuestro seráfico Padre San Francisco y sus compañeros, usaban del ejercicio de manos, porque además de que con esto desterraban el ocio, echaban de ver que la ocupación moderada conserva en buen temple el espíritu para los ejercicios de la oración, quita la pesadumbre del sueño, destierra la pereza y conserva la castidad. Ni son éstos solos los bienes que hace, sino otros muchos, como consta de lo que escribe Casiano en el libro décimo de sus Colaciones, desde el capítulo séptimo hasta el último.

El modo de proceder en la celda ha de ser guardando perpetuo silencio en ella, de tal suerte, que cuando fuere posible se evite cual-

(1) *Nam exercitatio corporalis ad modicum utilis est, pietas autem ad omnia utilis est.* I Tim. IV, 8.

quier género de ruido, en el entrar, en el salir, en el andar, en abrir ó cerrar la puerta, en el mover los asientos, en el acostarse ó levantarse, y finalmente en todo aquello que puede causar turbación ó desasosiego á los que están en las celdas colaterales. Para barrer la celda ó hincar algún clavo en la pared ó hacer otras cosas semejantes á estas, se ha de guardar ocasión en que ó los vecinos no estén en las celdas, ó á lo menos no estén durmiendo, ó rezando, ó haciendo alguna otra cosa que requiera particular quietud. Finalmente, de tal manera se ha de evitar todo lo que puede causar cualquier género de ruido, que aun hasta los sentimientos de espíritu, que suele Dios comunicar en la oración, se han de reprimir con mucho cuidado para que ni se oigan sollozos, ni lágrimas, ni suspiros, porque esto solo puede inquietar á los que están orando en las celdas circunvecinas y apagarles la devoción. Permitir el religioso que otro alguno le entre en la celda, es contra las leyes de la buena disciplina, la cual no permite qus estén dos religiosos juntos en una celda, sino que sea por alguna necesidad inevitable; y cuando ésta se ofreciere, ha de quedar la puerta patente, y procurar concluilla con toda la brevedad posible, sin mezclar otras pláticas voluntarias, aunque sean de mucha edificación. Esto han celado siempre los Padres antiguos de las religiones, como cosa sumamente necesaria, tanto, que para la observancia della, interpusieron censuras y penas gravísimas, pareciéndoles ser de muy grande importancia prevenir esto con todo rigor. Y cierto los Prelados que no celan esto con mucho cuidado, disipadores son de la religión, porque de la negligencia en esta materia se han visto seguir gravísimos inconvenientes. Para dar ó recibir algún recaudo, salga el religioso á la puerta de la celda y allí le dé ó reciba, y lo mismo se debe hacer cuando llegaren á pedirle luz de noche ó alguna otra cosa de día. Guárdese de poner la candela encendida, pegada á la pared, y de apagarla en ella, dejándola tiznada ó sucia, porque estos descuidos más son de lacayos y de gente de palacio sin disciplina, que no de religiosos compuestos y moderados. Y no menos se han de guardar de ponerla en lugar peligroso donde pueda quemarse alguna cosa; porque puede ser ocasión, y lo ha sido algunas veces, de grandes daños. La ropa de mudar ha de ponerse en alguna parte escondida, donde no haga embarazo; pero no arrinconada como montón de basura, sino colgada y puesta con buen aseo. El adorno de la celda ha de ser pobre, como en otro lugar diremos, mas á la pobreza religiosa ha de acompañar el buen aliño y limpieza, porque lo contrario no es religión, sino descuido y falta de policía. Los libros que hubiere en la celda no han de estar amontonados y descompuestos, ni abiertos mucho espacio de tiempo, porque si están descompuestos embarazan y ofenden, y si están mucho tiempo abiertos, cárganse de polvo y rómpense más pronto, porque se arrollan las hojas y se gasta la encuadernación. Y cierto el que no trata bien los libros, merece que le priven dellos, pues no los sabe estimar.

El levantarse y acostarse requiere también cierta forma de disciplina, porque no han de hacer estas cosas los religiosos, como los brutos, sin algún género de consideración. La hora del levantarse ha de ser un rato antes de prima, previniendo, si es posible, como acon-

seja el Espíritu Santo (1), la salida del sol para la bendición. Así lo hacía David (2), porque la sed que de Dios tenía le incitaba á ello. Y es justo que lo hagan los religiosos por la misma razón, y que cuando se levantan no sean acelerados, porque con el ruido no inquieten á los demás. En levantándose hinquen las rodillas en tierra y den gracias á Dios por haberlos conservado aquella noche sin peligro y dejado llegar á la mañana. Pídanle su divino favor para emplear aquel día en sù santo servicio, y ofrézcanle todos sus pensamientos, sus palabras y obras, suplicándole se sirva de darles gracia para que sean tales que merezcan ser ofrecidos ante el acatamiento de su Majestad. Miren si han caído aquella noche en alguna inmundicia entre sueños, y aunque parezca inculpable, péseles della, haciendo un acto de contrición. Consideren, después desto, si tienen alguna pasión que los trae acosados y propongan de irse á la mano en ella con muchas veras, para lo cual, reconociendo con humildad su flaqueza y confesando que no bastan por sí á resistilla, pidan á Dios su divino favor y al ángel de su guarda que los ampare y ayude, poniendo por intercesores para salir con la empresa á la purísima Virgen y á los Santos á quien tienen particular devoción. Hecho esto, abran las ventanas de la celda para que, entrando el aire, la purifique, y compongan su cama religiosamente, de manera que no queden las mantas revueltas y descompuestas, como si fuese cama de brutos, sino extendidas y llanas, como conviene á la religiosa composición. Váyanse de allí al coro, diciendo algún psalmo ó pensando en alguna cosa que les despierte la devoción, y no se descuiden de dar á Dios aquel rato, que es el primero del día, porque todos los otros son inciertos, según el demonio anda buscando embarazos para que no nos demos á Dios. En saliendo del coro, vuelvan á recogerse en su celda, diciendo con el santo Job (3): Moriré en mi nido y allí multiplicaré mis días, como palma, porque realmente ello es así, que la celda es el lugar donde los justos, conforme á lo que dice David (4), florecen como la palma. Este cuidado de recogerse á la celda han de tener siempre que por alguna ocasión no les fuere forzoso estar fuera della, que en acabando la ocupación que los detiene, han de acudir á ella como la piedra á su centro. Y aunque nadie los vea, estén tan compuestos en ella, como si todo el mundo los mirase, considerando que los miran los ojos de Dios, á quien se debe más respeto que á todo el mundo. Procuren aprovechar el tiempo á sus solas, orando, leyendo, estudiando, escribiendo, remendando ó haciendo otras cosas, con que la ociosidad y pereza no tengan entrada para hacer guerra á la sensualidad. A los principios es cosa provechosa hacer un breve examen de la conciencia, siempre que el religioso vuelve á la celda para ver cómo se hubo el tiempo que estuvo fuera; pero á los aprovechados básteles hacerlo una vez entre día y otra á la noche, que estas dos veces nunca se han de dejar.

A las noches. en oyendo hacer señal á recoger, debe el religioso

(1) *Oportet praevenire solem ad benedictionem.* Sap. XVI, 28.

(2) *Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo. Sitivit in te anima mea, quam multipliciter tibi caro mea.* Psalm. LXII, 2.

(3) *In nidulo meo moriar, et sicut palma multiplicabo dies.* Job. XXIX, 18.

(4) *Iustus ut palma florebit.* Psalm. XCI, 13.

acudir al momento á su celda, dejando cualquier otra ocupación, por grave que sea, aunque fuese estar en una profunda oración. Acuéstese temprano para que pueda estar desvelado en maitines, y al tiempo de acostarse, después de haberse armado con la señal de la Cruz, diga la confesión general y haga riguroso examen de su conciencia, discurriendo por todas las acciones de aquel día y parando particularmente en aquellas en que más de ordinario suele faltar, y que por la mañana propuso enmendar con mayor cuidado. Y si hallare que ha sido negligente, impóngase alguna penitencia, y humíllese viendo su poca constancia; pero no se turbe ni desconsuele, sino vuélvase á Dios, amorosa y confiadamente, y, pidiéndole perdón de lo pasado, proponga enmendar la falta el día siguiente; y serenando con esto su conciencia, acuéstese sosegado y en paz. Cuando se acueste, no se arroje con ímpetu sobre la cama, porque no haga crujir las tablas y cause á los otros inquietud, sino acuéstese sosegadamente, encomendándose á Dios, á la Virgen, á su ángel custodio y á los Santos sus devotos para que tomen el sueño debajo de su protección. Tenga la costumbre de decir al tiempo del acostarse, el himno de Completas, que es apropiado contra los sueños inmundos, y todo lo restante de aquella hora hasta la oración que comienza. *Visita quaesumus, Domine, etc.,* con la cual podrá bendecir la cama y acostarse en el nombre del Señor. Para dormir no le es permitido quitarse el hábito, ni la capilla, ni otra cosa alguna de las que trae vestidas; sino solamente las alpargatas y aflojarse la cuerda, que así leemos haberlo hecho el apóstol San Pedro (1), cuando el ángel le halló durmiendo en la prisión. Hase de acostar del lado derecho y puesta la capilla, tendido el hábito, cogido y compuesto, la cuerda extendida y puesta entre las rodillas con alguna parte del hábito y los brazos puestos en cruz sobre el corazón. Considere que de aquella manera le han de poner en la sepultura y piense, mientras no pudiere dormir, cuántos ha habido en el mundo que, habiéndose acostado sanos, fueron hallados muertos por la mañana, y que es muy posible que sea aquél su último sueño. Y con esta consideración procure hacer algún acto de contrición, llorando sobre sí mismo, que por ventura era éste el pensamiento del santo rey David (2), cuando á las noches regaba su cama con lágrimas. El acostarse de espaldas ó boca abajo, suele acarrear sueños no buenos y ser ocasión de roncar feamente, y así no se permite á los religiosos, antes han de tener cuidado, si acaso cuando se despiertan se hallaren de alguna destas maneras, volverse de lado. Tengan cuenta que de noche no se descubran ó descompongan ni lleguen con la mano á tocar parte alguna desnuda de su cuerpo, porque es cosa cierta que suele ser ocasión peligrosa para la castidad. Ni parezca que importa poco el parar en esto, porque de un religioso, discípulo de San Anselmo, leemos en su vida que, habiendo propuesto con muchas veras el no llegar con sus manos á alguna parte de su cuerpo desnudo, envidioso el demonio deste propósito, le puso un gravísimo peso sobre el cuerpo para que, llegado

(1) *Praecingere, et calcea te caligas tuas, et sequere me.* Act. XII, 8.
(2) *Lavabo per singulas noctes lectum meum, lacrimis meis stratum meum rigabo* Psalm. VI, 7.

á ver qué peso era aquel, saltase á lo que tenía propuesto. No lo hizo el monje, sino que dió voces pidiendo socorro, y llegando San Anselmo á ver de qué se quejaba, no halló que tuviese cosa alguna sobre su persona. Echaron de ver que era ilusión de Satanás, y coligieron entrambos cuánto importa hacer estas cosas que parecen pequeñas para conservar las mayores, pues tanto el demonio las procura estorbar. Tenga, pues, el religioso cuidado dellas, y entienda que importan mucho para conservación de la purísima castidad, y todas las veces que de noche se despierta, invoque luego el santísimo nombre de Jesús y ocupe la memoria en algún pensamiento santo, hasta que se vuelva á dormir. Los que antes de Maitines duermen cuatro horas, después dellos, basta dormir solas dos, si ya la complexión ó necesidad de alguno, no pidiese algo más para conservar la salud, que en tal caso no se ha de negar al cuerpo lo necesario. Pero estén advertidos los religiosos, que es la carne gitana, y que sabe fingir necesidades para que le den regalos, y así no ha de ser creída con facilidad. Especialmente, que el dormir demasiado, no sólo no es provechoso al cuerpo, pero le es muy dañoso, como lo afirman Hipócrates, Galeno, Aristóteles y Avicena, y lo confirma el divino Ambrosio en el sermón 7, sobre el Psalmo 118. Lo cual he querido advertir, para que huyan los religiosos del exceso en el sueño, como de cosa dañosa al espíritu y no provechosa á la carne.

CAPÍTULO XX

De la disciplina que se ha de guardar en el deprofundis y Refectorio

Dijo discretamente, á mi parecer, el que comparó la religión á la nave y los religiosos á los que van navegando en ella. Porque así como por medio del navío soplado del viento, los que van dentro dél van siempre caminando y llegándose al puerto, y no menos caminan cuando duermen y comen que cuando están trabajando, porque el viento que sopla es el que hace caminar el navío; así también en los religiosos por medio de la observancia regular y buena disciplina, soplando el viento de la consideración y obediencia, que son las dos cosas que hacen andar esta nave, siempre van caminando por nuevos merecimientos y allegándose al puerto de la bienaventuranza con acrecentamientos de gracia: ora coman, ora beban, ora duerman, ora se regocijen, ora finalmente hagan cualquier otra cosa, aunque de su naturaleza sea indiferente y necesaria. Pero así como el que navega no goza deste privilegio, sino mientras anda en la nave, así el religioso para gozar dél, es necesario que no salga de la regular observancia y monástica disciplina, haciendo las cosas con el orden y concierto que en la religión se tiene ordenado.

Porque, en saliendo desto, es como el que salió del navío por quedarse en alguna isleta peligrosa, que no sólo no camina hacia el puerto, pero corre peligro de perderse, quedándose aislado. Habiendo, pues, de tratar de un acto tan natural y necesario como el comer y beber de los religiosos, para que en ello merezcan y vayan siempre caminando á la perfección y allegándose al cielo, será bien enseñarles la disciplina regular que han de guardar en ello, porque no falten por ignorancia, ni pierdan el merecimiento que gozan los que la guardan.

Adviertan, pues, los deseosos de su aprovechamiento, que el usar de campanas en los conventos para hacer señal y convocar á los religiosos, es porque el Prelado no puede hallarse juntamente en todos los lugares donde están ellos para mandarles que acudan á las cosas que se van ofreciendo; y así tomaron por medio expediente usar de aquella señal, en lugar de la voz del Prelado. De aquí se sigue, que cuando oye semejantes señales el religioso, en ellas se le ha de representar la voz y voluntad de su superior, y aun la de Dios, que anda siempre unida con ella, y considerar que aquello que va á hacer, movido de aquella señal, es obra de obediencia ordenada por su Prelado y por Dios, y notificada por el sonido de la campana. Y así cuando la oye, dejándolo todo, vaya al momento á hacer la obediencia sólo por hacer la voluntad de Dios, que es la de su Prelado. Desta manera, será el comer y el dormir de mucho merecimiento, y soplada la nave de la regular observancia, con los vientos de la consideración y obediencia, irá siempre caminando el espíritu al puerto de la perfección, con copiosos aumentos de gracia. En el camino, cuando va al Refectorio, alce á Dios el pensamiento diciendo: Voy á comer, Señor, porque mi Prelado lo quiere y porque Vos tenéis ordenado que comamos para vivir. Y así como voy por la obediencia á hacer esta acción que es de gusto, así también, por esa misma obediencia, fuera con mucho gusto á padecer cualquier género de tormento por Vos. Y á este talle, se ha de haber en todas las otras obediencias, en oyendo la señal de la campana, teniendo siempre por fin el hacer la voluntad de Dios en ellas, y no su propio gusto y voluntad. Llegando al *De profundis,* quítese la capilla á la entrada en señal de que hace cortesía á los que están en él, y si hubiere alguna imagen, al pasar por delante della, hágale humillación inclinando la cabeza y vaya á asentarse á su lugar, no deteniéndose sobradamente en cortesías. Después de haberse sentado, vuelva á cubrirse y esté con mucha compostura y mortificación hasta que se diga el *De profundis.* Considere en aquel medio, lo que dijo Cristo nuestro Redentor (1) á sus discípulos, que otros trabajaron y ellos entran á coger el fruto de sus trabajos, comiendo lo que otros ganaron con su sudor. Dé gracias á Dios por ello y ruegue por todos aquellos cuyos sudores ha de comer. Cuando llegare el Prelado, si fuere el Guardián, hágale una mediana inclinación con la cabeza, quitándose la capilla sin levantarse. Pero si fuere Provincial ó algún otro de los Prelados mayores, hase de levantar en pie y estar de aquella manera con la cabeza descubierta, hasta que el Su-

(1) *Alii laboraverunt, et vos in labores eorum introistis.* Joan. IV, 38.

perior se haya asentado. Dicho el *De profundis*, han de entrar todos los religiosos en el Refectorio, no con tropel y ruido, como lo hacen los animales brutos cuando están encerrados y les abren la puerta para tomar el pasto, sino con mucha gravedad y modestia, dándose lugar los unos á los otros, y acudiendo cada cual al puesto que por su antigüedad le pertenece, humillándose interiormente y conociendo que habría de estar en el lugar más bajo y que aun de aquél es indigno.

Cuando los religiosos entran en el Refectorio, el refitolero ha de tener todas las cosas aparejadas con mucha limpieza, orden y concierto, de manera, que en la disposición dellas, se eche de ver el espíritu con que las hace, la prudencia con que las dispone y la caridad con que las reparte. Para que en todo esto se acierte, han de mirar los Prelados, que el religioso á quien se ha de encomendar este oficio, tenga las partes que para él se requiere; es á saber: que sea abstinente, sobrio, pobre, caritativo, justo, limpio y bien aseado. La sobriedad y abstinencia, es cosa necesarísima á los que se ejercitan en este ministerio, porque como de ordinario tratan en cosas de comer y beber, si no son abstinentes y sobrios, muy claro está que la ocasión ordinaria les andará despertando el apetito, y si no hay virtud que les sirva de freno, será forzoso, no solamente hacer desórdenes comiendo y bebiendo á deshora y más de lo necesario; pero demás desto, correrá peligro de escoger lo mejor para sí, privando dello á los que se debe de caridad y justicia. Pero si es abstinente y sobrio, vencerá las ocasiones que lleva entre manos y contentarse ha con poco, no comiendo sino á las horas debidas y con la debida templanza y moderación. Y como persona que aborrece desórdenes en esta materia, no permitirá que en el Refectorio se coma ó beba desordenadamente, ni fuera de la Comunidad. La pobreza también le es necesaria para conservar las cosas que están á su cargo, que no son pocas, y es razón que se tenga mucho cuidado de que no se pierdan, pues son limosnas de pobres, ganadas con sudor ajeno y dadas por caridad. Esta virtud le enseñará á no desperdiciar ni tener en poco las cosas pequeñas, acordándose que Cristo, con ser sumamente rico y poder infinitamente, por ser Él tan amigo de la santa pobreza y dar ejemplo á los pobres, mandó á los Apóstoles que guardasen (1) los pedazos de pan que sobraron en aquellos dos famosos banquetes que hizo á las compañías en el desierto. También la caridad le es necesaria para saberse compadecer de los flacos, necesitados y viejos, administrándoles todas las cosas según la necesidad de cada uno y la posibilidad de la santa pobreza. Teniendo muchísima cuenta de que á los flacos, viejos, delicados y huéspedes, se les administre de lo mejor que hubiere, así de pan como de todo lo demás que estuviere á su cargo. Y no menos necesaria le es la virtud de la justicia distributiva, porque como su oficio es repartir entre muchos, no guardará igualdad si ésta le falta, antes correrá gran peligro de ser aceptador de personas, dando lo mejor á los más amigos y á los que son más de su gusto, y no curándose de los demás. Para esto, pues, ha de amar la justicia, y porque el tener amistades particulares suele pervertir el juicio desta virtud, ha de procurar amar

(1) *Colligite quae superaverunt fragmenta ne pereant.* Joan. VI, 12.

igualmente á todos, y en el repartir las cosas ser igual con todos, porque lo contrario suele despertar envidias y rencores, y ser ocasión de que se pierda la paz. Y mire que una de las cosas más importantes para su oficio, es ésta; y que no deroga á la igualdad que aquí enseñamos, el hacer particular caridad á los que tienen particulares necesidades como arriba dijimos, porque la justicia no puede ser contraria á la caridad. Demás de todo esto, le es necesaria la limpieza y buen aseo, de manera que todas las cosas de su oficina, como son manteles, pañizuelos, toallas y cosas semejantes, las tenga muy limpias, muy concertadas y bien dispuestas, y no con desorden y confusión. Y esta misma limpieza y buen aseo, se ha de preciar de tener en su persona; porque cierto el ser desaliñados y poco limpios los que hacen este ministerio, suele ser cosa asquerosa y quitar la gana del comer á los que tienen estómagos delicados y flacos; pero donde hay limpieza, todo parece que agrada y da ocasión para que en todo se alabe á Dios.

Para que acierte en todas estas cosas el refitolero, ninguna hay que más le importe, que saber hacer estima deste oficio como es razón. Y para esto consideren los que les cupo en suerte el tenerlo, que el administrar la comida y servir á los siervos de Dios, es oficio que le han hecho los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, los Ángeles, y algún día se preciará de hacerlo el mismo Dios. Abraham, Patriarca era y administró la comida y sirvió á los Angeles que vinieron á su casa en forma de peregrinos. Abacuch, Profeta era, y llevó la comida á Daniel estando en Babilonia en el lago de los leones. Los doce primeros discípulos de Cristo, Apóstoles eran, y repartieron en el desierto la comida á las compañías y recogieron después de haber comido los pedazos de pan, como lo suelen los refitoleros hacer en el refectorio. El que administró la comida á Elías cuando huía de Jezabel, Angel era, y se preció de hacer este oficio; y finalmente, Cristo dice de sí (1), que allá en el cielo, hará sentar á sus siervos á la mesa, y ceñidas sus faldas y pasando por delante de todos ellos, les dará de comer. No sé yo que más al vivo se pudiera pintar uno de los que ejercitan en los conventos este ministerio, de lo que aquí le pinta Cristo Redentor nuestro en su misma persona, con ser verdadero Hijo de Dios. Pues si el oficio de administrar la comida y servir en la mesa á los siervos de Dios le han hecho los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, los Ángeles y le ha de hacer en el cielo el Hijo de Dios, como queda probado, ¿por qué no le han de tener en mucho los que les cupo en suerte el hacerle en las religiones? ¿Por qué no se han de preciar de ejercitarle con gran reverencia? ¿Por qué no le estimarán como singular merced de la divina mano? Con esta consideración deberían acompañar los actos de su ministerio los que le desean hacer con espíritu, y es cierto que vendrían á tenerse por indignos de ejercitarle. ¿Pues qué harían si considerasen en el Prelado á Cristo, y en los religiosos á los Apóstoles y discípulos? Es cierto que cuando fuesen sirviéndoles en la mesa, desearían postrarse ante cada uno dellos, suplicándoles que admitiesen su pequeño servicio. Háganlo, pues, así, y si quieren, alcen un poco más la consideración, considerando en

(1) *Praecinget se et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis.* Luc. XII, 37.

cada uno de los religiosos á Cristo nuestro redentor, pues El mesmo dice (1) que está disfrazado en los pobres, recibiendo por propio el servicio que á cada uno dellos se hace, y con esta consideración vá-yanles administrando lo necesario, como si real y verdaderamente viesen á Cristo en cada uno dellos; y júzguense por indignos de ejercitar tal ministerio, procurando de hacello con la misma devoción, limpieza y puntualidad que lo hicieran sirviendo al mesmo Cristo; pues es cierto que Él no lo estimará en menos, ni lo pagará con menos liberalidad. Pero concluyendo con esto lo que toca al oficio del refitolero, volvamos á tratar de la disciplina que han de guardar los religiosos desde que entran en el refectorio, hasta que salen dél, y habremos de alargarnos un poco, porque según son diversas las ocasiones que allí se ofrecen, necesariamente han de ser varias las observancias de la disciplina.

Digo, pues, que en habiendo entrado los religiosos en el refectorio, ha de acudir cada cual á su lugar, como arriba dijimos, y ponerse hacia aquella parte de la mesa donde tiene su asiento, y no ha de comenzar el Hebdomadario la bendición, hasta que el Prelado ó Presidente llegue al lugar donde acostumbra ponerse. Al tiempo que va pasando, han de ir inclinando todos las cabezas haciéndole cortesía; y en llegando á su lugar, comenzar luego la bendición de la mesa. En el cual, demás de las ceremonias que ordinariamente se hacen, han de mirar mucho los religiosos, que cuando se bendice la mesa, no sean llevados del apetito á pensar en lo que han de comer, ni á mirar lo que está puesto en las mesas; porque entrambos son indicios de poca templanza. Antes han de pensar en lo que van cantando, suplicando á Dios se sirva de dar su bendición á lo que han de comer, para que no les acaezca con los manjares, lo que acaeció á los hijos de Israel con las codornices que comieron en el desierto. Aun estaban con ellas en la boca, dice David (2), cuando bajó la ira de Dios sobre ellos. Castigo digno de los que, arrebatados del apetito desordenado, se entregan al manjar como bestias, sin acordarse de bendecille ni de alabar á Dios por habérselo dado. Es justo, pues, que para no irritar á Dios con la ingratitud, bendigan los religiosos la mesa, acordándose de que es Dios el proveedor.

Después de dada la bendición, vayan todos los religiosos por su orden, quitadas las capillas, á sentarse en la mesa, teniendo cuidado de que al tiempo del entrar no se aceleren mucho, porque no se lleven tras sí los manteles ó los descompongan, como suele acontecer algunas veces. En habiéndose sentado, han de cubrirse y estar de aquella manera, con los ojos bajos y con los brazos compuestos delante el pecho, hasta que el Prelado haga señal. Y adviertan que antes de hacella, no es lícito descubrir la ración, ni sacar el cuchillo, ni hacer otra cosa alguna, so pena de faltar á las leyes de la buena crianza y religión. Hecha señal, se han de quitar las capillas, pero no se aceleren luego á comer, sin que pase á lo menos, como aconseja San Vi-

(1) *Amen dico vobis, quandiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.* Math. XXV, 40.

(2) *Adhuc escae eorum erant in ore ipsorum: et ira Dei ascendit super eos.* Psalm. LXXVII, 31.

cente Ferrer, espacio de un *Pater noster* y de una *Ave María,* porque lo contrario, es indicio de poca templanza y de mucha voracidad. La disciplina que han de guardar en esto es: doblar primeramente hacia arriba las bocas mangas del hábito, después desto, descubrir la ración descogiendo el pañizuelo con que estaba cubierta y poniendo parte dél sobre la mesa y parte sobre las propias faldas, y luego besar el pan y volverse á poner la capilla, quedando con el cuerpo modestamente compuesto, no asentando los brazos sobre la mesa, sino solamente las manos, ni poniendo un pie sobre otro, sino guardando en todo la debida compostura y gravedad. Cuando cortan el pan, no le arrimen al pecho, sino teniéndole con la mano izquierda, córtenle muy atentadamente con la derecha y no corten más del que les fuere necesario para comer; porque quede entero el que sobrare y pueda aprovechar para darle á los otros. Y esta misma regla se ha de guardar en todo lo que dejaren, que procuren dejallo lo más entero que pudieren. Andar descortezando el pan ó cortándole los canteros alderredor ó desmigajándole como niños, repugna á la buena disciplina, y es cosa indigna de religiosos; ni es razón que los que se precian de serlo, escojan el mejor pan, cuando les ponen en la ración pedazos de diversas maneras. Allí es donde los siervos de Dios mortifican el gusto, escogiendo el pedazo más duro y menos bueno; conociendo que aun aquél no merecen por haber ofendido á Dios, y que en tierra de moros hay muchos cautivos y fuera della, no pocos pobres que sirven mejor á Dios y harían Pascua con el pan que á ellos les parece áspero y malo; y es razón que pueda con religiosos el amor de Dios, lo que puede con otros pobres y esclavos, la necesidad y la fuerza. Los principios de fruta, las salsas, los regalillos que sirven al gusto y no á la necesidad, suelen sacrificarlos á Dios los que se precian de ser sus siervos, dejándolos por amor suyo; porque saben que la comida no ha de ser para regalar al gusto, sino para sustentar el cuerpo. Consideren los religiosos en la comida cuatro cosas, si quieren guardar la debida templanza, que son la substancia, la cuantidad, la calidad y el modo con que comen las cosas que les ponen delante, porque en todas estas cosas se puede faltar, si no hay advertencia.

Para no faltar en la substancia, han de mirar que no deseen manjares preciosos ni delicados, ni aunque se les ofrezcan los coman; sino déjenlos por amor de Dios, juzgándose indignos dellos y contentándose con los groseros y ordinarios. Para no faltar en la cuantidad, miren que no excedan los límites de su necesidad, comiendo más de lo que han menester para sustentarse, aunque sean manjares groseros. Para no faltar en la cualidad, huyan de los manjares gustosos, no busquen apetitos ni salsas para comellos, antes los han de aborrecer como incentivos de la gula y enemigos de la castidad. Coman de lo que les diere la Comunidad, de la misma manera que les ponen las cosas delante sin añadir cosa alguna. Y tengan por grande afrenta, porque lo es muy grande para los pobres de Cristo, decir que no comen deste manjar ni de aquel otro, antes se han de hacer fuerza en comer lo que les da más disgusto, para hacer con esto guerra á la sensualidad, capital enemiga nuestra. Quéjase el divino Bernardo, con mucha razón, de algunos religiosos que son más delicados que

damas, y repréndelos con estas palabras; que pluguiese á Dios no hiriesen tan de medio á medio á muchos de los que hoy vivimos. Algunos hay, dice Bernardo, que apenas hay manjar que no los ofenda. Las legumbres, dicen, son ventosas, el queso agrava el estómago, la leche hace daño á la cabeza, el agua destruye el pecho, las berzas engendran melancolía, los puerros encienden la cólera y el pescado no cuadra á la complexión que tenemos. ¿Qué es esto, ¡oh religioso! que en todos los ríos, campos, huertas y repostes apenas se puede hallar cosa que comas? Acuérdate que eres monje y no médico, y que no has de juzgar de tu complexión, sino de tu profesión. Compadécete de tu propia quietud, que no la podrás tener mientras fueres tan delicado; compadécete del trabajo de los que te sirven; compadécete de lo que eres pesado al convento; compadécete de tu conciencia y no de la tuya solamente, sino también de la de aquellos que están asentados cerca de ti, los cuales murmuran de tu singularidad y se escandalizan de la superstición de tu trato. Hasta aquí son palabras de San Bernardo. Y bastan para confundir á los que fueren delicados y melindrosos, cuya delicadeza y melindre parece que en alguna manera pone falta en la providencia de Dios, pues apenas hallan en todo lo que ha criado cosa con que poder sustentarse. Mas porque en el segundo tomo, cuando trataremos de la mortificación del gusto, diremos más largamente lo que toca á la substancia, cuantidad y calidad de los manjares, no quiero más alargarme en esto. Sino tratar solamente de lo que pertenece al modo, enseñando la disciplina que se ha de guardar en él, en cuanto á la composición exterior, dando algunas reglas de crianza religiosa y de monástica policía.

CAPÍTULO XXI

En que se prosigue la materia del capitulo precedente

Entre las reglas de la disciplina que se ha de guardar en la mesa, la primera ha de ser que cuando el religioso comiere, no se derrame todo sobre el mantenimiento que come, sino que tomando el cuerpo su necesidad, quede libre el alma para poder tomar su sustento. Esto encomiendan mucho el glorioso doctor San Agustín (1) y el divino Bernardo, como cosa importante; y por esta causa se instituyó en las religiones que haya lección en los refectorios cuando los religiosos comen, como consta de lo que ordenaron los gloriosos Padres San Basilio y San Benito, aprobándolo después y encomendándolo el Concilio Toledano tercero. Cuando estuvieres sentado á la mesa, dice el melifluo Bernardo, no todo el hombre coma el manjar corporal, sino de tal manera se ocupe el corazón en atender á lo que se lee, que sólo

(1) Aug. in. regu. c. 2. Bernar. in spec. monachorum. Basi. in regul. brev. interroga 180. Benedic. in regul.

el paladar reciba el mantenimiento y el oído atienda á la palabra de Dios que se está leyendo. Pero en este particular no hay para qué detenernos, porque ninguno ignora la razón que hay para que se ponga en ejecución una cosa tan justa y tan importante. Pero es razón advertir lo que ya en otro lugar dijimos de paso. Y es, que cuando el religioso atiende á lo que el lector va leyendo, sea oyente humilde y no censor riguroso. Quiero decir que atienda á sólo aprovecharse de la substancia de lo que se lee, y no á notar las faltas del lector ni de la lectura. No censure los términos si son antiguos y groseros, ni muestre disgusto con el gesto ó con palabras, de lo que se va leyendo. Si acaso el lector dijere alguna mentira ó mal acento ó cualquier otra falta, no se vuelva á miralle, ni tuerza el rostro, ni enarquee las cejas, ni dé muestra alguna de que ha notado la falta; porque cualquier muestra destas, es indicio de presunción y soberbia. Considere que su oficio no es censurar sino oir, ni vino á corregir faltas ajenas, sino á aprender doctrina para enmendar las propias. Y el lector para obviar estos inconvenientes, tenga prevenida la lección, preguntando lo que ignorare, para que en la comunidad no se haga falta alguna que pueda causar nota. Sea la segunda regla, y la encomienda mucho Hugo de Santo Victore y el doctor Seráfico San Buenaventura, que el religioso mientras está en el refectorio, tenga los ojos bajos y la vista mortificada de tal manera, que no se extienda á ver otra cosa, sino sólo el manjar que tiene delante. Y crea que el no estar con los ojos bajos mirando á una parte y á otra, suele despertar juicios temerarios, juzgando mal de los que, por ventura con justa causa, comen alguna cosa particular que, ó ellos se traen, lo cual no debe hacerse sin grande necesidad, ó se la da el convento por algún debido respeto. Si quiere, pues, el religioso librarse destos juicios y de otros algunos daños, no levante los ojos de lo que come; y si acaso descuidadamente los levantare y viere que á otro se le da mayor ó mejor ración que á él, ó alguna cosa particular que á él se le niega, ni juzgue al religioso de singular ni al Prelado de aceptador de personas, sino considere que el otro tiene necesidad, y por consiguiente le mueve justa causa al Prelado. Alégrese, dice San Bernardo, el monje cuando viere que á él le ponen manjares viles y que puede sustentarse con ellos; ni tenga envidia al que los come más delicados, porque más dicha es conservarse con lo poco más fuerte, que tener necesidad de lo mucho para poder sustentarse. La tercera regla sea, que en el comer no sea el religioso acelerado, comenzando antes que los demás, ó comiendo con mucha priesa ó mascando con dos carrillos, ó poniendo otro bocado en la boca sin haber acabado de mascar el primero, ó engullendo el manjar antes de haberlo muy bien mascado; y esto último particularmente, no sólo es regla de crianza, sino también de medicina; porque según dicen los médicos, la primera digestión del manjar se hace en la boca, y si allí no se muele bien, con mayor dificultad después se digiere. Guárdese demás desto el religioso, que no mordisque el pan como niño, ni despedace la carne con las manos como villano, ni la coma á bocados como lobo, sin partirla primero con el cuchillo, ni ande royendo los huesos como los perros, ni dé golpes con ellos sobre el pan para sacarles la caña como lo hacen los sensuales. No cargue mucho la escudilla

de sopas, ni para sacallas meta las manos en el caldo, como quien las anda pescando; porque los que así lo hacen, dice Hugo de Santo Victore, parece que andan buscando en la escudilla, no sólo refección para el vientre, sino también lavatorio para las manos. Lamerse los dedos, es cosa de rústicos, y de poca limpieza el limpiarlos inmediatamente con el pañizuelo ó manteles cuando están muy grasientos y sucios, como suele acaecer cuando se come alguna cosa con salsa. Hanse de limpiar primero en algún bocado de pan disimuladamente, y lo mismo se ha de hacer para limpiar el cuchillo, porque no queden percudidos los manteles y se conserve la limpieza en los paños. Cuando se come alguna cosa con la cuchara, tengan cuenta de que no la hinchen sobradamente, porque si va muy llena, será forzoso ó derramarse ó abajar demasiadamente la cabeza para poderla tomar sin que se derrame, y cualquiera de las dos cosas es indecente. También es regla de crianza, que la sal no se tome con la mano sino con el cuchillo, y que no se llegue sino con solos dos ó tres dedos al plato para tomar el bocado. Limpiarse los labios ó las narices con la mano desnuda, aun á los niños no se permite, y mucho menos con el paño de mesa ó con la manga del hábito. Cuando se ha de toser en la mesa, ha de volver el rostro al un lado y cubrirle con la mano ó con la manga, para que ninguno se ofenda, y no se sufre escupir por sobre la mesa, porque es cosa asquerosa para estómagos delicados. Estar sobradamente inclinado y muy metido en lo que se come, es indicio de apetito desordenado, porque no ha de buscar la boca al manjar, sino el manjar á la boca, y así derramarse el hombre sobre la comida, es argumento de ánimo destemplado. Esto y el ser muy largo en la comida, reprende la Divina Escritura en el libro del Eclesiástico (1), aconsejando en un lugar, que no coma el hombre con grande ahinco, ni se derrame sobre los manjares. Y en otro (2), que se deje de comer antes que los demás, porque su mucha prolijidad y demasía, no sea ocasión de ofenderse los otros. Algunas destas reglas dejó escritas el Rey Don Alonso el Sabio (3), para que los ayos de los Príncipes los instruyesen en ellas; y no ha de parecer niñería que lo que es doctrina de Príncipes, enseñada por un Rey que mereció el nombre de Sabio, la enseñemos á los religiosos mancebos, y en especial habiendo escrito dellas tan largamente el doctísimo Hugo y el glorioso San Buenaventura, San Vicente Ferrer y el divino Bernardo. Conozco, dice Hugo, que estas cosas habían de causar vergüenza al que las dice, si no fueran descuidados en ellas los que las hacen. Pero presupuesto que lo son, bien es que padezcan en el oíllas vergüenza, los que en el hacellas no quieren guardar disciplina. Y si algo más de lo justo nos habemos alargado en declarallas, es porque algunas veces no sabe confundirse la desvergüenza, sino es echándole sus faltas en la plaza. Todo esto es de Hugo y bastará para concluir todo lo que toca á las reglas de policía y crianza.

Resta ahora, que enseñemos algunas ceremonias particulares que

(1) *Noli avidus esse in omni epulatione, et non te effundas super omnem escam.* Eccli. XXXVII, 32.

(2) *Cesa prius et noli nimius esse, ne forte offendas.* Eccli. XXXI, 20.

(3) En el lib. de sus Partidas, parte II, tit. VII, ley V.

se han de guardar en el refectorio, y ha de ser la primera, que indispensablemente guarden los religiosos en él, perpetuo silencio; de tal manera, que aun las cosas necesarias que les faltaren, no las han de pedir por palabras, sino por señas. Para lo cual se ha de advertir, que según sentencia del seráfico Padre San Buenaventura, solas dos cosas, que son sal y agua, le es lícito al religioso pedir estando en la mesa; aunque otros dicen, y el uso lo tiene introducido, que demás destas dos, se puede también pedir pan y vinagre; pero á más desto, ninguno se alarga. Cuando hubiere, pues, el religioso de pedir alguna destas cosas, hase de quitar la capilla, y tomando el cuchillo en la mano, dar con él uno ó dos golpes pequeños en la taza ó en el jarro del agua; y al tiempo que llega el que sirve á ver lo que quiere, señalarle con la mano el pan ó la sal, ó lo demás que le falta, y cuando se lo trajeren, inclinar la cabeza en señal de agradecimiento, y lo mismo ha de hacer el que se lo trae. Y estén advertidos los religiosos, que cuando alguno hace señal para pedir lo que le falta, no sean fáciles en volver el rostro á ver lo que pide, porque este es oficio de sólo el que sirve á la mesa; pero si el Prelado lo hiciere, todos han de volver á mirarle para ver á quién llama, porque el Prelado puede llamar al que quisiere, y es razón que cada cual atienda á ver si es llamado. Este mismo orden de hacer señal, se ha de guardar cuando se pide misericordia de alguna penitencia impuesta; mas para este efecto, cualquier religioso se puede levantar á pedilla, y es razón que lo haga uno de los que están más cerca, porque se evite cuanto fuere posible el andar trastejando por el refectorio. Él que pide misericordia, ha de estar con la capilla quitada sin comer ni hacer otra cosa, más de esperar con mucha composición y modestia todo el tiempo que tarden de traer la respuesta; y en trayéndosela, cualquiera que fuere, inclinar la cabeza con hacimiento de gracias. Levantarse de la mesa sin orden ó licencia del Prelado, á ningún religioso por grave y antiguo que sea, es lícito; como tampoco lo es, enviarse presentes de lo que están comiendo unos á otros, si no fuera algún padre tan grave y antiguo, que su mucha antigüedad y religión le haya dado autoridad para poder hacello. Pero esta prohibición no quita el poder convidar á los que están á los lados, con alguna cosa, con tal que en esto no se pierdan palabras ni se mezclen porfías. Cuando se olvidare el que sirve, de traer la ración ó la escudilla, ó cualquier otra cosa á algún religioso, no le es lícito á él mismo el pedilla, sino tener paciencia como verdadero pobre de Cristo; pero el religioso que está á su lado, debe advertillo al que sirve, para lo cual, ha de aguardar ocasión de que pase por allí cerca, porque estar á cada paso haciendo señal para llamarle, es cosa que desautoriza mucho y quita el decoro de cualquiera Comunidad. Acostúmbrense los religiosos á no acabar de comer todo lo que les ponen delante, sino dejen siempre algo por poco que sea, como lo aconsejan San Buenaventura y San Vicente Ferrer, porque demás de que es caridad dejar aquello para los pobres, es también indicio de templanza y modestia, y confesar con esto la liberalidad que Dios ha tenido en el proveellos, pues por haber sido tan larga, les sobra para otros pobres. Pero los que todo lo comen sin dejar cosa alguna, dan muestra de voraces y destemplados, y en alguna manera ponen nota

en la Providencia divina, mostrando que aun no están contentos de lo que les ha proveído y que comieran más, si más les hubieran dado. Finalmente, debe advertirse, que después de cogido el pañizuelo, aunque traigan al religioso alguna cosa para comer, no ha de gustalla, porque el coger el pañizuelo, es muestra de haber ya comido, y volver á comer de nuevo es indicio de que el haber acabado de comer, no fué tanto por estar satisfecho, cuanto por no darle gusto lo que tenía delante, lo cual es cosa indecente entre los que tratan de abstinencia y templanza, particularmente entre religiosos.

En lo que toca á la disciplina que se ha de guardar en el beber, el primer documento es que sean los religiosos tan sobrios, que no se pueda decir dellos que aguan el vino, sino que envinan el agua, porque el vino no se ha de beber por recrear el gusto, sino por medicina, para conservar el estómago y no gastar el pecho, y para esto muy poca cantidad basta, según dice el Apóstol (1). El vino bebido moderadamente, dice el glorioso Agustino, medicina es; mas bebiéndole sin templanza es veneno. Y el Espíritu Santo afirma (2), que el vino bien templado es alegría y salud del alma y del cuerpo; pero cuando se bebe destempladamente, irrita la sensualidad, despierta la ira y es causa de muchas caídas muy peligrosas. No se pueden ponderar los daños que los Sagrados Doctores atribuyen á la destemplanza en el beber, porque San Agustín dice que es madre de todas las maldades y materia de todas las culpas, raíz de los excesos y crímenes, origen de los vicios, turbación de la cabeza, asolamiento de los sentidos, tempestad de la lengua, borrasca del cuerpo, naufragio de la castidad, perdimiento del tiempo, locura voluntaria, enfermedad afrentosa, torpeza de las costumbres, deshonra de la vida, infamia de la honestidad y corrupción del alma. Todo esto dice San Agustín. Y no es razón que nos detengamos más en ello, porque no parezca á algunos que entre religiosos hay necesidad de disuadir un vicio tan abominable. Sólo digo que entre los mozos es cosa importantísima privarse totalmente de la bebida del vino, porque el fuego de la naturaleza juvenil no se encienda, como dice San Basilio, con otro fuego. Y particularmente aquellos deben guardarse dél, que tratan de instruir sus almas con la sabiduría, como lo hizo el sapientísimo Salomón (3). Presupuesto, pues, que la sobriedad y templanza en el beber ha de ser uno de los principales adornos del religioso, es necesario ultra desto, que en el modo guarden la debida modestia y disciplina. Y primeramente han de mirar que cuando se les administra la bebida, no hinchan mucho la taza, lo uno por el peligro que hay de que se derrame y de que los manteles se ensucien; y lo otro, porque cuando está muy llena, es forzoso meter el dedo pulgar hasta llegar al agua y vino que está en ella, cosa que el decilla es vergüenza y el hacella muy grande grosería. No beba luego en acabando de aguar el vino, sino deténgase un poco hasta que se haya bien mezclado y desbravado los humos, porque lo contrario ni es bueno para

(1) *Utere modico vino propter stomachum.* Tim. V, 23.

(2) *Exultatio animae et corporis, vinum moderate potatum, etc. Vinum multum potatum, irritationem, et iram, et ruinas multas facit.* Eccli. XXXI, 36-38.

(3). *Cogitavi in corde meo abstrahere a vino carnem meam, ut animum meum transferram ad sapientiam.* Eccl. II, 3.

la salud, ni muestra de apetito mortificado. Para beber se ha de tomar el vaso con ambas manos; y no beban con el bocado en la boca, ni á sorbos, ni apresuradamente, porque lo uno es de niños y lo otro de gente sensual, destemplada y sin disciplina.

En haciendo señal el Prelado ó Presidente para alzar las mesas, han de cesar de comer todos los religiosos, que entraron juntamente con la comunidad, y coger sus pañizuelos, volviéndolos á poner en su lugar, y recogiendo á una parte las migajas que se hubieren hecho para que los manteles queden muy limpios. El pan, la taza, los platos y las demás cosas que han de quitarse, póngalas junto al extremo exterior de la mesa, porque los que han de quitallas no se embaracen ni tengan que extender mucho el brazo para alcanzallas. Y en cogiendo los pañizuelos después de hecha señal, ó luego en haciéndola si estaban ya cogidos, se han de levantar todos los mozos, á cuyo cargo está el alzar las mesas, según las costumbres de las provincias. Y aunque alguno de los que entraron juntamente con la comunidad, no haya acabado de comer cuando hace señal el Prelado, no por esto le será lícito el dejar de levantarse y quedarse comiendo; porque pues tuvo el mismo tiempo que los otros para comer, á negligencia y destemplanza suya se ha de imputar el no haber acabado cuando los otros, y es justo que su negligencia se castigue con no dejarle acabar la comida. Cuando van quitando lo que sobró en las mesas, han de hacer cortesía á los religiosos al tiempo que pasan por delante dellos, inclinando las cabezas, y ellos han de hacerles la misma cortesía para que en los unos y en los otros resplandezca la buena crianza. Del orden que ha de haber en quitar las cosas no trato, porque he visto ser diverso en diversas provincias, y mi intento es tratar de lo que es general para todos. Cuando el lector, después de haber alzado las mesas, dice: *Tu autem, Domine, miserere nobis;* nadie se levante hasta haber respondido: *Deo gratias,* que así lo manda la regla del Breviario. Y al salir de la mesa á dar gracias, no salgan con prisa, sino religiosamente y despacio, acudiendo cada cual á su lugar, como lo hizo al principio. Canten las gracias con el espíritu que se debe á la liberalidad del Señor que les proveyó de comer, y al tiempo del salir del refectorio salgan con orden de dos en dos, y no atropelladamente. Guárdense de juntarse en corrillos para parlar después de haber comido, porque la lengua que de suyo es resbaladiza, entonces lo es más y la razón puede menos ponerle freno, por estar en alguna manera impedida con los humos que tiene de la comida, y así lo más seguro es, ó por mejor decir, solamente es seguro en aquel tiempo, huir á la soledad. Y cierto los Prelados habían de celar mucho el silencio en aquella hora, no permitiendo corrillos, ni ajuntamientos, porque sin duda es cosa peligrosísima y ocasionada para chocarrerías, para risas vanas y aun para pláticas perniciosas.

Los que por haber entrado tarde en el refectorio con justa causa, se quedan comiendo después de la comunidad, no se detengan sobradamente, ni estén parlando, sino guarden perpetuo silencio. Si hubiere lición, como es razón que la haya, mientras están comiendo, atiendan á lo que se lee, y si no la hubiere, ocupen el pensamiento

en alguna buena consideración, en la cual se apaciente el alma mientras toma su refección el cuerpo. No trabe el Refitolero conversaciones con ellos, ni permita que otros se lleguen á tenerles conversación, porque el refectorio, en cualquiera ocasión y tiempo, es lugar de silencio. Cuando acaban de comer, cojan su pañizuelo y dejen el lugar de su ración bien compuesto y limpio; y si estuvieren asentados al lado de algún religioso más antiguo, pídanle cortésmente licencia y váyanse sin detenerse en palabras, dando primero gracias y llevando al cocinero la vajilla en que han comido y al reposte del refectorio el pan que les ha sobrado y las demás cosas que pertenecen á aquella oficina, de manera que quede la mesa limpia y desembarazada. Si fueren dos ó más los religiosos que se levantan de comer, el más antiguo ha de dar las gracias, respondiéndole los demás, y si fuere padre grave ó muy viejo, los otros se han de comedir á quitar la vajilla en que ha comido el pan, la taza y lo demás que hubiere quedado. Procuren todos cuanto les fuere posible de entrar y salir siempre con la comunidad, porque sin duda alguna excusarán muchas imperfecciones y aun muchas culpas veniales. El Refitolero no permita que entre día vengan los religiosos á comer ó beber al refectorio, si no fuere con alguna necesidad, que si ésta hubiere, no les ha de negar lo que fuere necesario para el socorro della. Y el que llegare forzado de la necesidad, no coma ó beba en pie y descompuestamente, como quien come á hurtadillas y con recelo, sino asiéntese religiosamente y sin detenerse más de lo necesario, tome lo que hubiere menester y váyase luego. Y el Refitolero, entre día, tenga siempre su puerta cerrada, porque el hallarla abierta suele ocasionar á los religiosos para entrar en el refectorio y despertarles el apetito para que hagan algún desorden.

CAPÍTULO XXII

De la disciplina que se ha de guardar en la Enfermería

El religioso á quien cupiere en suerte el cuidado de servir los enfermos, téngala por muy venturosa, porque David le llama bienaventurado y le promete premios tan singulares y tan particulares privilegios, que no sé yo cómo los religiosos no andan en competencia sobre la pretensión deste oficio, según es grande el interés y ganancia que dél se saca. Bienaventurado es, dice el real Profeta (1), el que entiende sobre el necesitado y el pobre, y llama necesitado al enfermo, porque verdaderamente las enfermedades son las que hacen á los hombres más propiamente necesitados. Cualquier necesidad se puede pasar con salud; pero sin ella, ¿qué cosa puede haber de que el hombre

(1) *Beatus qui intelligit super egenum, et pauperem.* Psalm. XL, 2.

no esté necesitado? Todas las necesidades juntas parece que envisten al que está enfermo, porque al que le falta salud, en todas las cosas padece necesidades. En el entendimiento, porque como esta potencia ha de obrar por medio del cuerpo, es cosa llana que estando él enfermo no puede obrar sin muchas imperfecciones. En la memoria, porque como los dolores la arrebatan tras sí poderosamente, no la tiene sino para acordarse de los trabajos que le atormentan, y así el tenella le sirve de hacelle más mísero y necesitado. En la voluntad, porque obra tan remisamente en todo lo bueno, que apenas tiene valor para cosa que aproveche al espíritu, lo cual no es lo que menos atormenta á los enfermos. En las fuerzas, porque como están embarazados los miembros con los accidentes de la enfermedad y debilitados los principios de las acciones, es imposible tenellas. En los sentidos, porque el uso dellos está impedido y solamente parece que tienen ser para sentir el trabajo. De manera que todo es necesidades un enfermo, y así con mucha razón le llama David necesitado. Y dice que los que tratan de servir y regalar á estos necesitados y enfermos, son bienaventurados, porque hacen, en alguna manera, oficio de Dios, de quien es propio compadecerse de los que padecen miserias y tratar del remedio de sus necesidades. Pero bien le pagarán, dice David (1), el ministerio y superintendencia de los enfermos, porque en el día malo, que es el de la última residencia y juicio, le librará el Señor universalmente de todos los males. Entonces cuando temblarán las columnas del cielo y cuando el justo apenas se salvará, como dice la divina escritura, á él le dirán que entre á gozar del Reino que le está aparejado desde el principio del mundo, porque visitó á Cristo enfermo y socorrió sus necesidades. Dios le conserve, dice David (2), al que se ocupa en este ministerio, Dios le vivifique, Dios le haga dichoso en la tierra y no permita que dé en las manos de sus enemigos. El Señor le consuele cuando se viere enfermo y le socorra y regale en la cama de su dolor. Todo esto dice David y á nadie cuadran más bien estas bendiciones que á los que hacen oficio de enfermeros. Ni se contenta David con haberles pronosticado tan grandes bienes, sino que, volviéndose á Dios con un maravilloso apóstrofe, dice (3): Verdaderamente, Señor, vos lo hacéis como quien sois, porque ya os estoy viendo que no como quiera los regaláis, sino que vos mismo os ponéis á hacelles y amollentalles la cama para que descansen en ella, como ellos lo hicieron con sus hermanos cuando estaban enfermos. Oh inmensa bondad de Dios, ¿y quién no se anima, Señor, á servir á los que padecen necesidades, si vos en premio desto les prometéis ser su enfermero y hacelles la cama, cuando las padezcan ellos? ¿Quién no descansará en la cama que vos hiciéredes para su descanso, si en las llamas del fuego descansaron los tres niños en el horno de Babilonia por andar vos entre ellos? Cierto digno es de castigo el que menosprecia tan grandes bienes, y el que no se anima á servir á los enfermos con las promesas de tan gloriosos

(1) *In die mala liberabit eum Dominus.* Psalm. XL, 2.
(2) *Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra: et non tradat eum in animam inimicorum eius, etc.* Psalm. XL, 3.
(3) *Universum stratum eius versasti in infirmitate eius.* Psalm. XL, 4.

premios. Pero digamos algo de las partes que ha de tener el buen Enfermero.

Presupuesto que la elección de los Enfermeros pertenece á los Prelados y que en ser ésta buena consiste el buen servicio de los enfermos, digo que el religioso que ha de ser elegido para este oficio, se ha de mirar que sea próvido, diligente, caritativo, paciente, humilde, limpio, de buen gusto y de condición no melancólica, sino amoroso, apacible y alegre. Ha de ser próvido, solicitando al Prelado que le provea de lo necesario con tiempo, y teniendo en la enfermería todas las cosas que se ofrece haber menester en las ordinarias necesidades, así de aguas destiladas y medicinas, como de sábanas, almohadas, camisas, vendas, hilas de lienzo y otras cosas semejantes á estas. Todas las cuales ha de tener limpias y puestas en lugares distintos, para que se puedan hallar fácilmente cuando se ofrezca haberlas de menester en sus ocasiones. Y entre otras cosas, ha de procurar tener algunos hábitos delgados y ligeros para que sin mucha pena los puedan tener vestidos, estando en la cama los enfermos, sin dejar la forma del hábito. Ha de ser también diligente el Enfermero, porque la ocasión de la medicina muchas veces consiste en un punto, y si se pasa es mucho lo que se pierde, y es cierto que los que no son diligentes no pueden ser puntuales. Ha de ser muy caritativo para compadecerse de los enfermos, como lo hacía el Apóstol (1), enfermando con ellos, porque la compasión hace que crezca el cuidado. Ha de ser paciente, porque los enfermos ordinariamente son importunos y se les gasta la condición, aun á los que la tienen muy buena, y para llevar sus importunidades sin enfado, es necesaria la paciencia. Ha de ser humilde, porque en el oficio del Enfermero se ofrecen algunos ministerios asquerosos y bajos, y mal podrá hacellos con alegría el que no tiene humildad para ejercitallos. Ha de ser limpio, porque los enfermos de ordinario son delicados y de cualquier cosilla se enfadan en esta materia; y si la limpieza del Enfermero no suple su falta, quitándoles la ocasión de ofenderse, será forzoso dar en rostro al enfermo aquello que viere pasar por sus manos. Ha de tener buen gusto en las cosas que guisa, porque careciendo dél los enfermos y no supliendo él con el suyo esta falta, necesariamente habrán de pasarlo mal, dejando de comer muchas veces. Ha de ser finalmente de condición apacible y de semblante alegre, porque es muy ordinario entre enfermos, y particularmente entre religiosos, persuadirse que cansan con su enfermedad á los que los sirven, y he visto yo algunos tan sentidos desto, que los atormentaba más que la mesma enfermedad que tenían, y si viesen al Enfermero melancólico y triste, claro está que se confirmarían en este pensamiento y les podría hacer mucho daño. Consta, pues, ser verdad lo que dijimos al principio, que los Prelados para elegir enfermeros han de mirar que sea un religioso cual le habemos pintado; conviene á saber: en el obrar diligente, en la compasión caritativo, en los disgustos y pesadumbres que se le ofrecen, paciente; en los ministerios bajos y asquerosos, humilde; en la persona y en lo que administra,

(1) *Quis infirmatur et ego non infirmor?* II. Cor. XI, 29.

limpio; en lo que guisa para los enfermos, de buen gusto; en el modo de proceder, muy afable, amoroso y alegre, y en todo lo que pertenece á su oficio próvido.

Para todo esto, es de grande importancia la consideración de lo que agrada á Dios este ministerio y de lo que se representa en cada uno de los enfermos á quien sirve. Porque, si es verdad lo que arriba dijimos, que en cada uno de los religiosos, por ser pobres, se representa la persona de Cristo, claro está que añadiéndose á la pobreza enfermedad, doblada razón hay para representarse Cristo en cada uno. Cuando alarga el pobre la mano para pediros limosna y se la dais, dice San Pedro Crisólogo, Cristo es el que la recibe, y así también cuando el enfermo recibe algún beneficio ó consuelo, Cristo es el que lo asienta á su cuenta y se constituye deudor por ello. Claro está que si el Enfermero anda con esta consideración, viendo con los ojos de la fe á Cristo en cada uno de los enfermos, ni se enfadará de sus importunidades, ni le amohinarán sus melindres, ni le causarán impaciencia sus quejas, sino que en medio de todas estas cosas andará con regocijo de espíritu, solícito y cuidadoso de la salud de aquellos en quien considera enfermo al que, por darnos salud, tomó sobre sí todas nuestras enfermedades. Y después de haber trabajado cuanto pudiere, todo le parecerá poco, porque echará de ver que todo es poco cuanto se puede hacer por servir á Cristo. Conviene, pues, para que el Enfermero cumpla como es razón con la obligación de su oficio, que sea diligente y puntual en todo lo que importa á la salud del enfermo, y especialmente en lo que el médico tiene ordenado, no contentándose con hacer la substancia dello, sino haciéndolo en su ocasión y tiempo, y guardando las demás circunstancias, en la cantidad, en la calidad y en el modo, sin faltar un punto á lo que él hubiere dispuesto. Sea además desto en el tratar á los enfermos afable, no mostrándoles jamás rostro torcido, ni diciéndoles palabra pesada ó desabrida, ni haciendo acción de la cual puedan collegir que hay en él pesadumbre ó disgusto. Consuélelos y anímelos á tener paciencia en las enfermedades, y satisfágales de la voluntad con que los sirve. Sea limpio en las cosas que les administra, en la ropa que les pone en las camas, en la mesa y en la comida. Sea prudente en el modo de tratar con ellos, de tal manera, que cuando le pidan alguna cosa que no les conviene, no se la niegue absolutamente, sino ó que disimule como que no lo entiende, ó si porfiaren no muestre enfado, sino diga que lo tratará con el médico y que lo hará de buena gana si él lo ordenare. Y si todo no basta para quietallos, respóndales que lo hiciera con mucho gusto, si no les fuera dañoso lo que piden; pero que el deseo de su salud y el temor de su daño le obligan á no condescender con su gusto. De suerte que ya que al enfermo no se le dé lo que desea, quede á lo menos satisfecho del ánimo y caridad del enfermero. Si fuere necesario visitarlos de noche, no se descuiden de hacello, porque ninguna cosa consuela más á los enfermos que ver este cuidado y solicitud en los enfermeros. Y sobre todo tengan vigilancia en lo que toca á la limpieza de la conciencia de los enfermos, haciendo que á lo menos dos veces cada semana se confiesen, y avisando al prelado con tiempo, cuando se hubieren de administrar los demás sacramen-

tos. Guárdense de que no muera alguno por descuido suyo, sin haberlos recibido devotamente, porque sería grandísima falta y habrían de dar á Dios estrechísima cuenta. Confieso que es trabajoso el cuidado que aquí pedimos; pero, comparado con la grandeza del premio, todo es poco, porque no menos gloria se ha de dar á los enfermeros solícitos que á los enfermos pacientes. Acuérdome haber leído que estando un monje sirviendo á dos religiosos enfermos, y ellos ya al fin de una gravísima y prolija enfermedad que habían padecido con mucha paciencia, apareció un ángel que traía en la mano tres hermosísimas y preciosas coronas, y preguntándole el Enfermero que para quién las traía, le respondió que las dos dellas eran para aquellos dos monjes enfermos. ¿Y la tercera para quién es? volvió á preguntar el Enfermero. ¿Eso preguntas? respondió el ángel. ¿Y tú que los has servido habías de quedar sin corona? Hágote saber que no menos merecen los que sirven con cuidado, con caridad y paciencia á los que padecen enfermedades, que los mismos que las padecen, y así no ha de ser menor el premio de los unos que de los otros. Esto respondió el ángel y desapareció, dejándonos este ejemplo para consuelo de los enfermos y para dar ánimo á los que se emplean en servilles y consolalles. Y bien debía entender esta doctrina del cielo nuestro doctísimo y devotísimo Padre Titelmán, pues dejando la lección de los Santos Doctores y el escribir sobre la Sagrada Escritura, en que gloriosamente y con grande utilidad de toda la Iglesia se ejercitaba, como consta de sus escritos, se fué á Roma á servir de enfermero en un hospital de pobres, donde solía decir que sus Doctores sagrados eran los pobres enfermos á quien servía, y que en ellos leía á Cristo menesteroso y enfermo, y que más provecho sacaba de leer en aquellos libros vivos, que no de la lección santa de los libros muertos. Este es mi Augustino, decía, enseñando un enfermo, y este mi Ambrosio, señalando á otro, y así discurriendo por los demás, solía decir que aquélla era su librería y que en aquélla hallaba todo su bien, su tesoro y su sabiduría.

Pero razón es ya que enseñemos también á los enfermos la disciplina que han de guardar para que por falta della no pierdan el premio de sus trabajos. Y sea el primer documento que, considerando lo mucho que Dios ama, y que de su mano viene la llaga y la medicina, como lo afirma el Santo Job (1), reciban la enfermedad con hacimiento de gracias y la sufran con mucha paciencia, ofreciéndole desde el principio della todo aquello que su Majestad quiere que padezcan, y depositando en sus manos el suceso de todos sus males, con gran confianza de que Dios les dará lo que más convenga. Y procuren que esta resignación sea tan perfecta y la confianza tan verdadera y tan firme, que, contentos con haberse resignado en tales manos, se descuiden totalmente de la solicitud superflua de las cosas pertenecientes al regalo de su persona. Tomen el consejo de David, que dice (2): Arroja tu pensamiento en Dios y él tendrá cuidado de proveerte y de sustentarte. Esto es de grande importancia, porque hay algunos que por no acertar á poner en Dios toda su

(1) *Ipse vulnerat et medetur, etc.* Job. V, 18.
(2) *Iacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet.* Psalm. LIV, 23.

confianza, fiando el remedio de sus cosas de sola su providencia, todo el cuidado y solicitud de su enfermedad es pensar en los regalos del cuerpo, procurando que se les busque el mejor médico, las medicinas mejores y los entretenimientos más apacibles. No se contentan con el médico común del convento, ni con lo que la comunidad les provee, sino que quieren estar tan abastados y proveídos, como lo están los grandes señores. Es muy justo que el Prelado y el Enfermero tengan cuidado de proveelles lo necesario; pero no es justo que siendo ellos pobres, se quieran curar como ricos, sino que consideren su estado y se contenten con lo que basta para pobres de Cristo, pues no por ser enfermos, han de dejar de ser religiosos. Y cierto no me acuerdo jamás haber visto enfermo demasiadamente solícito y cuidadoso de su regalo, que no sea descuidado y negligente de lo que importa al espíritu. Haga el Enfermero su oficio, cuidando mucho de la salud del cuerpo de los enfermos, y hagan ellos el suyo, cuidando de la salud de sus almas. Váyanse á la mano en el apetecer y pedir cosas superfluas, porque no es cosa decente á los pobres de Cristo, y si les faltare alguna de las que apetecen, alaben á Dios por ello y alégrense con la santa pobreza, no quejándose del Enfermero, ni murmurando de los Prelados. Si tuvieren cuidado los religiosos de visitallos, alaben á Dios por ello y sean agradecidos, y si se descuidaren de hacello, ni se muestren quejosos dellos, ni los tengan por descuidados, sino crean que alguna justa ocupación los tiene impedidos. Si el manjar estuviere salado ó desabrido, ó la bebida caliente, ó las cosas que les dan no les agradan, acuérdense de la hiel y vinagre que dieron á Cristo, que con aquella salsa todo se hace gustoso; pero no muestren desabrimiento en el rostro, ni manifiesten disgusto en las palabras. Cuando echaren de ver que la enfermedad los hace mal acondicionados, signifíquenlo á los que les sirven, rogándoles que perdonen sus importunidades, y que no las tengan por efecto de voluntad desagradecida, sino por efecto de enfermedad enconada. Cuando los apretare la sed, hagan memoria de la del rico avariento, que ha más de mil y quinientos años que pide una sola gota de agua, y no se la han dado ni se la darán para siempre jamás; y acordándose desto, gusten de padecer un rato de sed voluntaria, por no padecerla un siglo eterno forzosa. Cuando los aquejase algún dolor, procuren juntarlo con los de Cristo, y junto con ellos lo ofrezcan á Dios en descuento de sus pecados, y todas las veces que pudieren actuar la pena de sus accidentes con esta consideración y ofrecimiento, no dejen de hacello, porque el fruto que desto se saca es grandísimo y no menor el esfuerzo que en la memoria de los trabajos de Cristo recibe el alma. ¡Oh, válame Dios y cuán ricos tesoros se pierden en las enfermedades, por no considerar en ellas lo que padeció Cristo, lo que padecieron los santos y lo que padecen los malos, y lo que es razón padezcan los pobres para ejercicio de su virtud y recompensa de sus pecados! ¡Oh, cuántas impaciencias se tienen por no atender á la causa original de los males para sufrirlos alegremente, si son castigo de culpas, y adorarlos con reverencia y agradecimiento, si son para ejercicio del alma.

En el tomar las medicinas que ordenaren los médicos sean obe-

dientes, porque esto es honrarlos, como manda el Espíritu Santo (1), y tanto más prontamente deben tomallas, cuanto fueren más desabridas ó más amargas al gusto, porque entonces con la medicina se aplica remedio á la carne enferma, y con la mortificación del gusto se purga el espíritu y queda sano. Por esta ocasión hubo algunos santos varones, y yo he conocido alguno, que tomaban á tragos la purga, enjuagándose la boca con ella, y otros que tomaban las píldoras, mascándolas de una en una, como si hallaren grande gusto en mascallas. Ejemplos son estos para confusión de nuestro melindre y delicadeza, y espuelas para animarnos á no buscar regalos en las enfermedades. El rigor de la religión puede relajarse algún tanto entre los enfermos; pero dejarlo del todo no es justo, y así no deben ser fáciles en permitir que les quiten la forma del hábito, quedando con la camisa sola sin capilla y sin túnica. Este consejo colligió el venerable Beda, de lo que hizo el apóstol San Pedro, estando en la cárcel, el cual, según consta del sacro Texto (2), se aflojó para dormir la túnica, y se quitó las calzas; relajando por algún poco tiempo el rigor que solía guardar, para relevar con esto el trabajo de la prisión en que entonces estaba. Dando ejemplo á los enfermos, dice Beda, de que cuando se ven apretados de algún accidente, les es lícito relajar algo del rigor acostumbrado para aliviar el mal que padecen. Pero dejar del todo la túnica, ni lo hizo San Pedro, ni lo deben hacer los religiosos, sino forzados de la obediencia: que en tal caso, pueden rogar con humildad que no les manden quitarse á lo menos la túnica y la capilla; pero instando el Prelado (lo cual no debe hacer sin gravísima causa) no han de ser porfiados. Guárdense de hacer desórdenes, en especial en las convalecencias, que son ocasionadas para ello; y no gusten de estarse en la enfermería mucho tiempo convaleciendo, sino en viendo que están las fuerzas medianamente reparadas, pidan licencia para salirse della, y vayan á suplir con diligencia lo que dejaron de ayudar á la comunidad estando enfermos. Crean que el buen religioso en viéndose medianamente convalecido, no puede estar quieto, hasta volver á la comunidad y al rigor antiguo; porque todo el tiempo que está fuera della, está como la piedra fuera del centro. Tengan cuidado de que, después de cobrada la salud, no usen de las licencias que les concedieron por estar enfermos; porque en algunos suelen quedar las relajaciones después de acabadas las enfermedades. El lienzo, el calzado y las demás cosas que no permite la regla, sino á los enfermos, déjenlas en estando sanos; porque en cesando la causa ha de cesar el efecto, so pena de incurrir por ello en pecado. Y no haya descuido en esto, porque el haberlo habido en algunos, ha sido causa de introducirse algunas relajaciones, que han sido ocasión de gravísimos daños. Y adviertan, que así como el irse á la enfermería, no le es lícito al religioso, aunque esté enfermo, sin orden de su Prelado; así también no le es lícito el salir de ella, aunque esté ya convalecido, sin orden y licencia del Enfermero. Al cual ha de mostrarse agradecido al tiempo del despedirse, y pedirle con mucha humildad perdón de las importunidades y disgustos que le habrá dado.

(1) *Honora medicum propter necessitatem.* Eccli. XXXVIII, 1.
(2) *Praecingere, et calcea te caligas tuas.* Act. XII, 8.

Resta ahora, que á los demás religiosos les enseñemos la disciplina que han de guardar en la enfermería, cuando van á visitar los enfermos. Y presupuesto que es grave culpa el ser descuidados en esto (particularmente los Prelados, á quien el glorioso padre San Benito dice, que el primero y principal cuidado que han de tener es el de los enfermos) digo, que en la elección del tiempo han de ser prudentes y considerados. Advirtiendo que no vayan á visitallos en horas desacomodadas; como son cuando han de dormir, ó cuando les hace daño el hablar, ó cuando les impide algún bien el divertirse, ó en ocasiones semejantes. Y cuando fueren con la comunidad, aprovéchense antes de las manos que de la lengua; acudiendo primero á hacer las camas ó las demás cosas que allí se ofrecen, que no á entretener al enfermo; y procure cada cual escoger el ministerio más humilde, haciéndolo con mucha alegría. Cuando han de consolar al enfermo, háganlo consideradamente, atendiendo á que visitan á Cristo, y procuren mostrar compasión de su enfermedad; porque satisfecho el enfermo por este camino, de la voluntad del que le visita, cualquier consuelo admitirá de buena gana. Si les vieren suspirar ó quejarse, dando gritos ó sollozando, déjenles desfogar el pecho, y no les digan que es señal de impaciencia; porque prohibiéndoles el alivio de la naturaleza, que es lícito, y dándoles á entender lo contrario, he visto algunos que se desconsuelan con grande extremo. Hase de guardar mucho de que, so color de alegrar á los enfermos, no se acostumbren á tratar de ordinario con ellos cosas de burlas y de donaire, ni á contarles nuevas impertinentes del siglo, porque si los enfermos son religiosos de espíritu, es darles tormento tratar destas cosas; y si son distraídos, no es razón que estando enfermos les dén ocasión de más distraerse y relajarse. Antes deben decirles cosas de espíritu para encender el suyo, exhortándolos á que procuren sacar provecho de las enfermedades. Las pláticas más apropiadas para consolar á los enfermos, son los ejemplos de Cristo, de su Madre Santísima y de los Santos que varonilmente padecieron trabajos, y los libró Dios de ellos con mucho aprovechamiento suyo; porque esto les ensancha el ánimo y les alienta la confianza. Pero han de advertir, que no todos los ejemplos son buenos para todos, y así ha de haber prudencia en la elección y en la aplicación. A los meláncolicos no les cuenten ejemplos tristes sino cosas de gloria, á los pusilánimes ejemplos de confianza, y para todos es cosa acomodada, tratarles de las miserias desta vida y de los bienes de la otra, para que lo primero les desaficione désta, y lo segundo les despierte los deseos de aquélla. A los que están fatigados, ó tienen cansada la cabeza, no los molesten con decirles muchas cosas, aunque sean buenas; sino díganles pocas, y encomiéndenles que las consideren. No les hablen con voz muy entonada ni con sobrados afectos, sino suave y mansamente; y los que no tienen don de prudencia usen de pocas palabras, y consuélenlos sirviéndolos en los demás ministerios. Al que tuviere enfermedad peligrosa, adviértanselo con tiempo, para que vaya preparándose poco á poco; y al que vieren que se va muriendo, no dilaten el advertírselo con prudencia, porque menor daño es que se altere, que no que se muera sin advertillo; y crean que el hacer lo contrario, es falta de caridad, y misericordia cruel é indis-

creta. Concluyendo, pues, esta materia digo, que así los Prelados como los súbditos, deben preciarse mucho del cuidado de los enfermos; porque demás de que Cristo nos lo encomienda, y nuestra regla nos lo encarece, y los Santos lo persuaden con grande instancia, y la ley natural nos obliga, es cierto lo que dice el divino Gregorio: que ninguna cosa destruye más las religiones, que la falta de caridad y el descuido de servir á los enfermos.

CAPÍTULO XXIII

De la disciplina que se ha de guardar en la Sacristía y Portería

Si alguna cosa han de mirar con mucho cuidado y consideración los Prelados (en lo que toca á la elección de ministros para las oficinas de los conventos) es la que han de hacer para la Sacristía y Portería, porque los ministros destas dos oficinas son los que más de ordinario tratan con los seglares, y por consiguiente, de su buen ejemplo y trato depende la mayor parte del crédito y reputación de los demás religiosos. Tienen los seglares concepto de que el Sacristán y el Portero son como la muestra del paño, que suele ser de lo mejor que hay en él, y de aquí es, que en viendo en ellos alguna raza de culpa, luego se persuaden que todo lo demás del convento es peor. De lo cual habrían de collegir los Porteros y Sacristanes, cuán estrecha obligación tienen de ser muy ejemplares y circunspectos en los oficios; y cuán gravemente ha de castigar Dios los descuidos que cometieren en ellos; pues el crédito de tantos siervos de Dios está pendiente de su descuido. Diré pues qué partes han de concurrir en los que tuvieren de ejercitarse en estos oficios, para que los Prelados acierten en la elección, y los electos en el ejercicio dellos. Y tratando primero del oficio del Sacristán, digo: que para este ministerio ha de ser electo un religioso celoso, honesto, devoto, limpio, curioso, aseado, afable y no turbulento. Ha de ser primeramente celoso, porque estando á su cargo la guarda del templo, que es casa de Dios, donde su Majestad quiere ser honrado, sino es imitador de Cristo en celar su honra (1), y hacer que se tenga respeto á su casa, es cierto que no podrá dejar de haber en ella desórdenes y desconciertos, indignos de tan santo lugar. Ha de ser honesto, porque su más ordinario trato suele ser con mujeres, y para esto es importantísima la honestidad. Ha de ser devoto, porque casi siempre ha de llevar entre manos las cosas sagradas; y si le falta la devoción no las tratará con el recato y reverencia que se les debe. Ha de ser limpio, porque (como arriba dijimos) la limpieza es una de las cosas que más importan, y en que más resplandece el decoro de las cosas que sirven al culto divino. Ha de ser

(1) *Cum fecisset quassi flagellum de funiculis, omnes eiecit de templo.* Joan. II, 15.

curioso, porque si en alguna cosa se permite el demasiado cuidado (que al parecer trae consigo la curiosidad humana) es en las cosas que están á su cargo; donde por curioso que sea nunca será el cuidado superfluo. Ha de ser aseado, porque si no tiene aliño para la ejecución de las cosas que pertenecen al ornato eclesiástico, poco aprovechará la curiosidad y cuidado que pone en ellas. Ha de ser afable, porque ha de tratar con muchos, y si la afabilidad le falta no los sabrá acariciar; lo cual es de mucha importancia para atraerlos y aficionarlos á la frecuencia de los Sacramentos, y asistencia de los oficios divinos. Y no ha de ser turbulento ó alborotado, porque si lo es, responderá con desgracia y exasperará á los seglares; lo cual suele ser causa de que se ahuyenten de nuestros templos. Y cierto una de las cosas que más se habría de mirar es ésta; porque como los seglares, que de su propia condición son indevotos y poco aficionados á las cosas divinas, no han menester mucho para retirarse dellas, y dar de mano á sus devociones. Demás de todo esto ha de estar bien instruído en las cosas del Ordinario, así del Misal como del Oficio divino; porque teniendo ignorancia dellas, será forzoso hacer muchas faltas, y dar ocasión para que otros las hagan, por no tener él aparejadas con tiempo las cosas necesarias al ministerio del altar y del coro. Y para que haga con aprovechamiento suyo lo que se ofrece en su ministerio; mire que no se derrame de tal manera en lo exterior de las cosas que trata, que no vaya juntamente acompañándolas el espíritu con la consideración. Porque gran culpa sería suya, que tratando siempre en cosas sagradas, instituídas para despertar y ayudar la devoción de los fieles, y levantar con ellas los espíritus á la consideración de las cosas del cielo, anduviese él indevoto y sepultado en lo material dellas tan solamente. Procure despertar su flojedad y tibieza, considerando una vez el cuidado que Dios tiene de honrar á sus Santos (1), pues con tanto aparato quiere que se celebren sus fiestas; para que de aquí le nazcan deseos de ser Santo como ellos. Otras veces puede considerar la riqueza, el ornato, la majestad y grandeza de la Iglesia triunfante, pues en ésta que (según afirma David) (2) es como azaguán de aquélla, es tan grande el concierto, adorno y preciosidad de las cosas con que sus ministros le sirven. Y con esto ha de procurar encenderse en afectuosos deseos de aquella dichosa patria, haciendo algunas breves oraciones jaculatorias, salidas de lo íntimo del corazón, y diciendo con David (3): Oh cuán amables son Señor vuestras moradas; deséalas grandemente mi alma, y desfallece por verse en aquellos anchurosos palacios. Y desta suerte podrá proceder en las demás cosas que hiciere, porque no hay ninguna en este oficio, que no sea despertadora de la devoción y espíritu del que las trata. Téngase por dichoso por verse constituído en este ministerio, y pida á Dios cada día gracia para tratar sus cosas con reverencia y respeto. Mire que muchas cosas de las que están á su cargo (y no de las más principales), estaban á cargo del Sumo Sacerdote en la ley vieja; porque á su oficio perte-

(1) *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus.* Psalm. CXXXVIII, 17.

(2) *Stantes erant pedes nostri, in atriis tuis Jerusalem.* Psalm. CXXI, 2; et in multis aliis psalmis.

(3) *Quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum, concupiscit, et deficit anima mea atria Domini.* Psalm. LXXXIII, 2.

necía cebar las lámparas y atizar los candiles. Y si esto que es lo más bajo de las cosas que conciernen á su oficio, estaba á cargo del Sumo Sacerdote, ¿en cuánto ha de tener otras cosas mayores, como son adornar los altares, el conservar las reliquias y vasos sagrados, el haber de servir de ministro en el sacrificio santo de la Misa y otras cosas semejantes á estas?

Para cumplir, pues, con la obligación de tan alto oficio, ha de tener cuidado el Sacristán de tener muy limpios y aseados los lugares donde tiene los cálices, cruces, relicarios, y corporales; procurando tenerlos bien dispuestos y muy aseados, con proporción y con orden, y no amontonados y sin concierto. Procure tener algunos buenos olores donde están estas cosas, porque sin duda alguna que el buen olor en las cosas sagradas ayuda á levantar el espíritu. Y es cierto que por esta causa mandaba Dios que en el templo se le quemasen (1) perfumes de cosas aromáticas. Y David en un Salmo dice (2): que de la vestidura del Esposo se andaba exhalando el olor de la mirra, de la algalia, y de la acacia; y la Esposa (3) confiesa que, al olor destos ungüentos, se iban las doncellitas (que son almas principiantes) en pos del Esposo; porque estos medios son admirables para atraer el espíritu de los que son principiantes. Trabaje por conservar limpios y bien tratados los ornamentos eclesiásticos, mirando con particular vigilancia que estén llanos en los cajones, y no arrollados y mal cogidos; joreándolos y limpiándoles el polvo de cuando en cuando, porque no se polillen, deslustren ni gasten por negligencia suya. Y no se descuide, cuando el Ordinario manda variar los colores de los ornamentos, de hacerlo á la letra; no solamente en los delante altares, sino también en las casullas, y en las palias con que se cubren los cálices. Vele mucho sobre la limpieza de los altares, cubriéndolos y limpiándoles el polvo todos los días, y precíese de tener los candeleros muy lucidos y no cargados de cera, y las lámparas muy limpias y bien cebadas de aceite, mudándoles muy á menudo el agua, y en especial á las que arden delante del Santísimo Sacramento. En los días señalados donde se ofrecen ceremonias particulares, como son en la Semana Santa, y en la vigilia de Pentecostés, y en otros semejantes, mire con tiempo las reglas del Misal y apareje lo necesario conforme al tenor dellas; porque como son ceremonias que pocas veces se hacen, si no se previenen con mucho cuidado y se miran muy de propósito, necesariamente se han de hallar embarazados al tiempo de hacellas, y faltar á la ejecución dellas con nota de los seglares. Tenga otro sí cuidado de avisar al Hebdomadario, cuándo se ha de renovar el Santísimo Sacramento, y encomiéndele mucho que mire con curiosidad, no se queden pegadas algunas reliquias pequeñas en el vaso sacro donde el Santo Sacramento está reservado. Precíese de tener buenas hostias: y serlo han cuando fueren muy blancas, muy limpias, muy delgadas, muy redondas y grandes. Las formas para comulgar no sean muy pequeñas; y si se hicieren con formas de hierro, tenga una tabla par-

(1) *Uret thymiama sempiternum coram Domino.* Exod. XXX, 8.
(2) *Mirrha, et gutta, et casia, a vestimentis tuis, etc.* Psalm. XLIV, 9.
(3) *In odorem unguentorum tuorum currimus, adolescentulae dilexerunt te* Cant. I, 2-3.

ticular sobre qué hacellas, la cual esté reservada en lugar decente donde no pueda andar por el suelo, ni cargarse de polvo, ni andar comúnmente entre las manos. Y sea regla general, que las hostias y formas donde se ha de consagrar el cuerpo de Cristo, no han de llegar á los lugares comunes sino estar reservadas con mucha limpieza; que todo es poco para reverenciar lo que ha de ser materia de tan divino Sacramento. Tengan cuenta, que en el tañer al oficio á su tiempo, no sean descuidados; porque en esto consiste gran parte del concierto de todo el convento, y el decirse bien ó mal el Oficio divino; para lo cual podrán informarse del Vicario del coro. Guárdense de que, el tratar muy de ordinario las cosas sagradas, no sea ocasión de perderles la reverencia y respeto; que en ello corren gran peligro los Sacristanes. No arrinconen ni toquen con manos inmundas los vasos sagrados ni reliquias; ni se descuiden de hincar las rodillas todas las veces que pasan por delante del Santísimo Sacramento, y de hacer la debida humillación á las imágenes de los otros altares. Todo lo cual harán con la decencia que es justo, si tuvieren cuidado de andar sobre sí, considerando la gravedad de las cosas que tratan. No permitan que en la iglesia se paseen, ni hagan corrillos; y miren que las capillas que están en lugares ocultos siempre las tengan cerradas, porque si acaso por negligencia suya se hiciere algún desacato en la iglesia, darán estrechísima cuenta á Dios, como capitanes negligentes, que estándoles encomendada la tenencia del templo, no le guardaron. Lo demás que toca al oficio del Sacristán, como es el modo del adornar los altares y otras cosas semejantes á esta, no me detengo en declarallo; porque, ó queda dicho en otros lugares, ó no hay necesidad de particular advertencia. Sólo resta advertilles, que celen el silencio, no sólo en la iglesia sino también en la Sacristía; no permitiendo que hablen ó se paseen en ella, ora sean religiosos ora seglares. Adviértanlo cuando vieren abuso en esto, con palabras corteses y blandas, pero no dejen de tener ejecución en ello, porque su negligencia no sea ocasión de fomentar semejantes abusos que quitan la devoción á los sacerdotes, y atormentan á los celosos de la honra de Dios, viendo que hacen plaza de los lugares sagrados. Los Religiosos mozos que están esperando para ayudar á las misas, no anden por la Sacristía vagueando, sino pónganse de rodillas en un lugar apartado, con las capillas puestas, los brazos cogidos, los ojos bajos, y los espíritus levantados. No hablen unos con otros, no se vuelvan á mirar á los que entran y salen, sino estén como siervos de Dios orando, y acudan con diligencia á su ministerio cuando se ofreciere ocasión de ejercitallo.

En lo que toca al ministerio de la Portería, ha de mirar el prelado, que el Religioso á quien se ha de encomendar una oficina de tanta importancia, sea de madura edad, de vida probada, prudente, no grosero en el término, caritativo, sufrido y bien acondicionado. Estas condiciones se colligen, de lo que acerca desto escribieron el Concilio Aquisgranense y los gloriosos Padres San Benito y San Basilio, y algunas observancias de religiones bien ordenadas. Ha de ser de madura edad, en tanto grado, que (según sentencia de San Benito) la madureza no le dé lugar para andar vagueando; porque la asistencia continua en la puerta es de gran importancia. Tanto, que dijo Aristó-

teles en sus Económicas, que el portero en las casas grandes había de ser inhábil para todas las otras cosas; porque la inhabilidad para las otras, le hiciese estar más continuo en ésta. Ni se requiere la madureza por sola esta causa, sino también porque se ofrecen mil cosas en la puerta, cuya ejecución no puede ser buena faltando la madureza de la edad, que hace á los hombres experimentados y cautos. Verdad es, que cuando la madureza del seso suple la de los años, lícito será dispensar en esta primera condición, pero no sin ninguna causa. Ha de ser también (como advierte el sobredicho Concilio) varón de vida probada, que quiere decir de virtud sólida, cuya prueba conste por la experiencia que della se tiene en diversas ocasiones. Y la razón desto es, porque las que se ofrecen en la puerta son tantas, que no es justo se fíen sino de quien está muy probado en ellas, particularmente en materia de castidad y de mansedumbre. Ha de ser ultra desto prudente, no sólo para saber discernir entre persona y persona, tratando á cada uno según su calidad, sino también para dar salida ó prevenir muchas cosas que allí se ofrecen; que si falta prudencia en el que ha de tratallas, pueden perturbar el sosiego á los súbditos y aun á los Prelados. Ha de tener también con la prudencia, buena razón y término en lo que dice; de suerte que con palabras llanas, corteses y sencillas, sepa (como dice el glorioso padre San Benito) dar y recibir un recado, sin que cause enfado con su grosería; y basta haber de tratar con tantos, y en tan diferentes negocios, para que se eche de ver, cuán necesario le es el buen término, y cuán enfadosa podría ser en él la rusticidad y falta de cortesía. Demás desto ha de ser caritativo, porque á las porterías de los conventos acuden muchas necesidades; y donde hay caridad, ningún necesitado se parte sin remedio ó sin ningún consuelo; y por el contrario, faltando ésta, aun llevando remedio se van muchos desconsolados. Finalmente, ha de ser sufrido y bien acondicionado, porque son tan grandes las importunidades de los que van y vienen, tan varios los negocios, y tantas las ocasiones de perder la paciencia, que si no hay sufrimiento y buena condición natural, es imposible dejar de hacer mil salidas desconcertadas; con que los seglares se escandalizan y vienen á juzgar á los religiosos de impacientes y mal mortificados. Esta falta sería muy grave en un portero, por el peligro que hay de dar mal ejemplo con ella; y así aunque tenga el religioso todas las otras partes buenas que pueden desearse, si ésta le falta, de ninguna manera se le ha de encomendar este oficio, porque sería desterrar del convento á los devotos y poner á riesgo el crédito de los frailes.

Las reglas que se han de guardar en la portería son estas: La primera que la puerta del convento nunca esté abierta, aunque sea por muy breve espacio, salvo cuando algún religioso está de la parte de afuera hablando con alguna mujer brevemente; que en tal caso es bien que la puerta esté entreabierta, lo uno porque el portero sea testigo de lo que hacen, y lo otro porque, estando la puerta cerrada, podría parecer á los que los viesen, que es la conversación muy despacio y sospechosa. Fuera desta ocasión, la puerta ha de estar siempre cerrada con llave, y lo contrario es cosa repugnantísima al estado religioso; porque no es religión (como dice el melifluo Bernardo) á donde están

patentes á todos todas las cosas; y es cierto que lo estarán donde las puertas no estuvieren cerradas. Sea la segunda regla: No es lícito al portero dejar entrar alguna persona en el convento por grave que sea, ni llamar algún fraile á la portería, ni dar ó recibir recados, ó cartas ó alguna otra cosa cualquiera que sea, sin particular ó general licencia del Prelado, tácita ó expresa. Todo ha de llegar á su noticia para que juzgue lo que conviene á sus religiosos; y no deben los Prelados dar licencias generales para estas cosas ni permitir este abuso, porque es en notable daño y ruina de las religiones, y ocasión evidente de que los religiosos falten en cosas importantísimas; de las cuales darán cuenta á Dios los porteros que son el medio para que se hagan, los Religiosos que las hacen, y los Prelados que las permiten, ó de puro remisos, ó por no aparecer mal acondicionados. La tercera regla sea: Que el portero: en oyendo llamar á la puerta, sea tan diligente en acudir á responder á quien llama, que tenga por grande afrenta oir tañer segunda vez la campana de la portería. Y para que esto se pueda hacer con la puntualidad que aquí pedimos, es necesario que entre día jamás se aleje de la puerta; y que cerca della tenga su celda donde se recoja de noche, y pueda oir con facilidad el sonido de la campana. En los conventos grandes, donde el concurso de gente es mucho, tenga uno ó más compañeros, según fuere menester, para que nunca quede la puerta sola; y cuando oyere llamar, responda con voz moderada, diciendo alguna palabra religiosa (según sentencia de San Benito) como es *Deo gratias*, ó loado sea nuestro Señor Jesucristo. Si hubiere alguna ventanilla ó rallo en la puerta, por allí podrá mirar quién llama, y qué es lo que quiere; y si el recado fuere breve y la persona muy ordinaria, no hay para qué abrir la puerta, sino decir con mansedumbre y crianza que se aguarde un poco, y volver brevemente con la respuesta del recado. Pero si es persona más que ordinaria, ábrale luego la puerta, y déle lugar que entre en la portería; y si no fuere de calidad, oiga su recado, y ruéguele que se asiente y espere mientras va por la respuesta. Mas si acaso es persona principal, déjele entrar hasta el claustro, acompañándole religiosamente, y dé aviso al Prelado, no dejando entrar á nadie en la clausura sin expresa licencia suya. Si la tal persona trae muchos criados, no permita que entren con él, sino uno ó dos para si hubiese menester algo; y á los demás hágalos quedar en la portería, para que no perturben la quietud de los religiosos ni hagan del convento palacio. Ni teman que por esto, ni por hacerlos esperar en el claustro han de perder la devoción, por principales que sean, porque haciéndose con humildad y buen término, antes quedan edificados. Y fíen de Dios que, por guardar las leyes de la disciplina monástica, no permitirá que nadie se ofenda; antes aumentará la devoción de los tales, en premio de tan religiosa observancia. Sea la cuarta regla: Que mientras están en el coro los religiosos, á ninguno llamen, si no fuere por causa inevitable y gravísima, y al seglar que entonces viniere, se le ha de responder con mucha modestia y crianza, que se sirva de volverse á otra hora, que es ley de la religión que, mientras los religiosos están en las alabanzas divinas, no los llamen. Esta regla es del gran Padre Basilio, y es importantísima para que el divino Oficio se diga con quietud y sin

sobresalto; y hase de guardar también en las horas de silencio, y siempre que los religiosos están en las comunidades. Sea la quinta regla: Que el portero tenga una tabla donde estén escritos los nombres de los religiosos, y no se descuide de señalar los que salieren fuera, para que después si los buscan sepan dar razón dellos. Y la tabla no la tengan en lugar donde todos puedan vella, porque no es bien que todos tengan noticia de quién está fuera, y quién en casa. Y crean que es esto más importante de lo que parece, y que se atajan por este camino algunas calumnias. La sexta regla sea: Que el portero no se detenga en conversaciones largas con los seglares en la portería, y en especial con mujeres, ni permita que otros se detengan con ellas. Y si mientras va el compañero por alguna respuesta, le fuere forzoso hablar con el seglar que la está esperando, no le pregunte cosas del siglo, ni le cuente de las que son secretas en la religión, sino traten con él alguna plática religiosa que les provoque á la virtud y les edifique. Sea la séptima regla: Cuando alguna persona quisiere ver el convento, den aviso al prelado de la calidad de la tal persona, para que le señale algún religioso que la acompañe, que sea conforme á su calidad y trato. Si el que quiere ver el convento es religioso, ó persona de espíritu, llámenle algún religioso cuyo espíritu pueda satisfacelle: si es algún hombre docto, acompáñele un religioso que lo sea, y si fuere persona principal y de título, acompáñele el mismo Prelado, ó algún padre grave que sepa de urbanidad y crianza. Y si al portero le dicen que busque un religioso para acompañar á las tales personas, no señalándole alguno en particular, ha de mirar dos cosas: la primera, que sea modesto en la composición de su persona el que llamare; y la segunda, que ni sea grosero ni desenvuelto en hablar, para que ni dé mal ejemplo con su descompostura, ni enfade con su grosería, ni sea pesado, preguntando ó diciendo más de lo que la modestia religiosa permite. Sea la octava regla: Que el portero en el recibir los huéspedes sea benigno, amoroso y afable; mostrándoles tan buen rostro y acudiendo con tanta caridad á quitarles de acuestas la alforja, ó cualquier otra carga que traigan, que del ver tan buen modo en el primero recibimiento, les nazca el prometerse muy buen hospicio. Si son extranjeros, pregúnteles de qué provincia vienen, mas no sea curioso en preguntalles qué negocio traen, ó algunas otras cosas particulares de su provincia; porque al portero solamente le pertenece preguntar, lo que es necesario para dar dello noticia al Prelado. Y si el huésped fuere de la misma provincia, no tiene que preguntalle, sino recibille con caridad, y acompañarle á la iglesia para que haga oración (lo cual también ha de hacer con los extranjeros) y llevarle á la presencia del Prelado, y en dejándole allí, andar luego al hospedero, para que vaya á darle recado. Sea la última regla: Que con los pobres sea el portero caritativo, teniendo cuidado particular de recoger lo que sobra á los religiosos en la mesa, y mezclarlo con algunas hierbas de la huerta, para que, cocido lo uno con lo otro, se haga una honesta recepción para los pobres de Cristo, y crea que el preciarse mucho desto, es una de las partes más principales y meritorias de su oficio. No permita que los pobres riñan, ó juren, ó hagan desenvolturas, y si faltaren en alguna destas cosas, repréndalos con

caridad y blandura, amenazándoles de que si no se enmiendan no los admitirá á la limosna. No dé de comer á los que riñen hasta que hagan paces, y para evitar las riñas, juramentos y travesuras, hágales que mientras están esperando la recepción, digan la doctrina cristiana, enseñándosela él mismo si tuviere lugar, y si no le tuviere, encomendando este oficio al pobre que mejor la supiere, haciendo que los demás le tengan respeto. Cuando les reparta la comida, hágalos llegar á tomar su ración por orden, de uno en uno, y no en tropel, porque no riñan, y no tenga por grande engaño, ni se enoje por ello, si alguno con cautela tomare ración dos veces, antes debe dejarse engañar, si el tal engaño no resulta en perjuicio de los demás, porque sin duda son provechosos tales engaños. Tenga particular cuenta con los más necesitados, viejos y enfermos, guardándoles (si lo puede haber buenamente) algún regalillo. Y procure tener siempre guardados algunos pedazos de pan, para socorrer á los que vienen á deshora, entre día, de manera que si es posible, ninguno llegue á pedir limosna que se parta sin ella, ó á lo menos sin consolalle con buenas palabras. No se enfade de las importunidades de los pobres, considerando que en cada uno dellos viene disfrazado Cristo Redentor nuestro, el cual en un Salmo (1) se llama pobre y trabajado desde su juventud. Y, finalmente, procure hacer todas las acciones de su oficio con espíritu y consideración, tomando ocasión de lo que va haciendo, para levantar el pensamiento á otras cosas más altas. Cuando oye llamar á la puerta, considere el amor y continuación con que Cristo está llamando á la puerta de nuestra conciencia (como Él mismo dice en el Apocalipsi) (2): Y cuando viere que se enojan los que llaman porque no les responde luego, no se desespere ni enoje, sino considere cuántas veces ha dado á Dios ocasión de enojarse con él, por haber tardado á responder á sus llamamientos, y en penitencia de la descortesía que con Dios ha usado, sufra con paciencia cualquiera cosa que le dijeren (3). Con estas y otras semejantes ocasiones podrá sacar deste oficio grandes riquezas de merecimientos, procurando velar sobre la guarda de las puertas del alma, lo cual se hace por el ejercicio de las virtudes cardinales, como lo enseña Hugo de San Víctor en el libro cuarto de ánima, cap. XIII.

CAPÍTULO XXIV

De la disciplina que se ha de guardar en los otros oficios del convento

Uno de los oficios de mucho merecimiento en las religiones, es el del Hospedero, porque entre las obras de caridad, ésta es una de las que más agradan á Dios y de quien ha de pedir estrechísima cuenta

(1) *Pauper sum ego, et in laboribus a iuventute mea.* Psalm. LXXXVII, 16.
(2) *Ego sto ad ostium et pulso.* Apoc. III, 20.
(3) De hac re legendus est Hugo. lib. de anima. c. XIII et Joan. trullo. lib. z. c. I.

el día de la residencia universal. Es dictamen de la ley natural, encomendado en diversos lugares de la Sagrada Escritura, así del viejo como del nuevo Testamento; y entre los cargos que la divina Sabiduría (1) hace á los de Sodoma, por los cuales fueron castigados con tanta severidad, uno dellos es que hospedaban los peregrinos, no voluntariamente, sino por fuerza; y una de las cosas que allí pondera mucho y repite muchas veces, es la falta de caridad con los huéspedes. San Pablo (2) para mover á los hebreos á la hospitalidad, les pone delante la consideración de lo que muchos Santos agradaron á Dios por medio della, hasta recibir en sus casas Ángeles por huéspedes, y aun al Señor de los Ángeles. Preciáronse mucho della los Santos del viejo Testamento y los de la ley natural, como consta de lo que la divina Escritura dice de Abraham y de su sobrino Lot, que en esta materia fueron varones aventajados. El Santo Job (3) afirma de sí, que no permitió jamás que el peregrino quedase fuera de su puerta, y que siempre la tuvo abierta para recibir á los pasajeros. San Juan Crisóstomo dice, que merece tanto el que recibe al peregrino, en hospedarlo con caridad y acariciarlo, como el mismo peregrino en los trabajos de su peregrinación. Y el glorioso San Agustín encarga mucho, que á nadie se niegue la hospitalidad, porque es muy posible que, pensando negarla al peregrino, se le niegue á Cristo. Y San Ambrosio dice: ¿Has considerado por ventura cómo Abraham, andando en busca de huéspedes, recibió á Dios por huésped? ¿Has echado de ver cómo Lot recibió dos Ángeles en su casa, pensando dar hospicio á dos hombres? Dime, pues, ¿de dónde sabes si tú también, pensando hospedar á un hombre hospedas á Cristo? A lo menos, esto es ciertísimo que está Cristo en el pobre á quien hospedas, porque Él mismo dice (4): Huésped fuí y recibísteme en vuestra casa. Todo esto es de San Ambrosio. De lo cual se colige no solamente la alteza deste ministerio y el gran merecimiento que hay en él, sino también las partes que han de concurrir en el buen Hospedero, que son: caridad, diligencia, limpieza y benignidad, porque todas estas cosas se deben al ministerio en que se recibe Cristo. Caridad para compadecerse de la necesidad de los huéspedes; diligencia para poner en ejecución los ministerios de la caridad; limpieza, porque ninguna cosa es de mayor refrigerio para los huéspedes, que el ver que la hay en todas las cosas del hospicio; y benignidad, que como dice Santo Tomás, es una virtud con la cual exteriormente se muestra el afecto de caridad interior, para saber acariciar con buenas palabras y con semblante alegre y caritativo á los huéspedes.

Pertenece, pues, al oficio del Hospedero, tener cuidado de que la ropa del hospicio esté siempre muy limpia y conservada, teniéndola en una rima cubierta y guardada del polvo, y sacándola de cuando en cuando al aire para que pueda mejor conservarse. En llegando el huésped, le reciba con mucha caridad y alegría, acariciándole, como habemos dicho, con rostro alegre y con amorosas palabras. Descú-

(1) *Quoniam in viti recipiebant extraneos.* Sapien. XIX, 14.

(2) *Hospitalitatem nolite oblivisci: per hanc enim placuerunt quidam Angelis hospitio receptis.* Heb. XIII, 2.

(3) *Foris non mansit peregrinus ostium meum viatori patuit.* Job. XXXI, 32.

(4) *Hospes eram et collegistis me.* Matt. XXV, 43.

brale con obras el afecto de caridad con que le recibe, dándole luego celda muy limpia y poniendo en ella la ropa que trae, no permitiendo que el mismo huésped la lleve; todo lo cual ha de hacer tanto con mayor caridad y alegría, cuanto el huésped fuera más pobre y necesitado. Trate luego de aparejar agua con que lavarle los pies, cociéndola con algunas hierbas de buen olor y refrigerantes; y si el huésped rehusare de recibir este ministerio, importúnele caritativa y humildemente, como lo hizo Abraham con los tres Ángeles que hospedó en su casa; y cuando llegare á lavarle los pies, téngase por indigno de aquel ministerio, considerando que Cristo Redentor nuestro le ejercitó en sus discípulos, y que á ejemplo suyo se han preciado de hacerlo muchos monarcas y emperadores. Aprenda la solicitud y diligencia que ha de tener en su ministerio, del patriarca Abraham; y enseñado con tal ejemplo tendrá cuidado de rogar al Cocinero y Refitolero que no se descuiden de hacer algún regalo particular á los huéspedes. Y así como Abraham en los tres mancebos que recibió adoró á Dios, pareciéndole que venía disfrazado en ellos, así él en cada huésped ha de considerar disfrazado á Cristo. Aparéjeles con limpieza las camas, aderezándolas lo mejor que pudiere, según que nuestra pobreza permite, pero jamás busque para este efecto, aunque sea so color de caridad, aparatos seglares. Cuando se han de recoger á las noches, acompáñelos á la celda, alúmbreles, enséñeles el lugar de la secreta necesidad, y tenga cuidado de darles luz y despertarlos por la mañana á la hora que ellos les señalaren, haciendo todo esto con tanto amor y alegría, que se descubra en el semblante exterior la voluntad con que desea servirlos. Y lo que dijimos hablando con el portero, que no sea curioso en preguntarles cosas particulares de sus provincias, ni de saber otras nuevas; aun con más cuidado lo han de guardar los Hospederos, porque como tratan más con los huéspedes, tienen más ocasión de faltar en esto. Ni traben largas conversaciones con ellos, sino háganles caridad con silencio, y lo que hubieren de hablalles sean cosas de espíritu, para que se vayan refrigerados y edificados. En habiéndose ido el huésped, deshaga luego la cama, sacuda la ropa, vuelva á cogerla y póngala en el lugar donde antes estaba. Los paños con que le enjugó los pies vuelva luego á lavallos, barra si fuere necesario la celda y déjelo todo muy aseado y limpio; y si se hubiere el huésped olvidado alguna cosa, llévela luego al Prelado para que ó la remita ó la guarde. A cargo del Hospedero está aparejar el Jueves santo todo lo necesario para lavar los pies á los frailes después del mandato; es á saber: agua cocida con flores olorosas, dos cántaros, dos vacías ó más si fueren necesarias, dos pares de toallas muy limpias y un banco cubierto con una alfombra. También está á cargo del Hospedero en algunas provincias, el ministerio de la barbería, al cual pertenece avisar al Prelado, cuando llega el tiempo de la rasura, para que se llamen barberos, y aparejar aquel día muy por la mañana todas las cosas necesarias para aquel ministerio, teniéndolo todo muy limpio y muy aseado. A los barberos trátelos con mucha crianza y cortesía, y no use con ellos de palabras de sobrada llaneza, ni les tenga conversaciones largas. No les permita jurar ni murmurar, ni darse vayas unos á otros ni otras descomposturas, sino adviértales con mucho amor,

que entre religiosos se traten religiosamente. Tenga cuidado de llamar los frailes con orden y de que todos se afeiten en un mismo día, para que haya uniformidad en esto; y fuera de aquel día, á ninguno permita que se afeite sin licencia particular del Prelado. Los paños de la barbería con que se hubieren afeitado, haga que se laven luego y téngalos cogidos y limpios en sus lugares. Y finalmente, déjelo todo barrido y bien aliñado, como conviene á la decencia y policía religiosa, haciéndolo todo con espíritu y consideración, por agradar á Dios y por servir á sus siervos, levantando el pensamiento á cosas más altas.

También el oficio de los Limosneros requiere particular disciplina y no se ha de encomendar sino á religiosos de vida probada, de honestas costumbres, de mucha modestia y amadores de la santa pobreza y celadores della, y de su profesión. La honestidad y probación de vida, bien se echa de ver cuán necesaria es á los que hacen este oficio; pues entre todos los religiosos, ellos son los que andan más metidos en ocasiones, y no es razón que esto se fíe sino de una virtud muy sólida, cuya probación asegure que sabrán salir libres de todas ellas. La modestia también es cosa importantísima para la ejecución deste ministerio, porque la composición exterior que esta virtud enseña, es necesarísima para los que andan tan de ordinario entre los seglares, los cuales solamente juzgan ser bueno lo que exteriormente parece tal. Es también de mucha importancia, que sean amadores y celosos de la santa pobreza, no solamente para saber guardar las limosnas que reciben de los devotos, sino también por el gran peligro que corren de faltar en la observancia della, si no tienen perfecta inteligencia de las obligaciones de nuestro estado acerca desta virtud, y es muy cierto que procurarán tenella, si la aman y celan como es razón. Cualquiera ignorancia que acerca desto tuvieren, les puede ser ocasión de grandes caídas, porque aun en solo el modo de hablar pueden cometer graves faltas, y así demás de estar muy instruídos en esto, han de procurar andar sobre sí, para no faltar en cosa que tanto importa. Las reglas que han de guardar para hacer bien su oficio son estas: La primera, que sean solícitos en procurar las limosnas, pero no importunos ni amigos de buscar invenciones para sacar lo que piden, sino pedirlo con llaneza y por caridad, manifestando la necesidad simplemente, y poniendo la confianza en Dios y no en la propia industria y cautela. La segunda es, que guarden con fidelidad las limosnas que recibieren, y entiendan que sin licencia del Prelado no les es lícito dar cosa alguna, aunque sea por vía de limosna á otros pobres. Ni se engañen pensando que es caridad el hacerlo, porque no es sino acto de propiedad, disponer de lo que no es suyo como de cosa propia. La tercera es, que cuando van pidiendo limosna, no entren dentro de las casas, sino que se aguarden con mucha paciencia y composición á la puerta, y crean que por no haber sido cautos en esto, se han visto algunos en grandes peligros, de los cuales no salieran libres si no dejaran la capa como el santo Joseph. Miren que cuanto más buenos y castos, les armará el demonio más asechanzas; y que sabe esconder la ponzoña donde parece que hay mayor seguridad. La cuarta es, que no sean amigos de llevar nuevas

del siglo al convento, ni de referir las cosas del convento en el siglo, porque lo uno es meter el mundo en la religión, y lo otro sacar la religión al mundo. Y darán estrechísima cuenta á Dios de la distracción que causarán á los religiosos con lo primero, y del escándalo que darán á los seglares con lo segundo. La última regla es, que en el rato que están esperando las limosnas, no estén ociosos, sino que ó encomienden á Dios á los que les han dado limosna, ó consideren al Hijo de Dios hecho mendigo por amor nuestro, ó la liberalidad y largueza de la Providencia divina en sustentar á sus siervos, ó en cosas semejantes á éstas; con que el espíritu ande recogido para que no le distraigan los objetos presentes. Si les negaren la limosna, no muestren desabrimiento, ni dejen de pedilla otro día en la misma casa; porque, como dijo Cristo (1), doce horas tiene el día en que se pueden mudar los ánimos. Y si les encomendaren alguna necesidad para que en el convento la encomienden á Dios, no se descuiden de decirla al Prelado y de decirles quién son los particulares devotos que entre los otros se señalan en hacerles limosna, para que en particular los haga encomendar á Dios.

Resta ahora, que digamos alguna cosa del oficio del hortelano y del cocinero, que pues son los oficios más trabajosos del convento, razón es que les demos algunos documentos, para que cumpliendo debidamente con la obligación de sus ministerios, sepan sacar provecho de su trabajo. Y cierto el oficio del hortelano, aunque es trabajoso, es muy ocasionado para darse á las cosas de espíritu, porque se goza en él de la soledad tan amada de los varones espirituales, y está fuera de la ocasión de tratar con hombres cuya comunicación suele impedir la de los Ángeles. Este es el primer oficio que hubo en el mundo, como consta del Génesis (2), y en quien al vivo se representa la miseria del primer pecado. Lo uno, porque cada día se experimenta cómo la tierra produce cardos y espinas (3), que es el fruto que nos quedó de la culpa, y lo otro porque en él se cumple á la letra la ejecución de la sentencia que fué contra nuestros primeros padres fulminada, en que se les dió por penitencia, que comiesen su pan con el sudor de su rostro (4). Todo esto ha de ser al hortelano ocasión de aborrecer el pecado, considerando qué tales efectos debe hacer en el alma, pues en la tierra, porque sustentaba al que le cometió, los hizo tales. Ha de ser electo para este oficio un religioso de sujeto robusto, que tenga fuerzas proporcionadas para el trabajo, y que sea solícito y diligente, para que por descuido y negligencia suya no falte á los religiosos en sus tiempos y ocasiones debidas, el regalo de fruta y hortalizas necesarias. Tenga la huerta bien cultivada, los caminos limpios y todas las cosas tan bien dispuestas, que resplandezca en ellas una religiosa curiosidad. Sea curioso en observar los tiempos y sazones en que se ha de sembrar, plantar; trasponer, enjerir y podar los árboles, preguntándolo á los que tienen inteligencia dello, y notándolo en un librillo de memorias. También lo ha de ser en tener copia de semillas

(1) *Nonne duodecim horae sunt diei.* Joan. XI, 9.
(2) *Posuit Deus hominem in paradisso voluptatis, ut operaretur et custodiret illum.* Genes. II, 15.
(3) *Maledicta terra in opere tuo, spinas et tribulos germinabit.* Genes. III. 17.
(4) *In sudore vultus tui vesceris pane.* Ibidem.

guardadas para sembrar á su tiempo, y proveídos todos los instrumentos y herramientas necesarias para la huerta, teniéndolo todo limpio y puesto en sus lugares. Acuérdese que nuestro Padre San Francisco quería que en las huertas de los conventos se criasen algunas flores para el adorno de los altares, y para que se diese ocasión de alabar á Dios en la hermosura y diversidad de sus criaturas; y así lo debe de hacer el hortelano, teniendo para esto reservada alguna partecilla de tierra en la huerta. Sea en el trabajar fiel y devoto, haciendo lo que pudiere buenamente y no apagando con el indiscreto trabajo el espíritu de la santa oración. Disponga los tiempos con prudencia, para que ni en el verano trabaje con el resistero del sol, ni en el invierno con lo recio del hielo; porque lo uno y lo otro puede ser dañoso á la salud. En el tiempo que va trabajando no pierda la debida composición, no eche la cuerda por debajo haciendo gregüescos del hábito ó túnica, ni alce demasiadamente las faldas, sino tráigalas recogidas y tiradas hacia arriba honestamente, de manera que no se descubra más de hasta el tobillo. Cuando no hubiere qué hacer en la huerta, acuda á ayudar á sus hermanos en los otros oficios, ó recójase á la santa oración, de la cual ha de ser tan amigo que nunca falte, si es posible, á la que tiene la Comunidad. Y porque el cuerpo cansado no suele estar bien dispuesto para orar, procure madrugar mucho todos los días, para que antes de cansarse el cuerpo, pueda dar el primer rato del día á la oración, rezando sus obligaciones y oyendo la primera misa y más si pudiere. La fruta, semillas, hortaliza y legumbres de la huerta, guárdelas con fidelidad para que las gocen los religiosos, y entienda que no le es lícito dar cosa alguna á ninguna persona por devota que sea, sin expresa ó tácita licencia del Guardián. Acompañe de ordinario el trabajo con la consideración, tomando ocasión de las cosas que lleva entre manos para levantar el espíritu. Cuando riega, considere en la corriente del agua, la del curso de nuestras vidas que, según afirma la divina Escritura (1), como el agua se van resbalando y van á dar en el mar de la muerte. Y con esta consideración procure aprovechar el tiempo, para que la vida que con tanta presteza vuela, no se le pase sin fruto. O si no, puede considerar cuánto más bien corresponden las plantas al riego que reciben, dando á sus tiempos el debido fruto, que no él al riego de las influencias del cielo, pues tan poco se aprovecha dellas, y repréndase con esta consideración como ingrato á los beneficios divinos. Cuando va cavando la tierra, considere que algún día la cavarán para sepultalle en ella, y que allí han parado las coronas, los cetros y las tiaras, y finalmente toda la gloria del mundo; y saque de aquí cuán digna es de ser menospreciada, pues tiene tal paradero. Cuando va podando los árboles, considere cómo los justos son comparados al árbol plantado á las corrientes de las aguas (2), y que por consiguiente tienen necesidad de que se les corte lo superfluo de las costumbres, para que, recogida la virtud, den fruto del cielo; y acuérdese de que el árbol que no le da, no vale sino para el fuego. Alabe á ratos á Dios en la hermosura de las flores y en la variedad de las frutas; y finalmente de cada cosa procure sacar oca-

(1) *Omnes morimur et quasi aquae dilabimur in terram.* II. Reg. XIV, 14.
(2) *Et erit tanquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum.* Psalm. I, 3.

sión de alaballe, porque todas ellas son unos tácitos predicadores de su sabiduría y omnipotencia.

El oficio del Cocinero, aunque es el más humilde y bajo, no es de menos merecimiento que los demás, ni es tan bajo que alguna vez no le hayan hecho los Angeles, teniendo por mucha honra el ejercitarse en él, por regalar á los siervos de Dios. En este oficio se han empleado muy muchos religiosos santísimos y en él alcanzaron altísimos grados de contemplación. Requiérese para él un religioso de buenas fuerzas, diligente, caritativo, humilde, manso, pobre, paciente, limpio y muy amigo de la santa oración. Ha de ser de buenas fuerzas y de sujeto robusto, para poder llevar el trabajo que es mucho. Ha de ser diligente, porque no se embarace entre tantos quehaceres y ocupaciones. Ha de ser caritativo, para que, compadeciéndose de la flaqueza de los viejos y necesitados, tenga cuenta con ellos y los regale como es razón. Ha de ser humilde, para que no menosprecie su ministerio, antes le estime en mucho, y le haga con alegría interior y exterior. Ha de ser manso, para que no exaspere á los religiosos con ímpetus arrebatados de ira. Ha de ser pobre, para que no deje perder las cosas que le fueren encomendadas, ni las dé sin licencia, antes las conserve y guarde como tiene obligación. Ha de ser paciente, para sufrir con ánimo quieto y sosegado las importunidades que por momentos se le han de ofrecer, y éste ha de ser su particular ejercicio y en lo que más ha de trabajar. Ha de ser limpio, porque no hay cosa que más ofenda en este ministerio, que la falta de la limpieza, por ser en materia de cosas que se han de comer. Y finalmente ha de ser amigo de la oración, porque si allí no toma aliento para tanto trabajo, es imposible que le pueda llevar sin mil impaciencias y desconsuelos. Por lo cual, el primer documento de los que se ocupan en este oficio, ha de ser madrugar muy por la mañana, como dijimos al hortelano, y acudir á la iglesia presentándose ante el Santísimo Sacramento, á pedirle esfuerzo y espíritu para trabajar por su amor. Ha de hacer grandes propósitos de paciencia, suplicando á Dios le dé para tenella su divino favor, conociendo que sin Él no le es posible alcanzalla. Préciese de traer su persona muy limpia y bien aliñada, para no causar asco á los religiosos, y la misma limpieza y aliño tenga en todas las cosas de su oficina, teniéndola siempre muy bien barrida y aseada; la vajilla muy limpia y todo puesto por orden en sus lugares. En el guisar los manjares no sea curioso buscando invenciones que irriten la gula, como los cocineros del siglo; pero tampoco sea tan despreciado, que dejen de comer los religiosos las cosas por aderezarlas él sin limpieza y sin gusto. Si algún religioso le pidiere alguna cosa que no le debe ser concedida, no le conturbe, dice el glorioso Padre San Benito, respondiéndole con menosprecio, sino niéguele con humildad y buenas palabras lo que le pide injustamente. Ninguna cosa, por mínima que sea, de las que le están encomendadas, menosprecie; mas procure guardar tal medio entre la prodigalidad y avaricia, que ni gaste lo que es superfluo, ni excuse lo necesario; y para acertarlo todo, hágalo todo con parecer del Prelado. Acuérdese que es hacienda de pobres la que tiene á su cargo, y que ha de dar estrechísima cuenta á Dios de lo que se perdiere por culpa suya. Si alguno se quejare de que es poco lo que

se provee á los frailes, no cargue al Prelado tratándole de avariento ó escaso. Y si con todo eso le echaren la culpa, súfralo por amor de Dios aunque no la tenga; quedando contento con el testimonio de su conciencia y gustando más de que le culpen á él que no de que carguen á su Prelado. Guarde igualdad en el distribuir de las cosas, de tal manera, que en el repartir las raciones, no le puedan notar de aceptador de personas y, como ya en otro lugar dijimos, no repugna á esta igualdad el tener particular cuidado de los huéspedes, de los viejos, de los necesitados y flacos, dándoles de lo mejor que tuviere para alivio de sus necesidades. Huya como de pestilencia de amistades particulares, si no quiere ser tenido por aceptador de personas, y en su oficina no permita ni tenga largas conversaciones, mas téngase por indigno de hablar con los otros frailes. Lo que sobra en la mesa á los religiosos, procure guardarlo para los pobres y aderécelo lo mejor que pudiere, de manera que cuando venga por ello el portero, no tenga que detenerse en aderezallo. Haga cuanto le fuere posible por desocuparse con tiempo para no faltar á la oración de la Comunidad, y sienta en el alma cuando le fuere forzoso el dejar de acudir á ella; y entienda que aunque tenga ocupación justa, no le es lícito quedarse, sin tener licencia de su Prelado. Si le dieren algún novicio por compañero, guárdese de hablar ó hacer en su presencia cosa de que pueda tomar mal ejemplo; trátelo con amor, anímele con palabras santas y de tal manera se favorezca de su ayuda, que le alivie cuanto pudiere la carga, para que viendo su caridad, se mueva el novicio á emprender el trabajo con espíritu y alegría, y se avergüence de ver que en trabajar por Dios le lleve ventaja. Ayúdese de la consideración para padecer sus trabajos alegremente, porque sin este socorro, con dificultad podrá llevar el trabajo. Cuando le fatigare el fuego, acuérdese del que padecieron los mártires y del que por sus pecados merece, y del que otros padecen en el infierno, por ventura con menos culpa, y del que en el purgatorio purifica las almas; y suplique á Dios que el calor que padece le sirva de purificar á la suya y de satisfacción de lo que merece por sus pecados. Cuando le acosare el trabajo, anímese con la esperanza del premio y no ande tan metido en la solicitud de Marta, que se olvide totalmente de lo que gozaba María; mas procure de cuando en cuando levantar el pensamiento á las cosas del cielo; y acordarse que trabaja por sustentar á los miembros de Cristo, para que desta suerte ni se distraiga por andar solícito, ni se olvide de la solicitud por huir de andar distraído.

CAPÍTULO XXV

De cómo se ha de haber el religioso en el trato común del convento y en el conversar con los frailes

La mayor parte de la materia deste capítulo, pertenece á la virtud de la modestia, y porque della habemos de tratar difusamente en otro lugar, recopilaremos aquí solamente lo necesario, remitiendo lo

demás á lo que diremos cuando trataremos della. Digo, pues, que para cumplir el religioso con la debida disciplina, así en el trato común de los frailes, como en el andar por el convento, ha de componer su persona y acciones con las reglas de la modestia, considerando la disposición de su persona, así en respecto del hábito como de la acción; atendiendo á las circunstancias del tiempo, del lugar, del modo y de las otras cosas que pueden ofrecerse, como dijimos en el capítulo tercero deste libro, el cual es de mucha importancia para lo que habemos de enseñar en este capítulo. Y comenzando de lo que toca á la compostura del rostro, que es la parte principal del hombre y sobre escrito de lo interior del alma, digo: Que el aspecto del religioso ha de ser grave, pero no soberbio, porque, como dice San Buenaventura, no hay cosa que más ofenda en el profesor de la humildad, que dar indicios de arrogancia y soberbia. Ha de ser alegre, pero no disoluto; porque á la alegría del religioso no ha de acompañar blandura afeminada y liviana, sino severidad benigna y constante. Ha de ser sosegado y quieto, huyendo cualquier género de movimiento impertinente, como es fruncir la boca, encoger y apartar los labios, mover apriesa los párpados, enarcar las cejas, guiñar los ojos, arrugar la frente y otras cosas semejantes, que aun los Filósofos que tratan de la fisonomía del rostro, las reprenden como cosas que son indicios de liviandad interior. Todo esto ha de estar lejos del semblante y rostro del religioso, cuyo aspecto ha de ser humilde, claro, grave, afable, severo y constante, para que la gravedad temple la disolución y blandura, la humildad deseche la arrogancia, la claridad destierre el ceño y tristeza desordenada, la severidad ponga modo á la afabilidad y alegría, y la constancia lo conserve libre de movimientos desordenados. En lo que toca á la compostura de lo restante del cuerpo, es regla de Hugo de Santo Victore y de San Buenaventura, que se tenga cuidado de que ningún miembro usurpe el oficio ajeno, entremetiendo su acción y confundiéndola con la del otro miembro sin ser necesaria. Si habla la boca, no se menee la mano; si mira el ojo, no se mueva la cabeza; si oye el oído, no se inquiete la vista; y lo mismo se ha de entender de las acciones de los otros miembros. Y si acaso alguna vez para dar vida á lo que se dice, el afecto interior moviere algún otro miembro cuando habla la lengua, sea con tal moderación y compostura, que no exceda los términos de lo que precisamente pide la necesidad.

La disciplina acerca del hábito requiere que se considere la materia, la forma y el uso. En la materia se ha de mirar que resplandezca la pobreza y vileza, de suerte que el paño ó sayal de que los religiosos se visten, sea de color de ceniza, que es el más despreciado, y no sea sutil, blando y precioso, sino basto, áspero y grosero. Los que visten de vestiduras blandas, dijo Cristo (1), allá están en los palacios reales, pues ¿quién será tan descomedido que ose traer la blandura y regalo de los palacios reales, donde no se trata sino de contentos y gustos, á la religión sagrada, donde todo ha de ser rigor y aspereza? Y si en el rico avariento fué reprendida y castigada la blandura y preciosidad

(1) *Qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt.* Matt. XI, 8.

del vestido, ¿qué será en los religiosos cuya profesión es de suma pobreza, y cuya vida ha de ser continua mortificación y guerra perpetua contra la carne? ¡Oh, buen Jesús, dice San Buenaventura; vuestros paños, Señor, están por señal, á la cual hasta hoy muchos contradicen; pues vistiéndoos Vos de pobres mantillas en el pesebre, hay quien se vista de vestiduras preciosas y delicadas! Este abuso es fácil de huir en las religiones, y particularmente en la nuestra, con sólo no vestirse de otro paño ó sayal, sino del que se da comúnmente á todos. Ni se había de permitir lo contrario á ningún religioso por antiguo y grave que sea. La forma del hábito se ha de considerar en cuanto al talle y hechura, en la cual se ha de guardar tal medio, que el hábito del religioso ni sea muy estrecho y corto, ni muy ancho y largo; porque lo primero trae cierto género de indecencia, y lo segundo arguye mucha vanidad y arrogancia. Hijos bastardos suyos llamaba nuestro seráfico Padre San Francisco á los que traían el hábito muy ancho y muy largo; y el venerable Hugo de Santo Victore siente desto tan mal, que aun en los Canónigos Reglares le parece insufrible. Hay algunos, dice, que por llevar el hábito sobradamente largo, andan como las zorras, deshaciendo con la cola el rastro de sus pisadas para que no quede en la tierra memoria dellos, antes perezca, como dice el Profeta (1), con sólo el ruido que hacen. Levantan nubes de polvo por donde quiera que pasan, y aunque es verdad que hacen daño á los ojos con la polvareda, pero hacen beneficio á los pies con la limpieza que dejan, porque les barren la calle haciendo escoba del hábito santo. Y dellos se puede entender lo que dice el Profeta (2) hablando de los impíos y malos, que son semejantes al polvo que levanta el viento de sobre la haz de la tierra. Esto dice Hugo hablando con sus Canónigos y por ventura no hiere su golpe tanto á ellos como á los religiosos descuidados en esto, que con su exceso en el hábito pobre, autorizan los faustos del mundo, desautorizando la santa pobreza y menosprecio que en las Religiones debe tenerse en tanto. Y castígalos Dios dignamente desautorizándolos por este camino, porque jamás he visto religioso que se preciase desto, que no le juzguen los hombres de arrogante y liviano. Y aunque en todas las órdenes ofende y es reprensible este exceso, pero en la nuestra es insufrible y abominable. También faltan en lo que toca á la forma del hábito, los que traen pespuntes curiosos en la orla de la capilla y bocamangas del hábito, y los que traen la manga de la túnica muy justa y apretada, usando para esto de manguitos pespuntados de seda y embotonados. ¿Qué tiene que hacer el botón y el pespunte de seda con el hábito de fraile de San Francisco? Si es por no causar mal olor, como dicen algunos, con el sudor de debajo los brazos, aprieten la bocamanga con un alfiler ó con una venda ó con otra cosa que sea conforme al estado de pobres, y crean que en el religioso pobre ofende más una vana curiosidad á la vista, que puede ofender un mal olor al olfato.

En el uso del hábito se ha de considerar el modo y la continuación del traelle. En el modo se ha de evitar el extremo de llevarle muy

(1) *Periit memoria eorum cum sonitu.* Psalm. XI, 7.
(2) *Non sic impii, non sic: sed tanquam pulvis quem proiicit ventus a facie terrae* Psalm. I, 4.

apretado ó muy flojo, de tal suerte, que ni vaya la cuerda tan apretada que parezca el religioso que se quiere hacer cintura de dama, ni tan floja que sea necesario irla sustentando por los lados para que no se caiga. También se ha de evitar el cuidado superfluo en el componer los pliegues del hábito, porque ni ha de ser tan curioso el fraile que pierda mucho tiempo en ponerlos muy iguales y proporcionados, ni tampoco ha de ser tan despreciado que los traiga con desaliño y desprecio, menospreciando el cuidado religioso que requiere la composición honesta del hábito santo. También se ha de mirar, acerca del uso, la limpieza, porque vana es la religión, dice el bienaventurado San Buenaventura, que se funda en suciedad y descuido. Y así es justo que procure el religioso conservar el hábito limpio, teniendo cuidado de no poner en las mangas fruta ó cosas de comer que las puedan manchar, y mirando que cuando se ha de poner de rodillas ó arrimarse ó sentarse en alguna parte, no haya alguna cosa con que pueda ensuciarse en el lugar donde se ha de poner. Y si acaso viere alguna mancha en el hábito ó alguna inmundicia en la capilla, por estar muy sudada ó por otra causa, luego al momento procure lavarla, porque el hábito santo que por la devoción grande que le tienen los seglares le adoran y reverencian, no se haga asqueroso por la falta de limpieza que ven en él. Además desto, acerca del modo de traer el hábito, se ha de mirar que nunca se traigan las faldas levantadas ni puestas en cinta, ni las bocamangas dobladas, sino cuando algún ministerio obligare á ello, y en tal caso, guárdese la modestia debida, no alzándolas más de lo necesario y volviéndolas á soltar luego en acabando la ocupación para que se alzaron. Si alguna vez fuere forzoso meter la mano en el seno por dentro del hábito, no se dejen colgando la manga que es cosa muy fea, como advierte el Doctor Seráfico San Buenaventura, sino susténtenla con la otra mano de manera que quede compuesta y se disimule la falta. En lo que toca á la continuación del uso del hábito, ha de ser tanta, que si no es para mudarse la ropa ó por causa de enfermedad compellido por obediencia, no es lícito al religioso estar sin hábito un punto, y acuérdese de los casos horrendos que leemos haber sucedido á algunos que fueron en esto descuidados. También ha de haber continuación en el traer puesta la capilla, de suerte que si no es por causa de algún ministerio de reverencia ó respeto, nunca el religioso esté con la capilla quitada, porque al fraile la capilla le es como á la mujer la toca, y no parece menos mal sin ella, cuando la ocasión no lo pide, que la mujer destocada. Traer las manos puestas en la cuerda ó estar jugando con ella, anudándola ó moviéndola en círculo, es cosa tan indecente, que en castigo dello, leemos habérsele convertido en culebra á un religioso que estaba con ella jugando. Al fin, si el religioso estima y considera la santidad del hábito que trae, no tiene necesidad de más reglas, y si no le considera y estima, todas las reglas son pocas para que deje de vivir desreglado.

En el andar se requiere también particular disciplina para hacerse religiosamente, por lo cual, cuando el religioso forzado de la necesidad hubiere de salir de la celda, ha de tener cuidado de que sus pasos ni sean sobradamente espaciosos, ni demasiadamente apresurados.

El medio entre lo uno y lo otro es el que conserva la gravedad religiosa, teniendo cuenta de no andar con el cuerpo muy enhiesto ó erguido, ni con la cabeza muy derecha y con el pecho muy levantado, ni con pasos quebrados y mujeriles, ni ondeando á un lado ni á otro, ni pompeándose, ni con los brazos caídos, porque todo esto es argumento, ó de arrogancia, ó de liviandad, ó de pereza. Y no le espante al religioso de que paremos tan de propósito en procurar componer sus pasos y acciones exteriores en el andar, porque si á las hijas de Sión, sujetas á las leyes del mundo, las reprende Dios y amenaza con castigos gravísimos, porque andaban con el cuello erguido (1) y con los ojos garceros y disolutos, y con los pasos afectadamente compuestos, ¿cuánto más dignas de reprensión serán estas acciones en el religioso que ya dejó el mundo y ha renunciado sus leyes? ¿Cuánto mayor castigo merecerán en él estas liviandades? Huya, pues, dellas, y pues por la misericordia de Dios es religioso, préciese de parecerlo en todo y entienda que, para guardar las leyes que la religión tiene puestas en esto, es necesario que su andar sea manso, grave, llano, sin afectación alguna, llevando la capilla puesta, los brazos cogidos y puestos delante el pecho; el rostro algo inclinado, pero no muy torcido hacia el hombro, que es cosa que sabe á hipocresía; el semblante alegre, el rostro modesto y los ojos bajos. Cuando se ofreciere pasar por delante de algún religioso, ha de procurar ganarle por la mano en quitarse primero la capilla y hacerle una moderada inclinación, tanto más ó menos profunda, cuanto el religioso fuere más ó menos grave. Y si fuere Prelado el que pasa ó algún padre de los graves y antiguos, además de la cortesía que se hace á los otros, se le ha de dar lugar para que pase, parándose un poco y haciéndose á un lado. Si acaso pasare por donde algunos están hablando, desvíese dellos á una parte, porque no parezca que quiere oir lo que tratan, y no le acaezca llegarse á la conversación si no le llamaren, porque es poca crianza y descortesía, especialmente si es cosa secreta la que están tratando. Cuando hubiere de pasar por el dormitorio ó claustro, no vaya por medio, sino por junto á la pared, y si de la una parte hubiere antepechos, como los suele haber en los claustros donde hay corredores, no vaya por la parte del antepecho, porque no tenga ocasión de derramar la vista, la cual el religioso ha de llevar siempre muy mortificada. Si por alguna ocasión fuere forzoso bajar á la iglesia ó á la sacristía, no vaya por el lienzo del claustro que va derecho á la portería, porque el buen religioso ha de huir las ocasiones de poderse encontrar con seglares. Guárdese de andar paseando por el convento, y particularmente en los lugares donde hay ordinario paso, y no se ponga de pechos en las ventanas comunes, ó en los antepechos de los corredores, porque es señal de espíritu ocioso y relajado.

En el estar sentado se han de evitar algunas acciones descompuestas, como son el inclinarse mucho hacia delante, el echarse al un lado ó al otro, el tener muy extendidas las piernas ó muy apartadas, el estarlas meneando cuando no llega al suelo con ellas, el tener

(1) *Pro eo quod filiae Sion deambulaverunt extento collo, etc.* Isai. III, 16.

asentada la una sobre la otra, jugar con los pies, como los niños, y finalmente todo lo que es moverse con inquietud y sin causa, repugna á la buena disciplina, porque, siendo el estar asentado postura de quietud y descanso, claro está que todo lo que es movimiento y desasosiego repugna á esta postura, y es razón se evite como cosa indecente y desordenada. Ha de tener, pues, el religioso estando asentado, el cuerpo derecho y honestamente compuesto, juntas las rodillas, encogidas las piernas, los pies iguales y juntos y extendidas y compuestas las faldas del hábito. En el reir ha de ser tan modesto, que ni abra mucho la boca, ni muestre los dientes, ni descomponga la voz riéndose á carcajadas, ni haga algún desordenado movimiento con los otros miembros del cuerpo, porque el reir del religioso sólo ha de ser una manifestación de alegría por no parecer á los otros melancólico, ni serles agreste y pesado. No autorice con sus risas las chocarrerías y donaires que repugnan al estado religioso, porque así como el murmurador, cuando ve que le escuchan de buena gana, toma ocasión de alargarse en sus murmuraciones, y el mostrarle disgusto en el rostro, le es freno para que no pase adelante; así al chocarrero y disoluto, el autorizar con risa sus donaires y gracias, es darle espuelas para decir nuevas chocarrerías; pero, viendo el rostro severo en los oyentes, se reforma y compone y es ocasión de que quede avergonzado. Y así siempre que el religioso oyere algo que repugna á la gravedad y disciplina monástica, debe mostrarse grave y conservar el rostro sereno para que no quede la vanidad autorizada. Pero si viere reir á otros, no los juzgue de disolutos y derramados, porque por ventura no es culpa en los otros lo que en él lo sería, y cuando lo sea, no está á su cargo el juzgar las culpas ajenas, sino el reformar las propias. El tono de la voz cuando habla, sea moderado, de suerte que no la alce más de lo que fuere necesario para que le oigan aquellos con quien está hablando, lo cual se ha de guardar en todo lugar y tiempo, aunque sea estando en el campo. En lo que hubiere de hablar sea discreto, considerando las palabras para pesarlas con prudencia; el modo, para no ser muy acelerado ó muy tardo; la persona, para tratarla con el respeto que se le debe; el negocio, el tiempo, el lugar y las demás circunstancias, para no faltar en ninguna dellas. Y porque desto habemos de hablar muy largo, tratando de la modestia que se ha de guardar en las palabras, basta haber apuntado lo que habemos dicho.

En el trato común con los religiosos, se ha de considerar, conforme queda dicho, la persona con quien se trata, porque á los mayores se debe reverencia, á los iguales familiaridad y con los menores se ha de tratar con llaneza. Siempre que llega algún superior á donde están los inferiores, si acaso están sentados, se han de levantar y hacerle cortesía, quitándose la capilla, y no les es lícito volverse á sentar sin expresa licencia suya. Y llamo superiores, no solamente á los Prelados, sino á todos los otros que lo son, ó por razón del estado, ó por razón de la antigüedad, ó por razón de la dignidad del oficio. El sacerdote es superior al corista y al lego por razón del estado, y el religioso antiguo al moderno, por razón de la antigüedad, y el que es padre de provincia ó predicador, á los que no lo son, por razón del ofi-

cio, que nuestro Seráfico Padre San Francisco particular reverencia tenía y quería que se tuviese á los predicadores, por ser oficio tan eminente en la Iglesia. Hablar los inferiores donde están los superiores, sin ser preguntados, es falta de cortesía, especialmente si son mozos, á quien el Espíritu Santo manda (1) que no hablen, sino interrogados dos veces. La familiaridad que se ha de tener con los iguales, ha de ser religiosa y prudente, y no como la de algunos que imaginan que consiste el tenella en tratar con términos sobradamente llanos á sus iguales, llamándolos tú ó vos, cosa que aun entre lacayos se tiene por cosa infame donde se sabe de cortesía. Esta es la familiaridad que con mucha razón dice el vulgo, que es causa de menosprecio, y la que como pestilencia habría de ser desterrada de las religiones y castigada gravemente en los religiosos. La llaneza y afabilidad que se ha de tener con los menores, ha de andar mezclada con gravedad y madureza para que, despertando amor, no engendre atrevimiento, porque la experiencia ha enseñado que cuando la llaneza no va acompañada de una moderada severidad, es ocasión de que se pierda el respeto.

Procuren, además desto, los religiosos, ser prontos en acudir á las necesidades de sus hermanos, de manera que los ayuden en sus trabajos, siempre que para hacer alguna cosa les pidieren su ayuda, si la obediencia no lo contradijere; y esto háganlo con tanta diligencia y con tan alegre semblante, que en la alegría exterior se descubra la buena voluntad con que lo hacen. Pero si á ellos les fuere mandada alguna cosa, procuren con todas las veras posibles hacerla por sí mismos, sin pedir para ello ayuda á sus hermanos, alegrándose interiormente de ver que pueden relevarles aquel trabajo con el suyo propio; y si la necesidad constriñere á pedir ayuda, no sea mandando, porque esto pertenece á sólo el Prelado, sino rogando con humildad y mostrando sentimiento del trabajo que el otro ha de tener en ayudarle. Cuando el Prelado mandare que algún religioso diga de su parte alguna cosa á otro, no se la diga mandándole que la haga, sino refiriéndole con amor el mandamiento de su Prelado, porque el religioso ha de huir cuanto le fuere posible de mostrar algún género de imperio en sus palabras. Siempre que el inferior fuere reprendido, ora sea sin culpa, ora con ella, ha de ponerse luego de rodillas y no levantarse hasta que se lo mande el que le reprende. Cuando en el refectorio ó en el capítulo dijere su culpa, no sea solamente cumplir con la ceremonia exterior, sino procure sentir lo que confiesa y confesar lo que siente, de manera que anden á una la lengua y el corazón. Y considere en su Prelado á la persona de Cristo, pues realmente está en lugar suyo, y así recibirá con paciencia las reprensiones y no juzgará ser pasión, sino celo de la justicia, el que al Prelado mueve. Si el término con que le reprende fuere pesado ó la penitencia que le impone algo pesada, considere que le mueve Dios la lengua y merece más por sus pecados, y no se cure de dar disculpas aunque las tenga. Y si las hubiere de dar, por alguna causa que obligue á ello, entienda que no le es lícito hablar, sin pedir primero licencia con humildad y

(1) *Adolescens loquere in tua causa vix. Si bis interrogatus fueris, etc.* Eccli. XXXII. 10

mansedumbre. Y si no se la dieren, calle y acuérdese que Cristo, como dice Isaías (1), siendo acusado, enmudeció voluntariamente como cordero delante del que le trasquila y le quita el vellón de la lana.

Finalmente, procure el religioso con muchas veras que sus acciones correspondan á los lugares y tiempos en que se halla, guardando silencio en los lugares diputados para ello, estando atento en el coro, en la oración devoto, en los lugares sagrados reverente, en la celda recogido, en el refectorio abstinente y sobrio, y en todos los otros lugares moderado y compuesto. Y porque concluyamos este capítulo con la doctrina del Doctor Seráfico San Buenaventura, nunca se paren los religiosos delante de las oficinas comunes, ni entren en ellas sin particular necesidad. Ni se pongan en los lugares que son paso común para los frailes, y especialmente á la entrada del lugar de la secreta necesidad. En el cual, cuando entran los religiosos para proveer sus necesidades, han de quitarse el manto cuando le traen, y reconocer el lugar donde se asientan, porque el hábito santo no se manche con alguna inmundicia. Han de estar tan compuestos como si todo el mundo les estuviese mirando, considerando que los mira Dios, á quien se debe más reverencia que á todo el mundo. Han de guardar allí riguroso silencio, estando con la capilla puesta y derribada sobre los ojos, y el rostro profundamente inclinado, como quien se avergüenza de estar ocupado en una acción tan asquerosa y tan baja, teniendo un alma tan noble. Hablar en aquel lugar ó estar mirando á una parte ó á otra, dice el Doctor Seráfico que no es cosa de religiosos, sino de truhanes y chocarreros. Y aun es mucho mayor vergüenza hacer allí cosa alguna con que puedan ser ofendidos los circunstantes. Guárdense no salgan ó entren en aquel lugar, descompuestos; sino procuren componerse muy de propósito, antes de volver el rostro á donde puedan ser vistos, aunque les parezca que no hay quien los pueda ver, porque acaece llegar alguno repentinamente y ofenderse de hallar con descompostura á los que en todo lugar tienen obligación de estar compuestos y recatados, por tener estado que requiere tanta composición. Y advierte más San Buenaventura, que cuando por alguna necesidad hubieren de entrar ó salir los religiosos en las oficinas del Convento secretas, como son el refectorio, la huerta, la cocina y el lugar de la secreta necesidad, no se descuiden de cerrar tras sí las puertas, porque sobreviniendo alguna persona extraña, no entre dentro y halle á los religiosos desapercibidos y descompuestos. Y dice más, que para enseñar las oficinas á los seglares, lo cual se ha de hacer raras veces, no les dejen entrar adentro, sino desde la puerta se las enseñen, porque no es religión, donde todas las cosas están patentes y descubiertas.

(1) *Tanquam agnus coram tondente se obmutuit.* Isai. LIII, 7.

CAPÍTULO XXVI

De la disciplina que han de guardar los religiosos fuera del convento y en el conversar con los seglares

Cuando al religioso le fuere forzoso salir fuera del convento, por mandarlo así la obediencia, hálo de sentir á par de muerte, considerando que se va á poner en medio de las ocasiones del siglo, de las cuales pocos se escapan libres, sin particularísimo auxilio de Dios. Pero, acordándose que dice el Espíritu Santo (1) que el varón obediente alcanzará y cantará victorias, humille la cerviz al yugo de la obediencia y confíe mucho de Dios, que pues Él le pone en las ocasiones, mandándole salir fuera, le sacará victorioso dellas y le dará gracia para volver á su convento con la pureza que sale dél. Y para alcanzar esta merced de Dios, no debe ponerse voluntariamente en más ocasiones de las que no se pueden evitar para hacer la obediencia que lleva encargada, porque de aquéllas Dios le sacará libre; pero de las otras en que él voluntariamente se pusiere, por ventura no saldrá con victoria, porque el ponerse en ellas es amar el peligro; y á los que le aman, es cosa muy ordinaria perecer en él (2). Debe, pues, ante todas cosas el religioso que ha de salir del convento, tomar con mucha humildad la bendición de su Prelado, y si acaso no fuere enviado por la obediencia, sino que él sale por su voluntad, mire mucho que para alcanzar licencia no finja necesidades, porque para mí tengo por cierto que, aunque la licencia alcanzada con color y título de alguna necesidad fingida, es suficiente para no ser apóstata el que sale del convento; pero no la tengo por cosa segura en conciencia, pues mal podrá decir que tiene licencia el que cree que no se la dieran, si manifestara llana y verdaderamente la causa de su salida. Y si los que salen forzados de la obediencia, con muy grande dificultad pueden volver al convento con la limpieza que sacaron cuando salieron dél, ¿qué será razón que tema el que, para alcanzar licencia, engaña á su Prelado, fingiendo necesidad, si es para salir á divertirse en cosas de su propio gusto? Verdaderamente que se había de considerar mucho esto, para evitar vagueaciones sin provecho y atajar muchos daños que se siguen dellas.

Tomada la bendición del Prelado, no salga el religioso de casa sin entrar en la iglesia y presentarse delante del Santísimo Sacramento y hacer oración al Señor, suplicándole guarde su corazón de todo lo que puede apartalle de su divina gracia, y le dé favor para dar á sus prójimos buen ejemplo y encaminar á su santo servicio el suceso de lo que va á tratar. Puede usar para este propósito, en la oración que hiciere, de algunos versos de David que son admirables para semejante ocasión. El primero es *Averte oculos meos ne videant vanita-*

(1) *Vir obediens loquetur victoriam.* Prover. XXI, 28.
(2) *Qui amat periculum peribit in illo.* Eccli. III, 27.

tem: in via tua vivifica me (1). El segundo, *Pone Domine custodiam ori meo, et ostium circunstantiae labiis meis; non declinet os meum in verba malitiae* (2). El tercero, *Dirige gresus meos in semitis tuis: ut non moveantur vestigia mea* (3). Y dicho esto vaya á la portería y aguarde allí á su compañero; pero si acaso le enviaren con mucha priesa ó se la diere el compañero, podrá dejar de ir á la iglesia, mas no deje de recogerse interiormente, adorando á Dios en su corazón, y suplicándole lo que le suplicara si tuviere lugar para ir á ella. No dé á nadie aviso cuando le envían fuera, ni se encargue de negocios ajenos, ni lleve consigo otra cosa sino el breviario ó algún libro devoto, en el cual podrá leer mientras su compañero está negociando, quitando con esto la ocasión de las conversaciones seglares. Si acaso el portero no está en la portería cuando los religiosos quieren salir fuera, aunque hallen la puerta abierta, no salgan sin darle primero aviso, porque si los buscare el Prelado ó alguna otra persona de fuera del convento, pueda el portero dar razón de que no están en casa, lo cual no podrá hacer si salen sin saberlo él. Antes de salir del convento se aten las alpargatas ó suelas, de manera que no se les desaten cuando están en la calle, porque abajarse para haberlas de atar estando en ella, es cosa que parece muy mal. Compónganse con religión y sin curiosidad el hábito y la capilla, de tal suerte, que ni vayan con desaliño ni con composición afectada. El religioso más moderno ha de ponerse á la mano izquierda del más antiguo, y si el uno dellos fuere padre grave, por razón de la antigüedad ó del oficio, debe el compañero mostrar algún género de respeto, no poniéndose con él á la iguala, sino yendo retirado dél como medio cuerpo. Ir por las calles hablando, aunque sea en voz baja, ó haciendo alguna acción con la mano ó brazo, es cosa que repugna á la buena disciplina, y mucho más el andar con ojos garceros, mirando á una parte ó á otra. En el andar, en el estar asentados, en el hablar y en las demás acciones del rostro ó del cuerpo, se ha de guardar la misma disciplina que en el convento, procurando con gran cuidado no hacer ó decir cosa que pueda ofender al prójimo, antes dando ocasión á todos de que alaben á Dios.

En las casas de los seglares, donde los religiosos van á tratar las cosas que les ha encomendado la obediencia, solamente tiene licencia para hablar el que lleva á su cargo tratar el negocio; pero su compañero no ha de hablar palabra, sino en caso que fuese descortesía no responder. Y entonces ha de usar de breves palabras, y si es negocio prolijo el que le preguntan, remítalo á su compañero y no trabe conversaciones con nadie, ora sea mujer, ora hombre, porque su oficio no es hablar, sino acompañar. El religioso no se ha de sentar sin que se lo mande su compañero, y cuando se lo manda, asiéntese desviando algún poco la silla, de tal manera, que ni pierda al compañero de vista, como lo mandan nuestras Constituciones, ni parezca que quiere oir lo que se trata, en especial si es cosa secreta ó de importancia, porque lo contrario es notable descortesía. Las palabras

(1) Psalm. CXVIII.
(2) Psalm. CXL.
(3) Psalm. XVI.

con los seglares han de ser pocas, verdaderas y graves, y si la conversación que ellos tienen es de poca importancia ó de cosas inútiles, no luego se ha de entrar reprendiendo y dando de mano á lo que se dice, como hacen algunos indiscretos, sino tomando ocasión de alguna cosa de las que se tratan, procurar con destreza divertir la plática, sacando siempre algún provecho de lo que se dice. Y esté advertido el religioso, que si alguna vez se dijere algo en perjuicio del prójimo, y en especial de los religiosos de alguna otra orden, vuelva por ellos con tantas veras, como si fuesen de la propia suya. Porque, además de que en esto se cumple con la ley de la caridad, suelen los seglares mover semejantes pláticas para ver cómo hablan unos religiosos de otros, y no hay cosa que más los escandalice que echar de ver envidias entre los profesores de la ley evangélica. Y cuando se ofreciere hablar de nuestra religión, alábela con tanta modestia y prudencia, que ni descubra en sus palabras envidia, ni dé ocasión de querella. Lo cual hará, si procurare no hacer comparación entre la nuestra y las otras; porque sin duda alguna es verdad lo que dice el vulgo, que toda comparación es odiosa. No sea el religioso amigo de preguntar nuevas, porque no dé nota de espíritu de curiosidad, ni diga las cosas secretas de la religión, porque no le noten de infiel é imprudente. Y para evitar muchos inconvenientes que se siguen de las conversaciones seglares, el medio más eficaz es huir dellas cuanto le fuere posible, porque apenas podrá el religioso quedar libre de alguna nota, si persevera algún poco de tiempo en ellas. Si habla de Dios, ó le tienen por hipócrita ó se cansan de oille, si dice cosas vanas, se escandalizan; si pregunta nuevas, le tienen por importuno y curioso; si no responde á lo que le preguntan, le juzgan de necio; si se ríe de las burlas que dicen, le notan de liviano; si no se ríe, le tienen por melancólico; de manera que apenas hallará cómo escaparse de sus juicios, si no es huyendo de hallarse en sus tratos y conversaciones.

Si alguna vez acaeciere, por no poderlo evitar, comer entre seglares, escojan los religiosos el asiento más humilde, conforme el consejo de Cristo; y si no es importunados, no se sienten en cabecera de mesa; pero si se lo importunaren mucho, obedezcan, porque, como dice San Buenaventura, mejor se conserva la humildad obedeciendo, aunque sea en cosas de honra, que porfiando. Digna es, dice el Doctor Seráfico, de reprensión, la porfía y pertinacia, en lo que claramente contradice á la voluntad del que es mayor. Y no se descuide el más antiguo dellos de bendecir la mesa, si no hubiere otra persona eclesiástica más grave á quien competa este oficio. Para bendecilla levántense en pie, aunque estén los seglares asentados, para que aprendan á hablar con Dios con reverencia. No sean ellos en el comer ni en el beber los primeros, y en lo demás guarden las reglas de crianza y limpieza que dijimos en los capítulos precedentes, cuando tratamos del modo del comer en el refitorio. Porque no es razón que por comer en mesa seglar dejemos las costumbres religiosas, pues los seglares en la nuestra no quieren dejar sus costumbres. Sean en el comer abstinentes y en el beber sobrios, y aunque es lícito, por el consuelo de los que convidan, alabar alguna vez con modestia los

guisados; pero de ninguna suerte debe el religioso alabar el vino, ni aun siendo preguntado. Los manjares delicados y gustosos es bien proballos por huir de la singularidad é hipocresía; pero es cosa honesta comer poco dellos, porque no parezca que se ceba sobradamente el apetito en el gusto. Si en la mesa hubiere mujeres, con particular cuidado se ha de apartar la vista dellas, por evitar la ocasión propia y el escándalo ajeno, y aunque sea so color de devoción, no debe el religioso hacer platillos á nadie y mucho menos á mujeres, por santas que sean. Tenga particular cuidado de guardar silencio en la mesa, porque la lengua en aquel tiempo suele con facilidad deleznarse; y procure comer con mucha limpieza y asco, no ensuciando los manteles ni el pañizuelo con la grasa de los dedos ó del cuchillo, ni dejando sobre ellos muchas migajas, como hacen los niños. El pañizuelo ha de quedar muy bien doblado, y acabada la comida, se han de dar las gracias á Dios estando en pie, como al principio dijimos, y agradecer la caridad recibida con palabras breves y religiosas. Guárdense después de comer, de donaires, de risas, de largas conversaciones y de ofrecerse á tratar negocios de mundo, porque son causa de distracción; y si no hay particular cuidado, entonces está el ánimo muy generoso para hacer ofertas. Acuérdense que dice el Apóstol (1) que ninguno de los soldados de Cristo debe embarazarse con negocios seglares, porque todo lo que hay en él es vanidad y aflicción de espíritu.

Al tiempo de volver al convento, guárdense los compañeros más mozos de preguntar á los otros algo de lo que han negociado ó de la calidad de las personas con quien han tratado, porque sería vana curiosidad y atrevimiento; antes han de volver tan libres de todo, como si fuera sueño cuanto ha pasado. La modestia y composición en el volver al convento, ha de ser la misma que sacaron cuando salieron dél, porque lo contrario sería dar muestra de que los ha distraído el andar en el mundo. Al tiempo del llegar á la portería, se han de reconciliar los compañeros si ha habido entre ellos algún disgusto, y pedirse perdón de los descuidos y malos ejemplos, ganando siempre por la mano los menos antiguos. A la entrada se ha de dar aviso al portero, porque le conste que han vuelto á casa los que estaban fuera, y luego acudir á la iglesia á pedir á Dios perdón de las faltas cometidas en aquella obediencia, y de allí al Prelado á tomar su bendición y á dar cuenta de lo que se ha hecho. Y miren que aunque hayan oído algunas nuevas en el siglo, no las refieran en el convento, porque, como ya otras veces tengo advertido, esto es traer el mundo á la religión y dar á los siervos de Dios ocasión de inquietud, con la memoria de las cosas que oyen.

Cuando el Religioso sale del Convento para andar algún largo camino (si acaso le mudan para haber de vivir en otro Convento) es ley de religión en las provincias bien ordenadas, decir la culpa en la comunidad de los descuidos y malos ejemplos que ha dado en aquel Convento, y despedirse de los religiosos con afecto de amor fraternal. Y en el camino, el verdadero fraile de San Francisco ha de ir

(1) *Nemo militans Deo, implicat se negotiis saecularibus*. II. Tim. II, 4.

como aconseja Cristo en el Evangelio (1), sin provisión alguna ni arrimo de cosa seglar. Pero podrá llevar un báculo, como aconseja nuestro Padre Seráfico, porque parece cosa honesta, y sirve como de compañía al religioso. Y aunque sea día de ayuno, es más perfección dejar de ayunar y andar apostólicamente sin provisión alguna, que ayunar yendo cargado de provisión. Cuando muchos juntos van camino, hagan que vayan adelante los que caminan menos, para que todos los demás vayan á su paso, que esto enseña la caridad. Y so color de pasar alegremente el camino, no vayan juntos diciendo donaires, ó cantando canciones seglares, sino de dos en dos, rezando ó tratando alguna plática espiritual, ó meditando en los trabajos de Cristo, que es maravilloso alivio de caminantes. Las faldas del hábito y túnica, no las alcen de tal manera, que por andar desembarazados falten á la composición religiosa. Y cuando pasaren por algún lugar, aunque sea de paso, suelten las faldas, si vieren que hay seglares que los miran, y pasen con tanta composición y modestia, que se edifiquen en verlos. El tono de la voz, cuando van hablando, aunque sea en el campo, sea bajo, como enseña San Buenaventura, porque el estar en el campo, no ha de quitar al religioso el serlo. Y los que lo son, la misma modestia guardan en las palabras y en el modo de decillas, estando en el desierto, que si estuviesen en presencia de todo el mundo. Y es lástima grande, ver que entre religiosos se persuadan, que el alivio de los caminos consiste en decir donaires, en cantar cosas de burla y andar sin vestigio de religión.

Cuando en el camino se ofrece pasar por algún Convento, ha de llegar el religioso á tomar la bendición del Prelado, después de haberla tomado del Santísimo Sacramento, y mostrarle la licencia que lleva, y procure el tiempo que allí se detiene, dar buen ejemplo á todos, y más si fuere en provincia extraña, porque tales juzgarán á todos los de su provincia, cual le vieren á él. Siga cuanto pudiera las comunidades, aunque no haya de detenerse mucho tiempo en el Convento, y si no llega muy cansado, despeado ó mojado, no deje de ir á maitines, porque en gente moza se tiene por notable relajación y tibieza.

Cuando llegan á algún lugar, habiendo de parar en él, dice San Buenaventura: que ante todas cosas, han de ir á la iglesia, á ejemplo de Cristo nuestro Señor, que entrando en la ciudad de Jerusalén, luego se fué al templo, y allí han de dar á Dios gracias, de que les ha dado esfuerzo para pasar el camino. Hecha oración, podrán ir á la posada donde se recogen los religiosos, usando, al tiempo de llegar á ella, de la salutación que Cristo enseñó á sus Apóstoles, y reveló á nuestro Padre San Francisco, que es decir: Paz sea en esta casa (2). La disciplina que San Buenaventura enseña haberse de guardar en las posadas, es que nunca la familiaridad ó parentesco de los huéspedes, por estrecho que sea, engendre atrevimiento en los religiosos, para mandar en la casa, ni entrometerse en querer saber los negocios della; pues el deseo de verse libre dellos, los hizo salir del siglo. No pidan de comer cosa alguna particular, sino reciban alegremente y

(1) *Nolite portare sacculum neque peram, etc.* Luc. X, 4.
(2) *In quamcumque domum intraveritis, primum dicite: Pax huic domui.* Luc. X, 5.

con hacimiento de gracias, lo que les fuere ofrecido. De día, aunque lleguen cansados, no se acuesten en las camas que los seglares tienen para sí aderezadas, sino conténtense como pobres, de recostarse ó arrimarse á algún lugar donde puedan descansar algún rato. Y cuando por ofrecerse necesidad hubiesen de acostarse, no se descuiden, especialmente en el verano cuando se duerme la siesta, de cubrirse con alguna cosa hasta la cintura, porque no les acaezca descubrirse descompuestamente, donde los puedan ver los seglares. A las noches antes de acostarse, debe el compañero menor, si no fuera sacerdote, tomar de rodillas la bendición de su compañero, y procuren recogerse temprano, y no detenerse en conversaciones inútiles. Cuando de noche hubieren de salir del aposento, por causa de alguna necesidad del cuerpo inevitable, salgan con luz y juntos entrambos compañeros, porque de lo contrario, se han visto seguir algunos inconvenientes. Y para esto, es buena y religiosa providencia en los caminos, llevar consigo aparejo con que encender lumbre. No se descuiden de tener cerrado el aposento por la parte de dentro, mientras duermen, y en especial cuando está solo el religioso, porque sería posible, ordenándolo el enemigo, quererle robar como á San Bernardo, el tesoro de la castidad, y pues es tan precioso y está, como dice San Pablo (1), en vasos de barro, razón es guardarlo á puerta cerrada. Cuando se levanten por la mañana, dejen la cama y ropa extendida y bien compuesta, y procuren evitar el hospedarse en posadas donde hay mujeres mozas, sin compañía de varón, porque huyendo del peligro que puede haber en ello, se evita la sospecha que pueden tener los seglares. Miren que aconseja el Apóstol que andemos avisadamente entre los extraños, y que proveamos de cosas buenas no solamente delante de Dios, sino también delante de los hombres; porque si á Dios debemos buena conciencia, á los hombres debemos buen ejemplo. Si al religioso se le ofreciere detenerse algunos días en los lugares pequeños donde no hay convento, procure cuanto le fuere posible, asistir en el coro, á la misa y vísperas, particularmente en los días de fiesta, porque cosa escandolosa sería, que cuando los seglares asisten á los Oficios divinos, él se anduviese vagueando ó entreteniendo en visitas. Y cuando estuviere en el coro ó iglesia, no le acaezca estar hablando con alguna persona, ni estar asentado cuando los otros están en pie ó de rodillas, porque vergüenza sería que los seglares diesen mayores muestras de reverencia que el religioso, ó que él con su descuido autorizare los abusos de los seglares. Finalmente, en el trato de los seglares, dice San Buenaventura que se han de considerar tres cosas: La primera, si es lícito lo que se ha de hacer; la segunda, si conviene hacerlo; porque no todo lo lícito es conveniente, según doctrina de San Pablo; y la tercera, si es cosa honesta y provechosa, para edificación de los prójimos. Y dice más, que el religioso prudente debe mostrarse entre los seglares, simple, pero no ignorante; humilde, mas no abatido; manso, pero no muelle y blando; alegre, mas no disoluto; afable, pero no liviano ni parlero. Ha de andar á imitación de aquellos Santos animales de Ezequiel, hecho un Argos cercado de ojos, para no faltar,

(1) *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus, etc.* II. Cor. IV, 7.

ni aun por descuido, en alguna cosa, porque son innumerables los ojos que le cercan y están mirando para ver si falta.

Estos son los documentos que me han parecido necesarios para componer á un religioso exteriormente; que de la composición interior en el libro cuarto trataremos más largo, y puedo decir con el Doctor Seráfico San Buenaventura, aunque con más razón que él, que siendo feo y abominable, he pintado un religioso bien disciplinado y compuesto. Pero no es razón que por esta causa pierda autoridad lo que habemos enseñado, pues todo ello, ó está probado con razón, ó con la doctrina de los sagrados doctores y confirmado con testimonio de las divinas letras. El ánimo con que se ha escrito, ha sido sano; el afecto, caritativo; el motivo, excelente; el deseo, afectuosísimo del aprovechamiento de mis hermanos, y de ver renovado el lustre de aquellas primitivas imágenes, que el divino Espíritu retrató con el pincel de su sabiduría y omnipotencia en nuestra seráfica religión y en todas las otras, para que tuviesen los hombres un vivo retrato de Cristo á quien imitar. Y pues no es razón que tantas cosas buenas como han concurrido á la composición de este libro, pierdan su estima por la indignidad del autor, ruego afectuosísimamente á los religiosos, para cuyo aprovechamiento particularmente se ha escrito, que paguen mi trabajo con procurar coger el fruto de mi deseo, que entonces me tendré por bien pagado, cuando viere que Dios, por medio de tan indigno instrumento, va reparando las ruinas de aquellos admirables y suntuosos edificios que, de las piedras vivas de varones santísimos, edificó un tiempo en las religiones sagradas, para trasladarlos á la Jerusalén celestial. A Él sea la gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.

FIN DEL PRIMER TOMO

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

De la necesidad grande que hay en las Repúblicas, y en especial en las Religiones, de la buena educación de los mozos. Y de las partes que han de concurrir en los Maestros que los han de criar.

LIBRO SEGUNDO

Del modo de proceder que han de tener los maestros con los que vienen á tomar el hábito, y de los ejercicios en que los han de ocupar el año del noviciado.

LIBRO TERCERO

De la disciplina monástica, que se ha de enseñar á los novicios, para después de profesos.